

RECUPERANDO LA RADICALIDAD

BIBLIOTECA DE FILOSOFÍA Y CIENCIAS SOCIALES

Directores de la colección:
Salvador Aguilar y María T. Bretones

«No todo es predecible. Dentro de límites estrechos, los hombres son agentes libres. Los límites existen, pero dentro de ellos hay espacio para elegir. A menos que haya elección no hay acción humana. Todo es conducta.» (Isaiah Berlin)

PEDRO IBARRA I GÜELL
y MERCÈ CORTINA I ORIOL
(comps.)

Recuperando la radicalidad

Un encuentro en torno al
Análisis Político Crítico





Índice

1. Introducción.....

PARTE I. ESTADO / PODER / DEMOCRACIA

2. Reflections on the State, State Power, and the World Market
Bob Jessop
3. Nuevo Estado, nuevas movilizaciones, nuevas ideas: la reconstrucción
de la política
Juan Carlos Monedero
4. Los espejismos de la razón y los caminos de la participación. Políticas de
intervención en el territorio y procesos democráticos
Joan Subirats
5. Ingurumena eta demokrazia / Democracia ambiental.....
Iñaki Bárcena y Jone Martínez
6. Sobre la cohesión del demos posnacional: el proyecto cosmopolita de
Jürgen Habermas y algunas precisiones de Chantal Mouffe.....
Marcos Engelken
7. Unas breves reflexiones finales: el pensamiento crítico y la crisis
del trabajo abstracto.....
John Holloway

PARTE II. LAS EMANCIPACIONES NACIONALES

8. Izquierda y emancipación nacional hoy
Ephraim Nimni
9. Identitatea aro globalean. Euskal begiratu bat
Joseba Azkarraga Etxagibel
10. Immigrazioa eta euskal nazionalismoa. Egungo errealitateari begirada bat
Iker Iraola
11. Represión legal y vínculos organizacionales. El caso del conflicto vasco ...
Arkaitz Letamendia

PARTE III. SUJETO, CAMBIO Y CONFLICTO SOCIAL

12. Los nuevos movimientos sociales en la España del siglo XXI.....
Luis Enrique Alonso y Rafael Ibáñez Rojo
13. La teoría de los *clivajes* y el conflicto social moderno
Salvador Aguilar
14. El sujeto performativo. Una propuesta metodológica para el estudio del
sujeto político
Ana Cristina Aguirre, María Angélica Benavides y Joan Pujol Tarrès
15. Eventful Protests, Global Conflicts.....
Donatella della Porta
16. Estudiantes contra la globalización capitalista. El caso de Cataluña
Robert González García
17. Las empresas transnacionales y el Tribunal Permanente de los Pueblos
Mikel de la Fuente Lavin y Juan Hernández Zubizarreta
18. Devenir mujer del trabajo y precarización de la existencia. La centralidad
de los componentes afectivos y relacionales al analizar las
transformaciones del trabajo
Lucía del Moral Espín y Manu Fernández García
19. Una aplicación de las enseñanzas del movimiento perestroika al análisis
de las políticas urbanas.....
Jordi Bonet i Martí

PARTE IV. GLOBALIZACIÓN CONTRAHEGEMÓNICA

20. La globalización contrahegemónica: del internacionalismo del Mayo del 68 hasta el altermundialismo del siglo XXI.....
Michael Löwy
21. De la revuelta global del 68 al «fin de fiesta» neoliberal de 2008. Apuntes sobre los principales acontecimientos de alcance global vividos durante los últimos cuarenta años de movimientos sociales.....
Jaime Pastor
22. *Repeat Lenin*: del 68 a los movimientos globales.....
Pablo Iglesias

PARTE V. LATINOAMÉRICA

23. Movimientos sociales, matrices sociopolíticas y nuevos escenarios en América Latina.....
Maristella Svampa
24. La izquierda nacional: izquierda y gobierno en América Latina. Entre la revolución y el reino de la necesidad.....
Carlos Figueroa Ibarra
25. Una aproximación empírica a la construcción de la identidad indígena: los marcos interpretativos y los conflictos sociales en Cusco.....
Claire Wright
- Sobre los autores.....



1

Introducción

EL LIBRO QUE AQUÍ PRESENTAMOS ES EL FRUTO DE UN CONGRESO QUE SE CELEBRÓ en Bilbao en noviembre de 2008 y que contó con la asistencia de unas doscientas personas y más de cien comunicaciones. El encuentro no quería nada más que crear un espacio de análisis crítico sobre el espacio político y, en la medida que se hallaban relacionados con él, los contextos y las estructuras sociales.

Más específicamente, pretendíamos, desde el mundo académico, hacer converger las distintas posiciones críticas, alternativas que existían y existen sobre estas cuestiones. Los que allí nos encontramos echábamos en falta un espacio propio desde el que reflexionar desde nuestra propia perspectiva, la crítica, en torno al mundo.

En este sentido, desde el congreso se entendía que la teoría política, en el sentido más amplio del término, no podía ni debía ser una simple y neutra descripción de la realidad, sino que implicaba una toma de partido, un posicionamiento crítico y, al mismo tiempo, una propuesta alternativa sobre la política, el poder y la sociedad.

Interpretábamos en este sentido el análisis político crítico desde un enfoque amplio, entendiendo como política no solo el Estado —y menos todavía no solo las instituciones políticas— sino como todo aquello que conforma la acción política; la acción colectiva con consecuencias políticas. Así, el análisis político no debía ni debe centrarse exclusivamente en el poder político y en las formas más o menos democráticas que el mismo exhibe, sino también —y a veces sobre todo— a los contextos, a las estrategias, a los actores y a los territorios que conforman la política. Con esta perspectiva se hicieron distintos grupos de trabajo. Precisamente, Estado y poder, democracia, cuestión nacional, el sujeto colectivo en el cambio social, las transformaciones en el mundo del trabajo, la estrategia contrahegemónica contra la globalización y la específica problemática de Latinoamérica.

Una mirada desde una posición emancipadora puede suponer tres cosas:

- Un enfoque prioritariamente descriptivo, en el que se analizan acontecimientos, con un telón crítico. Pero en el que sobre todo se relatan acciones políticas que se consideraran relevantes o al menos interesantes para una reflexión desde la izquierda.

- Un enfoque decididamente crítico en el que se denuncian prácticas o estructuras políticas, sociales, jurídicas, etcétera, que se oponen a estrategias y prácticas de políticas o movimientos emancipatorios.
- Un enfoque más propositivo en el que se afirma qué es lo que es y, sobre todo, qué es lo que debe ser un pensamiento y una acción política y social desde la izquierda realmente emancipadora.

Somos conscientes que la mayoría de las comunicaciones presentadas en el congreso se inclinaron principalmente por la primera y segunda opción. Las dimensiones más descriptivas y críticas. Ello nos reta a seguir esta reflexión en un espacio congresual o de cualquier otro tipo; nos reta a continuar profundizando en los enfoques más propositivos.

Del congreso surgen, aun así, dos publicaciones distintas: la primera, en forma de memoria y donde se recogen la totalidad de las comunicaciones y ponencias presentadas; y la segunda, que constituye este libro e implica una selección de tales ponencias y comunicaciones.

La selección ha tratado de combinar diversos criterios. Por un lado, nos parecía inexcusable la presencia de un conjunto de ponentes internacionales que entendemos aportan una visión global sobre el tema. Por otro lado, también consideramos imprescindibles que existiesen comunicaciones de todos los bloques temáticos del congreso. Y, finalmente, dentro de cada bloque hemos tratado de combinar ponencias más teóricas con algunas más descriptivas o aplicadas. Somos conscientes de que determinadas y muy valiosas comunicaciones han quedado fuera por estrictos motivos de espacio al priorizar que aparezcan textos de cada área.¹

Antes de presentar cada una de estas aportaciones nos parecía oportuno hacer algunas muy breves reflexiones sobre lo que debería ser un pensamiento crítico sobre lo político. Sin duda, el tema desborda esta breve introducción. Sin embargo, nos arriesgamos a plantear algunas pistas que a su vez constituyen retos analíticos. Creemos en este sentido, que la exigencia de ordenar y «depurar» el pensamiento crítico disponible, resulta inexcusable. En demasiadas ocasiones, las herramientas críticas son débiles porque no tenemos criterios, o los mismos se hallan dispersos, con los que orientar esas críticas específicas. En concreto, si afirmamos que una teoría o una movilización social o una política no resultan emancipadoras, tal afirmación peca de superficialidad porque no quedan claras cuáles son las características del proyecto emancipatorio que se supone validan o impugnan esa acción o esa reflexión política concreta.

Con este horizonte deberíamos empezar, siguiendo también el índice de este libro, a apuntar algunas ideas sobre el Estado, el poder y la democracia. Anotemos algunas de estas tendencias analíticas dominantes, desde una perspectiva emancipadora, y los retos, sin resolver, que las mismas plantean.

En primer lugar, resulta imprescindible saber exactamente cuál es el papel del poder en general y del Estado en particular en la conformación y el mantenimiento

1. Este libro ha querido también recoger y respetar la pluralidad lingüística de la que disfrutamos en las jornadas. En todo caso nos ha parecido conveniente introducir tanto en los textos en euskera como en inglés un amplio resumen explicativo.

en la sociedad de la desigualdad. Como veremos más adelante, algunas de las aportaciones que se incluyen enfocan con rigor esta cuestión, pero creemos necesario una mayor profundización de la misma. En segundo lugar, y muy especialmente, parecería que en nuestros días un análisis propositivo desde la mirada emancipadora debería considerar el futuro del poder y del Estado desde una doble y simultánea perspectiva:

Primero, se trataría de transformar la dimensión relacional del Estado. El Estado debe tomar partido por la igualdad. Liderar, de forma radical, ese cambio social. Esto implicaría que el Estado otorga, impulsa y protege el protagonismo de determinada sociedad civil que representa precisamente esa manera de construir relaciones económicas y sociales de forma cooperativa, solidaria e igualitaria. Por tanto, el Estado no solo controla y limita las relaciones de mercado capitalistas, sino que impulsa su desplazamiento en favor de un sistema de producción y distribución económica basado en una lógica alternativa.

Con esta referencia deberíamos considerar y analizar las acciones colectivas sociales, o provenientes de la sociedad, dirigidas a lograr estos objetivos. Dicho de otra forma, ¿qué formaciones políticas a través de qué procesos electorales y de presencia en el poder hacen posible, impulsan este proceso de transformación desde el Estado? En el espacio de la acción política no convencional, ¿qué tipos de actores colectivos sociales y a través de qué confrontaciones sociales se propicia, se «fuerza» al poder político en esta estrategia transformadora?

Cuando en un párrafo anterior hacíamos referencia a la simultaneidad, tendríamos que afirmar que con un enfoque emancipatorio la transformación del poder político no solo implica que el Estado cambie sus políticas sociales, por voluntad propia o con los impulsos de la presión social, sino que el Estado, en su concepción de poder separado, desaparezca.

La afirmación sin duda es contundente, pero no podemos olvidar que las dimensiones más profundas de todo el pensamiento político de izquierda han operado con ese horizonte estratégico. El reto en cualquier caso es evidente: ¿cómo simultanear prácticas políticas y sociales que, por un lado concedan poder al Estado en su tarea de transformación igualitaria de la sociedad y, al mismo tiempo, impulsen el protagonismo político de la sociedad organizada que lleve a una progresiva inutilidad y disolución del poder estatal?

Como puede observarse, más que pistas, lo que apuntamos son sobre todo preguntas, retos que creemos deben ser contestados desde una perspectiva de izquierdas. Con este marco interrogativo como telón de fondo, haremos ahora unas breves consideraciones sobre aquellos textos que directa o indirectamente aparecen conectados con tales cuestiones.

La aportación de Bob Jessop nos sitúa en el punto de partida: en la definición de la actual posición del Estado respecto a la sociedad en general y a la sociedad capitalista en particular. Creemos especialmente significativa su aportación en el sentido de definir esta relación de forma flexible, como él argumenta, la relación del Estado en la sociedad capitalista es de adecuación funcional a las necesidades e intereses del poder económico capitalista. Adecuación que, aunque por otro lado, debe tener en cuenta otros actores y otros contextos, sin embargo en última instancia, sí establece

una relación tributaria primordial respecto a las exigencias, respecto a la lógica del mercado y sus élites.

La aportación de Juan Carlos Monedero desarrolla este análisis posicional sobre el Estado moderno. Interpreta esa dimensión relacional siguiendo, precisamente, los análisis de Bob Jessop. Insiste el autor en que se deben evitar las interpretaciones simplistas. Si ciertamente existe una situación de predominio del mercado, lo económico es dominante solo en una compleja situación de confluencia de diversos procesos evolutivos. El Estado, según esta argumentación, es siempre reflejo de un proceso histórico. Su funcionamiento responderá a los intereses de los que hayan ganado o estén ganando en el conflicto social. Esta afirmación da pie a considerar la existencia de un escenario abierto, es decir, una situación en la cual el Estado puede optar por reflejar en su práctica una correlación de fuerzas sociales en las cuales sea dominante el peso de aquella parte de la sociedad organizada que ha optado por la lógica de la solidaridad.

Joan Subirats desciende en el análisis hacia las prácticas de participación social que pueden transformar el quehacer del Estado. Teniendo en cuenta especialmente la perspectiva del poder político, el análisis plantea cómo el Estado debe reducir su incertidumbre decisoria, ganar legitimidad y avanzar en el desarrollo de políticas igualitarias a través de la incorporación de actores sociales en su proceso decisorio.

Por su lado, Marcos Engelken, operando a partir del debate entre Habermas y Mouffe, nos introduce en uno de los retos del pensamiento de izquierdas antes mencionado y del que se hará referencia a lo largo de otros textos. En un sentido muy amplio nos referimos a la cuestión del sujeto colectivo. ¿En qué medida puede constituirse una comunidad homogénea en un contexto plural, de clases, que «delibere» políticamente y diga al poder político qué es lo que debe hacer? ¿Es posible constituir esa comunidad deliberativa con características posnacionales sin que la misma sea asentada en la «vieja» identidad nacional?

Entramos en la reflexión sobre la democracia a través de la propuesta de Iñaki Bárcena y Jone Martínez. Su propuesta nos lleva a considerar cómo a través de la democracia participativa, o más exactamente, mediante el conflicto medioambiental en el que se dan prácticas participativas, se transforma el Estado en su dimensión democrática. Y también cómo se transforma la dimensión relacional Estado-sociedad en el ejercicio del poder en cuanto que tal relación no está monopolizada por la lógica del mercado.

Finalmente cerramos este primer bloque sobre el Estado y su transformación con un breve y romántico decálogo de John Holloway. En él, se retoma la idea de la desaparición del poder estatal. Aunque, en realidad, su propuesta es más de desprecio que de disolución. Se trataría de construir un proceso cotidiano de autoorganización social, ignorando la existencia del Estado o aprovechando las brechas que dicho poder deja abiertas.

Al pasar al segundo bloque, debíamos, como en el caso anterior, hacernos algunas preguntas previas sobre cómo orientar una reflexión emancipadora. En éste caso, el análisis versaría sobre el sujeto «principal» en la relación comunidad-Estado: la nación. El análisis que hay que hacer con nuestra específica perspectiva es el de la relación entre comunidad nacional y emancipación. Esto es, cuando la reivindicación

nacionalista es una reivindicación emancipatoria en el sentido de orientarse hacia la construcción solidaria de una comunidad de iguales que tiende a la construcción de poder autónomo. Es más, se trataría de ver hasta qué extremo la identificación nacional propicia la emergencia de una comunidad de iguales.

Partiendo de esta reflexión, Ephraim Nimni orienta su propuesta teniendo en cuenta los análisis marxistas sobre la cuestión nacional. Con esta herramienta analítica elige el austromarxismo como la orientación más adecuada para defender esta dimensión emancipatoria de la reivindicación nacional. En efecto, es básicamente la exigencia de las libertades culturales específicas de un pueblo lo que conduce a esa solidaridad, a esa construcción comunitaria.

Joseba Azkarraga Etxagibel nos introduce en un tema actual muy ligado a los desafíos de la posmodernidad. Cómo la construcción identitaria colectiva en general y nacional en particular, en lucha dinámica contra «el yo» atomizador y conservador, genera el sentido de pertenencia comunitaria y solidaria.

El análisis de Iker Iraola se orienta a plantear los conflictos, las dificultades y los retos derivados de la presencia de diferentes en las comunidades nacionales. Dicho de otra forma, cómo los grupos de inmigrantes se integran —o no— en una determinada comunidad nacional. Y cómo estas dificultades ensombrecen esa necesaria dinámica dirigida hacia la construcción de una comunidad nacional igualitaria, solidaria y no excluyente.

Finalmente el trabajo de Arkaitz Letamendia opta por una dimensión más específica ligada directamente a la expresión violenta del conflicto nacional vasco y sus consecuencias políticas. Su estudio nos demuestra cómo la represión que se ejerce sobre determinadas organizaciones políticas a las que se acusa de convivencia con la violencia no se hace tanto por motivos estrictamente jurídicos sino, sobre todo, por el contexto de la oportunidad política. Al final el criterio de represión es más el aislamiento político de determinadas organizaciones que su objetiva relación con la violencia.

Entramos, ahora, en el tercer bloque, dedicado al sujeto, el conflicto y el cambio social. Aquí, la perspectiva va a ser menos abstracta, menos macro, poniendo en el centro de atención el sujeto colectivo en su constitución y sus luchas. Recordemos lo expuesto al principio: desde una teoría política de izquierdas, la política no es solo el Estado, la nación. La política es la lucha de los sujetos sociales. Cómo los mismos, por un lado, transforman el ser y la acción del Estado y cómo, al mismo tiempo, se autoconstituyen en espacios de contrapoder. Es con esta referencia como debemos considerar los trabajos que analizamos a continuación. Por otro lado, este bloque se divide en tres conjuntos distintos: reflexiones generales sobre conflictos y sujetos colectivos; estudios sobre movimientos sociales diversos y específicos; y el mundo del trabajo como contexto diferenciado en la construcción del sujeto transformador.

Luis Enrique Alonso y Rafael Ibáñez llevan a cabo una extensa y minuciosa descripción de los movimientos sociales en el Estado español. Su evolución, ascenso, caída, opción por la «onegización», su resurgir a través del movimiento alterglobalista y sus retos actuales. Entre ellos, básicamente, cómo convertirse en sujetos políticos, cómo pasar tanto de la lógica de la estricta resistencia y de la atomización a la lógica de las propuestas más constructivas, más globales.

Salvador Aguilar nos recuerda cuáles son los conflictos sociales desde los que surgen estos actores colectivos, estos movimientos sociales que cuestionan las estructuras y prácticas de poder. Su teoría de los *clivajes*, aquellas fisuras desde las que emergen las diversas confrontaciones sociales, nos relaciona viejos y nuevos *clivajes*. Resulta particularmente interesante su descripción, para el caso español de aquellos *clivajes* concretos que orientan la confrontación social, tales como el transicional —la divisoria que se mantiene en y desde la transición política— así como el plurinacional. Por otro lado, el autor nos señala que aquellos *clivajes* «más tradicionales» como el de clase siguen estando activos. En consecuencia y en conjunto, las rupturas sociales siguen siendo más relevantes de lo que nos dice el discurso dominante sobre una sociedad pacificada y en orden.

Cierra este primer conjunto el trabajo de Ana Cristina Aguirre, María Angélica Benavides y Joan Pujol cuyo trabajo trata sobre el sujeto político performativo. Su aportación versa en torno a cómo, en primer lugar, debemos distanciarnos de una supuesta neutralidad y homogeneidad de la sociedad civil. En dicha sociedad existe el conflicto al existir distintos sujetos colectivos con distintas propuestas respecto a tal sociedad y respecto al poder. Al mismo tiempo, el trabajo destaca cómo la propia acción colectiva conforma la trayectoria, la estrategia y el horizonte transformador del sujeto.

En el segundo conjunto de trabajos se analizan movimientos sociales concretos. En realidad, destaca el trabajo de Donatella della Porta en el que un amplio análisis de diversas experiencias de movimientos sociales nos explica, desde una original perspectiva, el carácter constitutivo de la protesta en el movimiento social. Para ello considera la especial riqueza de determinadas protestas colectivas y cómo las mismas, a través de los ciclos de protesta, la pluralidad de participantes y la construcción identitaria, influyen positivamente en el desarrollo de los movimientos sociales.

El análisis de Della Porta nos sirve como marco desde el que leer determinados movimientos sociales como el movimiento estudiantil. Así lo hace en su artículo Robert González, que estudia, incorporando un enfoque antisistémico, el movimiento estudiantil contra la directiva de Bolonia.

La acción y el sujeto colectivo en el mundo del trabajo son abordados por Lucía del Moral y Manu Fernández en lo que hace referencia a los nuevos retos de las mujeres en el mundo laboral, y por Mikel de la Fuente y Juan Hernández Zubizarreta en los retos sindicales de las empresas transnacionales. En el primero, se destacan los procesos de precarización del trabajo femenino y la necesidad de desarrollar mecanismos que fomenten la autovalorización fuera de la lógica monetaria. El segundo artículo parte de una visión menos heterodoxa y nos recuerda una vez más la dependencia de las estructuras de poder internacional del mundo respecto de las transnacionales y la necesidad de construir sujetos sindicales también transnacionales que cambien estos marcos políticos adversos.

Por último y cerrando este bloque dedicado al sujeto, hemos de considerar la aportación de Jordi Bonet. La misma es más una aportación metodológica que un análisis de movimientos específicos. El trabajo, que critica los sesgos en la investigación convencional (institucionalismo, organicismo, neutralismo y tecnicismo), propone asumir como inevitable pero también positiva una posición política en la tarea investigadora.

En el cuarto bloque, el conjunto de artículos se centra en un movimiento social determinado: el llamado *movimiento de movimientos*, el *movimiento alterglobalista* o más conocido como el *movimiento antiglobalización*. En su momento decíamos que en el centro de una teoría política crítica tenemos que situar el o los sujetos sociales que deben liderar el proceso de transformación política radical. Parecería que durante algún tiempo, los movimientos alterglobalistas han apuntado a ocupar dicho lugar. Sin embargo, es muy probable que dicha asignación «de vanguardia» a estos movimientos sea hoy ya un tanto exagerada. En cualquier caso sí parece que los mismos presentan unos rasgos de radicalidad que los hacen merecedores de un tratamiento diferenciado. Por eso les hemos dedicado un bloque aparte.

El trabajo de Michael Löwy nos narra el proceso histórico de estos movimientos, cómo hay que buscar sus antecedentes en mayo de 1968 y cómo a través de distintas experiencias y movilizaciones (especialmente el movimiento zapatista y Vía Campesina) se logra la actual confluencia de esta red de movimientos. Confluencia que está más focalizada en una actitud y práctica de resistencia que en detalladas propuestas alternativas.

En esa misma línea orienta Jaime Pastor su artículo. En él se destacan episodios latinoamericanos, subrayándose cómo este movimiento de justicia global hace posible una reflexión dirigida a «transformar el mundo». Por otro lado, resulta especialmente interesante el relato que se hace sobre el debate en torno a cómo articular, desde la lucha social, las propuestas de transformación política radical.

El texto de Pablo Iglesias trata distintos temas conectados con estos movimientos alterglobalistas. El autor otorga especial relevancia al papel desempeñado por el Estado en distintos momentos históricos, en relación con los movimientos sociales. Concluye que el Estado ha dejado de ser hoy la institución fundamental para entender las estrategias de estos movimientos antisistémicos.

El último de los bloques de este libro hace referencia a Latinoamérica. A los organizadores de las jornadas que sirvieron de base para este libro nos parecía absolutamente necesario dedicar una especial mirada sobre una realidad, la latinoamericana, en la que, con todas sus luces y sombras, resultan más cercanas las esperanzas de una transformación política sustancial.

Iniciamos este bloque con una aportación analítica muy relevante de Maristella Svampa. A través de una ordenada y exhaustiva visión de los movimientos sociales en Latinoamérica, nos define cuáles son las matrices político-ideológicas en las que los mismos se insertan. Así, la indígena comunitaria, la nacional-popular, la izquierda clásica y más recientemente la narrativa autonomista. Con estas matrices en juego, la autora repasa las luchas sociales y políticas en Bolivia, México, Perú y Argentina. Concluye cómo, por otro lado, las estrategias económicas desarrollistas se confrontan decididamente con las vías de emancipación presentes, de distintas formas, en los citados marcos político-ideológicos.

El análisis de Carlos Figueroa es decididamente más político. En él se observa cómo diversos movimientos sociales en Bolivia, Ecuador y Venezuela cristalizan en opciones políticas. Asimismo, estudia la crítica de regímenes populistas hecha a los gobiernos de izquierda de los citados países, defendiendo en este sentido las posibilidades revolucionarias de estas nuevas realidades políticas.

El último texto que presentamos, de Claire Wright, concentra su análisis en la construcción de la identidad indígena a partir de la acción colectiva. Para ello, estudia diversos conflictos colectivos en Perú y cómo a través de los mismos se construye esa identidad.

Como hemos dicho al principio, sabemos que la selección de los textos ha dejado fuera de este volumen aportaciones muy relevantes. Sin embargo, estamos seguros que los textos seleccionados al menos van a posibilitar uno de los objetivos centrales tanto de las jornadas como de este libro: el debate crítico sobre la realidad política que nos envuelve.

Pedro Ibarra i Güell
Mercè Cortina i Oriol

Parte I
ESTADO / PODER /
DEMOCRACIA



2

Reflections on the State, State Power, and the World Market

Bob Jessop

[T]he world market [...] in which production is posited as a totality together with all its moments, but within which, at the same time, all contradictions come into play. World market then, again, forms the presupposition of the whole as well as its substratum (Marx, 1973: 227, italics added).

The «present society» is capitalist society, which exists in all civilized countries, freed in varying degrees from the admixture of medievalism, modified in varying degrees by the particular historical development of each country, and developed to a varying degree. In contrast to this, the «present state» changes with each country's border. It differs between the Prusso-German Empire and Switzerland, between England and the United States. The «present state» is thus a fiction (Marx, 1984).

This contribution aims to show the theoretical and political purchase of classical Marxism on contemporary problems concerning the state, state power, and the world market —whilst recognizing that the current period differs in major respects from the period when the leading classical theorists-cum-activists were working. It addresses three sets of issues: 1) the place of the state and state power in critical political economy; 2) the implications of growing world market integration for the form and functions of the state; and 3) how answers to such questions might help us understand the global financial crisis and its effects. And, reflecting the challenges and complexities of these issues, it will combine state-, capital-, and class-theoretical perspectives to provide a more nuanced account than could any single perspective.

THE STATE AND POLITICAL POWER

It is a commonplace that Marx did not leave a finished theory of the state. While it is idle to speculate why this occurred, the heterogeneity of the «present state» indicated in the opening quotation may be involved. Additionally, Marx undertook several types of analysis of the state in general, particular types of state, specific regimes, and distinct political conjunctures. These studies include: a) critiques of political

theory similar to his commentaries on economic categories in classical and vulgar political economy; b) historical analyses of the rise, transformations, and class nature of specific states; c) studies of specific periods and conjunctures; d) general analyses of the capitalist type of state – albeit mainly in terms of its formal and substantive correspondence to the logic of capital accumulation; e) historical analyses of the state (or its equivalent forms of political authority) in pre-capitalist times and/or outside Europe and USA; and f) more strategic, politically-motivated accounts intended to shape the course of political debates within the labour movement.

Nonetheless the opening quotations offer useful entry points into a complex debate. First, they juxtapose the immanent logic of growing world market integration and the survival of a plurality of national states. Second, they indicate that, despite the motley diversity of states in any given period, the latter share important features insofar as their respective domains are dominated by capitalist relations and tied into the world market. This raises major methodological issues about how to combine formal-logical with substantive-historical analyses of the world market and states. The two quotations also pose empirical questions about the link between: a) the tendential unification of the world market as a hierarchy of places, network of economic sites, and space of flows, and b) the plurality of states organized on primarily territorial lines and involved in complex relations of super- and subordination. I relate such questions to the current crisis at the end of this chapter.

The interaction of world market dynamics and state capacities is shaped by their mix of formal, institutional separation and substantive, material interdependence. This creates many theoretical problems and practical challenges. Theoretically, it is sometimes associated with treatment of the economic and the political or, more concretely, markets and governments, as initially unrelated phenomena that are brought together and interact, if at all, through the conduct of specific social forces pursuing particular strategic and/or tactical objectives in particular periods. This sort of analysis is exemplified in claims about the fusion of *previously separate* economic and political resources and capacities in the period of finance monopoly capitalism or, conversely, about the superior efficiency of market economies when relatively autonomous state managers are able to maintain this separation by resisting calls for special measures on behalf of particular economic or social interests. Such analyses overlook the changing forms of the always tendential, partial, and unstable «separation-in-unity» of the economic and political moments of the capital relation with all that this implies for diverse contradictions, dilemmas, paradoxes, disjunctions, and uneven spatio-temporal development. This complex relation means that even *laissez-faire* (to the extent that it ever really exists as opposed to being rhetorically proclaimed) is actually a distinctive form of intervention in the accumulation process. More generally, we need more detailed studies of the economic-political relations to transcend generalized claims about the state's inherently capitalist or, alternatively, potentially neutral nature. However, while work on specific institutional configurations may reveal details overlooked in general accounts of capitalism, it could ignore how the antagonistic nature of the capital relation eventually constrains all institutional fixes and how class (and other forms of struggle) can overflow and undermine particular sets of institutions and institutionalized compromises.

The same issue emerges in practical terms. For example, the separation of the economic and political in normal states can have reformist effects when it leads to demands that economic struggles are confined within the logic of market forces and political struggles are confined within the logic of majority rule within constitutional limits. This subjects economic life to the dumb compulsion of competition and requires politics to connect particular demands to the national and/or public interest. In this context, economic, political, intellectual and moral leadership serves to connect the economic-corporate and national-popular interests of subordinate classes with strategies and policies that advance the interests of capital over different spatio-temporal horizons.

Such questions problematize the relation between logical-formal and substantive-historical analysis. Pashukanis once asked of the capitalist type of state:

Why does the dominance of a class take the form of official state domination? Or, which is the same thing, why is not the mechanism of state constraint created as the private mechanism of the dominant class? Why is it dissociated from the dominant class — taking the form of an impersonal mechanism of public authority isolated from society? (1978 translation: 185).

If the form of sovereignty tends to reflect the specific economic form in which surplus labour is appropriated (Marx 1967b: 791), we must identify how capitalist states differ from the types of state associated with other modes of production. This informs the answer that Pashukanis proposed to his own question. The most distinctive feature of capitalism is that labour-power acquires the form of a commodity and the wage relation is organized on the basis of formally free and equal exchange between capital and labour. This bars coercion from the immediate organization of production in favour of formally equal contractual relations and open competition between capitals. Surplus labour can then be appropriated as surplus-value and economic exploitation will take the form of exchange. This is reflected in an aphorism that distils brilliantly the Marxist theory of the capitalist type of state: «when exploitation takes the form of exchange, dictatorship tends to take the form of democracy» (Moore, 1957: 85). This was anticipated in Marx's observation that, whereas civil society of the *bourgeois* and the primacy of private profit, the political sphere is the world of the *citoyen* and national interest. He adds that the representative state based on rational bureaucracy and universal suffrage is formally adequate to capitalist social relations. It corresponds to the value form of the capitalist mode of production and provides a suitable extra-economic support for it. The freedom of economic agents to engage in exchange (belied by «factory despotism» in the labour process) is matched by the freedom of individual citizens (belied by the state's subordination to the logic of capital) (Marx, 1975, 1978). In both cases the substantive nature of class domination is rendered opaque behind the appearance of relations of formal equality. I present a more detailed account of the formal-logical aspects of the capitalist type of state and its articulation to economic and political life in Table 2.1 but cannot elaborate all its various state-, capital-, and class-theoretical implications here (for fuller discussion, see Jessop, 2002).

Table 2.1 The Capitalist Type of State and its Articulation to the Economy

ARTICULATION OF ECONOMY AND STATE IN CAPITALISM	IMPLICATIONS FOR THE ECONOMY AND CLASS RELATIONS	IMPLICATIONS FOR THE STATE AND POLITICS
<p>Institutional separation of market economy, sovereign state, and a public sphere (civil society) that is located beyond market and state.</p>	<p>Economy is organized under dominance of capitalist law of value as mediated through competition between capitals and economic class struggle.</p>	<p>Raison d'État (a specialized political rationality) distinct from profit-and-loss market logic and from religious, moral, or ethical principles.</p>
<p>Legitimate or constitutionalized claim to a monopoly of organized coercion within territory controlled by state. Role of legality in legitimation of the state and its activities.</p>	<p>Coercion is excluded from immediate organization of labour process. Value form and market forces, not force, shape capital accumulation.</p>	<p>Specialized military-police organs are subject to constitutional control. Force has ideological as well as repressive functions. Subject to law, state may intervene to compensate for market failure in national interest.</p>
<p>«Tax State»: state revenues derive largely from taxes on economic actors and their activities and from loans raised from market actors. State lacks its own property to produce goods/services for its own use and/or to sell to generate profits to support state apparatus and tasks. Its tax capacity depends on legal authority and coercive power.</p>	<p>Taxes are deduction from private revenues but may be used to produce public goods deemed essential to market economy and/or for social cohesion. Bourgeois tax form: general contribution to government revenue levied on continuing basis that the state can then apply freely to legitimate tasks. No longer relies on specific, ad hoc taxes levied for specific tasks.</p>	<p>Subjects of the state in its territory have general duty to pay taxes, regardless of whether they approve of specific state activities. National money is also means of payment for state taxes. Taxation capacity acts as security for sovereign debt. Tax as one of earliest foci of class struggles.</p>
<p>Specialized administrative staff with own channels of recruitment, training, and esprit de corps. This staff is subject to the authority of the political executive. It forms a social category divided by market and status position.</p>	<p>State occupies specific place in general division between manual and mental labour. Officials and political class specialize in intellectual labour with close relationship between their specialized knowledge and their power. Knowledge becomes major basis of state's capacities.</p>	<p>Official discourse has key role in exercise of state power. Public and private intellectuals formulate state and hegemonic projects that define the national and/or 'national-popular' interest. State derives its legitimacy by reflecting national and/or 'national-popular' interest.</p>

<p>Rechtsstaat: state is based on the rule of law, not of men. A division between private law, administrative law, and public law. International law governs relations between states. No formal monopoly of political power in hands of dominant economic class(es) but formal 'equality before the law' of all citizens.</p>	<p>Economic subjects are formally free and equal owners of commodities, including labour-power. Private law develops on the basis of property rights and contract law. State has a key role in securing external conditions for economic exchange.</p>	<p>Official discourse has key role in exercise of state power. Public and private intellectuals formulate state and hegemonic projects that define the national and/or 'national-popular' interest. State derives its legitimacy by reflecting national and/or 'national-popular' interest.</p>
<p>Formally Sovereign State with distinct and exclusive territorial domain in which it is free to act without direct, authoritative interference from other states or actors. Substantively, states are constrained in exercise of sovereignty by balance of international forces as well as by domestic balance.</p>	<p>Conflict between economy as abstract and apolitical «space of flows» in the world market and as the sum of localized activities, with an inevitably politically-overdetermined character. Particular capitals may try to escape state control or seek support in world competition from their respective states</p>	<p>Ideally, states are recognized by other states as sovereign in their own territories but they may need to defend this territorial integrity by force. Political and military rivalry is depends in part on strength of national economy. Need to balance pursuit of geo-economic and geo-political goals and social cohesion.</p>

Source: Jessop (2002): 38-43.

This sort of formal-logical analysis of the capitalist type of state is substantively and historically inadequate for at least three reasons. First, the rule of law (let alone a bourgeois democratic republic) generally comes relatively late in most states (even excluding earlier imperial and/or colonial relations) and even today many states do not yet conform in major (let alone all) respects to this configuration. Second, in periods of crisis, 'normal' states are often overturned, where they exist, in favour of 'exceptional regimes', which suspend competitive elections and resulting forms of democratic representation in favour of rule by one or another branch of government. Examples include the armed forces (military dictatorship), political police (fascism), bureaucracy (Bonapartism), and religious authorities (theocracies). And, third, whatever the form of state or regime, it may not be organized primarily in line with the logic of capital as opposed to another principle of societal organization (such as national security, racial identity, nation-building, or religious belief).

Normal States and Exceptional Regimes

On the second point, while normal states correspond to conjunctures in which bourgeois hegemony is stable and secure, exceptional regimes correspond to crises of hegemony. For, when political and ideological crises cannot be solved through

the normal, pluralistic play of social forces, the dominant classes may seek to suspend democratic institutions (e.g., through formal or virtual temporary governments of national unity and demands for cooperation among the 'governing parties') or through an open 'war of manoeuvre' that ignores constitutional niceties to establish temporary or more lasting forms of political dictatorship. This basic contrast is reflected in four sets of institutional and operational differences between normal states and exceptional regimes (see Poulantzas, 1974, 1976):

- Whereas normal states have representative democratic institutions with universal suffrage and competing parties, the forces behind exceptional states end the plural party system and employ plebiscites and/or referenda.
- While constitutional and legal rules govern the transfer of power in normal states, exceptional regimes suspend the rule of law to facilitate the changes deemed necessary to solve economic, political, and hegemonic crises.
- Whereas ideological apparatuses in normal states largely escape direct government control, in exceptional regimes they are mobilized to legitimate increased coercion and help overcome the ideological crisis that accompanies a crisis of hegemony.
- The formal separation of powers in normal states is reduced as the dominant branch infiltrates subordinate branches and power centres and/or as parallel power networks connect and guide their operation. This centralises political control and multiplies its points of application, helping to reorganise hegemony, short-circuit internal resistances, and facilitate flexibility.

Nonetheless the very act of abolishing democratic institutions tends to congeal the balance of forces prevailing when the exceptional state is stabilised. This makes it harder to resolve new crises and contradictions through routine and gradual policy adjustments and to establish a new equilibrium of compromise. Thus the apparent strength of exceptional regimes hides their brittleness. This is clearest where they lack specialized politico-ideological apparatuses to channel and control mass support, have no ideology to forge state unity and national-popular cohesion, and apportion state power rigidly among distinct political clans linked to each apparatus. These make exceptional regimes vulnerable to sudden collapse as contradictions and pressures accumulate, seen in the decomposition of the military dictatorships in Southern Europe in the mid-1970s (Greece, Portugal, Spain) or the socialist states in Central and Eastern Europe at the turn of 1980s (think especially of Romania).

Capitalist state or state in capitalist society?

On the third point, several more state-theoretical scholars emphasize the polycontextual (Willke, 1992), polymorphous (Mann, 1986), polyfunctional (Taylor, 1994), or inherently pluralistic nature of the modern state (Cerny, 2010). Thus its organization and capacities may be primarily capitalist, military, nationalist, racial, democratic, theocratic, patriarchal, and so forth, according to the balance of forces, especially

as these affect the institutional ensemble formed by the state and its exercise of power. Its dominant crystallization is open to challenge and also varies conjuncturally. Such arguments rest on an institutional definition of the state without regard to the embedding of state institutions within a capitalist social formation, at best treating the existence of a separate political sphere as typical of societies based on functional differentiation. In this context the modern state is seen as a distinctive form of the territorialization of political authority based on the threefold intersection of a politically organized coercive and symbolic apparatus; a clearly bounded core territory; and a population on which political decisions of any kind are collectively binding. This provides the terrain for a wide range of social conflicts among which class struggle is just one mode among many. Hence there is no guarantee that the modern state will always (or ever) be essentially capitalist and, even when accumulation is deeply embedded in their organizational matrix, modern states typically consider other functional demands and pressures from civil society when seeking to promote institutional integration and social cohesion. State power networks can crystallize in different ways according to the leading issues in a given period or conjuncture, with general crystallizations dominating long periods and more specific crystallizations emerging in particular situations. This approach suggests that *capitalist states* differ from *states in capitalist society* mainly in terms of their principal functional orientation.

Interesting questions arise here about the relevance of *functional* as opposed to *formal* adequacy for the analysis of 'actually existing' states in societies dominated by capitalist relations of production. As states vary in their primary crystallization, one should study how, and how far, their form and activities are *functionally adequate* in securing the economic and extra-economic conditions suited to capital accumulation and political class domination in a given conjuncture; and, accordingly, to how such adequacy is achieved (or not) in specific conjunctures through specific strategies and policies promoted by particular social forces. At stake here is how the changing balance of forces is mediated and condensed through specific institutional forms in particular periods, stages, and conjunctures regardless of whether these institutions correspond to the formally adequate capitalist type of state. This does not mean that the state form is irrelevant but rather that its strategic selectivities do not directly serve to realize the interests of capital in general. Thus analyses of the state must pay more attention to the contest among political forces to shape the political process in ways that privilege accumulation over other modes of societalization. The contrast between these two types of analysis (and their correspondence to different types of state) is presented in Table 2.2; sadly, further discussion is again impossible.

The Relevance of Gramsci

Gramsci provides a starting point that by-passes the distinction between the capitalist type of state and states in capitalist societies because it is more attuned to class-theoretical questions. He was concerned with the relations among diverse social forces involved in the exercise and/or contestation of state power and, especially, with the relative weight of consent and coercion. Thus he once defined the state as 'the

Table 2.2 The Capitalist Type of State and the State in Capitalist Societies

	Capitalist Type of State	State in Capitalist Society
Historical Specificity	Focus on historical specificity (distinction between capitalist type of state and types of state associated with other modes of production).	Potential historical continuity (focus on how inherited state forms may be used in new historical contexts).
Dominant axis of societalization	Dominance of logic of capital accumulation.	Another axis of crystallization or none dominates.
Key approach to its development	Focus on formal constitution (how state acquires 'formal adequacy') and on how 'form problematizes function'.	Focus on historical constitution (how state building is mediated through the changing balance of forces oriented to different state projects).
Measure of adequacy	Formal adequacy, i.e., match between state form and other forms of capital relation such that state form is a key element in its overall reproduction.	Functional adequacy, i.e., focus on capacity of state to secure the various conditions appropriate to capital accumulation and political legitimacy.
Class versus State power	Class power is structural and obscure. Capitalist type of state is more likely to function for capital as a whole and depends less on overt class struggles to guide its functionality.	Class power is instrumental and transparent. There is a stronger likelihood that the state is used to pursue the interests of particular capitals or other specific interests.
Periodization	Phases in formal development, crises in and of the capitalist type of state, alternation of normal and exceptional periods.	Phases in historical trajectories, important shifts in institutional architecture, key discontinuities in governments, policies, etc.

Source: Jessop (2007): 139

entire complex of practical and theoretical activities with which the ruling class not only justifies and maintains its dominance but manages to win the active consent of those over whom it rules' (Gramsci, 1971: 244). He also proposes that 'State = political society + civil society' (Gramsci, 1971: 239, 261, 263); and once asserted that,

'in actual reality, civil society and the State are the same thing' (Gramsci, 1971: 160). Approach tends to downplay the role of the borders between the 'state' and 'society' or, as noted above, the institutional separation of the economic and political fields. This reflects Gramsci's concern with the modalities of class domination regardless of the specific sites on which this may from time to time be exercised. For, if one focuses on the exercise of state power rather than the internal organization of the state apparatus, the overall effects of state intervention will depend on the totality of social relations in a given society.

In this context, Gramsci identified two modes of class domination: force and hegemony. *Force* involves the use of a coercive apparatus to bring the mass of people into conformity with the requirements of a specific mode of production (1971: 56n). Note that Gramsci does not equate coercion exclusively with the formal state apparatus. This is not just related to the activities of fascist armed bands in the period when he was politically active but also to his more general interest in the social bases of the police and military and the role of ideological factors in shaping the relations of political-military force. Conversely, *hegemony* involves successful mobilization and reproduction of the 'active consent' of dominated groups by the ruling class through their exercise of intellectual, moral, and political leadership. Continuing hegemony is not reducible to mere indoctrination or false consciousness because it depends, first, on taking systematic account of popular interests and demands, shifting position and making compromises on secondary issues to maintain support and alliances in an inherently unstable and fragile system of political relations (without, however, sacrificing essential interests); and, second, on organizing this support for the attainment of national goals which serve the fundamental long-run interests of the dominant group. Gramsci also stresses the role of intellectual and moral leadership in creating a collective will, a 'national-popular' outlook, a common world-view that is adequate to the needs of social and economic reproduction. Such leadership is constituted through ethical-political and ideological practices that operate on *and through* the prevailing system of beliefs, values, common-sense assumptions, and social attitudes to organize popular culture in its broadest sense and adapt it to the needs of the dominant mode of production. Finally we should note that Gramsci identifies a wide range of modes of exercising state power between inclusive hegemony and open class war: these include passive revolution, force, fraud, and corruption (on these issues, see Gramsci 1971: passim).

This approach is a salutary reminder that states only exercise power by mobilizing their distinctive resources and capacities to modify behaviour and/or transform the wider society of which they are but one part; and that domination and hegemony can be exercised on both sides of official public-private divides (for example, state support for some paramilitary groups, state education in relation to hegemony). If we also include the massive expansion of new forms of discipline, normalization, and governmentality as well as the growing 'mediatization' (involvement of mass and, indeed, more targeted media) of everyday life, then this lesson becomes even more important for contemporary societies. But it risks ignoring the specific institutions and agencies in and through which such rule is exercised and which must be confronted, weakened, or overturned if radical democratic change is to be promoted.

Beyond Gramsci, Back to Marx

Another approach, advocated by Nicos Poulantzas, builds on Marx and Gramsci to analyze the state as a social relation. In many ways this provides a productive nodal point for connecting state-, capital- and class-theoretical perspectives. He rejected the view that the state is an entity or subject in its own right that could therefore serve as an object of investigation in its own right, isolated from its articulation with, and greater or lesser embedding in, more general social relations. Instead, he suggested that, «like “capital”, *it is relationship of forces, or more precisely the material condensation of such a relationship among classes and class fractions, such as this is expressed within the State in a necessarily specific form*» (1978: 128-129, italics in original). Developing the analogy with Marx's account of capital, this claim can be reformulated as follows: the state is not a thing but a social relation between persons, established by the instrumentality of things' (Marx 1967a: 717) or, more precisely, mediated through their relation to state capacities. In other words, whether seen as an institutional ensemble or as a repository of specific political capacities and resources, the state is far from a simple tool or neutral actor. Accordingly, this approach interprets and explains *state power* (not the state apparatus) as a *form-determined* condensation of the changing balance of forces in political and politically-relevant struggle.

To translate this intuitively plausible account into concrete-complex analyses of specific political periods, stages, or conjunctures requires studying three interrelated moments: (1) the state's historical and/or formal constitution as a complex institutional ensemble with a spatio-temporally specific pattern of 'structurally-inscribed 'strategic selectivity'; (2) the historical and substantive organization and configuration of political forces in specific conjunctures and their strategies, including their capacity to reflect on and respond to the strategic selectivities inscribed in the state apparatus as a whole; and (3) the interaction of these forces on this strategically-selective terrain and/or at a distance from the state as they pursue immediate goals, seek to alter the balance of forces, or transform the state.

On this basis, Poulantzas explored the changing relationship between the economic and extra-economic conditions of capital accumulation in the later stages of Atlantic Fordism in metropolitan states. Here he developed four themes: first, the state's economic roles now occupy the dominant place among its functions (with inevitable repercussions on its structures and the possibility of maintaining its hegemony); second, the boundaries between the economic and the extra-economic have been redrawn, with previously extra-economic elements now being seen as directly relevant to valorization and competitiveness; third, this means that the state's economic interventions are increasingly focused on the social relations of production themselves and on the attempt to increase labour productivity, especially through increased relative surplus-value; and, fourth, even those policies most directly concerned with economic reproduction nonetheless have an essentially political character and must be carried through in the light of their broader political significance for maintaining social cohesion in a class-divided society. This extension in state intervention intensifies tensions and fissures among different fractions of capital and also accentuates inequalities and disparities between the subordinate and dominant

classes. The state is therefore assuming some of the features of an exceptional state but on a continuing basis and, in this sense, authoritarian statism can be seen as the new 'democratic' form of the bourgeois republic in contemporary capitalism (1978: 203-204). While these observations derive from observation of trends in advanced capitalist states during the crisis of Atlantic Fordism, they are even more pertinent during the crisis of finance-led accumulation in the 2000s (see below).

GLOBALIZATION OR WORLD MARKET?

Given the remarks above, it should be clear that so-called globalization does not challenge the state in general. Its various mechanisms and processes exert pressure on *particular* forms of state and regime with *particular* state capacities and liabilities, with different patterns of consent, force-fraud-corruption, and open war, and with different 'unstable equilibria of forces'. So we must engage seriously with the modalities of globalization and specificities of state forms and political regimes. Mainstream work tends to interpret these trends in narrowly state-theoretical terms, in which case they appear as threats to the territorial and temporal sovereignty of the national state and/or as responses to problems confronting the national state considered as a distinct institutional ensemble with its own logic and interests. From a capital- and/or class-theoretical perspective, however, they may be means to re-articulate the economic and political moments of the capital relation in response to the advance of the world market (and, *a fortiori*, the generalization and intensification of the contradictions and crisis-tendencies inherent in the capital relation) and/or as part of a broader drive by powerful class forces to reorganize the market-state relation to their advantage (notably, of course, in recent decades, in the interests of international financial capital and other transnational capitals).

An adequate analysis must address the state-, capital- and class-theoretical aspects of the changing articulation of the world market and states. These aspects are often associated because different kinds of state favour different modalities of globalization based on inherited modes of insertion into the world market and on the re-composition of power blocs and class compromises. Likewise, the uneven dynamic of globalization will differentially affect metropolitan capitalist states, export-oriented developmental states, rentier oil states, post-colonial states, post-socialist states, etc. Accordingly, just as globalization does not generate a single set of pressures that affect all states equally, there is no common response by all states to the multiple forms that it assumes.

This excludes a zero-sum approach to the relation between world market and state power in terms of a *singular emergent borderless flow-based economy operating in timeless time* that is expanding at the expense of a *plurality of virtually identical national territorial states operating as 'power containers' that exercise control within fixed territorial boundaries*. There are three main reasons for this. First, the dynamic of the world market has crucial territorial as well as flow dimensions. Second, conversely, states are also 'power connectors', serving as nodes in a network of states and other political forces. And, third, world market integration not only constrains state managers but

also intensifies pressures on capital and labour to adapt, innovate, and compete. In particular, it weakens the capacity of organized labour to resist economic exploitation through concerted subaltern action in the economic, political, and ideological fields. But it also alters the terms of competition among fractions of capital and, in its neo-liberal variant, reinforces the power of financial over industrial capital. In short, it modifies the balance of economic and political forces as well as market-state relations and, on these foundations, state forms and functions.

Claims that globalization undermines the national state often take an idealized state-theoretical view of the sovereign territorial state in the 'Anglosphere' and/or Western Europe in the 'thirty glorious years' of economic expansion after 1945 as their reference point. They not only overlook how imperialism and colonialism had previously impacted economic and political orders in the 'South' and/or 'East' but also the role of superpower hegemony in various policy fields and the extent of bilateral and multilateral coordination. In this sense, such claims can be seen in part as an initial 'Northern' reaction to the 'revenge' of post-imperialist or post-colonial states (plus Japan) as 'Eastern' economies and their developmental states gain economic and political power in the world market; and, later, as a reaction to the efforts of economic and political forces in the 'North' to regain hegemony or at least dominance by pushing international economic regimes in a neo-liberal direction that limit or remove certain powers of national states to regulate the activities of capital.

From this distinctively one-sided perspective, commentators have highlighted three trends that are said to indicate a decline in the power of national states:

(1) The shift of state powers previously located at the *national* level up to supra-regional or international bodies, down to regional or local states, or outwards to relatively autonomous cross-national alliances among local metropolitan or regional states and, in tandem, the allocation of new state powers to territorial scales other than the national. This is sometimes explained in terms of the need to recalibrate state powers to match the global scale of the market economy and/or in terms of the need to penetrate micro-social relations to enhance competitiveness and manage uneven development. Interpreting this complex trend as the decline of the state due to globalization is doubly misleading. It would fetishize one particular form and scale of statehood when the capital relation 'merely' requires some form of separation of a profit-oriented, market-mediated 'economy' from a political order that can secure key extra-economic conditions for accumulation and social cohesion. And it would ignore evidence across many sites of action that national states, especially the most powerful in the inter-state system, seek to influence the movement, design, and exercise of powers across scales. Moreover, as the current crisis reveals, national states are also expected to act as crisis-managers in the last resort.

(2) Mainstream work tends to interpret these trends in narrowly state-theoretical terms, in which case they appear as threats to the territorial and temporal sovereignty of the national state and/or as responses to problems confronting the national state considered as a distinct institutional ensemble with its own logic and interests. From a capital- and/or class-theoretical perspective, however, they may be means to re-articulate the economic and political moments of the capital relation in response to the advance of the world market (and, *a fortiori*, the generalization and intensification

of the contradictions and crisis-tendencies inherent in the capital relation) and/or as part of a broader drive by powerful class forces (notably financial capital and transnational productive capital) to reorganize market-state relations to their advantage.

(3) The weakening of territorial 'power containers' on any scale relative to non-territorial forms of political power that by-pass or circumvent states through the expansion of old, revamped, or new forms of international regime and extra-territorial networks. This trend sometimes occurs at the behest of state managers as a way of reducing 'overload' (something highlighted in several state-theoretical readings) but it may also occur with their grudging acceptance or 'behind their backs' through action on other scales and/or at other sites of power. Such changes are rarely innocent, of course, and neo-liberal lobbies have been notably active in promoting certain kinds of unburdening of the state. In this regard such actions also serve to free capital (or some capitals) from the frictions of state control and to promote conditions more favourable to world market integration.

(4) The hardest challenge from globalization for states to address is to their temporal rather than territorial sovereignty. This occurs because the increased speed of world market integration reduces the time available for determining and co-ordinating political responses to economic events and crises. Two responses are privileged here: (a) withdrawal from areas where states are too slow to make a difference or would become overloaded if they tried to keep pace, especially in regard to short-term economic calculation, activities, and movements; and (b) the compression of absolute political time to enable more timely and appropriate state interventions based on fast policy-making and fast tracking policy implementation. Both responses can be analyzed in state-theoretical as well as capital- and class-theoretical terms. The first may unburden state managers but it also tends to favour superfast and hypermobile international capital. The second reaction tends to privilege the executive over the legislature and the judiciary, more flexible, discretionary, and, putatively, 'reflexive' laws and interventions, weakening tripartism, stakeholding, the rule of law, and formal bureaucracy, and by-passing the routines and cycles of democratic politics. It also increases the chances of basing decisions on unreliable information, insufficient consultation, lack of participation, etc, and of policy churning with the result that the 'half life' of legislation and other policies declines (Scheuerman, 2004). The capital- and class-theoretical impact of the second bias depends on the balance of forces. This can be seen in the current crisis, with virtual economic states of emergency being declared to manage the financial crisis, power being concentrated in the hands of a few key decision-makers (typically with strong ties to financial capital), and limited opportunities for legislative, let alone public, debate and oversight.

The Growing Dominance of the Logic of Capital

Although the mainstream literature is inclined to discuss these trends in largely state-theoretical terms with any capital- or class-specific effects being accidental or incidental, their general development suggests an overall strategic direction in key areas that favours the development of neo-liberal regimes and protects neo-liberal trans-

formation through various supporting and flanking measures that moderate its most harmful effects on social cohesion. In particular, these trends have worked in large part to extend and deepen world market integration and to strengthen the treatment of economic relations primarily from an exchange-value rather than use-value perspective. In this sense, they privilege value in motion (i.e., liquid capital) over capital considered as a stock of assets to be valorized in particular times and places, the treatment of workers as disposable and substitutable factors of production rather than as more or less skilled suppliers of concrete labour, the wage as a cost of (international) production rather than as a source of demand, money as international currency (especially due to the increased importance of derivatives) rather than as a national (or regional) money that can be deployed in the interests of national policy, nature as a commodity rather than as a renewable commons, and knowledge as intellectual property rather than collective good. Moreover, as capital is increasingly freed from the constraints of national power containers and increasingly disembedded from other systems, unrestrained competition to lower socially necessary labour-time, socially necessary turnover time, and naturally necessary production time (i.e., the time required to reproduce 'nature' as a source of wealth) gains strength in the dynamic of capital accumulation. The consequences of this one-sided promotion of the neo-liberal, money concept of capital are becoming daily more evident with the financial, economic, food, fuel, water, and environmental crises (see below).

States at different scales have responded to these trends in the last thirty years—their responses to the current financial crisis are addressed later—by seeking to manage the tension between (a) potentially mobile capital's interests in reducing its place-dependency and/or liberating itself from temporal constraints and (b) the state's interests in fixing (allegedly beneficial) capital in its own territory and rendering capital's temporal horizons and rhythms compatible with more traditional statal and/or political routines, temporalities, and crisis-tendencies. One aspect of this response is the role of national states in producing and regulating extra-territorial spaces, such as offshore financial centres, export processing zones, tax havens, and so on. A second aspect is their involvement in multi-level governance arrangements that seek to manage this tension through more or less effective (but often ineffectual) coordinated action. In many cases this creates a multi-level strategic game that enables powerful economic and political forces to pursue their interests on the most favourable political terrain to the detriment of players confined to less influential sites and scales. A third, more pervasive response is the growth of 'competition states'. These not only promote economic competitiveness narrowly conceived but also seek to subordinate many areas previously seen as 'extra-economic' to the currently alleged imperatives of capital accumulation in an integrated world market (Jessop 2002: 95-139). A final aspect for present purposes is the steady reinforcement of authoritarian statist trends at different scales that strengthen executive authority at the expense of legislative oversight and extend parallel power networks that connect state power to capitalist interests (see above).

The Current Crisis

I now relate certain aspects of the current global systemic crisis to the preceding discussion. My aim is not to present another timeline or to describe the forms of appearance of the crisis but to show how the preceding distinctions bear on some salient features of the crisis and crisis-management. A much more detailed account will appear in due course based on my current research.

First, most obviously, this is a crisis that affects a world market that has become increasingly integrated through measures on many scales and across many sites to promote a neo-liberal variant of the logic of capital. It has also brought into play, in an extreme and essentially incompressible manner, all of capital's contradictions in a crisis that is far more intense and global in its impact than the Great Depression in the 1930s. This reflects the growing pathological co-dependence of the US and Chinese economies as well as many other disproportions associated with increasingly unregulated global expansion.

Second, despite the growing integration of the world economy, there is still a motley diversity of states with very different economic, political, and socio-cultural interests. Indeed the uneven development that has been reinforced by the differential fallout of the global crisis is restructuring and reordering this diversity rather than leading to convergence in economic and state forms. Thus, not only 'the present state' but also 'the present global governance' is an illusion. The alleged decline of the national state has not eliminated attempts by this or that state to displace the costs of crisis onto other economic and political spaces and/or to defer them (at the expense of intensifying the environmental crisis as growth, at best in 'greenwashed' guise, is seen as the 'one best' exit strategy from the crisis for the most powerful economic and political forces).

Third, more specifically, the crisis has shown in stark detail the tensions generated by the institutional separation of the profit-oriented, market-mediated economy from the motley diversity of present states and the increased substantive interdependence between economic and political performance. Neo-liberalism has aggravated these tensions rather than removed them because it has presided over the systematic dismantling of state capacities that might have permitted effective action to deal with the various manifestations of the crisis over different spatio-temporal horizons of action. This is also related to the neo-liberal promotion of the 'offshore' economy, through which well-advised mobile and even immobile capital has been able to escape government 'predation' and regulation.

Fourth, this said, one of the strengths to date of the authoritarian statist regimes in advanced capitalist economies has been the continued separation of economic and political struggles on the part of *subordinate* economic and social forces at the very same time as this separation has been overcome by the concentration and centralization of economic and political power in the hands of financial capital and its allies in the state. This illustrates the role of the state in the disorganization of subordinate classes and the organization of the power bloc (albeit under the one-sided hegemony of financial capital).

A fifth factor is the extent to which financialization has penetrated everyday life with the result that many wage-earners and households regard themselves as in part

responsible for the crisis (or, at least, its impact on them) because of their integration into the world of mortgages, consumer credit, equity release, self-funded pensions, health insurance, and so forth. This is an important part of the explanation for the failure of subaltern groups to mobilize politically because the crisis has become a fact of life for which they feel in part responsible. At most, populist anger is directed at ‘banksters’ met by rhetorical and empty gestures about the control of bankers’ compensation. If (or, more likely, when) the crisis in the advanced capitalist economies is reflected in rising unemployment and attacks on the welfare state and social rights, this could change and threaten the core states.

Sixth, the crisis has reinforced the shift in the United States, above all, from a ‘normal’ capitalist state to a state in capitalist society. Class power has become much more transparent, especially in the recent period of crisis-management, with the crude nature of lobbying especially evident. But various measures over 30 years have also facilitated an exceptional concentration of power in the current crisis, with limited scope for legislative oversight and extreme powers granted to central authorities (i.e., financial elites with technical expertise to deal with crisis). This is reflected in the development of an authoritarian statism in the USA in which key aspects of exceptional regimes have already been normalized if not always publicly acknowledged.

A seventh, and for the moment, final, conclusion concerns the European Union as a regional economic bloc that is organized under the hegemony of fractions of capital that support neo-liberalism on a global scale (if not always on the domestic front) and that is seeking to advance its integration into the world market on the basis of the superior economic and extra-economic competitiveness of the European single market and a leaner, meaner ‘European social model’. To date the financial crisis has impacted the real economy in Europe more than in the US for reasons to do with the continuing motley diversity of its states as well as the export specialization of its leading economies. The global systemic crisis presents important opportunities for the left in Europe and around the world to work for a reordering of the global economic order in response to the crisis of US domination; this should go beyond seeking a different kind of neo-liberal hegemony and address the impending environmental, strategic resources, economic, and social crises on a global scale. This requires a return to the strategic ideas of Gramsci on war of position and war of manoeuvre — but this time in ways that take account of the changed global landscape and are oriented to the global scale of the problems that confront us.

REFERENCES

- Cerny, P. G. (2010): *Rethinking World Politics: A Theory of Transnational Pluralism*. Oxford University Press, Oxford.
- Gramsci, A. (1971): *Selections from the Prison Notebooks*. Lawrence & Wishart, London.
- Jessop, B. (1990): *State Theory: Putting Capitalist States in their Place*. Polity, Cambridge.
- (2002): *The Future of the Capitalist State*. Polity, Cambridge.
- (2007): «Dialogue of the deaf: some reflections on the Poulantzas-Miliband debate», in P. Wetherly, C. W. Barrow, and P. Burnham, eds., *Class, Power and the State in Capitalist Society: Essays on Ralph Miliband*. Palgrave, Basingstoke: 132-157.

- Mann, M. (1986): *The Sources of Social Power*, Volume 1. Cambridge University Press, Cambridge.
- Marx, K. (1967a): *Capital*, volume 1. Lawrence & Wishart, London.
- (1967b): *Capital*, volume 3. Lawrence & Wishart, London.
- (1973): *Grundrisse*. Penguin, Harmondsworth.
- (1984): «Critique of the Gotha Programme», in *MECW*, volume 24. Lawrence & Wishart, London: 75-99.
- (1975): «Contribution to the Critique of Hegel's Philosophy of Law», in *MECW*, volume 3. Lawrence & Wishart, London: 3-129.
- (1978): «The Class Struggles in France», in *MECW*, volume 10. Lawrence & Wishart, London: 47-145.
- Moore, S. W. (1957): *The Critique of Capitalist Democracy*. Paine Whitman, New York.
- Pashukanis, E. V. (1978): *Law and Marxism: a General Theory*. Ink Links, London.
- Poulantzas, N. (1974): *Fascism and Dictatorship*. New Left Books, London.
- (1976): *Crisis of the Dictatorships*. New Left Books, London.
- (1978): *State, Power, Socialism*. Verso, London.
- Scheuerman, W. E. (2004): *Liberal Democracy and the Social Acceleration of Time*. Johns Hopkins University Press, Baltimore.
- Taylor, P. G. (1994): «The state as container: territoriality in the modern world system», *Progress in Human Geography*, 18 (3): 151-162.
- Willke, H. (1992): *Ironie des Staates. Grundlinien einer Staatstheorie polyzentrischer Gesellschaft*. Suhrkamp, Frankfurt.

Resumen

Reflexiones sobre el Estado, el poder estatal y el mercado mundial

Bob Jessop

EL TEXTO QUE AQUÍ PRESENTAMOS TIENE COMO OBJETIVO MOSTRAR LAS APLICACIONES teóricas y políticas que el Marxismo clásico tiene a la hora de hacer frente a las problemáticas contemporáneas en lo que refiere al Estado, el poder estatal y el mercado mundial. Se gira, así, en torno a tres cuestiones principales: el papel del Estado y su poder en la economía política crítica; las implicaciones de la integración del creciente mercado mundial a la forma y funciones del Estado; y cómo las respuestas a dichas preguntas nos pueden ayudar a entender la crisis financiera global y sus efectos. Para hacerlo, el autor combina tres perspectivas teóricas: una perspectiva estatal, una del capital y una de clase.

EL ESTADO Y EL PODER POLÍTICO

Jessop lo que hace es problematizar sobre la relación entre el Estado y el capitalismo, o el mercado mundial. De alguna manera observa cómo la interacción entre las dinámicas del mercado y las capacidades del Estado toman forma a través de una mezcla entre su separación formal, institucional, y su interdependencia sustantiva, material, lo que problematiza la relación entre un análisis lógico-formal y uno histórico-sustantivo.

El autor argumenta que un análisis formal no es suficiente por tres razones: primero, la legislación, la que normalmente llega tarde en la mayoría de los estados; segundo, porque en periodos de crisis los estados «normales» son a menudo derrocados, cuando existen, en favor de «régimenes excepcionales»; y tercero, cualquiera que sea la forma del Estado o del régimen puede que no esté primariamente organizado en línea con la lógica del capital sino con otros principios de organización social.

Es a través de estos agujeros en el análisis formal que defiende el análisis sustantivo. Uno de los puntos importantes de la aportación de Jessop se enmarca precisa-

mente en este tercer punto, a través del que diferencia entre el Estado capitalista y el Estado en una sociedad capitalista. Jessop apunta a que numerosos académicos del Estado enfatizan la naturaleza pluralista del Estado moderno, así un Estado, su organización y sus capacidades, pueden ser fundamentalmente capitalistas, militares, nacionalistas, raciales, democráticos, etcétera, dependiendo del balance de fuerzas, especialmente ya que estas fuerzas afectan al conjunto institucional formado por el Estado y su ejercicio del poder. Así, la cristalización de su dominio está abierta a retos y varía coyunturalmente. Ésta es una definición institucional del estado que no presta atención al conjunto/contexto de las instituciones estatales en la formación social capitalista o tratando la existencia de una esfera política separada como algo típico de sociedades basadas en la diferenciación funcional. Así, el estado moderno es visto como una forma distintiva de la territorialización de la autoridad política basada en la intersección tridimensional de un aparato coercitivo y simbólico políticamente organizado; un territorio claramente delimitado; y una población sobre la que decisiones políticas de todo tipo son colectivamente vinculantes. Así, aunque la acumulación esté íntimamente ligada a su matriz organizacional, un estado moderno no hay garantía de que sea esencialmente capitalista. Esta aproximación sugiere que los estados capitalistas difieren de los estados en sociedades capitalistas principalmente en términos de su principal orientación funcional. Por tanto, lo funcional se opone a lo formal y se presenta como más adecuado para el estudio de los estados actuales en sociedades dominadas por las relaciones de producción capitalistas. Por tanto se debería de mirar a como y cuanto sus formas y actividades son funcionalmente adecuadas para asegurar las condiciones económicas y extraeconómicas necesarias para la acumulación del capital y la dominación política de clase en un determinado contexto. Y, también, cómo esta adecuación se materializa o no en coyunturas específicas a través de estrategias específicas y políticas promovidas por fuerzas sociales particulares.

Lo que nos intenta decir es que el cambio en la balanza de fuerzas está mediado y se condensa a través de formas institucionales específicas sin tener en cuenta si estas instituciones corresponden al tipo capitalista de Estado formalmente adecuado. Lo que no quiere decir que la forma no sea importante, sino que sus estrategias no sirven directamente para realizar los intereses del capital en general.

¿GLOBALIZACIÓN O MERCADO MUNDIAL?

Tomando esto como punto de partida, debería quedar claro que la llamada *globalización* no reta al Estado en general. Para mirar a la nueva realidad globalizada, se debe partir de la base de que la globalización no afecta de la misma forma a todos los Estados, los que se verán diferenciados según su morfología y tipología, sus modos de inserción en el mercado mundial y la recomposición de los compromisos de clase. Por tanto, no puede haber una respuesta común en todos los Estados teniendo en cuenta la multiplicidad de formas que ésta adopta. La globalización, así, modifica la balanza de fuerzas económicas y políticas al igual que las relaciones mercado-estado y, según ello, las formas y funciones del Estado. Y es que la relación Estado-mercado mundial se presenta como compleja a partir de tres razones: la importancia tanto de

las dimensiones territoriales como de flujo; la condición de los Estados de «conectores de poder» que funcionan como nodos en una red; y el hecho de que la integración en el mercado mundial no solo condiciona a los gestores del Estado sino también al capital y al trabajo. En concreto, se debilita la capacidad del trabajo organizado para hacer frente a la explotación económica a partir de una acción conjunta subalterna en los campos político, económico e ideológico.

Jessop apunta a cuatro tendencias a las que una perspectiva teórica únicamente estatal no puede hacer frente analíticamente: la reescalación del poder estatal, la extendida idea de que el Estado tiene una institucionalidad diferenciada con sus propias lógicas e intereses, el debilitamiento de los «contenedores de poder» territoriales a favor de diferentes escalas relativas a formas de poder político no territorial, y, por último, la soberanía temporal más que territorial con la que la globalización se presenta ante los Estados.

LA CRECIENTE DOMINACIÓN DE LA LÓGICA DEL CAPITAL

Una vez más, el autor evidencia la problemática de basarse únicamente en una perspectiva teórica del Estado sin prestar atención a los efectos específicos sobre el capital o la clase. En este caso, el desarrollo de estas cuatro tendencias sugiere sobre todo una dirección estratégica en áreas clave que favorece el desarrollo de regímenes neoliberales y protege sus transformaciones a través de varias medidas de apoyo y flaqueo que amañan los efectos más nocivos en la cohesión social.

Además, a medida que el capital se libera de las obligaciones de los contenedores del poder nacional y se autonomiza de otros sistemas, la competencia descontrolada gana fuerza en la dinámica de la acumulación del capital. Las consecuencias de promoción neoliberal son cada día más evidentes con las crisis financieras, económicas, alimentarias, energéticas y ambientales.

LA CRISIS ACTUAL

Por último, Jessop cierra su capítulo poniendo de relieve los principales puntos (y razones) de (y para) la crisis actual: la gran magnitud de la crisis; la búsqueda de la única solución a la crisis aún sabiendo que ésta afecta de forma distinta a cada uno de los Estados; el aumento de las tensiones entre lo político y lo económico, las cuales, lejos de ser eliminadas por el neoliberalismo, han crecido; en relación íntima con ello, la concentración y la centralización del poder económico y político en manos del capital financiero y sus aliados en el Estado; la penetración en la vida cotidiana de lo financiero; el reforzamiento del paso de un Estado capitalista a un Estado en una sociedad capitalista, sobre todo para el caso estadounidense; y, por último, el papel de la Unión Europea tanto en el momento actual de crisis como el que a partir de ella podrá desarrollar en un mundo global.

3

Nuevo Estado, nuevas movilizaciones, nuevas ideas: la reconstrucción de la política

Juan Carlos Monedero

LA QUIEBRA DE LA HEGEMONÍA NEOLIBERAL (O «A LA FUERZA AHORCAN»)

UNA DE LAS ESCASAS VENTAJAS DE LAS CRISIS ECONÓMICAS ES QUE CLARIFICAN la discusión sobre la sociedad. En verdad, esto, que se constata desde los años treinta del siglo pasado, valdría para toda la ciencia social, permitiéndonos afirmar que el verdadero saber social avanza no tanto «a hombros de gigantes» como «a lomos de crisis». Más en concreto, estos momentos de «peligro» y «oportunidad» (como rezan los dos ideogramas con que la caligrafía china se refiere a este concepto), tienen la virtud de que los actores, con demasiada frecuencia ocultos en la teoría y la práctica, emerjan con toda su fuerza para aumentar su influencia social y política. Empresarios, grupos de presión, periodistas corporativos, banqueros con sus nombres y apellidos, patronales, foros transnacionales y políticos de todo signo expresan sus opiniones, apremian reuniones y pretenden forzar la aceptación estatal de sus opciones. También el «gran público», si bien de manera desagregada, deja caer sus opiniones, al igual que lo hacen los sindicatos —en su pluralidad— y diferentes francotiradores mediáticos que raramente responden solo a sus análisis. Curiosamente, esta reemergencia de los actores que debilita las explicaciones estructurales o que pone en cuestión el automatismo de las instituciones (especialmente del mercado) tenía como objetivo central «llamar a la prudencia» con el fin de lograr una intervención pública que evitara pérdidas a capitales privados muy concretos.

Son momentos —y de ahí la luz que desprenden— en que se da la vuelta a mucho de lo dicho y defendido anteriormente, con el objetivo de lograr trenzar la comunión entre los intereses particulares y los intereses generales, de recordar el «inconveniente» de «confundir» las necesidades «objetivas» del sistema con «demagógicas» exigencias que pretendan cobrar al sector financiero o inmobiliario sus excesos o sus aventuras. Momentos de socializar las pérdidas al tiempo que se olvida que las ganancias se pri-

vatizaron. En ese discurso, cargar al erario público los errores o la rapiña del capital financiero durante los últimos veinte años se explica con razones «científicas», y se recurre a una profunda lógica económica —con frecuencia incomprensible, quizá por esa profundidad—, mientras que denunciar ese quehacer como una forma sutil de robo cae dentro de la demagogia propia de teorías conspirativas poco elegantes y arcaizantes. Llegado el caso, la protesta de los responsables del caos financiero bien podría articular una nueva «revolución de colores», mientras que las manifestaciones de los trabajadores que vieran perder pensiones o ahorros no pasarían de ser un «problema de gobernabilidad». Con una celeridad pasmosa, los mismos argumentadores que acusaban al Estado de dirigista, tentacular, hipertrofiado, impotente, parasitario, asfixiante, estrangulador de la iniciativa privada, aniquilador de la competencia, responsable del subdesarrollo y corrupto e ineficiente, pasaron a reclamarle —esto es, al erario público— salidas intervencionistas. Curiosamente no eran neomarxistas los que gritaban *Bringing the State back in*, sino que este grito de guerra venía de Wall Street y de antiguos teóricos neoliberales. La *retórica de la intransigencia* que acusaba al Estado de fútil —inútil en comparación con la empresa privada—, arriesgado —agrador de problemas— y perverso —generador de nuevos desperfectos— dejaba paso a un armonioso discurso de salvataje.¹

La crisis económica estadounidense que estalló en septiembre de 2008 marcó un punto de inflexión en la hegemonía de las recetas neoliberales. Desde la crisis del arreglo keynesiano en década de 1970, la frase de Lincoln que afirmaba que «Puedes engañar a todo el mundo algún tiempo; puedes engañar a algunos todo el tiempo; pero no puedes engañar a todo el mundo todo el tiempo», parecía un pío deseo vista la generalización del fraude y el selecto y reducido grupo que había visto multiplicar su fortuna a niveles insospechados en cualquier otro momento de la humanidad². El *Consenso* de Washington (consenso por su aceptación acrítica por los gobiernos del grueso del orbe), el thatcheriano pensamiento TINA (*There is no alternative*), el fin de las ideologías, el auge de conceptos que cantaban el fin del conflicto social (globalización, gobernabilidad, gobernanza, transparencia) o la aceptación del liberalismo económico por parte de la socialdemocracia y cerrando así el círculo abierto con su asunción del liberalismo político (la llamada *tercera vía*) eran otros tantos hitos en ese paseo triunfal de lo que Susan Strange llamó *capitalismo de casino*.³

Una de las victorias del neoliberalismo fue proscribir el pensamiento crítico bajo la acusación de arcaísmo, carecer de fundamento o ser reo *de teorías conspirativas de la historia*. De ahí que no es extraño que el recurso al nobel de Economía y vicepresidente del Banco Mundial, Joseph Stiglitz, se convirtiera en una salida socorrida en el debate mediático. Stiglitz afirmaba en medio del torrente de la crisis inmobiliaria estadounidense y poco antes de que arrastrara también al sector financiero:

El mundo no ha sido amable con el neoliberalismo, esa caja de sorpresas de las ideas que se basa en la noción fundamentalista de que los mercados se corrigen a sí mismos, asig-

1. Véase Albert O. Hirschmann: *Retóricas de la intransigencia*. FCE, México, 1991.

2. Son las conclusiones de Branco Milanovic: *La era de las desigualdades. Dimensiones de la desigualdad internacional y global*. Sistema, Madrid, 2006.

3. Susan Strange: *Casino Capitalism*. Basil Blackwell, Oxford, 1986.

nan los recursos con eficiencia y sirven bien al interés público. Este fundamentalismo del mercado estuvo detrás del *thatcherismo*, la *reaganomía* y el denominado «consenso de Washington», todos ellos a favor de la privatización, de la liberalización y de los bancos centrales independientes y preocupados exclusivamente por la inflación [...]. El fundamentalismo de mercado neoliberal siempre ha sido una doctrina política que sirve a determinados intereses. Nunca ha estado respaldado por la teoría económica. Y, como debería haber quedado claro, tampoco está respaldado por la experiencia histórica. Aprender esta lección tal vez sea un rayo de luz en medio de la nube que ahora se cierne sobre la economía mundial.⁴

El neoliberalismo pretendió un nuevo arreglo económico allí donde el acuerdo keynesiano había dado sólidas señales de debilidad a mediados de la década de 1970. Es importante entender que, por lo común, primero vienen los pasos reales de la economía y luego el acomodo social a la nueva realidad creada (por ejemplo, fue la economía real la que internacionalizó su actividad; luego, como un hecho consumado, los Estados debieron buscar un nuevo modo de regulación para esa nueva circunstancia). La debilidad de la clase obrera (en parte vinculada al propio éxito de sus demandas durante el siglo XXI y al mayor nivel de vida alcanzado), la falta de respuesta política de los partidos de la izquierda y la propia impotencia de los Estados nacionales ante una economía que se estaba globalizando dejó el camino abierto para la implantación del nuevo modelo. Pero al igual que ocurrió con la crisis de la década de 1930, una pregunta quedaba abierta con los aprietos teóricos y prácticos del keynesianismo: ¿Se trataba de una crisis *en* el modelo o una crisis *del* modelo? El neoliberalismo siempre obró como si se tratara de una crisis dentro de un modelo que aún era válido. En otra dirección, Bob Jessop explica en *El futuro del Estado capitalista* que el hecho de que las soluciones dentro del capitalismo cada vez estrechen más su abanico permite suponer que las contradicciones internas propias del sistema invitan a considerar el segundo escenario.

No se trata de la enésima anunciación de la crisis definitiva del capitalismo, sino de la consideración, con rigor científico, de la imposibilidad del capitalismo de desarrollar su lógica sin agotar a las sociedades que lo sostienen. A la carrera de obstáculos que marcó la crisis asiática de 1997 y 1998, siguió la bancarrota rusa, el llamado *efecto tequila* en México, el ajuste en Europa previo a la entrada en vigor del euro, el hundimiento del importante fondo *Long Term Capital Management*, el *default* argentino, el hundimiento de las empresas puntocom, los diferentes rescates bancarios, la quiebra de ENRON y Arthur Andersen, las quiebras de Lehman Brothers, de Merrill Lynch, de AIG, el rescate urgente de bancos, la inyección ingente de capitales a grandes empresas automovilísticas, inmobiliarias, etcétera. A este accidentado viaje hay que sumar el agotamiento de los tres grandes recursos tradicionalmente usados dentro del acuerdo capitalista para salir de la crisis: el endeudamiento público, el endurecimiento de los procesos de obtención de beneficios del Sur y el uso intensivo de la naturaleza.

El neoliberalismo articuló un modo de regulación: un acuerdo de garantía del orden social; y un régimen de acumulación: un sistema de garantía de la reproducción

4. Joseph Stiglitz: «El fin del neoliberalismo», en *El país*, 20 de julio de 2008.

económica. En términos gramscianos, logró articular: 1) un bloque histórico que garantizó la cohesión de los grupos dominantes y la confianza social —el ámbito de las ideas y de la conciencia—; 2) el poder del Estado y de las instituciones; y 3) la acumulación económica. Devolviendo el marco teórico a la práctica, se vio cómo fue en América Latina donde el esquema neoliberal empezó a hacer agua. El académico y vicepresidente boliviano Álvaro García Linera afirmaría que el neoliberalismo perdió en la frontera del cambio de siglo sus tres principales herramientas para construir la hegemonía: el Estado, la calle y la batalla de las ideas.⁵ e había roto con la rutinización del neoliberalismo, ese consenso que lo había vuelto intocable durante tres décadas. Al igual que ocurrió en 1917, la acción colectiva no suele esperar a los teóricos. Si, como escribió Gramsci, en Rusia se hizo una revolución «contra el capital» (cuestionando la teoría marxista de la revolución), en América Latina se hizo una revuelta contra el neoliberalismo pese a que todos los marcos teóricos hablaban de la imposibilidad de tal transformación. La ciudadanía dejó de aceptar como correctas las ideas, se batió en la calle hasta convertirla en su territorio y, finalmente, alcanzó el poder del Estado a través de la vía electoral. Estados Unidos, enredado en la guerra de Irak y dirigido por la doctrina *neocon* (más preocupada por las relaciones con Israel y el mundo árabe que por el mundo latino) perdió su «patio trasero» y abrió una nueva senda hacia un mundo pluripolar. Como demostrarían las quejas europeas o chinas contra Estados Unidos al calor de la crisis de 2008, cuando se pierde capacidad económica, los argumentos pierden también, cuando no contundencia, al menos sí parte de su *glamour*.

El colapso del neoliberalismo a finales de 2008 fue general: financiero, alimentario, monetario, inmobiliario, energético y laboral. Una sociedad que había hecho de un caníbal un símbolo amable (el Hannibal Lecter de *El silencio de los corderos*), parecía ahora devorarse a sí misma. Esto no permite afirmar el fin del capitalismo, pero sí augurar muchas dificultades a la economía de casino, en el momento más bajo de su popularidad en la opinión pública (esto es, con una pérdida de legitimidad que abre perspectivas de desafección). De cualquier forma y como agenda de investigación, siguen quedando abiertas varias preguntas: ¿Es posible construir un acuerdo social y económico que garantice la reproducción social en los marcos capitalistas heredados? ¿Cuáles son sus condiciones? ¿Cuáles sus herramientas? Ese marco de estudio es el que presenta Bob Jessop en *El futuro del Estado capitalista*.

5. Jessop insiste en la misma idea al afirmar que el Estado es una relación —no un sujeto—, que posee instrumentos que serán usados de una manera u otra en virtud de la correlación social de fuerzas que opera en esos tres ámbitos: 1) en la sociedad (que se hace calle, esto es, acción colectiva, en momentos de activación del conflicto); 2) en los aparatos del Estado; y 3) en las ideas (la hegemonía, un liderazgo que asegura la reproducción). Cuando estos elementos actúan coordinadamente, el bloque histórico está funcionando. Véase igualmente Álvaro García Linera, «Empate catastrófico y punto de bifurcación», en *Crítica y Emancipación, Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, Año I, nº 1.

EL ESTADO Y SU TEORÍA: COMPORTAMIENTOS RECURRENTE

Si en 1985 el Estado se reivindicaba como objeto de estudio con el bien conocido libro de Peter Evans, Dietrich Rueschemeyer y Theda Skocpol, *Bringing the State Back In*,⁶ no es menos cierto que, al tiempo, toda una tradición politológica basada en el marxismo se dejaba de lado con una intencionalidad que hoy podemos definir como alevosa. Esa «amnesia teórica», como la definió Zizeck, dejaba fuera del análisis los trabajos sobre el Estado de autores de gran relevancia como Poulantzas, Miliband, Offe, Block o Therborn. Las omisiones de determinados autores —una constante en el quehacer académico que termina por forzar una homogeneización del pensamiento— sirvieron para ir vaciando de cuerpo real ese concepto, de manera que, finalmente, al calor de los cambios imputados a la globalización, terminaría siendo caracterizado como una «categoría zombi».⁷

Sin embargo, no deja de ser cierto que usar el concepto de Estado sin referencias de tiempo y espacio es igualmente una manera de forzar el análisis. Cuando Maquiavelo tuvo que definir la organización política emergente, necesitó recurrir a una nueva palabra, *stato*, porque las viejas como *regnum*, *res publica* o *polis* no le servían. Nuevas realidades reclaman nuevos conceptos. De ahí que Jessop, saliéndose de estériles discusiones sobre la ortodoxia, haya enfrentado esa tarea concretando el ámbito de estudio —el Estado capitalista— y asentando su análisis sobre nuevas bases metodológicas. «Lo que pretendo —afirma en este libro— es elaborar los conceptos básicos de un nuevo programa de investigación sobre el capitalismo y el Estado capitalista». Para ello, sienta los cimientos sobre cuatro perspectivas: 1) la teoría de la regulación (que insiste en la condición social de las relaciones económicas); 2) la economía política del Estado y de la política de Gramsci y Poulantzas (que ya entienden al Estado como una relación social); 3) el análisis crítico del discurso y de las teorías que insisten en la condición discursiva de las relaciones económicas y políticas, epistemologías todas realistas; y 4) los sistemas autopoieticos (desarrollados por Luhmann, pero que también fueron referidos por Marx cuando analizó la autovaloración del capital al reinvertir los beneficios anteriores) y los problemas de gobernanza que genera la pluralidad de sistemas autoorganizativos.

La discusión durante el último tercio del siglo xx no zanjó, ni mucho menos, la comprensión del Estado. Y no deja de ser curioso que a ese debate le siguiera de nuevo un gran vacío teórico, como si el interés al respecto hubiera decaído de nuevo. Entre otras interpretaciones de aquellos años, tenemos las siguientes: el Estado como un reflejo de la correlación de clases (cayéndose en diferentes grados de determinismo económico que supeditaban el Estado al mero interés de clase); como una organización que poseía cierta autonomía relativa respecto de la sociedad (el Estado poseería la capacidad de ir más allá del corto plazo propio de las exigencias de algunos grupos,

6. Peter Evans, Dietrich Rueschemeyer y Theda Skocpol (eds.), *Bringing the State Back In*, Nueva York, Cambridge University Press, 1985. Puede consultarse la introducción en: Theda Skocpol, «El Estado regresa al primer plano. Estrategias de análisis en la investigación actual», *Zona Abierta*, 50, enero-marzo de 1989.

7. Ulrich Beck y Elisabeth Beck-Gernsheim: *Individualization*. Sage, Londres, 2002.

pudiendo así garantizar el orden social); el Estado visto como un ente con vida e intereses propios al margen de cualquier presión social o función de preservación del orden; también como una desnuda máquina de poder al servicio de quien se hiciera con el control de sus instrumentos ideológicos y del uso de la violencia; otras interpretaciones arrastraban la herencia decimonónica que seguía viendo al Estado bajo un prisma normativo e institucional heredero de la lectura hegeliana del Estado como la *máxima eticidad*; etcétera. Acompañando todas estas escuelas, había un séquito de reinterpretaciones que zanjaban las diferencias añadiendo un prefijo al viejo paradigma, construyendo un abanico de *neoparadigmas* (neomarxismo, neoestatismo, neoinstitucionalismo, neocorporativismo, neopluralismo, etcétera).

Seguramente, todas estas teorías aportaban parte de verdad, pero también resultaban insuficientes para dar cuenta de una realidad tan proteica como el Estado, aún más cuando empezaba el proceso de globalización que cuestionaba la validez de las categorías cerradas del espacio, propias del Estado nacional. Quizá por culpa de esa herencia institucionalista y las limitaciones del corporativismo académico, la teoría del Estado no estuvo dispuesta a entender que buena parte de estos problemas se zanjaban con una definición de sociedad que incorporara esa complejidad. No pocos de los problemas desaparecen cuando se termina con el aislamiento estatal respecto de la sociedad o deja de buscarse una explicación externa al hecho social en el que se genera o se ejerce la estatalidad. Esto no significa desconocer que lo nacido en una sociedad puede emanciparse durante un tiempo de la misma (algo que no podríamos explicar con un mero funcionalismo que necesita fijar de una vez para siempre esas relaciones basadas en la función). Pero incluso para afirmar la emancipación temporal del Estado respecto de la sociedad en que nació, se necesita mantener la relación entre el Estado y la sociedad, no condenar al Estado a un frío laboratorio filosófico, una mesa de disección analítica o un conjunto de reglamentos administrativos que quizá ni se cumplan.

Cuando la teoría del Estado insistía en que el Estado no era sino un reflejo de la sociedad, es cierto que infravaloraba la importancia de lo institucional y la capacidad de las instituciones de convertirse en *estatuas* con vida propia que flotan con cierta irrealidad en la sociedad que las contempla.⁸ De la misma manera, cuando se prima lo institucional por encima de lo que ocurra en la sociedad, se está cosificando al Estado, colgándolo de una nube y despojándolo de parte de su encarnación social. Otrosí ocurre cuando se desprecia el papel de los funcionarios, pues obrando de este modo se está perdiendo de vista su capacidad para tomar decisiones que afectan profundamente a toda la sociedad presente e, incluso, futura (meter a un país en una guerra, apretar el botón nuclear, apostar por un grupo económico —por ejemplo, el sector financiero de la economía— perjudicando los intereses conjuntos del aparato productivo, etcétera). Es cierto que, a largo plazo, todos estos elementos tienen que equilibrarse, pues de lo contrario la desestabilización pondría en cuestión el orden social. Por eso es importante incorporar en el análisis de la sociedad y del Estado la variable tiempo. De ahí que una definición relacional de la sociedad —en consonancia con la

8. Boaventura de Sousa Santos: *Crítica de la razón indolente. Contra el desperdicio de la experiencia*. Desclée de Brower, Bilbao, 2003.

definición relacional del Estado con la que trabaja Jessop— permita un gran avance. La definición relacional de la sociedad entiende a ésta como un conjunto de interacciones económicas, políticas, normativas y culturales, que responden a su propia lógica, pero también a las relaciones entre ellos, y que igualmente están sujetos a la tensión entre los individuos y el grupo, a la tensión entre la herencia del pasado y las reformulaciones del presente, y a la tensión entre el propio grupo y otros grupos (el ámbito internacional). Una interpretación del Estado acompañada a esta definición de sociedad hubiera permitido una conceptualización más cercana al hecho complejo de lo social en el siglo xx y también en el xxi.⁹

De esta manera, ni el Estado se convierte en una variable independiente (como en el trabajo de Skocpol, Evans y Rueschmeyer), ni, como apuntan las teorías pluralistas, el Estado puede ser visto simplemente como un peón de cierta importancia (como sostenía Robert Dahl en *Who Governs?*). Igualmente, la absolutización de lo económico heredera del marxismo habría olvidado que no hay economía sin sociedad (como insistió Polanyi en *La gran transformación*). La teoría relacional huye de interpretaciones simplistas. Lo económico, va a plantear Jessop, es dominante solo en «una compleja situación coevolutiva». Esto es, no hay última instancia en las relaciones de dominio, sino que se trata de algo histórico y diferencial, relacional y contingente (hay altas probabilidades de que determinados procesos se den, pero no está escrito que terminen dándose). Con contundencia, Jessop afirma que no hay «última instancia» en las relaciones sociales, pues lo social es un hecho contingente. Ahora bien, el capitalismo tiene rasgos para tener «dominio ecológico» (dominio dentro de un ecosistema), gracias a su condición compleja, flexible, descentralizada y anárquica (como el mercado), donde la dualidad de los precios (que actúan como estímulo al aprendizaje y mecanismo flexible para asignar capital a las actividades económicas) ha logrado convertirse en el gran superviviente en una carrera adaptativa donde lo hegemónico no ha terminado coincidiendo con los valores de la emancipación.

9. Pier Paolo Donati ha desarrollado una teoría relacional de la sociedad sobre las bases del funcionalismo parsoniano, pero yendo mucho más allá. Como él mismo afirma, el funcionalismo lleva necesariamente —por sus insuficiencias— al no funcionalismo, pero éste no puede explicarse con aquél. El sentido de la vida, la justicia y la utopía no pueden explicarse funcionalmente, a no ser que las diferentes funciones sociales se miren desde otra óptica más rica. No se niega lo funcional, sino que se incorpora al conjunto de las relaciones sociales. No cuestiona, por ejemplo, la importancia de la reproducción económica, pero la entiende en el conjunto de la reproducción social, asumiendo que los medios de intercambio económico pueden ser más que los que contemplaba el funcionalismo clásico (una meta puede ser buscada por muchos medios diferentes). De esta manera, el análisis relacional rompe con una de las trabas principales del funcionalismo: el determinismo estructural. Con la mirada relacional se sale de perezosas explicaciones que niegan la importancia del pensamiento parsoniano —a menudo sin leerlo y más por el prurito de pertenecer a una cofradía de puros que heredan viejas pugnas— y, al tiempo, demuestra sus insuficiencias enriqueciéndolo. Algo similar desarrolla Jessop con la teoría del Estado al incorporar también el análisis de Luhmann a sus explicaciones. Véase Pier Paolo Donati: *Repensar la sociedad*, Madrid, Ediciones Internacionales Universitarias, 2006. Por mi parte, la utilidad de este esquema me sirvió en el desarrollo de mi tesis doctoral: *El fracaso de la República Democrática Alemana: la quiebra de la legitimidad, 1949-1989*, UCM, Madrid, 1996.

Cierto es que el capitalismo ha mostrado un gran genio a la hora de transformarse, de cobrar nuevos contornos, de disfrazarse con ropajes que lo hacen casi irreconocible. Aún más, como señala Giovanni Arrighi, el capitalismo sólo sobrevive si se transforma. Pero ¿no es gracias a que lo central permanece que podemos seguir hablando de capitalismo? ¿No hay un elemento común en el colonialismo y el imperialismo, en las formas de *Welfare* y en el desarrollismo, en el militarismo y el neoimperialismo? ¿Por qué varían las formas pero permanece el modo de producción?

El trabajo de Bob Jessop sobre el Estado en los últimos treinta años, que desemboca en este libro cuya versión en castellano ahora presentamos, ha ido a contracorriente. En un momento en el que la caída del Muro de Berlín sepultó bajo sus cascotes la interpretación económica —no economicista— de lo social, Jessop abrazó el marco disciplinar de la economía política internacional, complejizándolo y ayudando a una teorización sobre la relación entre el Estado y el capital desde finales de la Segunda Guerra Mundial. La relevancia que aquí se entrega a lo económico —que en modo alguno se convierte, como decíamos, en una simplificación como las que promovió el marxismo-leninismo o la secuela althusseriana— no hace sino entender la vinculación de lo económico en lo social. Como insiste Jessop, se trata de entender la imbricación o empotramiento —*embedness*— de lo económico en lo social (en la expresión de Polanyi) y el peso de lo material en la configuración de cualquier orden político. Esa relación va a condicionar (a veces de manera muy fuerte) la forma política, pues el Estado *capitalista* tiene la obligación funcional de garantizar en última instancia el sistema capitalista. De ahí la expresión de Moore que recoge Jessop en la introducción española: «cuando la explotación adopta la forma de intercambio —es decir, es pacífica y aparece como una relación libre y voluntaria—, la dictadura tiende a tomar la forma de democracia» (en otras palabras, la explotación se oculta enmascarada en la democracia electoral).

La discusión sobre el Estado ha ido deshaciéndose en pedazos, ocupando el grueso del trabajo académico la discusión acerca de las políticas públicas y la conceptualización de lo que llegue a ser la *gobernanza*, con frecuencia explicadas al margen de una correcta conceptualización del Estado que pueda dar cuenta real de cómo y por qué se está operando sobre la realidad social o cómo se explica que la sociedad civil hegeliana (las empresas y el ámbito del interés privado) se sientan a la misma mesa y en igualdad de condiciones con el que hasta entonces era la máxima representación de la suprema eticidad, esto es, el Estado. Si Martin Shaw afirmó que teorizar sobre la globalización sin el Estado era como representar *Hamlet* sin el príncipe, podríamos igualmente afirmar que teorizar sobre la gobernanza o sobre las políticas públicas sin el Estado es como explicar a Robinson Crusoe sin la isla, a Fausto sin el diablo o al Buscón sin el hambre acumulada desde su infancia.¹⁰

En la academia, Leo Panitch sostenía que la popularidad y el declive de la teoría del Estado, relegada en esa «venganza de la economía» al rincón de los viejos conceptos, estaba relacionada directamente con las vicisitudes de la lucha de clases y de las condiciones políticas. La hegemonía en el neoliberalismo había pasado, por la derrota

10. Martin Shaw: *Theory of the Global State: Globality as Unfinished Revolution*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000.

del pensamiento y la práctica críticos, al mercado.¹¹ Poco ha ayudado a la reconstrucción de la teoría del Estado la biografía sentimental de buena parte de la izquierda académica occidental, enredada en su madurez en una suerte de autojustificación conservadora de sus excesos de juventud. Este peso biográfico —muy alimentado en un discurso mítico con epicentro en un mayo del 68 hipostasiado o, con algún retraso en el caso de España, con una interpretación igualmente mítica de la transición— les ha llevado a un conservadurismo no asumido, donde se niega sucesivamente la importancia de algunos aspectos que, precisamente, forman parte de los nuevos elementos incorporados en el análisis estatal de Jessop. A saber, el papel de la cobertura cultural en los regímenes de acumulación —basado en Gramsci— y la estabilización otorgada por los discursos del pensamiento *unificador*, algo muy relevante en una sociedad basada en la economía y el conocimiento, con el papel esencial de los medios de comunicación y el reclamo de un mejor conocimiento de la política a través del análisis semiótico; la relevancia del desastre ecológico, a menudo leído desde esa izquierda como una resurrección del comunismo *polpotiano* que pretendía repetir comportamientos autoritarios, ahora con la excusa ecológica, al tiempo que supuestamente ignoraba que sería el capitalismo el que se encargaría de solventar los problemas que él mismo crea abriendo una nueva gran oportunidad de negocio; la violencia del neoimperialismo, ahora definitivamente acompañado de contornos bélicos (comprado por esa izquierda como «guerras humanitarias o preventivas», al tiempo que aplaudía intervenciones imperiales desde la buena conciencia que identifica la maldad de unos sátrapas señalados repetidamente como tales; o las formas de fascismo social —vía economicismo que supedita el mundo de la vida a la tasa de beneficio— que pueblan las formalmente democráticas sociedades occidentales y que eran descalificadas con cinismo o con acusaciones de exageración por la radicalidad del vocablo.

En este contexto no es extraño que la teoría del Estado haya desaparecido de muchos planes de estudio de ciencias políticas y economía, que los libros sobre el tema sean comparativamente inexistentes —con la salvedad de aquellos que anunciaban contundentemente el fin del Estado ajusticiado por una inclemente y bienvenida globalización— y que el interés sobre el *Leviatán* haya caído con el declinar de los grandes relatos. Del Estado o de la *estatalidad*. De cualquier manera, una sensación de sospecha ante esa eliminación caricaturesca no ha dejado de acompañarnos. El exceso de *sinceridad* por parte del poder en la etapa neoliberal, esa desvergüenza ostentosa —multiplicada por mil con la invasión de Iraq por parte de empresarios que no han tenido reparos en hacer ahí su negocio del siglo— ha dejado la sensación de que también había un hurto en la discusión intelectual.¹² Si en la configuración de lo que Said llamó *orientalismo* los textos de los académicos ayudaron a configurar la manera de entender los países colonizados, ahora, en una suerte de repetición grotesca, parece que son las interpretaciones mediáticas de *buenos y malos* las que marcan las opiniones de los académicos, siendo los excesos de Ruanda, Bosnia o Irak, así

11. Leo Panitch: «The Impoverishment of State Theory», en Stanley Aronowitz y Meter Bratsis (eds.): *Paradigm Lost. State Theory Reconsidered*. University of Minnesota Press, Minneapolis/Londres, 2002: 89-104.

12. Es el caso emblemático de Dick Cheney, vicepresidente con Bush y antiguo director de Halliburton, la empresa más beneficiada con la invasión de Irak.

como los documentales del *National Geographic* sobre la violencia de la vida natural, la coartada de la nueva interpretación. Son precisamente los académicos los que han comprado la burda manipulación que lleva a presentar las protestas de clase media como *revoluciones de colores* y las protestas populares como *problemas de gobernabilidad*.¹³ Rasgos, por otro lado, de un Estado que de manera creciente renuncia a su lógica como Estado capitalista y se mueve, como plantea Jessop, más por criterios de excepcionalidad.

La concepción del Estado como relación social, núcleo duro de la concepción de Jessop, rompe con la idea de que el Estado es la *variable independiente* del resto del entramado social. No le supone una realidad aparte como si fuera un ente con vida propia y autónoma, pero tampoco lo supedita a la economía, como si lo económico estuviera «colgado del cielo» y no necesitara para existir del resto de articulaciones sociales. Esta mirada integradora ahonda en la idea de que resulta prácticamente imposible entender el Estado al margen de los otros dos grandes procesos en los que se ha desplegado el mundo occidental: el desarrollo del capitalismo y el desarrollo de la modernidad. Tanto la implantación del sistema de Estados-nación, como la extensión del capitalismo y del pensamiento moderno que sustituyó a la teocracia medieval, nacen a finales del siglo xv, siguen caminos paralelos aunque diferenciados y, solo por razones históricas —no por ningún tipo de determinismo!— terminan por converger en los dos últimos siglos. El capitalismo triunfará a la hora de trasladar su lógica a casi todos los rincones de la vida social, haciendo del trabajo una mercancía más y convirtiendo el mercado no en un lugar de intercambio sino en el espacio consagrado al beneficio. El Estado le ayudará, y en su pelea histórica contra el imperio papal, las ciudades libres y otras formas de organización política encontrarán sinergias, simbiosis, cuya expresión más obvia quizá sean los procesos de saqueo a otros territorios o países. Igualmente el pensamiento moderno, articulado en torno a la ciencia occidental y abanderado por la Ilustración, prestará sus ideas a ambos desarrollos, transformando la ciencia en una mercancía, haciendo del Estado el garante de su idea de *progreso* y legitimando la colonización de otros pueblos. Al tiempo, el capitalismo financiará la concepción occidental de la ciencia y el Estado legalizará o ilegalizará un tipo u otro de pensamiento científico. Todos estos complejos procesos sirven para entender que no caben explicaciones simplistas a los procesos sociales. Una vez más repetimos con Lippman que para los problemas complejos siempre hay una explicación simple, pero equivocada.

Una mirada atenta a los principales cambios políticos, en especial a la globalización (y a las formas de integración regional con que se pretende conjurar), se logra a través de una mirada atenta al Estado entendido como el ámbito donde coinciden todos los siguientes elementos: un conjunto de instituciones y personas; un lugar con pretensiones de centralidad; una demarcación territorial —a la que se defiende militarmente, pero se está viendo superada en los límites simples de las fronteras—, convertida en identidad cultural y jurídica y que tiene el propósito de representación del conjunto; un ámbito con pretensiones de autoridad y de obediencia, acompañado de

13. Para estas referencias en el caso latinoamericano, véase César Rodríguez Garavito, Daniel Chávez, Patrick Garret (eds.): *La nueva izquierda en América Latina*. Catarata, Madrid, 2008.

la promoción del interés público y del mantenimiento de la cohesión social; en suma, una condensación política de las relaciones sociales nacionales y también internacionales.¹⁴ En la teoría relacional del Estado, el holograma social se recompone y cualquier proceso reconduce a la explicación integral.

DEL ESTADO SOCIAL AL ESTADO DE TRABAJO: LA MEMORIA DE LOS PUEBLOS CONTRA LA MEMORIA DEL ESTADO

Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado. La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos. Y cuando éstos aparentan dedicarse precisamente a transformarse y a transformar las cosas, a crear algo nunca visto, en estas épocas de crisis revolucionaria es precisamente cuando conjuran temerosos en su auxilio los espíritus del pasado, toman prestados sus nombres, sus consignas de guerra, su ropaje, para, con este disfraz de vejez venerable y este lenguaje prestado, representar la nueva escena de la historia universal. Así, Lutero se disfrazó de apóstol Pablo, la revolución de 1789-1814 se vistió alternativamente con el ropaje de la República Romana y del Imperio Romano, y la revolución de 1848 no supo hacer nada mejor que parodiar aquí al 1789 y allá la tradición revolucionaria de [409] 1793 a 1795. Es como el principiante que al aprender un idioma nuevo lo traduce mentalmente a su idioma nativo, pero sólo se asimila el espíritu del nuevo idioma y sólo es capaz de expresarse libremente en él cuando se mueve dentro de él sin reminiscencias y olvida en él su lengua natal.

Karl Marx, *18 de Brumario de Napoleón Bonaparte*

Ha sido un tópico en la reflexión sobre el Estado contemporáneo hablar de crisis *orgánica* o *estructural* del Estado, como si éste fuera un cuerpo capaz de enfermar por sí mismo o un edificio cuyos cimientos los carcomiera una termita hambrienta. Este modo de razonar, como veíamos, por lo general deja fuera de foco dos asuntos de enorme relevancia: por un lado, el hecho de que el Estado, lejos de ser una *cosa*, es una relación social y que, por tanto, no hace sino reflejar el resultado de los conflictos sociales (o de su ausencia). En segundo lugar, al atribuir una excesiva capacidad de causa a una explicación simplificada de lo económico, ni explica las implicaciones reales de las exigencias de reproducción económica ni acierta a entender en su complejidad el entramado social. Hay que entender que no existe «la economía», igual que no existe «la política» o «la cultura» fuera de su relación social.

Aún con más frecuencia se cae en el error de atribuir las dificultades de coordinación social de los Estados al proceso de globalización, cuando lo cierto es que los cambios en el tiempo y en el espacio, con su gran importancia, solo vinieron a añadirse al agotamiento histórico de los modernos Estados nacionales capitalistas para dar

14. Jessop va a coincidir en este abordaje del Estado con autores como Michael Mann: *Las fuentes del poder social I y II*. Alianza, Madrid, 1991 y 1997; y Charles Tilly: *Coerción, capital y los estados europeos 990-1990*. Alianza Editorial, Madrid, 1992.

respuesta a cambios que tenían lugar en todos los ámbitos de lo social. Es el Estado el que permite la globalización que luego debilita a los Estados. Es el paso, estudiado aquí por Jessop, del Estado del bienestar (*welfare*) al Estado de trabajo (*workfare*), donde el aparato organizador, legitimador y coercitivo estatal se pone al servicio ya no de la inclusión social y del aumento de calidad de vida de los ciudadanos sino de la competitividad de las empresas en la arena internacional. Estos desenfoques del análisis no han permitido ver con claridad que lo que se entiende por «crisis del Estado» a menudo no es sino la crisis del Estado social y democrático de derecho, una forma de organización que, partiendo de la reorganización del capitalismo al final de la Segunda Guerra Mundial —la fase del fordismo—, había entrado en un callejón sin salida a mediados de la década de 1970, buscando entonces superar sus límites, hollando otros caminos menos exigentes con el conjunto de la ciudadanía, con el medio ambiente y con otros pueblos, momento en el que nos encontramos. Los enemigos políticos del *Estado nacional keynesiano* empezaron a construir un discurso que pretendía ocultar el Estado, mientras silenciaban que la *estatalidad* (las funciones que antaño desarrollaba el Estado) iban a reelaborarse o a trasladarse a otros lugares, por ejemplo al ámbito internacional (FMI, OMC, BM, etcétera). Como afirma Jessop, lejos de desaparecer, el Estado está siendo «reimaginado, rediseñado y reorientado».

Esta crisis, que afectaría a la unidad y eficiencia del Estado territorial, se traduciría en incapacidad en tres grandes ámbitos. Por un lado, en incapacidad para conseguir obediencia, esto es, en una *crisis de legitimidad*. Ésta está vinculada a la desorientación del bloque histórico de poder —con sus élites fragmentadas al rearticularse el capitalismo favoreciendo a unos sectores y perjudicando a otros— y a la crisis de representación popular, alejada la ciudadanía de los partidos políticos y con una creciente desconfianza hacia la política institucional. En incapacidad, en segundo lugar, para generar relaciones sociales de reciprocidad. Esto es, una *crisis de confianza*, con el debilitamiento de los lazos sociales y un creciente individualismo que mina la reproducción de los ámbitos colectivos que forman lo social. Por último, la incapacidad de generar unas relaciones de producción estables y suficientes para la reproducción económica del sistema, tanto en lo que se refiere al capital privado como a la fuerza de trabajo. Es lo que se conoce como *crisis de acumulación* (y que pretende cubrir el esfuerzo estatal como Estado de trabajo y que ha ido minando las bases fiscales del Estado social).

En el tortuoso viaje del siglo xx, el Estado habría perdido la capacidad de coerción centralizada que lo había caracterizado desde sus comienzos, de manera que sus posibilidades de garantizar la seguridad —la paz interna y externa— habrían descendido enormemente. Cuando pretende recuperar esa capacidad, lo hace exponiendo a los ciudadanos al riesgo de perder su libertad en forma de orwellianos *Estados vigilantes*. Como en una relación hidráulica, la mayor seguridad solo se entendía como una menor capacidad de los individuos para autodeterminar sus destinos. *Yo te protejo, tú obedeces*. La protección estatal, como en los iniciales momentos de la construcción estatal, se convertía en una suerte de reproducción mafiosa, donde las garantías de paz y tranquilidad estaban vinculadas a la pérdida individual de autonomía, libertad y tranquilidad respecto de quien ofrece la protección (profundamente agravada en las llamadas *zonas marrones*, donde la presencia del Estado se hace al margen del Estado

de derecho, y afecta a sectores marginales, desempleados, inmigrantes no regularizados, etcétera).¹⁵

Por un lado, el Estado habría alcanzado metas audaces impensables cien años antes; por ejemplo, *quitar* los hijos a los padres para obligarlos a ir a la escuela o hacerse cargo de una porción de la riqueza de cada país que va entre el 20 y el 50% del total, principalmente recaudando cantidades que van mucho más allá del *diezmo* medieval. Pero, al mismo tiempo, perdía capacidades que lo habían señalado, en el análisis de Max Weber, como el único con capacidad de reclamar con éxito la violencia física legítima, y lo hacían responsable de la gestión de lo público bajo el paraguas del interés colectivo.

Pero ese Estado, reflejo de posiciones sociales, no es inocente porque no lo son las personas e intereses que lo han llevado a ese lugar. Es un error atribuir a la globalización la crisis del Estado nacional de bienestar. El modelo de Estado nación, que había ganado el adjetivo de bienestar durante las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, estaba haciendo aguas por diferentes razones. Por un lado, los Estados nacionales estaban enfrentando la desnacionalización de la *estatalidad* (es decir, las funciones que venía desarrollando el Estado, como explica Jessop, ya no se ejercían en exclusiva en los entornos nacionales). Esto era así ya que resultaban demasiado grandes para solventar algunos asuntos —con un apremio fuerte desde abajo hacia la descentralización regional y municipal—, y demasiado pequeños para solventar otros relacionados con el proceso de estrechamiento del tiempo y el espacio que hay detrás de la globalización y sus requisitos de competitividad, presionados en este caso desde arriba hacia formas de integración supranacional o la mera supeditación a esas «fuerzas superiores».

El éxito que había tenido desde la década de 1950 para solventar los fallos del mercado ahora se tornaba en fracaso. Nuevas redes de ciudades o de regiones saltaban fronteras y aduanas con mayor flexibilidad que los paquidermos estatales. La nueva economía del conocimiento y la multiplicación y la particularización de la oferta de bienes (frente a la homogeneidad del primer momento del consumo de masas)¹⁶ rompían el crecimiento de la productividad, al tiempo que las presiones sindicales empujaban al alza a los salarios. Los mercados de bienes duraderos estaban saturados, con la consiguiente caída de la tasa de beneficios, además de que la gestión económica, concebida para economías nacionales, mostraba debilidades con la apertura comercial y financiera. Las políticas de bienestar reclamaban crecientes partidas del gasto

15. Los Estados suelen realizar una selección estratégica a la hora de recortar el bienestar. La derecha y la izquierda no compartieron inicialmente los sectores perjudicados, y atendieron a sus graneros electorales (recordemos los conflictos con los mineros del primer gobierno de Margaret Thatcher). Pero poco a poco fueron acompasando esa selección al compartir en las estructuras bipartidistas los electores. Incluso, como ocurrió en España, fue la socialdemocracia la encargada de poner en marcha ese recorte, al resultarles más sencillo frenar las protestas obreras. En la actualidad, tanto la socialdemocracia como la derecha (denomínese liberal, democristiana o *centrista*) coinciden en cargar el peso sobre inmigrantes, obreros poco cualificados, mujeres y jóvenes.

16. De alguna manera puede ejemplificarse con la frase, aunque anterior a este periodo, de Henry Ford: «Todo el mundo puede tener un Ford T del color que desee, siempre y cuando sea negro».

público, tanto por la propia presión de los afectados por la crisis como de la ciudadanía en general, que asumía el suministro de bienestar como un derecho, sin olvidar la retroalimentación que generaban los mismos servicios públicos —departamentos, oficinas, ministerios, etcétera—, que reclamaban un crecimiento constante. En no menor grado, estaban las dificultades recaudatorias del Estado, reo de cambios demográficos —envejecimiento de la población—, operaciones de contabilidad engañosas por parte de las grandes empresas, de la existencia de paraísos fiscales y del control que ejercen sobre la Administración pública los entramados corporativos transnacionales (baste recordar las quiebras de Enron y Arthur Anderson, y sus vinculaciones a la campaña de George W. Bush). Estos problemas de ingreso de las haciendas nacionales sobrevinieron en forma de crisis fiscales que vaciaban tendencialmente al Estado de su condición redistribuidora. El modelo económico keynesiano no sabía solventar los problemas crecientes de estanflación, al tiempo que tenía dificultades para conservar los empleos en sectores en declive. Como apunta Bob Jessop, «la globalización, incluso en sus propios términos, no es más que un vector entre otros, a través de los cuales se expresan en la actualidad las contradicciones y los dilemas inherentes al capital como relación», es decir, al capital en su inserción social.

Sin embargo, el Estado, como arena en donde convive una lógica estatal propia entrelazada en una relación profunda y compleja con la sociedad sobre la cual ejerce su dominación, lejos de desaparecer, *mutaba* su forma para adaptarla a las nuevas exigencias, en este caso internacionales. La arena en donde se están dilucidando buena parte de los conflictos sociales de acumulación económica. En definitiva, «lo seriamente amenazado no parece ser, pues, el Estado soberano, sino el Estado de derecho como complejo de instituciones orientadas a garantizar que los ciudadanos puedan gozar de los derechos fundamentales».¹⁷ Después de medio siglo en el que el *Manifiesto comunista* parecía haber envejecido mal debido a las políticas del fordismo, la apuesta del Estado por disciplinar al mundo del trabajo a favor del mundo empresarial y financiero, esto es, la recuperación de una condición más evidente de clase por parte del Estado en el proceso de globalización neoliberal, devolvía a la discusión la pertinencia de entender la organización estatal como «la junta que representa los intereses comunes del conjunto de la burguesía». Pero pese a la dureza de la época —que amerita, como veíamos, atrever categorías como la de *fascismo social*— conviene tener cuidado, pues esa afirmación daría por perdidas batallas que ni siquiera se han dado. Margaret Thatcher, paradigma neoliberal, fue más radical en el discurso que en la práctica a la hora de dismantlar la red social inglesa. Si hubiera podido, quizás habría llegado tan lejos como con frecuencia se le imputa. Pero lo cierto es que no lo hizo porque la presión social también hizo su parte en la dirección contraria.¹⁸

La discusión acerca del carácter de clase del Estado ocupó buena parte de la discusión en la ciencia política durante décadas. Visto con distancia, ese debate no siempre estuvo entrado en razón, ocupado tanto por la influencia del pensamiento marxista —en un área donde Marx dejó demasiados cabos sueltos— como por la contami-

17. Pier Paolo Portinaro: *Estado*. Buenos Aires, Nueva Visión, 2003: 11.

18. Paul Pierson: *Dismantling the Welfare State? Reagan, Thatcher and the Politics of Retrenchment*. Cambridge University Press, Cambridge, 1994.

nación de la guerra fría y los intentos constantes de dismantelar cualquier pensamiento que debilitase el *american way of life* y su correlato político de democracias parlamentarias. La variable generacional señalada terminó de contaminar el discurso. La conclusión, por lo general, era algún tipo de reduccionismo que no permitía entender esta forma de organización política, dotada de una extraordinaria capacidad para cambiar, de disfrazarse en virtud de las relaciones sociales. En otros términos, el análisis del Estado caía en una suerte de *ideología*, en una interpretación subjetiva que satisfacía análisis académicos parciales o intereses concretos de grupos o clases sociales. Esto es comprensible, pues según fuera una u otra la explicación de lo que fuera el Estado, así sería la posición política a la que invitaría cada respectivo análisis. No se trata igual a un héroe que a un villano; no recibe el mismo respeto un santo que un canalla; no genera las mismas simpatías Robin Hood que el *sheriff* de Sherwood.

Hoy podemos afirmar que si bien es cierto que todos los Estados deben poder compartir algunas características comunes —por eso caen todos bajo esa denominación—, el Estado real es un producto histórico, fruto de la relación dialéctica entre la organización que pretende concentrar la violencia física y la sociedad civil a la que reclama obediencia. Son las ventajas de entenderlo como una relación social. Por tanto, lejos de poderse solventar con categorías universales validas *urbi et orbi*, exige explicaciones bajadas a cada espacio y tiempo concretos. Siendo más claros: como no es posible solventar esa relación social condensada en el Estado de manera abstracta, corresponde a la hegemonía que exista en cada sociedad decidir en qué lugar del continuum «intereses particulares-intereses universales» se decide la organización social. Y es bastante probable que ese resultado, *concreto e histórico*, se presente discursivamente no como algo contingente, sino como *universal y absoluto*. Ya Marx diferenció las categorías para pensar la realidad de la realidad misma, dejando claro que una no podía ahogar a la otra: «Las categorías [...] son *formas* del intelecto que tienen una verdad objetiva, en cuanto reflejan relaciones sociales reales; pero tales relaciones no pertenecen sino a una época *histórica determinada*».¹⁹

El escenario de investigación del Estado puede ordenarse junto a las otras dos grandes autopistas que han conducido a la actualidad. Resulta muy clarificador analizar el Estado nacional o Estado moderno en el largo viaje en el que ha estado acompañado, como veíamos, del desarrollo paralelo del capitalismo y del pensamiento moderno. Estas tres grandes autopistas que nos acercan a una interpretación de nuestras sociedades contemporáneas, están hoy sujetas también a profundas transformaciones: el capitalismo, enredado en su actual fase de globalización neoliberal con nuevas limitaciones radicales como es el agotamiento ecológico y las dificultades para garantizar al tiempo la tasa de acumulación y la legitimidad; los Estados nacionales, que buscan su inserción en un mundo crecientemente global, por lo común a través de vinculaciones regionales que superan las fronteras nacionales, y abandonan al tiempo su condición de *welfare* y abrazan la de *workfare*; la modernidad, que ve cómo sus grandes discursos de linealidad, progreso, colonialismo, productivismo y machismo se ven desbordados por algo que, a falta de mejor nombre, se conoce como *posmodernidad*

19. Citado por Ludovico Silva: «Sobre el método en Marx», en *Antimanual para uso de marxistas, marxólogos y marcianos*. Fondo Editorial Ipasme, Caracas, 2006.

y que, por la contaminación conservadora de este concepto, quizás haya que definir como *poscolonialismo*.²⁰

A lo largo de ese periplo, el aparato de dominación, acompañado de la expansión del capitalismo y del pensamiento racionalista moderno, ha concentrado más fuerza y se ha especializado más que en ningún otro momento de la historia. Igual que el capitalismo ha incrementado el número de bienes que han sido sujetos a la ley del valor (y, por tanto, que han sido convertidos en mercancías); igual que el pensamiento moderno ha convertido el pensamiento racional, expresado en la ciencia occidental, en la medida de lo que es *científico* y lo que no lo es, el Estado se ha ido apropiando de los ámbitos autónomos de la sociedad civil hasta llegar a controlar cada rincón de la vida. Dependiendo de cómo sea la relación con la sociedad civil, ese poder enorme será utilizado para la emancipación social o para la regulación. Pero la fuerza de lo económico sigue siendo profundamente condicionante en cualquier sociedad en la que las reglas de la supervivencia sigan estando marcadas por algún principio de escasez.

En la segunda mitad del siglo xx, el capitalismo ha podido desarrollar dentro de la sociedad civil un poder amplio con la capacidad de modelar el Estado según sus necesidades, de convertir el pensamiento en la principal de las mercancías y reducir al resto de la sociedad a meros acompañantes castigados por su vertiginoso ascenso. Es el cumplimiento de lo que Karl Polanyi estableció ya en 1944 como el destino necesario del capitalismo que pretendía regularse a sí mismo: la transformación que operaba la economía de mercado, creando una sociedad de mercado.²¹

En términos históricos, la capacidad del Estado nunca ha sido, como planteamos, tan elevada. No nos referimos a la capacidad de obrar con total autonomía de la sociedad, de manera despótica y sin escuchar a nadie —usando la metáfora de Michael Mann, como si fuera la reina de corazones de *Alicia en el país de las maravillas*, encaprichada en cortar tantas cabezas como le apetezca—, sino que queremos insistir en la capacidad de extender su poder de manera infraestructural (¿dónde puede hoy esconderse nadie del Estado?).²² Esta capacidad se multiplica en aquellos países que han concentrado mayores recursos militares, económicos e ideológicos. Allí donde anteriormente el Estado no podía desarrollar su poder despótico sino en función del acceso, siempre limitado, a los recursos que permitieran el suministro a sus ejércitos, hoy vemos que una organización estatal —pensemos en Estados Unidos— lleva la guerra a cualquier lugar del planeta —y hasta del espacio— con resultados devastadores.

Además de controlar los recursos militares, ese Estado poderoso controla también los recursos ideológicos, alimentados por unos medios de comunicación integrados en la misma lógica o por una regulación de la enseñanza que orienta o adoctrina a la ciudadanía. Y no menos ocurre con los recursos económicos obtenidos bajo premisas capitalistas, convertidos en la razón principal de su comportamiento bajo los presupuestos del Estado *trabajista*. Sin embargo, este Estado, caracterizado por su ca-

20. Es la apuesta de Boaventura de Sousa Santos: *A gramática do tempo*. Afrontamento, Porto, 2006.

21. Karl Polanyi: *La gran transformación*. La Piqueta, Madrid, 1989.

22. La diferencia entre poder *despótico* (mera fuerza) y poder *infraestructural* (normativo y reglado) la desarrolla Michael Mann en su obra ya clásica *Las fuentes del poder social I*, Alianza Editorial, Madrid, 1991.

pacidad de concentrar territorialmente su poder, se ha visto sacudido por el proceso neoliberal, donde algunos sectores han visto reforzada su posición social dominante, mientras otros han visto perder los avances en la redistribución de la renta experimentados durante las décadas anteriores. Algunas preguntas se hacen pertinentes en este galimatías conceptual: ¿Es cierto que el Estado ha perdido poder con la globalización neoliberal? ¿Se trata del Estado o de un tipo concreto de Estado cuando se habla del vaciado de contenidos? ¿Afectan por igual los cambios al Estado que organiza la invasión de un país que al que garantizaba sociedades de pleno empleo, sanidad y educación públicas o procesos de industrialización crecientes? ¿Podemos afirmar que con la globalización neoliberal ha alcanzado el capitalismo su utopía de un mercado mundial autorregulado? La teorización de Bob Jessop pretende otorgar una carta de navegación para responder a estas preguntas sin naufragar en aguas tan profundas y encrespadas.

La economía política, que fue durante dos siglos nacional, hoy no se entiende sino como global. Nunca menos que hoy la autarquía es una salida nacional posible. Como en el grabado clásico del Leviatán de Hobbes, cada país está integrado hoy dentro de ese cuerpo global, sea como cabeza, como brazo o como la última extremidad. Pretender salirse sin más es repetir la aventura del Barón de Münchhausen de salir del pantano con su caballo tirando hacia arriba de sus propios cabellos. Pero las instituciones de esa arena global se han construido a imagen y semejanza de las de los países del Norte, especialmente de Estados Unidos. Cuando estos países entregaban *estatalidad* al ámbito supranacional, en realidad lo que estaban haciendo era reconstruir en el ámbito global un espacio institucional a su imagen y semejanza o, cuando menos, funcional para su lógica de acumulación (como en cada ocasión, defendida por un ejército capaz de llegar allí donde sus intereses se dirimían). Vemos cómo las corporaciones económicas, los poderes mediáticos o las fuerzas militares con capacidad de expansión, la Iglesia o las instancias financieras, pretenden usar el Estado nacional para hacer valer su posición de poder. Pero si fracasan en ese intento, recurrirán a la arena global, un ámbito construido por quienes dominaban los ámbitos estatales para la reproducción de su lógica.²³

Frente a los reduccionismos señalados, podemos afirmar que tanto el Estado como la sociedad se transforman y se constituyen mutuamente.²⁴ Esto no implica que no sea cierto que el Estado, aún de manera más clara en el Estado moderno, se haya configurado como una estructura funcional a la dominación de clase de la burguesía. No necesariamente tuvo que ser así —como demuestra el diferente desarrollo de China y de Europa desde el siglo XII—, pero empíricamente así ha sido. El Estado es una estructura centralizada, dotada de normas que permiten certidumbre y previsibilidad, y que se especializa de manera creciente. En conclusión, en un marco de competencia —como ha sido el desarrollo de la humanidad— es funcionalmente superior a otras formas de organización que no se doten de estos rasgos. Es por eso que, en un contex-

23. Para los intentos de construcción de un Estado transnacional, véase William I. Robinson: *A Theory of Global Capitalism: Production, Class, and State in a Transnational World*. Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2004.

24. Ése es el título del libro de Joel S. Migdal: *State in Society. Studying How States and Societies Transform and Constitute One Another*. Cambridge University Press, Cambridge, 2001.

to histórico marcado por la violencia, las formas estatales lograron hacerse hegemónicas. Ahora bien, en cada momento histórico, esa estructura heredada siempre tendrá que acompañar la *memoria* que porta —y que descansa en sus leyes, constituciones, reglamentos, universidades, burócratas, legados intelectuales, edificios, tradiciones, mitos, organizaciones militares, etcétera—, con los requerimientos sociales. Es cierto que el aparato estatal tendrá muchas posibilidades, como tal aparato de coerción y construcción ideológica de obediencia, de acallar los nuevos requerimientos y adaptar las demandas a su estructura. Pero no es menos cierto que el Estado ha venido adaptándose a esas presiones sociales, de manera tal que cuando éstas han tenido la fuerza suficiente han sido capaces incluso de cambiar la faz del aparato estatal.

La *memoria* del Estado, en esos casos, se enfrenta a la *memoria* de los pueblos, aunque también a la *memoria* de los grupos sociales con capacidad de ejercer poder sobre el resto de la sociedad y sobre el mismo Estado (el control judío de Hollywood hace más por la simpatía hacia los intereses de Israel que todas sus embajadas en Europa). Del resultado de ese conflicto resultará una organización política que trabaje para la emancipación o que mantenga las diferencias entre los grupos sociales. Los escenarios son inciertos. Por un lado, un aparato estatal rearticulado para dar respuesta a las presiones sociales, tanto de las nuevas élites económicas como de los damnificados por los nuevos procesos de beneficio económico. Por otro, grupos de poder económico e ideológico que pretenden deshacerse de la estatalidad nacional y buscan la garantía jurídica a sus intereses en la arena internacional. Más acá, sectores populares, más o menos organizados, que reclaman, desde el aparato del Estado o desde la sociedad, nuevas formas de relación social y económica. Más allá, otros Estados o instancias internacionales con capacidad de influir en las agendas de Estados que solo formalmente son soberanos, etcétera.

En cualquiera de los casos, el Estado está en disposición de regresar como una categoría central de la reflexión política. Bien lejos de los cantos de sirena de sus sepultureros teóricos, el Estado se presenta de nuevo como un actor de enorme relevancia que quiere hacer valer de nuevo las fronteras —que ya no tienen por qué ser las fronteras geográficas, pero que tienen que entenderse como límites de la jurisdicción que le corresponde— que le permiten hacer su parte en el reordenamiento social. Y decimos *su parte* porque no es menos real que el Estado ya no agota lo político. Hay un creciente sector público no estatal que quiere hacer la suya, en relación con un Estado que debe comportarse como *maternal* (supervisor), pero no *paternal* (castrador). La complejidad apunta a que el gobierno de lo público va a ser una tarea compartida. Toda la reflexión de Jessop sobre la gobernanza, entendida como una respuesta funcional a todas estas transformaciones sociales y a las necesidades de acumulación del capital, pretenden dar base teórica para entender este papel del Estado como *primus inter pares*.²⁵

25. La gobernanza es un concepto en lucha que caerá del lado de la emancipación como «gobernanza democrática», es decir, como Estado experimental que empodera al pueblo, o del lado de la regulación, como gobernanza creadora de gobernabilidad, que zanja la retirada del Estado como actor desmercantilizador. Véase Juan Carlos Monedero: *El gobierno de las palabras. Crítica y reconstrucción de la política*. FCE (en prensa), México.

LA PLURALIDAD DE INTERLOCUTORES DEL ESTADO

El Estado como relación social mantiene un diálogo permanente con la sociedad sobre la que ejerce su jurisdicción. No es posible que la estabilidad que el Estado moderno reclama pueda lograrse simplemente con el recurso a la violencia. Hace falta un diálogo tan plural como lo sean las voces que se dejen oír en una sociedad. Como su nombre indica, el Estado es algo que *está*, que tiene lógica de permanencia. No se trata de una organización política fugaz, sino que, al contrario, ha establecido o busca establecer protocolos con pretensión de validez en el tiempo (la raíz «*st*» de Estado es la misma que la de estar, institución, estabilidad, estatua o estructura). Para ello, y como requisito para su existencia tiene que garantizar la paz interna y externa, poniendo fin a la guerra civil y defendiendo las fronteras. Al tiempo —garantía de esa paz interna— debe construir un orden de dominación que cumpla los requisitos económicos, políticos, normativos y culturales que espera esa colectividad, es decir, que sean el decantado asentado de las siempre conflictivas relaciones sociales. Éstas no son eternas y ahistóricas, sino que terminarán variando según se vea afectado ese decantado y se sustituya por otro, movido por los desajustes sociales permanentes y el impulso de emulación que caracteriza a los seres humanos. Ese decantado, sujeto a la perseverancia de lo que ya existe, toma cuerpo en las instituciones, que ejercen una fuerte impronta en el corto plazo. El Estado es movimiento histórico congelado en estructuras.

Esa multiplicidad de estructuras, lógicas, instituciones y objetivos que llamamos Estado está constantemente *escuchando* para tomar decisiones. Para no caer en mecanicismos que paralizan o confunden, conviene dar un fugaz repaso, sin orden de importancia y con múltiples variaciones y relaciones entre sí, a las siguientes lógicas y actores que influyen en las decisiones que afectan al Estado. No hay que olvidar que es al Gobierno a quien le corresponde dirigir en cada lapso de tiempo la capacidad coactiva del Estado, del mismo modo que el Estado con frecuencia no deja espacio para que el Gobierno tome determinadas decisiones (al contrario, encadena al Gobierno). El Gobierno de Hitler fue capaz de cambiar el Estado alemán, de la misma manera, aunque en otra dirección, que el Gobierno laborista de Lloyd George cambió el Estado británico. Pero también vemos que cualquier Estado actual obliga al Gobierno correspondiente a pagar la nómina de los funcionarios públicos, principal partida presupuestaria que consume buena parte de la capacidad de gasto. Al mismo tiempo que un Gobierno puede aprobar el rescate bancario con dinero público y endurecer los requisitos para acceder a una pensión, otro puede cambiar las leyes para aumentar las ayudas públicas en vivienda o educación. Al igual que un Gobierno puede cambiar la constitución para eliminar la autorización judicial de las escuchas telefónicas, endurecer los requisitos para obtener la nacionalidad y eliminar derechos sociales, otro puede impulsar políticas públicas redistributivas participadas popularmente, vincular el Estado a unas formas u otras de integración regional o renacionalizar servicios públicos antaño privatizados también por un Gobierno. Separar el Estado de la sociedad, autonomizándolo, solo sirve para someterse con impotencia a los mandatos de quienes deciden sus movimientos; ignorar que el Estado tiene su selección estratégica, su memoria vinculada a su trayectoria y sus intereses propios solo sirve para caer en la confusión de pensar que basta alcanzar el Gobierno para controlar el poder.

Vistas estas complejidades, veamos a quién escucha el Estado (insistiendo en su compleja condición de relación social):

1) A los que tienen la capacidad de declarar, en expresión de Carl Schmitt, el Estado de excepción, es decir, a los *poderes fácticos* que tienen capacidad de emplear de manera generalizada la violencia física no necesariamente legítima (gobiernos extranjeros, ejército nacional o extranjero, banqueros y sector financiero, patronal, líderes carismáticos con capacidad de movilización, entramados mediáticos, etcétera).

2) A la Constitución y las leyes vigentes; a las leyes internacionales.

3) A las estructuras administrativas con sus reglamentos, prácticas habituales, instancias, etcétera (que tienen la fuerza añadida de la costumbre y la tradición y que, incluso después de una revolución, *siguen estando ahí*).

4) A los intereses particulares organizados o con capacidad de ejercer presión, con especial relevancia a la fusión de intereses económicos y mediáticos, que unen a su propia capacidad la de influir en la ciudadanía (no se trata de su capacidad de forzar una situación sino de impedir que se organicen intereses contrarios).

5) A las presiones regionales o locales.

6) A la ciudadanía organizada que reclama cuestiones de interés general (donde las voces cobran fuerza si se repiten como un eco multiplicado).

7) A la opinión pública, expresada bien a través de formas directas (huelgas, manifestaciones o formas propias de comunicación) o indirectas (encuestas o medios de comunicación).

8) A referentes morales asentados y reconocidos (iglesias, asociaciones, personalidades de prestigio o intelectuales), a los paradigmas científicos y a los discursos hegemónicos que pretenden reconciliar el Estado con el bienestar colectivo (esto es, que presuponen al Estado un papel de conciliación ética de la sociedad).

9) A la propia subsistencia del aparato estatal, esto es, de las personas que lo integran y que tienen en la Administración su *modus vivendi*, lo que no implica una reificación/cosificación del Estado como si éste fuera un *ente* abstracto con existencia por sí mismo y al que está adscrito simbólicamente el interés general. Este aparato estatal funciona con una lógica sistémica referenciada teóricamente con la imparcialidad y el interés colectivo, pues necesariamente tiene que pensar, para permanecer, en garantizar el orden sostenido en el sistema de dominación. Esto hace que el Estado tendencialmente juegue siempre más allá del corto plazo (la no inmediatez de la Administración de justicia es un ejemplo claro de esto) y le preocupe asegurar la legitimidad del orden (obviamente con variaciones en cada país según sea la construcción histórica del Estado).

10) A los partidos, especialmente los que sostienen el Gobierno.

11) A los sindicatos cuando tienen capacidad de huelga.

12) A las presiones internacionales, bien de otros gobiernos que tengan ascendiente, bien de las instancias supranacionales (separándolo aquí de la amenaza militar exterior).

13) A las necesidades inmediatas de financiación y, de ahí, a los mercados internacionales, tanto de bienes y servicios como de capitales.

14) A las peculiaridades de las élites que lo dirigen en sus diferentes ámbitos (que pueden estar formadas fuertemente en alguna ideología, tener firmes convicciones re-

ligiosas o pueden tomar decisiones consultando a astrólogos, videntes o quiromantes, como ocurre con frecuencia).

En definitiva, y como concluye Jessop, en el centro de toda la reflexión aparece la *política*, esto es, la definición y articulación —por uno, varios o todos—, de los comportamientos colectivos de obligado cumplimiento en una comunidad. No es solo una economía que se desconecta del resto de los asuntos sociales —y que, por supuesto, es de radical relevancia—, ni los valores —que están detrás también de muchos comportamientos—, ni los presupuestos jurídicos, igualmente esenciales al configurar la garantía de la reciprocidad social. Se trata de la política, como *arte de la polis*, a quien le corresponde la obligación de integrar todos los elementos a la búsqueda de una síntesis funcional para la marcha de la sociedad. Política que será necesariamente conflictual y que será la que define los contornos que finalmente tenga cada Estado en concreto. Es en esta herencia de la importancia de lo político a la hora de configurar la organización social y la forma de Estado en donde el profesor de Lancaster ubica uno de los principales rasgos de su referencia al marxismo de la cual no solo no se aleja sino que considera esencial para entender la complejidad estatal actual.

El Estado, como insiste Jessop, siempre es reflejo de un proceso histórico. Como realidad empírica, concreta, su funcionamiento responderá a los intereses de los que hayan ganado en el conflicto social, a los que mejor se hayan situado en ese momento (sean unos pocos o sea el conjunto de la sociedad) y a la memoria que porte y la influencia que ejerza esa memoria sobre el comportamiento estatal. Eso permite pensar, al menos en el corto plazo, en la posibilidad de enfrentar en el ámbito occidental con Estados capitalistas, Estado despóticos y también, potencialmente, en Estados socialistas.

Es importante entender que el Estado real, el concreto de cada país, es selectivo en sus políticas, tiene *predisposición* a inclinarse, por esa herencia anclada en sus estructuras, a defender lo que ya existe, a escuchar más a unos intereses que otros, a reproducir más una lógica que otra (Jessop se refiere a este hecho, a menudo confundido con alguna suerte de determinismo, como «selectividad estratégica»; Claus Offe habla, en una dirección similar, de «selectividad estructural»). La representación de intereses tiene complejas determinaciones que hacen que las necesidades de las mayorías no sean cubiertas ni siquiera donde existe la posibilidad de elegir en procesos electorales a los dirigentes. Como demostró Norbert Lechner, una minoría consistente tiene la capacidad de presentar los intereses particulares como intereses generales.²⁶ Pero no está escrito que eso no pueda variar. Lo que haga el Estado dependerá siempre del resultado de los conflictos sociales y su capacidad de hacer del instrumento estatal una herramienta para la organización social. Si bien es verdad como venimos insistiendo que hay predisposición en el Estado, no hay por el contrario ninguna predeterminación «necesaria» para que se comporte en una dirección u otra (la insistencia de Jessop al respecto no deja muchas dudas de su posición). El Estado no es un ente de voluntad que puede operar al margen de su contexto y de sus posibilidades. Tiene la auto-

26. Norbert Lechner: «Poder y orden. La estrategia de la minoría consistente», en *La conflictiva y nunca alcanzada construcción del orden deseado*. CIS/Siglo XXI, Madrid, 1986.

nomía que le marcan las luchas sociales. La autonomía de trabajar para aquellos que consigan hacerse hegemónicos en una sociedad. Cuando la sociedad pierde tensión en la acción colectiva y se refugia en el interés privado (Hirschmann), la estructura estatal, como cualquier estructura, puede dedicar más tiempo y recursos a su propia reproducción. Pero eso solamente será señal de esa relajación social. No es posible, como plantea el liberalismo, que sean los representantes los que se encarguen de la cosa pública sin que se vean lesionados, tarde o temprano, los intereses de la mayoría. Votar cada cuatro o cinco años no es suficiente. Un Estado independizado del control de la sociedad termina teniendo comportamientos privados. Algo que se agrava cuando el Estado, como ocurre en la globalización neoliberal, atiende a aspectos cuya complejidad y oscuridad —muchas veces intencionada— reclama un conocimiento que no es de fácil acceso.²⁷ Al final, funciona el aserto «vota y no te metas en política», de manera que en el reparto de papeles los políticos se encargan de la cosa pública y la ciudadanía se dedica al consumo y al entretenimiento.²⁸

La concepción relacional del Estado que plantea Jessop abre no solamente un amplio abanico para la investigación, sino que también permite superar esa parálisis conceptual que colaboraba con la parálisis política de las últimas tres décadas. Si es cierto que la ciencia política debe beber de las fuentes de la realidad social, hoy vemos que las alternativas, como plantea Boaventura de Sousa Santos, vienen del Sur (un ámbito que desgraciadamente queda fuera de la referencia empírica de Jessop, más centrado en el modelo típico ideal de Estado capitalista occidental). Lo que era imposible parece que ha revertido su tendencia. Y la teoría del Estado debe disponerse a otorgar elementos para ayudar a interpretar lo que está ocurriendo en estas zonas del planeta.

No se trata solamente de la crisis con la que abríamos estas reflexiones, sino de otro tipo de cambios, que afectan a la política mundial, y que marcan escenarios para repensar el conflicto. El 11 de septiembre de 2008, jugando con simbologías caras a América Latina, los Gobiernos de Bolivia y de Venezuela expulsaban a los embajadores de Estados Unidos por, según denunciaban, la colaboración estadounidense en el intento de golpe de Estado contra el Gobierno de Evo Morales (y que dejó una treintena de campesinos asesinados por mercenarios). Un par de días después se reunía en Santiago de Chile la UNASUR, y declaraba en su comunicado final su firme decisión de no permitir ningún golpe de Estado ni fragmentación territorial en Sudamérica. 35 años después del derrocamiento de Salvador Allende, y allí donde entonces el continente se quedó callado y cruzado de brazos, ahora demostraba su firmeza para no consentir esos comportamientos. Pero las dificultades estadounidenses en modo al-

27. En las crisis financieras de 2008, uno de los elementos señalados como responsable era la enorme «creatividad» de los instrumentos financieros, cuyo conocimiento incluso quedaba fuera de la experticia del Presidente de la Reserva Federal estadounidense.

28. En conclusión, siguiendo la senda de Weber, incorporando una perspectiva relacional y situando el conflicto social apuntado por Marx como el elemento esencial, podemos definir el Estado como una forma de organización *política*, dotada de un orden jurídico y administrativo estable, propio de una comunidad identificada con un territorio determinado, que se caracteriza por la reclamación con éxito por parte del cuerpo administrativo —a través de premios y castigos materiales o simbólicos—, de la obediencia ciudadana, en tanto en cuanto satisfaga su compromiso con lo que los conflictos y consensos sociales han establecido que son los intereses comunes.

guno se quedaban en el comportamiento irreverente de países a los que siempre había considerado su patio trasero. Ya hemos visto que la crisis económica estadounidense, iniciada con las empresas puntocom, y seguida con las hipotecas *sub prime* que hundió el mercado inmobiliario, anticipaban un escenario de recesión. El modelo entero se resentía y pese a que los mecanismos de compensación estaban más desarrollados que en 1929, las alertas empezaron a sonar con fuerza. La aventura de Iraq, la gesta más evidente que siguió al cada día más confuso atentado de dos aviones contra las Torres Gemelas —cuestionado no por oscuras tramas, sino por el mismo jefe de bomberos de Nueva York—, embarcaba al Gobierno estadounidense en un pozo económico sin fondo que, además, le distrajo de sus intereses más cercanos. Coincidiendo con los intentos de desestabilización de Bolivia, el presidente Chávez invitaba a aviones rusos de guerra a realizar maniobras en territorio venezolano. Por primera vez en el último medio siglo, no solamente la IV Flota operaba como fuerza militar extranjera en aguas de ese hemisferio. La aventura de Georgia sobre Osetia del Sur, alentada por Estados Unidos, fracasaba igualmente ante la contundencia de la respuesta rusa (en ambos casos zanjadas con centenares de muertos civiles). Mientras, China e India ocupan posiciones más relevantes que dejan abiertos demasiados escenarios para saber qué ocurrirá en el mundo en los inmediatos años, sin olvidar que el comportamiento crecientemente catastrófico de la naturaleza permite considerar escenarios de agotamiento que no pueden esperar al año 2050 (como acordaron en 2008 los países del G8 para reducir eficazmente las emisiones de CO₂). Solo Europa parece observar paralizada estos cambios, incapaz de asumir un papel activo alternativo que rompa con el *statu quo* global convertido en una amenaza de contornos trágicos.

Todos estos cambios, acelerados, no implican que la gravedad de los problemas invite a fáciles optimismos. La crisis del capitalismo en la década de 1930 trajo el fascismo y un socialismo empujado a posiciones extremas. Por otro lado, como demostró John Kenneth Galbraith, la memoria de la última aventura especulativa apenas dura 15 años, la memoria de una generación. La conclusión, desde la academia, pasa por poner en marcha programas de teorización de asuntos en marcha claramente subteorizados. Las bases que sienta Bob Jessop son un buen marco de trabajo. El Estado como relación social, la crisis ecológica, la construcción cultural de la economía política, las potencialidades y los límites de la economía política internacional, el militarismo y el neoimperialismo, el dominio *ecológico* del capital sobre la sociedad, las formas de la autopoiesis, la participación popular en una gobernanza democrática, son todas herramientas conceptuales que abren un vasto escenario de trabajo para una teoría del Estado renovada que, además, puede perder la melancolía del peso del pasado. Pero para ello hace falta también una ciencia política que regrese a sus fuentes a redescubrir su objeto de estudio y las razones por las cuales la sociedad dedica tiempo y recursos a pensar lo politológico. Si en la década de 1930 el fascismo obligó a la reflexión honesta a cambiar su rumbo y a enfrentar esa amenaza, el incumplimiento de los mandatos de la Ilustración aún en el iniciado siglo XXI reclama una toma de posición nada amable con el estado actual de cosas.



4

Los espejismos de la razón y los caminos de la participación.

Políticas de intervención en el territorio y procesos democráticos

Joan Subirats

LOS ESTUDIOS SOBRE EL TERRITORIO SON CADA VEZ MÁS ESPACIOS DE INTERVENCIÓN, acción y reflexión plurales y diversos. Se mezclan muchas expectativas, proyectos, disciplinas, instituciones, actores y, también, perspectivas temporales divergentes. Hay quienes defiende un «urbanismo veloz» (Vicente Guallart, *El País*, 18 de agosto de 2007: 11), mientras que otros buscan respuestas en el «ir despacio» (*slow cities*). Unos siguen confiando en la capacidad de planificar de los expertos, mientras que otros recuerdan que la «expertise» o los conocimientos son también plurales y que, más que encontrar la respuesta «adecuada», hace falta encontrar la mejor entre las que resulten social y técnicamente posibles. Y es en este punto en el que las nuevas experiencias de participación ciudadana resultan prometedoras para algunos, mientras para otros son una complicación más que hay que superar.

Crecen los problemas y las tensiones en unos territorios sobrecargados de realidades y de perspectivas, mientras que casi con la misma intensidad, decrece la confianza de la gente en relación con las instituciones que tienen las competencias legales para intervenir en los mismos. Muchas veces, tanta complejidad e incertidumbre lleva a algunos a atacar y a criticar a los que gobiernan por su falta de decisión y también a aquellos que parece que «lo complican todo», aunque acaben ellos mismos haciendo propuestas que aparentemente son simples o revestidas de sentido «común», pero que también tropiezan de tan simplemente como han sido formuladas.

En estas notas, quisiera recorrer esquemáticamente (y sin duda también de forma sesgada) lo que han sido algunas de las lógicas imperantes en la intervención territorial,¹ y cómo estas lógicas se han visto crecientemente discutidas desde el mo-

1. Es interesante la lectura del libro de J. Farinós y J. Romero: *Territorialidad y buen gobierno para el desarrollo sostenible*, Universitat de Valencia, 2007, y, en el mismo, el excelente resumen que

mento en que se han ido diversificando los actores y las demandas que los mismos transportan, mientras se han ido también multiplicando las esferas y las perspectivas desde las que se proyectan las voluntades de intervenir en cada uno de los espacios territoriales. Partimos de la hipótesis de que se han ido sustituyendo las tradicionales fronteras entre territorios, entre los estatutos formales de los actores institucionales que luchan por estar presentes en los mismos, y entre delimitaciones competenciales aparentemente completas y rígidas, por dinámicas y procesos más centrados en las capacidades de los diferentes actores para hacer progresar sus proyectos y estrategias desde posiciones que van ganando a través del ejercicio simultáneo de influencia, de articulación de los recursos que se ponen en juego y de las complicidades que unos y otros consiguen ganar.

En este escenario, la capacidad de planificar territorialmente y de intervenir desde posiciones basadas estrictamente en la jerarquía o en la posición institucional de los poderes públicos o desde la hipotética superioridad de las capacidades o competencias técnicas, resultan insuficientes, y acaban generando notables frustraciones y situaciones de bloqueo que no termina de favorecer a nadie. Defenderemos pues aquí, visiones y perspectivas más «soft», pautas de intervención más centradas en la capacidad de generar visiones y proyectos compartidos, quizá no del todo «canónicas» técnicamente, pero quizá también más viables socialmente.

DIFERENTES PERSPECTIVAS EN RELACIÓN A LOS PROBLEMAS PÚBLICOS Y A LAS PERSPECTIVAS DE INTERVENCIÓN

Una visión tradicional de la actuación de los poderes públicos parte de la hipótesis que las políticas públicas son el resultado objetivo de la combinación de la voluntad política de intervenir y de la selección de la alternativa de acción más eficaz y eficiente entre todas las posibles, en relación con el problema de carácter colectivo planteado y que ha generado el despliegue de esa política. Normalmente se considera que cada política o intervención desde los poderes públicos debería responder a una doble lógica: especialización y territorio.

Desde esta perspectiva, cada intervención se dirigiría a un problema específico y, por lo tanto, requeriría una visión especializada (sanitaria, educativa, de vivienda, de creación de infraestructuras, etcétera), y se haría desde la posición jerárquica y competencial que cada institución pública tendría en el territorio donde ha surgido el problema y donde se debería desarrollar la actuación. Y lo cierto es que, al menos aparentemente y desde una perspectiva formal, las instituciones públicas y las políticas que ponen en práctica responden a estos principios.

Tenemos en España un organigrama institucional ordenado aparentemente por el alcance territorial que cada instancia gubernamental ostenta. El conjunto de España sería competencia de la Administración Central del Estado; cada ámbito autonó-

hace Oriol Nel-lo del proceso de intervención territorial en Cataluña en los últimos años: «La nueva política territorial de Cataluña (2003-2006)»: 191-236.

mico, de las instituciones autonómicas correspondientes; y a cada Gobierno local le tocaría intervenir en su demarcación territorial, con presencia, no obstante, de otras instancias de poder local como son las diputaciones (límites provinciales), y, en su caso, los consejos comarcales (mapa de comarcas). Sin olvidarnos, de la presencia más bien indirecta y regulatoria de las instituciones europeas. Y en cada territorio, la hipótesis formal establecida es que intervienen de manera especializada las diferentes instancias gubernamentales a partir de las delimitaciones competenciales previamente establecidas.

En la práctica todo ello funciona, al fin y al cabo, de manera mucho más mezclada y con abundantes solapamientos y redundancias. En un mismo territorio «llueven» programas y actuaciones de las diferentes instancias gubernamentales, de forma que, por ejemplo, una ciudad puede decidirse por descentralizar servicios a los barrios, al mismo tiempo que sufre una restricción presupuestaria que le impide abordar un proceso de revitalización de un espacio de la ciudad, mientras simultáneamente anuncian desde la Administración central que le darán nuevos recursos para un programa de creación de puestos de trabajo, y el Gobierno autonómico establece simultáneamente una norma por la que deberá poner en marcha un nuevo sistema de recogida centralizada de residuos sanitarios, cumpliendo así una regulación europea. Las lógicas de intervención no tienen por qué coincidir, pero lo cierto es que cada instancia gubernamental parte de una agenda propia y de una presunción de certeza tanto técnica como legal que estaría detrás de cada decisión.

Al fin y al cabo, pese a partir de esta presunción de certeza, de racionalidad y de intervención reglada y ordenada, se acaba generando en el territorio la sensación de descoordinación y desorden, o incluso, de que «lo que uno hace, el otro lo estropea». Los expertos trabajan en una perspectiva racional y de planificación, y se encuentran con que a la hora de la verdad, todo parece complicarse por la interacción intergubernamental, que «contamina», dificulta o bloquea la puesta en práctica final de aquello que estaba previsto. Por otra parte, hasta ahora solo hemos mencionado los actores institucionales, pero hemos de tener en cuenta que, además de las instituciones, en el territorio encontramos otros muchos actores, otros muchos intereses, otras muchas perspectivas de intervención o de no intervención.

Todo lo cual, al final genera una gran sensación de complejidad, cuando en cambio, muchas veces, la perspectiva de cada intervención es simple o «única», al ser hecha desde la lógica ya mencionada de territorialización y especialización. Se trabaja y se planifica desde una hipotética certeza, pero la realidad interinstitucional y social sitúa la puesta en práctica de las decisiones en un escenario de incertidumbre donde solo queda negociar y transaccionar. Y lo curioso es que, pese que ello suceda una y otra vez, los procedimientos de planificación persisten en los puntos de partida ya mencionados.

En el análisis de políticas públicas se usa a menudo un esquema que permite situar y diferenciar las políticas públicas atendiendo al grado de certeza existente sobre los objetivos que hay que lograr y los medios o la tecnología adecuada para conseguirlos (tabla 4.1). Podríamos pues distinguir entre objetivos compartidos o no, y entre el grado de conocimiento y de confianza (eficacia) de los instrumentos técnicos que tenemos a nuestra disposición.

Tabla 4.1 Problemas públicos y políticas de respuesta

	Objetivos	Claros, compartidos	Poco claros, no compartidos
Instrumentos, medios			
Conocidos		A	B
No conocidos		C	D

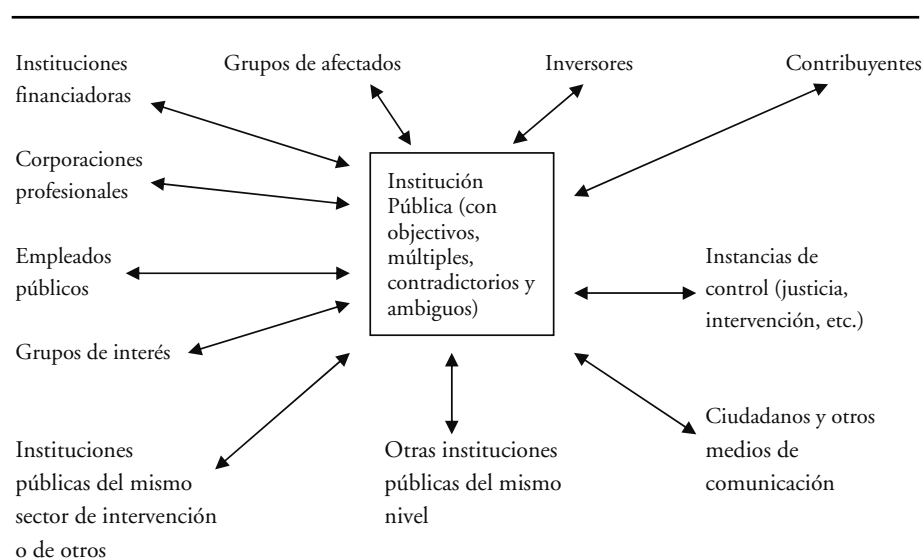
Fuente: adaptación de Thompson, J. D. y Tuden, A.: *Comparative Studies in Administration*. University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1959.

De manera habitual, se tiende a considerar que la mejor situación es la que expresa la casilla A, y tácitamente se procede, muchas veces, como si éste fuese el punto de partida más natural. Así, a menudo, la lógica planificadora de la Administración, al partir de una posición normativamente jerárquica, basada en el monopolio formal de la defensa de los intereses generales, y desde la seguridad que aparentemente proporciona la delimitación territorial y especializada ya mencionada, se sitúa «técnicamente» en esta situación de «objetivos compartidos» y «medios técnicos conocidos». Pero, como ya hemos dicho, las cosas no acaban de funcionar así.

En la figura 4.1, hemos tratado de situar un conjunto (seguramente incompleto) de actores e instancias que están presentes en el escenario en el que se desarrolla la capacidad de intervención en el territorio de una institución pública. En la mayoría de los casos, esta voluntad de intervención, basada quizás en una primera hipótesis de actuación que partía de objetivos bien estructurados y de medios e instrumentos técnicos bien conocidos y probados, deberá someterse al «fuego cruzado» de los otros operadores públicos y no públicos presentes en el escenario de intervención, todos ellos con otros intereses, visiones del problema y propuestas de intervención seguramente muy diferentes, aunque racionales y lógicas desde su particular punto de vista. La interdependencia de cada institución pública en relación con esta constelación de actores es muy evidente y, además, cada escenario o ámbito de actuación afecta y es afectado por otros ámbitos y escenarios donde esta situación también se da.

Al fin y al cabo, todo ello es sobradamente conocido y no estamos descubriendo ningún secreto. Pero, a pesar de todo, sorprende la constante letanía y el lamento habitual en relación con que «las cosas no se hacen como deberían hacerse», «todo es demasiadas complicado», y que acostumbra a acabar con la coletilla: «hace falta racionalizar la intervención pública en el territorio». Es evidente que la mayoría somos conscientes de que hace falta siempre ajustar las perspectivas de los diferentes actores, y que, por tanto, acabaremos con decisiones y vías de acción que no son las que habíamos imaginado desde el despacho, a partir del proceso de diagnóstico, de la selección de alternativas y de la operacionalización del proceso que hay que seguir. Pero nos

resistimos a aceptarlo como la «normalidad democrática», y más bien lo entendemos como una especie de constante interferencia entre la racionalidad deseable y un resultado poco estimulante, fruto del exceso de intereses y de actores que acaba generando confusión y una mezcla final muy alejada de lo que en un principio parecía deseable a cada actor particular.



Fuente: elaboración propia.

Figura 4.1 Relaciones con el entorno de la institución pública con capacidad de intervención en el territorio

MÁS ALLÁ DE LAS CERTEZAS Y LOS DESENGAÑOS

No creemos que el tipo de problemas con los que normalmente se enfrentan las instituciones públicas permitan una aproximación basada solo en las certezas de carácter técnico. Pero, como ya hemos dicho, las Administraciones acostumbran a trabajar desde la hipótesis de la certeza. Y éste es un hecho que es todavía más preocupante cuando hablamos de intervenciones en el territorio. El territorio es un gran contenedor en el que la confusión y la densidad de intereses, casi siempre contradictorios, las redes de actores de toda condición, las expectativas de intervención muy pocas veces armónica de los diferentes operadores públicos y privados, o las redundancias y los solapamientos de competencias y controles de unos y otros se torna muy visible. No conviene caer en el desengaño o en la pasividad cuando, como bien

sabemos si acostumbramos a seguir en la prensa o en los medios las abundantes noticias sobre proyectos que van y vienen en un sinfín de territorios, las necesidades son grandes, las pasiones muchas y las expectativas muy altas. Lo que nos conviene a todos es ir aprendiendo cómo conseguir hacer avanzar las intervenciones en el territorio con unos criterios de calidad técnica que sean adecuados, pero también con la capacidad de escuchar y aprender de las desazones, conocimientos y perspectivas de los diferentes actores presentes en el escenario territorial en cuestión. Si queremos avanzar en esa perspectiva, ¿qué nos falla más?, ¿la tecnología disponible?, ¿la carencia de conocimientos de la gente?, ¿una mala definición de objetivos?, ¿la incapacidad de los políticos para decidir de forma adecuada?...

Muchas de las aproximaciones «rationales» relacionadas con la producción de decisiones públicas acostumbran a fallar, al no entender que lo que seguramente es la esencia del proceso es el debate de ideas que los diferentes actores y protagonistas de la comunidad política que toman las decisiones, transportan y defienden. Lo que moviliza a la gente es el compartir visiones, maneras de ver los problemas y vías de salida. Cada idea es un conjunto de argumentos que, en relación con el problema planteado, expresa una concepción del mundo. Y, como bien sabemos, las ideas están en el corazón del conflicto político.

Las decisiones públicas son, pues, el terreno en el que se enfrentan los diferentes puntos de vista, criterios, y definiciones de problema de los respectivos actores y grupos implicados. Tenemos por lo tanto objetivos, tenemos problemas, tenemos discrepancias entre objetivos y realidad, y tratamos de encontrar una alternativa que reduzca o incluso acabe con las discrepancias. Como bien sabemos, en la práctica este esquema no funciona tan ordenadamente. Muchas veces se ve primero el problema, se buscan soluciones y acaban definiéndose objetivos. O incluso, a veces se tiene primero la solución (o los recursos) y se busca un problema al cual aplicarla (o invertir la subvención o el fondo). Pero la perspectiva que proponemos permite generar un cierto orden en esta confusa realidad, y posibilita el aprender de las experiencias pasadas, sin falsas expectativas de racionalidad general. Es más importante entender la lógica del juego que se desarrolla en cada caso, que aplicar de manera estandarizada un repertorio de soluciones previamente establecido.

Desde nuestro punto de vista, la unidad de análisis debería ser la colectividad o comunidad afectada por la intervención territorial objeto de estudio o de proceso decisional. Es decir, el conjunto de personas y colectivos que encontramos en un determinado territorio. La motivación que acostumbra a justificar la actuación pública es el interés común, pero sin olvidar que en cada intervención concreta existen también intereses sectoriales y particulares. Las claves de los conflictos acostumbran a establecerse en los puntos de contraste entre los intereses de cada actor y los intereses comunes (definidos colectivamente a partir de concepciones compartidas del problema).

La lógica de la movilización colectiva es tanto la cooperación como la competencia entre actores y personas. Cada actor busca defender su propio interés, pero también trata de «trabajar» y argumentar desde los intereses comunes, y se mueve por lo tanto en terrenos que exigen lealtad entre estas personas y actores, lo que exige también que se garanticen las decisiones cuando son asumidas de manera colectiva. La

información de que se dispone para decidir es muchas veces ambigua, incompleta, llena de opiniones y posiciones sesgadas, y no es del todo raro que encontremos informaciones o argumentaciones que podemos calificar de estratégicamente manipuladas. Las bases de un cambio, de una modificación del status quo, son las ideas, la persuasión, las alianzas entre actores. Y lógicamente, la voluntad de ejercer poder, de conseguir el propio bienestar y el bienestar colectivo.

Entendemos que estos criterios conceptuales son notablemente distintos de los que todos conocemos con relación a cómo se presupone que funciona el mercado, o cómo el orden jurídico formal nos presenta los procesos decisorios. Desde la perspectiva aquí adoptada, entendemos que la definición del problema que da lugar o desencadena la política es una fase crucial. No podemos confundir el definir un problema presente en un territorio con la simple descripción de una situación que no nos gusta y que se desea cambiar.

Hace unos cuantos años, el almacenaje de los residuos urbanos y domésticos de una determinada comarca del país no suponía un «problema público», en el sentido que cada ayuntamiento se espabilaba para arreglárselas como buenamente podía o entendía. Era simplemente «un efecto no deseado del consumo», que había ido creciendo a medida que la gente aprovechaba menos los desechos, y que crecía el uso de los embalajes y contenedores no reciclables. En un campo sectorial muy diferente, deberíamos recordar que también, hasta hace solo unos años, temas como las pensiones o la regulación de las adopciones de niños no se consideraban temas merecedores de la intervención pública. En nuestra actual forma de entender la sociedad, los poderes públicos han de actuar de manera diferente a como lo hacían en relación con los desechos urbanos, puesto que normativamente se considera la defensa del medio ambiente y su sostenibilidad un tema prioritario y que requiere una especial protección. Pero si nos limitamos a señalar la distancia que existe entre lo que debería ser (eliminación de los residuos no reciclables) y lo que acontece (toneladas de residuos no reciclables), esto no nos ayuda demasiado a definir la política que hay que seguir.

Una política necesita una definición del problema más operativa, que de alguna manera indique el camino que hay que recorrer entre la situación de partida no deseada y una situación que, sin ser la óptima (el «no problema»), sea claramente mejor que la que originó la percepción de la situación como problemática. En otro contexto, tampoco podemos simplemente señalar que sería conveniente, desde un punto de vista sanitario o de convivencia colectiva, que se acabara con el uso de sustancias tóxicas como el tabaco. La realidad nos indica que muchos ciudadanos consideran natural y propio de su libertad de elección ese tipo de consumo. Las políticas que se han impulsado para reducir y tendencialmente eliminar estas conductas han partido no tanto de lo deseable, como desde lo que era en aquel momento posible. La cuestión clave reside siempre en cómo definir e impulsar políticas y medidas que vayan en el sentido deseado y que reúnan el máximo consenso social para conseguir su viabilidad, ampliando los apoyos de individuos y grupos sociales conscientes de lo que debe hacerse, y reduciendo y restringiendo la capacidad de maniobra y de alianza de los actores que tratan de mantener las cosas tal y como están.

Si seguimos con el ejemplo de los residuos domésticos, la cosa se complica cuando nos damos cuenta que cada actor implicado en la situación indeseada de depósi-

tos no controlados tiene definiciones del problema diferentes y contradictorias. Unos opinan que el problema principal es la forma como las empresas producen y ofrecen sus productos, y que es absurdo trabajar sólo «al final de la cañería» y no centrarse en el punto de partida o de origen del problema. Otros creen que el tema central es la poca sensibilidad y educación ambiental de la gente, que no colabora en la reducción de esta clase de residuos. Mientras, algunos entienden que es la Administración la principal responsable, puesto que lo que debería hacerse es simplemente prohibir la fabricación de ciertos productos y obligar a todo el mundo a seguir la norma establecida. Desde visiones diferentes, hay quienes creen que es la recogida de residuos la que genera problemas, puesto que si se hiciera la recogida puerta a puerta y diferenciando tipo de residuos, las cosas irían mejor. También los hay que defienden que lo que se necesitan son incentivos y desincentivos económicos para conseguir cambios en la industria y en la actuación de la gente, grabando especialmente aquellos productos más peligrosos o distorsionadores, o haciendo pagar más a los ciudadanos que más residuos generen.

En el momento de decidir qué hacer, el decisor de la política sabe con qué recursos cuenta, cuál es la correlación de fuerzas existentes, y por mucho que sepa que existen muchas causas y elementos que confluyen en el caso, acaba por definir el problema desde las limitaciones en las cuales opera, y desde la conciencia de la capacidad de influencia y presión del resto de los actores que rodean el escenario de la producción de residuos. Y esto le puede llevar a una concepción restringida del problema, como es la recogida selectiva y el almacenaje de los residuos no reciclables. Así despliega contenedores, normas de reciclaje, crea plantas de selección y construye «ecoparks», y busca emplazamientos para depósitos controlados en los que almacenar la fracción no reciclable, aun cuando sea consciente de los otros muchos elementos que convergen en la situación.

En muchos casos, estos otros elementos dependen de otras esferas de gobierno, y también de departamentos o agencias especializadas. Por ejemplo, para eliminar o reducir decisivamente la gran cantidad de envases de agua de boca que se generan, sería necesario conseguir que las autoridades correspondientes trabajasen para mejorar la calidad organoléptica del agua distribuida por la red, y reducir así la compra de la ya envasada. Pero todos somos conscientes de que mucha gente se gana la vida en actividades medioambientalmente inadecuadas, y que la gente quiere respeto y respeto del medio ambiente, pero también quiere puestos de trabajo y aprovechar las facilidades en el consumo, y por tanto no es fácil entender como «una mejora» el tener que ir a buscar el pan con una bolsa desde casa u optar por los envases de vidrio y su retorno posterior en vez de seguir usando las latas, aparentemente cómodas y poco problemáticas.

En el escenario de las políticas públicas, podríamos afirmar que lo que se acabe haciendo o no haciendo no debe ser considerado muchas veces la solución racional u óptima, sino simplemente la definición de problema que ha resultado triunfante en el debate público entre actores y sus definiciones de problema. Esta decisión tampoco indica un final del debate, puesto que los actores «perdedores» tratarán de evitar que la decisión adoptada oficialmente se ejecute en la práctica, o harán campaña para demostrar que esta opción es errónea y conseguir que se revise.

Desde la perspectiva del análisis de políticas no se considera que la lista de problemas que la gente considera más urgentes, o que figuran en la agenda de los poderes públicos, sean necesariamente los más perentorios o graves. Se considera que cada actor trata de impulsar sus puntos de vista y presiona para que un tema sea objeto de atención (o al contrario, trata de evitar que sea percibido como problema por la población).

Muchas veces se utiliza o se genera lo que, en el argot del *policy analysis*, se denomina una «ventana de oportunidad»: se aprovecha que se dan a conocer y tienen publicidad unos hechos que van en la línea deseada, y se presentan alternativas que pueden ser positivas para este actor o conjunto de actores. Puede asimismo crearse esta ventana. Recordemos la cuidadosa preparación de la muerte del parapléjico Ramón Sampredo por parte de los partidarios de una regulación inmediata de la eutanasia, para desencadenar un debate social sobre el tema. A veces, la concatenación de problemas y noticias sobre un ámbito de intervención de las políticas públicas se aprovecha para presentar alternativas que estaban «a punto» desde hacía tiempo, y si esta «ventana de oportunidad» es recogida por algún «empresario» político, podría producirse un cambio significativo en las políticas. Se trata de una asociación de hechos que posibilita la oportunidad: a partir de ellos se plantea una nueva posibilidad para que se adopten decisiones. Y esta oportunidad puede o no ser aprovechada por los actores que tratan de impulsar su resolución, mientras que tratará de ser bloqueada por parte de quienes consideran lesiva a sus intereses tal modificación de la situación.

Es necesario saber relacionar mejor los problemas y las políticas de respuesta con la forma de operar de los políticos, y con las instancias y los recursos de poder. Toda la teorización que se ha hecho sobre la formación de la agenda de intervención de los poderes públicos nos habla de la necesidad de conectar adecuadamente la voluntad política de actuar de alguna institución con una solución (surgida del debate existente de cómo resolver una situación problemática) y un problema (un tema que por las razones que sea ha irrumpido en la agenda social, es decir, lo que en aquel preciso momento atrae las miradas de la gente y de los medios de comunicación). Una buena idea en un mal momento no sirve de mucho. La lógica democrática exige a los políticos, como expresión de la legitimidad social que su representatividad les otorga, que estén mucho más interesados en encontrar soluciones socialmente posibles, que aquellas otras que sean técnicamente inmejorables, pero de muy difícil puesta en marcha.

¿CÓMO HACER ACTUACIONES EN EL TERRITORIO ASUMIENDO LA INCERTIDUMBRE Y BUSCANDO ALTERNATIVAS POSIBLES?

Seguramente, la mejor manera de enfocar las perspectivas de cambio en las intervenciones en el territorio sería partir de un cierto escepticismo. La manera de responder a la complejidad de actores, perspectivas e intereses presentes en el territorio no es incrementando las especializaciones y las fragmentaciones. La especialización crea lo que podríamos denominar «pseudocerteza». Si diseccionas el problema en dife-

rentes componentes y pides a distintos especialistas que busquen alternativas o, ante un escenario demasiado concurrido de actores, decides reunirlos por separado para tratar de desencallar el tema, aparentemente estarás avanzando con mayor celeridad, pero al final te encontrarás con el inconveniente no menor de ensamblar perspectivas, aproximaciones e intereses, sin haber aún construido espacios comunes de interacción entre los actores afectados, que les hagan dar cuenta de la complejidad general del tema.

¿Cómo trabajar desde la variabilidad y la complejidad? Seguramente solo se puede hacer incorporando los principios de la descentralización, de la redundancia y del reconocimiento de la diversidad. Cada uno de estos elementos nos debería dar más capacidad de aceptación de la variabilidad que forzosamente acompaña cada proceso específico de intervención en el territorio. La descentralización nos proporciona más capacidad de respuesta a situaciones específicas. La redundancia evita la idea que solo hay una manera correcta de hacer las cosas, y genera controles cruzados de actores y propuestas. Y la diversidad nos proporciona más opciones y más espacio para decidir.

De alguna manera, esta forma de proceder nos «vacuna» contra la incertidumbre, puesto que de hecho incorpora esta incertidumbre en el propio proceso decisorio. Nos hace partir de un cierto escepticismo sobre la existencia de soluciones posibles, pero, en cambio, nos asegura que estas alternativas surgirán. Por otra parte, y esto es sumamente importante, comporta la incorporación de las dinámicas participativas en los procesos decisionales. Alienta la multiplicidad de aproximaciones, respeta las diferencias y usa el conflicto como mecanismo de innovación en los procesos decisivos públicos.

La acumulación de experiencias y su sistematización nos ayuda también a aprender haciendo, alentando respuestas que se adapten a circunstancias cambiantes. Todo lo que vamos diciendo no implica que no se pueda planificar desde los poderes públicos, o que no se pueda trabajar en la búsqueda de medios técnicos que se consideren adecuados para determinadas intervenciones en el territorio. Planificación y descentralización, o planificación y participación, no tienen por qué ser vistos como contradictorios. Los poderes públicos deben ejercer sus responsabilidades que derivan de la legitimidad general que les siguen confiriendo los mecanismos de democracia representativa. Pero la proximidad y la participación pueden ser instrumentos muy poderosos, tanto para mejorar el proceso como en relación con los contenidos o los resultados de la intervención que se quiere implementar.

Se viene discutiendo mucho últimamente en España sobre la denominada «cultura del no». Y con esa expresión se ha querido estigmatizar a aquellos que defendían sus puntos de vista, sus concepciones sobre qué hacía falta entender como «desarrollo territorial», y su rechazo a decisiones que entendían hechas sin ninguna consideración por los escenarios y los contextos locales. Y se ha presentado a estos grupos como personas «negativas», o solo defensoras de los intereses particulares, cuando lo que estaba en juego eran los intereses generales. Y, en cambio, lo que muchas veces encontramos detrás de esos conflictos son incomprensiones locales frente a decisiones vistas como prepotentes, jerárquicas, tecnocráticas e indiferentes en relación con las realidades locales.

Cuando se habla de pasar del «aquí no» al «así sí», se quiere poner de relieve que es posible encontrar maneras de intervenir en el territorio que respeten las atribuciones y los roles de los poderes públicos legitimados para intervenir, y las ideas, los valores y las percepciones de los actores que viven y trabajan en aquel territorio, y que lo valoran y lo sienten como suyo. Y que, en definitiva, esta interacción no debe ser vista como un estorbo más de un proceso ya de por sí complicado, sino una oportunidad de mejora y de garantía en relación con la posterior implementación de las decisiones que se tomen.

En este sentido, la creciente interacción de los movimientos en defensa del territorio y los núcleos de profesionales y expertos ha ido generando una capacidad propositiva de la que ya tenemos prueba en muchos puntos del país y que en buena parte está construyendo lo que ya se denomina «una nueva cultura del territorio».

Por otra parte, desde algunas instancias del Gobierno y desde algunas direcciones generales de participación creadas, se han impulsado debates y reflexiones bastante bien asentados sobre el papel de la participación, sus ventajas y sus límites en la planificación territorial, y en algunos casos se ha puesto de relieve las ventajas de la participación ciudadana en complejos procesos de instalación de centros penitenciarios o en complejos conflictos relacionados con la gestión del agua. Se puede comprobar, así, que los procesos participativos impulsados han ido consiguiendo dinámicas que, sin evitar el conflicto, lo han canalizado y han favorecido la incorporación de aportaciones positivas al propio proyecto, gracias a las dinámicas emprendidas en cada territorio afectado.

Si recuperamos la tabla 4.1 con la que empezábamos estas reflexiones y tratamos de ver nuevas perspectivas a partir de lo que ya hemos comentado (tabla 4.2), po-

Tabla 4.2 Tipos de problemas públicos y situaciones de planificación e intervención en el territorio

Instrumentos, medios	Objetivos Claros, compartidos	Poco claros, no compartidos
Conocidos	Planes estandarizados previsibles, aproximaciones «de experto» (- participación necesaria)	Aproximaciones facilitadoras, negociadoras (+ participación necesaria)
No conocidos	Procesos innovadores, pragmáticos, experimentales (+ participación necesaria)	Aprendizaje social, construcción colectiva de problemas y soluciones (++) participación necesaria)

Fuente: elaboración propia a partir de Thompson, J. D. y Tuden, A.: *Comparative Studies in Administration*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1959.

demos encontrar diferentes situaciones que pueden requerir más o menos dosis de apertura y de dinámicas de implicación y participación social en los procesos de intervención en el territorio.

No tenemos aquí espacio suficiente para desarrollar cada una de estas situaciones, pero es fácil constatar que cada vez son menos frecuentes aquéllas en las que existe un gran consenso sobre los objetivos que se quieren lograr mediante las acciones que se pueden emprender (entre otras cosas, sabemos que existen marcos cognitivos muy diferentes en relación con lo que se ha de entender como desarrollo y crecimiento...). Y la propia dinámica de avance del conocimiento y de la concepción pluralista del mismo tiende también a no aceptar fácilmente los instrumentos técnicos o los medios que hay que emplear como elementos exentos de debate. Esto no quiere decir que siempre estemos en la casilla «no acuerdo en los objetivos, no acuerdo en los medios», pero sí es cierto que la frecuencia con la que nos encontramos en situaciones que podemos caracterizar como tales es notable. En estos casos, es necesario encontrar un cierto «orden» en la línea de ponernos de acuerdo sobre qué problema estamos tratando, y ésta será la primera tarea del planificador.

De esta manera puede irnos acercando a espacios o situaciones mucho más gestionables, como sería la que expresa el recuadro de «acuerdo en los objetivos, medios no conocidos». Podríamos incluso no estar de acuerdo del todo con la definición del problema, puesto que esto podría implicar un debate sobre valores e ideas que acabaría quizá convirtiéndose en paralizante, pero sí se puede avanzar en las opciones que tenemos para mejorar la situación de partida de manera compartida.

Podemos pues planificar las intervenciones en el territorio, desde las posiciones y los roles que tengan la legitimidad para hacerlo, explicitando los puntos de partida, y aceptando la variabilidad y la incertidumbre como elementos naturales propios de sociedades plurales que aceptan el conflicto como una palanca de cambio y no como un estorbo paralizante. Y para ello hace falta acercarse a las variables territoriales, desde el máximo consenso posible con entidades y grupos que tengan visiones globales del territorio, y aceptando que en cada lugar concreto y en cada perspectiva de intervención se entrecruzan muchas instancias de los diferentes gobiernos, y que por lo tanto, como ya hemos dicho, es necesario evitar visiones segmentadas y jerárquicas.

A MODO DE CONCLUSIÓN. LA INTERVENCIÓN EN EL TERRITORIO COMO PROCESO POLÍTICO

Los elementos de fondo que han guiado los comentarios que hemos hecho hasta ahora son relativamente simples. Desde el punto de vista expresado, todo proceso de intervención pública, toda política pública es, básicamente, un proceso político. Proceso que tiene como base el encontrar formas de racionalidad colectiva que nos permitan actuar en un marco que por definición es plural, conflictivo y lleno de diferentes ideas sobre cada situación social que requiere respuesta y a la que es necesario hacer frente. Para entender cómo funciona la acción pública es necesario entender cómo funciona la dinámica política (y no confundirla con la dinámica institucional).

Los decisores públicos se ven obligados a moverse y encontrar salida a los problemas del escenario social, y no pueden ni quieren limitarse a actuar en el espacio científico o tecnológico. Buscan, buscamos, formas de acción colectiva que sean lo más legítimas posibles, y esto nos obliga a salir de la aparente comodidad de las certezas predeterminadas, para ir construyendo combinaciones viables de análisis y convicciones socialmente compartidas. De hecho, así funcionan las cosas ahora y aquí. Pero muchas veces nos empeñamos en explicar lo que pasa desde perspectivas más normativas que positivas. Todos tenemos una predisposición natural a evitar incertidumbres, y por lo tanto tendemos a postular y a esperar actuaciones guiadas por la previsibilidad. Pero los gobiernos han incorporado la incertidumbre a sus formas de acción y buscan mecanismos para acomodarse. Así, se lanzan prepropuestas para ver la reacción que generan, se diseñan programas que implican la incorporación voluntaria de otras instancias de gobierno o de actores a quienes se incentiva mediante fondos, se crean «grupos ad hoc» para superar las contradicciones entre departamentos gubernamentales o entre esferas de gobierno, se potencian «mesas» no institucionales para facilitar la negociación, etcétera. En definitiva, hemos de concluir que, si bien la incertidumbre muchas veces genera problemas, es también el camino para su resolución colectiva. Y, en este sentido, a través de los procesos participativos, todos los actores acostumbran a entender mejor la complejidad como algo inherente a todo proceso decisorio público, y no como una anomalía que hay que superar.



5

Ingurumena eta demokrazia / Demokrazia ambiental

Iñaki Bárcena y Jone Martínez

SARRERA

NAHIZ ETA INGURUMEN AFERAK DEMOKRAZIA SISTEMA- PROZESUARI ERRONKA anitz ezartzen dizkion, alegia, ekofaxismotik urrunduta eta ingurumen malgutasuna saihestu, ez dira ingurumena eta demokrazia elkarlotzen dituzten analisi akademiko asko (Lafferty eta Meadowcroft, 1996-renak besteak beste).

Orobat, aldagai nagusi horiek biak errealitatean harremantzen dituzten prozesu gisa aurkezten zaizkigu sozio-ingurumen gatazkak. Hurrengo artikuluan, Euskal Herria marko espaziala hartuta, prozesu hauen dimentsio kuantitatiboa eta kualitatiboa aurkeztuko dugu demokraziaren kalitatearen indikatzaile gisa. Dimentsio kuantitatiboak, sozio-ingurumen gatazken kopuruarekin arduratuko da, alegia, gatazken kopuruaren progresioarekin. Kualitatiboa, berriz, izaera bikoitza du; batetik sozio ingurumen gatazkei administratibotik ematen zaien erantzunaren kalitateari eginen dio erreferentzia (parte hartzailea, ez parte hartzailea); bestetik, gizarte zibillean dauden agente sozialek sortzen duten erantzun mobilizatzailea izanen du kontuan.

Finean, artikulua honekin bilatzen duguna, izaera bikoitzeko helburu batekin laburbil genezake: demokrazia eta ingurumenaren arteko harremanak agerian ustea eta Euskal Herria esparru territorialtzat hartuta harreman horien dimentsio kuantitatibo eta kualitatiboa aurkeztea.

DEMOKRAZIA ETA INGURUMENAREN KRISIAZ ETA GATAZKAZ, LAU TESI

Krisia dugu gaur egungo modazko hitz arrunta, edonon erabilia. Gehienetan krisia erabiltzen da hazkunde ekonomikoaren krisia nabarmentzeko baina ingurumen ikuspuntu soil batetik, agian krisi ekonomiko horrek naturarekiko errespetua handitzea ekar lezakeen. Demokrazia eta demokratizazio prozesuen krisia ere nabaritu daiteke gure artean. Horregatik ingurumena eta demokraziaren arteko krisiaz eta gatazkaz

hitz egitera bagoaz, gure analisisen ildoazaltzeko moduan lau tesi edo proposamen eztabaidagarriak plazaratuko ditugu, bi kontzeptuen arteko harremanak nola ulertzen ditugun argitzeko asmoz.

1. Lehengo tesia: Demokrazia eredu desberdinak daude, baina demokrazia parte-hartzailearen eskutik arazo politikoak bideratzeko, ekologikoak barne, jarduera egoki bat ere sumatzen dugu.

Demokraziaren funtsari erreparatzen badiogu, erakuntza politikotik harago, izaera edo jarduera bat dugu, jarrera politiko bat arazo politikoak bideratzeko non eskuzabaltasuna eta askatasunak —pluralean— erreferenteak diren eta berdintasuna eta dibertsitatea helburu nagusitzat jotzen diren. Modu berean, sistema politiko demokratiko batean horizontaltasuna eta bake-bideak, hierarkiak eta errepresioaren gaitetik agertzen dira. Demokraziak, gure ustez, menperatzearen logikari ezetza ematen dio eta horrela erregimen demokratikoetan eztabaida eta arazo politiko eta sozialen konponbideetan ez dago alde aurretiko jakintzarik, arrazoirik, botererik, aginterik edo legitimaziorik. Ez dago ministroari, alkateari, apaiza edo zientzialariari lehentasun edo berebiziko legitimitaterik ematen dion legerik, legitimazio hori eztabaida eta deliberazio librean kontrastatu behar baita. Gainera, demokrazian norbanakoa eta taldearen arteko oreka bilatzen da, eskubide partikularrak eta kolektiboak orekatuz, autonomia eta kontrola antolatuz.

Hauk sistema politiko demokratikoaren balioak eta ezaugarri idealak badira, ezin dugu ukatu eredu demokratiko desberdinak teorizatu direnik, ondoko laukian adierazten den moduan.

Eskema hori jarraituz, lau eredu kontrajarriak sailkatu daitezke, non demokraziaren oinarri desberdinak agertzen diren eta desberdinak dira ere gobernuak bete behar dituen funtzioak eta hiritarrei marrazten zaien ofizio politikoa. Gure aburuz, demokrazia parte-hartzailea, hiritar libre, aktibo eta berdinen errepublikak, beste ereduak baino, aukerak eta baldintza hobekoak ematen ditu, egungo krisi ekologikoa gainditzeko apustuan.

2. Bigarren tesia: Demokraziaren eta ingurumen krisiak batera aztertu daitezke, demokratizazio prozesu luzearen atal bat bezala, azken batean naturarekiko harremanak eta gizakien arteko botere harremanak separaezinak baitira.

Krisi ekologikoak demokratizazio prozesuaren porrotaren isla da. Duela zenbait mende Ipar Europako hiri hanseatikoetako sarbidean irakur bazitekeen, «Stadt Luft macht frei» hiriaren aireak libre egiten zituela hiritarrak, gaur Alemaniako ekologistek diote, Stadt Luft macht krank!, hau da, hiriaren aireak gaixotu egiten gaituela. Hor datza diferentzia. Mila adibide topa dezakegu ingurumen arazoak, arazo demokratikotzat jotzeko. Bai energia eta errekurso naturalen eskuratze prozesuetan zein komunak diren Lur planetaren atmosfera edo ozeanoen zerbitzuen erabileran. Egia bada ere azken hamarkadetan, ugari dira globalizazio kapitalistaren izenean egindako zabal-kuntza eta hedatze prozesuak demokraziaren izenean egin direla, ez dira gutxi esportatu eta inposatutako erregimen demokratiko berrien akatsak.

Gure artean ere, Euskal Herrian, agerikoa da sistema demokratiko eta Zuzenbide Estatuaren egoera larria, askatasun eta eskubide demokratikoen ezabaketa eta urrake-

ta eguneroko ogia baitugu. Kontzentzuaren bilaketa zaildu egiten da, eta instituzio zein kaleetatik gatazkaren fruituen bila agertzen dira eragile politiko arerioak.

Ingurumen arazoetara soilik mugatzen bagara ere, gure artean gatazkaren kultura politikoa da nagusi. Ingurumen gatazkak nonahi egonik, kultura politiko berriaren dema sortu zaigu. Gizartean dagoen antagonismoa onartu eta disensoaren ezagutza eta biderakuntza esleitu. Hor daukagu, demokrazia eta ingurumenaren krisi bikoitzari heltzeko erronka.

3. Hirugarrena: Demokrazia ez da baldintza nahikorik ekosistemen sustengarritasunerako baina, ingurumen arazoak, arazo politikoak kontsideratuz, soluziobide eta planteamendu egokietara hurbil gaitezke.

Prozesu demokratikoak eta ekosistemen funtzionamendua, logika eta tempus desberdinekin mugitzen dira. Dena den, ingurumen demokraziaren errebindikazioa egiten dituzten autoreek (Lafferty, Dryzek, Dobson, Barry, Manzini) sustengarritasunerako politikak demokraziaren bizkortze eta sendotzearekin lotzen dute.

Ekofaxismoaren arriskua agerian dugu eta dinamika global zein tokiko dinamikean, demokraziari uko eginez, krisialdi ekologikotik irteteko soluziobide injustuak ari dira inposatzen. Ekologismo politikoak, hain zuzen, arazo ekologikoen irakurketa politikoa egin nahi du, ambientalismoa eta azalezko ingurumen politika leunak (soft sustainability) kritikatu. Aldaketa klimatiko globalean edota tokiko politika energetikoetan zein zarama politiketan, demokraziaren indartzea etor liteke ala endekatzea baita ere. Arazo ekologikoak dimentsio politikoan aztertuz gero, demokraziaren tresna aberasgarriak aurki daitezke eta horrela bi aztergai horiek osagarritasun konplexu batean murgiltzen dira.

4. Laugarrena: Printzipioz, ekologistak ez dira beste eragile politiko edo sozial baino demokratagoak, baina ekarpen demokratikoak ezin zaizkie ukatu.

Asko dira ekologismoari atxekitzen zaizkion akats politikoak eta bere baitan makina bat korrante ideologiko eta praktika ekosozial lar desberdinak ezagutzen ditugu. Hori onartuz gero, ezin dira ekologismoaren ekarpen demokratikoak ezereztatu. Gizarte mugimenduen dinamikek ezagutza, informazioa eta alternatiba berriak sortu dituzte eta ez dira gutxi ere gobernu, intsutzio publiko eta enpresa transnazioaletatik eragile aktibistei lapurtu edo kopiatu egin zaizkien diskurtso eta proposamenak.

Argi dago natura defenditzearen, ezin zaiola inori arrazoirik eman. Baina kanpaina publikoetan, deliberazio prozesuetan eta iritzien kontrajartze librean ekologismoaren ikuspuntuak gero eta indar gehiago ari dira hartzen, gure gizartean. Agian interes ekonomiko eta botere grinetatik at kokatzen direlako maiz. Optimismo teknologikoaren politikak eta hazkundearen dinamikak krisian ditugu eta biomimesis edo naturaren portaerak jarraitzeko zorian gabilta. Norabide berri horiek modu inperatibo edo diktatorial baten hartu behar zirela esan digute zientzialari sozial eta esperimenter batzuek ere, baina horrek beste krisi sozial eta politiko sakon batetara eramaten gaitu. Berdintasunaren ukazioa eta eskubide politikoen alboratzearekin gizakien arteko borroka ez dira inoiz gutxitu edo baretuko. Aldiz, ekosistemekiko eta pertsonen arteko harremani erreparatuz, terapia demokratiko batekin erantzuten badiogu, egokitasunaren bidetik ari gara mugitzen bi alorretan batera. Hor datza ingurumen demokraziaren birtutea.

SOZIO INGURUMEN GATAZKAK TRANSFORMAZIORAKO AUKERA GISA

Gatazka, esanahi estatikotik alde egiten duen kontzeptua da. Esanahi aldakorra duen honek prozesu konsultantzial bezala ulertzen dugu. Gatazka aldagai desberdinek zehazten dute, alegia, testuinguru politikoak jasotzen dituen aldaketak, aktoreen helburuen transformazioa eta abar. Aldagai horien guztien elkarrekintza diferentek erantzun edo output desberdinak sor ditzake, horregatik erantzun anizkuntzako prozesua dela diogu.

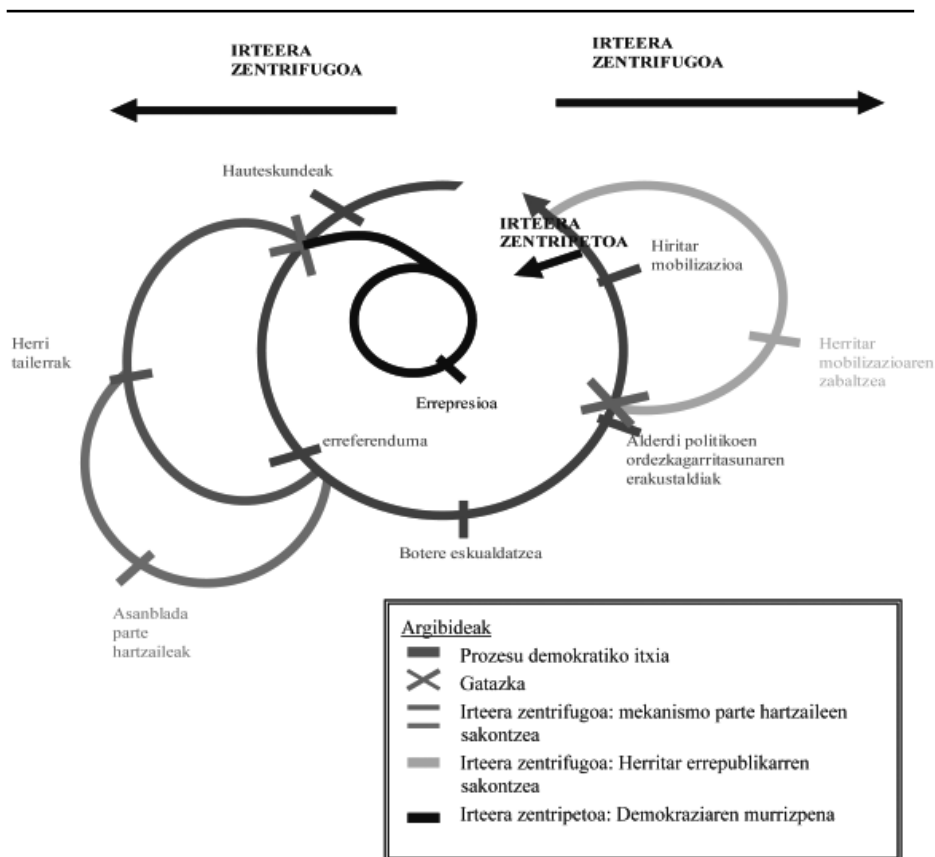
Horrekin guztiarekin eta ildo konstruktibistak gatazkaz adierazten duenarekin bat eginez, sozio ingurumen gatazkak, ingurumen aferan dauden interes edo iritzi pluralen existentziaren egikaritzea da. Gatazka ez da irrazionalki bere bortza puntu gorenera (gerratera) eramane behar Diredot eta Paybek zioten bezala baina ez da ezkutatu edo saihestu beharreko prozesua. Konfliktua transformaziorako Aukera Politikoaren Estrukturaren (aurrerantzean APE) irekitze bat suposatzen du (Tarrow, 1994). Aktore guztien parte hartzerako abagunea da. Pluraltasunaren existentzia eta honen onarpena eta kogestiorako markoa sortzen du. Demokraziaren sendotzeko abagunea da gatazka, alegia, erabakitze eta antolatze estrategien transformaziorako parada.

Gure ustez, demokrazia ordezkatailearen ereduak prozesu demokratiko itxia sortzen du. Herritar eta ordezkarien arteko elkarguneak aurretik mugatuta, alegia, urtero hauteskundeak, noizean behin erreferenduma, botere eskualdatze eta honen pluralismoaren zenbait erakustaldi konkretu, e.a. ziklo itxi horretan gatazkek, oro har, eta sozio ingurumen gatazkek zehazki, haustura bat suposatzen dute. Lehen esan bezala pluralismoaren erakustaldi eta zentsu horretan beste demokraziaren ibilbideetan sakontzeko adarrak jorrazteko abagunea da. Mekanismo parte hartzaileak sortzeko eta herritarren parte hartzea bultzatzeko, demokrazia saretzeko eta sakontzeko, zoriz, ibilbide demokratikoaren sakontasuna eraikitzeko. Honi, irteera demokratikoa edo demokrazia prozesuaren irteera zentrifugoa deritzogu. Baina kontrako inpultsoa ere sor dezakete gatazkek, alegia, demokraziaren sakontzea mekanismo parte hartzaileen bidez albo batera utzi eta Estatua eta botere faktikoen izaera errepresiboa sakonduz esparru demokratikoa itxiz, honen eredu argia diskurtso ekofaxistak usten digu. Honi irteera autoritarioa edo irteera zentripetoa deritzogu (Ikusi 5.1 ESKEMA).

SOZIO INGURUMEN GATAZKEI HURBILKETA KUANTITATIBOA

Sozio- ingurumen gatazken gorakada bat sumatu izan da azken hamarkadetan (1990tik), zeinen oinarria, ingurumen politika publiko baten inplementazioarekin zerikusia dutela (Crespo, 1999: 1). Datu enpirikoek ere horrela azaltzen dute. Nahiz eta dakigun gatazka eta protesta adiera desberdina dutela¹, esatekoa da TEA infor-

1. Gatazka, Mc Adam, Tilly eta Tarrow-i jarraikiz, «aldarrikatzaileen eta euren objektuen artean ematen den Elkarrekintza episodiko publikoa da» honetan «gobernu batek aldarrikatzaileetako bat da, eta aldarrikapenen alde da» gainera «aldarrikapenak, egikarituak izatekotan aldarrikatzaile

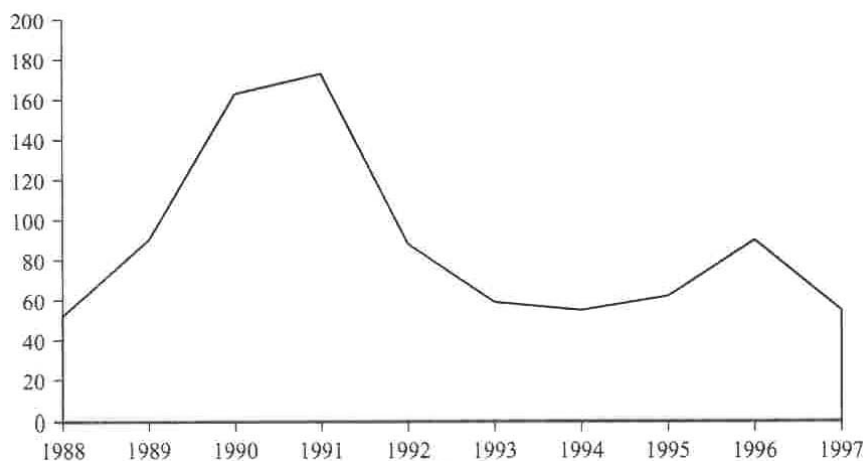


Fuente: publikatu gabe. DEA. Jone Martínez Palacios.

5.1 ESKEMA. Gatazkak eta demokraziaren demokratizazioa duten harremana

meak (Transformation of Environmental Activism) 887 protesta kontabilizatu zuela Euskal Herrian 1990tik 1996ra (Barcena, Ibarra, Guarrotxena eta Torre, 2003: 200). Hurrengo grafikoan antzeman daitekeenez 1988tik 1997ra EH-an sortutako sozio ingurumen protestak 60- tik gorakoak ziren urtero (Ikusi 5.1.A GRAFIKA).

baten interesak hunkitzen ditu» (Mc Adam, Tarrow eta Tilly, 2005: 5) aktoreak, izaera iraunkorra eta definitua daukate, aldeak argi eta garbi bereizi daitekeelarik. Konfrontazio jarrera ekintza transgresiboetan egikaritzen da. Protestan berriz, aktoreak ez dira erabat defingarriak, kutsu aldakorra eta lurrunkorra daukate. Protestetan erabiltzen diren ekintza ereduak konfrontazio maila baxuagoa dute. Beraz, ondoriozta daiteke gatazka guztiak direla protesta baina ez protesta guztiak gatazka.



Fuente: Barcena, Ibarra, Guarrotxena eta Torre, 2003: 201.

5.1.A GRAFIKA. 1988tik 1997ra ingurumen protestak Euskal Herrian

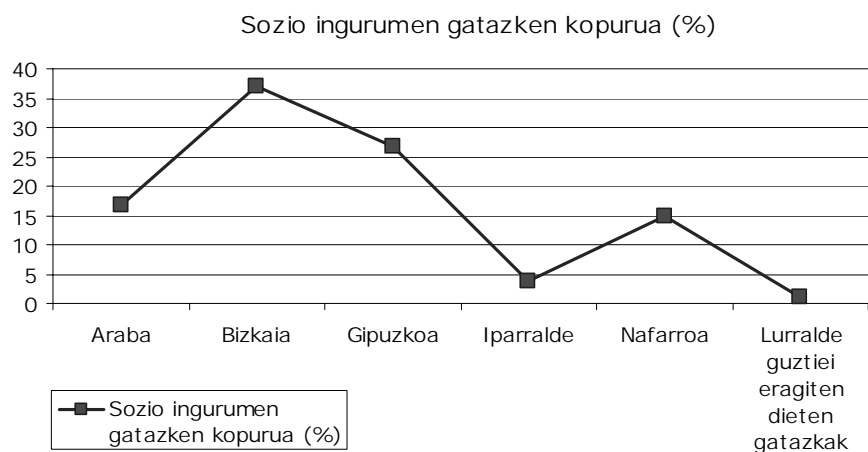
Bere aldetik, Euskal Herria lagin hartuta eta aurrera eramandako kanpo lana aztertuta (2000 eta 2007. urteen artean emandako sozio ingurumen gatazken inbentarioa, hain zuzen ere²), ondorengo datuak lortu ditugu: 2000 eta 2007 urteren artean 108 sozio ingurumen gatazkak aurkitu ditugu. 5.1.B GRAFIKOAN antzematen den moduan, Bizkaia dugu sozio ingurumen gatazka gehien jaso dituen lurraldeak (%37,04). Honi jarraituz, Gipuzkoako Lurralde Historikoa aurkezten zaigu, izan ere, azken bi hamarkadetan (1980- 2000) hiri hondakin gordinen gestiorako azpiegiturak planifikatu baitira, hots, errauskailuak, hiri- zabortegiak, e.a. eta hauei guztiei gizarte zibiletik emandako erantzun soziala protesta indarrean egikaritu da. Gure ikerketan lortutako datuei jarraikiz, Araba dugu sozio ingurumen gatazka gehien duen hirugarren lurraldea. Gatazken izaerari so, beste tendentzia bat jarraitzen dute hauek Araban, izan ere, bai Bizkaian, bai Gipuzkoan, bai Nafarroan hondakin, garraio azpiegiturek, energia eta urbanismoaren hazkundeak dira protesta eta gatazken iturburua. Araban berriz, energiaren produkzioarako azpiegiturek (nuklearra eta eolikoa) eta ur-

2. Parte Hartuz, UPV- EHU-ko Ikerketa taldeak «Generoa, sustengarritasuna, kultura eta parte hartzea» azterlanaren ildotik, 2000 eta 2007 urteen artean Euskal Herrian jasotako sozio- ingurumen gatazken inbentarioa sortu du. Gatazken zerrenda sortzeko, metodologikoki, aktore sozial desberdinei gauzatutako sakoneko elkarrizketetan, bigarren mailako iturrien azterketan eta lehen mailako dokumentazioetan oinarritu izan da ikerketa taldea (Ibarra, P; Bergantiños, N. y Martínez, J. (eds.), 2011).

5.1.B TAULA. 2000 eta 2007. urteen arteko sozio ingurumen gatazkak Euskal Herrian

Lurraldea	Sozio Ingurumen gatazken kopurua	Sozio ingurumen gatazken kopurua (%)
Bizkaia	40	37,04
Gipuzkoa	29	26,85
Araba	18	16,67
Nafarroa	16	14,81
Iparralde	4	3,7
Lurralde guztiei eragiten dieten gatazkak	1	1
Guztira	108	100

Source: Jessop (2007): 139



Fuente: egileek beraiek egin.

5.1.B GRAFIKOA. 2000 eta 2007. Urteen arteko sozio ingurumen gatazkak Euskal Herrian

banismoaren gorakadak (Golf zelaien sorrera) azaltzen zaizkigu gatazkagai nagusi, garraio azpiegiturak eta hondakinen kudeaketarako oinagiturak baztertuz. Finean, eta gatazkakortasun maila gutxiagorekin, Nafarroa eta Iparralde ditugu; hauek ere, gatazken iturburu garraio oinagituren, energia produkzio eta hondakinen kudeaketa-

rako sortzen diren proiektuen inguruan aurkezten dira. Azkenik, bada lurralde guztiei eragiten dien makro- proiektu gatazkatsua, hots, Abiadura Handiko Trena. Nahiz eta gatazka bat bakarra balitz kontabilizatu dugun, argitzekoa da lurraldez lurraldeko protestak sortu direla 1990. hamarkadatik, egia bada ere 2000. urtetik inpaktu mediatiko handiagoa lortu dutela.

Argi dago, sozio ingurumen gatazken kopurua eten ezik gora egin duela azken boladan eta etorkizunean eteteko itxurarik ez dagoela dirudi. Espainiako Erreinuko datuekin aldentuta bi argibide ematea ikusten dugu komenigarri. Batetik, Kataluniako Lurralde Antolamenduaren Sozietateak 2003tik urtero identifikatzen dituen 200 ingurumen protesta edo gai gatazkatsu adierazgarri biltzen ditu «Anuari Territorial de Catalunya»-n, urtero gatazka- gai berriak adierazten dira, konfliktuen sorrerako fluxua oparoa aurkeztuz. Bestetik, eta EH-an aurrera eramandako ikerketaren metodologia antzekoa erabiliz, Katalunian 2000. urtetik 2007. urtera 97 gatazka kontabilizatu dira (Publikatu gabe. DEA. Jone Martínez).

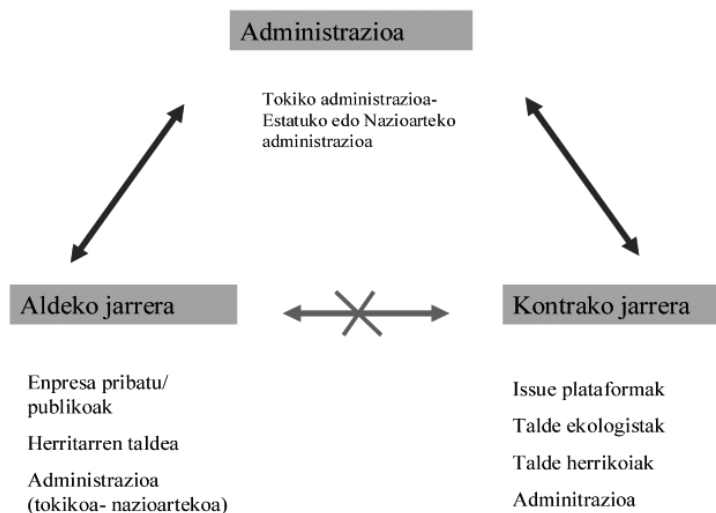
Sozio ingurumen gatazken izaera kualitatiboa: erantzunak

Sozio- ingurumen gatazken dimentsio kuantitatiboari erreparatu dugula, dimentsio kualitatiboari so egitea interesatzen zaigu. Parte hartzea aldagai asketzat hartuta gatazkei eman zaien erantzunaren izaera aztertzeko honako tipologia sortu dugu.

a.- Kontzentzuaren bidean garatutako sozio- ingurumen gatazkak: Oldarkakoz zein gonbidapenezko mekanismo parte- hartzaileak garatzen dira eta gatazka sortu duen gaia- edo afera politikoa- proposamena, mekanismo parte- hartzaileen bidez solbatzen saiatzen da. Zentsu horretan parte hartzearen dimentsio sinboliko, substantiboa eta operatiboa garatzen da³. Interes orokorrari so egiten zaio interes ekonomiko eta pertsonalen gainetik. Adibidez herri kontsulta lotesleak. Mekanismo horien adibideak Espainiako Erreinuaren zehar eman dira Kataluniako Ganja d'escarp (Lleida)-ko errauskailua da adierazgarri.

b.- Merkatuaren irizpidea edo izaera inpositiboan garatutako sozio- ingurumen gatazkak: Hauetan ez da administrazioaren partetik inolako mekanismo parte- hartzailearik proposatu gatazka solbatzeko helburuz. Gerta daiteke gatazka den prozesuaren zehar, mekanismo parte- hartzaileak sortu izatea, bai eta prozesu parte hartzaileak ere era irruptiboan baina administrazioek edo promotoreek inolako baliagarritasunik

3. A. Blas irakasleak argiki deskribatzen ditu hiru dimentsio horien ezaguerak. Dimentsio sinboliko, batzutan ere dimentsio kontzeptuala deituta «gaien edota arazoaren interpretazio eta eraikuntza intelektual eta diskurtsiboari dagokio: eskarien zahaztea, baloreezberdinetan oinarrituriko diskurtsoen osaketa eta [...] ekintzarako agenda publikoa definitzea». Dimentsio substantiboa «politika publikoen formulazioa eta erabaki hartzearekin identifikatzen da» alegia, mekanismo parte hartzaileen sorrera materialarekin. Azkenik, dimentsio operatiboa «parte hartze mekanismoen inplementazio prozesuari dagokio» dimentsio honetan, beraz, dimentsio sinbolikoan proiektatu diren eta dimentsio substantiboan egikaritu diren mekanismoak funtzionamenduan jartzea bilatzen da (Blas, 2005: 125-126).



Argibideak

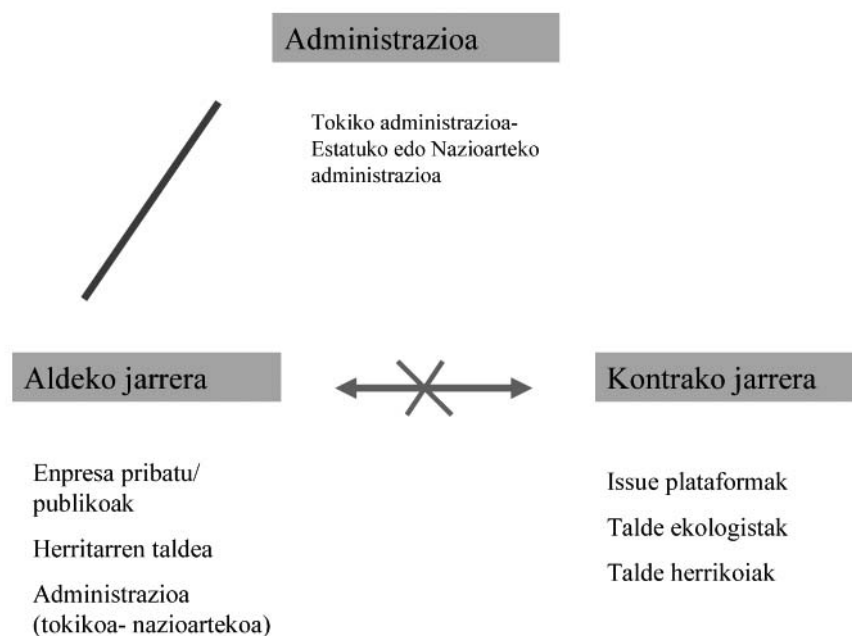
- ← → Aktoreen artean ematen diren dinamika parte hartzaileen harreman jaria korra
- ← - - - → Elkarrekiko harreman gatazkatsua
- ← → Aktoreen artean ematen diren dinamika parte hartzaileen harreman jaria kor mugatua
- Aktoreen artean ematen diren dinamika parte hartzaileen harreman eza Aktoreen arteko harreman jaria korra

Fuente: egileak berak egina.

5.2.A GRAFIKOA

ematea. Gehenez maila informatibo eta komunikatiboan garatzen da «parte- hartzea», baina oro har, mekanismo parte hartzaileen garapenerako APE nulua joratu da. Beraz, parte hartzearen inolako dimentsiorik ez da garatzen.

c.- Parte hartzearen erabilpen komertziala: Parte hartzearen erabilpen hau Sabatini, Sepúlveda eta Blancok (2001: 85) identifikatzen duten «babestutako parte hartzearekin» konparagarria liteke. Parte hartzearen erabilera honetan parte hartze mekanismoak dimentsio sinboliko eta substantiboan garatzen dira, eztabaidarako, informazioarako esparruak daude (foroak, kontseilu sektorialak, e.a.) baina dimentsio operatiboa era partzialean garatzen da estrategia diferenteen bidez; (eztabaidaren deskribazioa bezalako tekniken bidez besteak beste). Horrela, adibidez, kontsulta egin



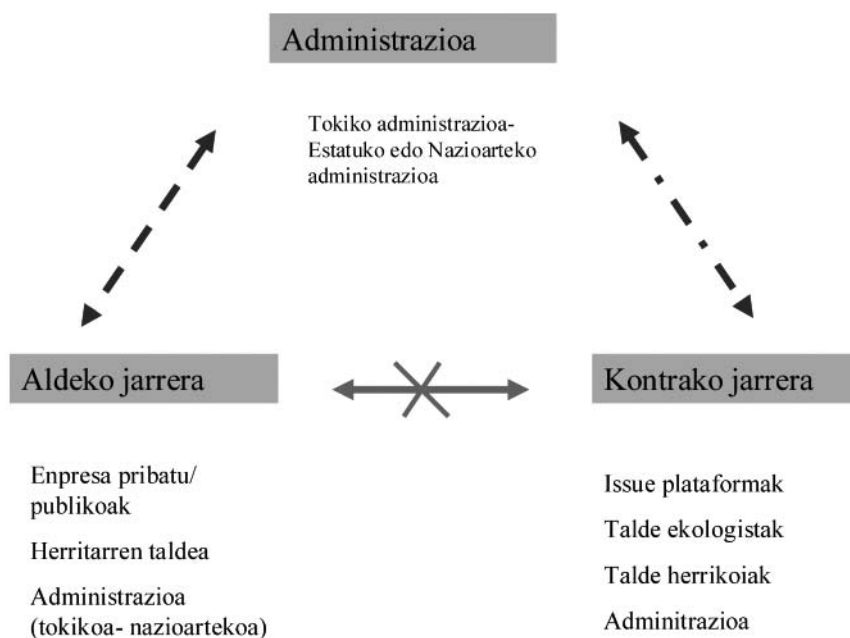
Fuente: egileek beraiek egina.

5.2.B GRAFIKOA

ordurako erabakia hartuta dago aldez aurretik, hortaz, kontsultarako erabiltzen diren mekanismoak ditugu, inolako balio lotesle edo efektiborik erantzi gabe. Parte hartzea maila kontsultibo- deliberatiboan garatzen da hurrengo eskeman ikusten dugun harreman sarea sortuz.

Argi dago, Administrazioak ematen duen erantzuna bai eta gizarte zibilak berak ematen duena gatazkaren eboluziorako garrantzia handia duela. Izan ere, sozio- ingurumen gatazkei ematen zaien erantzuna (inpositiboa, kooptaziozkoa, parte-hartzailea, e.a.) ingurumen demokraziaren eta oro har demokraziaren osasunaren inguruko adierazleak dira. Ingurumen demokraziaren sakontasuna ingurumen gatazkei ematen zaien irteera parte hartzailea den edo ez zehaztuko du. Horrela, aldagai biren arteko harremana zuzenki proportzionala dela uste dugu, Pedro Ibarra irakasleak paratzen duen demokrazia erlazionalaren oinarri teorikoetan planteatzen den bezalaxe (Ibarra, 2008), horrela, honako eskema paratzerik badugu, ingurumen demokrazia eta sozio ingurumen gatazkei ematen zaien erantzunaren artean dagoen harremana adierazten duen funtzio ximplea;

Bigarren eta hirugarren irteeren artean bada azkeneko urteetan garatzen ari den «stakeholder enfokea» ere, honetan gatazkaren zehar interesak dituzten aktoreen ar-



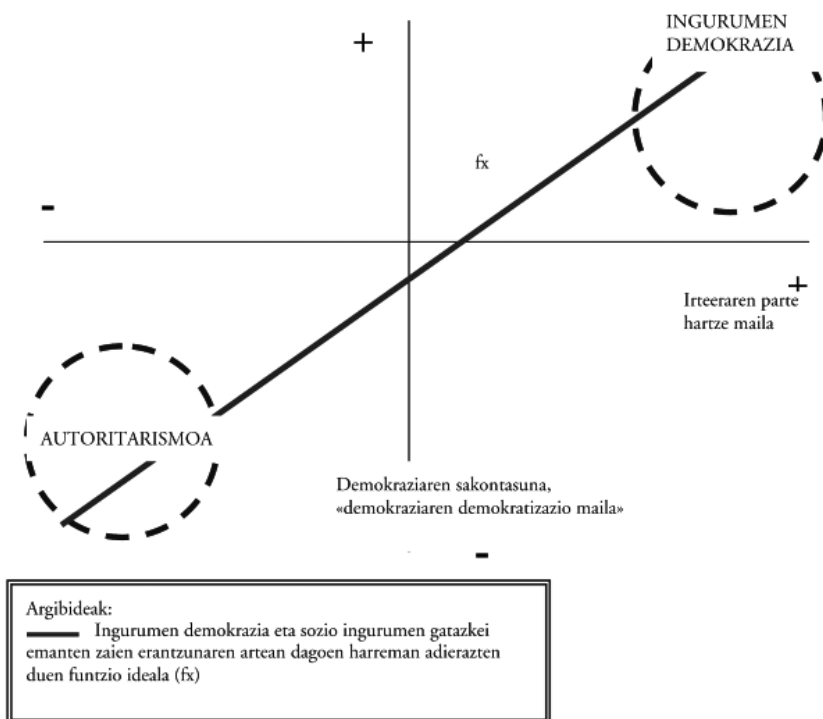
Fuente: egileek beraiek egina.

5.2.C GRAFIKOA

tean kontzentzurako dinamikak erabiltzean datza, dinamika parte hartzaile zenbait egikaritzen dira prozesu irekiak sortu gabe.

ONDORIOAK: DEMOKRAZIA EKOLOGIKOA, GATAZKA ETA KRISIEN ANTIDOTOA

Ondorio gisa esan dezakegu, gatazkaren inguruan jasotzen diren iritziak, beste zenbait elementuekin gertatzen den bezala, alegia, boterearekin bi taldeetan bana daitezke. Batetik, gatazka elementu negatibo gisa antzematen dutenak eta beraz, honen disoluzioan lan egin behar dela pentsatzen dutenak. Bestetik, gatazka berez arrazionalki positiboa dela uste dutenak eta horren alde agertzen direnak elementu erregulatzaile gisa. Tarteko jarrera ere bada, gatazka izatez ez ona ez txarra dela uste duena, antagonismoaren edo «agonismoaren» (Mouffe, 2000)-ren espresioa dena. Paper erregulatzailea izateaz gainera, demokratizazioarako esparru bihurtu daiteke, botere harremanak aldatzen diren heinean.



Fuente: egileek beraiek egina.

5.2.D GRAFIKOA

Gure ustez, sozio ingurumen gatazkek sortzen duten abagune demokratikoa, prozesu- sistema honen sakontzean eragingo du soilik konfrontazioko jarrerak lagunduta eztabaida eta erabaki- hartzeko gune loteslea sortzen bada. Horretarako demokraziaren irteera zentripetoa da beharrezkoa, mekanismo eta dinamika parte hartzaileez beteriko prozesu parte hartzaileak sortuz.

Takis Fotopoulos-ek dio, bere obran «Towards a inclusive democracy» (Cassel Continuum, 1997) demokrazia barneratzailearen etorrerarekin, gizakien portaera Naturarekiko modu arradikal batean aldatuko dela, eremu politiko, ekonomiko eta sozialean. Politikagintzan, espazio publiko berriek materialismoaren erakargarritasuna eta kontsumismoaren hutsune existentziala gutxituko dituztelako. Ekonomian, eredu konfederal berri batek, hazkunderaren logika abandonatuko du eta arlo sozialean ez-menderatzearen *ethos* berria ezarriko da gizakien arteko harremanetan zein Naturarekiko erlazioetan.

Azkenik, demokratizaziorako bideak urratuz etnozentrismo eta fundamentalismo demokratikoaren gaixotasunak sendatu ahalko dira. Gaurko oligarkizazioaren proze-

suen aurkako txertoak ezagutzen ditugu: Autonomia eta kontrola. Noski, eraldaketa politiko horiek ez dira erreza izango baina pentsa daitezke: Erreforma sakonak eta antolaketa politiko berriak botere harremanak berrantolatuz, praxi berriak sistema politikoan eta herri dinamiketan eraginkortasunaz batera, eduki teoriko-normatibo berriak lantzen dituztenak.

BIBLIOGRAFIA

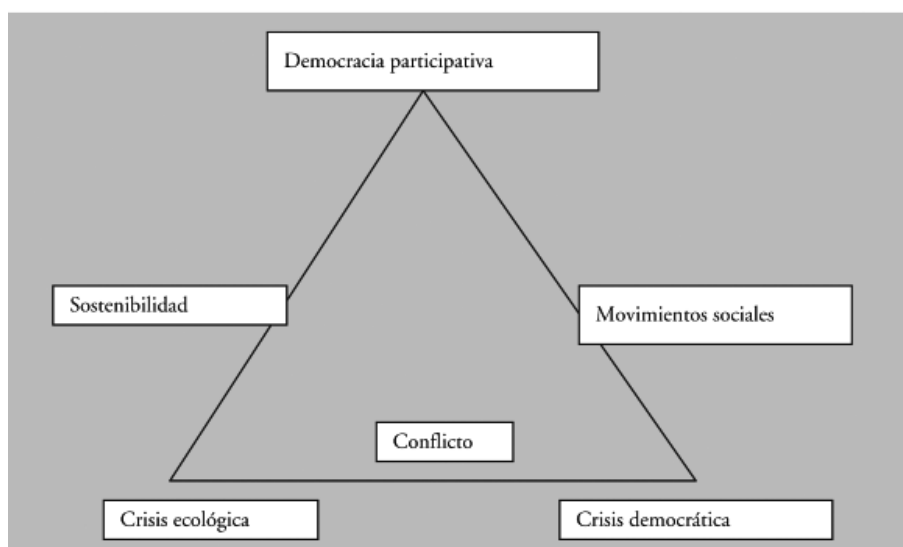
- Aguilar, S. (2003): «Conflictividad medioambiental: actores enfrentados entorno a decisiones relacionadas con el medio ambiente». Observatorio medioambiental de la Universidad Complutense-n, FF: de CCPP. 6. Alean: 25-35
- (2003): «Conflicto y medio ambiente: el enfoque actores- recursos», *Revista Interdisciplinar de gestión ambiental aldizkarian*, 5. urtea, 50, zenbakia.
- Barcena, I., P. Ibarra, E. Guarrotxena eta J. Torre (2003): «Environmental protest in Basque Country», en C. Rootes, *Environmental protest in western Europe*. Ecpr. Oxford University Press, New York.
- Crespo, C. (1999): «Políticas públicas, gobierno local y conflictos socioambientales», *FAO-FTPP konferentzia elektronikorako prestatutako komunikazioa*. Quito. Formatu digitalean eskuragarri: www.rlc.fao.org/foro/media/Sesion2.pdf [Kontsulta: 2007- IV].
- Fotopoulos, T. (1997): *Towards a inclusive democracy*. Nordan Comunidad, Montevideo.
- Gudynas, E. (2003): «Desarrollo sostenible, ciudadanía y la construcción de un nuevo concepto: Florestanía», *Rio Branco-koko lan tailerlean aurkeztutako lana* (publikatu gabea)
- (2001): «Actores sociales y ámbitos de construcción de políticas ambientales», *Ambiente & Sociedad*, 4 (8): 5-19. Aldizkarian.
- (1999): «Los límites de la mesurabilidad de la naturaleza», *Ambiente & Sociedad*, 2 (3-4): 65-79.
- Ibarra, P. (2008): *Relational Democracy*. CBS, Universidad de Nevada.
- Ibarra, P; Bergantiños, N. y Martínez, J. (eds.) (2011): *Participación, cultura política y sostenibilidad*. Editorial Hacer, Bartzelona.
- Lafferty, W. eta J. Meadowcroft (1996): *Democracy and the environment*. Problems and prospects. EE. UK.
- Mouffe, C. (2000): *La paradoja democrática*. Gedisa, Bartzelona.
- Mc Adam, D., S. Tarrow eta C. TILLY (2005): *Dinámica de la contienda política*. Editorial Hacer, Bartzelona.
- Sabatini, F., C. Sepulveda eta H. Blanco (2001): Participación ciudadana para enfrentar conflictos ambientales. CIPMA. Santiago de Chile.
- (1997): «Espiral histórica de los conflictos ambientales», en F. Sabatini eta C. Sepúlveda: *Conflictos ambientales, entre la globalización y la sociedad civil*. CIPMA, Santiago.
- (1995): «¿Qué hacer frente a los conflictos ambientales?», *Ambiente & Desarrollo*. Martxoa: 21-30.
- Sahnoun, M. (1995): «Managing Conflict in the Post-Cold War Era»; *Managing Conflict in the Post-Cold War World: The Role of Intervention*, Aspen Institute Conference-an, Abuztuaren 2tik-6ra.
- Santandreu, A. (1999): «Conflictos ambientales y políticas públicas», *Temas Clave* 7. zkian. Publikatuta, CLAES.
- Santandreu, A. eta Gudynas, E. (1997): «Irrupción ciudadana y “estado tapón”», *Ambiente y desarrollo*, XIII. Bol. 1. zkian- aldizkarian.
- Tarrow, S. (1994): El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política. Alianza Universidad, Madril.
- Societat Catalana d'Ordenació del Territori: <http://scot.iec.cat/>

Resumen

Conflictos socioambientales, participación y democracia

Iñaki Bárcena y Jone Martínez

EN LOS ÚLTIMOS AÑOS UNA PARTE IMPORTANTE DE NUESTROS ENSAYOS Y PROYECTOS DE INVESTIGACIÓN SE HA MOVIDO DENTRO DE UN TRIÁNGULO TEÓRICO Y EPISTEMOLÓGICO. SI EN LA BASE DE DICHO TRIÁNGULO SE ENCUENTRAN LA CRISIS ECOLÓGICA Y LA CRISIS DEMOCRÁTICA, EN EL VÉRTICE RESTANTE HEMOS COLOCADO LOS DEBATES ABIERTOS EN TORNO A LA DEMOCRACIA PARTICIPATIVA PARA EQUILIBRAR LAS RELACIONES ENTRE NATURALEZA Y SOCIEDAD. EN LOS LADOS DEL TRIÁNGULO APARECEN LOS TRES CONCEPTOS PRINCIPALES: conflicto, sostenibilidad y movimientos sociales, subrayando en este último los aspectos de género.



Fuente: elaboración propia.

En ese sentido nos interesa analizar la hipótesis según la cual los conflictos ambientales que se producen en la base de este triángulo, en determinadas condiciones y relaciones entre los actores participantes en lid (ecologistas; poblaciones afectadas; administraciones locales, regionales y estatales; empresas y asociaciones empresariales; partidos políticos; expertos, etcétera) y con determinadas estructuras de oportunidad política pueden ser potenciadores de mecanismos y procesos democráticos. También puede ocurrir lo contrario; esto es, que ante una dinámica de conflicto socioambiental la respuesta relacional sea autoritaria y represiva, y cierre las puertas a los mecanismos democráticos de resolución de conflictos. Nos interesa adentrarnos en estas condiciones, en las dinámicas de lo que P. Ibarra llama «democracia relacional» (Ibarra, 2008), esto es «régimen político en el que existen un conjunto de relaciones, espacios públicos, conflictivos o cooperativos entre gobernantes y gobernados que generan condiciones coyunturales o permanentes favorables a la coincidencia entre lo que los ciudadanos deciden que debe hacerse y lo que deciden los gobernantes».

La democracia, a nuestro entender, rechaza la lógica de la dominación, con lo que, en un sistema democrático, en los debates y en la búsqueda de soluciones a las cuestiones políticas y sociales, estén éstas ligadas a cuestiones de género o étnico-religiosas, de economía o de ecología, no hay conocimientos ni razones previas, ni poderes, ni legitimación *per se*. No hay norma que dé prioridad o legitimidad especial a ningún ministro, alcalde, cura o científico por el hecho de serlo, ya que dicha legitimación debe contrastarse en el debate popular, en la deliberación y en la toma libre de decisiones. Además, en democracia se tiende al equilibrio entre el individuo y el grupo, equiparando los derechos particulares y los colectivos, organizando la autonomía y el control político mutuo entre instituciones y ciudadanía.

Si bien éstos son los valores y las características ideales del sistema político democrático, no podemos negar que se han teorizado diferentes modelos democráticos.

Siguiendo este esquema, se puede hacer una clasificación con cuatro modelos contrapuestos, en los que tanto la base de la democracia como las funciones del Gobierno y el papel político asignado a los ciudadanos son diferentes. En nuestra opinión, la democracia participativa, la república de ciudadanos libres, activos e iguales, es la opción que ofrece mejores oportunidades y condiciones que los demás modelos en la apuesta para superar la actual crisis ecológica.

Sabemos que existen diferentes modelos de democracia, pero en lo que respecta a canalizar los problemas políticos, incluso los ecológicos, optamos por el modelo de la democracia participativa como la más adecuada para avanzar hacia la sostenibilidad y la justicia ambiental.



6

Sobre la cohesión del demos posnacional:

el proyecto cosmopolita de Jürgen Habermas y algunas precisiones de Chantal Mouffe

Marcos Engelken

«ESTADO POSTSOBERANO» (F. VALLESPÍN), «ESTADO RED» (M. CASTELLS), «ESTADO transnacional» (U. Beck), «cosmopolitics» (E. Balibar) o «constelación posnacional» (J. Habermas) son algunas de las expresiones aparecidas en los últimos años, que pretenden nombrar una nueva configuración del poder político. Pese a los diferentes significados que puedan portar, pese a sus divergencias en el diagnóstico de la situación y en el esbozo del panorama emergente, existe consenso, no obstante, en torno a un fenómeno de base: a saber, la erosión de la soberanía estatal. En este sentido, se ha aludido¹ a la merma padecida por los Estados nacionales en su capacidad de acción (individual) frente a unos mercados financieros liberalizados; a la socavación de la integración social alcanzable a través de narrativas nacionales, dado un proceso de mestizaje sociocultural, cuya principal manifestación la constituirían los flujos migratorios internacionales, y dado un individualismo que desatiende valores patrióticos;² y al peligro de un déficit de legitimidad del Estado social, causado por una desregula-

1. Véase Jürgen Habermas: *La constelación posnacional. Ensayos políticos*. Paidós, Barcelona, 2000 (orig. 1998): 92-107; David Held: «Democracia y el nuevo orden internacional», en Rafael del Águila, Fernando Vallespín, José Antonio de Gabriel, Elena García Guitián y Ángel Rivero (eds.): *La democracia en sus textos*. Alianza, Madrid, 1998 (orig. del texto de D. Held: 1995); David Strecker y Gary S. Schaal: «Die politische Theorie der Deliberation: Jürgen Habermas», en André Brodocz y Gary S. Schaal (eds.): *Politische Theorien der Gegenwart I*. Barbara Budrich, Opladen & Farmington Hills, 2006: 114-119.

2. Gilles Lipovetsky: *El crepúsculo de deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*. Barcelona, Anagrama, 2005 (orig. 1992): 194 y ss.

ción económica que sustrae recursos para el cumplimiento de las exigencias que aquél se había impuesto. Es en este contexto en el que se ha hablado de «posdemocracia»,³ es decir, de la imposibilidad, por parte de las instituciones democráticas liberales, de satisfacer las exigencias normativas autoimpuestas, esto es, derivadas del concepto mismo de democracia. Ante tal desafío (y ya antes), se han dejado escuchar voces que solicitan una rearticulación posnacional de la vida política; y esto en un doble sentido: 1) en el referido a una rearticulación de la vida pública en torno a formas de solidaridad que no fuesen las derivadas de una comunidad nacional concebida en términos esencialistas; y 2) en el que alude a una rearticulación de las instituciones encargadas de actualizar el ideal abstracto de democracia, de manera que la escala del autogobierno colectivo coincida, de facto, con la magnitud de los desafíos que hay que encarar. En este trabajo nos ocuparemos de la primera acepción.

Al emplear el término «posnacional», nuestro interés no será, entonces, discutir el reforzamiento competencial de las instituciones supranacionales e internacionales actualmente existentes; ni la eventual creación de nuevas instituciones supranacionales; ni la profundización democrática de las mismas. Más bien —y esto en modo alguno pretende minusvalorar la importancia de las cuestiones precitadas— lo que pretendemos es aproximarnos al vínculo simbólico-afectivo que los ciudadanos mantienen con la unidad política. Anteponemos este problema a los restantes, no por su mayor relevancia, sino por ser lógicamente anterior a los demás. Es decir, admitimos como axioma que las instituciones democráticas, tengan la forma que tengan, sean nacionales, supra o posnacionales, requieren de una mínima cohesión social, de un cierto sentimiento de pertenencia por parte de los ciudadanos.⁴ En este sentido, antes de discutir cualquier aspecto de ingeniería institucional, conviene reflexionar acerca de las condiciones de posibilidad de las instituciones democráticas, esto es, debatir si sería posible reconstruirlas a una nueva escala.

Dadas las limitaciones de espacio de la presente comunicación, se ha optado por centrar el tema en dos de las respuestas más potentes que nos ofrece la actual Teoría Política. Serán, no obstante, leídas asimétricamente. Por la fuerza y sistematicidad de sus argumentos (pese a muchos), hemos decidido conceder mayor espacio al enfoque habermasiano, que nos servirá de guía a lo largo de todo el texto. Como contrapun-

3. Este tema se discute extensamente en Pedro Ibarra: *Nacionalismo. Razón y pasión*. Ariel, Barcelona, 2005. Puede consultarse, además, Charles Taylor: «Democratic exclusion (and its remedies?)», en Alan C. Cairns, John C. Courtney, Peter MacKinnon, Hans J. Michelmann y David E. Smith (eds.), *Citizenship, Diversity and pluralism*. McGill Queen's University Press, Londres, 1999. Otras dos destacables aproximaciones a este tema, centradas en el proceso de integración europea, son: Jürgen Habermas: «¿Es necesaria la formación de una identidad europea? ¿Y es posible?», en Jürgen Habermas, *El Occidente escindido*, Trotta, Madrid, 2006 (orig. 2004); Klaus Eder: «Europe's Borders. The narrative construction of the boundaries of Europe», en *European Journal of Social Theory*, 9(2): 255-271.

4. Jürgen Habermas, *op. cit.*, ref. 1: 99. La concepción de la democracia como realización de una particularidad nacional se situaría próxima a, si no completamente dentro de, la noción *republicana* de democracia, que Habermas se cuida de distinguir de su modelo *deliberativo*. Véase Jürgen Habermas, *La Inclusión del Otro. Estudios de Teoría Política*, Paidós, Barcelona, 1999 (orig. 1996): 231-246. Jürgen Habermas: *Faktizität und Geltung. Beiträge zur Diskurstheorie des Rechts und des demokratischen Rechtsstaats*. Suhrkamp, Frankfurt am Main, 1994 (orig. 1992): 359.

to, hemos seleccionado la obra de Chantal Mouffe, que nos permitirá poner en claro determinados aspectos del pensamiento habermasiano, adquirir nociones ciertas de la problemática que enfrentamos y detectar futuras líneas de investigación.

¿Por qué abordar este tema desde la Teoría Política? Fundamentalmente porque ésta nos permite adentrarnos en espacios de reflexión a los que no llega ningún estudio empírico.

I

Nuestra tesis de partida sostiene que, al pensar la posibilidad de un demos posnacional, el filósofo alemán combina exigencias de diversos tipos. Tales exigencias, según nuestra lectura, reflejan una concepción multifacética de la ciudadanía, así como un cierto realismo que se deriva del reconocimiento de los actores colectivos como condicionantes del proceso político y de la constitución del demos. Veamos, a continuación, las exigencias afectivas, utilitaristas y morales que Habermas trae a colación para definir el contexto de posibilidad de un demos posnacional (desde la perspectiva del ciudadano individual), y el factor «realista» que introduce en su reflexión (al atender a la dinámica propia de los actores colectivos).

Podemos reconstruir la argumentación de Habermas partiendo de su tesis de que la democracia no es la «realización de alguna particularidad nacional»,⁵ sino que, por el contrario, posee el «sentido inclusivo de una praxis autolegislativa que incluye a todos los ciudadanos por igual». Supone, en este punto, que la formación de una opinión pública, idealmente en ausencia de exclusiones y de asimetrías (\approx «discursivamente estructurada»),⁶ permite el entendimiento entre extraños, es decir, entre personas de procedencias culturales diversas⁷. Lo cual es posible, gracias a que «las argumentaciones apuntan per se más allá de todas las formas de vida particulares»,⁸ lo que constituye el fundamento para sostener que el proceso democrático es capaz de «suplir las carencias de la integración social [que debe actuar como prerrequisito del proceso democrático] y [...] articular una común cultura política».⁹

5. *Ibíd.*

6. En una entrevista, Habermas preguntaba a este respecto: «¿Por qué el modelo de la comprensión hermenéutica extraído de las conversaciones cotidianas, que desde Humboldt se ha desarrollado metodológicamente a partir de la praxis de la interpretación de textos, debería fracasar de repente al extenderla más allá de los límites de la propia cultura, de la propia tradición y forma de vida? Una interpretación debe en todo caso salvar la distancia entre la precomprensión hermenéutica de una y otra parte, ya sean mayores o menores las distancias culturales y espacio-temporales y las diferencias semánticas. Todas las interpretaciones son traducciones *in nuce*.» Jürgen Habermas: *El Occidente escindido*, Trotta, Madrid, 2006 (orig. 2004): 25-26.

7. Jürgen Habermas: *op. cit.*, ref. 1: 72. Véase, además, Jürgen Habermas: *Teoría de la acción comunicativa, I. Racionalidad de la acción y racionalización social*, Taurus, Madrid, 2003 (orig. 1981): 43-69.

8. Habermas: *op. cit.*, ref. 1: 100.

9. Una identidad, personal o colectiva «nunca puede consistir solo en orientaciones y características universales, morales por así decirlo, compartidas por todos». Jürgen Habermas: *Identidades nacionales y posnacionales*, Tecnos, Madrid, 2007 (orig. 1987): 115.

Son varias las ideas destacables en este punto. 1) El cemento del demos posnacional es (parcialmente) un asunto de identificaciones por parte de los ciudadanos con una cultura e instituciones políticas comunes a todos los miembros de una unidad política; es decir, de identificaciones con una cultura e instituciones políticas construidas entre todos. 2) Se requiere, por tanto, de la participación política y, en consecuencia, de una ciudadanía medianamente activa, para cubrir los huecos dejados por la integración social. Según Habermas, solo una cultura política construida activamente entre todos es capaz de generar lazos de lealtad a unas instituciones comunes. 3) En tanto estamos hablando de actos de identificación, es decir, de la realización de inversiones emocionales en ciertos objetos, la cultura y las instituciones políticas con las que se identifiquen los ciudadanos no podrán consistir en meros ideales abstractos,¹⁰ sino que deben quedar enraizadas en una historia y en unas instituciones particulares. «El mismo contenido universalista habrá de ser en cada caso asumido desde el propio contexto histórico y quedar anclado en las propias formas culturales de vida».¹¹ Se trata éste de un matiz importante, pues Habermas considera que el «peligro», en este contexto, no radica tanto en que las nuevas formas de identidad que aspiran a ser «posconvencionales» o «posnacionales» (por ejemplo la europea) sean interpretadas «de forma sustancialista», sino más bien en que les falte, precisamente, «sustancia».¹² 4) Si bien la identificación con una cultura política común puede sustituir paulatinamente a una integración social dada actualmente en la forma de comunidades nacionales, un mínimo de cohesión social constituye, a su vez, un prerrequisito de la praxis democrática. Significa esto, en suma, que deben existir unas condiciones de posibilidad muy precisas para la construcción de un demos posnacional o posconvencional. Es decir, no se puede partir del más absoluto vacío, sino de los sentimientos de copertenencia ya existentes,¹³ para dejar que la praxis democrática y la formación de una opinión colectiva discursivamente estructurada descentren paulatinamente las perspectivas de los participantes hasta alcanzar, de forma progresiva, una cultura política común en la que todos puedan reconocerse. Se observa, en consecuencia, que Habermas concibe la construcción de un demos posnacional como resultado de un proceso de aprendizaje colectivo, que, desde su punto de vista: 5) debe ser concebido como un logro, de manera que esa cultura política e instituciones comunes que la materialicen sean capaces de despertar el sentimiento de orgullo que requieren los actos de identificación que sustentan al «Patriotismo de la Constitución». Es, sobre todo, un pasado traumático lo que debe sentar las bases de las nuevas identidades posnacionales. Un pasado que obligue a aprender de él y a superarlo en un sentido más universalista y tolerante. «Lo cierto es que se aprende casi siempre de las experiencias negativas.» Parece evidente, a este respecto, la influencia que ha ejercido sobre Habermas la comprensión que los alemanes tienen de su propia historia.

10. *Ibíd.*, p. 118.

11. Habermas: *op. cit.*, ref. 7: 59.

12. Habermas: *op. cit.*, ref. 1: 99-100.

13. «Para nosotros, ciudadanos de la República Federal, el patriotismo de la Constitución significa, entre otras cosas, el orgullo de haber logrado superar duraderamente el fascismo, establecer un Estado de Derecho y anclar éste en una cultura política que, pese a todo, es más o menos liberal». Habermas, *op. cit.*, ref. 10: 115-116.

El pensamiento habermasiano da cuenta, de este modo, de la importancia que tienen los afectos y las emociones en la estructura motivacional de los ciudadanos. Los actos de identificación con una cultura e instituciones políticas comunes pretenden garantizar la solidaridad mínima requerida para la aceptación, por parte de los ciudadanos, de decisiones colectivas que sean juzgadas por aquéllos como gravosas. En todo caso, una lectura más clarificadora de la importancia de estos actos de identificación la encontraremos en la segunda parte de esta ponencia con la ayuda de Chantal Mouffe.

El problema de la «obligación política», implícitamente inserto en las reflexiones anteriores acerca del patriotismo constitucional, no es abordado por Habermas exclusivamente desde el ángulo de las emociones, sino que el autor apela, también, a consideraciones utilitaristas. Desde la perspectiva de los participantes, «el estatuto de ciudadano», «para permanecer como una fuente de solidaridad social», debe «conservar un valor de uso». ¹⁴ Y esto en un doble sentido: deben darse las condiciones necesarias para que «el poder como mecanismo regulador de decisiones colectivas vinculantes» ¹⁵ recupere el espacio perdido ante el dinero, también entendido como medio de control o de intercambio, ¹⁶ pues «solo el poder es susceptible de ser democratizado, no el dinero». ¹⁷ En un segundo sentido, el «valor de uso» del estatuto de ciudadano se traduce en el acceso, con él, a un cierto «bienestar económico», ¹⁸ pues, para Habermas, «la política social del Estado ha asumido una importante función legitimadora». ¹⁹ Por tanto, el estatuto de ciudadano debe ser útil, para operar como fuente de solidaridad, tanto en la dimensión *input* como *output* del proceso político.

En el pensamiento habermasiano, ambas dimensiones aparecen, no obstante, íntimamente ligadas, mientras son concebidas como actualmente enfrentadas a un mismo fenómeno, el de la globalización capitalista. Ésta, que Habermas vincula a la subsiguiente expansión del medio dinero como mecanismo de coordinación de las acciones, socava las posibilidades reales de una autodeterminación colectiva mediante instituciones democráticas. En especial, se dificulta o se vuelve imposible la implementación de una política económica keynesiana, lo que, a su vez, mina la capacidad del Estado para intervenir sobre el ciclo económico y sobre el mercado de trabajo. Por otro lado, el filósofo alemán apunta que esta misma globalización capitalista reduce los ingresos fiscales del Estado, empujado, de este modo, a un desmontaje o a un deterioro del Estado social. Se dan las bases, entonces, para un «círculo infernal». Dada la incapacidad de los Estados-nación para hacer frente, aisladamente, al capital internacional y dada su incapacidad o falta de voluntad para coordinar políticas comunes en los terrenos fiscal, social y económico, «los gobiernos nacionales se ven cada vez más implicados en una carrera de desregulaciones con el fin de rebajar costes; carrera que conduce a obscenas ganancias y drásticas diferencias de ingresos, a un aumento

14. Habermas, *op. cit.*, ref. 1: 103.

15. Al respecto véase Jürgen Habermas: *Teoría de la acción comunicativa, II. Crítica de la razón funcionalista*, Taurus, Madrid, 2003 (orig. 1981): 366 y ss.

16. Habermas: *op. cit.*, ref. 1: 105.

17. *Ibíd.*: 107.

18. *Ibíd.*: 104

19. *Ibíd.*: 106.

del paro y a la marginación social de una población pobre cada vez más amplia».²⁰ Éste es, en suma, el panorama que Habermas tiene en mente cuando aborda el tema de la utilidad del estatuto de ciudadano; o, al menos, ésta ha sido una de las líneas de argumentación que ha empleado para aproximarse a él.

A su juicio, entonces, la solidaridad del demos requiere: 1) que la praxis autolegislativa sea real y no aparezca constreñida por imperativos sistémicos como los actuales, es decir, que el medio poder recupere el terreno (o parte de él) perdido ante el medio dinero; y 2) que se conserve un (considerado como) «justo» reparto de derechos y de posibilidades reales para su ejercicio, esto es, que se mantengan las políticas sociales, al menos aquellas que garanticen una «justa» distribución de derechos y posibilidades. Apatía y protesta son —a juicio de Habermas— las consecuencias por antonomasia derivadas de la erosión de estos dos imperativos. En un escenario tal, marcado por «una profunda renuncia a conformar las relaciones sociales según criterios políticos»,²¹ la praxis democrática no encontraría las condiciones de posibilidad para la conformación de una cultura y unas instituciones políticas comunes capaces de forjar la cohesión social que, hasta ahora, ha venido garantizada por narrativas nacionalistas compartidas. La lealtad a una comunidad política posnacional precisaría, en consecuencia, que el estatuto de ciudadano conservase su utilidad; insistamos: tanto en la dimensión *input*, como en la *output*.

Cabe hacer una última consideración acerca de este punto. Hasta ahora nos hemos aproximado a la doble utilidad (*input* y *output*) del estatuto de ciudadano con un enfoque, digamos, histórico o coyuntural. A saber, hemos reconstruido la visión desarrollada por Habermas acerca de las amenazas que la globalización capitalista trae consigo y que, por socavar la capacidad de acción política y los resultados de la praxis democrática, es decir, por extender la apatía y el descontento, terminan por minar las posibilidades de constitución de una cultura política común en la que todos los ciudadanos puedan reconocerse. Pero el filósofo alemán va más allá de esta consideración, llamémosla coyuntural, y establece una conexión conceptual entre las utilidades *input* y *output* del estatuto de ciudadano. El proceso democrático debe —según Habermas— garantizar un cierto bienestar y una cierta seguridad existencial (utilidad *output* del estatuto de ciudadano), pues de este modo crea las condiciones sociales mínimas para un ejercicio real de los derechos políticos.²² Y la praxis efectiva de una autolegislación colectiva (utilidad *input* del estatuto de ciudadano), ganada gracias al empleo del medio poder como instrumento de coordinación de las acciones, permite que autores y destinatarios del derecho coincidan entre sí, lo que permite a su vez conservar la autonomía de los ciudadanos frente a «los efectos no previstos de un paternalismo del Estado social».²³

Consideremos, a continuación, una tercera exigencia que —según Habermas— debería cumplir un demos posnacional. Se trata, en este caso, de una exigencia de

20. *Ibíd.*: 107.

21. Habermas: *Faktizität und Geltung*, ref. 5: 156-157; *Strecker und Schaal*, *op. cit.*, ref. 1: 109 y ss.

22. Habermas: *La inclusión del otro*, ref. 5: 256. Véase, además, Habermas: *op. cit.*, ref. 8: 485 y ss.; *Strecker y Schaal*, *op. cit.*, ref. 1: 109 y ss.; Habermas: *Faktizität und Geltung*, ref. 5: 468 y ss.

23. Habermas: *La inclusión del otro*, ref. 5: 66.

tipo normativo. Si bien el filósofo alemán considera débil la fuerza motivacional de la moral (que requiere, por tanto, de la sanción del «derecho coercitivo y positivo»),²⁴ ve en ella un factor de legitimidad insustituible, al menos a largo plazo. Desde la perspectiva de los participantes, las reglas del juego democrático no se aceptarían sin razones que adujesen la legitimidad de las mismas, lo que equivale a decir, su corrección normativa.²⁵ Con esta tercera exigencia llegamos al punto, quizá, más conocido de la teoría habermasiana: su concepción deliberativa de la democracia, que se desprende, a su vez, del famoso concepto de «acción comunicativa».

Para adquirir plena legitimidad, el proceso democrático debe —según Habermas— crear las condiciones para un espacio de discusión abierto, libre, simétrico e inclusivo, al que debe ser sensible el sistema político. Precisamente en la intersubjetividad del espacio público, institucionalizado según los principios citados de libertad, inclusividad y simetría, y conectado a las decisiones del sistema político, el proceso democrático puede presuponer la racionalidad de sus acuerdos y garantizar que éstos sean aceptables para todos, incluso para ciudadanos de procedencias culturales diversas. Este argumento se apoya, evidentemente, sobre el concepto de «acción comunicativa» del filósofo alemán, que, a su vez, descansa sobre reflexiones acerca de la pragmática formal.²⁶ La tesis de Habermas es, a este respecto, que la vida comunicativa lingüísticamente estructurada encierra un contenido normativo, que se manifiesta en las presuposiciones que, aun de modo contrafáctico, deben asumir los participantes en la interacción comunicativa.²⁷ Como resume Klaus Eder: «The decisive idea has been that the pragmatic use of language is regulated by rules implicit in language, and these rules are different from the syntactic and semantic rules identified in linguistic research. Such pragmatic rules refer to the performative aspect of a speech act, i.e. to the fact that a communicative utterance involves the generation of a relationship to some other to whom this utterance is implicitly or explicitly addressed.»²⁸ En la comunicación humana, «el empleo del lenguaje orientado al entendimiento» es «el modo original» de uso del lenguaje, frente al cual su empleo estratégico o perlocucionario sería parasitario.²⁹ En este «modo original» se dan «relaciones de reconocimiento recíproco»³⁰ entre los participantes, que se comprometen a defender con razones los contenidos de sus enunciados.

Será a partir del «modo original» de la comunicación humana que el filósofo alemán deduzca y estilice las condiciones que debe cumplir la deliberación pública y, por ende, la praxis democrática, para ser considerada legítima. Solo bajo estas condicio-

24. Habermas: *Faktizität und Geltung*, ref. 5: 351 y ss.

25. Véase Habermas: *op. cit.*, ref. 8: 367 y ss.

26. Véase Jürgen Habermas: «Una consideración genealógica acerca del contenido cognitivo de la moral», en Jürgen Habermas, *La inclusión del otro*, ref. 5: 29-78.

27. Klaus Eder: «Cognitive Sociology and the Theory of Communicative Action. The Role of Communication and Language in the Making of the Social Bond», en *European Journal of Social Theory*, 10(3), 2007: 398.

28. Habermas: *op. cit.*, ref. 8: 370.

29. Habermas: *op. cit.*, ref. 1: 103.

30. Cf. Jürgen Habermas: «¿Tiene todavía alguna posibilidad la constitucionalización del derecho internacional?», en Jürgen Habermas: *op. cit.*, ref. 7: 113-187.

nes, las de una formación discursiva de la opinión pública, podrá el proceso democrático «estabilizarse a partir de sus propios resultados» y «asegurar la solidaridad de los ciudadanos más allá de las tensiones desintegradoras».³¹

En Habermas encontramos, por tanto, un pensamiento ciertamente favorable a la rearticulación posnacional del demos, es decir, a su rearticulación más allá de los actuales Estados-nación y más allá de las actuales narrativas nacionalistas. Sin embargo, su reflexión aparece bien ponderada. La reconfiguración posnacional del demos, según el filósofo alemán, solo puede derivar de un proceso de aprendizaje colectivo que requiere, por su parte, ciertas condiciones de posibilidad, entrelazadas entre sí y que aquí hemos clasificado en tres tipos de exigencias: afectivas, utilitaristas y morales. El actual estado de cosas, en tanto no satisface plenamente tales exigencias, pone límites a las posibilidades presentes de una rearticulación posnacional del demos; límites que han sido recientemente discutidos por Habermas.³²

Según este autor, lo que requiere el mundo no es una «república federal mundial», que estaría constituida «de forma enteramente individualista», sino una «sociedad mundial políticamente constituida», cuyos actores de referencia serían no solo los individuos, sino también los actores colectivos.³³ Lo que Habermas dibuja es un escenario de geometría variable en el que coexistirían Estados-nación, regímenes continentales o *global players*, tipo la Unión Europea (nivel transnacional), y «una organización mundial convenientemente reformada»³⁴ (nivel supranacional). Con esta estructura, trata de alcanzar un compromiso entre la escala de los actuales problemas mundiales y, en consecuencia, de las soluciones que es necesario implementar, por un lado, y «la capacidad de carga de las formas existentes de solidaridad»³⁵, por el otro. Al nivel supranacional le correspondería el aseguramiento «de la paz y de la política de derechos humanos»,³⁶ para lo que bastaría una forma laxa de «solidaridad entre ciudadanos cosmopolitas», que el filósofo alemán cree encontrar en «la indignación moral unánime ante los incumplimientos evidentes de la prohibición del uso de la fuerza y ante las masivas violaciones de los derechos humanos»,³⁷ y que se manifiesta ocasionalmente en la emergencia de una esfera pública mundial. Cita, para ilustrar esto, las movilizaciones en todo el mundo en contra de la invasión estadounidense de Irak. El nivel transnacional, en cambio, se ocuparía de coordinar y configurar políticas de economía mundial y ecológicas, tarea para la cual precisaría de lazos de solidaridad interciudadanos más robustos.³⁸ No obstante, si bien «[l]a estructura de la solidaridad ciudadana no presenta ningún obstáculo para su posible ampliación más allá de las fronteras nacionales»,³⁹ su extensión tampoco está asegurada. Es por ello que Habermas considera fundamental

31. *Ibíd.*: 132.

32. *Ibíd.*: 133.

33. Habermas: *op. cit.*, ref. 4: 82.

34. *Ibíd.*: 83.

35. *Ibíd.*: 83.

36. Habermas: *op. cit.*, ref. 34: 133.

37. *Ibíd.*

38. *Ibíd.*

39. *Ibíd.*: 171-172.

el éxito del experimento europeo, que deberá servir de modelo para otros procesos de integración continentales.

En todo caso, nótese que el propio filósofo alemán concibe este modelo como mera ilustración de «una alternativa conceptual a la república mundial».⁴⁰ Por ello no entraremos, en este texto, en todos los detalles de la propuesta habermasiana, pero sí añadiremos las siguientes dos consideraciones: 1) para Habermas, en el nivel transnacional «subsistirían las relaciones internacionales»,⁴¹ pero privándolas del recurso a la guerra. Es decir, en este nivel intermedio los regímenes continentales concertarían la «política interior mundial»⁴² mediante compromisos y juegos de poder e influencia; presumiblemente, no por deseo de Habermas, sino como concesión realista, dado el actual estado de cosas. Lo que se persigue en este nivel es más un equilibrio de poder, en sentido clásico, y un control recíproco entre actores continentales, que la constitución política de la sociedad mundial según los principios de la democracia deliberativa; 2) según el filósofo alemán, en la base de todo este curso se encuentra (o se debería encontrar) un proceso de aprendizaje colectivo protagonizado tanto por los ciudadanos individuales, como por los actuales Estados.

La experiencia cotidiana de las crecientes interdependencias en una sociedad mundial que se hace cada vez más compleja modifica inadvertidamente la percepción que los Estados nacionales y sus ciudadanos tienen de sí mismos. Estos actores, que en otro tiempo decidían independientemente, aprenden nuevos papeles: como participantes en las redes transnacionales se someten a las constricciones técnicas de la cooperación, y como miembros de las organizaciones internacionales asumen obligaciones mediante expectativas normativas y compromisos forzosos. Tampoco debemos subestimar la influencia, capaz de transformar las consciencias, de los debates internacionales que suscita la construcción de nuevas relaciones jurídicas. Mediante la participación en las disputas acerca de la aplicación del nuevo derecho [...] también los Estados nacionales aprenden a comprenderse a sí mismos al mismo tiempo como miembros de comunidades políticas más amplias.⁴³

40. Véase Chantal Mouffe: *La paradoja democrática*, Gedisa, Barcelona, 2003 (orig. 2000); Chantal Mouffe: *En torno a lo político*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007 (orig. 2005); Chantal Mouffe: *Politics and Passions. The stakes of democracy*, Centre for the Study of Democracy, Londres, 2002; Chantal Mouffe: «Deliberative Democracy or Agonistic Pluralism», *Reihe Politikwissenschaft/Political Science Series*, 72, 2000.

41. Sobre otros aspectos en los que la concepción agonística y deliberativa de la democracia se encuentran en discordia, véase John Brady: «No contest? Assessing the agonistic critiques of Jürgen Habermas's theory of the public sphere», en *Philosophy & Social Criticism*, 30(3), 2004: 331-354; Marcos Engelken-Jorge: «Democracia posnacional, dos debates teóricos: Habermas, Mouffe y el "nacionalismo funcional"», en *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, 19, 2008: 225-243.

42. Habermas: *Faktizität und Geltung*, ref. 5: 364: «Es [=das politische System] ist ein auf kollektiv bindende Entscheidungen spezialisiertes Teilsystem, während die Kommunikationsstrukturen der Öffentlichkeit ein weitgespanntes Netz von Sensoren bildet, die auf den Druck gesamtgesellschaftlicher Problemlagen reagieren und einflussreiche Meinungen stimulieren.»

43. Mouffe: *En torno a lo político*, ref. 46: 113.

II

La obra de Chantal Mouffe se ha construido, en gran medida, en contra de la de Habermas, ya fuese en diálogo directo con el pensamiento del filósofo alemán o indirectamente, incluyendo la reflexión habermasiana en una suerte de corriente teórica «pospolítica», en la que Mouffe también introducía engendros como la «Tercera Vía».⁴⁴ Debemos admitir, no obstante, que en realidad ambos autores no se encuentran tan distanciados como pudiera parecer; al menos, como daría la impresión, si atendiésemos exclusivamente a la autocomprensión de la teoría de Mouffe. Su obra, y ésta es la lectura que me gustaría proponer de ella en esta segunda parte del texto constituye un buen resorte desde el que cuestionar, desarrollar y comprender el pensamiento habermasiano, sin salir para ello de un marco teórico comprometido con la defensa y el fomento de la democracia liberal y, sobre todo, de sus valores (abstractos). En lo que sigue, tocaremos tres asuntos: 1) la insistencia de Chantal Mouffe sobre el momento de la decisión en política; 2) su concepción relacional de las identidades colectivas; y 3) su diferenciación entre el pluralismo liberal y el de la esfera internacional, aspecto que entronca claramente con su concepto de «lo político». Esto nos ayudará a precisar cuál es el papel de las identidades colectivas en el proceso democrático (ad 1); a determinar dos futuras líneas de investigación, relativas a dos asuntos no concluyentes en la obra de Habermas (ad 2 y ad 3); a saber, la creencia de Habermas de que es posible construir identidades colectivas posconvencionales a partir de un pasado traumático, y su confianza en que la común exposición a problemas globales y la ya en marcha cooperación internacional en instituciones inter y transnacionales vayan a promover un proceso continuado de aprendizaje colectivo; y a comprender qué es lo que encierra la vida política, difícilmente teorizable, que obliga a Habermas a recurrir a categorías «clásicas» del pensamiento político y extrañas a la concepción deliberativa de la democracia (ad 3) y que aparecieron al abordar el tipo de relación (internacional) que establecerían los actores continentales entre sí.⁴⁵

Si bien Habermas concibe el sistema político como una entidad distinta de la esfera pública,⁴⁶ es indiscutible que el acento lo sitúa en las vías mediante las cuales

44. Mouffe: *Politics and Passions*, ref. 46: 5; la cursiva es mía.

45. «[S]ocial objectivity is constituted through acts of power. This implies that any social objectivity is ultimately political and that it has to show the traces of exclusion, which governs its constitution». Mouffe, «Deliberative democracy or agonistic pluralism», ref. 46: 13-14. Junto a las referencias bibliográficas ofrecidas en ref. 46, puede consultarse, además, Ernesto Laclau y Chantal Mouffe: *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Siglo XXI, Madrid, 1987 (orig. 1985); Urs Stäheli: «Die politische Theorie der Hegemonie: Ernesto Laclau und Chantal Mouffe», en Brodocz y Schaal, *op. cit.*, ref. 1: 253-284.

46. Ésta es, por cierto, una tesis muy diferente de la defendida por Pedro Ibarra en Ibarra: *op. cit.*, ref. 1: 39-92. Para este autor, las identidades colectivas son fuente de solidaridad que *motivan* a participar políticamente. La tesis que se está defendiendo en este texto es, en cambio, más limitada: un «Nosotros» que se solape con el demos no es necesario como factor motivacional para la participación política, sino que se requiere para aceptar las decisiones tomadas por el demos como legítimas. O expresado de un modo negativo: es necesario para que ningún grupo, miembro del demos, sea rechazado por considerarse que no es un participante legítimo (por no ser «uno de Noso-

asegurar un acoplamiento de la decisión (del sistema político), por un lado, y de la deliberación (en la esfera pública), por el otro. En Mouffe, en cambio, el énfasis se sitúa en otro lugar: precisamente, en la diferenciación radical, en tanto que conceptual, entre «la mera deliberación» y «el momento de la decisión».⁴⁷ Entenderá esta última, la decisión, «in the strong sense of having to make a decision on an undecidable terrain». Podemos ignorar, en este texto al menos, el problema de si, por vía de la deliberación, se podría llegar, teóricamente, a acuerdos que volviesen improductivas las consecuencias de tomar una decisión en un contexto de indecidibilidad. En la vida política cotidiana, tales acuerdos no se alcanzan, por lo que, a efectos prácticos, podemos tomar por buena la consecuencia que Mouffe deduce de su énfasis en la decisión como un momento de determinación que no se sigue completamente de una deliberación previa. Tal consecuencia es, precisamente, la posibilidad siempre presente del antagonismo. O expresado de otro modo, lo que revela el momento de la decisión es, para la politóloga belga, que la política, incluida la democrática, consiste en la imposición temporal de un proyecto hegemónico frente a otros, de la defensa de unos intereses y valores frente a otros. La política es, en suma, la organización de lo social según determinados criterios y no otros, que favorecen a unas personas y perjudican a otras. Por tanto, la cuestión central para el funcionamiento cotidiano del sistema político es, precisamente, que los perdedores o los perjudicados reconozcan la legitimidad de la decisión tomada, lo que implica reconocer la legitimidad de los que participaron en ella, es decir, en la configuración de dicha decisión. Y esto introduce un matiz muy importante. El requerimiento de una identidad colectiva, de un «Nosotros» que funde una cierta solidaridad interciudadana, se trata de una exigencia orientada, ante todo, a garantizar que los otros miembros del demos, es decir, los otros miembros del «Nosotros», sean reconocidos como legítimos coparticipantes en la toma de decisiones. Con ayuda de Mouffe, por tanto, podemos precisar nuestra lectura de Habermas: las identidades colectivas, nacionales o posnacionales, son un requerimiento indispensable de cualquier demos, para que todos sus miembros sean reconocidos como legítimos participantes en las decisiones tomadas democráticamente. El reverso de esta cuestión sería que una identidad colectiva que se solape con el demos es necesaria para que las decisiones de este último sean aceptadas como legítimas y se puedan evitar las conocidas situaciones en las que se aduce la ilegitimidad de una decisión, dado que «Ellos han intervenido en ella», percibiéndose, de esta manera, que «Ellos se han entrometido en nuestros asuntos».

tros») en *nuestras* decisiones, en *nuestros* asuntos; o para que ninguna decisión sea rechazada, porque «Ellos» intervinieron en ella.

47. Nótese que, en Habermas, el carácter inclusivo de la esfera pública debe reflejarse, principalmente, en una institucionalización tal que permita a todos los interesados participar, si lo desean, en el debate público. Pero nada dice el filósofo alemán acerca del contenido de los argumentos que hay que emplear (a diferencia de, por ejemplo, los rawlsianos); ni puede decirlo, pues una deliberación regida por el principio del mejor argumento y desarrollada por los participantes en una actitud orientada al entendimiento no exige que todos los argumentos sean aceptados ni considerados oportunos, pues ante toda comunicación cabe posicionarse con un «sí» o un «no». Una interesante discusión al respecto puede consultarse en la revista *Berliner Debate INITIAL*, 13(5/6), 2002. Mención especial merece el artículo de Klaus Eder y Cathleen Kantner, «Interdiskursivität in der europäischen Öffentlichkeit», en *Ibid.*: 79-88.

Esta precisión que hacemos con la ayuda de Mouffe es relevante: significa que la identidad colectiva, nacional o posnacional, que sostenga al demos debe promover el reconocimiento de los conciudadanos como legítimos codecisores; las prácticas deliberativas coadyuvan a formar esta identidad colectiva, hasta cierto punto la requieren como condición de posibilidad y puede que también la reflejen, pero no son su indicador por excelencia ni su fin último. Creo que el no considerar esta conclusión es la razón no siempre declarada (o una de ellas) por la cual se ha tendido, en el estudio de la esfera pública europea, a proyectar sobre ella (sobre la esfera pública europea) exigencias cuyo cumplimiento sería dudoso incluso a escala nacional. Es decir, se ha exigido, para determinar si existe o no tal esfera pública europea, que los argumentos aducidos por los ciudadanos europeos mostrasen algo así como un sentimiento de pertenencia común (*Gemeinsinn*); cuando, con ayuda de Mouffe, podemos determinar que el prerrequisito de una identidad colectiva que sostenga al demos se refiere, ante todo, a la aceptación de los conciudadanos como legítimos codecisores. Además, una proyección como la precitada, que podría parecer normativamente deseable (si bien personalmente no estoy seguro de ello), exigiría un concepto de comunicación distinto del que ha elaborado la teoría deliberativa.

Conviene prestar atención a otro aspecto del pensamiento de Mouffe; a saber, la conocida insistencia de la politóloga belga en el carácter relacional de toda identidad colectiva. Según la autora, toda identidad requiere un exterior constitutivo; un aspecto que, si bien no formulado en estos términos, sí aparece en Habermas. Para él, las identidades posconvencionales se construirían a partir de la reelaboración de un pasado traumático, que actuaría, entonces, como exterior constitutivo. La común solidaridad de los ciudadanos cosmopolitas surgiría, según el filósofo alemán, de la indignación ante ciertas agresiones bélicas y/o violaciones de derechos humanos; ambos aspectos, agresiones bélicas y violaciones de derechos humanos, actuarían, en consecuencia, como el exterior constitutivo del «Nosotros» cosmopolita.

Hasta una fecha relativamente reciente, el argumento de Mouffe había sido poco consistente: del axioma lógico de que toda identidad requiere un exterior constitutivo, deducía que tal exterior debía ser otra identidad colectiva, otro grupo humano, sin percatarse de otras posibilidades explotadas por Habermas (por ejemplo, el recurso al propio pasado como exterior constitutivo de la identidad presente). En *En torno a lo político*,⁴⁸ la estrategia argumentativa de Mouffe cambia. Ya no (o no solamente) planteará como una exigencia lógica que el exterior constitutivo de una identidad colectiva sea otro grupo humano, sino que aducirá, recurriendo a Freud, argumentos de naturaleza antropológica: todo grupo necesita a otro (o a otros individuos) a los que manifestar su agresividad.⁴⁹ Por tanto, ya no podemos defender a Habermas de la crítica de Mouffe arguyendo la inconsistencia lógica del primer argumento de la au-

48. *Op. cit.*, ref. 46: 32-36.

49. Ya antes, en *La paradoja democrática* (*op. cit.*, ref. 46: 51 y ss.), por ejemplo, Mouffe había dado muestras de aproximarse, con ayuda de Carl Schmitt, a argumentos acerca de la naturaleza del ser humano. Sin embargo, este salto desde una argumentación estrictamente lógica, que extrapolaba consideraciones de la filosofía del lenguaje a la reflexión acerca de las identidades colectivas a otra antropológica, no se ha mostrado claramente hasta la publicación de *En torno a lo político* (*op. cit.*, ref. 46).

tora belga, sino que el pensamiento de ésta nos plantea un reto de mayor calado. Este nuevo argumento de Mouffe, en caso de ser cierto, no afectaría sustancialmente a la actual propuesta habermasiana de una «sociedad mundial políticamente constituida» (que, por cierto, no dista tanto la propuesta de Mouffe de un orden multipolar).⁵⁰ Pero sí supondría la fijación de unos límites al proyecto cosmopolita, en especial a la posibilidad de una mayor integración supranacional y a la esperanza de que se entablen, a la larga, relaciones cooperativas intersujetos-continetales. Pues para Mouffe, el orden político, en este caso el internacional, debe permitir se manifiesten que el conflicto y la agresividad inherente al ser humano: el conflicto y no la cooperación debería ser la regla entre las potencias continentales. A su juicio, Habermas peca de iluso con su idealismo.

Este nuevo argumento de Mouffe, leído en el marco de la propuesta habermasiana, sugiere que el proyecto cosmopolita de Habermas precisa actualmente de una nueva línea de investigación, si quiere resultar convincente. Precisamente una que determine si, como sostiene el filósofo alemán, una identidad colectiva puede ser fruto de la reelaboración de un pasado traumático y si dicha identidad puede sostenerse tomando su propio pasado como exterior constitutivo; o si, como defiende la politóloga belga, todo «Nosotros» requiere forzosamente de un «Ellos», de otro grupo humano, cuya exclusión representaría justamente la condición de posibilidad del «Nosotros», y al que necesitaríamos como objeto de nuestra hostilidad y agresividad. Solo una respuesta a este interrogante, que vendrá dada por la investigación empírica, podrá ayudarnos a definir lo que podemos exigirle, cabalmente, al proyecto cosmopolita.

Esto nos conduce, finalmente, a un tercer aspecto del pensamiento de Chantal Mouffe, que nos ayudará a comprender por qué Habermas se ve forzado, en un gesto «realista», a introducir categorías conceptuales «clásicas» y ciertamente extrañas al marco deliberativo en su propuesta cosmopolita; precisamente estas categorías «realistas» apuntan a un fenómeno, el de la irracional autoafirmación colectiva, que despierta dudas sobre la plausibilidad del proyecto habermasiano y obliga, en consecuencia, a abrir una segunda línea de investigación.

El filósofo alemán cree encontrar en ciertos procesos de cambio social una confirmación de que algo así como un «patriotismo constitucional» es posible e, incluso, de que éste ya es parcialmente una realidad. Señala básicamente dos fenómenos: 1) actualmente, «los conflictos de intereses» tienden a ser tratados «a la luz de principios de justicia, en lugar de apelar al “destino de la nación”»;⁵¹ y 2) sostiene que «ya no ocupa el primer plano la autoafirmación del colectivo hacia el exterior, sino la preservación de un orden liberal en el interior», esto es, ya no prima la «conciencia nacional», que «cristaliza en torno a un Estado, en cuya configuración el pueblo mismo puede verse reflejado como un agente con capacidad de acción colectiva».⁵² Para Habermas, la «orientación por la Constitución» está sustituyendo paulatinamente a la «identificación con el Estado»⁵³ y, en suma, a la identificación nacional.

50. Mouffe: *En torno a lo político*, ref. 46: 97 y ss.

51. Habermas: *op. cit.*, ref. 7: 80.

52. *Ibid.*: 81.

53. Mouffe: *En torno a lo político*, ref. 46: 131-132.

Chantal Mouffe, quien no entra expresamente a discutir estas tendencias, se contenta con remarcar que aún persisten formas convencionales de identidad colectiva. Para ella, el pluralismo de la esfera internacional es radicalmente distinto del pluralismo liberal,⁵⁴ precisamente porque en la esfera internacional perviven formas de identificación convencionales, es decir, identidades nacionales en las que sí ocupa el primer plano la autoafirmación del colectivo hacia el exterior. Para comprender la diferencia entre el pluralismo de la esfera internacional y el pluralismo liberal debemos atender, en lo que sigue, a la concepción «ontológica» de «lo político» que evoca Mouffe.⁵⁵ Dicho concepto, el de «lo político», que la politóloga belga desarrolla a partir de la obra de Carl Schmitt, trata de aprehender un aspecto que, por su carácter irracional o «existencialista»,⁵⁶ se nos aparece como una veleidad, como un fenómeno antojadizo.⁵⁷ Nos referimos a los actos de «nuda autoafirmación»⁵⁸ que una identidad colectiva protagoniza frente a otros grupos, un acto de impenetrable irracionalidad. Por tanto, si el pluralismo liberal ya aparece domesticado por encontrarse dentro de ciertos valores (liberales) comunes y, en consecuencia, por poseer un marco común (liberal) al que apelar a la hora de dirimir sus diferencias, la esfera internacional, por carecer de dicho marco, muestra en toda su brutalidad «lo político», la realidad de la «nuda autoafirmación» colectiva. El reconocimiento de este momento de impenetrable e irracional autoafirmación colectiva es lo que lleva a Mouffe a postular que la política es, ante todo, «disputa»,⁵⁹ voluntad de poder y guerra entre las partes.

Volviendo entonces a Habermas, la lectura que propone esta comunicación es, en consecuencia, que la reintroducción de categorías conceptuales «clásicas» y extrañas al modelo deliberativo responde al reconocimiento, por parte del filósofo alemán, del fenómeno de la «nuda autoafirmación» colectiva. Su aserción de que en el ámbito transnacional de su proyecto cosmopolita persistirían relaciones internacionales, regidas por juegos de poder e influencia, constituye la admisión de que en este ámbito cada uno sería juez de sí mismo y, por tanto, que lo que primaría en él sería la autoafirmación, la disputa, aunque supuestamente contenida dentro de unos límites. Esto, ciertamente, no tiene por qué invalidar el proyecto cosmopolita habermasiano —puede ser leído, sin forzar mucho las cosas, como un enriquecimiento del mismo— pero sí que cuestiona un aspecto esencial de este proyecto o, al menos, le obliga a aportar pruebas adicionales si quiere resultar plausible. A la luz de esta irracional autoafirmación por parte de identidades colectivas convencionales, la idea de un proceso de aprendizaje protagonizado por ciudadanos individuales y por Estados, orientado hacia una mayor cooperación y animado por la experiencia cotidiana de

54. *Ibíd.*: 16.

55. Habermas, *op. cit.*, ref. 7: 184.

56. El cuento *Gemeinschaft*, de Franz Kafka, refleja perfectamente este punto.

57. Mouffe, *En torno a lo político*, ref. 46: 57. El término proviene de una cita de Perry Anderson.

58. Es evidente que es la imagen de la guerra, de la lucha descarnada, la que inspira la interpretación que Mouffe propone, basándose en Elias Canetti, del papel de las elecciones en democracia. Véase *Ibíd.*: 28-30.

59. Este argumento está desarrollado en mi libro *Crack Capitalism, Agrietar al Capitalismo* (Pluto Press, Londres, 2010; Herramienta, Buenos Aires, 2010).

crecientes interdependencias, no resulta admisible sin mayor precisión y evidencia empírica. Ésta sería, por tanto, la segunda línea de investigación que la lectura de Mouffe impulsaría a abrir para desarrollar el proyecto cosmopolita habermasiano. Es decir, si leemos que la imposibilidad que observa Habermas actualmente de eliminar todo espacio a los juegos de poder e influencia constituye un reconocimiento implícito de esa dimensión de la convivencia humana que Mouffe se empeña en subrayar, a saber, la dimensión de la nuda autoafirmación colectiva, entonces el proyecto cosmopolita habermasiano está en la obligación de precisar, si quiere resultar plausible, por qué la experiencia cotidiana de crecientes interdependencias iniciará, a costa de la dimensión conflictiva de la coexistencia de actores colectivos, un proceso de aprendizaje encaminado a la cooperación; y por qué dichos actores colectivos renunciarán al recurso de la guerra como mecanismo de poder.



7

Unas breves reflexiones finales: el pensamiento crítico y la crisis del trabajo abstracto

John Holloway

1. El pensamiento crítico solo puede significar pensamiento comunista, el pensamiento de un comunismo posible, un comunismo que todavía no existe y por lo tanto existe todavía no.

2. La sola denuncia del capitalismo no es pensamiento crítico. Puede ser que sea crítico, pero requiere poco pensamiento, ya que es perfectamente obvio que el capitalismo es una catástrofe para la humanidad.

3. El pensamiento socialista no es crítico porque sigue girando alrededor del Estado. Busca mejorar el capitalismo, pero da por sentado que tenemos que seguir produciendo cada día un sistema que está destruyendo a la humanidad.

4. El pensamiento crítico se tiene que entender, entonces, como pensamiento comunista, pensamiento de un mundo que todavía no existe y existe todavía no. Crítico, porque el punto de partida es: «No, ya no vamos a seguir creando el capitalismo». Pensamiento, porque no tenemos ninguna respuesta, no sabemos qué es el comunismo, solamente que se tiene que entender como un proceso de creación práctica y teórica.

5. ¿Dónde buscamos este mundo que existe todavía no? En las grietas, las fisuras, los espacios y los momentos en los cuales rompemos el tejido de la dominación capitalista, diciendo: «¡No! ¡Aquí no! Aquí no manda el capital, aquí vamos a crear otra cosa, vamos a hacer lo que a nosotros nos parece necesario o deseable». El comunismo existe ya como infinidad de comunismos, de procesos de comunicación, en los levantamientos y en las rebeldías que son parte integral de la vida cotidiana.

6. Estas grietas son grietas en el costado de un volcán. Tienen una fuerza explosiva que es difícil entender sin vivirla, pero que tuve el privilegio de ver en la comunidad zapatista de Oventic hace unas semanas. ¿Qué es esta fuerza?

a) Es la fuerza de otro hacer, de un hacer que empuja hacia la autodeterminación. Es un movimiento de creación que va contra-y-más-allá, la negación del poder-sobre

del capital, la afirmación del poder-hacer de la gente. No a la lógica del capital, no al mando del Estado, aquí manda el pueblo. Es la revuelta contra el trabajo abstracto, enajenado del capitalismo, el desatar del hacer creativo, lisiado por supuesto por su subordinación al trabajo alienado, pero todavía con una fuerza sorprendente. Es el retorno de lo reprimido, dañado pero no aniquilado.

b) Es la fuerza de otro hacedor. El desatar del hacer es el desatar del hacedor, la creación de otra subjetividad. En este caso fue impresionante ver la nueva generación de zapatistas, con un compromiso y una creatividad extraordinaria, y una conciencia de la responsabilidad que implica crear un mundo nuevo. La creación de otro mundo es la creación de una nosotros nueva, un proceso que pasa por la construcción paciente de la palabra común. El *mandar obedeciendo* es la superación de la escisión entre lo político y lo social, la integración y reintegración constante de las Juntas de Buen Gobierno dentro de la comunidad misma, la abolición del Estado.

c) Es la fuerza de otra lógica. Con el desatar del hacer y del hacedor se desata también otro tiempo, otro espacio, otra racionalidad. El tiempo es el tiempo de urgencia y de paciencia, la combinación de *¡Ya basta!* con el *Caminamos, no corremos, porque vamos muy lejos*. Es la necesidad de romper aquí y ahora, junto con la realización de que la construcción de otro mundo es un camino difícil que se hace al andar. El espacio es el espacio de cambiar el mundo cambiando la comunidad, el espacio de la inspiración que corre brincando de un centro de transgresión a otro. Es la lógica de la antiidentidad, en la cual no existe una palabra para «enemigo», en la cual el enemigo es el capital, es decir una forma enajenada de hacer las cosas. Es una lógica de creación y de experimentación. El camino no solo se hace al andar, se hace preguntando.

7. La fuerza de las grietas es la fuerza volcánica de la revuelta del hacer contra el trabajo. Es la fuerza de la crisis del trabajo abstracto o enajenado. Es por eso que los zapatistas son tan importantes. Articulan en su práctica y en sus comunicados un fenómeno que es mundial: la crisis del trabajo abstracto.

8. Ha habido un cambio radical en la naturaleza de la lucha de clases en los últimos cuarenta años. Las viejas teoría y práctica de la lucha anticapitalista tenían como idea central la lucha del trabajo contra el capital. Esta idea es común al movimiento obrero, los sindicatos, los partidos socialdemócratas y los partidos revolucionarios. El problema es que, a pesar de las apariencias, la lucha del trabajo contra el capital está encerrada dentro del capitalismo porque su fundamento es el trabajo que crea el capital. Esto se refleja en las teorías del movimiento obrero que toman las categorías del pensamiento burgués como su base indiscutida. El núcleo de la crítica marxista, es decir la crítica al fetichismo y del carácter doble del trabajo, desaparece de la tradición marxista.

A partir de la década de 1960 se da una crisis cada vez mayor del movimiento obrero. Crece la percepción de que la lucha contra el capital es la lucha contra el trabajo que produce el capital. La lucha contra el trabajo no significa que simplemente nos quedamos en la cama (aunque puede incluir eso), sino que luchamos aquí y ahora por otro hacer. Esto significa un millón de negaciones, un millón de otro-haceres, un millón de erupciones, fisuras, grietas, un millón de revueltas del hacer contra el

trabajo. Significa la escisión explosiva de lo que Marx señalaba la clave para entender el capitalismo, el carácter doble del trabajo.¹

Este cambio radical en la lucha anticapitalista abre un mundo de debates, de preguntas, de dudas y de locuras. Estos debates se desarrollan en gran parte fuera de las universidades. Muchas veces el papel de éstas ha sido de frenar esos debates, de encerrar las nuevas luchas dentro de los viejos esquemas de pensamiento. Por eso la importancia de este coloquio, como rotura de las paredes universitarias.

Preguntando caminamos.

1. Este argumento está desarrollado en mi libro *Crack Capitalism, Agrietar al Capitalismo* (Pluto Press, Londres, 2010; Herramienta, Buenos Aires, 2010).



Parte II
LAS EMANCIPACIONES
NACIONALES



8

Izquierda y emancipación nacional hoy

Ephraim Nimni

LA EMANCIPACIÓN NACIONAL EN UN MUNDO DE NACIONES SIN ESTADO

EL MUNDO CONTEMPORÁNEO ENFRENTA UNA PARADOJA DESCONCERTANTE:

Hay más naciones sin Estado que Estados-nación y, sin embargo, el paradigma dominante en las Naciones Unidas y en la comunidad internacional para la realización de la autodeterminación nacional es la creación de Estados-nación.

Dependiendo del criterio usado para clasificarlos, hay por lo menos unos 7.000 grupos étnicos y unas 2.500 naciones actuales o potenciales en el mundo contemporáneo. Éstas habitan los 192 Estados-nación representados en la ONU.

Claramente *la diversidad cultural es la norma*, no la excepción. La falacia es que designamos falsamente Estados-naciones a los Estados contemporáneos, cuando la inmensa mayoría no lo son.

El Estado nacional homogéneo se ha revelado como un espejismo. La ilusión liberal que las reivindicaciones nacionales pueden ser plenamente avaladas en Estados de derecho que garantizan libertades individuales se ha revelado como una quimera.

Aun filósofos políticos liberales como Tamir o Kymlicka, aceptan que el Estado de derecho liberal democrático puede violar los derechos comunitarios o nacionales de los grupos minoritarios sin por ello violar los derechos individuales de sus componentes.

No hace falta ir más lejos que observar la difícil reconciliación entre la protección de la lengua francesa en Quebec, y el canto de sirena de los liberales canadienses que acusan a los quebequenses a violar los derechos humanos por querer proteger su lengua en un mundo anglófono.

Un segundo ejemplo es aún más significativo. Los grupos indígenas ven sus derechos colectivos avasallados por las democracias liberales poscoloniales.

— Parfraseando a Rudolf Bahro, en los Estados nacionales «realmente existentes» la idea del Estado personificado en la Nación, es una fantasía peligrosa porque crea la ilusión de una unidad cultural cuando ésta no existe.

- No hay que olvidar que la expulsión o la asimilación forzada de colectividades definidas por su origen étnico-nacional (raza, idioma, religión, cultura, etcétera), ha sido históricamente el principal instrumento para la creación del Estado-nación moderno. La expulsión o la asimilación aseguraron la homogeneidad territorial. El sociólogo Michael Mann, en su libro *El lado oscuro de la democracia: Cómo explicar la limpieza étnica*, nos dice que cuando el demos se involucra con la etnia y dos o más naciones rivales reclaman su propio Estado en el mismo territorio, se crean las condiciones para la «limpieza étnica».

Este síndrome amenazante se remonta en sus orígenes hasta las consecuencias inmediatas de la Revolución Francesa, cuando los diputados jacobinos Barére y Grégoire publicaron un impreso titulado *Sur la nécessité et les moyens d'anéantir les patois et d'universaliser l'usage de la langue française* [En cuanto a la necesidad y los medios para destruir los dialectos (*patois*) y universalizar el uso de la lengua francesa] y el 8 *pluviôse* del año II (27/1/1794) Barére afirmó en la Asamblea Nacional: «Le fédéralisme et la superstition parlent bas-breton; l'émigration et la haine de la République parlent allemand; la contre-révolution parle l'italien, et le fanatisme parle le basque. Brisons ces instruments de dommage et d'erreur» [El federalismo y la superstición hablan el bajo bretón; la emigración y el odio de la República hablan alemán; la contrarrevolución habla italiano, y el fanatismo habla vasco. Vamos a romper estos instrumentos de daño y de error].

Recordemos además que John Stuart Mill, el fundador de la corriente de pensamiento liberal, estableció el tono del debate liberal cuando afirmó que: «Las instituciones libres son casi imposible en un país compuesto de diferentes nacionalidades [...]. Entre las personas sin sentimiento común, sobre todo si hablan distintos idiomas, la opinión pública necesaria para el funcionamiento del Gobierno representativo no puede existir» (*J. S. Mill. 1862/1976 Consideraciones sobre el Gobierno representativo*).

Sin embargo, entre los Estados representados en la ONU, entre aquellos que tienen más de medio millón de habitantes, los Estados nación propiamente dichos se pueden contar con los dedos de una mano. Quizá, Polonia, las dos Coreas, Portugal, en parte, y no muchos más.

En nuestro mundo globalizado, la mayoría de las comunidades nacionales sin Estado no pueden ser quirúrgicamente aisladas unas de otras para constituir Estados separados, debido a que residen en territorios mezclados.

La difícil situación de las naciones indígenas y de las naciones sin Estado en Europa demuestra claramente este problema. Las democracias capitalistas liberales se ven atrapadas en un callejón sin salida, ya que el liberalismo doctrinario impide que se cristalicen las formas de derechos colectivos, mientras que en el modelo republicano, la soberanía nacional debe ser una e indivisible.

En la década de 1960 se hablaba del nacionalismo cívico como la panacea para contrarrestar los excesos del nacionalismo étnico. Sin embargo, este camino quedó desacreditado, ya que no existen nacionalismos puramente cívicos o puramente étnicos, sino que todos los nacionalismos se ubican en un continuo entre estos dos polos.

Todos los nacionalismos cívicos tienen algo de étnico y todos los nacionalismos étnicos tienen algo de cívico. La dicotomía nacionalismos cívicos o étnicos es inexistente.

No es posible establecer una línea divisoria clara entre la etnia y la nación. Todas las naciones tienen elementos étnicos y todas las etnias tienen la potencialidad de convertirse en naciones. En general, considero que una nación está más concentrada y es más politizada. Pero hay también etnias politizadas y concentradas. Ir más allá de esto implica establecer diferencias conceptuales que no siempre pueden validarse de forma empírica.

Históricamente, sectores de izquierda sofocados por una sobredosis de universalismo definían al nacionalismo como una ideología intrínsecamente reaccionaria. Esta falacia le salió cara a la izquierda, puesto permitió a las ideologías más reaccionarias monopolizar el discurso nacionalista. La pérdida para la izquierda ha sido cuantiosa.

En mi opinión, los nacionalismos y las culturas nacionales no son intrínsecamente de derechas ni de izquierdas, sino terrenos sobre los cuales se establece la contienda política.

Incumbe a los movimientos progresistas conquistar hegemoníamente (en el sentido gramsciano de la palabra) las arenas nacionales, e interpretar de una manera progresista la historia, la cultura y los símbolos de las etnias y las naciones.

Fidel Castro y Miquis Theodorakis fueron en su momento nacionalistas de izquierdas, ya que tomaron los símbolos y las memorias étnicas que son parte de todo discurso nacionalista, y los interpretaron desde una perspectiva progresista.

Los símbolos y las memorias de la nación son las materias primas sobre las cuales un nacionalismo progresista desarma a sus enemigos y se asegura el apoyo popular.

El universalismo craso de la revolución francesa equiparó igualdad con el ser idéntico, sin entender que esa igualdad abstracta violentaba la diferencia cultural, que es una característica intrínseca del género humano. El mundo es plural en lo que respecta a las lenguas o las culturas, nos guste o no.

Para llegar a la igualdad política y económica que es la meta de todo movimiento progresista, tenemos que reconocer y aprender a respetar las diferencias culturales, y saber contraer los compromisos políticos que esto acarrea.

De lo contrario caemos en la imposición de una cultura con otra. Cuando esta asimilación no es voluntaria, sino el resultado de un universalismo doctrinario, la resistencia es fuerte, y la alineación y la ofensa, grande. Es muy difícil calmar el dolor y cicatrizar la herida dejada por la falta de reconocimiento identitaria.

GLOBALIZACIÓN

Pero el proceso de globalización tiene un impacto inesperado en la hegemonía de los Estados-nación. Al debilitarse las instituciones del Estado-nación en un mundo globalizado, se inicia un proceso de deconstrucción en la relación entre nación y Estado, que logra que algunas naciones puedan gozar de ciertos parámetros de autonomía territorial sin secesión. En ese momento, y contrariamente a los postulados del republicanismo jacobino y las falacias de John Stuart Mill, se comienza a vislumbrar

la posibilidad de que en un mismo Estado la soberanía nacional sea divisible y que se hablen varias lenguas.

- Las autonomías de Cataluña, Quebec y el País Vasco muestran el camino y las posibilidades y desafíos del proceso de autodeterminación de las naciones, sin que por ello se caiga en la secesión y la construcción de Estados nacionales separados.
- Los conflictos entre naciones son exacerbados, sin embargo, en las zonas de residencia mixta. Tanto en los Balcanes como en Israel-Palestina, la autodeterminación territorial agrava los problemas.
- Los pueblos indígenas comenzaron a exigir nuevas formas de autodeterminación.

Estos pueblos, generalmente no demandan ni están en condiciones de establecer Estados nacionales separados.

Los pueblos indígenas son sin duda las víctimas más evidentes de la rapiña del colonialismo y de los estados poscoloniales.

Al mismo tiempo, los pueblos indígenas, al enfrentar la violenta intrusión en sus tierras ancestrales —una intrusión genocida que los ha convertido en minorías dispersas en su propio terruño— su demanda no es de independencia, que por cierto bien se la merecen, sino la autonomía nacional y el reconocimiento público de su modo de vida.

Para los pueblos indígenas, un territorio sagrado, una antigua patria, un territorio afín, lo que Anthony Smith llama *ethnoscapes*, es un ingrediente crucial en su sentido de nación y en su demanda autodeterminación. Sin embargo, esta demanda no requiere del control soberano sobre sus territorios sagrados, ni la creación de un Estado nación exclusivo.

MULTICULTURALISMO Y DERECHOS COLECTIVOS

El debilitamiento del Estado-nación como resultado del proceso de globalización modelo mostró sus contradicciones internas y esto condujo a la aparición del multiculturalismo en Canadá y en Australia, democracias liberales de inmigrantes.

El término «multiculturalismo» fue utilizado por primera vez en 1964 en el Senado de Canadá; desde entonces, el multiculturalismo se ha extendido como un reguero de pólvora por todos los rincones del planeta.

El multiculturalismo se refiere a una sociedad que reconoce y promueve los valores de las contribuciones de los diversos patrimonios culturales de sus miembros, definidos individual y colectivamente. La igualdad deja de ser la coincidencia identitaria proclamada por los filósofos del universalismo abstracto, para ser el reconocimiento de la diferencia. «Somos iguales porque tenemos los mismos derechos a ser culturalmente distintos.»

El multiculturalismo rompe con los principios del universalismo abstracto en que la igualdad significa equivalencia identitaria. Para el multiculturalismo, igual-

dad significa el reconocimiento de la diversidad, tanto de forma individual como colectiva.

En esto, el nacionalismo de las minorías nacionales y el multiculturalismo expresan coincidencias y marchan por vías paralelas. El multiculturalismo no es causa de la inmigración. La opresión cultural de las minorías es una característica del Estado-nación y es experimentada también por las naciones minoritarias.

El multiculturalismo se convirtió, sin embargo, en una idea estrechamente vinculada con la necesidad de acomodar a los inmigrantes y sus culturas a la globalización.

Al igual que el nacionalismo, el multiculturalismo tiene formas y maneras diversas, y es casi imposible encontrar una definición consensual.

Al mismo tiempo, el multiculturalismo, como el nacionalismo, no pertenece ni a la izquierda ni a la derecha. Es en sí un terreno en el que se manifiesta la puja entre ideologías.

El universalismo identitario se manifiesta en las dimensiones legales y constitucionales de los Estados-nación liberales. El multiculturalismo rompe esa universalidad abstracta y demanda un Estado de derecho basado en el reconocimiento legal de las diferencias culturales.

Ejemplos:

- Turbante sij en motos y en las obras de construcción.
- Kirpan (daga ritual de los sijes) en escuelas, aviones y aeropuertos.
- Hijab (velo de la mujer) en lugares públicos.

Hay interpretaciones del multiculturalismo conservadoras como también las hay progresistas. Sin embargo, el debate contemporáneo del multiculturalismo se centra en la teoría liberal, y crea un espacio hegemónico dominado por patrones individualistas liberales que deslegitiman intervenciones desde la izquierda.

Esto representa una claudicación inesperada por parte de la izquierda socialista, ya que históricamente ésta tuvo modelos y teorías de reconocimiento de la diferencia. Enfatizaban el reconocimiento de la diversidad, tanto de forma individual como colectiva, mucho antes de la emergencia del multiculturalismo.

EL MODELO DE RENNER Y BAUER, AUTONOMÍA NACIONAL CULTURAL

Someramente, el modelo nacional de la autonomía nacional cultural propuesto por Karl Renner se basa sobre la premisa de que las comunidades étnicas y nacionales pueden organizarse como unidades autónomas en Estados multinacionales sin tener en cuenta la ubicación residencial. Este aspecto es particularmente atractivo al multiculturalismo.

Al mismo tiempo el modelo de Bauer y Renner no descarta la organización territorial de las naciones minoritarias en el Estado multinacional.

El Estado multinacional es, entonces, una manifestación combinada de los derechos colectivos e individuales de los ciudadanos y las etnias que lo componen. En esto, la superioridad del modelo de autonomía cultural nacional sobre el universalismo jacobino es evidente, como así también la superioridad del modelo de autonomía cultural nacional frente a las definiciones identitarias liberales que no pueden escapar a una visión individualista que esconde a la tiranía de la mayoría.

Si bien el modelo en su origen obedecía a las circunstancias del imperio austro-húngaro, pero las ideas son muy similares a los retos presentados al universalismo abstracto por el multiculturalismo y el nacionalismo de las naciones sin Estado.

Me pregunto ¿por qué este modelo que presenta una sofisticación conceptual superior al multiculturalismo liberal ha sido olvidado cuando la hegemonía del multiculturalismo y el nacionalismo minoritario liberal impiden, por sus límites ideológicos, la conceptualización de los derechos colectivos en los estados plurinacionales?

He aquí un reto a la izquierda socialista: ¿Por qué tomar una posición subordinada cuando se tienen los elementos conceptuales para presentar alternativas más apropiadas a la coyuntura actual?

CONCLUSIÓN

En conclusión, creo haber argumentado que el universalismo abstracto jacobino y el liberalismo procedimental, que reconoce el derecho de las personas y no de las comunidades culturales, no responden a las necesidades del mundo globalizado.

La creciente autonomía de las naciones sin Estado y el desarrollo paralelo del multiculturalismo presentan una alternativa al modelo opresivo del Estado-nación.

El pensamiento socialista tuvo en el modelo de autonomía cultural nacional una respuesta a estos problemas, una respuesta que la tradición socialista contemporánea ha olvidado, permitiendo la hegemonía liberal cuando ésta no puede responder a todos los desafíos.

El socialismo tendría, en una adaptación del modelo de autonomía cultural nacional a las circunstancias del siglo XXI, una respuesta más sofisticada a la necesidad de integración de naciones y comunidades étnicas a los Estados plurinacionales contemporáneos.

9

Identitatea aro globalean. Euskal begiratu bat

Joseba Azkarraga Etxagibel

IDENTITATEAREN ERAIKUNTZA, BALDINTZA MAKRO-ESTRUKTURALEN BAITAN

Nor naiz ni? (ikuspegi sinkronikoa)

Nor naiz ni galderari gaur erantzutea ez da hain erraza. Erraza behar luke: batetik, geure burua dugulako beste inor eta beste ezer baino gertuago; bestetik, inoizko hankabikorik erreflexiboenak garelako. Baina ez, beharbada sekula baino zailagoa da. Ikus dezagun, ezer baino lehen, galdera horrek zer hartzen duen bere baitan.

Hasteko, nortasuna bi eratako materialek osatzen dute:

- Ezaugarri/atributu partikularrak (norberarenak ez beste inorenak): karakterio-logikoak, psikologikoak, norbere biografia partikularra, harreman intimoen sare pertsonala.
- Pertenentzia sozialak (sozialki partekaturikoa): norbanakoa hainbat kategoriatan, talde eta kolektibo sozialekin identifikatu ohi da (generoa, klasea, nazioa, futbol taldea, profesioa, hizkuntza-komunitatea...).

Sozialki partekaturiko zati horrekin gertatzen ari dena interesatzen zaigu nagusiki. Baina, aurrera jarraitu aurretik, kontuan hartzekoak dira ondokoak:

- a) Pertenentzia kolektiboak 'eredu kultural' bat partekatzea ohi dakar (sinesmenak, erritualak, dogmak).
- b) Norbanako guztiok kategoriatan bat baino gehiago daramagu geure barruetan (euren artean kontraesankorrak ere izan daitezke), eta kategoriatan batzuk beste batzuk baino garrantzitsuagoak/ikusgarriagoak dira.
- c) Identitate-oin batzuk lo, edo erdi lo, egon daitezke —«identitate potentzialak»—, eta beste batzuk oso aktiboak izan daitezke —«identitate politizatuak»—. Azken hauetan, identitate-oin bat azpimarratzen da garrantzitsuen bezala, ekintza kolektiboa antolatzeko oinarri gisa hartuko da: zapatisten

mugimenduak identitate etnikoa politizatu zuen 1994an; mugimendu gay-lesbikoak 70-80 hamarkadan; euskal nortasunak XIX. mende bukaeran forma politiko-modernoak eman nahi izan zion bere aldeko defentsari (abertzaletasunaren sorrera).

- d) Pertenentzia zirkulu ugarian esku hartzeak ez du zertan nortasun indibiduala ahuldu, kontrakoa baizik (zenbat eta pertenezia gehiago orduan eta konbinazio errepikaezinagoa).
- e) Globalizazioarekin, «zentzu-mundu» horiek problematizatuak dira, prekarioak eta aldakorragoak dira, batez ere guneko urbanoetan (aurrerago sakonduko dugu).

Identitate kolektiboak giza esperientziaren muin-muinean ditugu, horien bidez funtsezkoak zaizkigun beharrak asetzen baititugu: geure buruak definitzen ditugu; pertenezia eta konpromiso lokarriak garatzen ditugu; geure ekintzak orientatzen ditugu; geure eguneroko praktikari eta bizitzari zentzua atxiki ohi diegu.

Beraz, nortasun kolektiboetan esku hartzeak garenaren muina marrazten du ikuspegi askotatik:

- Material kognitiboz hornitzen gaitu (helburuak, dotrina, ideologia, programa, historia, memoria...).
- Atxikimendu emozionalak ere mugiarazten ditu.
- Ekintza autonomorako gaitasuna ekar dezake (auto-zentramendua, subjektu beregaina).
- Beste aktoreekiko diferentzia dakar (oposizioz eraiki ohi dira).
- Besteen aitortza soziala lortzen da (eremu publikoan nor izanik).
- Eta, azkenik, elkarrekintzarako eta komunikaziorako eremuak dira.

Beraz, norbaitek zalantzarik balu: identitateez jardutea, giza esperientziaren muinaz jardutea da.

Nor naiz ni? Erantzun-molde ezberdinak historian zehar (ikuspegi diakronikoa)

Identitatea definitzeko saiakeran ari dela, Stephen Frosch-ek zera dio:

Euren identitateak garatze aldera, gizandreak eskura dauden errekurso kulturalak erabiltzen dituzte, bai gertuko sare sozialetan daudenak nola, oro har, sozietatean eskura ditugunak. Ondorioz, inguru soziokulturalak dituen kontraesanek eta errekursoek ezinbestean dute inpaktu handia identitatearen eraikuntzan.

Identitatea definitzeko molde horrek agerian uzten du identitatearen eta kulturaren arteko harreman estua. Identitatea, eskuragarri dauden bitarteko kulturekin eraiki ohi den produktua denez, kultura tradizionalak identitate tradizionalak sortu ditu, kultura modernoak identitate molde modernoak, eta kultura posmodernoak

identitate posmodernoak sortuko ditu. Zein da, bada, kultura posmoderno deiturikoaren esentzia?

Galdera konplexua bada ere, aurreratuko dugu ondoko ezaugarria muinean duela: kultura posmoderno kultura zatikatua da, fragmentatua. Ondorioz, gaurko norgintza prozesuaren ezaugarri nagusia zera da: hautatzeko aukera ugari ditugu gaurko norbanakook. Bizi-estiloen gaineko preferentziek ordezkatu dituzte klase sozialak eta bestelako «txoko» kolektibo batzuek ezarritako gustuak, hautuak, portaerak eta bizi-orientazioak. Ikuspegi horretatik, identitate posmoderno kultura posmoderno zatikatuaren luzapen naturala litzateke.

Jenö Szüks izeneko historiagile hungariarrak dio galdera hori berori 1300-1500 urte bitartean Frantzian edo Hungarian egin izan balitz, erantzuna honen antzekoa zatekeela:

Lehenbizi, Erromako Eliza Santukoa da bat; bigarrenik, jauntxo feudalen baten menpekoa, bretoia edo Zala kontatukoa [gaurko Hungariako lurraldea]; hirugarrenik, zalduna, hiritarra edo nekazaria; laugarrenik, frantses edo hungariar koroaren menpekoa; eta, soilik azken buruan, hungariarra edo frantsesa (azken honek soilik balioko luke, gainera, Frantziako Iparralderako).

Irakurketa historiko horren arabera, sasoi horretako eraikin identitarioan osagai hauek leudeke, hurrenez hurren: erlijioa; erregioa/herria (seguruenera, baita hizkuntza ere); posizio soziala; koroa; nazioa (azken hau, beharbada). Ostera, galdera bera XIX. mendean egin izan bagenu:

Lehenbizi, norbanakoa frantsesa da (edo hungariarra); bigarrenik, katolikoa edo protestantea, ezkerrekoa ala eskumakoa; hirugarrenik, bretoia edo Zala kontatukoa; laugarrenik, klub bateko kide, futbol talde baten jarraitzaile, etc.

Hurrenez hurren: nazioa; erlijioa/politika; erregioa/herria; elkartea.

Bistakoa da «nor naiz ni» galderak —beharbada ez dago galdera barrenkoagorik—, erantzun igualak izan ez dituela historian zehar (kontu egin behar dugu, gainera, mundu tradizionalan galdera hori seguruenera ez dela planteatu hain modu erreflexiboan, datu 'naturala' baitzen).

Gizarte Zientzietan ohikoa bihurtu zaigu hiru aro historiko handi bereiztea: tradizionala, modernoa, eta moderno berantiarra (posmoderno deitzen diote askok, baina, orain ez zaigu interesatzen modernitate haratagokoa ote den gorpuztu zaigun mundu berria, ala modernitatearen bertsio eraberritua). Jenö Szüks-ekin ikusi dugun moduan, identitatearen ikuspegitik ere hitz egin daiteke hiru aro historikoz.

- a) Tradizio-mundua. Gizarte tradizionalan, baserri giroan alegia, identitatea talde-taldeen definitzen zuen (pertenentzia sozialek garrantzia gehiago zuten giza nortasunaren dimentsio karakteriologiko eta psikologikoen bano). Norbanakoaren ezaugarri psikologikoen bano garrantzia gehiago zuten herriak, baserriak edo familiak. Nor indibiduala erabat txirikordaturik zegoen talde-taldeenarekin (nor kolektiboekin). Durkheim-ek esango lukeen bezala, kontzientzia kolektiboa kontzientzia indibidualaren gainetik dago, berau estaltzen

du. Eta, hori dela-eta, giza nortasuna eratzea errazagoa zen. Bere zailean, prozesu sinpleagoa. Hein handi batean, emanda baitzeturren. Eta, behin jasota, estatikoagoa zen. Normalean nork bere egiten zituen kulturalki ezarritako rolak, emanda zetozen horiek, gurasoek eta aiton-amonek eskuraturiko berberak, hein batean.

- b) Sozietate modernoa. Gizarte industrialarekin identitate-oinak aldatu ziren: Klasea, Nazioa, Generoa eta gisako kontzeptuak erabili ditugu geure nortasuna egikaritzeko (esan bezala, norbere identitatea, indibidual eta kolektiboa, garai historiko bakoitzak eskura jartzen dituen errekurtsio kulturalarekin eraikitzen baita).

Ulrich Beck-ek ondo dioen moduan, sozietate industrialarekin indibidualismoak bidea egin zuen (lehen indibidualizazioa), baina egon da taldetasunerako tokirik. XX mendeko txoko kolektiboek (klasea, nazioa, generoa, familia...) eman digute bizitzeko pista kolektiborik. Eman digute errekurtsorik jakiteko zer pentsatu, zein jokabideri lotu, nondik jo, zelan bizi, zelan antolatu geure biografiak. Finean, zelan erantzun nor naiz ni galderari.

Kontzeptu kolektibo horiek zedarrituko dute erabaki indibidualen errepertorioa. Jokabide eredu batez hornitu dute norbanakoa. Ibilbide biografikoa antolatzeke mapa argi bat eskaini dute, aldapa eta errebueltekin, bidezidor eta helmugekin. Fienan, gizarte industrialak errekurtsio kultural batzuk eman zizkion norbanakoari. Komunitate tradizionalatik egotziak bai, baina norbanakoek bestelako txoko kolektiboetan aurkitu dute sosegua.

- c) Moderntitate berantiarrean norbanakoari kolokan jarri zaizkio mundu industrialak artikulatu zituen segurtasunak/ taldetasunak. Aurrerago sakonduko dugu. Aurrez, labor aipa ditzagun testuinguru sozial eta historiko berriaren zenbait ezaugarri.

ARO GLOBALAREN ZENBAIT EZAUGARRI

Giza nortasuna baldintza makro-estrukturalen baitako produktua izanik, gaurko baldintzak zeintzuk diren aztertu behar. Apunte batzuk aipatuko ditugu, besterik ez.

- a) Posmodernotasun kulturala

Esan dugu identitatea eskura ditugun errekurtsio kulturalarekin eraikitzen dugula. Bada, ikuspegi kulturaletik, postmodernitatea marko sendorik eza dela esan ohi da: erlatibismo morala; indibidualismo amorratua; esperantzazko proiektu kolektiboak meheturik dituen sasoa. Arauen ordeztu, iradokizunak ditugu; behialako interpretazio sendoak hipotesi bilakatu zaizkigu; konbikzioak, gustu kontuak dira. Gaurko gizarteek konplexutasun moral, sozial eta kultural handiagoa dute: pluraltasuna, alegia; eta ezin dugu balore sistema bakar batez berba egin (polizentrismoa; hainbat dira «katezismo partzialak»).

Pluraltasunaren tesia ñabartu beharrekoa bada ere, bere inpaktu soziopsikologikoa ez da nolana hiko: autoritate ezak sortzen duen sakoneko egonezina. Giddens-ek zera dio:

Hutsaltasun pertsonala —sentitzea bizitzak ez daukala ezer baliozkorik eskaintzeko, alegia— modernitate berantiarreko garaian funtsezko arazo psikiko bilakatu da. Fenomeno hau honela ulertu beharko genuke: eguneroko bizitzak planteatzen dituen auzi moralak erreprimitzen dira, berauen erantzunak ukatuz. «Isolamendu existentziala», gizakien arteko bereizketa baino areago, existentzia plenoa bizitzeko beharrezkoak diren baliabide moralen ukazioa da.

Ez da zentzu krisi absolutu bat. Ez da katastrofe sinbolikoa. Askok aurkitzen dute kolpea amortiguatzeko modurik. Gizarte (pos)modernoek badute zentzu-produkzioan eta transmisioan espezializaturiko instituzioak, «zentzu-irlak», naufragoentzat salbazio taulak, nolabaiteko flotagailuak. Baina, baldintza bat bete behar horretarako: ezin dira inposatuak izan. Azken batean, «zentzugintza» igaro da instituzioen lana izatetik norbanakoaren lana izatera.

Ondorioz, definizio guztiak norbanakoen esku geratzen ari direla esan ohi da. Lehen, pertsonen biografietako ibilera, drama, arrisku edo anbibalentziak, horiek guztiak familia barruan bizi ziren; edo komunitatean; edo ondo zedarritutako klase sozial eta arau kolektiboen atarpean. Ondorioz, biografia pertsonalaren zati luzea kolektiboki administratzen zen. Semantika kolektibo batek laguntzen zituen bizi-traiektuak, hitz esanguratsuz hornitzen zituen traiektuok. Material dentsitate bat bazegoen biografia indibiduala eraikitzeko. Gaur mapa kolektibo sendoak eskas ditugu; ditugunak prekarioagoak, aldakorak, behin-behinekoagoak dira. Norberak bere biografia propioa pentsatu, eszenifikatu eta inprobisatu beharra dauka. Hautaturiko biografiak dira (Beck).

b) Lurraldegabetzea

Orain arte espazio territoriala izan da pertsonak eta komunitatea biltzeko marko fisikoa. Lagunak, familia, lana, den-dena gertatu da topos fisiko ongi zedarratuan. Lurralde jakin batean erroto eta eraiki da giza esperientzia.

Gaur ahulxeago dugu espazioarekiko lokarri hori, garrantzitsua izaten jarraitzen badu ere, noski. Kontua da des-lokalizatu egin direla fluxu finantzarioak, komertzialak, teknologikoak, komunikazionalak, migratoriak eta kulturalak. Esperientziaren zati bat beste nonbait gertatzen ari da. Giddens-ek «aingura-galtzea» deitu dio: harreman sozialak hein batean emantzipatu dira eremu fisiko-lokaletik; tokiko zirkuntantzietatik erauziak izan dira, bestelako denbora-espazio koordinadetan antolatuak. Horixe da lurralde-gabetzea: eguneroko bizitzako hainbat esperientziek galdu dute euren ainguratze fisiko-lokala.

Honek ez du esan nahi derrigorrez gertatu behar denik des-kulturizazioa eta identitate galtzea. Lehengo nortasunak antola daitezke bide berrietatik: Anjel Lertxundi euskal idazleak 'zortzigarren euskal probintzia' deitu zuena, demagun. Esaterako, gizarte berrian gaurko inmigrante berriek segitzen dute euren jatorrizko komunitatearekin identifikatzen: lokarri materialak eta sinboliko-komunikazionalak inoizko opa-roenak dira (teknologiari esker).

Nolanahi ere, globalizazioak badakartze ekarri merkatu, komunikazio-sare eta zirkuitu kultural berriak, espazio lokal eta nazionaletik haratagokoak. Ondorioz, kanpora begira permeableagoak egin gara. Eta barrura begira, mugak mugikorragoak dira.

Globalizazio kulturalak zera ekarri du: kultura eta identitateen arteko interkonexio hazkorra; informazio eta sinboloen fluxuak eskala globala du. Eta objektu kultural «lurreldegabetuak» ditugu: Parisen tango argentinarra eta Los Angelesen Kubako salsa. High School Musical munduko hainbat umeentzat da erreferentzia, euskal umeak barne; gure umeek, beraz, AEBetako sozializazio produktu antzekoak kontsumitzen dituzte. Ikuspegi nazional monolitikotik, zera nagusitu zaigu: disgregazioa, fragmentazioa, anomia. Inoiz baino posibleagoa baita nortasun lurreldegabetuak eraikitzea (zati batean, behinik behin).

Dena den, ximplekeria da dibortzioaren tesia (lokala vs. globala). Ximplekeria da pentsatzea zirkuitu globalek euren mende hartu dituztela tokiko bizitza lurrelde-dunak. Espazio birtualak ez ditu menpean hartu aurrez aurreko interakzioa (bizi-espazio lurrelde-tua). Oraindik hortxe ikasten dira baloreak, arauak; hortxe gertatzen da sozializazio prozesuaren zati garrantzitsua. Nagusiki hortxe eraiki ohi dira bizi-proiektuak, zentzuak eta identitateak. Hortik dator *glokalizazioaren* ideia: tokiko munduaren artikulazioa ezaugarri funtsezkoa da globalizazioan. Eta territorio nazionala bir-artikulatzeko joerak ere bizi ditugu.

c) Denboraren indibidualizazioa

Espazioaz gain, globalizazioak denbora ere aldatu du:

Denboraren azelerazioa eragin du, batetik.

Orientazio aldaketa, bestetik. Sozietate tradizionalak iraganean zuen erreferentzia nagusia. Modernoak, ostera, geroan. Sozietate moderno berantiarrak iragana blokeaturik du eta etorkizuna jausi egin zaio: orainaldiaren gainkarga baino ez zaio geratzen, baita bere kontsumo obsesiboa ere (biziera kontsumista funtzionala). Kontu egin behar da identitate (sendo) orok izan duela memoria partekatua (iragan sendoa) eta etorkizun-ikuspegia (proiektzio sendoa). Nabarmena da, beraz, trasfondo historiko barik eta etorkizunera proiektatu gabe, zailagoa dela identitate kolektiborik eraikitzea (identitate sendorik eraikitzea, behinik behin). 'Orain eta hemen' formularekin eraki behar baitira identitateok.

Eta, aurrekoarekin loturik: indibidualizatu egin dira iragana (memoria) eta etorkizuna (espektatibak). Biografia indibidualek desplazatu egin dute historia kolektiboa eta etorkizunerako egitasmo politikoa. Ondorioz, identitate sozialak ahuldurik ditugu.

d) Marko post-nazionala

Gauzak horrela, figura humano posmoderno, esperientzia zatikatuen bilduma bat da. Esperientzia ezberdinei ezin die zentzua, koherentzia eta batasuna eman. Identitate konpartituen ebarizazio geldoa dugu emaitza gisa.

Eta marko post-nazionalaz hitz egitera pasatu dira batzuk: ondasun material eta sinbolikoen zirkulazioa globalizaturik, pertenezia nazionalak lausotu omen dira. Espazio sozial, ekonomiko, politiko eta kultural nazionala ahuldurik legoke. Multikulturalismoak eta multietnizitateak auzitan jarri dute 'gizarte nazionala' bera, hein batean.

Indibidualizazioak, gainera, desnazionalizazioa dakar. Biografia partikularrak osatzeko markoa ireki da, eta ahuldu dira identifikazio nazional klasikoaren lokarriak (erlatibizatu dira pertenezia eta errotze sentimenduak).

IDENTITATEA ARO KAPITALISTA GLOBALEAN

Mundu globalizatua hizkuntza gutxituen ikuspegitik

Globalizazioarekin identitateei zer gertatzen ari zaien, hainbat tesi dugu horren inguruan. *Homogeneizazioa* gertatzen ari dela, identitateena eta kulturena, horixe dugu tesietako bat (ondoko gertakariak gailendu baitira: kultura mediatikoa, merkantilismo orokortua, kontsumismoa). *Fragmentazio kulturala* da beste tesi bat: aniztasuna da nagusi, baita nolabaiteko «balkanizazioa» ere. Bestetik, indibidualizazioak batasuna galtzea dakar. Azkenik, zenbaitzuek *hibridazioa* nagusitzen ari dela esango dute.

Nago hizkuntza gutxituen betaurrekoekin ikusteak lagundu dezakeela hobeto ikusten gaurko globalizazioak zer dakarren. Euskarak 800.000 hiztun inguru izanik, munduan gehien hitz egiten diren hizkuntzen %10en artean dago, harrigarria badirudi ere. Oso urruti dago hiztun bakarra duten 100 hizkuntza horietatik. Eta oso urruti, 100 hiztun inguru dituzten 1.000 hizkuntza horietatik. Hamabost egunetik behin hiltzen da hizkuntza baten azken hiztuna. Bestela esanda: sekula ez dira hizkuntza-komunitateak desagertu orain desagertzen ari diren erritmoan. XXI. mendeak, eta beroni jositako globalizazio hazkorrak, kulturen anikilazio masiboa dakar, pluralismoaz horrenbeste hitz egiten den bitartean.

Halere, munduan gehien hitz egiten diren hizkuntzen %10en artean bagaude ere, nabarmena zaigu guk geuk ere bizi-desafio batean segitzen dugula. Nabarmena da aipaturiko mintzaira horien mina gurea ere badela. Eta lanak izango ditugula ez egoteko hurrengo 100 urteotan desagertuko diren 3.000 hizkuntza-komunitateen artean (UNESCO-k berak aitortzen duen moduan).

Sozietate industrialeko txoko kolektiboak pitzaturik

Irakurketa ezaguna da soziologiaren eremuan: gaurko norbanakoari kolokan jarri zaizkio mundu industrialak artikulatu zituen segurtasunak. Aterpe kolektiboetan sosegu handi eta definitiborik aurkitu ezinik dabil. Gizarte industrialeko biziera eta instituzio klasikoaren disoluzioa bizi dugu (estatua, klasea, sexu rolak, familia nuklearra, talde etnikoa...). Berrito ere, kapitalismoaren hastapenetan bezalaxe, libre bezain babesgabe. Aterpe sinbolikoak garesti eta baita norbanakoen arteko babes-loturak ere. Lehengo kontzeptu orientatzaile seguruek hilerri semantikoa osatuko balute bezala.

Lehen kapitalismoak gizarte tradizionalako lokarri komunitarioak deuseztatu zituenean bezala, badirudi faltan ditugula jendarteak eskura jarri ohi dituen mapa kultural-psikikoak, lauso ditugula bizitza antolatu, biografiak pentsatu eta bizi-traiektoriak kudeatzen laguntzeko baliabideak. Beharbada horregatik dira salduenak auto-laguntza liburuak. Gaurko modernitate berantiarra, beraz, zentzu eta identitate (sendoen) krisiaren jokalekua da. Sententzia gogorra jaurti zuen Manuel Castells-ek: «Partekaturiko identitateen disoluzioa izan liteke gure garaiotako oinarritzko erradiografia.»

Gaurko ezaugarri nagusia likidotasuna dela dio Bauman-ek. Lehen harriak bezalakoxeak zirenak (nazioa, subjektua, identitatea) likidotu egin zaizkigu. Norbere nortasunaren kudeaketan ere likidotasunak agintzen du inoiz ez bezala.

Globalizazioa «hemen barruan»

Globalizazioa ez da soilik «hor kanpoan» gertatzen ari den zerbait (mundu finantzarioan, produktiboan, teknologikoan, politikoan...). «Hemen barruan» ere inplikazio garrantzitsuak ditu: geure bizitza intimo eta identitarioan eragiten duen gertakaria ere bada. Geure eguneroko esperientziak aldatzen ari dira. Aldatzen ari dira geure buruen gaineko pertzepzioa, norbanakoak bere buruarekin duen harremana, eta besteekin ditugun konexioak.

Emozionalitate jakin bat ere instalatu zaigu XX mende amaieratik aurrera. Baikortasun ilustratutik urruti, beldurra, kezka eta ziurgabetasuna nagusi dira «arriskuaren gizartean»: arrisku teknologikoak, finantzarioak, ekologikoak eta baita eguneroko bizitzari jositakoak ere, maitasunak, enpleguak eta identitateak galdu baitute izaera behin-betikoa.

Identitateak gaur mundu akademikoan eskuratu duen garrantzia hortik irakur daiteke: gaurko ziurgabetasunari aurre egiteko izenetako bat litzateke. Jendea pertenezia bila ari da hain aldakorra den munduan. Solidoak eskastu eta likidotasunak inbaditzen gaituen honetan, jendeak ainguralekuak nahi ditu, denbora eta espazio koordenada seguruak, memoria historikoa eta kidesuna.

Identitateak gaur duen garrantzia ez dago eztabaidan, beraz. Ikusi besterik ez dago azken urteotan zenbat idatzi den munduko unibertsitateetan. Interes akademikoa izateaz gain, interes politiko eta etiko handia du identitatearen gaiak. Izan ere:

- Identitate kolektibo desegituratuak —edo desegituratze prozesua bizi duten identitateak— nonahi ditugu globalizazioarekin. Errekurtsio kultural globalizatuek ukondokadaka baztertu dituzte errekurtsio partikularrak. Amazonaseko tribuetara heldu da telebista, nolabait esateko. Identitate gutxituko parte izatea, ondorioz, esperientzia aski hedatua da gure munduan, horrek suposatzen duen guztiarekin: gutxituak kopuruz, baina normalean gutxituak auto-estimuz, etenda geratu baita nortasun kolektibo positiboa elikatzen duen fluxu sozioafektiboa. Halakoetan, gutxiespena filtratu eta auto-gutxiespen bihurtzen da, heriotz mekanismoak barneratu direlarik; dominazio estrategiek lana ondo egin dutenaren seinale. (Bestela esanda: botereak identitate kolekti-

boetan euretan instalatu dira, barruan josita geratu dira, eta hortik operatzen dute; jakina da askoz eraginkorragoa eta merkeagoa dela jardunbide hori.)

- Bestetik, erreakzio gisa edo, autoafirmazio mugimenduak ari dira gertatzen aro globalean: mugimendu erlijiosoak, nazionalak, kulturalak... Estandarizazioaren eta galeraren aurreko erreakzio defentsiboak ei dira, askoren ustean. Piztu da behar bat biltzeko norbere historian, erlijioan, lurraldean edo hizkuntzan. Badira muturreko erreakzioak ere bai, era askotako fundamentalismoak (mundu tradizional zaharraren gainbeheraren aurrean sentitzen den beldurra eta beldur honek eragiten duen segurtasun eskaria). Kultura ezberdinen artean interkonexio hazkorra bizi dugu, teknologia berriei esker, besteak beste. Eta badirudi hainbat logika ditugula indarrean (ikusi behar etorkizunean zein logika gailentzen den non eta zein intentsitatekin): 'ekumenismo kulturala' edo kulturen arteko koexistentzia pazifikoa (multikulturalismoa); kulturen arteko hibridazio partziala; eta 'fundamentalismo kulturala' (norbere baitan ixtearen aldeko joera).

«Ni Proiektua» (edo egoaren metastasia)

Beck-ek dioen moduan, geure testuinguru mendebaldar aberatsean, gaur, egon badago identitatearen aldeko borroka bat, baina, zirikusi gutxiago du klase-identitatearekin, nazio-identitatearekin, edo bestelako identitate komunitarioen aldeko borrokaekin. Hegemoniko bihurtzen ari zaigu nor indibiduala termino indibidualistetan eraikitzearen aldeko borroka: «Ni Proiektua». Horixe da harrotzen ari den indar kultural berria. Eta arin hedatzen, nagusiki gazteengan eta kapital kultural-sinboliko-educatibo gehien duten sektore urbanoetan. Hau da, arin hedatzen ari da etorkizuneko gizartea kulturalki funtsatzeko ahalmena duten sektoreetan.

Baumanek ederto laburbildu zuen «indibidualizazioa» zer den: giza identitateak —nor naiz ni galderak— utzi dio «datua» izateari eta «zeregin» bilakatu da. Norbakoak aktiboki eraiki beharreko kontu bihurtu da (inoizko neurririk handianean), ezer gutxi etorriko baita emanda. Ondorioz, aktoreen bizkarrera kargatzen dira, zeregin horren zama ez ezik, protagonisten jardueraren ondorioak. Eta, adi honi, joku horretatik gutako inor ez da salbu geratzen; gaur indibidualizazioa ez baita aukera, guztion destinoa baizik (besterik da zein intentsitate izango duen).

Indibidualizazioa zenbat eta gehiago harrotu, zenbat eta gehiago pribatizatu bizitza, orduan eta gehiago kostatu ohi da kideak baturik mantentzea familian, nazioan, klasean, hizkuntza komunitatean, kultur elkarteetan, edo ostegunetako mus partidan. Zailagoa da bi norbanakok frekuentzia bera sintonizatzea. Txoko kolektiboak hauskorragoak dira, ondorioz.

Hautamena oinarri

Norgintzak lege nagusi bat jarraitzen du gaur: hautamena (hautatzeko ahalmena). Hautatu ahal izatea, horixe da gure sozietatearen balio nagusia. Kontsumo ari-

naren logika posmoderno instalatu da baita norgintzaren eremuan ere. Identitate asko hautatu eta kontsumitu daitezke. Eta identitate bakarrari eustea, garaiz kanpoko hautu zaharmindua izateaz gain, itsusia da, pobrea da, eta fanatikoaren hautua da. Nortasunaren gestio autonomora gara deituak, hautamena eskuetan. Norbanakoaren bizi-traiektoriak gero eta gutxiago dira kanpotik ezarriak (bistatik galdu barik, merkata delata norgintzan izugarri agintzen duen «kanpo» faktorea).

Gauzak horrela, arazoa bestelakoa da. Modernotasunak identitateak eraiki, finkatu eta solidotu nahi zituen. Gaur, ostera, identitateok solidotu ez daitezela, etengabe irekita gera daitezela, horixe dirudi egitasmo azkena.

Aipaturiko hiru Aro historiko bakoitzari logika bana dario, Apodakak ondo erakusten duen legez:

- Sozietate tradizionaletan, IZAN logika dugu nagusi: jasotakoari atxikitzea, oinordetzan hartutakoari eusteko logika.
- Sozietate modernoetan, EKIN logika: kidetasuna eraikiko da nazio modernoaren ideiatik abiaturik; ekinez eraikiko da (nazioa pertsona helduen hautazko hitzarmena litzateke). Modernotasunaren diskurtsoaren eraginez, euskara eta euskal nortasuna eraman genuen eremu pribatu-femeninotik (tradizioa) eremu publiko-maskulinora (modernitatea). Euskal nortasuna politizatu egin dugu, etxetik plazara jalgi dugu. Euskal nortasunaren definizio moderno-abertzalerik egon ez den tokietan —abertzaletu ez diren lekuetan— ikusi besterik ez dago zein den euskararen egoera.
- Sozietate moderno berantiarretan, HAUTATU logika gailentzen ari da: hautatze-ekintza indibidualen bidez lorturiko bereizgarritasuna. Kontsumo indibiduala eta hiper-kontsumismoaren logika: hautatu, etengabe hautatzen jarraitzeko, gauzekiko lotura iragankorra garatuz.

Garrantzitsua zaigu ondokoa: hiru logika horiek bizirik diraute gure artean, bakoitzaren neurria da aldatu dena. Geure identitateetan badugu jasotako zatia (talde primarioen eskutik, nagusiki familia); badugu lorturiko zati bat (familiarik kanpo, talde sekundarioen eskutik); eta badugu norbanako gisa hautaturiko zatia. Kontua da azken hau hazten ari dela: hautaturiko zatia zati hazkorra da nor indibidualaren konputu orokorrean. (Ahaztu barik norbanako orok ezin duela edozer hautatu.)

Gauzak horrela, esandakoa, arazoa bestelakoa da gaur: Modernotasunak identitateak eraiki, finkatu eta solidotu nahi zituen; gaur, ostera, identitateok solidotu ez daitezela, etengabe irekita gera daitezela, horixe da egitasmo azkena.

Identitate arinak, deszentratuak, zatikatuak

Indibidualismo garaian lokarriak badira izan, jakina, inork ez du esango lokarri ororen deuseztea bizi dugunik. Kontua da bestelakoak direla lokarriaren irismena, iraupena eta derrigortasuna.

Irismenari dagokionean, partekaturiko identitateak *partziala(goa)k* dira. Identitate-oin bakar batek ez du pertsonaren nortasuna goitik behera definitzen. Seguruene-

ra, identitate-osagai (kultura) batek ez gaitu inoiz osorik bizi izan, baina, orain, sekula baino gutxiago.

Denbora ardatzari dagokionean (iraupenari): *iragankorra(goa)k* dira. 'Epe luzeko konturik ez', horixe da gaur bizitza antolatzeke darabilgun lelo nagusietakoa (Sennetek ederto deskribitu zituen gaurko kapitalismoak dituen efektu psikosozialak). Behin behinekotasunak agintzen du bizitzan: lan merkatuan, maitasunean, baita identitatean ere. Gaurko kontsumo produktuen antzera, iraungitze data programatua dute lanak, maitasunak, baita identitateak ere. Horregatik esaten da trasbestismo etengabe bizi garela.

Izaerari dagokionean, jada esandakoa: *hautazkoa(ago)k* dira.

Identitateak hartu duen izaera arinaren ondorioz, identitateari loturiko eduki soziokognitiboak ez da derrigorrez loteslea; hots, sinesmenek ez dute kontzientzia indibiduala menpean hartuko. Soziologian kontu ezaguna da: sinesmenek ez naute eramango, nik neuk gidatuko ditut, neuk erabiliko ditut 'Ni Proiektua' elikatzeke. Gure arteko zenbait kristauek nolabaiteko admirazioa sentitzen dute beste zenbait erlijio-tako fededunen aurrean, haiek mantentzen dituztelako sinesmenak, erritualak, eta baita hauei loturiko konpromiso praktikoak ere. Horiekin alderaturik, gaurko kristauak 'bigunak' dira, ez dira erritualetara gehiegi lotzen, are gutxiago erritual gogorretara. Elizaren maximek ez dituzte euren bizitzak gidatzen. Alegia: printzipio erlijiosoko kolektiboak ez daude euren kontzientzia indibidualaren gainetik.

Modernitatearen garapenarekin, atzekoz aurrera jarri zaizkigu zenbait gauza, baita identitatearen alorrean ere. Esan bezala, dagoeneko arazoa ez baita norbanakoak zelan itsatsi taldera (identitateak zelan finkatu eta solidotu), baizik eta zelan saihestu identitateok solidotzea; zelan lortu identitateok etengabe irekita geratzea, osagai berriak eskuratu ahal izateko aldaketa etengabeek agintzen duten erritmora.

Ez dira leialtasun handietarako sasoiak, bistakoa da. Hegemonia kulturalaren jabe den gizarte sektoreak ezarri du bere egia: lokarriak traba dira, identitate-lotura sendoegiak ere bai, puntu batetik aurrera norbanakook behar dugun elastikotasuna sakrifikatzen baitute, edo gure benetakotasuna kaltetu. Eta gaur *gizaki-txikle*a da behar dena, erraz tenkatu eta uzkuertzen dena, samur luzatu eta biltzen dena, kanpoexijentziei behar bezala doituz. Gaur ez dago modan oso-osokoa izatea, baserritarrak estimatzen zuen nortasun eredu, alegia. Biziera, jokaera eta ego-era ezberdinetarako prest egon behar dugu gaur. Gure barruak ate zaharraren karrankaren doinua aterako du bestela.

Identitatea «deszentratu» egin da: dagoeneko ez dago zentro edo erdigune jakin bat (klasea edo nazioa). Identitateak 'posizionalagoak' dira. Askoren esanetan, identitate fragmentatuak dira gaurkoak: pertsonen dagoeneko ez dute euren buruen gaineko errepresentazio bateratua, ezpada identitate anitz, sarri kontraesankorrak. Lehen «identitate nagusiak» klase soziala eta nortasun nazionala ziren, baina 60-70 hamarkadetan beste iturri batzuk agertu ziren (generoa, arraza, ekologia, adina...), panorama konplexuagoa egin zelarik.

Globalizazio prozesuak fragmentazioa ekarri du. Mugikortasuna areagotu egin da eta komunikazioak bizkortu. Estiloen eta sinboloen marketing globala bizi dugu. Ondorioz, supermerkatu kultural batean bizi bagina bezala, jendea ez dago beharturik bizi den tokiko identitatea eskuratzera: merkatu globalean hainbat identiteren

artean aukera dezake. Horren eraginez, elkarren ondoan bizi direnak, edo/eta talde sozial berekoak direnak, identitate erabat ezberdinak izan ditzakete.

Eta «kleenex» itxurako identitateen garaia da gurea: erabili eta bota. Sartu-irten ugariak egiten dira hainbat txoko kolektibotan (zurruntasuna galdu dute, tinkotasun gutxiagokoak dira). Gure barne-munduak hainbat lurralde identitariotan isuri ohi du bere pertenezia desioa. Eta irteteak sartzea bezain erraza behar luke. Apostata profesionalak bihurtu gara.

Habi batetik bestera hegan egiten duen txoria da posmodernoaren identitatea: hegal handiak eta gorputz txikia du; pisu gutxi; arin eta bizkor ibili behar baitu batetik bestera. Ez du arranoaren antzik.

Identitate merkantilizatuak

Globalizazio ultra-liberalaren proiektuak nabarmen higitu ditu subjektu kolektibo gehienak. Norbanakoa bere bakardadean utzi nahi du, bereizita autodefinizio kolektibo sendoetatik. Eta bereizi ostean xuxurlatzen dio belarrira berak erakutsiko diola bidea, berak emango dizkiola irizpideak bidaia biografikoa antolatzeko. Eskua poltsikora sartzearen truke, besterik ez. Alegia, kontsumo ekintzen bidez baduela nortasun bat eraikitzeko aukera.

Hitz batean: ekonomia globalak, eta honi loturiko kultura posmodernoak, zentzu-gorputz egonkor bati atxikita bizitzeko aukerak eskatu ditu (erlijioa, ideologia politikoak, identitate kultural-linguistikoak, familia, lagunartea...). Eta, norbanako oro ale bakarti bihurtu ostean, zentzuz merkatuak hornituko gaituela diosku.

KRITIKA OROKORRA IDENTITATEAREN TEORIA POSMODERNOARI (EDO IDENTITATE POSMODERNOAREN TEORIARI)

Bauman beste autore batzuk baino urrunago doa: identitatea fragmentatu egin da eta, gainera, oinarri egonkor oro galdua du. Bestela esanda: hautazko kontua da eta, gainera, eginiko hautuek ez dute zertan konsistenteak izan. Norbanakoek noiznahi eta nonahi alda dezakete identitatea. Hauxe da Baumanen tesia: merkatu-logika («erosi, erabili, bota») esparru eta harreman orotarako barneratu dugu (harremanak, leialtasunak, lank, partehartzeak, konpromisoak, maitasunak, den-denak dira likidoak).

Teoriko posmoderno batzuek (eta Bauman ez da kategoria horretan erraz sartzen), muturrera eraman dituzte aipaturikoak. Eta ospatu egin dute identitate sendoen gainbehera historikoa, baita identitate ororen gainbehera ere. Edozein zentzu afirmazio ukatzeraino heldu dira, baita identitatearen beraren existentzia ukatzeraino ere. Sarri, oinarri enpiriko gehiegirik gabe eginiko baieztapenak direla dirudi. Gilberto Giménez-ek kritikatu egin ditu teoriko hauek, eta bere kritika-ildoak jarraituko ditugu geureak ere badiren erreparatuak azaltzeko.

Stuart Hall-ek fragmentazioaren tesia darabil: dagoeneko ez dago Britainia Handian klase sozialaren lehengo bizipenik, pertenezia sozialak ugaritu egin dira, eta

ez dago «identitate nagusi» bat. Baina, fragmentazioak pluraltasuna esan gura badu, nortasuna beti egon da fragmentatua (beti bizi izan dira hainbat pertenezia). Beharbada orain pertenezioak biderkatu egin dira, edo ez dira hain iraunkorrak, baina horrek funtsean beharbada ez du horrenbeste antzaldatzen esperientzia identitaria.

Nortasun «deszentratuak» ditugula esan ohi da. Hau serio hartuz gero, eskizofreniak eta pertsonalitate anitzeko nahaste psiquiatrikoak jota gaudela onartu beharko genuke. Ondorioz, zuzenagoa litzateke dimentsioaniztasunaz hitz egitea, ez «nortasun anitzez». Beste hitz batzuekin: nortasun dimentsioaniztun bakarra du subjektuak, eta berau integraturik mantentzen saiatuko da, inguruaren presio zentrifugoen kontra.

Baumanek dio nortasunak fluidoak direla. Ordea, beti jakin izan dugu identitateak aldakorrek direla. Exajeratua da muturreko likidotasuna eta prekaritatea. Izan ere, nortasun indibidual orotan daude eremu egonkorragoak (identitate primarioak edo esleiturikoak: generoa, leinua, nazioa, etnizitatea, hizkuntza...) eta eremu aldakorragoak (identitate ez primarioak: enplegua, komunitate birtualak...).

Bestetik, identitateak erabat hautazkoak direlako topikoa dugu. Identitateak harreman-sareetan eraikitzen dira eta, ondorioz, ezin dira hain hautazkoak izan. Jokoan ez dago bakarrik aktorearen borondatea: batetik, «identitate primarioek» izaera esleituia izan ohi dute; eta, bestetik, «kanpoko aitortza» beharrezkoa dute identitateek.

Gainera, boterea beti dago identitateen eraikuntzan: denek ezin dute edozer, edozein unetan eskuratu (denak ezin dira noznahi nonahi nornahi izan). Errazegi ahazten dira Marx, Nietzsche eta Freud: barruko eta kanpoko koertzioek eragin handia dute. Hots, identifikazio psikologiko inkontzienteen bidez egikaritzen da nortasuna; egitura instituzionalek eragin handia dute: aprendizaiak familian, eskolan, profesionan...; eta garai historikoak testuinguru kulturala eskaintzen digu, ezinbesteko marko bat.

Badira identitate desterritorializatuak, baina,aldi berean, bestelakoen indarra handia da. Sare mundializatuetan esku hartzea, soilik kasu batzuetan bihurtzen da identitate pertsonalaren dimentsio garrantzitsua: elite transnazionala (nazioarteko bilerak, korreo elektronikoaren erabilera intentsiboa, inbertsio transnazionalak, bidaia ugari...). Kasu horietatik harago, ez dago kultura globalik. Ondorioz, ez dago identitate globalik, ez eta identitate makro-erregional sendorik. Europako Batasunak, esaterako, milioiak gastatzen ditu europartasna sustatzen, baina lan handiak ditu identitate europarra indartzen. Funtsean ez dagoelako nortasuna elikatzeko kultura hegemonikorik, sinbolo komun sendorik, esperientzia komun trinkorik, edo memoria kolektiborik. Izatekotan, «identitate kolektibo ahulak» dira horiek, aktore kolektiboak mobilizatzeko gaitasun gutxiak. Bestela esanda: munduko populazioaren gehiengoak komunitate nazionala du identifikazio iturri. Finean, finantzarioa edo ekonomikoa ez bezala, globalizazio kulturala ahula da (teknologia berriek kultura ezberdinen arteko interkonexio hazkorra dakarte, baina, horrek ez du derrigorrez esan nahi aurreko identitate kolektibo oro disolbatzen ari denik).

Aitzitik, beharbada gertakaririk garrantzitsua ondokoa da: nortasun azpi-estatalen sorrera eta hedapena, globalizazioaren aurrean. Ondorioz, bertan behera geratu da identitate horien fatalitate sistemikoa. Desintegratzen urrun, bi gertakariak ditugu batera (Castells):

- Batetik, globalizazioa: ‘sare gizartea’, estatismoaren ahultzea, indibidualizazioa, elite kosmopolita dominatzaile berria.
- Bestetik, edentitate kolektibo indartsuak: generoa, erlijioak, etniak, erregioak... Hainbat adierazpide hartzen dute: gerrila taldeak, miliziak, erlijio kultoak, ekologismoa, feminismoa, gay mugimendua... Aurrerakoiak ala erreakzionarioak izan daitezke. Komunikaziorako teknologia berriak erabili ohi dituzte. Globalizazioaren eta honen kosmopolitismoaren aurrean, partikularismo kulturala aldarrikatzen dute, eta herrien eta berauen ingurune ekologikoaren autokontrola.

Zera esan nahi dugu, ondorioz: teoria posmodernoak irudikatzen duen subjektu indibidualizatu eta pribatizatu muturrekotik urruti samar, mundua ulertu beharko da, luzaroan oraindik, mediazio komunitario, nazional, kultural, lokal eta erlijioso ugariak dituen habitat gisa.

EUSKAL NORGINTZA ETORKIZUNEAN. ELKARRIZKETARAKO ZENBAIT APUNTE OROKOR¹

Euskal nortasunaren ordez, «Euskal Norgintza»

Identitatea ez da transmititu beharreko objektu hila. Identitatea behin betiko emanda datorren zerbait gisa ikusi beharrean, ikusi behar genuke identifikazio mugimenduen bidez etengabe eraikitzen ari den zerbait gisa. Bizirik dago, bor-bor ari da etengabe, sekula ez leku berean. Nortze prozesuak irekiak, dinamikoak eta sekula amaitzen ez direnak dira. Ez dago identitate bakarreko norbanako edo giza-talderik eta, aldi berean, bizitzan zehar eta denboraren joanarekin, lehentasunak lekuz aldatzen dira.

Ondorioz, teoriak posmodernoak izugarri exajeratzen badute ere identitatearen gaurko arintasuna, ez genuke bistatik galdu behar beharbada inoiz baino errazagoa bilakatu(ko) dela euskaltasuna uztea, edo berau nabarmen erlatibizatzea, edo norbere ukitu pertsonalarekin bizitzea. Bestela esanda: beti, etengabe eta nonahi euskaldun jarduten duen giza-ale trinkoak iraungitze data du.

Nortasun gutxituentzat etorkizuna bermatu aldera, indar zentrifugoak hain indartsuak diren sasoian jabetu behar ginateke norgintza —nortasunaren eraikuntza— sekula itxi gabeko prozesua dela. Nortze prozesua ez da sekula amaitzen, ez dago esaterik behin betiko itxi dela sentipen identitarioa. Bizirik dirau eta etenik gabe elikatu behar dira nortasuna puntalatzeko beharrezkoak diren subjektibazio mekanismoak.

1. Idatzi honetatik kanpo geratu da euskal identitatearen gaineko analisia jasotzen zuen atala, testua luzeegia zelako eta berau laburtu aldera. Hiru analisi biltzen zituen atal horrek: a) 2008ko Espainiako hauteskundeetan euskal burujabetzaren aldeko indarrek jasotako emaitzen analisi soziologiko-elektoral; b) 2008ko Futbol Eurokopa, euskal identitatearen diglosia egoera azaltzeko; eta c) «Campion Síndrome» deitu dudana (XXI. mende hasierako nolabaiteko «galera» sentimendua). Hiru analisi horiek ondoko liburuan aurki daitezke: J. Azkarraga Etxagibel, *Berandu baino lehen. Erretratuak XXI. mendeari*, Alberdania, 2009.

Hots, praxi politikoa eta kulturala antolatu beharko lirateke identitatearen izaera dinamikoa kontuan harturik.

Ber-sinbolizazioa

Etorkizunerako egitasmo sinesgarri bat izateaz gain, gure ibilbide luzearen autoirudi sendoa behar genuke; aurrerago esan bezala, ez baitago identitaterik memoriarik gabe, partakaturiko iraganik gabe. Ez daukagu horrelakorik, ez behar den beste, behinik behin. Euskal Norgintzaz ari garelarik, egin behar zaio asko leku gehiago iraganaren ber-sinbolizazioari.

Aranak mespretxua harrotasun bihurtu zuen XIX. mendean. Euskal nazionalismoak zera proposatu zuen bere hastapenetan: herri gutxitu baten heriotz-mekanismo barneratuei altoa eman eta identitate kolektibo baten autoafirmazioa (Iparraldean ez bezala; han frantsesa da mirestua, eta baldintza subjektibo horiekin zaila da euskal etxegintza sinboliko-identitarioaren aldeko ahalegina).

Gerra aurreko Euskal Pizkundeak saiakera ederra egin zuen (Aitzol, Lizardi...), gerrak moztu bazuen ere. Gerora ikastolen loraldi eraikitzaile eta ekintzailea etorri zen. «Ez dok Amairu», gau eskolak, eta testuinguru kultural-identitario zinez sortzailea. Gerra osteko loraldiaren gakoek badute mamirik: loraldi hori frankismoaren itolarrian egosi zen, espazio publikotik at zegoenean euskal identitatea, eta herri-ekimenean oinarriturikoa izan zen (ez ekimen publikoan).

Egindako ibilbidearen kontakizuna askoz lehenagotik has daiteke, jakina. Iraganaren ber-sinbolizazioa aro aurre-indoeuroparretik has daiteke (antropologoen eta genetistek eginiko aurkikuntzek aparteko heldulekuak eskaintzen dituzte). Esentzialismoan jaustea irudituko zaio baten bati, baina, bada posizio interesgarririk identitate kolektibo baten gaitasun sinbolikoa aktibatzearen eta esentzialismoan erortzearen artean. Gainera, garbi izan behar genuke kontua ez dela iragan idiliko jator bat eraikitzea. Garbi dugu ez garela esentzien jarraidura, izatekotan nahasten jarraidura garela, ukimen etengabearen emaitza, euskal kultura eta erdal kulturen artekoa. Jon Sarasuak ondo dioen legez, zenbait aspektu neurritz gora aipatzea ez da ona (esentzialismoaren arriskua); neurritz behera, konplexuarekin egiten dugu topo, geure autoirudia mozteko joerarekin (biziraupenerako beharrezkoa den identitate garapena blokeaturik).

Bada oreka gaizto bat: zenbaterainoko geuretasuna babestu, eta zenbaterainoko atxiki kanpoan diren modei. Norgintza beti egiten da bietatik edanez. Konbinazioan dago iraunkortasunaren sekretua, baita asimilazioarena ere. Geuretasuna modu obsesiboan defendatzeak, norbere baitan biltzeak eta norberarena paranoikoki babesteak, heriotza dakar. Beste muturrak, kanpokoak irentsia izatea dakar.

Zaharraren gainean sor daiteke berria, lehendabizi zaharra barneratuz; edo, bigarren aukera gisa, zaharra akabatuz sor daiteke berria. Psikologiak erakutsi digu — hobeto legoke psikopatologiak esatea — giza izatearen garapenean etenak arriskutsuak direla. Kontuak kontu, eta gogo aldaritari berriro erreparaturik, XIX. mendeko harrotasuna eta XX. mendeko ekintzailetasuna beharko ditugu. Esentzialismoetan eroriko ez den autoirudi zaindua beharko dugu, jakingo duena aitortzen iraupenari

eta iraunkorasunari loturiko kultura eta identitatea garel. Eraikitzea ahalbidetuko digun autoirudi ez perfektua beharko dugu, nolabait.

Jakina, ber-sinbolizazioak ez luke soilik iragana astindu behar (iragan luzea edo gertukoagoa izan). Izaki sinbolikoak gara eta istorioak beharrezkoak ditugu, txoriak hegala nola. Ez da eguzkiaren azpian narratiborik gabeko kultura edo identitaterik. Geuretasuna kontatzeko, izendatzeko, ahotan hartzeko, narrazio bihurtzeko gaitasuna behar dugu. Joxean Muñoz-ek zera zioen (euskal zinemaz ari zen, baina esan nahi dugunari ederki lotzen zaio): «Zinema euskaraz egiteko euskaraz bizi den mundu oso bat beharrezkoa da, ez hiztun solteak bakarrik, ez publiko potentzialak eta neurgarriak, hutsik; mundu sinboliko eta erreferentziatzko oso bat behar du euskarak, zinema egiteko bezala, bizirik irauteko. Aldi berean, irudiak behar ditu euskarak egungo mundua euskaraz bizi daitekeela sinesgarri egiteko. Euskararen lurraldetasuna ez da hutsik fisikoa. Irudien erresuma zabalean, imajinarioan, irabazi (konkistatu) behar du euskarak lekua. Geure burua euskaldun bezala proiektatzerarekin lotuta dago euskaraz bizitzaren proiektua».

Iraun ahal izateko dentsitate sinboliko nahikoa beharko dugu, baita hegemonia sinbolikoa ere. Hortik, bersinbolizazioaren garrantzia (iraganaren, orainaldiaren eta etorkizunaren ber-sinbolizazioa).

Norgintza kolektiboak beharrezkoak dira, desafio sistemikoei aurre egin aldera

Nortasun kulturalaren disolbatzailerik handiena indibidualismoa da, dudarik ez. Eta beharbada Euskal Norgintzak, bere historia guztian zehar, sekula ez dio aurre egin behar izan hain indartsua eta disolbatzailea den ezeri.

Distira handiko pulpitoetatik kritika latza egiten zaio identitate kolektiboak sendotzearen aldeko hautuari. Norbanako indibidual autentikoaren eskubideak haizatzzen dira goialde horietatik. Gainontzekoak, nortasun kolektibo ongi errotuak, norbanakoaren kontrakoak omen, eta urtikariak sortzen dituzte (galdetu bestela teoriko posmodernoei).

Euretako askok inperialismoaren kontrako borrokaren izenean esaten dituzte aipaturikoak, baita (neo)kolonialismoaren kontrako borrokaren izenean ere. Identitate nazionalak, baita identitate kulturalak ere, zerbait iluna eta susmagarria lirateke. Baina, zelan planteatu borroka anti-sistemikoa identitate plataforma sendo barik? Zelan planteatu edozein borroka (are gehiago, borroka anti-sistemikoa) identitate mugikor ahulekin?

Muskulatura identitarioa behar-beharrezkoa da planteatzen diren desafio sistemikoei aurre egiteko. Ekintza anti-sistemikoak euskarri sendoak, iraunkorrak, egonkorak beharko ditu.

Horretarako, norgintzarako sozializazio eremuak sortu, garatu, eta mimatu behar genituzke. Izan ere, formazio politikorako guneak galdu ditugu (polisari buruz jarduteko guneak): Elizak galdu zituen zirkuito horiek, eta mezu politikoei ere galduak dituzte zirkuituok. Eta ez ditu inork okupatu, merkatuak salbu. Hots, gaurko gizaki

mendebaldira kontzientzia politikoa lantzen den zirkuitoetatik kanpo dabil, eta hori ezin da ospatzekoa izan, inondik inora.

Norgintza kolektiboak beharrezkoak dira, esperientzia indibiduala politizatu aldera

Zenbait autore posmodernorentzat edozein zentzu afirmazio, baita edozein identitate afirmazio, irrazionaltasunari eginiko monumentua da, nolabait. Hitz egitekoan, egoera zehatz bati loturiko identitateez hitz egiten dute (gaztelaniazko «identidad de situación»), edo posizio zehatz bati loturikoei buruz («identidad de posición»). Hots, «identitate mugikorrez» edo «estrategikoez». *Performance* jakin batzuei begira sortzen direnak, jarraidurarik ez dutenak, leku zehatz eta denbora jakin baterako sortzen baitira. Bestelako guztiak, itsaskorregiak dira, likatsuak, koipetsuegiak.

Baina, arazoa gaur, identitate indibidualaren errepresioa ote? Ez. Arazoa gaur, instituzio gehiegia ote? Ez. Arazoa gaur, gehiegizko gutasuna ote? Ez. Arazoak, geure sozietate materialki aberatsetan, etortzekotan kontrako lekutik datoz.

Psikopatologian aski frogatua dago: minak gaur ez datoz sozietatearen gain-presentzietatik (Freud-en paradigma), ezpada ausentzietatik. Testuinguru posmoderno eta ultraliberal honetan, patologia psikikoak sekula baino gutxiago dira arau totalitarioaren ondorio; zerikusi gehiago dute aukera gehiegiarekin (eta aukeren ugaritzeak sortzen duen larritasunarekin). Gizarteak bizi duen desinstituzionalizazio prozesua (espazio publikoaren desartikulazioa), psikismo indibidualaren krisi bilakatzen da, sozietateak dituen funtzio meta-psikologikoak blokeaturik geratzen baitira.

Ondorioz, aukera kolektiboak fabrikatzea da bide askatzaileetako bat. Izan ere, norbanakoaren mundu pribatutik ezin zaio aurre egin bizitzak planteatzen dizkigun hainbat desafiori. Komunitatea behar da segurtasunez bizitzeko. Kixotezkoa da kontraesan sistemikoei soluzio biografikoak bilatzen ibiltzea. Eta adi: gaurko sozietateek darabilten dominazio moldearen oinarrian dimentsio politikoa neutralizatzearen aldeko ahalegina dago. Hau da, gatazkak kolektiboak dira, baina indibidualki prozesatuak; politikoak dira, baina eremu pertsonalean bizi dira. Norbanako desegituratuak han-hemen loratzen ari dira, ondorioz: beldurrak, kulpak, depresioak, edo antsietateak jotako subjektu indibidualak.

Ardura indibidualez zaturiko eta bizitzaren hutsaltasunaz kexu den norbanako indibidualizatuari, balio-mundu bat eskaini diezaioke norgintza kolektiboak. Mundu komunalagoa, nolabait. Biografia indibidualak narrazio kolektiboetan kokatzeko behar gorria dugu. Norbanakoek erreferentziak falta dituzte. Herri ekimenek eman ezik, markako produktuen mende geratuko dira, edo ordenaren aldeko mugimendu atzerakoien menpe.

Hiru logika historikoak Euskal Norgintzaren ondoan behar

Euskal norgintzak hiru logika historikoetatik edan beharko du etorkizunean:

Hein batean, talde primarioak beharko ditugu: fase goiztiarretan identitatearen erreproduktzioa bermatu beharko dugu (familiak transmitituriko errotiko identitateak). Beharko dugu 'bizitasun etnolinguistikoa' (euskaldun 'naturala' behar dugu eta berau sortzeko/hobetzeko hazitegiak: familiak, eskolak, lurralde-hegemoniak...). Eta beharko dugu 'bizitasun etno-identitarioa'. Hots, afektuaren efektu goiztiarra beharko dugu. Baina, agerikoa da ezingo garela horretara mugatu. Besteak beste, euskal mundu 'natural' hori aurkitzea zailagoa izango delako aurrerantzean: testuinguru homogeenak behera datoz, familiaren aniztasuna haziz doa, eta mugikortasun geografikoa gora.

Euskal identitateari proiektzio politiko modernoa eman beharko diogu (euskal identitatea estatu bihurtzeko edo, gutxienik, logika politiko-instituzionalez blaitzeko egitasmoa). Talde primarioen bidez bizitasuna lortzeaz gain, 'bizitasun sekundarioa' beharko dugu. Afektuaren efektuaz gain, arrazionalizazio politiko beharko dugu, nolabait; eta berau barnerarazteko tresneria. Historian zehar, hainbat dira ahalmen horri esker euskal kultur-gintzara, naziogintzara eta norgintzara iltzatu direnak. Nagusiki, 'euskal' kodigoak bildu eta kapitalizatu zuelako gogo askatzailea (frankismoaren kontrako borrokan, esaterako). Hots, amets erakargarria lotu zitzaion euskal patrioiari, eta etorkizunean ere beharko dugu horrelakorik.

Eta posmodernitateari darion logika beharko dugu: bizi-estiloak hautatzea egitasmo nagusi duen norbanakoarentzat, hautagai izan behar; hautagai erakargarri, alegia. Identitateen merkatuan lehiatu behar. Eta merkatuan eros daitezkeen euskal produktu kultural-identitarioak sortu behar. Ez da desafio makala: zelan indartu identitate gutxituak hautameneren logika nagusitu deneko testuinguru sozial-historikoan. Sinpleago esanda: zergatik aukeratu euskaldun izatea gaur, beharbada ingelesaren aldeko esfortzua askoz funtzionalagoa den sasoiari. 'Euskal' markak funtzionatzen ei du merkatuan, euskal labeleko produktuak kalitate berme ei dira. Antzeko balio erantsia lortu beharko ote den identitatearen eremuan.

Gaurko norgintza prozesuetan hautamena indartu dela, dudarik ez. Halere, ondokoan ere zalantza gutxi: batek errazago hauta dezake mountain-bike zale izatea, edo yoga praktikatzea, euskaldun izatea baino. Alegia, naziotasuna edo hizkuntza-komunitatea normalean ez dira izaten hain hautagarriak. Eta, ondorioz, batek errazago utz diezaioke asteburuetan mountain-bike zale amorratua izateari, edo bere nortasun indibiduala yogari ardazteari, euskalduna izateari baino. *Ergo*, ez, identitate-oin guztiak ez dira —ezta izango ere— hautagarritasun, garrantzia, irismen eta, beraz, hauskortasun maila berekoak, sarri teoriko posmodernoek iradokitzen duten bezala.

Horregatik da oraindik hain garrantzitsua lehendabiziko bi logiken aldeko hautua: «bizitasun etno-identitario primarioa», eta «bizitasun politiko-identitario sekundarioa». Izan ere, sozializazio politikoaren ibilbide arruntak bi logika horiek izan ohi ditu: afektu-sare batean txertatzen da norbanakoa, dela familian, dela lagun artean; hantxe geratzen da emozionalki iltzaturik; eta ondoren dator sentimendu konpartituen arrazionalizazioa, berau imaginario politiko eta portaera bihurtuz (ez alderantziz).

Baina, identitatea nolabaiteko hautu bihurtu den honetan, gaurko identitate ko-

lektiboentzat ez da nahikoa norbanakoak lotzea bizitzaren fase goiztiarretan (eta sozializazio sekundarioetan). Hau da, ez da nahikoa hezkuntzaren eta hasierako sozializazioaren zirkuituak okupatzea. Norbanakoaren birziklatze profesionala inperatibo historiko bilakatu den moduan (lanean, berritu ala hil), identitate kolektiboek euren xarma etengabe erakutsi beharko dute gero eta lehiakorragoa den merkatuan. Izan ere, norbanakoen atxikimenduak aldi baterakoak dira sartu-irten ugarien garaian. Eta atxikimenduok errazago jar daitezke auzitan beharrizan indibidualen arabera.

Funtsean, motibazioaren maisu-maistrak izan beharko dugu, horixe etorkizuneko puntu beroenetakoa. Gaurko norbanakoak bizi duen gain-informazio eta mezu zaldaren aurrean, zergatik egin euskararen alde? Erosoagoa eta funtzionalagoa izango da ingelesaren alde egitea. Zergatik euskaraz bizi? Mila zirkuito kultural-identitarioen artean, zein aukeratuko dute gazteek?

Motibazioan maisu-maistrak izan beharko dugu, euskalduna izateko, hots, euskal identitatearen ale izateko, intentzioa behar baita (identitate nazional-estatalen kasuan ez). Datu faktiko izatetik urruti dagoenez, motibazio intrinsekoa behar da.

Estrategia politiko orok Euskal Norgintza hondoan behar

Errealitatearen alderdi subjektibo-identitarioari duen garrantzia aitortu behar genioke. Dimentsio identitarioa ez da ezeren gainegitura, pentsabide marxista klasikoak esango lukeen moduan. Dimentsio identitarioa ez da baldintza objektiboen erreflexu soila (bien arteko interakzioak ezinbestekoak badira ere). Identitatea azpiegitura da, edozein proiektu kolektibo eraldatzaile abian jartzeko funtsezko oinarria. Ondorioz, mundu identitarioari aitortu behar litzaioke beste estatus bat praxi politikoan.

Kapitalismo globalizatuak amen batean ulertu du plano kultural, subjektibo eta identitarioak duen garrantzia: plusbaliaren erauzketa lortu aldera, eremu horretan instalatu da sekula ez bezala. Lan-indar mekanizatuak zituen mugak deskubritu eta langile orok bere egitasmoa bihotzeratzea proposatu du. Errendimendurekin, hazkuntzarekin eta arrazionaltasun ekonomiko-instrumentalarekin emozionalki inplikaturiko giza identitatea sortu du. Subjektibotasuna ekoizten jakin izan du.²

Pentsamendu eraldatzaileak erraz ahaztu ote duen lehendabiziko eginbeharra Subjektua sortzea dela. Borondate kolektiboa erakitzea, alegia. Horrela eskuratzen baita prozesu sozialak menpean hartzeko gaitasuna. Perry Anderson-ek esan zuen legez, «[Marxismoak zera bilatzen du] egitura objektibo batzuk gaintitze aldera, estrategia eraginkorrak gauzatzeko gai diren agente subjektiboak».

2. Guattari-k garbi ikusi zuen ordena kapitalista hein handi batean errealitate psikikoa dela; baita botere barneratua ere (guk geuk minutuz minutu birproduzitzen dugun errealitatea). Eta garbi ikusi zuen posfordismoa subjektibotasun jakin baten ekoizpenarekin loturiko gertakaria ere badela. Beharbada beste inork baino hobeto ulertu zuen Guattarik: «[...] nabarmena da, langile espezializatu fabrikatzeko ez dira soilik eskola profesionalak erabiltzen. Aurretiaz gertatu zen guztia dago; eskola primarioan; bizitza domestikoa; aprendizai oso bat haurtzarotik aurrera hiria bizitze-ko moduari dagokionean; telebista ikustea; hitz batean, ingurune makiniko oso baten parte izatea».

Gaur, mugimendu sozio-politiko eraldatzaileentzat ere, dimentsio subjektibo-identitarioa ez da, ezin da izan, aldaketa politiko-soziala lortu aldera kontuan hartu beharreko beste aldagai bat gehiago. Kontsiderazio askoz aberatsagoz zamatuta behar genuke subjektibotasuna eta honek duen garrantzia. «Bizitasun mikro-politikoan» (jarrerak, desioak, subjektibotasuna, harreman sozial gertukoaren sarea, memoria, atxikimendu emozionalak, portaerak, irudikapen sozialak, imaginarioa...) jokatzeko eraldaketaren zati garrantzitsua. Hori da ondoren etorriko diren egitasmo sozio-politikoaren lurra, horien euslea. Subjektibotasunaren ekoizpena, gainontzeko guztirako lehengaia da. Subjektibotasunaren ekoizpena, gero eta gehiago, Marx-ek «azpiegitura produktibo» deitu zuen horren barruan kokatu behar da. Geure gizarteetan, birjabetze subjektiboaren aldekoa ere bada borroka; ez soilik ekonomikoa eta politikoa.

Gainera, XXI. mendean zeren baitan dago gure nortasunaren jarraitasuna? Zenbaterainoko botere politikoaren baitan? Euskal Norgintzak ze dialektika eskatzen du gizarte saretuaren eta botere politikoaren artean? Identitate efektu ahaltsuak dituzten gertakari kulturalak —demagun bertsolaritza edo Pirritx eta Porrotx, biak ala biak nazio-erakuntzan funtsezkoak izan baitira azken urteotan—, ze puntutaraino daude balizko euskal estatuaren baitan?

Euskal Norgintza merkatuaren esku utzi ezin den bezalaxe (nahiz merkatu logikarekin konexioak beharko dituen), ezin dugu utzi bete-betean balizko etorkizuneko Euskal Herri mailako erakunde nazionalaren esku. Nerbio zibila garatu beharko dugu, aurreko biekina batera. Nerbio sozial-identitarioa. Eta identifikazio mugimenduak eragiteko gai izango diren ahal-guneak beharko ditugu (botere administratiiboaren eta herri-ekimenaren arteko aliantzen bidez, seguruenera).

Gauzak horrela, gaur luxua da planteatzea, herritarren atxikimendu emozionala sortzetik urrutira, herritarren indiferentzia edo urrutiratzea masiboki sortzeko ahalmena duten ekintzak eta estrategiak. Luxua da euskal norgintzaren ikuspegitik akumulatiboak ez diren —areago, gutxitzaileak diren— estrategia politikoak abian izatea (eta epe erdirako izatea estrategiok).

XXI. mendeko euskal norbanakoari begira

Edozein proiektu kolektibok kontuan izan behar du aurrerantzean amankomunean duguna ezingo dela «kanpotik» ezarri: esfera indibidual eta biografikoan libreki kuestionatua eta eztabaidatua izan beharko da. Gero eta gehiago, proiektu kolektiboek behar-beharrezkoa dute norbanakoaren barrualdeko etxe partikularrarekin konektatzea. Norbanakoaren eremu subiranoan esango baitaie bai ala ez. Hots, gaurko norbanakoak ez dira atxikimendu automatikoz lotuko taldera; atxikimendu hori zeregin politikoa da, sekula ez bezala.

Baieztape horrek bete-betean jotzen du praxi politikoaren bihotzean, oraindik garbi ikusten ez badugu ere zeintzuk diren praxi berriaren trazuak.

Utopia estetiko-nartzisisten aroan bizi gara. Aro honetan, edozein identitate kolektibok norbanakoaren behar espresiboak erantzun beharko die. Kontzientzia indibidualista berriak nekez ametitzen ditu aginte tonuan datozen situazio, mezu, lotura edo konpromisoak. Ondorioz, hain sarri aipatzen den hori: nor indibidual berriak

erakartzeko gai izango den sedukzio gaitasuna, egitasmo kolektiboek hemendik aurrera bertute horixe beharko dute.

Norbanakoak luze ibili dira identitate kolektiboak zerbitzatzeko, baina, hemendik aurrera identitate kolektibo orok norbanakoaren zerbitzari otzan behar luke (nolabait esatearren); bestela, beronen zigorra jasoko du: desleialtasuna. Gauzak horrela, norbanakoarentzat euskararen komunitatea bidelagun ala agindu-emaile (oztopo) den, hortxe gakoetako bat.

Bestetik, eta praxi politiko zehatzera etorrira, orain arte jarraitu diren bide elitistak auzitan jartzea ez legoke txarto. Borroka armatuak planteatu duen aterabide negoziatua zein bide instituzionala (herri-kontsulta eta erabakitze eskubidea), biak izan baitira herritarren parte-hartzeari muzin egin dioten bideak.

Kapitalismo globalizatua bere fase terminalean: poskapitalismoa Euskal Norgintzaren oinarri

Amaitzeko, orain arte esandako guztia talaia berri batetik ikus daiteke. Izan ere, norgintza kolektibo-kulturalaren etorkizuneko eboluzioa baldintza sistemikoen menpe dago eta arrazoi ugari dugu pentsatzeko baldintza makro-estrutural eta sistemikoak asko aldatuko direla hurrengo hamarkadatan.

Katastrofismoa eta eszenategi apokaliptikoenak alde batera utzita, indarrean ditugu gure mundua goitik-behera alda dezaketen faktoreak: aldaketa klimatikoa, eredu energetikoaren agortzea (petrolio merkearen amaiera), bioaniztasunaren krisia, desoreka sozio-ekonomikoen hazkundea, eta krisi ekonomikoa. Azken 200 urteotan erakitako mundu ekonomiko, politiko, sozial eta kulturala bere krisirik larrienaren aurrean egon daiteke.

Gaurko krisirik garrantzitsuena kapitalismo global harrapariak bizi duena da, horri lotzen baitzaizkio gainontzeko krisi guztiak: finantzarioa, energetikoa, ekologikoa eta planeta gainpopulatua. Zibilizazio industrialaren kolapsoa ez da urrutiko posibilitatea, eta, funts-funtsean, ondokoa da kolapsoaren arrazoia: hazkunderen mugak dagoeneko zeharkatu ditugu. Horixe da, beharbada, bizi dugun munduaren diagnostikoaren muina. Hazkunde ekonomiko etengabearen oinarrituriko mundua erai ki dugu, eta hori da amaitzen ari dena. Horrek den-dena alda dezake. Jakina, baita errealitate identitarioek izango duten forma, kolore eta tamaina.

Irakurketa horiei erreparatzea garrantzi handikoa da. Iragarpenok betetzen badira, kolapsoaren osteko sozietateak argalagoak izango dira, konplexutasun maila askoz txikiagokoak. Kontrakzio mugimendua izango dute ezaugarri nagusi: kontsumoaren kontrakzioa, energiarena, mugikortasunarena, egoarena... Bir-tokikotze mugimenduak espero behar genituzke, edo, bestela esanda, globalizazio mugimenduaren kontrako tendentziak.

Prozesu hori ordenatua ala kaotikoa izan daiteke. Norgintza kolektibo eraldatzaile orok egin behar luke lehendabizikoaren aldeko apustua, logika postkapitalistak integratuz, baita Euskal Norgintzak ere.

Gizarte saretuak —ikuspegi produktibo, sozial eta sinbolikotik— indartsuagoak izango dira era horretako etorkizunera moldatzeko. Euskal Herrian badugu kolpea

amortigoatzeko egikaritze komunitario berezia, nahiko ondo ehundutako gizartea baitugu, baina jendartea saretzen eta ehuntzen jarraitu beharko dugu (ikuspegi produktibo, sozial eta kultural-identitariotik), eta zeregin hori lehentasun bihurtu.

BIBLIOGRAFIA ERABILIA

- Anderson, P. (1986): *Tras las huellas del materialismo histórico*. Siglo XXI, Madrid.
- Apodaka, E. (2007): «Kultura eta identitatea. Ikuspegi psiko-soziologikoa», Euskal Herria ardatz, UEU.
- Azkarraga Etxagibel, J. (2006): *Mendebaldearen Mintzo Mindua*. Begiratu kritikoa gizarte eta kultura modernoari, Euskaltzaindia.
- (2009): *Berandu baino lehen. Erretratuak XXI. mendeari*. Alberdania, Donostia.
- Bauman, Z. (2005): *Identidad*. Losada, Buenos Aires.
- Castells, M. (1997): *La era de la información. Economía, Sociedad y Cultura. Vol.2: El poder de la identidad*, Alianza Editorial, Madrid.
- Côté J. E. eta C. G. Levine (2002): *Identity Formation, Agency, and Culture. A Social Psychological Synthesis*. Lawrence Erlbaum Associates.
- Frosch, S. (1999): «Identity», en A. Bullock eta S. Trombley (eds.): *The New Fontana Dictionary of Modern Thought*, Londres, HarperCollins.
- Giddens, A. (1994): *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona, Península.
- Giménez, G. «Identidades en globalización», en R. Pozas Horcasita (coord.), *La modernidad atrapada en su horizonte*, México, Academia Mexicana de Ciencias: 37-56.
- «Paradigmas de identidad», en A. Chihu Amparán (coord.), *Sociología de la identidad*. México, Miguel Ángel Porrúa UAM-Unidad Iztapalapa: 35-62.
- Guattari, F. (2006): *Micropolítica. Cartografías del deseo, Traficantes de sueños*, Madrid.
- Muñoz, J. «Gure euskaldun historiak», *Jakin*, 144 zka. Donostia: 41-47 or.
- Odriozola, J. M. (2008): «Nazio-eraikuntza asimetrikoa», *Berria*, 2008ko maiatzaren 3a.
- Stuart Hall eta Du Gay (1996): *Questions of Cultural Identity*. London, Sage.

Resumen

La identidad en una era global. Una mirada a Euskal Herria

Joseba Azkarraga Etxagibel

EL ABORDAJE DE LA IDENTIDAD ES ESPECIALMENTE RICO SI TOMAMOS EN CUENTA tanto las condiciones microbiográficas como las condiciones macroestructurales que la constituyen.

Para comprender el fenómeno identitario en toda su profundidad, es necesaria además una doble aproximación. Por un lado, se requiere una *mirada sincrónica* sobre la identidad. A partir de dicha mirada, la identidad constituye un complejo edificio de atributos particulares (relativos a la psicología de cada individuo) y de variadas pertenencias sociales (el ámbito más ligado a la comprensión sociológica del hecho identitario). A su vez, desde esta mirada observamos que la identidad se encarga de múltiples funciones que constituyen importantes pilares de la experiencia humana: orientación y sentido de la acción, autodefinición, dirección interna, sentido de pertenencia e inscripción comunitaria, etcétera.

Al mismo tiempo, observamos que el edificio identitario está compuesto de materiales cognitivos, pero también de vínculos emocionales, de posibilidades para la acción autónoma y autocentrada de los sujetos, de diferenciación con respecto a los otros, de reconocimiento en el ámbito público por parte de los demás, y de creación de ámbitos de diálogo y entendimiento.

Se requiere, por otro lado, una *mirada diacrónica* sobre la identidad: la identidad como proceso, como construcción social e histórica. La forma, el modo de elaboración y el contenido de la identidad humana normalmente cambian en el proceso vital del individuo, y han ido cambiando sensiblemente con el advenimiento de las sociedades modernas y con la transición de éstas a las sociedades hipermodernas/posmodernas.

Siendo la identidad un constructo íntimamente ligado (también) a las condiciones macroestructurales de la experiencia humana, es necesario realizar una lectura básica de nuestra contemporaneidad para comprender el hecho identitario desde una visión amplia. Para tal lectura, señalamos a continuación algunos de los conceptos que tienen una fuerte implicación en la configuración actual del hecho identitario:

- la posmodernidad cultural;
- la desterritorialización;
- la individualización del tiempo;
- la denominada «era posnacional»;
- la destrucción masiva de las identidades lingüístico-culturales que provoca el actual proceso globalizador;
- el debilitamiento de las construcciones identitarias típicas de la sociedad moderna-industrial;
- la emergencia del Proyecto Yo (o la metástasis del Ego);
- la posibilidad de elección como hecho sustancial de la construcción identitaria en la actualidad;
- el descentramiento, la fragmentación y la mercantilización de la identidad.

Los teóricos posmodernos han realizado lecturas muy valiosas sobre la identidad. Pero muchas de ellas son, al mismo tiempo, lecturas extremas que, aunque señalan algunas tendencias palpables en nuestro entorno, carecen de anclaje real y empírico, al menos en un contexto como el vasco.

En el futuro, especialmente las identidades minorizadas como la vasca (en su sentido cultural y lingüístico) deben asumir la centralidad de la identidad como un fenómeno social, político, cultural e individual, y, junto con ello, asumir que requiere de atención privilegiada.

Toda identidad, y mucho más una identidad minorizada que experimenta un desafío de vida, requiere de una labor continua de resimbolización. En el caso de las identidades minorizadas, es crucial alcanzar un determinado umbral de «densidad simbólica» —incluso de hegemonía allá donde fuera posible— que haga posible su continuidad en el tiempo. La resimbolización de la identidad supone vitalizar la experiencia común de un pasado compartido (no hay identidad sin memoria compartida), anclar a los sujetos individuales en un presente compartido y proyectarlos hacia un futuro también compartido (huyendo tanto de la solidez excesiva de los esencialismos, como del exceso de liquidez que finalmente produce la disolución).

Las identidades como formas colectivas de organizar la experiencia humana son, además, fundamentales para encarar los desafíos sistémicos presentes y del futuro: la solución biográfica de las contradicciones sistémicas, además de suponer uno de los principales puntales de la dominación social en las sociedades occidentales de hoy, constituye una hiperindividualización de la experiencia que no puede más que abocarnos al fracaso colectivo. Hoy se requiere repolitizar la experiencia individual, con el objeto de enfrentar la individualización de los conflictos sociales y la patologización individual de las contradicciones sistémicas.

Toda identidad minorizada necesita reforzar las tres lógicas históricas que subyacen a la construcción identitaria: los aspectos primarios de la identidad, «heredados» en la primera socialización (la «vitalidad étnico-identitaria»); los aspectos secundarios, de los cuales el sujeto individual se «apropia» en la socialización secundaria y están más ligados a la identidad como proyecto consciente y político (la «vitalidad político-identitaria»); y la lógica posmoderna de elección identitaria (la «lógica de mercado»).

Lejos de constituir un mero reflejo de las condiciones materiales de vida, la producción de subjetividad es hoy parte de la propia infraestructura productiva. De ahí su centralidad en las luchas emancipadoras del futuro, tanto en las labores de resistencia como en las de construcción de nuevas alternativas.

Por último, toda construcción identitaria transformadora debiera integrar en dicha construcción la principal urgencia presente y futura: la transición —energética, económica, ecológica, social, cultural y psicológica— hacia una era poscapitalista y de poscrecimiento.



10

Immigrazioa eta euskal nazionalismoa. Egungo errealitateari begirada bat

Iker Iraola

SARRERA

IMMIGRAZIOARENA ETA NAZIONALISMOARENA LOTURA HANDIA IZAN OHI DUTEN fenomenoak dira, baldin eta nazionalismo hori garatzen den esparruan migrazio mugimendu aipagarriak badago. Finean, nazionalismoak naziotzat hartzen duen gizatalde baten aldarrikapen politikoa egiten du eta, ondorioz, talde hori dagoen lurraldera iristen diren herritar berriak nazionalistentzat (ez horientzat bakarrik, noski) atentzio gune izateko joera dago.

Are gehiago estaturik gabeko nazionalismo batez ari bagara, non mugimendu horrek aldarrikatutako kultura-aniztasuna eta immigrazio mugimenduek dakartena baturko baitira. Halaber, estaturik gabeko nazionalismoa eta etorkinak ekuazioari ahaztu ohi den beste eragile bat gehitu behar zaio: estatua, zeinak botere inertzia hutsagatik edota, maiz, intentzio jakinekin migrazio mugimenduen gaia estaturik gabeko nazionalismoaren kaltetan erabiltzeko joera baitauka (Kymlicka, 2003: 323).

Komunikazio honen xedea, hortaz, nazionalismoaren eta migrazio-mugimenduen arteko harremanak Euskal Herrian duen islaz gako batzuk azaltzea da. Zentzu honetan, euskal nazionalismoan -estaturik gabeko nazionalismo batean- jarriko da arreta, jakinik Euskal Herrian nazionalismo desberdinak ari direla lehian. Horrela, euskal nazionalismoak gaur egungo immigrazioaren aurrean garatzen duen diskurtsoaren ildo nagusiak aurkezten saiatuko gara.¹ Horretarako, historian zehar euskal nazionalismoaren eta immigrazioaren artean emandako harremanen zertzelada batzuk eman-go ditugu, arlo horretan sakontzeko asmorik gabe eta bigarren zatiaren kokapen gisa.

1. Euskal nazionalismoaren diskurtsoa diogunean, alderdi politiko eta sindikatu abertzaleen diskurtsoaz ari gara Eragileok funtsezko funtzioa betetzen dute planteamendu zein kontzeptualizazio politikoak zehazterakoan eta berauek abertzaletasunaren gizarte oinarrian, era zabalenean ulertuta, hedatzerakoan.

Kontuan hartuko dugu, aldi berean, Euskal Herrian historikoki bizi izan den migrazio errealitatearen eta gaur egungoaren artean funtsezko aldeak daudela.

ABERTZALEEN ETA IMMIGRAZIOAREN ARTEKO HARREMANAZ GAKO BATZUK

Jakina denez, euskal nazionalismoa Sabino Aranaren eskutik sortzen den momentuan, Euskal Herria etorkinen herrialde hartzailea zen (aurretik euskal herritar talde zabalak kanpora migratzen zuten bitartean). Etorkin kopuru handiak iristea eta euskal nazionalismoaren historiaren bi une garrantzitsu, zentzu honetan, denboran batera eman dira:² lehen euskal nazionalismoaren sorrera XIX. mende bukaeran; eta 1950-1960tik aurrera, ETArengatik sortutako ezkerreko euskal nazionalismoaren hastapenak. Bi inflexio puntu hauen artean, hala ere, mugimenduak ere eman ziren, bai nazionalismo jeltzalearen barnean (Eli Gallastegiren eta beste jeltzalde batzuen planteamenduak, esaterako), eta bai honetatik at eginiko saiakeretan ere (Eusko Abertzale Ekintza, ANV, alderdian, kasu).

Ikus ditzagun, bada, euskal nazionalismoa eta immigrazioaren arteko harreman honetan bereiz daitezkeen etapa nagusiak, epe zabal honetan emandako planteamendu esanguratsuenak azpimarratu asmoz. Izan ere, euskal nazionalismoak etorkinen aurrean eta, oro har, immigrazioaren afera aurrean, izan duen posizioak aldaketa handia izan zuen XIX. mendeko bukaera aldeko garaietatik XX. mendeko bigarren erdialderako epean.

Horrela, era sintetikoan azaldu behar badugu ere, euskal nazionalismoaren aldetik etorkinen integrazioari buruzko ondoko jarrera nagusiak bereiz ditzakegu:

- a) Etorkinen aurkako erreakzioa, bereziki Sabino Aranaren testuetan islatzen dena. Euskal nazionalismoaren hastapenak izanik, euskal nazioaren gizarte mugak argiki definitzea (honetarako *arrazaren* kontzeptzio berezia erabiliz), besteengandik bereiztea eta arerioari aurka egitea dira lehentasunak. Espainiar jatorriko herritarren aurkako jarrerak nagusi dira, beraz. Ondorioz, euskal gizarte talde itxi bat legez definituko da, oinordekotza komunean oinarritua; eta etorkinen integrazioa ezinezko bihurtuko da.³

Korronte hau 1950eko hamarkada arte nagusia izan zen, nahiz eta XX. mende hasieratik (eta 1930eko hamarkadatik aurrera indar biziagoz) etorkinen integrazioaren aldeko ahotsak ere izan ziren euskal nazionalismoaren baitan. Era berean, integrazioaz arduratuko diren ezkerreko jarrerak ere sortzen joango dira. Handik aurrera geroz eta minoritarioagoa bihurtzen da etorkinen aurka ekiten duen euskal nazionalismoa, diskurtso ofizialean desagertu arte.

2. Aipatu beharra dago Euskal Herriaz ari bagara ere, hegoaldeko lau herrialdeetaz ari garela idatzi honetan. Lapurdi, Nafarroa Beherea eta Zuberoako migrazio errealitateak, geure ustez, aparteko analisia behar luke.

3. Etapa honetan sakontzeko, lan ugarien artean, hauek azpimarra daitezke: Azurmendi, 1979; Corcuera, 2001; Larronde, 1977; Pablo *et al.*, 1999.

- b) Integrazioaren aldeko lehen aldarriak. *Aberri* eta *Jagi-Jagi*-ko Eli Gallastegi *Gudari* erakusgarri den posizioak integrazioaren aldeko lehen urrats sendoak eman zituen.⁴ Eusko Abertzale Ekintzak (ANV) ere pauso batzuk eman zituen garapen honetan, nazioaren definizioan arraza maila sinboliko batera mugatuz eta etorkinak espresuki euskal nazionalismora deituz (Granja, 1995: 41). Eboluzio politiko eta ideologiko hau 1936ko altxamendu militarrek eta ondorengo gerrak gelditu zuten. Ludger Meesek Eli Gallastegiren idatziak aipatuz azpimarratzen duen bezala, halere,

éste era un primer paso para superar el radical «anti-maketismo» aranista, como ocurrió con la fundación de ANV en la Segunda República y definitivamente con la formación de la izquierda nacionalista durante el franquismo y el postfranquismo (1993: 335).

- c) Behin 1936ko gerra igarota, eta nahiz eta euskal nazionalismoa oso ahuldurik aurkitu, etorkinen auziaren aurrean zerbait egitearen beharra hasieratik planteatzen da. Behin euskal nazionalismoaren euskal nazioaren ulerkuntzan arrazak pisua galduta, eta horren ordez (maila sinbolikoan bada ere) euskarak zentraltasuna hartzerakoan, etorkinen integrazioaren aldeko jarrera nagusitu zen. Ezkerreko euskal nazionalismoaren sorrerak, planteamendu berriei bidea irekiz, etorkinen integrazioaren aldeko prozesu hau azkartu zuen.⁵

ABERTZALEEN DISKURTSOA EGUNGO IMMIGRAZIOAZ

Behin ibilbide historiko horretan geure ustez garrantzitsuenak diren gakoak azalduta, gaur egun euskal nazionalismoaren eta immigrazioaren arteko hartu-emanen nagusi diren diskurtso eta ikuspegien alde garrantzitsuenak azaltzen saiatuko gara.

Lehenik eta behin, ondokoa azpimarratu beharra dago: 1960 eta 1970eko hamarkadetan euskal lurraldeak helmuga izandako migrazioek eta gaur egungoek funtsezko elementua dute bereizgarri gisa. Aipatu hamarkadetako migrazioen jatorri nagusia Espainiako estatua bazen ere, gaur egun, aipatu jatorria duten biztanleria-mugimenduak kuantitaiboki esanguratsuak badira ere, immigrazioari buruzko eztabaidak eta, kasu honetan, planteamendu politikoak nagusiki herrialde pobretuetatik (edo Hirugarren Mundutik) datozen herritarren migrazio mugimenduak dituzte hizpide. Izan ere, 1970eko hamarkadan, kasu, etorkinez hitz egiten zenean gizarte nahiz kultura ikuspegitik nahiko hurbil zeuden lagunez mintzatzen zen. Gaur egun, aldiz, migrazioen errealitateak hemen zehazterik ez dugun bestelako inplikazio ugari dakartza berarekin.

4. Adibide modura *Gudariren* ondoko aipua ondo etor liteke: «entre el *maketo* vasquizado y el vasco *maketizado*, ¿hemos de escoger con más predilección? La respuesta, a mi juicio, no tiene duda. El primero, [...] muchos Pérez y Fernández están dando lecciones de nacionalismo y de sacrificarse por Euzkadi» (1993: 112) (1930eko hamarkadan idatzia).

5. Etopa zabal honetaz, besteak beste: Jáuregui, 1981; Garmendia, 1983; Apalategi, 2003.

Horrekin batera, inguruko beste herrialdeekin alderatuz, kuantitatiboki etorkinak ez dira hain ugariak (bai dela esanguratsua, ordea, kopuruetan urte gutxitan emaniko gorakada). Halaber, kopuru handienak euskal kultura eta euskal nazionalismoa gehiengo ez diren lurraldeetan ematen dira (Nafarroako Erriberan, kasu) edota hiri inguruneetan (Aierdi, 2008).

Behin hori azpimarratuta, itzul gaitezten eragile politiko abertzaleek egungo immigrazio errealitateaz garatzen duten diskurtsora, beti ere afera honi buruz mugimendu politiko horrek garatzen dituen planteamendu nagusiak azaldu asmoz.

Jarraian, euskal nazionalismoak garatzen duen diskurtsuan, geure ikuspegitik, gakoak diren elementuak azpimarratuko ditugu, horretarako eragile abertzaleekin egindako sakoneko elkarrizketa batzuetan oin hartuz.

Hasteko, euskal nazionalismoarentzat immigrazioarena ez da lehentasunezko gaia. Adibide modura, prentsa agerraldi gutxi burutzen dituzte afera honetaz hitz egiteko. Halaber, euskal nazionalismoaren erakundeetan, migrazioen gai espezifikoa lantzeko egiturak berriak dira edo arlo zabalagoen baitan antolatzen dira. Bistan denez, immigrazioa ez da eztabaida politikoan leku nagusia betetzen duen gaia, nazio edo politika ikuspegitik behinik behin. Zentzu honetan, immigrazioaz aritzerakoan euskal eragile nazionalistak ere gizarte arazoez mintzatzen dira.

Bigarrenik eta aurrekoari louri, euskal nazionalismoak immigrazioa aztertzerakoan planteatzen duen funtsezko ideia migrazioen arloan Euskal Herritik problematikaren zabaltasunean eragiteko kapazitate mugatua edo nulua da. Bai egungo instituzioen eskuduntza mugatuak edo-eta baita Euskal Herriarentzako ahalmen handiagoko egituren gabezia argudiatuta ere, euskal nazionalistak bat datoz, oro har, immigrazioaren alorrean Euskal Herritik bertatik eragiteko tresna gehiago aldarrikatzean. Hortaz, migrazioen auzia aldarrikapen politikorako gaia izan daiteke, batetik, eta bertan eragiteko nahia azaltzen dute, bestetik.

Hirugarren ideia nagusi gisa, euskal nazionalismoak etorkinen integrazioa aldarrikatzen du. Integrazio hau ulertzeko modu desberdinak daude, hala ere. Horrela, gizarte integrazioa premiazkotzat erakunde denek jotzen dutela argi izanda, erakunde abertzale batzuek etorkinak euskal nazioan eta eurek bultzatutako dinamika politikoan integratzea azpimarratzen duten bitartean, beste batzuek gizarte integrazioa politikoaren gainetik lehenesten dute. Ondorioz, integrazioa hain kontzeptu zabala izaki, berau oraindik ez da definizio maila altura ailegatzen, oro har.

Laugarrenik, euskararen gaia problematikoa suertatzen da, hein batean, eztabaida honetan. Euskara funtsezko elementua da gaur egun euskal nazioaren kontzepzioan euskal nazionalistentzat, maila sinbolikoan bada ere. Baina, hala ere, ez da lehentasunezko gai gisa hartzen abertzaleei egungo immigrazioaz dituzten planteamenduez galdetzen zaienean. Euskal nazionalismoarentzat, horrela, diskurtsu mailan euskara integratzerako tresna da. Euskarak etorkinen integrazio osoa segurtatu egiten du. Baina Euskal Herriaren egoera soziolinguistikoak gai honen aurrean abertzaleak definizio eza mantentzera bultzatzen ditu. Finean, euskararen auzian eta immigrazioaz ari garela, teoria eta praktikaren jauzia handia da oso: euskarak behar luke eremu publikoko hizkuntza, norberaren identitate etnolinguistikoaren aitortzatik abiatuta, espazio publikoan talde desberdinen lotura funtzioa euskarak bete behar luke. Hori, bistan denez, beti ere diskurtsu teorikoaz ari garela.

Aurrekoari loturik, immigrazioak euskal nazionalismoak defendatzen duen proiektu politikoari sortzen dizkion zailtasunak baino, euskal nazionalistek erronka berriak (etorkinekin lan egin beharra, euren jarduna etorkinak kontuan hartuz egin beharra, etab.) zein aukera berriak (aurreko etorkinek, hein handi batean, abertzale-tasunarekin bat egin zutela gogoratuz) azpimarratzen dituzte. Finean, eta euskararen aferarekin gertatzen den bezala, definizio eza nagusi izatearekin batera politikoki zuzen aritzearen beharra nagusitzen da.

Oro har, eta gerturatze gisa, euskal nazionalismoaren baitan, immigrazioaren afera aztertzerakoan agertzen diren hiru diskurtso eredu azpimarratu ditzakegu:

- Gizarte eta lan munduko gaiak zentraltasun osoa duen ildo, nazioari buruzko planteamenduek garrantzi eskasa hartuz (kontuan izan eragile abertzaleez ari garela).
- Gizarte gaiak azpimarratzen dituen ildo, baina migratzaileak euskal nazionalismoarekin bat egiteko beharra ere azpimarratzen duena, herritartasunari edo-eta naziotasunari buruzko eztabaidetan sartu gabe.
- Etorkinen eskubide politikoetan arreta ipintzen duen ildo eta helburu gisa euskal nazionalismoaren eta etorkinen artean aliantza bat ezartzea duena. Nazioari loturiko diskurtsoak zentraltasuna hartzen du diskurtso eredu honetan.

Hiru ereduok behin-behineko proposamen gisa ulertu behar ditugu. Zalantzarik gabe, azterketa sakona behar luke euskal nazionalismoak immigrazioaz garatzen duen diskurtsoan eredu finkoak proposatzea.

ONDORIO BATZUK

Aurreko atalean kusitako planteamenduak euskal nazionalistek esandakoan oinarritzen dira eta, beraz, esan beharrekoaren edo zuzentasunaren barnean galtzeko arriskua dute. Hala eta guztiz ere, eta euskal nazionalismoaren eta egungo immigrazioaren arteko harremana hein handi batean ikertzeaz dagoen esparrua izanik, gairako hurbilpen eta kokapen gisa baliagarriak izan daitezkeelakoan gaude.

Euskal nazionalismoak immigrazioaren gaia ez du bere agendaren lehen postuetan. Idatzi honetan aipatu ditugu hori azal dezaketen arrazoi batzuk. Aldi berean, euskal nazionalismoa, oro har, etorkinetatik eta haien errealitatetik urrun dagoela dirudi. Horrekin batera, hala ere, zenbait talde eta sektoretan hausnarketa handia da azkenaldian, eta horrek aldaketak ekar litzake aipatutako urruntasun horretan. Eztabaida ematen ari den arloan artean, euskalgintza eta hezkuntza aipa ditzakegu.

Zentzu honetan, euskal nazionalismoren diskurtsoa aztertzerakoan, ez dugu ahaztu behar immigrazioaren aferan euskal eragile abertzaleek pauso praktikoa gutxi eman ditzaketela. Hau da, immigrazioari loturiko politikak Euskal Herritik at erabakitzen direnez gero,⁶ gai horretan politika eraginkorrik garatzeko aukerarik ia ez dutenez,

6. Politika publiko nagusiez ari gara eta, batez ere, nazioaren zein identitate politikoaren arloetara zuzenduta daudenez.

diskurtsoa errealitateetik aldendu eta nahien arloan gera daitekeela. Hau da, egun, euskal eragile nazionalista guztiak etorrera norabidea duten migrazio mugimenduak mugatzen dituzten legeen aurka azaltzen dira, era argian. Berdin egingo lukete arlo horretan Euskal Herritik erabaki ahal izanez gero?

Hortaz, euskal eragile abertzaleen diskurtsoa zuhurtziaz ere hartu behar da, aurrean aipatutakoa kontuan hartuz.

Euskal Herria, estaturik gabeko nazionalismo esanguratsuak dituzten bestelako herrialdeekin alderatuz atzean geratzen ari da, immigrazioa nazio ikuspegitik tratatzeari dagokionez. Alde batetik, Quebec edo Flandria bezalako herriekin alderatuz, euskal lurraldeetan bizi den migrazio errealitatea oraindik ez dela kuantitatiboki hain esanguratsua kontuan izan behar dugu. Gizarte joerak kontuan hartuz gero, estaturik ez daukaten mugimendu nazionalistek zailatasun handiak dituzte immigrazioak suposatzen duen kultura-aniztasun egoerak kudeatzerako garaian. Hau da, estaturik gabeko nazionalismoek ezer egin ezean, etorkinak bere errealitatean benetan eragiten duenarekin lerrotatuko da, naturalki. Eta eragiten duena estatua da.

Euskal Herriaren kasuan egoera honi beste aldagai bat gehitu behar zaio: euskal kultura eta, bereziki, euskara oraindik orain gutxiengo egoera argian daudela. Hortaz, integrazioaz hitz egiten denean, ezinbestekoa izango da hori ez ahaztea.

Aipatu ez bada ere, kontuan izan beharrekoa da, halaber, gaur egun etorkin ugari bizi duten gizarte eta lege egoera zaila. Oinarritzko arazo horiek dirauten bitartean, kultura nahiz nazio mailako problematikak bigarren maila batean egongo direla esatea logikoa dirudi.

Eguno immigrazioa eta 1970eko hamarkadakoa kontuan hartuz, aipatu dugu bi migrazio errealitateen arteko desberdintasunak handiak direla, etorkin kontsideratutakoak ezaugarri desberdinak dituzten heinean. Zalantzarik gabe, egun ere ematen diren bi etorkin eredu hauek (Espainiatik etorritakoak eta egun immigrantetzat jotzen diren beste guztiak) modu berezitan aztertu behar dira, bakoitzak duen lege egoeraz gain, soziologiaren ikuspegitik ari garenez guretzat funtsezkoa dena, beraiei buruz egiten den gizarte definizioa guztiz desberdina delako.

Hala ere, idatzi honetan aipatutako aurreko hamarkadetako eta egungo immigrazioak hizpide hartuta, euskal gizartean emandako aldaketa ere kontuan izan behar da. Aurreko etapan emandako integrazioak, argi ilunak baditu ere, ezegonkortasun politiko handiko eta, beraz, gatazkaz beteriko testuinguru batean eman zen. Gaur egun, badirudi politikak ez duela gizarte bizitzan aurreko garaien adinako zentraltasun papirik betetzen.

ERREFERENTZIAK

- Aierdi, X. (2008): «Hego Euskal Herriko atzerri immigrazioa», en *Jakin*, 165 zka.: 11-29.
- Albite, P. (2005): «Els reptes de la immigració per a Euskal Herria», *Europa de les nacions*, 56: 26-29.
- Argemí, A. (2005): «Nova immigració: impacte en nacions sense estat d'Europa. Panorama global», *Europa de les nacions*, 56: 17-23.
- Azurmendi, J. (1979): Arana Goiri-ren pentsamentu politikoa. Hordago, Donostia.
- Connor, W. (1998): Etnonacionalismo. Trama, Madril.

- Corcuera, J. (2001): *La patria de los vascos. Orígenes, ideología y organización del nacionalismo vasco (1876-1904)*. Taurus, Madrid.
- Gallastegi Gudari, E. (1993): *Por la libertad vasca*. Txalaparta, Tafalla.
- Garmendia, J. A., F. Parra y A. Pérez-Agote (1982): *Abertzales y vascos. Identificación vasca y nacionalista en el País Vasco*. Akal, Madrid.
- Granja Sainz, J. L. de la (1995): *El nacionalismo vasco: un siglo de historia*. Tecnos, Madrid.
- Kymlicka, W. (2003): *La política vernácula. Nacionalismo, multiculturalismo y ciudadanía*. Paidós, Barcelona.
- Larronde, J.-C. (1977): *El nacionalismo vasco, su origen y su ideología en la obra de Sabino Arana-Goiri*. Txertoa, Donostia.
- Mees, L. (1992): *Nacionalismo vasco, movimiento obrero y cuestión social (1903-1923)*. Sabino Arana Kultur Elkargoa, Bilbo.
- Pablo S. de, L. Mees y J. A. Rodríguez Ranz (1999): *El péndulo patriótico. Historia del Partido Nacionalista Vasco* (1.º liburukia). Crítica, Barcelona.
- Pérez-Agote, A. (2008): *Las raíces sociales del nacionalismo vasco*. CIS, Madrid.
- Zapata-Barrero, R. (2008): *La inmigración en naciones minoritarias. Flandes, Quebec y Cataluña en perspectiva*. Icaria, Barcelona.

Resumen

Inmigración y el nacionalismo vasco. Una mirada a la realidad cotidiana

Iker Iraola

EN EL SIGUIENTE TEXTO, SE PLANTEA UNA REFLEXIÓN SOBRE LA RELACIÓN ENTRE el nacionalismo y la inmigración, centrándonos en el caso del nacionalismo vasco y la inmigración actual.¹ Las migraciones son un tema relevante en el estudio de los nacionalismos, pues las posiciones que mantienen los diferentes movimientos nacionalistas ante las migraciones que llegan a los territorios donde éstos actúan, nos pueden dar algunas claves, entre otras cuestiones, de la definición que hacen dichos nacionalismos de su nación. Asimismo, en nuestra opinión, las migraciones son una cuestión relevante también en el caso de los nacionalismos sin Estado como el que nos ocupa, ya que la pluralidad cultural que ese movimiento puede reivindicar coincide (o entra en conflicto, según los casos) con la que trae de por sí toda inmigración. Por lo tanto, la cuestión del Estado también habrá de tenerse en cuenta a la hora de analizar esta relación nacionalismo-inmigración.

A fin de exponer algunas claves acerca de la relación entre el nacionalismo vasco y la inmigración actual, en el siguiente texto se plantean brevemente algunos aspectos que, en nuestra opinión, son relevantes, sobre la relación histórica entre el nacionalismo vasco y las migraciones llegadas al País Vasco. Así, esta relación ha sido problemática, como muchas veces se ha subrayado, pero al mismo tiempo ha sufrido grandes transformaciones a lo largo del pasado siglo.

En este sentido, se repasa ese complejo proceso diferenciando tres etapas. La primera, en la que el nacionalismo vasco desarrolla una posición contraria a cualquier

1. Utilizamos la expresión inmigración actual para referirnos a los movimientos migratorios que llegan al País Vasco, básicamente, a partir de la década de 1990; en contraposición con los flujos de las décadas 1960 y 1970. Entre otras muchas diferencias, aquí nos interesa subrayar que mientras estas últimas migraciones provenían, en su mayoría, del resto del Estado español, la actual tiene una procedencia más amplia. Por tanto, en este texto, al hablar de inmigración actual nos referimos a la inmigración proveniente básicamente de fuera de España.

relación con las personas inmigrantes (ejemplificada en los planteamientos de Sabino Arana). La segunda, en la que esta visión irá transformándose con la irrupción de nuevos puntos de vista dentro del nacionalismo vasco como, por ejemplo, la de los activistas de *Jagi-Jagi* o los nacionalistas laicos de Acción Nacionalista Vasca. Y la tercera, a partir de la década de 1960, en la que irá desarrollándose un *abertzalismo* de izquierdas que abogará claramente por nuevas definiciones de la nacionalidad vasca y, por tanto, por la integración de las personas inmigrantes. Esta última perspectiva se trasladará al resto de las corrientes nacionalistas vascas.

Tras este repaso, se analiza la relación actual entre el nacionalismo vasco y la inmigración. Así, se subraya que en la actualidad la inmigración no es un tema prioritario en la agenda de las diferentes organizaciones *abertzales*. Al mismo tiempo, dichas organizaciones subrayan la incapacidad de tratar la cuestión migratoria desde el propio marco nacional afectado, ya que las competencias sobre la materia están en manos del Estado, como, por otra parte, suele ser habitual. En el plano del discurso, desarrollan, en general, una posición en pro de la integración en la nación vasca de las personas inmigrantes, si bien se dan diferentes enfoques a la hora de entender qué es la integración y qué se espera de ella. También se constata la importancia que se da a la lengua vasca a la hora de tratar esta cuestión de la inmigración, pero sin olvidar que la situación sociolingüística del euskera dificulta esa función *integradora* teórica que se le adjudica a la lengua.

Partiendo de esa realidad, se esbozan tres posiciones que se diferencian dentro del nacionalismo vasco a la hora de tratar la cuestión que nos ocupa. De manera sintetizada, una subraya el aspecto social y laboral de la cuestión migratoria, sin desarrollar un discurso específico en lo relativo a lo nacional; otra combina esta preocupación por los aspectos sociolaborales con un interés, en un segundo plano, por sumar a los sectores inmigrantes a su proyecto político; y una tercera prioriza en su discurso el aspecto nacional y la idea de alianza entre sujetos con una identidad etnonacional diferente a la del Estado.

En definitiva, estas posiciones que se entrevén dentro del nacionalismo vasco no nos han de hacer olvidar que esta cuestión no es, por el momento, central en este nacionalismo. Aun así, se distinguen sectores (como el de la *euskalgintza*² y la educación, por ejemplo) en los que los debates y las diferentes propuestas son cada vez más relevantes. Otro aspecto que hay que tener en cuenta es que el discurso nacionalista vasco acerca de las migraciones se limita, en cierta medida, al campo de lo hipotético y lo teórico, y nos debe llevar a cuestionarnos en qué medida este discurso se llevará a la práctica en caso de contar con las herramientas político-administrativas necesarias para poder desarrollar políticas efectivas en este campo.

2. Amplio movimiento, no exclusivamente nacionalista vasco, que trabaja por la normalización del euskera.



11

Represión legal y vínculos organizacionales.

El caso del conflicto vasco

Arkaitz Letamendia

INTRODUCCIÓN

EL ESTUDIO DE LAS TÁCTICAS —DISCURSIVAS, SIMBÓLICAS, DE REPERTORIOS DE acción colectiva— de los grupos promotores de la protesta son uno de los temas preferentes en la bibliografía académica sobre movimientos sociales. Sin embargo, las tácticas contrainsurgentes que desde las autoridades se diseñan para hacer frente a dichos grupos, ya sean represivas o asimilacionistas, no son un tema cuyo análisis se haya prologado en las ciencias sociales. El enfoque del trabajo que aquí presento se inserta en esta temática: la del estudio de las tácticas que desde el Estado se emplean para, en este caso, tratar de neutralizar ciertos grupos independentistas vascos. Partiendo de esta idea planteo mi pregunta de investigación: ¿Por qué en la última década se han ilegalizado diferentes organizaciones independentistas vascas? ¿Qué factores guían las actuaciones del Estado —es decir, cuándo y contra qué organizaciones se actúa— en todos estos casos?

Para contextualizar la dinámica de las ilegalizaciones es necesario remontarse a finales de la década de 1990, momento en que el poder judicial español instituye una doctrina según la cual ETA es más que una organización que practica la lucha armada; es más bien toda una serie de organizaciones que actúan en el seno de la sociedad vasca, que siguen los dictámenes de la organización armada, y cuya finalidad es subvertir el orden constitucional español. Se trataría de lo que en diversos medios de comunicación españoles se ha denominado «el conglomerado de ETA», o la noción del «todo es ETA». La fundamentación de dicha doctrina, que establece las bases a partir de las cuales se han abierto todos los procesos judiciales con los que se han ido disolviendo e ilegalizando diferentes organizaciones y medios de comunicación,¹ se

1. La lista provisional a mayo de 2009 de organizaciones políticas, sociales y culturales, y medios de comunicación contra las que se ha actuado judicialmente es la siguiente: Egunkaria, Egin, Egin irratia, Orain, AEK, KAS-Ekin, Joxemi-Zumalabe, Xaki, Udalbiltza, Jarrai-Haika-Segi, Ges-

expone por primera vez en el macrosumario 18/98. En él los jueces españoles afirman que es ETA quien organiza y controla a través de KAS-Ekin multitud de organizaciones para conseguir sus fines, por lo que se ha de actuar judicialmente contra ellas. Las organizaciones a las que esta sentencia se refiere son denominadas por la misma como componentes del Movimiento de Liberación Nacional Vasco (MLNV).

A partir del estudio de los documentos y los libros de Historia, la doctrina judicial del «todo es ETA» que sirve de punto de partida para la ilegalización de las organizaciones vascas es ciertamente insostenible. El análisis de la sentencia del sumario 18/98, así como el de los documentos que se refieren a la génesis de las organizaciones del MLNV, muestran, como se verá más adelante, que los argumentos judiciales responden a criterios ligados a la razón de Estado por encima de cualquier otra consideración.

Yo, para identificar cuáles son esos factores que guían la razón de Estado y sus tácticas, analizo las acciones judiciales con respecto a cuatro organizaciones a las que se alude en la sentencia 18/98 como parte del MLNV. Se trata del organismo de apoyo a presos Askatasuna (Gestoras Pro Amnistía hasta enero de 2002); del movimiento juvenil Segi (Jarrai hasta 2000 y Haika hasta 2001); del partido político Batasuna (anteriormente HB y EH, y tras 2005 partidos políticos diferenciados como EHAK y ANV con los que su electorado ha sido representado); y del sindicato LAB. De estas cuatro organizaciones, las tres primeras —Askatasuna, Segi y Batasuna— se encuentran ilegalizadas en la actualidad.

Para comenzar con mi investigación y poder justificar el uso de técnicas sociológicas en ella, es necesario advertir que si la aplicación usual de las leyes se basa en juzgar hechos concretos, hay piezas en todo este asunto que no acaban de encajar. A las organizaciones ilegalizadas, incluso consideradas «terroristas», se les han imputado delitos consistentes en estar a las órdenes de ETA y compartir objetivos con ella. Pero no se les ha condenado por cometer acciones violentas concretas.² En el aspecto judicial se hace necesaria, pues, la articulación de algún tipo de interpretación teórica a través de la cual poder afirmar, y después probar, que organizaciones que aseguran no practicar la lucha armada ni pertenecer a organización alguna que la practique forman parte realmente de una organización como ETA que sí la practica, encontrándose orgánicamente vinculadas y sometidas a las órdenes de ésta. Por otro lado, no todas las organizaciones del MLNV, incluso apareciendo explícitamente en el sumario judicial 18/98 como organizaciones del «conglomerado de ETA», han sido ilegalizadas. Además, el momento en que se llevan a cabo los primeros autos contra Jarrai-Haika, Gestoras y Batasuna —años 2001 y 2002, poco tiempo después de romperse la tregua de ETA de 1998—, así como las actuales actuaciones ilegalizadoras —poco tiempo después de la ruptura

toras Pro Amnistía-Askatasuna, HB-EH-Batasuna, SA, ASB, AuB, HZ, ANV, EHAK, Askatasuna (partido político) y D3M.

2. Los sumarios llevados a cabo en la Audiencia Nacional por los que se han ilegalizado Jarrai-Haika-Segi, Gestoras-Askatasuna y HB-EH-Batasuna son, respectivamente, el 18/01, el 33/01 y el 35/02. Las personas condenadas en estos procesos lo han sido por pertenecer a Segi, Askatasuna y Batasuna, organizaciones que jurídicamente han pasado a considerarse «integrantes del complejo terrorista ETA-KAS-Ekin». En ninguno de estos casos se ha juzgado la participación o la colaboración de las personas imputadas en atentados, amenazas o actos de sabotaje específicos.

de la tregua de 2006— son elementos que obligan a plantear los siguientes interrogantes: ¿Qué criterios explican la lógica de estas acciones punitivas, más allá de una aplicación neutral de las leyes? Mis hipótesis apuntan a que el Estado actúa mediante uno de sus poderes, el judicial, contra las organizaciones de un movimiento, el MLNV — cuyo objetivo es el de subvertir su actual orden político-jurídico—, basándose en una estrategia cimentada en cálculos racionales de coste y beneficio. Defiendo que estos cálculos determinan que sí se actúe contra determinadas organizaciones —Askatasuna, Segi y Batasuna—, y no contra otras —LAB—, dependiendo de la vulnerabilidad que éstas muestren, y en coyunturas políticas favorables a la acción punitiva; factores ambos que disminuyen el coste de la acción legal. Mediante las herramientas de que dotan al investigador las ciencias sociales, trataré de dar respuesta a las hipótesis que planteo, y para ello lo primero que haré será determinar qué es y qué persigue el movimiento al que se considera que pertenecen las organizaciones que analizo: el MLNV.

EL MLNV

Como ya he dicho, las organizaciones que analizo son consideradas miembros del Movimiento de Liberación Nacional Vasco (MLNV). De forma conceptual, éste podría considerarse un movimiento-comunidad; un movimiento complejo, que puede contener «todas las formas de organización: la no institucional —movimientos sociales—, la institucional —partidos, sindicatos, grupos de presión—, la clandestina —grupos armados—; así como todas las formas de acción colectiva: la convencional, la no convencional, y dentro de ésta, la de confrontación: desobediencia civil, manifestaciones, violencia política» (Ibarra y Letamendia, 2006:405).

El nacimiento, la naturaleza y los objetivos del MLNV se inscriben en la situación de efervescencia política que se vive en Euskal Herria a finales del franquismo. En el tardofranquismo y los primeros años de la transición eclosionan una serie de organizaciones y movimientos sociales en todo el Estado español debido a la apertura de la estructura de oportunidades políticas, la EOP, que «son las dimensiones consistentes del entorno político, que fomentan o desincentivan la acción colectiva entre la gente» (Tarrow, 2004:45). Así, unas oportunidades cambiantes en el seno del Estado ofrecen oportunidades que ciertos actores pueden emplear para comenzar a movilizar recursos y crear así nuevas organizaciones y movimientos. En este sentido, el final del régimen franquista y la indefinición ante el futuro establecen las oportunidades cambiantes que suponen la apertura de la EOP en que se enmarca el nacimiento del MLNV y sus organizaciones.

La apertura de la EOP se instituye como una condición necesaria, el contexto de oportunidad histórico-política que favorece la aparición de nuevas formas de acción colectiva. Pero la acción colectiva, más allá de enmarcarse en un contexto favorecedor, se basa en unos intereses, en unas demandas o reivindicaciones concretas: en el caso del surgimiento del MLNV, para enmarcar estructuralmente las demandas que guían su actividad y lo enfrentan con las autoridades estatales, la teoría de *clivajes* de Rokkan resulta esclarecedora. Las aportaciones de este autor nos proporcionan un esquema que, en todo caso, ayuda a entender la conflictividad de la época.

Rokkan (1970) parte de que un *clivaje* es un eje a partir del cual se organiza el conflicto de intereses. Este autor propone un esquema en el que las dos revoluciones que forman en su interrelación la Revolución burguesa, la nacional y la Industrial, generan los cuatro conflictos que atraviesan las sociedades occidentales. La Revolución Industrial provoca, en el eje funcional, el conflicto poseedores-trabajadores, o *clivaje* de clase; mientras que en el eje territorial genera el enfrentamiento sociedad rural-urbana. La Revolución nacional, por su parte, hace surgir el conflicto Iglesia-Estado en el eje funcional; y el conflicto centro-periferia, en el territorial.

La principal divisoria confrontacional que enfrenta los intereses del MLNV con los del Estado español responde al conflicto centro-periferia. Este tipo de conflicto, que surge donde las diferencias étnicas o culturales dificultaron o impidieron a ciertos colectivos sociales el acceso al proceso de nacionalización, genera el eje a partir del cual se organizan los intereses contrapuestos entre el centro político y, en este caso, las reivindicaciones periféricas *abertzales*. En todo caso, las demandas de diferentes tipos de nacionalismos periféricos frente al centro estatal —desde el autonomismo hasta el independentismo— son fruto de este *clivaje*. Sin embargo, el MLNV se alimenta de otro *clivaje* que en los últimos años del franquismo resurge con fuerza: el de clase. Éste enfrenta originariamente a poseedores y trabajadores debido a la distribución asimétrica de los recursos producidos. La lucha obrera responde a esta lógica, y sus reivindicaciones, en situación de efervescencia en el tardofranquismo, impregnan parte de los objetivos del MLNV. Aún hay un tercer *clivaje*, que influye a algunas de las organizaciones del MLNV y que Rokkan no menciona, debido a que sus teorías datan del año 1970, momento en que comienza a manifestarse. Se trata del relacionado con los valores posmaterialistas. Inglehart propone que las dos dimensiones básicas que explican los valores en diferentes sociedades del mundo son las que se refieren al eje de valores tradicionales/secular-rationales por un lado; y al eje de valores de supervivencia/autoexpresivos (*self-expression*, en inglés) por el otro. Los valores posmaterialistas emergen en la transición de las sociedades seculares hacia lo autoexpresivo; en el plano de la acción colectiva este proceso se vincula a la aparición y las demandas de los Nuevos Movimientos Sociales, NMS. La organización ecologista Eguzki, las feministas de Egizan o los grupos de defensa de derechos de gays y lesbianas como EHGAM serían ejemplos de organizaciones que afloran en el seno del movimiento independentista vasco a principios de la década de 1980.

La diferenciación entre MLNV, sus intereses y las organizaciones que la componen es necesaria para comprender la lógica con que sucede la acción contenciosa frente a las autoridades estatales. Para llevar esta tarea a cabo, teóricos de los movimientos sociales como McCarthy y Zald (1977) ofrecen un mapa conceptual que resulta útil. En él clasifican los diferentes niveles de actividad de los movimientos que es aplicable al caso que nos ocupa. Distinguen tres niveles: el primero de ellos sería el sector de movimiento social —SMS, en inglés—³ que son el conjunto de intereses de cambio que guían la acción del movimiento. El posicionamiento de los intereses del MLNV frente a las autoridades se organiza en función de los ya mencionados ejes centro-periferia, de clase y de valores posmaterialistas. En segundo lugar nos encontramos con

3. *Social Movement Sector*, SMS.

la industria del movimiento social —SMI, en inglés—,⁴ que abarca al conjunto de organizaciones que persigue unos intereses comunes, y del que nacen nuevas organizaciones. El MLNV en su conjunto correspondería a la noción de SMI. Por último nos encontramos con cada una de las organizaciones que llevan a cabo la acción colectiva, que serían las organizaciones del movimiento social —SMO, en inglés—⁵ como sería el caso de mis objetos de estudio: Askatasuna, Segi, Batasuna y LAB.

Por tanto los ejes a partir de los cuales se estructuran los intereses del MLNV —el SMS— y la génesis y naturaleza del propio MLNV —la SMI— muestran una raíz común. Sin embargo, cada una de las organizaciones que lo componen —las SMO— muestra particularidades que la distinguen del resto. Los métodos de acción, así como la naturaleza de las mismas, son bien variados, y adoptan desde formas propias de movimientos políticos a las propias del movimiento obrero, pasando por colectivos ecologistas o feministas englobables dentro de los Nuevos Movimientos Sociales (NMS). También los vínculos que establecen con otros agentes, como mostraré más adelante, supone un signo distintivo para cada una de las SMO analizadas.

EL *FRAMING* Y LA LEGITIMIDAD DE LA ACCIÓN COLECTIVA CONTENCIOSA

Las acciones de los diferentes agentes inmersos en una situación de conflicto se producen en un marco de interpretación subjetiva de la realidad. El enfoque de los objetivos que persigue el MLNV los abordo a partir de un *framing*⁶ (Benford y Snow, 2000) —o enfoque de la realidad— común, que muestra tres vectores, los cuales se corresponden con las tres grandes macroestructuras que vertebran toda sociedad humana: uno cultural, como es la defensa de la identidad vasca como pueblo culturalmente diferenciado (*abertzalismo*); otro político, como es la defensa de una articulación político-legal propia no subordinada a la de los Estados español y francés (*independentismo*); y otro económico, como es la lucha de clases y contra el sistema capitalista en principio, actualmente más enfocado hacia la lucha contra las medidas económicas neoliberales (*anticapitalismo*). Así, se instituye un *framing* compacto a partir del cual se definen los objetivos del MLNV que chocan frontalmente con los intereses del Estado español.

A partir de la idea del *framing* es posible abordar convincentemente la diferenciación que establece Tilly (1991) entre actos y violencia legítima e ilegítima. La perspectiva desde la que se aborden dichas acciones, desde la de los intereses de las autoridades y del Estado, o bien desde la del Movimiento de Liberación Nacional, puede ayudar a entender las razones que se esgrimen desde ambos bandos para llevar a cabo sus acciones; más aún cuando las acciones de protesta se producen en multitud de ocasiones «para responder a la represión», mientras que las acciones de los aparatos del Estado se llevan a cabo invocando en muchos casos «la lucha contra el terroris-

4. *Social Movement Industry*, SMI.

5. *Social Movement Organization*, SMO.

6. El *framing* para estos autores denota un «fenómeno activo, procesual, que implica agencia y contención en el nivel de construcción de la realidad» (Benford y Snow, 2000: 614).

mo». Así pueden abordarse algunas afirmaciones de este autor, como cuando se refiere a la lucha armada diciendo que «el terror de una persona supone un movimiento de resistencia por parte de otra» (Tilly, 1991: 77), o la percepción diferenciada de ciertos sectores sociales con respecto a la acción punitiva del Estado.

TARROW Y LA INSUFICIENCIA DE LA TEORÍA DE LOS CICLOS DE PROTESTA

Hasta ahora he utilizado básicamente teorías sobre movimientos sociales para determinar cómo son las organizaciones que analizo. Siguiendo por esta senda, se puede afirmar que la situación tardo y posfranquista es un caldo de cultivo para la movilización, una época de gran conflictividad y efervescencia política en que multitud de manifestaciones de acción colectiva confluyen, fenómeno que podría corresponderse con lo que Tarrow denomina un *ciclo de protesta*⁷ (Tarrow, 2004). En el caso del independentismo vasco, la conjunción de unos ejes estructurales que organizan el conflicto —latentes durante años en la España franquista—, cuyo principal *clivaje* es el que enfrenta al centro político con la periferia, junto con una situación de apertura de la EOP en plena decadencia del régimen franquista, es el cóctel explosivo del que surgen el MLNV y sus organizaciones. Sin embargo, es el propio Tarrow quien determina en sus estudios sobre movimientos sociales que estos ciclos de intensificación de la protesta no duran más que unos pocos meses o años, algo que en el caso vasco no sucede. El hecho de que la conflictividad en este caso dure hasta la actualidad obliga a repensar ciertas cuestiones teóricas.

En este sentido, la persistencia de las demandas en torno al *clivaje* centro-periferia —un factor histórico de conflictividad— se configura en el elemento central que determina las *razones estructurales* para la lucha de ciertos sectores de la sociedad vasca. Pero en el mantenimiento del conflicto hasta la actualidad existen otros factores; uno cuya existencia se obvia en multitud de ocasiones, que puede darnos pistas sobre los motivos por los que las personas en el País Vasco se siguen sumando a la acción contenciosa, y que enlaza directamente con las hipótesis acerca de la actividad judicial sobre las que construyo mi investigación, es el de la represión.

LA RELACIÓN ENTRE PROTESTA Y REPRESIÓN, Y LA LÓGICA DEL ESTADO

La represión es definida como la «acción reguladora del Gobierno en contra de aquellos que constituyen un desafío para las relaciones de poder existentes» (Daven-

7. Tarrow afirma en su libro *El poder en movimiento* que un ciclo de protesta es una fase de intensificación de conflictos en un contexto de aumento de las oportunidades políticas «que incluye una rápida difusión de la acción colectiva de los sectores más movilizados a los menos movilizados, un ritmo de innovación acelerado en las formas de confrontación, marcos nuevos o transformados para la acción colectiva, una combinación de participación organizada y no organizada y unas secuencias de interacción intensificada entre disidentes y autoridades» (Tarrow, 2004: 202).

port, 1995: 683). Opp y Roehl (1990) atribuyen dicha acción a las autoridades estatales, como son las Fuerzas de Seguridad del Estado, los tribunales y los Gobiernos. Así, aunque la represión forma parte del repertorio de acción natural de los Estados, las condiciones para que se produzca se dan en las situaciones de conflicto político en el seno del propio Estado. Por otro lado, la protesta, definida por Tarrow como «la acción colectiva disruptiva dirigida a las instituciones, élites, autoridades u otros grupos en defensa de los objetivos de los actores o de aquellos a quienes dicen representar» (Tarrow, citado en Carey, 2006: 2) es un elemento que acostumbra a aparecer asociado a la represión en situaciones de conflicto.

La distinción que proponía Tilly entre legitimidad e ilegitimidad de las acciones es la que da pie a los actos de protesta —cuyos actores legitiman las acciones subversivas—⁸ y de represión, cuyos actores legitiman las acciones de castigo hacia la protesta.⁹ En un estudio sobre la relación entre protesta y represión, Carey concluye que «en la mayoría de los casos analizados en los que la protesta induce a la represión, la represión también conduce a la protesta, y viceversa» (Carey, 2006: 9). El proceso por el que una mayor represión hace que aumente la protesta, y viceversa, siguiendo el esquema propuesto por Opp y Rohel (1990), se llevaría a cabo de la siguiente manera: la represión, que para el Estado supone un coste, en un primer momento hace disminuir la protesta, ya que impacta de forma directa contra ésta y la neutraliza. Sin embargo, si dicha acción punitiva del Estado es considerada ilegítima por las personas afectadas y su entorno social, se activarán procesos de micromovilización cuyo efecto final será un aumento de los incentivos para la protesta. Las variables que multiplican las posibilidades de que la represión acabe haciendo aumentar los incentivos para la protesta son dos: la percepción de los individuos de que la acción punitiva es ilegítima —considerada injusta e injustificada—; y la integración de las personas afectadas en grupos promotores de la protesta que recojan sus testimonios de denuncia. Los ciclos de recrudescimiento de confrontación política se encuadran en este marco, en el que la represión provoca un aumento de los incentivos para la protesta, pudiéndose activar una espiral de violencia.

Entonces, si la represión forma parte del repertorio de acción del Estado, ¿cuándo y por qué se activa? Para entender este mecanismo, es necesario en primer lugar determinar la lógica que guía al Estado. Éste se instituye y funciona desde su nacimiento, según Max Weber, basándose en el modelo de la burocracia, la manifestación organizacional del espíritu racional moderno. Es por ello defendible que el Estado lleve a cabo su actividad basándose en dichos preceptos racionalistas; dado que la represión forma parte del repertorio del Estado, propongo que la acción legal punitiva para hacer frente a aquellos elementos que se enfrentan a él siga dicha lógica racionalista. Dado que, como afirman Opp y Rohel, la represión supone un coste, es de esperar

8. Las acciones de protesta incluirían «amenazas verbales, así como acciones no violentas y violentas» (Carey, 2006: 2). Así, «la violencia de grupo surge generalmente de acciones colectivas que no son intrínsecamente violentas. Sin ellas la violencia colectiva difícilmente podría ocurrir» (Tilly, citado en Carey, 2006: 2).

9. Las acciones represivas incluirían «sanciones negativas, como restricciones en la libertad de expresión, violaciones de derechos sobre la integridad física, como la tortura y el encarcelamiento político, así como la extensión del terror de Estado en forma de genocidio» (Carey, 2006: 2).

que los beneficios esperados de ilegalizar ciertas organizaciones¹⁰ sean mayores que los costes. En este sentido, los beneficios de la acción del Estado frente a grupos antagonicos se traducen en asegurar y optimizar su pervivencia, manteniendo su orden —constitucional— intacto.

LA PERTINENCIA DEL ANÁLISIS CIENTÍFICO-SOCIAL PARA ABORDAR LAS ILEGALIZACIONES

Llegados a este punto, el lector podría preguntarse si, más allá de todos los planteamientos teóricos expuestos hasta ahora, el caso de las ilegalizaciones no es más que un ejercicio natural en un estado de derecho de aplicación de las leyes ante unos hechos considerados delictivos y probados como tales. Si esto fuese así, sería el ámbito del derecho jurídico, y no el de las ciencias sociales, el único capaz de explicar el porqué de las ilegalizaciones.

En esta investigación, sin embargo, propongo la necesidad de aplicar la metodología de las ciencias sociales para entender la dinámica de estas actuaciones, y para ello me baso en varios argumentos. En primer lugar, es contradictorio observar cómo las mismas organizaciones ilegalizadas en el Estado español siguen siendo legales, por ahora, en el Estado francés. En Iparralde, la zona norte del País Vasco perteneciente administrativamente al Estado francés, la actividad tanto de Batasuna, como de As-katasuna o de Segi es legal. Éste sería un primer punto que puede conducir a pensar en un cálculo estratégico diferenciado por parte de estos dos Estados,¹¹ partiendo de que los principios penales que guían a estos dos Estados considerados de derecho no difieren en lo fundamental.

Un segundo factor que exige un análisis más profundo que el puramente jurídico es el temporal. Los procesos penales con los que se ponen en marcha las ilegalizaciones de organizaciones del MLNV comienzan a elaborarse a finales de la década de 1990, momento en que el juez de la Audiencia Nacional Baltasar Garzón acusa a diferentes organizaciones *abertzales* de formar parte del conglomerado de ETA. Dado que lo que se ha condenado es una relación orgánica con la organización armada, y no uno o varios hechos que suceden en un lugar y momento concretos, el interrogante en este caso sería el de si las organizaciones en cuestión, surgidas hace tres décadas, no vulneraban la ley con anterioridad.

El tercer factor —y el fundamental— por el que defendiendo la aplicación de métodos científico-sociales frente a los puramente penales para este caso tiene que ver con

10. Las ilegalizaciones de las organizaciones que analizo concuerdan con la definición propuesta sobre represión, según la cual ésta es la acción estatal dirigida en contra de aquellos que constituyen un desafío para las relaciones de poder existentes. En este caso podríamos hablar de represión de tipo jurídico-legal.

11. En mi investigación me circunscribo al ámbito del Estado español. En todo caso, precisamente por ser el español y el francés dos Estados cuyo repertorio de acción no difiere en lo fundamental, considero que no es descartable que en un futuro puedan suceder las ilegalizaciones en el Estado francés, en una coyuntura favorable para esta acción, y utilizando las mismas argumentaciones que la judicatura española.

la fundamentación teórico-jurídica en la que se basan los sumarios que han llevado a las ilegalizaciones. El macrosumario 18/98 es el que establece las razones jurídicas que llevan a defender la doctrina del «conglomerado de ETA», y que se aplica después en los sumarios 18/01, 33/01 y 35/02 con los que se ilegalizan respectivamente Segi, Askatasuna y Batasuna.

En la sentencia del sumario 18/98¹² de la Audiencia Nacional se considera probado que «es ETA una organización terrorista [...] que persigue la subversión del orden constitucional del Estado español [...]. Para el cumplimiento de sus objetivos que tienden a alcanzar los fines políticos expresados, ETA se sirve de grupos armados. [...] Dichos grupos armados realizan su actividad en conjunción como vasos comunicantes con otras estructuras de la misma organización criminal, ligadas por una relación de sumisión por sus militantes a aquéllos».¹³ La forma en la que la dirección de ETA controla esas otras estructuras es, según la sentencia 18/98, fruto de la teoría del desdoblamiento que diseña su cúpula: «Fue a finales de 1974, ante el próximo marco legal que se avecinaba, y que abría la posibilidad de sindicación, de formación de partidos políticos y de los derechos de asociación, que la organización terrorista ETA decidió separar de su estructura militar a sus otros frentes, el político, el cultural y el obrero [...], buscando una apariencia de legalidad. [...] Fruto de esa decisión adoptada por ETA en aplicación de la “Teoría del desdoblamiento”, sus estructuras política, cultural y obrera se reconvirtieron en simples organizaciones y plataformas de “masas”, con ficticia autonomía en relación con los actos violentos ejecutados por su “Frente armado”. [...] A partir del año 1976, los organismos de masas se integraron en KAS. [...] A mediados de 1977 asume el mando exclusivo sobre la “Koordinadora Abertzale Socialista (KAS)” ETA-militar. [...] El entramado organizativo KAS está conformado en 1980 por cinco organizaciones: 1) la organización armada de la banda terrorista ETA; 2) HASI, un pretendido partido político no reconocido por la legalidad democrática; 3) LAB, una central sindical; 4) Jarrai, una organización destinada a coordinar a los jóvenes plenamente identificados con la organización armada ETA; y 5) ASK, una coordinadora de distintas organizaciones sociales y populares. La forma de poner en práctica el dominio de la organización armada de ETA sobre las descritas organizaciones de KAS se materializó a través de lo que se conoce como participación por “doble militancia”, concepto éste que significa la directa intervención de individuos de la “organización armada” de ETA en KAS.»¹⁴ La sentencia asegura que dicha estrategia se sigue llevando a cabo en adelante, como dicen mostrar los documentos intervenidos a miembros de ETA en 1987 y 1994.¹⁵ Por todo esto, los jueces aseguran: «1) que “la organización armada” de ETA se encargaría de la lucha armada y asumiría la “vanguardia” de la dirección política; 2) que KAS se encargaría de la codirección política subordinada a la “organización armada” de la banda terrorista ETA, desarrollaría la lucha de masas y ejercería el control del resto de las organizaciones del MLNV; 3) que Herri Batasuna asumiría la “lucha institucional” al servicio de la “or-

12. Se puede acceder a la sentencia del sumario 18/98 a través de la siguiente dirección electrónica: <http://www.gara.net/agiriak/SENTENCIA18-98.pdf>

13. Página 84 de la sentencia 18/98.

14. Páginas 86-87 de la sentencia 18/98

15. Página 89 de la sentencia 18/98.

ganización armada” de ETA, pues ésta está controlada por KAS, y KAS por el “frente armado”; 4) que en todo este conglomerado correspondía a la “organización armada” el papel de vanguardia.¹⁶

El corolario de toda esta argumentación judicial es bien claro, y es la base de todas las ilegalizaciones que se han producido: si todas las organizaciones del MLNV están controladas por el KAS —que según afirma esta misma sentencia pasaría a llamarse Ekin en 1999¹⁷—; y el KAS, por su parte, está controlado por ETA, entonces todo el MLNV está controlado por ETA. Partiendo de esta idea, por tanto, el Estado dictamina que todas las organizaciones del MLNV o «son terroristas» o «colaboran con, y se someten al, terrorismo».

En este punto, y dado que los argumentos jurídicos están basados en interpretaciones de hechos históricos y no en acciones punibles concretas, se hace necesario acudir a las fuentes y observar lo que la Historia refleja. Así, 1974, momento en que la sentencia 18/98 afirma que ETA propone la «teoría del desdoblamiento», es el año en que se escinden ETA militar y ETA político-militar. La oposición de la primera de ellas al «insurreccionalismo» y a las estructuras político-militares que habían guiado la actividad de la organización armada hasta entonces, es una de las causas principales de esta decisión. ETA militar, antecesora de la actual ETA, propugna la idea de que la lucha armada debía servir para agudizar las contradicciones en el seno del bloque dominante, independizándola de la lucha de masas (Letamendia, 1994: 395). A finales de 1974, ante el ocaso del régimen franquista, el Frente Militar de ETA explica en su *Agiri*¹⁸ su decisión de «no entrar en la legalidad democrática» y «separarse del aparato de masas» del que hasta entonces había formado parte.

Con respecto a la «teoría del desdoblamiento» que sirve de base jurídica para defender la idea del «conglomerado de ETA», no es ETA militar quien la propone, sino ETA político-militar, organización que se disuelve en 1985. Tampoco es 1974 el año en que se elabora, sino 1976, en la VII Asamblea de ETA político-militar. El Manifiesto de esta asamblea afirma que: «Constatando la imposibilidad de llevar a cabo esa dirección política por parte de una organización que simultanea la práctica de la lucha de masas y la práctica de la lucha armada, ETA ve la necesidad del desdoblamiento de estas dos funciones en dos estructuras organizativas diferenciadas. [...] Corresponde a la lucha de masas la iniciativa fundamental».¹⁹ ETA militar comparte este planteamiento de la organización político-militar, con cuyos puntos programáticos, estratégicos e ideológicos dice estar de acuerdo en su Zutik 67 —boletín interno— de noviembre de 1976 (Letamendia, 1994). A partir de entonces, ETA —la surgida del Frente Militar y que pervive hasta nuestros días— decide autonomizar sus estructuras y su forma de acción basada en la lucha armada.

La interpretación de este proceso es muy diferente para el poder judicial español, para quien todo el MLNV es ETA. En todo caso, lo que queda demostrado es que nos encontramos ante una cuestión de interpretación jurídica de un conjunto de fenó-

16. Página 91 de la sentencia 18/98.

17. Página 205 de la sentencia 18/98.

18. «ETA-ren agiria» en *Documentos (de ETA)* (1979), Tomo 16, pág. 45

19. «Manifiesto del VII Biltzar Nagusia de ETA» en *Documentos (de ETA)* (1979), Tomo 18, pág. 234.

menos históricos. Partiendo de que el poder judicial es uno de los pilares básicos del Estado español, y de que el propio Estado español es uno de los actores implicados en el conflicto, la pertinencia de una táctica predeterminada que guíe su interpretación del tema y por tanto la acción punitiva, más allá de criterios puramente penales, se convierte en ciertamente defendible.

Pero si incluso al más escéptico de los lectores todos estos argumentos en favor de aplicar criterios de estrategia racional por parte del Estado en el caso de las ilegalizaciones no le convencen, existe un último factor que considero irrefutable para confirmar mi hipótesis. El corolario de la sentencia 18/98 asegura que todas las organizaciones del MLNV forman parte de ETA. Esta misma sentencia define a mis cuatro objetos de estudio —Askatasuna, Segi, Batasuna y LAB— como organizaciones del MLNV, por lo que bajo el criterio de la justicia española formarían parte de ETA. Pero se ha actuado judicialmente contra Askatasuna, Segi y Batasuna, y no contra el sindicato LAB. La hipótesis de un cálculo diferenciado en la acción punitiva del Estado contra estas organizaciones se hace imprescindible aquí. Y, en todo caso, me proporciona la *variable de control* de la investigación: si judicialmente todas las organizaciones del MLNV forman parte de ETA, y por tanto son ilegalizables, entonces *Askatasuna, Segi, Batasuna y LAB son ilegalizables* bajo la óptica del Estado.

ORGANIZACIONES SEGMENTADAS COMO TIPOS IDEALES

Ragin y Zaret (1983) recomiendan con respecto a la metodología en los estudios sociológicos histórico-comparativos como el presente la idoneidad de establecer tipos ideales para analizar. Propongo el establecimiento del *tipo ideal* de *organización segmentada*. Se trata de un tipo de organización desprovista de vínculos o pautas relacionales con los centros de poder del Estado. Si estas pautas relacionales «desempeñan el papel de distribuir de forma diferencial recursos escasos —de información, económicos, de poder» (Wellman, citado en Rodríguez, 2005: 10)—, propongo entonces que el tipo de organizaciones aisladas y desprovistas de este tipo de vínculos con los centros de poder muestran una gran *vulnerabilidad* frente a la acción punitiva que el Estado pudiera dirigirle. Propongo también que cada una de las organizaciones del MLNV responde a este perfil. Propongo, en definitiva, que Askatasuna, Segi, Batasuna y LAB son, en principio, como tipo ideal, *organizaciones segmentadas*, y por tanto vulnerables frente a la acción represiva legal del Estado.

Para determinar si las organizaciones que estudio efectivamente responden al tipo ideal de organización segmentada, analizaré su número y tipo de vínculos a través de los cuales pueden acceder a los centros de poder. La noción de organización segmentada la he recogido de las aportaciones de Oberschall (en Neveu, 2003), que parte de un análisis de la estructura social y de las redes preexistentes de solidaridad. Éstas se materializan en dos variables. La primera de ellas se refiere a los vínculos entre el grupo estudiado y otros elementos de la sociedad en cuestión, como grupos e instituciones que ocupan posiciones de poder. El grupo analizado estará *integrado* cuando disponga de conexiones estables con autoridades superiores; y *segmentado* cuando no disponga de estos cauces, lo cual conduce a una situación de aislamiento con respec-

to a los centros de poder. El segundo grupo de variables remite a la naturaleza de los vínculos dentro del grupo analizado, para el que Oberschall propone tres situaciones: la de comunidad, en que una organización tradicional estructura fuertemente la vida común; la de asociación, en que existen redes de grupos de naturaleza variada; y la situación correspondiente a grupos débilmente organizados que no pueden disponer de ninguno de estos principios cohesionadores.

Mi idea de encuadrar idealmente a las organizaciones del MLNV en la tipología de grupos *segmentados* con respecto a los centros de poder, y basados en vínculos asociativos, concuerda con la propuesta de Oberschall. Éste define a los actores que muestran estas características como pertenecientes al «modelo F», del que formarían parte «[...] desde movimientos de liberación nacional hasta milenarismos» y cuyas formas varían «según el grado de cristalización de las redes asociativas y el surgimiento de dirigentes y organizaciones aptos para formular los programas» (Oberschall, citado en Neveu; 2003: 99). Sin embargo, defendiendo la idea de que dentro del MLNV, pese a que todas sus organizaciones son idealmente *segmentadas*, este tipo ideal no se adecúa de igual manera a la realidad de cada una de sus organizaciones. Éstas, basándose en los vínculos que establecen, muestran diferentes grados en la variable *segmentación/integración* con respecto a los centros de poder. El estudio que llevo a cabo sobre sus vínculos me ayudará a determinar el grado de segmentación en que están inmersas. Y, por tanto, su vulnerabilidad frente a la acción punitiva.

Mahoney (2004), por su parte, apunta hacia la utilidad en los análisis histórico-comparativos de establecer las *condiciones necesarias y suficientes* por las que se produce el fenómeno que analizamos. En mi caso, en que analizo el fenómeno de la ilegalización de organizaciones, establezco que una primera condición necesaria —X1— es la acusación del Estado, como se hace en la sentencia 18/98, de *formar parte del MLNV y, por tanto, de ETA*. Se trata, como digo, de una condición necesaria, pero no suficiente por sí misma, como muestra la situación de no ilegalización de LAB.

La segunda condición necesaria que propongo, y objeto de mi análisis, es la que se refiere a la segmentación de las organizaciones con respecto a los centros de poder.

La desprotección frente a la represión que esta situación supone establece el *factor de vulnerabilidad* —X2— de la organización ilegalizable, que determina que se produzca o no la acción racional del Estado. Como ya he dicho, este factor de vulnerabilidad —la debilidad o fortaleza relacional—,²⁰ lo mido a partir de los vínculos que una organización establece, analizando su evolución en el tiempo. En este caso tampoco se trata de una condición suficiente, como muestra la situación de organizaciones segmentadas y no ilegalizadas, como sería por ejemplo el caso de las Asambleas de Gaztetxes —centros ocupados— de Euskal Herria.

20. Diferencio entre fortaleza intrínseca y relacional de una organización. Es importante subrayar la idea de que el factor de debilidad/fortaleza que propongo en mi investigación es relacional, se refiere exclusivamente a la debilidad frente a la acción legal del Estado, y está determinado por los vínculos con que la organización analizada se halla imbricada indirectamente al propio Estado, medido a través de los lazos con otras organizaciones legales inmersas en las instituciones estatales. Así, no analizo la fortaleza intrínseca de la organización, definida a partir de otros parámetros como el número de militantes, la capacidad de movilizar recursos o la potencialidad del impacto de su acción.

El esquema de mi hipótesis, por tanto, sería el siguiente:

$[X1, X2] \Rightarrow Y;$

Donde X1 —ser una organización del MLNV— es una condición necesaria, y X2 —ser vulnerable frente a la acción legal del Estado— es la otra condición necesaria de Y, ser ilegalizado.

Por lo tanto, *si una organización es del MLNV, y es vulnerable frente a la acción legal del Estado, entonces es ilegalizada*. Por otro lado, anteriormente ya he establecido mi variable de control. Así, las cuatro organizaciones que analizo —Askatasuna, Segi, Batasuna y LAB— cumplen la primera condición: forman parte del MLNV (X1) y, por tanto, para el Estado son ilegalizables. También he propuesto anteriormente que cada una de las organizaciones que estudio muestra diferentes tipos de vínculos, y el número de lazos varía en el tiempo, con lo que su grado de segmentación y de fortaleza frente a la represión legal también varía. Siendo esto así, el esquema se puede plantear de la siguiente manera:

X1 es una variable de control. Las cuatro organizaciones analizadas, Askatasuna, Segi, Batasuna y LAB, son del MLNV.

Siendo X1 una constante, puede analizarse Y según la variabilidad de X2.

En definitiva, diseño mi investigación basándome en el siguiente principio: $f(X2)=Y$.

Es decir, la ilegalización (Y) se produce o no en función de la fortaleza frente a la represión legal de que dotan los vínculos (X2) a la organización en cuestión. Por ello propongo que la mayor fortaleza²¹ de LAB ha supuesto su no ilegalización. Considero que esto se debe a que, por un lado, al ser LAB un sindicato —representante de trabajadores y trabajadoras—, tiene una característica que otras organizaciones no muestran: la capacidad de interrumpir el proceso productivo. La incidencia económica que esto podría suponer hace que para el Estado aumente considerablemente el coste de actuar en su contra. Pero además, y en esto centro mi investigación, propongo que LAB muestra una fuente de vínculos constantes con otras organizaciones legales —básicamente otros sindicatos *abertzales*— que se traducen en un «escudo» frente a la represión legal del Estado.

Dado que la fortaleza —relacional— la defino basándome en los vínculos, mi variable independiente (X) serán los vínculos de la organización; y la variable dependiente que quiero explicar (Y), la ilegalización. Por todo ello, para el caso de las orga-

21. Además del análisis sobre su fortaleza relacional, la naturaleza sindical de LAB sería un elemento distintivo de esta organización que la diferenciaría de las otras tres analizadas. Tener la capacidad de interrumpir el proceso productivo, mayor cuantos más afiliados tenga, es un signo de fortaleza, «intrínseca» al sindicato, que haría aumentar al Estado el coste de actuar en su contra. Dado que en el caso de LAB la capacidad de interrumpir el proceso productivo es un elemento inherente exclusivamente a él, no la he incluido como variable de análisis para comparar con mis otras tres organizaciones objeto de estudio (Batasuna, Segi y Askatasuna). No por ello, sin embargo, ha de obviarse su importancia.

nizaciones del MLNV, propongo que *cuando existen pocos vínculos se es más débil frente a la acción legal del Estado y es entonces cuando se produce la ilegalización*. Veamos si los datos confirman o no esta hipótesis.

HIPÓTESIS

Cuantos menos vínculos establece una organización «ilegalizable» con otras organizaciones legales, mayor es su vulnerabilidad frente a la acción legal de un Estado, produciéndose su ilegalización.

La variable independiente (x) sería la cantidad de vínculos. La variable dependiente (y) sería la represión legal, o ilegalización.

Es decir, cuando una organización teje vínculos constantes con otras organizaciones legales imbricadas en ciertas instituciones oficiales, es menos vulnerable a la acción legal punitiva del Estado y no es ilegalizada. El mecanismo causal apuntaría a cálculos estratégicos por parte del propio Estado: éste tiende a inhibirse frente a medidas que puedan perjudicar el correcto funcionamiento de sus instituciones, ya sean éstas estatales o autonómicas. Una organización que no muestra ningún tipo de ligamen o vínculo con las instituciones reguladoras del Estado o con organizaciones que ayudan a estabilizarlo (como partidos políticos o sindicatos legales) son altamente vulnerables a la represión; mientras que las que establecen vínculos, aunque sean débiles y puntuales, con organizaciones que participan en cualquiera de las instituciones oficiales, se hallan imbricadas (aunque sea de forma débil e indirecta) en la vida institucional;²² y pueden crear, en caso de ser objeto de acciones legales punitivas, efectos que desestabilicen el correcto funcionamiento de las mismas. Este efecto haría aumentar para el Estado el coste de tal acción.

DISEÑO ESPECÍFICO

Organizaciones analizadas: Batasuna, Segi, Askatasuna y LAB.

Variable independiente (x): lazos con organizaciones legales.

Dimensionalización de los lazos:

Lazos institucionales-formales: coincidencia de votos con otras organizaciones legales en los ámbitos institucionales propios de cada una de las organizaciones analizadas (Parlamento Vasco para Batasuna, negociaciones colectivas en el ámbito laboral para LAB. Askatasuna y Segi, al ser «alegales» antes que ilegales, no muestran este tipo de vínculos).

22. Esta idea concuerda con la noción de «puentes locales» de Granovetter (1973), que son los vínculos débiles que conectan dos puntos por su camino más corto. La importancia de este tipo de vínculos es, por tanto, central. En mi caso, la conexión entre una organización del MLNV y los centros de poder se efectuaría indirectamente, cuando la organización del MLNV en cuestión establece un vínculo con una organización legal —un «puente»—, la cual a su vez estaría conectada directa o indirectamente con determinados centros de poder.

Lazos informales: copresencia de las organizaciones analizadas con otras organizaciones legales en actos de movilización política (manifestaciones, peticiones...) o en reuniones de carácter público.

Variable dependiente (y): legalización/ilegalización.

Periodo analizado: 1999-2007

Se trata de observar, en los años analizados, si los momentos en que suceden las ilegalizaciones coinciden con situaciones en que el número de lazos, tanto institucional-formales como informales, son muy bajos o inexistentes. Mis hipótesis apuntarían hacia una mayor vulnerabilidad frente a acciones legales punitivas en momentos en que las organizaciones analizadas se encuentran desprovistas de vínculos y, por tanto, aisladas.²³

ANÁLISIS DE LOS DATOS

Cantidad de vínculos: comparación de los vínculos formales

Tabla 11.1 Vínculos formales-institucionales de Batasuna y LAB de 1999 a 2007, en %²³

	1999	2000	2001	2002	2003	2004	2005	2006	2007
LAB	34	34	34	35	33	31	34	30	29
Batasuna	46	10	5	13	14	0	14	18	12

Fuente: consejo de Relaciones Laborales Vasco y Parlamento Vasco.

En el gráfico 11.1 comparo los vínculos formales-institucionales de Batasuna, recogidos a través de los diarios de sesiones de 1999 a 2007 del Parlamento vasco; y los de LAB, recogidos en los informes del Consejo de Relaciones Laborales Vasco sobre mesas de negociación colectiva de la Comunidad Autónoma Vasca, de 1999 hasta 2007. En este caso no puedo comparar con Segi y Askatasuna ya que, hasta su ilegalización, se trataba de organizaciones «alegales» y que no formaban parte de ningún ámbito institucional-formal.

Muestro el porcentaje de lazos formales de Batasuna: el número de veces que Batasuna* (o EH y EHAK) ha coincidido con otras formaciones políticas en votaciones sobre leyes, sobre el total de votaciones sobre leyes que se han producido en el Parlamento Vasco; frente al porcentaje de vínculos formales de LAB: el número de veces

23. Número de vínculos establecidos por EH-Batasuna-EHAK y LAB sobre el total de vínculos establecidos en el Parlamento vasco y en los convenios colectivos laborales de la CAV.

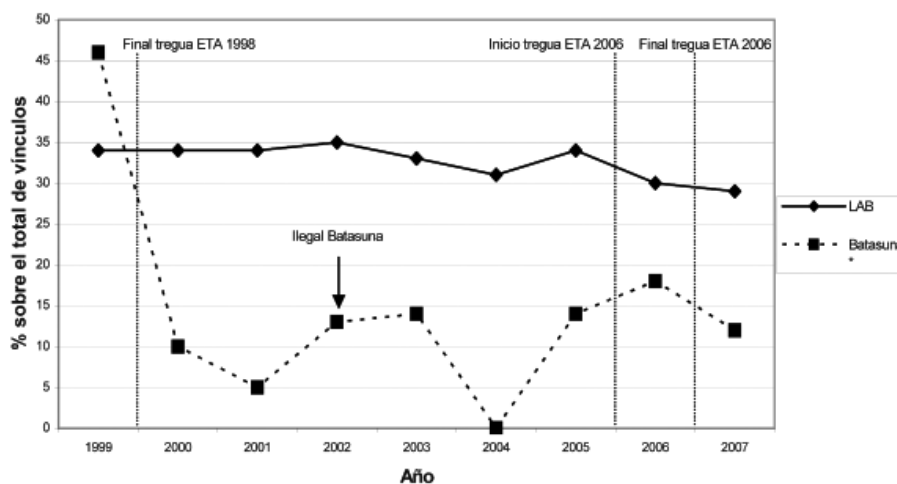


Gráfico 11.1 Comparación del % de vínculos formales de LAB y Batasuna, 1999-2007

que LAB ha coincidido con otros sindicatos en firmas de convenios colectivos, sobre el total de convenios firmados en la CAV. En el gráfico se observa cómo el porcentaje de lazos formales de LAB se mantiene relativamente estable de 1999 a 2007, en torno al 30%. Es decir, existe una fuente constante de vínculos con organizaciones sindicales legales. En el caso de Batasuna, sin embargo, se pasa de un elevado porcentaje (46%) de vínculos formales en 1999 —época de distensión del conflicto, en que ETA está en tregua, y en que está vigente el Pacto de Lizarra—,²⁴ a porcentajes muy bajos a continuación, que no llegan al 15%. Tan solo en 2006 sube un poco este porcentaje (18%), época de distensión del conflicto y año en que ETA declara una nueva tregua. En los años «duros» de recrudecimiento del conflicto, de 2000 a 2004, el porcentaje de vínculos de Batasuna disminuye, y entonces tiene lugar la acción legal en su contra, que comienza el año 2002, cuando muestra un 13% de vínculos formales. Se observa, por tanto, cómo la represión legal se activa en función de la coyuntura política y de la vulnerabilidad de la organización analizada.

24. El de Lizarra es un pacto en el que se apuesta por una salida al conflicto basada en un acuerdo entre el mayor número posible de agentes políticos y sociales, y que reconoce el derecho del pueblo vasco a decidir su futuro

Cantidad de vínculos: comparación de vínculos informales

Tabla 11.2 Vínculos informales de LAB, Batasuna, Askatasuna y Segi de 1999 a 2007, en número de vínculos²⁵

	1999	2000	2001	2002	2003	2004	2005	2006	2007
LAB	16	8	4	10	15	13	22	18	16
Batasuna	33	6	2	3	6	7	20	23	10
Askatasuna	10	2	1	1	2	1	3	2	1
Segi	9	2	0	1	2	2	5	3	2

Fuente: periódicos Gara y El País 1999-2007.

El gráfico 11.2 muestra el número de vínculos informales de las cuatro organizaciones del MLNV que analizo. En este caso los datos son más sustanciosos, ya que puedo comparar las cuatro organizaciones objeto de estudio: Segi (antes Jarrai y después Haika), Askatasuna (antes Gestoras Pro-Amnistía), Batasuna (antes HB, EH, y otras marcas electorales diferenciadas en un principio, como EHAK y ANV, pero con las que su electorado ha sido representado electoralmente tras su ilegalización), y LAB. En este caso mis fuentes han sido las hemerotecas de los periódicos *Gara* básicamente, y también *El País*, de los que he recogido todas las manifestaciones, peticiones, reuniones y acciones políticas públicas en las que han participado cualquiera de estas cuatro organizaciones desde 1999 hasta 2007. En este gráfico 11.2 aparece el número de vínculos en que cualquiera de las cuatro organizaciones del MLNV que analizo coinciden en el periodo 1999-2007 con alguna de las principales organizaciones políticas y sindicales legales que existen en el País Vasco: los sindicatos ELA, CC.OO., UGT, y los partidos políticos PSOE, PNV, EA, IU-EB, y más adelante Aralar. He omitido el PP porque no se establece ningún tipo de vínculo público con él de 1999 a 2007. Es necesario señalar, además, que la casi totalidad de los vínculos de organizaciones del MLNV contabilizados que se muestran a continuación se establecen con otros partidos políticos y sindicatos *abertzales*.²⁵

En este gráfico 11.2 se ve cómo, en primer lugar, los lazos informales de Segi y Askatasuna siempre son menores que los de Batasuna y LAB. En el año 1999, al ser

25. Cantidad de veces en las que cada organización analizada coincide con alguna otra organización legal no perteneciente al MLNV en actos públicos de acción política (reuniones, manifestaciones, peticiones, etcétera).

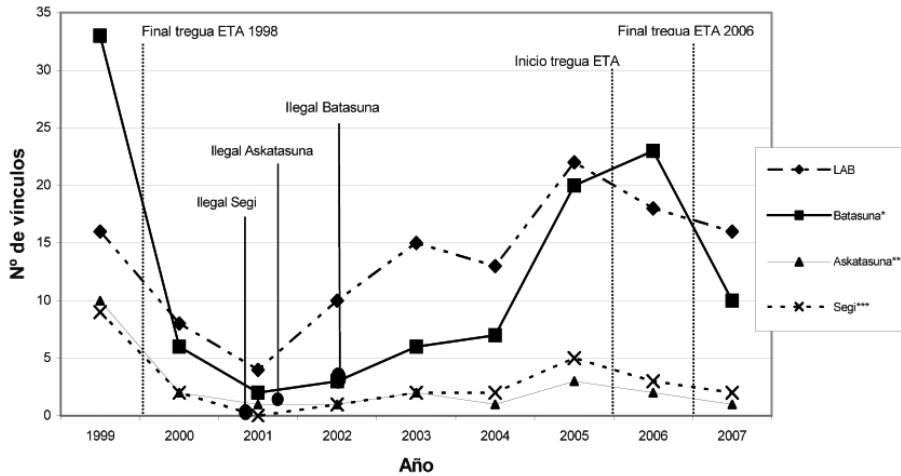


Gráfico 11.2 Comparación del número de vínculos informales de Askatasuna, Segi, Batasuna y LAB, 1999-2007

miembros tanto Segi (**en esa época Gestoras Pro-Amnistía) del pacto de Lizarra, aún muestran cierto número de vínculos con organizaciones legales que no son del MLNV (9 y 10 vínculos, respectivamente), número que disminuye de forma ostensible a partir de ese año 1999. En 2001, año en que Segi es ilegalizada, esta organización muestra 0 vínculos, mientras que Askatasuna muestra sólo un vínculo público con organizaciones legales no pertenecientes al MLNV. Es decir, son ilegalizadas en un momento de recrudecimiento del conflicto, de aumento de las actividades represivas y tras el final de una tregua de ETA, y en el que se encuentran aisladas (sin vínculos) con respecto a organizaciones legales no pertenecientes al MLNV. Tan solo en los años 2005 y 2006, época de distensión del conflicto, vuelve a aumentar un poco su número de lazos informales con organizaciones legales que no son del MLNV. Los demás años se mantienen por debajo de los 5 vínculos informales. Es decir, se adecúan a la definición de organizaciones segmentadas, y son vulnerables, por tanto, a la represión legal propuesta por Oberschall.

Batasuna, por su parte, es la organización que más fluctúa en su número de vínculos informales dependiendo de la coyuntura política. Así, en 1999 (*siendo EH) muestra un gran número de lazos informales (33), cifra que baja radicalmente en la época de recrudecimiento del conflicto. El año 2001 muestra tan solo dos lazos informales, mientras que en 2002, año en que se produce la primera acción legal en su contra, muestra tres vínculos. Es decir, la acción legal punitiva se produce en un momento en que sus vínculos informales con organizaciones no pertenecientes al

MLNV son mínimos, y su aislamiento con respecto a organizaciones legales y centros de poder, mayor. Sin embargo, en los años 2005 y 2006, época de distensión del conflicto y en que sucede una nueva tregua de ETA, sus vínculos informales vuelven a subir hasta los 20 y los 23, respectivamente. Se confirma pues que la acción legal del Estado contra Batasuna se produce en una coyuntura de pocos vínculos y aislamiento con respecto a los centros de poder.

Los vínculos informales de LAB, por último, también fluctúan en función de la distensión o el recrudecimiento del conflicto; pero no tanto como en el caso de Batasuna. Es decir, en los años más «duros» de conflicto, los años 2000, 2001, 2002 y 2003, LAB muestra respectivamente 8, 4, 10 y 15 vínculos informales con organizaciones no pertenecientes al MLNV, sobre todo con ELA. Es decir, siempre muestra un número mínimo de vínculos que provocan que no esté del todo aislada con respecto a otras organizaciones legales, que le sirven de «escudo» frente a la ilegalización. En los años de distensión del conflicto, por su parte, sus vínculos también aumentan considerablemente —el año 1999 tiene 16 vínculos; el año 2005 tiene 22; y el año 2006 muestra 18—, aunque no tanto como en el caso de Batasuna.

CONCLUSIONES

Las teorías sobre movimientos sociales han experimentado en los últimos años un avance que es digno de agradecer, mostrándose progresivamente más certeras. Pero, tal y como apuntaba al principio de este artículo, mientras que los estudios en este campo indagan cada vez más sobre las características y dinámicas de los grupos promotores de la protesta, existe aún cierto vacío académico sobre cuáles son las tácticas que las autoridades utilizan para hacer frente a dichos grupos. A ello me he dedicado en este texto. En este sentido, el objetivo de esta investigación ha sido doble: he tratado por un lado de aportar algo de luz al conocimiento sobre las teorías de movimientos sociales, analizando la ilegalización de organizaciones como una innovación táctica en el seno del repertorio de acción del Estado; y, por otro lado, de esclarecer someramente las consecuencias que este tipo de acciones han tenido y tienen sobre la vida política y social vasca.

Con respecto al primero de los puntos, el teórico, observamos en este caso cómo el Estado, al igual que los grupos a los que se enfrenta, es un actor que innova en sus repertorios de acción —en este caso represivos— para adaptarse y tratar de neutralizar a los grupos disidentes. La ilegalización de organizaciones del MLNV y encarcelamiento de sus miembros responde a una eficiente táctica de Estado que se activa en la última década en función de dos factores: a) cuando la coyuntura política es favorable para dicha acción, como son los años de recrudecimiento del conflicto político; y b) cuando aumenta la vulnerabilidad de las organizaciones hacia las que dirige su acción represiva legal, vulnerabilidad determinada por el número de vínculos organizacionales que muestran. Son las teorías de redes las que determinan cómo la proliferación de vínculos —ya sean personales, organizacionales o de cualquier otra unidad de análisis— pueden configurarse como fuente de fortaleza relacional, y por tanto en «escudos» frente a posibles ataques. El análisis empírico llevado a cabo me

ha permitido, en este sentido, confirmar mi hipótesis: la ilegalización de las organizaciones independentistas se produce en coyunturas políticas favorables a la acción represiva —en momentos de recrudecimiento del conflicto— y cuando el número de vínculos de la organización analizada es menor, factores ambos que disminuyen para el Estado el coste de aplicar su acción legal represiva. En este sentido, la mayor fortaleza relacional de LAB —la constancia de vínculos con, sobre todo, otros sindicatos *abertzales* como ELA—, así como su capacidad de interrumpir el proceso productivo e incidir así sobre la economía —en tanto que organización compuesta por trabajadores y trabajadoras— son los elementos que harían aumentar para el Estado el coste de actuar en su contra. Y es que no ha de olvidarse que, a partir de que se instituye la doctrina judicial del «todo es ETA», el Estado tiene libertad para actuar contra cualquier organización a la que acuse de ser «terrorista».

Pero más allá de las implicaciones teóricas expuestas en este caso, el fenómeno de las ilegalizaciones como táctica política puede considerarse un síntoma de déficit democrático en un Estado, el español, que se considera como tal. Por un lado nos encontramos ante un poder judicial cuyos criterios punitivos fluctúan en función de la coyuntura política, imponiéndose así la razón de Estado a cualquier otra consideración basada en la justicia real. Por otro lado observamos cómo se produce la criminalización de organizaciones que no practican la lucha armada y el encarcelamiento de sus miembros, medidas más propias de regímenes autoritarios que tratan de acallar por todos los medios a la disidencia. También las consecuencias político-institucionales son llamativas: ahí tenemos la reciente composición, en mayo de 2009, de un nuevo gobierno en la CAV en que, habiendo sido ilegalizados el 9% de los votos, los partidos defensores de la Constitución —garante de la unidad de España— se convierten en mayoría de un Parlamento que no es reflejo de la realidad sociológica del país.

Ésta es una pequeña muestra de las repercusiones políticas presentes del fenómeno de las ilegalizaciones. Y, sin embargo, también hay otro tipo de conclusiones interesantes que es necesario destacar en clave de futuro. Por un lado, se ha de constatar cómo tras décadas en las que el Estado se vio descolocado, desbordado en ocasiones, por las innovaciones tácticas de la disidencia vasca, hoy en día ha adaptado todo su potencial estratégico, a través de la represión legal y otras tácticas aquí no mencionadas, para intentar neutralizar esa disidencia. Pero, una vez que se identifican cuáles son esas novedosas tácticas represivas —a cuyo entendimiento he tratado de poner mi modesto granito de arena—, también es posible tratar de innovar nuevamente en la acción colectiva para crear nuevas incertidumbres sistémicas. Evidentemente, para encontrar estas innovaciones tácticas desestabilizadoras y eficientes, que impulsen el logro de una democracia con mayúsculas para el pueblo vasco, no existen fórmulas secretas. Lo que sí existe, en cambio, es el potencial para conseguirlas, que no es otro que el de la inteligencia y la creatividad puestas al servicio de la acción colectiva.

BIBLIOGRAFÍA

Benford, R. y D. Snow (2000): «Framing Processes and Social Movements: An Overview and Assessment», *Annual Review of Sociology*, vol. 26.

- Carey, S. (2006): «The Dynamic Relationship between Protest and Repression», *Political Research Quarterly*, vol. 59, nº 1.
- Davenport, C. (1995): «Multi-Dimensional Threat Perception and State Represión: An Inquiry into Why States Apply Negative Sanctions», *American Journal of Political Science*, Vol. 39, Nº 3.
- Documentos (de ETA), 18 tomos* (1979), Editorial Lur, Grupo Hordago, Donostia.
- Granovetter, M. (1973): «La fuerza de los vínculos débiles», *American Journal of Sociology*, vol. 78, nº 6.
- Ibarra, P., Letamendia, F. (2006): «Los movimientos sociales», en M. Caminal, *Manual de ciencia política*. Tecnos, Madrid.
- Letamendia, F. (1994): *Historia del nacionalismo vasco y de ETA. Tomo I*. R & B Ediciones, San Sebastián.
- Mahoney, J. (2004): «Comparative-Historical Methodology», *Annual Review of Sociology*, vol. 30.
- McCarthy, J. y M. Zald (1977): «Resource Mobilization and Social Movements: A Partial Theory», *The American Journal of Sociology*, Vol. 82, Nº 6.
- Neveu, E. (2003): *Sociología de los movimientos sociales*. Hacer, Barcelona.
- Opp, K. y W. Roehl (1990): «Repression, Micromobilization, and Political Protest», *Social Forces*, vol. 69, nº 2.
- Ragin, C. y D. Zaret (1983): «Theory and Method in Comparative Research: Two Strategies», *Social Forces*, vol. 61, nº 3.
- Rodríguez, J. A. (2005): *Análisis estructural y de redes*. CIS, Madrid.
- Rokkan, S. (1970): *Citizens, elections, parties*, Universitetsforlaget, Oslo.
- Tarrow, S. (2004): *El poder en movimiento: los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Alianza, Madrid.
- Tilly, C. (1991): *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*. Alianza, Madrid.



Parte III
SUJETO, CAMBIO
Y CONFLICTO SOCIAL



12

Los nuevos movimientos sociales en la España del siglo XXI

Luis Enrique Alonso y Rafael Ibáñez Rojo

Lo cierto es que las identidades colectivas socialmente operantes se han construido invariablemente mediante lenguajes políticos dotados de una densa estructura narrativa.

Francisco Colom

INTRODUCCIÓN: MOVIMIENTOS SOCIALES PARA UN NUEVO CONTEXTO

NO ES EL OBJETIVO DE ESTAS PÁGINAS REALIZAR UNA RECONSTRUCCIÓN DETALLADA de la situación de los movimientos sociales en España, pues si algo ha caracterizado su desarrollo en los últimos años ha sido precisamente la rapidez de su evolución, tanto en la variedad de sus formas organizativas como en la intensidad de su presencia en la sociedad española.¹ Si bien es evidente a estas alturas que la historia de los movimientos sigue estando atravesada por las singularidades de cada contexto estatal, resulta también más necesario que nunca pensarlos desde una perspectiva global. Por ello, tanto la heterogeneidad de las experiencias colectivas contenidas bajo el referente de los nuevos movimientos sociales como la necesidad de situarlas en su contexto concreto, ahora no solo estatal, sino mundial, convierte en inabarcable la tarea de sintetizar brevemente su situación actual. Estas páginas pretenden tan solo recoger algunas de las dimensiones que permitan una mínima aproximación a su desarrollo en la España de comienzos del siglo XXI.

Después de la relativa decadencia de la literatura en torno a los movimientos sociales, el despertar mediático del llamado —por los propios medios de comunicación

1. Para una revisión exhaustiva de la evolución reciente de los nuevos movimientos sociales véanse los anuarios promovidos por el profesor de Universidad del País Vasco, Pedro Ibarra desde 1999; el último por ahora es Ibarra, P. y Grau, E. (eds.): *La red en conflicto. Anuario de movimientos sociales*, Icaria, Barcelona, 2007.

de masas— «movimiento antiglobalización»² ha supuesto también su renacer en el mundo académico. Sin embargo, los avances en las teorías de la *acción colectiva* — asentada en los planteamientos conocidos en torno a conceptos como los de «estructuras de oportunidades políticas», «movilización de recursos», «repertorios de acción» y «marcos discursivos e identitarios», etcétera—³ apenas están empezando a romper con el nacionalismo metodológico que denuncia Ulrich Beck,⁴ habiéndose concentrado los esfuerzos teóricos más productivos en el intento —no podía ser de otra manera—, por reconstruir este nuevo contexto (global y local), así como el nuevo marco ideológico que da sentido a las formas de resistencia contemporáneas. Esfuerzos, en último término, por concretar el todavía demasiado abstracto telón de fondo dibujado por la *globalización*.

El estado de euforia financiera, pero con crisis social permanente, del modelo de desarrollo del mercado mundial en las últimas décadas ha generado la imagen de una aceleración de los cambios y de los *escenarios internacionales*, representados casi siempre bajo la forma de amenazas y riesgos para la estabilidad del sistema en su conjunto. La línea que marca, por tanto, en primer lugar el nuevo contexto de desarrollo de los movimientos sociales, es la de un sistema económico que se ha visto en la necesidad de recurrir a una nueva fase de crecimiento en extensión (frente al crecimiento intensivo de la era dorada de la posguerra), tomando la forma extrema de las guerras neocoloniales emprendidas por la administración Bush.

En este sentido, y desde el punto de vista de las sociedades más desarrolladas, algunas reflexiones sobre la situación actual de los movimientos sociales subrayan la importancia paralela a los fenómenos de globalización que ha adquirido la generalización y expansión de las dimensiones inestables y precarias del trabajo empleable, antes —en la era keynesiana— solo incorporadas en la realización del valor en sectores minoritarios de la fuerza de trabajo. Puesto que dicho proceso, además de ser una de las condiciones que han hecho posible la recuperación cíclica de las tasas de beneficio, podría estar abriendo simultáneamente dinámicas contradictorias para el desarrollo del capitalismo al profundizar en la intercambiabilidad de la mayor parte de la fuerza de trabajo. Así para algunos teóricos de los movimientos de la alterglobalización actual se trata de aprovechar las opciones políticas abiertas por una expansión del trabajo que habría incorporado de modo generalizado en la ley capitalista de producción de valor «el trabajo intelectual, afectivo y técnico-científico».⁵ Nuevas posibilidades para el desarrollo de los movimientos resultado de la desaparición de las fronteras y los límites —siquiera simbólicos— que parecía imponer la estrechez de la concepción

2. No pretendemos entrar en la polémica en torno a la denominación del movimiento que ha adquirido su máxima expresión en las *contracumbres* a partir de Seattle: «Movimiento de resistencia global», «movimiento alterglobalizador», «movimiento de movimientos», etcétera. A lo largo del presente artículo nos referiremos a él como *movimiento antiglobalización* para subrayar su construcción externa, fundamentalmente mediática, y como *movimiento alterglobalizador* para recalcar su caracterización desde la propia militancia.

3. Funes, M. J. y Adell R., (eds.): *Movimientos sociales, cambio social y participación*. UNED, Madrid, 2003.

4. Beck, U.: *Poder y contrapoder en la era global*. Paidós, Barcelona, 2004: 87.

5. Negri, A. y M. Hardt: *El trabajo de Dionisos*. Akal, Madrid, 2003: 17.

productivista del trabajo asociada a la condición obrera. Estas transformaciones habrían impuesto «nuevos procesos de constitución subjetiva: no fuera, sino *dentro de la crisis* que experimentamos, es decir, que la organización de las viejas subjetividades experimenta». ⁶ Las nuevas formas de organización que parecen asociarse al *trabajo generalizado* harían posible un nuevo espacio para la expansión de los movimientos autónomos: «Cuando los sujetos se han tornado productores autónomos de riqueza, conocimiento y cooperación, sin necesidad de un poder de mando externo, cuando organizan la producción misma y la reproducción social, no hay razón alguna para un poder omniabarcante y soberano extrínseco a su propia potencia». ⁷

En la definición de las consecuencias sociales generadas por las dinámicas de globalización financiera y productiva, la cuestión que ha centrado buena parte de las discusiones en torno al cambio en los contextos de acción de los movimientos ha sido el cambio en el papel del Estado. Con independencia de las posiciones sobre la mayor o menor pérdida de relevancia de los Estados nacionales como actores globales, parece indiscutible que ha tenido lugar una mutación en las relaciones interestatales consideradas como una totalidad. La estructura institucional que representa el Estado liberal se ha convertido en un marco demasiado estrecho para el despliegue de la racionalidad económica del capitalismo de comienzos del siglo XXI. En los términos de Arrigui, Hopkins y Wallerstein, el cambio fundamental habría consistido en una intensificación de la densidad del sistema interestatal, de modo que las acciones emprendidas por los Estados se hallan cada vez más determinadas por el funcionamiento del sistema de Estados en su conjunto. ⁸ Desde el punto de vista del contexto en el que se desenvuelven los movimientos, lo relevante es que las relaciones entre los pueblos del mundo son cada vez más dependientes, no de la vieja *razón de Estado*, sino de la estabilidad y reproducción del *sistema interestatal*. ⁹ Tal y como plantea Fernández Buey, ¹⁰ la diversidad de interpretaciones en torno a la transformación del papel del Estado puede contenerse en dos posiciones relativamente enfrentadas. Por un lado, la que representarían autores como Hardt y Negri, ¹¹ para quienes la hegemonía imperial es el resultado directo del progresivo desdibujamiento de los Estados-nación, disueltos en una red de relaciones sin centro ni periferia: la unidimensionalidad de las relaciones de poder dentro de la globalización económica hace posible la emergencia de un contrapoder igualmente unívoco, una nueva subjetividad antagonista contenida en el concepto de *multitud*. ¹² Por otro lado, los que siguen moviéndose en la interpretación teórica de tipo histórico basada en autores como I. Wallerstein (reflexión que anima a buena parte de las inter-

6. Negri, A. y M. Hardt: *op. cit.*: 19-20.

7. Negri, A. y M. Hardt: *op. cit.*: 139.

8. Arrigui, G., T. K. Hopkins e I. Wallerstein: *Movimientos antisistémicos*. Akal, Madrid, 1999.

9. Arrigui, G. y otros., *op. cit.*: 42.

10. Fernández Buey, F.: «Los movimientos sociales alternativos: un balance (julio, 2002)», <http://www.edicionessimbioricas.info/Los-movimientos-sociales>

11. Hardt, M. y A. Negri: *Imperio*. Paidós, Buenos Aires, 2002.

12. Un concepto que, como advierte A. Callinicos (*An anti-capitalist manifesto*, Polity Press, Cambridge, 2003: 83), ha supuesto de momento más una declaración de buenas intenciones que un concepto analítico serio.

pretaciones en el interior de los movimientos), para quienes las relaciones interestatales contemporáneas reproducen una estructura tripartita diferenciada, con un centro, una periferia y una semiperiferia, a la que la estrategia global alternativa tendría que atender para respetar la especificidad de los distintos movimientos que componen el movimiento global y que se despliegan en las distintas zonas del planeta.¹³

Desde el punto de vista del marco ideológico en el que se desenvuelven los movimientos sociales en la actualidad, probablemente la transformación fundamental se halla en la desaparición de la idea moderna de *progreso social*. En un primer momento, la ideología moderna del progreso había hecho posible desradicalizar —si bien mediante un proceso profundo de reforma social— el carácter antisistémico del movimiento obrero tradicional, conteniéndolo finalmente bajo la hegemonía socialdemócrata de la posguerra. En un segundo momento, en el contexto de emergencia de los nuevos movimientos sociales —en las décadas de 1960 y 1970—, cuando la *sociedad opulenta* había logrado cotas de bienestar social —entre las clases medias— apenas imaginables unos años atrás, el evolucionismo clásico de la condición obrera fue sustituido, sino por el sueño de un crecimiento cero del sistema económico en su conjunto,¹⁴ sí al menos por la exigencia de una ralentización de la máquina —de acumulación de capital—, que salvaguardara el *mundo de la vida* de la instrumentalización de todas las relaciones sociales por la lógica del mercado, así como una redistribución de las rentas y los servicios hacia grupos especialmente vulnerables. La idea de progreso hacía posible pensar en un final, ya fuera desde la óptica conservadora del *fin de las ideologías* o desde la óptica radical de ecologismos, pacifismos y feminismos. Sin embargo, en el contexto actual, a la vez que la idea evolucionista de *progreso* aparece reducida al absurdo, la posibilidad —dentro de los márgenes de la actual economía financiera en permanente huida hacia delante— de unas relaciones sociales estables sin una aceleración permanente y global de la capacidad de acumulación de capital, resulta también cada vez más lejana. Ello ha transformado por completo el marco ideológico de los movimientos de resistencia, puesto que, tal y como señala Wallerstein,¹⁵ la crisis del liberalismo —como resultado paradójico de su propia hegemonía— ha puesto fin a las posibilidades de reproducción aconflictiva del sistema capitalista, al haber eliminado «el último y mejor escudo político, su única garantía, como fue el hecho de que las masas creyeran en la certidumbre de un éxito del reformismo». La representación ideológica de la sociedad —occidental— es ahora la de una sociedad permanentemente amenazada, sometida a la tensión constante de que cualquiera de los *riesgos globales* que la acechan termine por conducirla al caos. De ahí la ambigüedad de un contexto como el actual, en el que por un lado tienen lugar estallidos de movilización —con los momentos simbólicos de las manifestaciones de Génova para Europa y del de las movilizaciones contra la guerra en España— y una expansión de la crítica radical al sistema asentada en la desconfianza en la reforma. Mientras, por otro lado, existe de modo simultáneo una tendencia intensa hacia el repliegue y la

13. Fernández Buey, F.: *Desobediencia civil*. Bajo Cero, Madrid, 2005.

14. Tal y como fue planteado desde su mismo origen por el movimiento ecologista y como recogía ya el famoso informe sobre *Los límites del crecimiento* elaborado por el Club de Roma en 1972.

15. Wallerstein, I.: «La reestructuración capitalista y el sistema-mundo», conferencia magistral en el *XX Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología*. México, 2-6 de octubre de 1995.

fragmentación de los movimientos por el carácter cada vez más represivo, tanto de la violencia directa ejercida por los Estados como del propio contexto ideológico de una *sociedad del riesgo* o más directamente *del miedo*.

DINÁMICAS DE MOVILIZACIÓN Y DESMOVILIZACIÓN EN ESPAÑA: ASINCRONÍAS Y SINGULARIDADES DEL MODELO ESPAÑOL

Si bien es cierto que la evolución reciente de los nuevos movimientos sociales en España ha experimentado una relativa *normalización* con respecto a la situación de las sociedades centroeuropeas, no lo es menos que sigue arrastrando las peculiaridades de una historia muy singular.¹⁶ En primer lugar, porque en España no hubo un tiempo histórico para la construcción de *otra política* a través de los nuevos movimientos sociales, por el contrario, las diferentes dimensiones de la acción política tendieron a *superponerse* en los años de la transición posfranquista, dando lugar a un tipo de movilización en la que se mezclan y combinan la acción política directa, la lucha económica de clase y la lucha de los agentes que se enfrentaban a los «obstáculos a la modernización» sitiados por las barreras institucionales franquistas.¹⁷ Partidos, sindicatos y movimientos sociales formaban parte de un mismo *bloque contrainstitucional*, pues de hecho los partidos políticos y los sindicatos no habían formado parte de la política institucional en el tiempo del primer gran desarrollo de los nuevos movimientos sociales en el mundo desarrollado.

Aunque la intensidad de las relaciones fue específica en España, no es posible entender el desarrollo de los nuevos movimientos sociales al margen del apoyo que el movimiento obrero les presta y del lugar que dicho movimiento ha ocupado en la conquista de una posición de clase tan favorable para las nuevas clases medias, precisamente la que les permitía adoptar una posición *contracultural*. Como señala J. Riechmann,¹⁸ en los países donde el movimiento obrero o sindical es fuerte, y esta fuerza se articula dentro de un partido (el caso de países como España, Italia, Portugal o Grecia) los movimientos permanecen durante la década de 1970, jugando a veces desde fuera y a veces desde dentro de los propios partidos. Desmintiendo así la imagen más tarde dominante —y que tiene como modelo el caso de Estados Unidos— según la cual los movimientos tienen una identidad propia que permanece al margen de los partidos. Precisamente la singularidad del modelo español en la década de 1970 será la indefinición de lo que es el partido político y lo que es el movimiento. De hecho, a pesar de una situación en la que el Partido Comunista lideraba el bloque

16. Pastor, J.: «La evolución de los movimientos sociales en el Estado español», en P. Ibarra y B. Tejerina (eds.), *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Trotta, Madrid, 1998; y Alonso, L. E.: «Los nuevos movimientos sociales y el hecho diferencial español: una interpretación», en José Vidal Beneyto (coor.), *España a debate*, Vol. 2 (La sociedad), 1991: 71-98.

17. Alonso, L. E.: *op. cit.*, 1991: 78.

18. Riechmann, J.: «Una nueva radicalidad emancipatoria: Las luchas por la supervivencia y la emancipación en el ciclo de protesta “post-68”», en *Redes que dan libertad. Introducción a los nuevos movimientos sociales*. Paidós, Barcelona, 1999: 43-76.

antifranquista, no solo el partido tiene alianzas y se confunde muchas veces con los propios movimientos sociales, sino que hay muchos movimientos sociales (es decir grupos no institucionalizados, etcétera) que toman la forma de partido porque aspiran a convertirse en una referencia para toda la sociedad.

España, por tanto, participa de un modo muy especial del modelo de la Europa meridional, pues la crisis «europea» de los movimientos va a coincidir con el fin del franquismo y con la consolidación de unas instituciones de representación política construidas precisamente *a costa del protagonismo que los movimientos sociales* tienen a la hora de plantear un modelo alternativo de democratización política. La memoria del ciclo de movilizaciones de la transición posfranquista, marcada por la instrumentalización de los movimientos sociales por parte de los actores centrales de la institucionalización del nuevo marco democrático, sigue pesando hoy en día sobre las relaciones posibles entre partidos, sindicatos y movimientos sociales. Pues, como en el resto de Europa, el camino hacia la consolidación de los nuevos movimientos surgió en gran medida de la desafección con respecto a las posibilidades de reforma nacidas de la política institucional. Pero, en lugar de construirse sobre el contexto económico de crecimiento y expansión de las clases medias de la década de 1960, su nacimiento en España estará profundamente definido por el contexto de la reconversión industrial y la racionalización económica liderada por el proyecto hegemónico del PSOE. Así, la relativa debilidad con la que emergieron los nuevos movimientos sociales en España estuvo determinada por un doble desencanto político: desencanto obrero resultado del paro estructural y la crisis; y desencanto militante tras la quiebra de las expectativas depositadas en la democratización posfranquista.

Cuando los nuevos movimientos sociales se conviertan en objeto de reflexión de la sociología española, será a través de su fundación en otra doble paradoja: primero porque su fuerza nació en gran medida de su relación con acciones y reivindicaciones muy lejanas del radicalismo de clase media que había sido la base social de los movimientos sociales europeos por el retraso del marco institucional y de los estilos de vida cotidianos en España; y, segundo, porque tales *nuevos* movimientos sociales tienen lugar cuando las condiciones sociales que los habían hecho posibles en el contexto occidental (crecimiento económico, distribución, Estado intervencionista) ya han pasado, y tampoco es posible una confluencia general con un movimiento obrero que ha entrado en una crisis muy profunda. De este modo, en plena ofensiva neoliberal, la primera generación de militantes —supervivientes de la desmovilización programada posfranquista— va a tener que desenvolverse en un contexto de máxima fragmentación social, dentro de un modelo socioeconómico cada vez más desregulado y socialmente agresivo. Estas transformaciones determinan el proceso de transición en España y contribuyen a configurar «una percepción bastante extendida de que gran parte de las expectativas que había provocado el cambio político habían quedado frustradas; un sentimiento que se hace especialmente fuerte entre aquellos sectores sociales que habían sido más activos en los movimientos de oposición de los últimos años del franquismo».¹⁹

19. Morán, M. L.: «¿Y si no voto, qué? La participación política en los años ochenta», en Cruz R. y Pérez Ledesma (eds.), *Cultura y movilización en la España contemporánea*. Alianza, Madrid, 1997: 379.

El conjunto de dinámicas que se superponen a comienzos de la década de 1980, permite comprender que los movimientos sociales en España nacen con un fuerte carácter defensivo y «a la contra», orientados a detener el retroceso de los derechos adquiridos en cada sector concreto y particular ante las acciones de remercantilización, individualización y desafiliación derivadas de las políticas económicas y sociales, cada vez más privatistas. Esta debilidad asociativa que caracterizaría de modo crónico a nuestro país no es —tal y como parece considerarse en la concurrida contraposición de ésta con el dinámico mundo del asociacionismo cívico en los países de «cultura protestante»—, fruto de ninguna anomalía nacional de carácter cultural, sino más bien un producto de la historia conflictiva de desmovilización sucesiva de las tendencias sociales potencialmente progresivas. De ahí que una de las singularidades de las bases para la acción colectiva en nuestro país sea la propensión a la aparición de ciclos intensos pero esporádicos de movilización, resultado del carácter latente de los conflictos. Pero ciclos que, lejos de permitir la cristalización de un tejido social sólido y permanente, tienden a desembocar en más o menos largos periodos de fragmentación y «focalización» de las protestas.

La década de 1980 supuso, por tanto, un periodo de fuerte desmovilización social. Durante la primera transición política, las fuerzas que habían salido de la clandestinidad todavía conservaban parte de la energía que les había otorgado estar en un bloque amplio de oposición en el que, debido a las características antidemocráticas del régimen franquista, se diluían las acciones sindicales, los movimientos políticos tradicionales, los movimientos ciudadanos y los nuevos movimientos sociales en un conjunto de demandas muy mezcladas que expresaban la tendencia al *conflicto total* que había provocado el estrechísimo marco de participación franquista. Las características específicas en las que se desarrolla el caso español para los nuevos movimientos sociales definen casi un anomalía histórica, puesto que no se habían separado de los partidos políticos en la clandestinidad debido al anacrónico y autoritario marco legal franquista, siendo, a su vez, elementos fundamentales en la expresión de demandas ciudadanas de servicios y consumos sociales debido a los estrechos cauces de participación cívica, el atraso en la constitución de un Estado benefactor en España y las carencias estructurales de los equipamientos colectivos provocadas por el enorme y desordenado crecimiento español de la década de 1960.²⁰ A este hecho respondían fuertes movilizaciones urbanas a finales de la década de 1960 y principios de la de 1970, sobre todo en el *movimiento vecinal*, que trataban de conseguir una modernización política y social ajustada a la transformación económica que se había producido desde finales de la década de 1950. Pero hasta incluso con sus características no convencionales, desde finales de la década de 1960, se conoce durante más de un decenio en España un momento que podríamos incluir en la llamada *revolución de las «expectativas crecientes»*²¹ —animada por el desarrollo económico y la mayor conexión con la economía y sociedad internacional— que creaba una cultura «a la contra» plagada de ritos, mitos y discursos (radicalismo, utopismo, liberación total, etcétera), importados o mimetizados de las prácticas de acción colectiva de los nuevos movimientos sociales occidentales.

20. Alonso, L. E.: *op. cit.*, 1991.

21. Bobbio, N.: *El tiempo de los derechos*. Sistema, Madrid, 1991.

LAS HUELLAS DE LA TRANSICIÓN POLÍTICA

El proyecto de transición política supuso en gran medida la normalización del proceso de expresión de las demandas por el sistema de partidos, en un primer momento tratando de romper la vieja situación de anquilosamiento político provocado por los herederos directos del franquismo. Aquí los partidos utilizaron las energías de los movimientos para lanzarse al terreno institucional y con ello establecer una posición capaz de lograr un reconocimiento de su figura imprescindible en un régimen de convivencia moderno. Justo en ese momento dio comienzo un proceso de desmovilización social apoyado en el argumento del necesario clima de consenso para lograr un ámbito democrático sólido dentro de la política institucional e intentar evitar cualquier competencia en los canales de expresión y representación que no fueran los propios partidos, siempre con el miedo de que reivindicaciones no institucionalizadas rompieran el pacto consensual de la transición. Al entrar definitivamente los partidos políticos dentro del bloque institucional, el resto de las iniciativas ciudadanas tendían a ocupar su lugar habitual —contrainstitucional— en las democracias occidentales, pero con dos particularidades esenciales: en primer lugar, la base de actuación y demanda típica de los nuevos movimientos sociales, el Estado del bienestar, es mucho más débil y fragmentada que en el resto de Europa, lo que hace también que la fragmentación de expectativas sea mucho mayor; por otra parte, y en segundo lugar, el posible desarrollo autónomo de los movimientos sociales en España se va a poder realizar justo en un periodo de crisis y limitación de las perspectivas de crecimiento económico y de las posibilidades de intervención del Estado. La debilidad de los movimientos sociales en España, por lo tanto, va a ser proverbial, pues tienden a nacer a la vida autónoma —separados de la lucha plenamente política— en un momento en el que la política de pacto y consenso tiende a la desmovilización, y en el que la crisis y la reestructuración del Estado del bienestar tiende a limitar las posibilidades de lograr servicios y derechos sociales de ciudadanía.

La década de 1980 se convirtió, pues, en un momento de desarticulación y crisis de los nuevos movimientos sociales en todo el mundo occidental. El pragmatismo, el individualismo y *la pérdida de energías utópicas de la sociedad occidental*²² se unieron al estrechamiento de las oportunidades políticas de acción de los movimientos, al tenderse a tomar posturas más conservadoras y proinstitucionales por parte de los Gobiernos que de hecho o de derecho han adoptado una línea de actuación remercantilizadora y neoliberal en todo el occidente desarrollado. En España los movimientos ciudadanos tales como las asociaciones de vecinos fueron fundamentales tanto para la movilización en pro de la democracia como para la expresión de demandas de bienes públicos, racionalización del espacio urbano y apertura de cauces de participación en ciudades en las que el rápido crecimiento, la especulación y la falta de los mínimos canales democráticos habían creado conurbaciones infradotadas de servicios y máximamente desordenadas. Sin embargo, la política municipal institucional pronto tendió a desactivarlas u obviarlas, entrando en un proceso de cierta marginalización del que solo sale en contados casos y en contadas ocasiones, a pesar de mantener una mínima

22. Habermas, J.: *Ensayos políticos*. Península, Barcelona, 2002.

estructura organizativa, incluso federativa. Los grandes negocios urbanos emprendidos desde finales de la década de 1980 y la liquidación de parte del suelo público las hace emerger de forma esporádica, pero ya simplemente en un lugar reactivo y de protesta extrema como última, desesperada y minoritaria voz ciudadana contra la conversión del espacio urbano, también en una máquina de máxima rentabilización financiera de los derechos de propiedad.

Por otra parte, la institucionalización democrática del conflicto en España también ha creado las bases lógicas de desmovilización y desradicalización de la acción colectiva mediante la institucionalización de agencias y servicios destinados a dar respuestas a las *necesidades concretas* que tradicionalmente han expresado los nuevos movimientos sociales. Estas agencias —típicas en materia de mujer, juventud, medio ambiente, etcétera—, además de dar solución, más o menos efectiva, a problemas concretos, han supuesto cauces de *expresión simbólica* para acciones que de no encontrarla ahí supondría una mayor conflictualización de los temas, y por otra parte han supuesto la *profesionalización* —y su posterior paso a los cuadros de la política oficial— de muchos de los sujetos más activos y líderes carismáticos de los movimientos de las décadas de 1960 y 1970. Los nuevos movimientos sociales, por tanto, fueron evolucionando hacia un lugar defensivo, bastante fragmentado, tan solo fortalecidos en momentos muy puntuales, pero espectaculares, como el referéndum OTAN o la guerra del Golfo. Lo que indica que el modelo de movilización en España tiene un retardo con respecto al ciclo europeo, pues el movimiento antiarmamentista de indudable presencia en las calles y en la vida cotidiana española se constituye forzosamente tarde y cuando se había diagnosticado su crisis en otros ámbitos mundiales.

Iguals características tienden a tomar los movimientos juveniles y estudiantiles, muy desarticulados según avanzaba la transición, después de haber tenido un papel fundamental de socialización democrática en la clandestinidad y la posclandestinidad, han venido conociendo rebrotes muy esporádicos con alguna repercusión mediática, pero con tendencia a la fragmentación y la asociación a temas muy concretos y particulares.²³ Movilizaciones muy desarticuladas y en oleadas de rápido crecimiento y declive conflictivo, en torno a temas siempre concretos: tasas, selectividad, política de becas, etcétera, pero que reflejan el lugar tremendamente contradictorio de los jóvenes en el modelo de sociedad ultracapitalista asentada desde la década de 1980. Dichos movimientos se encontraron inevitablemente atravesados por una cultura de consumo obsesiva impuesta sobre los jóvenes como casi única manera de expresión social y, por otra parte, por el fantasma del paro, como horizonte de planeamiento de una vida que, sin posibilidades *adquisitivas plenas*, pierde todo su sentido. Por esta brecha de expectativas vienen apareciendo movilizaciones que van del hedonismo más descarnado —protestas virulentas por el cierre anticipado de bares y locales musicales en varias ciudades españolas— hasta el compromiso más o menos amplio en defensa de la educación pública, pasando por el apoyo a acciones solidarias o de cooperación nacional o internacional; situaciones tan contradictorias como las propias contradicciones culturales del capitalismo que las animan y que, en la juventud, se hacen agudas debido al lugar especialmente débil y difuso que ocupa en las sociedades occidentales.

23. Pastor, J.: *op. cit.*

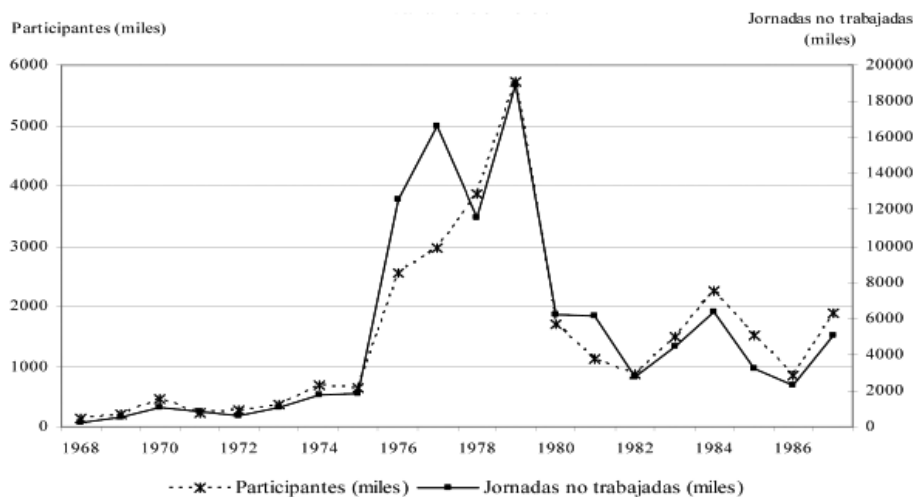
Pero estos temas culturales no tienden solo a presentar esta contradicción entre las exigencias de la producción y las necesidades hedonistas de la reproducción —tal como lo presenta Daniel Bell—²⁴ a lo largo de la década de 1980 el propio concepto de cultura ha tendido a disolverse en la dinámica de sobremercantilización de la sociedad financiera. La fascinación por lo epidérmico impuesto por el movimiento posmoderno o la cultura neobarroca, etcétera, ha hecho que uno de los ejes fundamentales de los nuevos movimientos sociales, la pretensión de fusionar lo cultural y lo político en una *cultura cívica* activa, se haya disgregado en dos esferas casi autónomas: por una parte una cultura política prácticamente electoral y, por otra, una práctica cultural que va de la cultura de masas más degradada a la simple retórica de las formas. Al perder el proyecto de transformación social que vertebraba el proyecto moderno, la llamada posmodernidad a partir la década de 1980 deviene culto a la superficialidad y de los movimientos se pasa a la «movida», simple celebración de las nuevas clases medias ascendentes de su repliegue hacia el hedonismo y el ensimismamiento. Como Helena Béjar ha señalado en un par de importantes estudios cualitativos,²⁵ es en los sectores más dinámicos y activos de nuestra sociedad —los que fueron en buena medida los fermentos culturales de la protesta colectiva—, en los que la desafección hacia lo público, la supremacía de la cultura del éxito y del narcisismo, y la absolutización del principio liberal de libertad de elección, de acuerdo con el poder económico, se han hecho más evidentes. Dando lugar esto, por lo tanto, a la percepción general de lo político no como el ámbito de lo colectivo, sino como el lugar desde donde se pueden construir carreras personales exitosas. El individualismo meritocrático se ha incrustado hasta en el sector de la asistencia social, dándole a lo voluntario un valor por encima de las obligaciones institucionales de la sociedad en su conjunto.

Este cierre cultural de la década de 1980 expresa los *compromisos cambiantes* en los que la sociedad occidental en general y la española en particular se han desenvuelto. El desencanto por lo público, lo colectivo y lo solidario, después de un periodo en el que esta estrategia había dado resultados en el seno del Estado keynesiano del bienestar, ha supuesto la tendencia a privilegiar las *salidas* individuales frente a las *voces* colectivas como forma de conducta mayoritaria y socialmente sancionada. En España, donde el «encantamiento» colectivo y democrático fue a mediados y finales de la década de 1970 tan fuerte, sin haber conseguido todavía la profundidad en los derechos sociales, económicos y culturales de la Europa desarrollada, el «desencanto» ha resultado, si cabe, mucho más fulminante, pues las expectativas de cambio también eran mucho mayores y la fuerte individualización y desmovilización han dejado una situación en la que las reivindicaciones colectivas, no simplemente laborales, han pasado a tener un lugar casi de *disidencia* en una sociedad en la que el utilitarismo ultraconsumista ha impuesto su razón.

El gráfico 12.1 muestra el breve e intenso momento de movilización del periodo 1976-1979, donde protestas habitualmente originadas en conflictos laborales se unían a reivindicaciones políticas, y adquirían con frecuencia el carácter de movili-

24. Bell, D.: *Las contradicciones culturales del capitalismo*. Alianza, Madrid, 1977.

25. Béjar, H.: *La cultura del yo*. Alianza, Madrid, 1993; y *El mal samaritano*. Anagrama, Barcelona, 2001.



Fuente: ministerio de Trabajo.

Gráfico 12.1 Número de huelguistas y de jornadas no trabajadas. España, 1968-1987

ciones populares. Este ciclo de movilizaciones sería bruscamente interrumpido por la definitiva institucionalización de partidos y sindicatos, dejando socialmente enclaus-tradas a las fuerzas que se habían colocado a la «extrema izquierda» en el último fran-quismo y la primera transición. Unas fuerzas que, precisamente y como resultado de los procesos de radicalización de las nuevas clases medias, eran la forma característica que en España —donde la forma «partido» todavía quedaba fuera del bloque insti-tuido— tomaron las acciones expresivas homólogas a los nuevos movimientos socia-les europeos y estadounidenses. Muchas de las iniciativas que representaron se han mantenido a flote reformulándose y reconvirtiéndose, siempre utilizando el discurso de lo *alternativo* como marcador simbólico que delimita un espacio de temáticas bien conocidas —feminismo, antimilitarismo, ecologismo, etcétera—, pero que se reto-man permanentemente a través de denuncias de situaciones concretas: problemas en sentencias judiciales sobre el tema de la mujer (malos tratos, violación, aborto, etcéte-ra), acciones de protesta medioambiental, insumisión, protesta antinuclear, etcétera. De los movimientos genéricos hemos ido pasando a los de un solo tema de acción y de las movilizaciones sostenidas, a las campañas esporádicas. Esta tendencia que se ha dado en todos los movimientos sociales mundiales se ha visto reforzada en España por la propia debilidad de su marco estructural. La *fragmentación defensiva* ha sido, pues, una característica clara de todos estos movimientos, cuyas acciones han tendido a ser más reactivas que proactivas, han sido más fruto de lo que se considera una agresión a

los espacios de autonomía e interés de los sujetos afectados que de movimientos con capacidad de plantear una acción estable, teorizada y homogeneizada mínimamente, con organización, proyección y pervivencia en el tiempo. Sin embargo, su presencia, testimonial muchas veces, ha sido fundamental como última línea de contención en ocasiones dramática y pesimista, a la dura lógica expansiva y normalizadora de la expansión mercantilizada de finales del siglo xx.

Lo alternativo en España, por tanto, ha tenido un espacio especialmente fragmentado y segmentado después de los estragos del desencanto y la crisis de expectativas colectivas, pero su presencia se ha hecho notar y movilizaciones de mujeres, anti-SIDA, medioambientales, de insumisión y de derechos de minorías sexuales, se han visto reflejadas en los medios de comunicación de masas con una audiencia garantizada. Lo que sí ha resultado inviable en España, por el momento, es un partido alternativo, al modo de los Verdes, pues la novedad relativa del sistema democrático en España ha hecho que todavía los partidos tradicionales no se encuentren tan desgastados como los de algunas democracias Europeas —especialmente Francia y Alemania—,²⁶ lo que hace difícil que partidos verdes sean capaces de introducir el discurso alternativo en los espacios de la política convencional. Además temas típicos del discurso verde-alternativo todavía no han cobrado una presencia tan potente en la ciudadanía española como los problemas del hiperdesarrollo que estos partidos explotaban. Tanto la falta de tradición democrática y electoral como la falta de tradición alternativa, en lo que se refiere a la formación de movimientos autónomos, a lo que habría que añadir el relativo atraso del desarrollo de la economía española y los problemas de características civilizatorias —algunos de ellos irreversibles—, han hecho que los partidos verdes no hayan dejado de ser todavía nada más que pequeñas anécdotas electorales.

El sistema político español se ha mostrado como un *filtro*²⁷ demasiado potente como para poder ser traspasado por las semiorganizaciones de carácter alternativo o introductoras de nuevas temáticas en el ámbito de la política institucional. El escaso grado de proporcionalidad del sistema electoral español —que prima a las grandes formaciones políticas— y la todavía escasa tradición e implantación de canales de acceso directo a los espacios públicos de las demandas cotidianas —defensor o defensores del pueblo, grupos de presión más o menos instituidos, redes corporatistas de interés, etcétera— han impuesto igualmente condiciones de entrada tan selectivas o tan estrechas a las demandas habitualmente expresadas por los nuevos movimientos sociales que éstos han tendido siempre a adoptar una forma más expresiva y conflictual antes que dotarse de una estructura política orgánica o institucional.

La democracia española de las décadas de 1980 y 1990, en plena fase de competencia por el «votante medio», ha tendido más a explotar las posibilidades electorales de las mayorías pasivas que a fomentar las acciones de participación de las minorías activas. Un discurso homogeneizador parece eliminar las alternativas sustanciales en la lucha política, el principio de realidad se impone, y modernización, pragmatismo, antirradicalismo, interclasismo, eficacia, etcétera, tienden a conformar un núcleo de sentido del discurso político instituido al que todos los partidos tienden a acudir, sean

26. Alonso, L. E.: *La crisis de la ciudadanía laboral*. Anthropos, Barcelona, 2007.

27. Riechmann, J.: *op. cit.*

de la ideología tradicional que sean, si quieren pasar la barrera electoral. El centrar de la política institucional deja casi automáticamente en un lugar radical a todos aquellos sujetos y movimientos descentrados que no están en la lucha competitiva por el voto, o por el beneficio; lo que no es convencional deviene así disidente. Finalmente de la década de 1990 constituyó una fase de transición en la que las formas de protesta y acción colectiva de los movimientos de base españoles se fueron acoplando progresivamente a las líneas y repertorios de acción de las sociedades centrales europeas. Puesto que, a pesar del lastre histórico que supuso para los movimientos el doble legado del franquismo y el desencanto, el replanteamiento ideológico de las primeras fases de normalización de los movimientos sociales en España va a estar marcado por las mismas líneas de movilización europea en torno a los nuevos riesgos percibidos por los ciudadanos de la era global posfordista. Riesgos civilizatorios, ecológicos, sociales y personales, que son los que han tendido a enmarcar la acción de los nuevos movimientos sociales en su actual etapa.²⁸

CRISIS Y CAMBIO EN EL ASOCIACIONISMO VOLUNTARIO Y EL DISCURSO DE LA NO GUBERNAMENTALIDAD

La emergencia en el imaginario social de la movilización del llamado *tercer sector* y del discurso de la no gubernamentalidad merece una mención específica en el contexto ideológico que va a dar forma a la evolución de los movimientos sociales desde la década de 1990. El referente del tercer sector tendrá su nacimiento y una rapidísima consolidación, convertido —en las interpretaciones más idealistas— en la esperanza para la refundación de una nueva sociedad civil, precisamente caracterizada en el caso español por unos movimientos sociales de base muy débiles. Construido ideológicamente como un nuevo espacio de participación ciudadana al margen del Estado y el mercado, tenderá a englobar un conjunto complejo de asociaciones heredadas de ámbitos muy heterogéneos e incluso contrapuestos de participación ciudadana, que van desde las burocracias paraestatales y las fundaciones empresariales, hasta viejas redes de movilización de base (especialmente religiosas) convertidas ahora en organizaciones no gubernamentales, pasando por la nuclearización y pseudoinstitucionalización de movimientos sociales amplios ahora contruidos en torno a repertorios temáticos mucho menos utópicos. A partir del proceso histórico comenzado en la década de 1980 y al que nos hemos referido anteriormente, el modelo español va a hacer confluír dentro de este espacio de participación pautas de intervención social muy heterogéneas, ya que «pertenece a lo que podríamos llamar patrón latino de modernización, que se traduce en el desarrollo de un sector voluntario fuertemente interrelacionado con el Estado, sin un sistema definido de regulación de sus actividades, altamente segmentado y que se desarrolla en un continuo que discurre entre las *entidades no lucrativas* que son una extensión del Estado, hasta otras que mantienen una alta independencia».²⁹

28. Pastor, J.: *op. cit.*

29. Beck, U.: *op. cit.*

En cualquier caso, y desde una perspectiva muy general, la evolución de los conflictos sociales en España originados en la primera transición no ha hecho del tercer sector un espacio directo y de transformación en la expresión de la participación cívica como alternativa a la decadencia de los movimientos reivindicativos de las décadas de 1970 y 1980, ni que esta decadencia haya sido sustituida por un gran auge de las asociaciones semiburocratizadas dedicadas a la gestión mercantil de los servicios colectivos y de la ayuda social para la población más o menos marginal. Más bien la consolidación se ha hecho en paralelo con la pervivencia de unos ya clásicos «movimientos sociales activos, mucho más difusos, desplegados generalmente contra los aparatos y formas jurídicas instituidas, y más cercanos a la expresión global y la participación alternativa política y social, que a la canalización de demandas parciales, estables y perfectamente diferenciadas»;³⁰ la presencia de esta cara más radical de la movilización en la escena social se ha visto reducida durante un largo periodo a algunos momentos de movilización puntual, tras los cuales permanecen bajo la forma de *focos activos*, pero muy poco numerosos y en esos periodos de hibernación su articulación con el tercer sector es evidente.

El surgimiento y desarrollo del tercer sector como espacio (asociativo, corporativo, simplemente ciudadano, etcétera) será idealizado como refundación de una sociedad civil opuesta a las lógicas que regulan la actuación tanto de los mercados como de la administración estatal. Su definición como referente unívoco y como realidad relativamente homogénea, obedece también a la posición simultáneamente funcional y subordinada con respecto a las racionalidades mercantil y burocrática en la que tenderá a quedar supeditado en la práctica. En tanto que discurso, y en tanto que espacio para la participación, la eficacia simbólica de la noción de tercer sector —convertido en referente para la superación del monolitismo burocrático del «viejo» Estado del bienestar y la violencia racionalizadora del mercado— se asienta en su capacidad para presentarse como espacio aconflictivo y democrático. Es decir, por su papel en la denegación de los conflictos planteados por una etapa caracterizada por un Estado orientado a legitimar e impulsar la asunción y la socialización de los costes disciplinarios de la crisis económica; del discurso de los conflictos se pasa así al de «la solidaridad», pero no tanto desde el concepto de una solidaridad macro, institucional, jurídica y anónima típica del pensamiento clásico de la reforma social, sino el de una solidaridad micro, personal, aconflictiva y voluntaria.

Sin embargo, la propia evolución del contexto político e ideológico mundial desde la década de 1990 y especialmente a comienzos del siglo XXI ha ido construyendo una representación del aparato estatal cada vez más desligada de la atención a determinados colectivos y a determinadas problemáticas sociales, haciendo posible así una creciente autonomía ideológica y práctica para un sector importante de las ONG, si bien siempre relativa dada la dependencia económica y financiera que las sustenta. Por ello en los últimos años hemos sido testigos de una creciente legitimidad social ganada por determinados espacios del tercer sector, lo que se debe considerar un re-

30. Codorníu, J. M. y Rodríguez Cabrero, G.: «Las entidades voluntarias en la construcción de un bienestar social», en M. Codorníu y Rodríguez Cabrero, G. (coords.), *Las entidades voluntarias en España. Institucionalización, estructura económica y desarrollo asociativo*. MTAS, Madrid, 1996: 26.

sultado, no solo del prolongado y soterrado proceso de desformalización, empresarialización y privatización de servicios sociales, sino de la conquista de unas prácticas y una base organizativa, desde cuya ambigüedad política comienza a ser posible trascender en ciertos ámbitos los límites del discurso *asistencialista*; y es que el tercer sector en su evolución, hasta incluso el más asistencial, se ha convertido en un espacio de conflicto sobre prácticas de intervención que refleja la tensión ideológica a que se encuentra sometida el concepto mismo de lo social y su protección.³¹

Aunque se trata de un fenómeno limitado y reciente, la internacionalización de los conflictos ha contribuido a la politización de las prácticas cotidianas de un relativamente amplio conjunto de ONG, especialmente de las organizaciones vinculadas a la cooperación al desarrollo, acercándolas en multitud de campañas concretas hacia movimientos sociales de base.³² Ello en cierta medida obedece también a las propias singularidades del desarrollo de los movimientos sociales en España. Ya que, junto a las trayectorias de militancia que se mantuvieron fieles a los movimientos de base (bien dentro de los movimientos autónomos o bien dentro de las campañas y asociaciones tradicionales de los ejes del antimilitarismo, el feminismo y el ecologismo), las relaciones entre desmovilización política y emergencia del tercer sector convirtieron a éste en refugio de una parte significativa de la militancia crítica. Por un lado, refugio para militantes de partidos políticos de izquierda, herederos directa o indirectamente del proyecto ideológico que representó el intento de construir Izquierda Unida como un movimiento político y social; y, por otro lado, refugio para un sector significativo de la militancia cristiana de base.

Ambas trayectorias de militancia y participación social —reflejo de la singular construcción del tercer sector en España— han sido protagonistas de una progresiva toma de conciencia en torno a los límites del modelo dominante de cooperación y construcción de una economía «social» en los estrechos y ambiguos márgenes del tercer sector. Como resultado de ello, ha sido creciente su coordinación con el espacio más abierto de los movimientos sociales, empujando a determinados sectores a trascender de modo organizativo o individual las estrategias de sensibilización y de realización de microproyectos, especialmente dentro del marco de la cooperación al desarrollo. En este sentido, resulta especialmente representativa del proceso la dinámica seguida por la plataforma constituida para la cesión del 0,7% del PIB para la cooperación al desarrollo. Nacida de grupos cristianos de base, logró la participación de miles de jóvenes en las acampadas organizadas por todo el Estado en 1994, y constituidas a partir de la huelga de hambre de siete miembros de la plataforma. Su evolución y mutación progresiva permitirá la coordinación cada vez más extensa de grupos y organizaciones hasta construir la Red Ciudadana para la Abolición de la Deuda Externa (RCADE) y elaborar la consulta paralela sobre la abolición de la deuda externa en las elecciones generales del año 2000. En gran medida, su convergencia con otras formas

31. Alonso, L. E.: «Nuevos movimientos sociales y asociacionismo», en Codorníu, M. y Rodríguez Cabrero, G. (coords.), *Las entidades voluntarias en España. Institucionalización, estructura económica y desarrollo asociativo*. MTAS, Madrid, 1996: 105.

32. Alonso, L. E. y Jerez, A.: «Hacia una repolitización del tercer sector», en Jerez, A. (ed.): *¿Trabajo voluntario o participación? Elementos para una sociología del tercer sector*. Tecnos, Madrid, 1998: 209-251.

de participación fue impuesta por el propio aparato institucional del Estado, cuando la concentración para denunciar ante el Congreso la pasividad del Gobierno ante los resultados del referéndum se saldó con un nada despreciable número de heridos y contusionados entre los manifestantes. El tercer sector, parecía perder repentinamente su «inocencia» como espacio aconflictivo para la canalización de denuncias sobre las consecuencias sociales del modelo de desarrollo económico mundial.

CONVERGENCIA Y FRAGMENTACIÓN DE LOS MOVIMIENTOS: HACIA LA GLOBALIZACIÓN DE LAS RESISTENCIAS LOCALES

Las interpretaciones dominantes sobre la evolución de los movimientos sociales tienden a coincidir en la existencia de un punto de inflexión a lo largo de la década de 1990, a partir del cual se sientan las bases para lo que será la visibilización mediática de un «novísimo» movimiento social en la «batalla de Seattle» durante la tercera ronda de la OMC a finales de noviembre de 1999. La prensa no parecía poder evitar cierta sorpresa y desconcierto ante lo acontecido en Seattle, donde más allá de la unión de los sindicatos y el movimiento ecologista en la primera fila de la manifestación, parecía querer resaltar la presencia de la derecha reaccionaria, de miembros de Falun Gong o de los «Los Menonitas por el Comercio Justo». Mientras decenas de jóvenes del movimiento *okupa* entraban en la Bolsa de Barcelona el mismo día de la manifestación en Seattle, el éxito que supuso la interrupción de la reunión de la OMC era interpretado como el resultado de las protestas de grupos ideológicamente incompatibles y, por lo tanto, simplemente antiglobalizadores. Y cuya convergencia casi espontánea en la *contracumbre* solo había podido tener lugar gracias a las posibilidades que había abierto el uso de las nuevas tecnologías de la comunicación, difícilmente identificables todavía con la construcción sólida de movimientos sociales estables. La protesta parecía apuntar a una singularidad de Estados Unidos, y por eso mismo difícilmente podría reproducirse en sociedades con tejidos sociales radicalmente distintos del estadounidense. Sin embargo, podía leerse ya la continuidad que adquiriría el movimiento, la nueva dialéctica de conflictividad a la que apuntaba: «Los más molestos son los que al haber sido insurgentes cuando tocaba serlo, en el 68 por ejemplo, no toleran que algunos lo sigan siendo cuando no toca y además que lo sean por Internet. Hasta los indígenas de Chiapas utilizan Internet y es que tal vez sean pobres, pero no tontos. Está históricamente demostrado que los insubmisos se apoderan de los instrumentos y los códigos de las clases dominantes y los usan en su provecho, si no las matan antes. Lo de Seattle o lo de Chiapas o la próxima reunión de los sin tierra en Brasil no es resaca de inconformismos obsoletos sino anuncio de la dialéctica entre globalizados y globalizadores» (Vázquez Montalbán en *El País*, 6-12-1999).

Desde el interior de los propios movimientos sociales, las nuevas formas de acción colectiva suponían la emergencia de un nuevo movimiento *antisistémico*, que comenzaba a ser definido como equivalente histórico del movimiento obrero, especialmente para aquellos que se movían dentro del cada vez más influyente marco teórico elabo-

rado por A. Negri y sus colaboradores. Y, en cualquier caso, el llamado movimiento antiglobalización —rápidamente descrito por su propio proceso de autoconstrucción como «movimiento de movimientos»— será a partir de entonces el *analizador* de la situación actual de los movimientos sociales. Con su desarrollo —señala Fernández Buey—³³ se puede considerar superada la anterior distinción entre viejos y nuevos movimientos sociales, pues en él concurren sindicatos y partidos políticos de izquierda, organizaciones ecologistas, pacifistas y feministas, asociaciones indigenistas, antirracistas y grupos de ciudadanos que ponen el acento en la defensa de los derechos humanos, de los derechos sociales y de los derechos civiles. Para algunos, a finales del siglo xx se iniciaba la tendencia a superar una de las principales limitaciones de los movimientos sociales alternativos de las décadas anteriores, al obligar a que el trabajo cotidiano de multitud de asociaciones críticas —que siguen dedicándose fundamentalmente a un solo asunto— se orientara de modo sistemático hacia un proyecto colectivo más amplio y de dimensión internacional. Incluso con la incorporación de una parte importante del espacio vinculado a la no gubernamentalidad, pues precisamente el significado político más concreto de la acción de las redes de ONG no ha sido abrir nuevas formas de política sino su capacidad para «transnacionalizar» la acción política,³⁴ si bien obviamente en la dimensión más burocratizada de la misma, pues su presencia concreta tiende a hacerse visible siempre a través de los foros institucionalizados.³⁵

A partir de este momento, la evolución de los movimientos sociales deja de ser —más que nunca— una historia que pueda reconstruirse en términos estatales. Si bien es preciso seguir señalando el carácter específicamente nacional de estos *novísimos* movimientos sociales tanto por las singularidades de la cultura política de cada país como por un conjunto de factores que dan forma a los movimientos y que siguen teniendo un marcado carácter estatal: en primer lugar, el sello impuesto por el espacio territorial de la convocatoria, ya que con independencia de la presencia de activistas de distintos países, el grueso de toda la organización recae sobre los promotores locales; la importancia de los interlocutores con los que se negocia, es decir, con las autoridades estatales; y, en tercer lugar, las características de la legislación y las formas de represión.³⁶

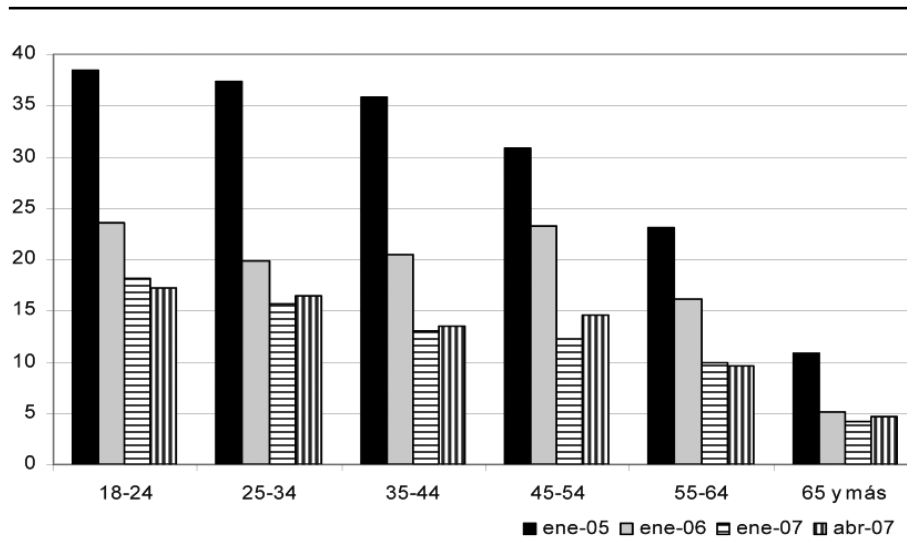
En las encuestas de opinión, la aproximación indirecta que recoge la participación en manifestaciones refleja el cierre del ciclo de movilizaciones, que vuelve a entrar en pautas más estables en 2005 (con el repunte significativo de la participación de la extrema derecha en las manifestaciones contra el Gobierno a lo largo del año 2006 que ya hemos comentado previamente). Los datos sobre la participación en 2004 (recogidas en el estudio 2.588 de enero de 2005) muestran el perfil de una masa crítica

33. Jerez, A., Sampedro, V. y López Rey, J. A.: *Del 0,7 a la desobediencia civil. Política e información del movimiento y las ONG de Desarrollo (1994-2000)*. CIS, Madrid, 2007.

34. Fernández Buey, F.: *op. cit.*, 2002 y 2005.

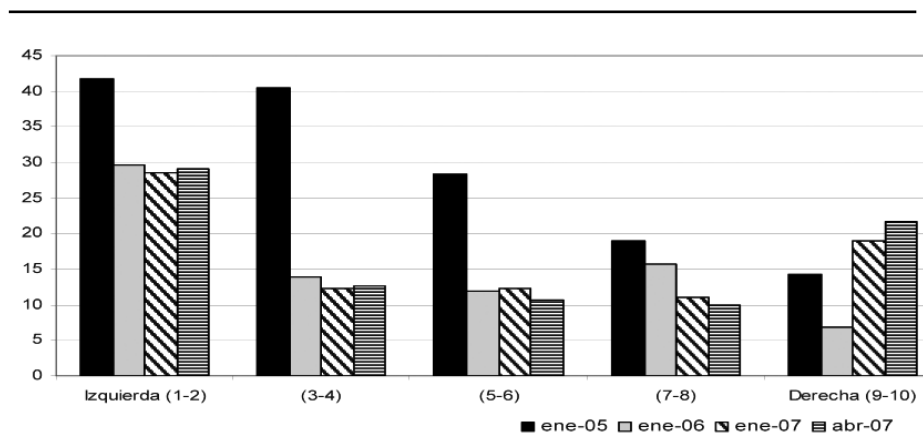
35. Revilla, M.: «Zona peatonal. Las ONG como mecanismos de participación política», en M. Revilla (ed.), *Las ONG y la política*. Istmo, Madrid, 2002: 19.

36. Teijo, C.: «Redes transnacionales de participación ciudadana y ONG: alcance y sentido de la sociedad civil internacional», en M. Revilla (ed.), *Las ONG y la política*. Istmo, Madrid, 2002: 212-213.



Fuente: barómetro del CIS y Estudios 2.588 y 2.632.

Gráfico 12.2 Ha participado en una manifestación durante el último año (en % por tramos de edad)



Fuente: barómetro del CIS y Estudios 2.588 y 2.632.

Gráfico 12.3 Ha participado en una manifestación durante el último año (en % según escala ideológica)

no involucrada en los movimientos sociales —los encuestados que se ubican en la izquierda moderada—, pero base potencial para grandes movilizaciones en momentos muy puntuales, como las que tuvieron lugar en marzo de 2004. También los datos por condición socioeconómica recogidos por los estudios del CIS son muy significativos, pues para las movilizaciones que tuvieron lugar a lo largo de 2004 —si bien deben interpretarse con cautela dadas las condiciones tan específicas que las desencadenaron—, casi un 60% de los técnicos y cuadros medios dicen haber participado en alguna manifestación frente a algo menos del 50% en el caso de los estudiantes y un 40% de los empleados de oficinas y servicios, siendo estos tres grupos los que reflejan un porcentaje más alto de participación en manifestaciones a lo largo de 2004. Igualmente es reveladora la distribución de la participación por grupos de edad, dada la estabilidad de los porcentajes hasta el grupo de 35-44 años. Incluso el grupo de edad con más peso en acciones como ocupación de edificios, sentadas o cortes de tráfico es el grupo de 35-44 años, reflejo todavía del peso de la herencia de la formación de los movimientos autónomos en las décadas de 1980 y 1990.

Sin embargo, pese al repliegue de los movimientos desde 2005, los datos estrictamente cuantitativos esconden la relativa convergencia del conjunto de movimientos y repertorios de acción internacional, aunque es preciso señalar que las condiciones concretas de su desarrollo y las bases sociales que los sustentan son solo relativamente homogéneas en el interior del mundo desarrollado. En cualquier caso, el movimiento *alterglobalizador* se ha convertido en un punto de condensación de subjetividades plurales, al menos con la capacidad de generar marcos de reflexión conjuntos sobre las estrategias de acción en un contexto que está en permanente redefinición. No se trata de un nuevo paradigma capaz de monopolizar todas las formas de protesta, pero sin duda ha conseguido una relativa —y tal vez momentánea— capacidad de condensar las energías de una pluralidad de movimientos de base. Precisamente por su carácter de movimiento que nace de las fragmentaciones y tensiones geopolíticas generadas por el mercado mundial polarizador, su caracterización no es posible identificando un único discurso propositivo que unifique el proyecto ideológico en el que se desenvuelve. En este sentido, la situación actual de los movimientos sociales no puede ser definida a través de un proyecto político que jerarquice entre todo el conjunto de ejes que se mueven en su interior; ni tampoco a través de un esfuerzo por medir el peso que ocupan en su interior cada una de las plataformas reivindicativas que los constituyen en la actualidad y que son amplias y diversas: el cambio climático y el uso depredador de los recursos, la precariedad laboral, la pervivencia de las relaciones patriarcales, la defensa de la sexualidad no convencional, el respeto a la diversidad cultural e identitaria, los procesos migratorios, la pobreza, el incremento de las desigualdades, la multiplicación de los conflictos de baja intensidad y las relaciones neocoloniales, las consecuencias de la financiación de la economía y el poder de las grandes corporaciones, y un largo etcétera. La relativa unidad y convergencia de los distintos movimientos hay que buscarla en cualquier caso a través de sus estrategias de acción. Estrategias en las que, al menos de momento, no está en posición de tomar la iniciativa en el juego de fuerzas mundial —muchas esperanzas se han depositado en el marco regional de América Latina—, pero en las que se enfrenta a un conjunto de desafíos y tensiones que, al igual que ocurriera en la emergencia del movimiento obrero, unifican su posición

antagonista con respecto a la reproducción del modelo de desarrollo económico global actual,³⁷ así como simultáneamente constituyen sus líneas de contradicción y fragmentación.

En esta situación, el primer desafío viene definido por la mutación en las relaciones de clase y el modo en que reconstituyen las relaciones Norte-Sur y el funcionamiento del sistema interestatal. El conjunto de los movimientos reconoce las interconexiones entre el desarrollo económico mundial y las tensiones bélicas permanentes, es decir, la estrategia del miedo desplegada para legitimar la intensificación de las relaciones neocoloniales, y el salto a una estrategia ofensiva por parte de los principales grupos de poder articulados en torno a las instituciones estatales y paraestatales de Estados Unidos. Desde el punto de vista de los movimientos, el problema nace de las dificultades para hacer efectivo un *contrapoder* desde una disidencia que se construye sobre la fragmentación y la descentralización de las acciones, no solo por la renuncia intencionada en muchos casos a la toma del poder, sino por las distintas posiciones ocupadas por los movimientos en la geopolítica del mercado mundial. Y ello precisamente cuando está teniendo lugar una creciente concentración del poder en grupos cada vez más reducidos y articulados, representados de modo transparente por las élites empresariales de las grandes corporaciones multinacionales. Una de las respuestas de los movimientos —débilmente capacitados para actuar como contrapoder mundial— ha sido la *localización* de las resistencias.³⁸ Sin embargo, desde otras posiciones, los efectos conjuntos de dichas resistencias para el despliegue de la racionalidad económica se ven muy limitados por la renuncia de los movimientos —especialmente en Europa— a ocupar el poder.³⁹

El segundo desafío —y la segunda línea divisoria— está planteado en la manera de ejercer la protesta en un entorno global, así como las estrategias de actuación con respecto a la visibilización de su aparición en el contexto de las cumbres y los encuentros de la alta política oficial o los encuentros empresariales que inmediatamente ha generado una política de contracumbres *ad hoc* o de foros sociales alternativos realizados de ámbito multinacional. Los movimientos se encuentran en una reflexión permanente, agudizada por la estrategia de endurecimiento de la represión en torno a las cumbres, sobre las distintas estrategias de acción y los límites para la resistencia activa y violenta, manteniendo la eficacia comunicativa de la visibilización del conflicto. Los esfuerzos por subrayar el pacifismo y el rechazo de la violencia no dejan de desencadenar críticas a la organización de los foros por la separación aceptada entre reformistas y radicales, cuestionándose la representatividad de las «personalidades» que suelen atraer la atención de los medios.⁴⁰ La organización de las contracumbres

37. Echart, E., López, S. y Orozco, K.: *Origen, protestas y propuestas del movimiento antiglobalización*. Los libros de la Catarata, Madrid, 2005: 70 y ss.

38. Callinicos, A.: *op. cit.*: 86 y ss.

39. Hines, C.: *Localization: A Global Manifesto*. Earthscan, Londres, 2000.

40. Harvey, D.: *El nuevo imperialismo*. Akal, Madrid, 2004: 136; Amin, S.: *Neoimperialismo en la era de la globalización*. Hacer, Barcelona, 2005; y Amins, S.: *Por la Quinta Internacional*. Montesinos/Viejo Topo/Papeles FIM, Barcelona, 2007. Harvey, D.: *El nuevo imperialismo*. Akal, Madrid, 2004: 136; Amin, S.: *Neoimperialismo en la era de la globalización*. Hacer, Barcelona, 2005; y Amins, S.: *Por la Quinta Internacional*. Montesinos/Viejo Topo/Papeles FIM, Barcelona, 2007.

es siempre el reflejo de una pluralidad de formas de enfrentamiento —visibilizadas a través de las «columnas» que abordan las zonas sitiadas— desde las acciones festivas del «Pink bloc», hasta las acciones violentas del «Black bloc». ⁴¹ El campo intermedio abierto desde hace años por las acciones de los «Tute Bianchi» (monos blancos) —inspirado una vez más en el referente del zapatismo chiapateca—, basadas en la publicación de los objetivos y recorridos, en estrategias no ofensivas —pero inevitables— de enfrentamiento y autodefensa, ha mostrado también sus límites cuando el Estado decide desplegar toda su fuerza de choque. De ahí que la definición de estrategias conjuntas en torno a la desobediencia civil se haya convertido en otro de los desafíos fundamentales de los movimientos en la actualidad, ⁴² tanto en los escenarios de internacionalización del conflicto como en las formas de resistencia que tienen lugar en el interior de cada Estado. En el caso de España, el modelo de acción de los «*tute bianchi*» ha tenido una repercusión considerable sin llegar a adquirir las dimensiones que ha alcanzado en Italia. ⁴³

El tercer desafío lo constituye la propia diversidad ideológica del movimiento, no solo en sus modos de acción, sino también en su dimensión programática. Desde la perspectiva de los propios movimientos resulta difícil mantener una cierta coherencia (que a la vez sea eficaz en cuanto a sus propuestas transformadoras) cuando desde los propios actores implicados se ha definido el estado actual de los movimientos críticos de la globalización como una *nube de mosquitos*. No hay tampoco una respuesta uniforme a la cuestión de hasta dónde y con quién establecer canales de diálogo. En el caso del movimiento alterglobalizador, si la diversidad de estrategias de enfrentamiento quedaba patente en las «columnas» de las contracumbres, la diversidad ideológica se pone de manifiesto en su vertiente más institucionalizada, es decir, en los foros sociales. Y no tanto, como ya hemos señalado, desde el punto de vista de la definición de unas prioridades políticas consensuadas —aunque también—, sino por el hecho de que, desde su comienzo, una de las novedades de los nuevos movimientos sociales —si bien en grados diversos— ha sido su reflexión sistemática y autocrítica con respecto a los límites y los peligros de la cristalización de estructuras burocráticas en su interior. Desde ese mismo momento, es sin duda uno de los desafíos permanentes consolidar la capacidad transformadora de un movimiento sin las lógicas de división del poder de los modelos «representativos» tradicionales de democratización política —sean partidos o sindicatos—, muchas veces apelando a la capacidad conectiva y dialógica de las nuevas tecnologías y las redes informáticas utilizadas de manera alter-

41. Así lo señalaba por ejemplo muy críticamente James Petras: «La sobrerrepresentación de grupitos de personalidades a expensas de los militantes ciertamente que atrajo a los medios, pero no aumentó el intercambio de ideas y la transmisión e experiencias a aquellos que se encuentran en la primera línea de la lucha» (Petras, J.: «Una historia de dos foros», en Díaz-Salazar, R. [ed.]: *Justicia global. Las alternativas de los movimientos del Foro de Porto Alegre*. Icaria, Barcelona, 2002: 84).

42. Una curiosa visión antropológica en torno al efecto mediático sobre la sociedad y sobre el propio movimiento de las acciones del «Black bloc» en Génova puede verse en Juris, J. S.: «Violencia representada e imaginada. Jóvenes activistas, el Black Bloc y los medios de comunicación en Génova», en Ferrándiz, F. y Feixa, C. (eds.): *Jóvenes sin tregua. Culturas y políticas de la violencia*. Anthropos, Madrid, 2005.

43. Fernández Buey, F.: *op. cit.*, 2005.

nativa. Un desafío que tiende a diluirse dentro de la tradición que subraya que a través del conflicto y la acción concreta las diferencias ideológicas se diluyen, pero que, para otros, sigue representando un límite evidente para la convergencia y capacidad de transformación de los movimientos.

Para muchos observadores externos de los Foros, el III Foro Social representaría el definitivo «aterrizaje» de una izquierda tradicional que solo había participado tímidamente y a título individual en los anteriores. Con más de 100.000 participantes y 5.000 periodistas acreditados haría visible la creciente división y tensión que introducía, tanto entre los participantes como entre las organizaciones, la participación de organizaciones políticas tradicionales ajenas a las luchas cotidianas del movimiento al que el Foro pretendía representar. Una tendencia similar atravesarían los foros regionales europeos. El más abierto y horizontal sería el primero de ellos, realizado en Florencia en 2002, alimentado todavía de la energía de movilización de base contra la guerra. El segundo Foro regional, celebrado en París, recibiría ya críticas por la excesiva presencia de ATTAC y la impronta con que habría marcado toda su organización. El tercer Foro, celebrado en Londres, sería el primero en contar con la contraprogramación de talleres y debates alternativos organizados al margen de la agenda oficial de una reunión que había contado con la financiación del Ayuntamiento de Londres, de sindicatos mayoritarios y otras instituciones consideradas poco representativas del movimiento por buena parte de su militancia.

Estos desafíos no son obviamente una novedad, han marcado la historia de los movimientos sociales en tanto que han pretendido constituirse en movimientos antisistémicos. La única novedad reside en la forma particular que adquieren en la actualidad y el repertorio de respuestas con las que reaccionan los movimientos en cada momento histórico. Resultan significativos en la medida en que marcan los límites para que los movimientos consigan transitar hacia una etapa ofensiva y propositiva, capaz de evitar el repliegue de los movimientos hacia acciones fragmentadas políticamente con escasa capacidad de transformación social. La polémica, en cualquier caso, es ahora mismo patente en torno a la presencia de dos áreas diferenciadas dentro del movimiento alterglobalizador, que recogen los procesos históricos singulares vividos por los movimientos en cada país:⁴⁴ la vinculada a una estrategia soberanista, dependiente todavía de partidos políticos y organizaciones centralizadas, y orientada ideológicamente hacia la reconstrucción de espacios regionales relativamente autónomos de las determinaciones del mercado mundial; y la vinculada a movimientos organizados en redes horizontales, más hegemónica en las protestas y acciones de resistencia concretas, y orientada a visibilizar las contradicciones del sistema y construir espacios autónomos alternativos. Después de todo, los Foros Sociales Mundiales y Regionales no son un movimiento, sino —como afirman sus documentos constitutivos— *un espacio abierto* institucional de intercambio de puntos de vista y análisis, pero su evolución ha tendido a ampliar la distancia que los separa de los movimientos y las acciones concretas de movili-

44. Puede consultarse una revisión de su desarrollo e influencia en la evolución del MRG (Movimiento de Resistencia Global) en Madrid en el artículo de Iglesias Turrón, P., «Algunos centenares de jóvenes de la izquierda radical: Desobediencia italiana en Madrid (2000-2005)», *Revista de Estudios de Juventud*, 76, 2007: 245-265.

ción, tal como refleja la distancia generacional que separa a participantes y ponentes en los FSM.⁴⁵

LOS NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES EN LA ESPAÑA DEL CAMBIO DE SIGLO

Pese al optimismo de determinadas interpretaciones en torno a la reconstitución de un nuevo movimiento antisistémico, una mirada al proceso histórico del medio plazo permite comprender las dificultades a las que deben enfrentarse los esfuerzos por conseguir la convergencia de los distintos espacios de resistencia. Si la internacionalización de los conflictos constituye el rasgo más distintivo del reciente ciclo de movilizaciones,⁴⁶ dicha tendencia ha estado sin duda conviviendo con «dinámicas de protesta más locales, ancladas en muchos casos en las consecuencias de la mundialización neoliberal, en lo que respecta al manejo de recursos públicos o al retroceso en materia de derechos sociales».⁴⁷

Sin embargo, la situación de los movimientos sociales en España no deja de ser un reflejo del impacto del escenario creado por la dinámica de las acciones alterglobalizadoras. Por un lado, las agendas de los movimientos ya no solo actúan con respecto a una escala nacional-estatal, tanto en los objetivos de las reivindicaciones como en su organización y coordinación. Y por otro lado, y es lo que a medio plazo puede resultar más determinante, sus lógicas de resistencia no se limitan a jugar dentro del marco de la democracia representativa, es decir, que su interlocutor fundamental ha dejado de ser exclusivamente el Estado. Sin duda alguna la rápida evolución de los medios de comunicación, tanto «oficiales» como «alternativos» ha contribuido a una toma de conciencia por parte de los movimientos de las interrelaciones y el modo en que actúan las cadenas de impacto económico y social en el ámbito mundial.⁴⁸ Pero en la base de la internacionalización de las agendas de los movimientos se halla la denuncia de la existencia de un «déficit democrático» mundial, resultado de la incapacidad para intervenir, respetando el marco de la democracia liberal estatal, en las decisiones tomadas por instituciones mundiales y élites empresariales. Clubes como el G-8, encuentros como Davos, oligopolios de agentes empresariales transnacionales, instituciones como el FMI o la debilidad e impotencia de la ONU, habrían ido generando una creciente crisis de legitimidad en la que el «Estado» o la «ciudad» —convertida ahora en escenario del conflicto— no enfrenta ya a los legítimos representantes de la soberanía popular frente a un movimiento no integrado en la política institucional,

45. Iglesias Turrón, P.: «Un nuevo poder en las calles. Repertorios de acción colectiva del Movimiento global en Europa. De Seattle a Madrid», en *Política y Sociedad*, 42(2), 2005: 72 y ss.

46. Wallerstein, I.: «El Foro Social Mundial en la encrucijada», en *América Latina en Movimiento*, 385-386 (edición especial Foro Social de las Américas), ALAI, 20 de julio de 2004: 3-7.

47. Así lo considera, por ejemplo, Charles Tilly («Los movimientos sociales entran en el siglo veintiuno», en *Política y Sociedad*, 42[2], 2005: 11-35) desde una perspectiva del medio plazo histórico.

48. Calle, A.: «Democracia radical. La construcción de un ciclo de movilización global», *Revista de Estudios de Juventud*, 76, 2007: 57.

Tabla 12.1 Génesis y transformación de los nuevos movimientos sociales: contextos de desarrollo, dimensiones y perspectivas sociológicas de interpretación *

	Fase 1. Surgimiento de los «Nuevos Movimientos Sociales». Década de 1960	Fase 2. Transformación y polarización de los NMS. Década de 1970	Fase 3. Crisis de los NMS. Décadas de 1980-1990	Fase 4. Resurgimiento e internacionalización de los NMS. Décadas de 1990-2000
Contextos sociales de referencia y tendencia general	<ul style="list-style-type: none"> - Expansión de las clases medias e integración en una norma de consumo privatista (en España). - Industrialización acelerada bajo un modelo fordista autoritario. - Surgimiento de los NMS en Estados Unidos y en Europa Occidental. - Activación de focos guerrilleros y revolucionarios en la periferia capitalista. 	<ul style="list-style-type: none"> - Fin del periodo keynesiano y estallido de la crisis social y económica. - Consolidación de la identidad y de la organización y desradicalización general progresiva en Estados Unidos y en el centro de Europa Occidental. Polarización residual y permanencia de focos ocasionalesmente «violentos». - Radicalización en la Europa Meridional (Francia, España, Portugal, Grecia) y en la periferia mundial. - Superposición de contradicciones en el modelo de desarrollo español. 	<ul style="list-style-type: none"> - Recuperación económica y prolongación de la crisis social: ruptura de la «sociedad de clases medias» y fragmentación social. - Ruptura obligada de la fuerza estructural de la clase obrera. Ofensiva neoconservadora y políticas remercantilizadas del Estado. - Articulación de un «Tercer Sector» relativamente independiente del Estado (Estados Unidos y Norte de Europa) y vinculado a éste (Europa Meridional). - Conexiones difusas de los movimientos internacionales. Reducción de los movimientos a focos. 	<ul style="list-style-type: none"> - Financiación de la economía y concentración del poder oligopólico en los grupos transnacionales. - Redefinición de las relaciones internacionales e intensificación de los conflictos multipolares. - Extensión de la vulnerabilidad social en el primer mundo y emergencia de la figura del «trabajador pobre/precario/inmigrante».

* Debemos agradecer a Mario Ortí la elaboración de este cuadro sintético.

Articulación e identidad de los movimientos

- Fuerte carácter contracultural de los movimientos en los países desarrollados: independencia organizativa e identitaria, denegación del espacio de la política tradicional y politización de lo cotidiano.
- Antimilitarismo, anti-patriarcado y ecologismo impulsados desde las redes del movimiento estudiantil.
- Pálido reflejo de los NMS en España, movimientos elitistas por la democratización política.
- Construcción de las bases del sindicalismo clandestino y hegemonía del PCE en España.
- Pérdida del carácter contracultural y de alternativa de sociedad general, pero desarrollo de una capacidad de acción e influencia creciente en aspectos específicos (acciones antinucleares en la R.F.A., etc.).
- Confluencias inestables y cambiantes entre partidos de izquierda y movimientos en la Europa Meridional y América Latina. Radicalización prorrevolucionaria extrema en estos países.
- Confusión y unidad de movimientos y partidos en España en un «bloque antifranquista interclasista». Centralidad del movimiento obrero y sindical e integración con luchas populares y movimiento vecinal.
- Desintegración del movimiento obrero e institucionalización de las organizaciones sindicales.
- Crisis de la izquierda política radical. Crisis de los partidos comunistas y socialdemócratas
- Indiferenciación de la oferta electoral. Desarrollo de posiciones defensivas por parte de los movimientos sociales.
- Emergencia focalizada de movimientos sociales «autónomos» muy fragmentados.
- Relaciones entre movimientos sociales y sector asociativo. Búsqueda de nuevos elementos de identidad. Surgimiento de los movimientos de solidaridad con el Tercer Mundo.
- Crisis del «Tercer Sector» y creciente politización de la Cooperación al Desarrollo.
- Construcción de escenarios globales de lucha: interdependencia, coordinación internacional y construcción de alternativas a la mercantilización global para la democratización de los centros de poder mundial.
- Ambigüedad de los movimientos en la periferia del sistema-mundo: entre la antioccidentalización del conflicto en el mundo islámico y las experiencias de democratización radical en América Latina.

erspectiva sociológica de interpretación

- Falta de perspectiva histórica e incapacidad de interpretación inmediata: crisis y academización de la sociología marxista, desarrollo de las perspectivas posmodernas (énfasis en los aspectos contraculturales de los movimientos).
- Surgimiento de una interpretación desde la sociología «burguesa crítica»: los movimientos como actores y expresión del cambio social.
- Dominio en España del análisis marxista académico y creciente distanciamiento respecto a la militancia.
 - Del análisis de clase a la lucha popular.
 - Desarrollo del paradigma de los nuevos movimientos sociales desde la sociología «burguesa crítica»: los movimientos como esperanza para el futuro cambio social.
 - Nuevas teorizaciones surgidas desde los movimientos: el ecologismo, el feminismo y la no violencia, como discursos sobre el mundo.
- Institucionalización y normalización de la perspectiva sobre los nuevos movimientos sociales: asimilación liberal («posmaterialista») con una acción colectiva o ciudadana despolitizada.
 - Estudios empíricos descriptivos sobre movimientos y acción colectiva. Los movimientos como repertorio de recursos de acción.
 - Ensayos tentativos (académicamente marginales) de una interpretación sobre las posibles confluencias de movimientos sociales globales en la nueva fase del capitalismo.
- Reconposición relativa de las relaciones entre academia y movimientos sociales.
 - Punto de inflexión histórico y multiplicidad de interpretaciones: desde las identidades y conflictos culturales a la re-materialización del conflicto.
 - Consolidación de un nuevo paradigma sobre los «movimientos globales» y la condensación de los conflictos en el sistema mundo.

sino a los defensores de agendas de intereses que trascienden el ámbito estatal con movimientos que pretenden actuar localmente sobre los efectos que el mercado mundial provoca en sus espacios sociales y territoriales concretos.

Este esfuerzo por una reorientación de los conflictos, para situarlos en una escala global, permite identificar una triple tendencia en la evolución reciente de los movimientos sociales en España, resultado de su propia convergencia y *normalización* con respecto a la evolución del conjunto de movimientos en Europa. En primer lugar, una tendencia a la «espectacularidad de la protesta», con la intención explícita de convertir todo pequeño escenario de protesta en *símbolo* de un conflicto global. La importancia del efecto comunicativo fue una lección del movimiento zapatista muy rápidamente aprendida en Europa.⁴⁹ La rebelión en Chiapas se convirtió muy pronto en ejemplo no tanto por situar el neoliberalismo como objetivo de toda estrategia emancipatoria y por su capacidad de resistencia militar, sino por su eficacia comunicativa. En segundo lugar, la tendencia a dirigir las reivindicaciones de los movimientos hacia agentes que se fugan de los canales institucionales del control democrático. Y, en tercer lugar, el esfuerzo sistemático por contribuir a la visibilización política de nuevas identidades colectivas, capaces de trascender los obstáculos de la geografía política fragmentada construida, paradójicamente, por el nuevo régimen de acumulación global.⁵⁰

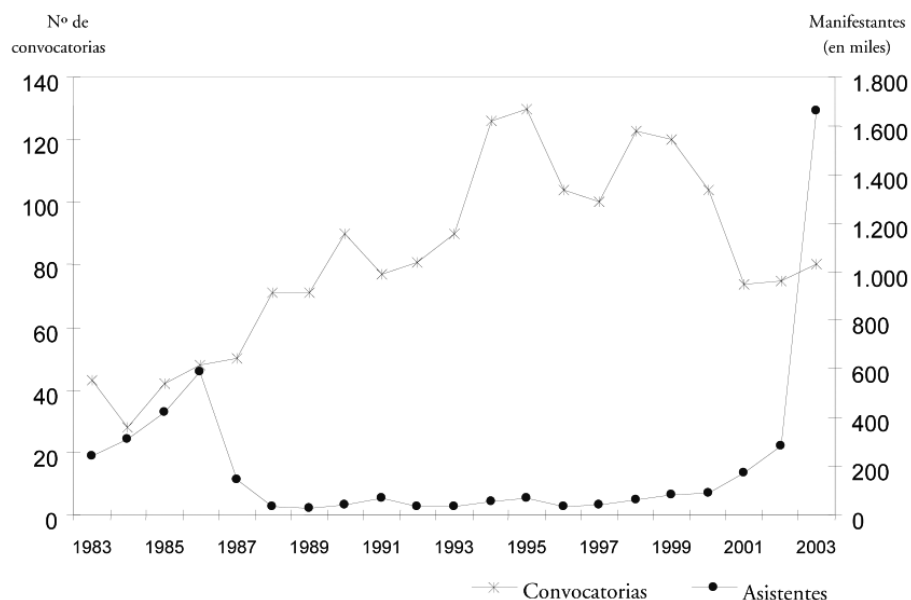
Este esfuerzo de imbricación sistemática del conflicto, desde el punto de vista simbólico y comunicativo, en una escala global es lo que permite interpretar que las acciones *glocalizadas* de multitud de movimientos forman parte de un repertorio relativamente homogéneo:⁵¹ desobediencia civil, ocupación del espacio urbano y confrontación, definición del mensaje en el propio desarrollo del conflicto, acciones espectaculares durante el desarrollo de manifestaciones masivas, etcétera. Dichas acciones, situadas al margen de las agendas locales e incluso estatales, pese a desarrollarse siempre como acciones localizadas y construidas sobre la base de un tejido social anclado en el territorio, nacen cada vez con más frecuencia a través de la cooperación con grupos internacionales, y tienden a redefinir las ciudades en las que se produce la acción como representación de metrópoli globales. Los movimientos están obviamente condicionados por un marco geográfico estatal, e impregnados de una historia singular determinada por ese marco. Pero lo significativo es que cada vez es más difícil caracterizarlos a partir de ese marco: por un lado, porque sus objetivos son directa o indirectamente instituciones de control de la economía mundial o del sistema interestatal que están más allá de las unidades nacionales; y, por otro, porque el territorio de expresión del antagonismo está más definido por las ciudades y grandes metrópoli como condensaciones del espacio global que por el territorio estatal o local.

Sin embargo, pese al efecto comunicativo de representación de una «comunidad global» en cada escenario de conflicto, todavía resulta evidente que las acciones cotidianas de los movimientos sociales en España se hallan fragmentadas políticamente. Como resultado de la desarticulación política, las acciones se traducen en multitud

49. Los «monos blancos» de los Tute Bianchi son la adaptación europea del pasamontañas zapatista.

50. Della Porta, D. y Mosca, L.: «Globalización, movimientos sociales y protesta», 2005. http://www.metapolitica.com.mx/43/breviario/crit_02.htm.

51. Iglesias Turrón, P.: *op. cit.*, 2005: 81.



Fuente: Adell (2007).

Figura 12.4 Movilización de los nuevos movimientos sociales (muestra Madrid, 1983-2003)

de resistencias parciales a las consecuencias de la racionalización extrema del sistema productivo y la descomposición de los Estados del bienestar: ocupación y autogestión de espacios, producción y consumo alternativo a pequeña escala, redes que trabajan contra la pobreza y la exclusión, opositores a la biotecnología, movimientos de educación popular, contra la precariedad laboral, en defensa de derechos sociales básicos, etcétera. Si bien dentro de un repertorio de modalidades de acción colectiva relativamente compartido ya a escala europea:⁵² el pacifismo clásico, la acción directa, las acciones lúdicas y culturales del modelo británico de *Reclaim the Streets*, y las variantes de la desobediencia civil y social puesta en práctica por los Tute Bianche. Las décadas de 1980 y 1990 en España son reflejo de esa fragmentación en que un número creciente de convocatorias, como recoge la evolución de las movilizaciones en Madrid —figura 12.4—, reúnen prácticamente a un mismo número de participantes hasta mediados de la década de 1990. Sin embargo, la muestra reunida por R. Adell⁵³ sobre convocatorias y participantes en Madrid descubre igualmente la relativa convergencia

52. Echart, E., López, S. y Orozco, K.: *op. cit.*: 123.

53. Adell Argilés, R.: «El altermundismo en acción: internacionalismo y nuevos movimientos sociales», *Revista de Estudios de Juventud*, 7, 2007: 91-111.

que tiene lugar en las movilizaciones desde finales de la década de 1990, momento a partir del cual se tiende a una reducción paulatina del número de convocatorias y a un crecimiento permanente del número de participantes, hasta culminar con las movilizaciones contra la guerra de Irak en 2003. Probablemente, un recorrido similar tendría lugar en la relación convocatorias/participantes en las grandes ciudades del país, con puntas extremas de movilización en las contracumbres (como ocurriera en Barcelona o en Sevilla).

Otra de las paradojas de la situación actual de los movimientos sociales resulta de construir la cooperación y la coordinación en el ámbito internacional sin pretenderla muchas veces en el estatal. Pese a la potencialidad que ha abierto el uso estratégico de las tecnologías de la comunicación, sigue siendo muy difícil confeccionar canales estables de participación más allá de las fronteras nacionales, de momento solo las contracumbres demuestran su eficacia en este sentido; todavía hoy tras el reciente encuentro del G-8 en Alemania. Pero el efecto contradictorio y ambiguo de la internacionalización de los movimientos es con frecuencia un repliegue hacia lo local en los ámbitos estatales. Ello puede fortalecer los movimientos si la experiencia que para muchos colectivos y militantes supone la participación en las contracumbres, logra desplazarse hacia la construcción de redes locales de cooperación. Es significativo por ejemplo, como señala Fernández Durán,⁵⁴ que buena parte de los colectivos y redes activos en el movimiento antiglobalización, tras su auge en el periodo 2001-2003, que políticamente se expresaron en una fuerte movilización contra la guerra de Irak, se hallan activos actualmente en las distintas plataformas de defensa del territorio.

Pero también es posible una interpretación más pesimista, según la cual el principal problema del movimiento antiglobalización en España es su excesiva *deslocalización*, es decir, su precario arraigo en redes o bases locales como resultado de un nacimiento fuertemente marcado por el mimetismo respecto a las corrientes movilizadoras provenientes de redes globales.⁵⁵ Desde nuestro punto de vista, reconociendo el carácter ambiguo de los efectos en el ámbito local que conlleva la internacionalización de las protestas, lo característico de la situación actual es la tendencia a globalizar las agendas de los movimientos, con independencia de que ello conlleve o no una más densa y estructurada red de cooperación entre los movimientos que trabajan en torno a las mismas problemáticas en cada ámbito estatal. La evolución del movimiento ecologista es, en este sentido, representativa de una progresiva convergencia

54. Fernández Durán, R.: «El Tsunami especulador español y mundial», 2006, <http://www.ecologistasenaccion.org/article.4824>.

55. Así lo señala E. Gil Calvo en «La deslocalización de la protesta juvenil», *Revista de Estudios de Juventud*, 76, 2007: 147-161. El argumento de E. Gil Calvo que interpreta las redes altermunistas como el resultado de un capital social supletorio de jóvenes socialmente *deslocalizados* y, por tanto, con un cada vez más débil capital social heredado y adquirido en sus contextos cercanos, resulta muy interesante, pero tiene su límite al asentarse en una conceptualización homogénea de la juventud, precisamente cuando son sus propias fracturas internas una de las causas de la construcción de redes de movilización. Más apegado al estudio del desarrollo de los movimientos concretos, aunque circunscrito al caso del ecologismo, es el libro de Manuel Jiménez Sánchez (*El impacto político de los movimientos sociales. Un estudio de la protesta ambiental en España*. CIS/Siglo XXI, Madrid, 2005) en el que reconstruye la fragmentación local que tradicionalmente ha arrastrado el movimiento ecologista español.

de las agendas de los movimientos en dos direcciones: en el ámbito internacional, si no a través de la cooperación directa, sí en el sentido de las reivindicaciones, cuya significación política se construye siempre en referencia a la situación global; y en el ámbito estatal, con la progresiva integración de prácticamente todas las campañas directamente vinculadas al medio ambiente dentro de campañas y de movimientos de carácter más amplio.

Por lo tanto, en el caso español, el principal escollo en la convergencia de las movilizaciones no se sitúa en la diversidad de reivindicaciones y en la pluralidad de intereses que contienen, sino que probablemente haya que buscarlo en la disparidad de las trayectorias de militancia muy fragmentadas por la tardía y quebrada constitución del espacio político institucional español, en el plano territorial. De modo paralelo a la descomposición ideológica y política de la fuerza de los movimientos en la década de 1980, tuvo lugar en España una ruptura y una fragmentación de las trayectorias militantes, cuya memoria sigue marcando hasta la actualidad las posibilidades de coordinación y cooperación entre distintos movimientos sociales del Estado. Quizá de un modo más agudo que en otros países, las dificultades —nacidas ya en la primera institucionalización de la historia de nuestros movimiento sociales en la época del primer gobierno socialista— para crear un espacio intermedio entre los movimientos que mantuvieron su autonomía e independencia política y los que adoptaron la vía de la institucionalización o la «subvención» —incluido un amplio espectro del espacio de las ONG—, siguen marcando los límites a la convergencia posible entre diferentes colectivos dentro del Estado español.

Pero incluso desde este punto de vista más concreto de las trayectorias militantes de los colectivos involucrados en los movimientos sociales, es posible sostener que el «ciclo de la antiglobalización» ha abierto espacios para la convergencia puntual en los últimos años. En el caso español, podríamos condensar el punto de inflexión en la redefinición de los proyectos y repertorios de acción —que ha hecho posible una relativa aproximación y entrelazamiento de base entre los colectivos—, en la consolidación a finales de la década de 1990 de tres movimientos representativos tanto de la herencia como del futuro de los movimientos sociales en España: la construcción de la Red Ciudadana por la Abolición de la Deuda Externa (RCADE); el desarrollo en España de ATTAC; y los Movimientos de Resistencia Global (MRG, Hemen eta Munduan en Euskadi). Herederos de tres trayectorias de militancia muy diferenciadas (desde los movimientos cristianos de base hasta los centros sociales ocupados, pasando por las minorías críticas de la vieja izquierda), sus respectivos procesos de convergencia y apertura hacia el conjunto de movimientos —en algunos casos, como hemos señalado, forzada por la propia estrategia de cierre de las arenas políticas institucionales— es lo que ha sentado las bases para el modo en que en el Estado español se han reflejado las ciclos de movilización global.

Como antecedentes de este proceso internacional parecen claros los desencadenantes inmediatos que tuvieron lugar durante la etapa de transición de la década de 1990: primero el levantamiento zapatista en 1994; la constitución de Acción Global de los Pueblos, en 1998; y finalmente la explosión mediática que representó la «batalla de Seattle», en 1999. En el ámbito español, el principal antecedente de las formas de movilización de los últimos años estuvo representado por el Movimiento contra la

Europa de Maastricht y la Globalización Económica, nacido en 1995 a raíz de los actos de protesta que se realizaron coincidiendo con la presidencia española de la Unión Europea, pero que tiene su inicio en la campaña contra el FMI, el BM y el GATT con motivo del 50 aniversario de la fundación de estas instituciones (en 1994), y con la preparación del foro alternativo «Las otras voces del planeta». En segundo lugar, con un origen radicalmente distinto, se inicia (por parte de Manos Unidas, Intermón, Cáritas y Justicia y Paz) la campaña «Deuda externa-¿deuda eterna?». Como síntoma del ambiente que comenzaban a vivir una creciente diversidad de colectivos, la capacidad de convocatoria de la campaña se ve completamente sobrepasada y da paso a la constitución de la RCADE y de la nueva Campaña por la Abolición de la Deuda Externa.

Inmediatamente después, la intensificación de las movilizaciones y la coordinación creciente se orientan ya de un modo sistemático hacia objetivos determinados por una agenda internacional. En el año 2000 se constituye definitivamente la coordinadora española de ATTAC (siguiendo el llamamiento realizado por la edición española de *Le Monde Diplomatique*), y se crea la primera gran coordinadora estatal de movimientos estrictamente enraizada en los movimientos alterglobalizadores de escala internacional. En la mayor parte del Estado, dicha coordinadora adoptará el nombre de Movimiento de Resistencia Global (MRG) y su primera tarea será coordinar la participación en las acciones de protesta de septiembre de 2000 contra la cumbre del FMI y del BM de Praga. La diversidad de sus formas organizativas internas expresaba las tensiones propias del movimiento emergente: en algunos sitios permaneció como plataforma de colectivos mientras en otros se redefinió como movimientos asamblearios formados únicamente por personas y sin representación formal de los colectivos.⁵⁶ El primer momento del ciclo era ya imparable, continuó en Niza y tuvo su máxima expresión en España, en las movilizaciones contra la Conferencia anual del Banco Mundial que debía celebrarse en Barcelona en junio de 2001. Pero la reacción fue igualmente rápida, y la militarización de la ciudad de Génova ante las acciones de protesta contra la cumbre del G-8 marcan un nuevo punto de inflexión, pues la visibilización de un objetivo político que representan las cumbres internacionales obliga a sus organizadores a desplazarlas a lugares apartados y de difícil acceso.

A partir del punto culminante que representó Génova, si bien hay un cierto repliegue en la presencia mediática del movimiento y en su capacidad de movilización, en tanto que movimiento antiglobalización, la agenda concreta abierta por las guerras

56. En cualquier caso, pese a su diversidad y relativo repliegue en los años siguientes, las coordinadoras y los colectivos surgidos en este momento de auge de las movilizaciones se han convertido en un referente para los movimientos más clásicos, conscientes de que su renovación pasa por un acercamiento a las nuevas formas de movilización. Así lo refleja la historia de los Foros Sociales a la que ya hemos hecho referencia, y en este mismo sentido se expresaba el recién elegido presidente de la Federación Regional de Asociaciones de Vecinos de Madrid (FRAVM), al señalar cómo el movimiento vecinal «es un movimiento que nació hace más de 35 años y que necesita, en algunos casos, abrirse, tomar aire fresco e incorporar nuevas temáticas, nuevas aspiraciones de la población que se han organizado en otros movimientos ciudadanos con los que hay que entrar en contacto. Necesita, también, ampliar su política de alianzas y lanzar una mirada a todas las expresiones de la población que sufren otros problemas y que plantean otras reivindicaciones y otras formas de luchar por alcanzarlas que no son las propias de la FRAVM» (Entrevista a Nacho Murgui, *Diagonal*, núm. 57, junio de 2007).

de Afganistán e Irán darán lugar a lo que probablemente fue la convocatoria con mayor participación mundial, en el llamamiento contra la guerra realizado por el Foro Social Mundial para el 15 de febrero de 2002, y en la que se calcula participaron casi tres millones de personas en todo el Estado español, con casi un millón de participantes en la manifestación de Madrid.

En el plano doméstico, sin duda alguna, las decisiones y derivas internacionales del gobierno del PP actuaron como un desencadenante específico de un nuevo ciclo de movilizaciones, redefiniendo una vez más las distancias de los movimientos sociales con respecto al modelo político de la democracia representativa; la enorme dureza descalificativa con respecto a las movilizaciones contra la intervención militar en Irak y la guerra subsiguiente animó un auténtico resurgir de las protestas antibélicas en España, otra vez expresadas con un carácter esporádico y reactivo, pero con una fuerte repercusión en la vida cotidiana de nuestro país. Las movilizaciones espontáneas tras los atentados del 11 de marzo y su influencia directa en el clima electoral abrieron un nuevo espacio de legitimidad para la acción al margen de los mecanismos institucionales (a la vez que definía sus límites) y, así, un espacio de movilizaciones antibélicas primero y, después, contramovilizaciones programadas desde los espacios más conservadores del ámbito político nacional (adquiriendo paradójicamente la forma de manifestaciones y movilizaciones en la vía pública, forma que se había criticado por los mismos actores hasta la ridiculización solo unos años antes) han convertido la protesta en la calle (y la guerra de cifras asociada a ella) en un curioso marco de expresión de los conflictos en los últimos años. Aunque resulte casi anacrónico la calle ha vuelto a ser un escenario para la política española en temas como el terrorismo, el orden mundial y la seguridad ciudadana en el primer decenio del siglo XXI.

De la misma manera que la primera transición a la democracia hizo posible un breve momento de superposición y fusión de espacios a través de la religación simbólica relativa que permitió la participación electoral, las elecciones que se realizaron el 14 de marzo también mostraron su efectividad para la movilización de los imaginarios sociales de cambio, aunque la fragmentación y la desmovilización tras el momento mítico de «unidad» que simbolizan las elecciones se volviese a producir sin hacerse esperar demasiado; pero, eso sí, con un carácter matizado y relativo debido a la amenaza del poder conservador protagonizada por un discurso político y una presencia social fuertemente retardataria.⁵⁷ En esta apertura de la arena política de izquierdas hacia sensibilidades cercanas a los movimientos sociales, el gobierno del PSOE por una parte trata de institucionalizar las demandas de colectivos que han estado siempre en primera línea de movilización con leyes como la de la violencia de género o del matrimonio homosexual, lo que indica una transformación de las temáticas de las movilizaciones colectivas en el reconocimiento jurídico de libertades individuales positivas o negativas; por otra parte se trata de abrir un periodo de tolerancia simbólica

57. Pablo Iglesias (*op. cit.*, 2005: 86) se pregunta qué habría ocurrido si hubiera ganado las elecciones el PP. Las condiciones singularísimas creadas por los atentados y la política informativa del gobierno de aquel tiempo provocaron una fuerte movilización de repulsa; pero probablemente, a medio plazo, el efecto desmovilizador de la convocatoria electoral hubiera sido el mismo, como lo fue en el hábil adelanto de las elecciones realizado por De Gaulle tras las movilizaciones de mayo de 1968.

—siempre en tensión— para con las movilizaciones «antisistema» que conocen un relativo repliegue hacia actividades locales, con menor volumen de participación en términos cuantitativos, como la campaña contra la Constitución Europea, la continuación de las actividades por la abolición de la Deuda Externa y la progresiva creación a lo largo de todo el Estado de las plataformas contra la especulación, la precariedad y por una vivienda digna. La presencia en muchos gobiernos e instituciones locales y regionales, la fuerza, los apoyos y la crudeza de las políticas y los discursos más conservadores en la España de principio del siglo XXI hacen que una cierta porosidad en la política institucional de izquierda trate de absorber las ideas y novedades de los movimientos —incluso los más radicales— para contener la fuerza del discurso y de las acciones de las fuerzas conservadoras de nuestro país, activas en una oposición muy dura presente no solo en el ámbito político, sino también en la vida cotidiana (temas de enseñanza y laicidad, lucha antiterrorista, formas de convivencia, definición de la ciudadanía, etcétera).

Las movilizaciones por una vivienda digna (mezcladas con las expresiones de protesta contra la precariedad laboral sobre todo juvenil) son representativas de la situación actual de los movimientos y de las contradicciones a las que se enfrenta su evolución en el interior de las sociedades desarrolladas. Pueden ser consideradas síntoma de las dificultades para recomponer dentro de los límites estatales la fuerza que ha adquirido el movimiento en su dimensión altermundista. Dentro del marco democrático del capitalismo avanzado, la posibilidad de construir políticamente intereses —por muy evidente que resulten determinadas necesidades objetivas— al margen del marco institucional sigue enfrentándose a la indiferencia general del grueso de la sociedad, y en particular de unas desestructuradas clases medias orientadas hacia modos de vida que permitan la salida individualizada de los peligros de la desestabilización laboral, y que, en este caso concreto, siguen percibiendo la vivienda en propiedad como anclaje social y como sueño de un posible enriquecimiento. Y ello invita a repensar la capacidad del nuevo ciclo de movilizaciones para hacer converger una creciente diversidad de subjetividades antagonistas; contemplado desde el punto de vista del primer mundo europeo, parece al menos que se puede discutir su heterogeneidad a partir del perfil social de la mayoría de los militantes implicada en ellos. Las escasas investigaciones en torno al perfil de los activistas implicados en las movilizaciones antiglobalización⁵⁸ no solo muestran la presencia mayoritaria de jóvenes, sino que la inmensa mayoría de ellos tiene o se encuentra realizando estudios superiores.⁵⁹ De modo que, como resulta evidente para la mayoría de los movimientos, solo la profundización de la internacionalización del conflicto permitiría transformar las relaciones de clase en el interior de las sociedades avanzadas, y abrir un espacio para la convergencia real de la pluralidad

58. Algunas de ellas son: Tejerina, B., Martínez de Albéniz, I., Cavia, B., Gómez, A. e Iraola, A.: *Encuesta sobre el movimiento por la justicia global en España*. Universidad del País Vasco, Bilbao, 2005; Caínzos, M.: «La participación de los jóvenes españoles en manifestaciones. Comparación con los jóvenes europeos y análisis de sus determinaciones», *Revista de Estudios de Juventud*, 75, 2006: 121-153; Della Porta, D.: *New Global*. Il Mulino, Bologna, 2003.

59. González García, R. y Barranco, O.: «Construyendo alternativas frente a la globalización neoliberal. Resistencias juveniles en Cataluña», *Revista de Estudios de Juventud*, 76, 1997: 275 y ss.

de subjetividades contenidas en los viejos, los nuevos y los novísimos movimientos sociales.

CONCLUSIÓN

Por todo esto, el cambio histórico obliga ya a pensar la distancia que separa las últimas expresiones de los movimientos sociales respecto de las interpretaciones realizadas sobre la emergencia del ecologismo, el feminismo y el pacifismo en las décadas 1960 y 1970. Muchas cosas han cambiado desde que los nuevos movimientos sociales fueran conceptualizados como procesos de visibilización social que iban más allá del conflicto institucionalizado regulado por el Estado social —centrado en torno a la distribución del poder político formal o del excedente económico e identificado con el «viejo» movimiento obrero—. Esa *gramática de las formas de vida*, como la denominara Habermas,⁶⁰ sobre la que se construían los nuevos conflictos, si bien nunca fue plenamente autónoma con respecto a los problemas de *distribución*, parece haberse comenzado a rescribir en los últimos años resituando los procesos económicos en el centro.⁶¹

Tal y como señalaba Alain Touraine refiriéndose al contexto de las décadas de 1960 y 1970, justo cuando la vida política aparecía «cada vez más organizada alrededor de la elección de políticas económicas, los nuevos movimientos sociales tratan de problemas prácticamente excluidos de la vida pública y considerados privados».⁶² Sin embargo, los últimos años parecen apuntar a una cierta reintegración y una creciente concienciación de las interconexiones entre los espacios colonizados del «mundo de la vida» y las relaciones más estrictamente económicas. Por ello, si la energía de los movimientos en la década de 1960 nacía de una cierta desafección respecto a la política institucional y la emergencia de una *política más allá* del Estado, ahora se trataría de una recuperación de la política, no tanto en el espacio escindido de la vida privada como en el de una emergente ciudadanía —pública— global.

Los últimos años han puesto de manifiesto una progresiva confluencia de los espacios de conflictividad social, dentro siempre de una relativa autonomía de los ejes clásicos de los nuevos movimientos sociales. Desde la propia literatura animadora de los movimientos⁶³ se subraya, quizá con demasiado optimismo, esta convergencia de

60. Habermas, J.: *Teoría de la acción comunicativa*: Taurus, Madrid, vol. 2, 1987: 556.

61. Si bien no es representativo del heterogéneo conjunto de propuestas surgidas de los movimientos *alterglobalizadores*, sí es significativo el tipo de programa de acción inmediato contemplado por Alex Callinicos en su *Manifiesto anticapitalista*. En ese programa prácticamente todos los ejes de acción giran en torno a lo que podríamos considerar una redistribución política del poder económico: cancelación inmediata de la deuda del Tercer Mundo; introducción de la Tasa Tobin; restauración de controles al flujo de capitales; introducción de la renta básica; reducción de la jornada laboral; defensa de los servicios públicos y renacionalización de industrias privatizadas; fiscalidad progresiva; abolición de los controles a los flujos migratorios; actuación inmediata sobre degradación ambiental; disolución del complejo militar-industrial; y defensa de las libertades civiles (Callinicos, A.: *op. cit.*, 2003: 132-139).

62. Touraine, A.: *Le retour de l'acteur*. Fayard, París, 1984: 321-322.

63. Hardt, M. y Negri, A.: *op. cit.*: 66.

la resistencias cotidianas, pues «ahora las luchas son a la vez económicas, políticas y culturales y, por lo tanto, son luchas biopolíticas, luchas por la forma de vida. Son luchas constitutivas que crean nuevos espacios públicos y nuevas formas de comunidad». Sin embargo, frente a las formas organizativas adoptadas por el movimiento obrero tradicional, desde su origen en torno a la década de 1960 las nuevas formas de movilización *no están centradas* en la organización de las subjetividades políticas que contienen; ni lo están en sus repertorios de acción y estrategias de actuación, ni tampoco en los temas de su agenda, ni mucho menos aún en las subjetividades que expresan y reconstruyen con su propia acción reivindicativa. De hecho, las interpretaciones sobre el surgimiento de los nuevos movimientos sociales, ya en su momento de primera reconstrucción en la década de 1980, parecían poder realizarse como resultado de la decadencia política de la subjetividad obrera, de tal forma que la hegemonía socialdemócrata en la construcción de los intereses a largo plazo había quedado definitivamente bloqueada por el doble efecto histórico de la crisis del modelo de desarrollo y la reducción política de la clase obrera; de este modo, definidas en negativo, las nuevas formas de acción colectiva surgían dentro del hueco creado por nuevos sujetos sociales en la representatividad política, en particular por la emergencia de tres segmentos sociales infrarrepresentados en el movimiento obrero tradicional de los países desarrollados: «los profesionales asalariados, los empleados del sector servicios “feminizado” y la fuerza de trabajo no especializada o semiespecializada *etnizada*».⁶⁴

Por ello, hasta la actualidad, los nuevos movimientos sociales mantienen la ambivalencia ideológica de su doble construcción social y política —expresada ahora más a escala mundial que estatal—, a la vez que como expresión de límites y conciencia crítica de la izquierda tradicional, y como apertura a una condición social más plural no reducida a la redistribución económica. Sin embargo, es posible señalar que el carácter global que tiene actualmente la autoconstrucción de los movimientos está conduciendo a una parcial y paulatina *rematerialización del conflicto*, difícilmente interpretable ya a través de las lecturas «culturalistas» que se hicieran sobre la «novedad» de los nuevos movimientos.⁶⁵ Esto estaría haciéndonos entrar en una época de cierta recomposición en los movimientos de la brecha entre lo expresivo y lo instrumental al enlazar, en casi todas las formas de resistencia, la lucha en torno a viejas reivindicaciones de la izquierda —reinterpretadas ahora por los movimientos surgidos de la periferia del sistema—, con las reivindicaciones nacidas de los ejes —también ya clásicos— definidos por las nuevas subjetividades antagonistas de las sociedades centrales.

64. Arrigui, G. y otros: *op. cit.*: 75.

65. Wallerstein, I.: *Geopolítica y geocultura*. Kairós, Barcelona, 2007.



13

La teoría de los *clivajes* y el conflicto social moderno

Salvador Aguilar

EL OBJETO CENTRAL DE ESTE TRABAJO CONSISTE EN PROPONER UNA VERSIÓN actualizada del modelo clásico de S. M. Lipset y S. Rokkan, la teoría de los *clivajes*, como un buen fundamento para el estudio empírico del conflicto social. Complementariamente, este trabajo trata de aplicar ese modelo actualizado a varias situaciones reales de conflictividad, particularmente a la sociedad española posterior a la transición democrática (1982-2003) y al modelo de conflicto social característico de la era de la globalización (*ca.* 1980-2008).

LA FORMACIÓN DE LA TEORÍA

Hay pocos modelos y teorías que faciliten la tarea de observar y entender cabalmente esa área del conflicto social que se sitúa entre los dos niveles, micro y macro-sociales, más transitados por el análisis político y la ciencia social. Por un lado, en efecto, el observador del conflicto se encuentra con un conjunto de microfenómenos que son expresión directa de las pautas de consenso y conflicto de una determinada sociedad: los episodios visibles de conflicto que acostumbran a tomar la forma de movilizaciones y protesta social, pero también de creación de organizaciones de acción colectiva para la agregación y la defensa pública de intereses colectivos.¹ Éste es el nivel más concreto y el único realmente observable que configura lo que Charles Tilly definió como «conflicto político» y, con otros investigadores (McAdam y Tarrow, los más conocidos; McAdam y otros, 2005), como «contienda política». Tilly (1998: 30) define así el conflicto político:

El conflicto político incluye todas las ocasiones 1) en las que algún grupo de personas realiza reivindicaciones colectivas públicas visibles sobre otros actores (reivindicaciones que

1. Éste será nuestro centro de atención aquí, aunque cabe añadir que hay otro tipo de manifestaciones ajenas a esa área directamente confrontacional que dan también la medida de las pautas citadas, como los cambios de régimen, las crisis políticas y, en general, los estados diversos de malestar social.

si se cumplieren afectarían los intereses de estos últimos), y 2) en las que al menos una de las partes afectadas por reivindicaciones, incluyendo terceras partes, es un gobierno. Por lo tanto, el conflicto político abarca revoluciones, rebeliones, guerras, conflictos étnicos, movimientos sociales, genocidio, campañas electorales, la mayoría de las huelgas y los cierres patronales, parodias públicas, incautaciones colectivas de mercancías, y muchas otras formas de interacción.

En el otro extremo, en un nivel alto de abstracción, encontramos el conflicto societario: el que se ubica en el terreno de la causalidad socioestructural de un sistema social y del cual el conflicto político es una de sus expresiones aparentes. Los modelos de análisis que han hecho fortuna a este nivel de abstracción son, por ejemplo, la teoría marxiana de los modos de producción (véase una representación sociológica bien hecha de la misma en Sztompka, 1995: 200) o la de Bell o Touraine para la sociedad posindustrial. El objetivo común del analista en este nivel es señalar cuáles son las combinaciones socioestructurales distintivas de un sistema y la ubicación ahí de los nodulos característicos del conflicto social *en ese sistema*.

La ciencia social que se ocupa del conflicto ha tenido tradicionalmente el problema de alternar, sin pasos intermedios, el punto de vista empirista extremo (los episodios observables de conflicto) y la pura abstracción sistémica (como las teorías de Marx y Bell-Touraine citadas). Seymour Lipset y Stein Rokkan, por su parte, ambos expertos e influyentes macrosociólogos y, en esa época, ocupados en radiografiar los orígenes sociales del sistema de partidos políticos de las sociedades modernizadas, delinearon a mediados de la década de 1960 un modelo para explicar esos orígenes en las divisorias de confrontación, estructurales, que antecedieron y acompañaron ese trayecto modernizador. Su conclusión es que son cuatro las divisorias de esa naturaleza que explican la *especialización* de los partidos políticos modernos. Al aportar esa teoría sobre los sistemas de partidos, sin embargo, estaban también contribuyendo a una mejor comprensión de los orígenes estructurales de los episodios de conflicto en una sociedad dada (pero en un nivel intermedio de abstracción, alejado por igual de los episodios de conflicto reales y observables, y de las configuraciones abstractas en el nivel socioestructural de un sistema).

Las divisorias que Lipset y Rokkan conceptualizan como *clivajes* son uno de los elementos decisivos de la *estructura de oportunidades política* que afecta de manera directa las motivaciones de los actores políticos que intervienen en el conflicto social.² Un *clivaje* es una divisoria confrontacional entre grupos de individuos que tiende a organizar los conflictos entre ellos. La particularidad de estas divisorias, expresada en el trabajo fundacional de esta teoría por Lipset y Rokkan (1967), es que una parte sustantiva del conflicto social (manifiesto y latente) gira a su alrededor por largos periodos de tiempo. La idea fundamental, en palabras de Lipset (2001: 5), es esta:

2. El término para esas divisorias es la palabra inglesa *cleavage*, que el diccionario Webster define así: «a cleaving; dividing». Se ha vertido al castellano de diversas formas: como «división», «divisoria», «divisoria confrontacional», «fractura», «línea de división social» y, también, «clivaje» (por ejemplo, en la traducción de Lipset, 1996).

Rokkan y yo buscamos especificar la forma en que los partidos de los sistemas políticos de Europa occidental emergieron y se estabilizaron alrededor de ciertos clivajes sociales básicos.

Esta perspectiva de abordaje del conflicto facilita la visión de éste como un fenómeno global organizado internamente en sectores homogéneos y relativamente estables; así, por ejemplo, la dinámica de confrontación entre patronos y trabajadores en una sociedad de mercado genera un «clivaje de clase», y así sucesivamente. La estructura de *clivajes* es el efecto de la pauta dominante de conflicto que encontramos en cualquier momento dado en una comunidad estratificada, procede de su historia previa y tiene mucho que ver, por tanto, con los criterios de estratificación (de clase y de otros tipos) y las pautas de oposición que prevalecen en esa comunidad. Sus efectos, finalmente, no se hacen sentir únicamente en el sistema político (a través del sistema de partidos, de grupos de interés y otros) sino que afectan o atraviesan todos los componentes estructurales de la sociedad afectada.

La primera elaboración de la noción de *clivaje* la hacen Lipset y Rokkan (1967) en su Introducción a un libro colectivo, compilado por ellos, sobre los sistemas de partidos. Su objetivo es indicar el efecto sobre las actitudes políticas de las distintas poblaciones de los factores de confrontación de naturaleza estable y duradera (Lipset, 1996: 73; 1967). Con precaución,³ la noción se puede extender para denotar aquellos asuntos que dividen con intensidad a los miembros de una comunidad y configuran, así, unas líneas divisorias fundamentales que organizan la pauta básica del conflicto en su seno. Considerado este enfoque desde la perspectiva principal, no de los partidos y los sistemas de partidos, sino de la acción colectiva y otras expresiones del conflicto social, las divisorias que el observador consiga establecer delimitan la fuente probable de protestas sociales y movilizaciones y son, en consecuencia, una forma útil de identificar esas fuentes estructurales intermedias del conflicto social (que podríamos denominar «estructurales-específicas», en tanto que diferenciadas de las fuentes, más abstractas y generales, del conflicto societario, como los modelos de Marx o de Bell-Touraine citados a título de ejemplo).⁴

La propuesta que acabo de hacer encuentra su fundamento conceptual y teórico, como mínimo, en tres elaboraciones. La primera consiste en una argumentación sencilla: si el modelo de Lipset-Rokkan explica los fundamentos del conflicto social organizado en una comunidad para entender así mejor los orígenes y la especialización de los partidos, ¿por qué no aplicarlo también a los orígenes y la especialización de la acción colectiva (y otras expresiones del conflicto social)? Es cierto que ésta es mucho

3. Siguiendo la advertencia de Ludolfo Paramio (1998: 5) en su crítica de la posición de H. Kriesi (1998): «Una cosa es hablar de divisorias de género o de raza para analizar las correlaciones entre tales categorías sociales y la conducta electoral, y otra pretender buscar una raíz estructural de las diferencias en valores. Si vamos a acabar encontrando un *clivaje* en cualquier diferencia social, mejor dejar de usar el término».

4. Ésa fue la intención, por ejemplo, de un muy notable trabajo de investigación empírica sobre nuevos movimientos sociales europeos, firmado por Hanspeter Kriesi, R. Koopmans, J. W. Duyvendak y M. G. Giugni (1995), que utilizó con maestría la teoría de Lipset-Rokkan para un objeto de investigación muy alejado de los partidos y centrado en la protesta social.

más amplia, diversa y con frecuencia micropolítica que la acción de los partidos; pero esto, que convierte en más compleja su aplicación, no deslegitima el procedimiento. La segunda, la del propio coautor de la teoría, S. M. Lipset (2001: 9), que imprime flexibilidad a un modelo tachado a veces de rígido (Lipset, 2001: 6) y reconoce que lo realmente importante es identificar las bases estructurales del conflicto social para cada comunidad humana, incorporando las especificidades que pueda tener;⁵ así, refiriéndose a la anomalía de India, afirma:

India, la gran excepción de la mayoría de las generalizaciones empíricas acerca de las condiciones sociales para la democracia, ha permanecido como país democrático en ausencia de partidos nacionales estables. El Congreso es una excepción parcial. Lo que parece estabilizar a India son los principales *clivajes* transversales —casta, raza, etnicidad, religión, clase económica, lenguaje—, que suministran *las estructuras latentes para las relaciones conflictivas de largo plazo*, así como también para las alianzas. (Énfasis añadido.)

La tercera, Hanspeter Kriesi (1998: 167), con un argumento que se acerca mucho al propósito de este trabajo, propone que la noción de *clivaje* no se puede solo «reducir a términos estructurales»:

Incluye dos elementos más. Los grupos implicados deben ser conscientes de su identidad colectiva —como trabajadores, empresarios, católicos o protestantes— y estar dispuestos a actuar sobre esa base. Además, un clivaje se debe expresar en términos organizativos. En otras palabras, una división estructural se transforma en un clivaje si un actor político confiere coherencia y expresión política organizada a lo que de otra manera no son sino creencias, valores y experiencias fragmentarios e incipientes entre los miembros de determinado grupo social. Conceptualizado en estos términos, la noción de «*clivaje*» constituye un antídoto para cualquier tipo de reduccionismo psicológico o sociológico [...] Esto implica que las divisiones sociales no se traducen en acción política de manera automática sino que son decisivamente configuradas por su articulación política.⁶

5. De manera complementaria, algunos investigadores recientes han hecho patente la necesidad de este punto de mira sensible a las realidades regionales; por ejemplo, Vicky Randall (2001: 259): «La aplicación del modelo de Lipset-Rokkan al Tercer Mundo subraya la necesidad de complementar sus percepciones con otros tipos de perspectiva».

6. Esas «estructuras latentes» de Lipset que dan una coherencia a las pautas de consenso y conflicto tienen que ver tanto con las determinaciones sistémicas como las propias de una época histórica (que se manifiestan a su vez socioestructuralmente, pero tienen su origen en la dinámica propia de la interacción entre intereses y causas, grupos y redes, en cierta medida continuamente recreada; éste es el caso, por ejemplo, de los efectos de la globalización reciente al crear grupos de «ganadores» y «perdedores» que no son producto directo de las estructuras sino de la interactividad aludida mediada por ellas).

EL MODELO

En 1967, Lipset y Rokkan asignaron a las sociedades modernizadas⁷ cuatro *clivajes* básicos: centro-periferia, Estado-Iglesia, campo-industria y trabajadores-empresarios. Posteriormente, Lipset (1996: 74) añade un quinto *clivaje* basado en la transformación posindustrial que arranca a mediados o finales de la década de 1960 en la economía y la sociedad norteamericanas y que, a continuación, se extiende por todas las economías de la OCDE. Este quinto *clivaje* tiene que ver con los «temas post-materialistas», una divisoria que Inglehart (1971) hará explícita en forma de *clivaje* ecología-industria («entre los que se adhieren al énfasis de la sociedad industrial en la producción —quienes además sostienen posiciones conservadoras en los temas sociales— y los que adoptan el énfasis posindustrial en la calidad de vida y defienden una perspectiva social más liberal con respecto a temas como la ecología, el feminismo y la energía nuclear»; Lipset 1996: 75).⁸

Este modelo sencillo se puede aplicar a cualquier sociedad moderna en su variante de capitalismo industrial democrático. Para el caso español del periodo 1982-2003, postulamos que estos cinco *clivajes* están plenamente activados (con las especificidades que describimos a continuación). Y también, además, que podemos identificar otras varias divisorias estables de confrontación relacionadas con los orígenes y la forma de resolución de la transición política. Proponemos a continuación una breve descripción de estos *clivajes* del modelo original, centrandó su ilustración empírica en el caso español postransicional, pero recurriendo también a casos procedentes de una diversidad de situaciones y países.

(I) El *clivaje* centro-periferia o identitario

El significado original del modelo de Lipset-Rokkan lo hace equivaler a la divisoria originada en las «oposiciones territoriales». Se trata por tanto de identificar así, para cada sociedad, las confrontaciones derivadas de las oposiciones locales a las emergentes élites de ámbito nacional y burocracias centrales del Estado nacional en formación. Vincula por tanto las decisiones unificadoras de estas élites con las reacciones de «las regiones periféricas, las minorías lingüísticas y las poblaciones culturalmente amenazadas ante las presiones de la maquinaria del Estado-nación de orden centralizador, estandarizador y “racionalizador”» (1967: 10). Identifican así los autores, en suma, «el conflicto entre la cultura de construcción nacional del centro y la

7. «Modernizadas» en la primera ola del paso a la Modernidad, la «ruta primera» de Barrington Moore (véase Moore, 2002), que se plasma en las sociedades de capitalismo industrial democrático de la era contemporánea. Los autores no tienen en cuenta las otras dos rutas que poco antes ha especificado Moore, a saber, el capitalismo industrial no democrático (los fascismos) y las sociedades de modelo soviético; ambas pautas generaron estructuras de *clivajes* marcadamente distintas de las que nos disponemos a presentar.

8. Kriesi (1998, 1999) añadió posteriormente al modelo original un nuevo *clivaje* vinculado a los efectos de la globalización neoliberal de los últimos veinticinco años, cuestión examinada también por Pippa Norris (2005). Véase *infra*.

creciente resistencia de las poblaciones sujetas, en las provincias y en las periferias, distintas étnicamente, lingüísticamente o por lo que se refiere a la religión» (1967: 14). En la terminología actual quizá sería más útil calificar esta divisoria de «identitaria»: mide en definitiva la porción de conflicto social derivado de la creación de estados nacionales con una lengua, una cultura razonablemente homogénea y una visión de sí mismos más o menos común entre los ciudadanos, es decir, la creación de una identidad común (algo similar a lo que propone D. Rustow [1970] como primera fase o condición, «de trasfondo», de su modelo de transición democrática).

El caso español es una variante atípica en el sentido de que, como en otros casos históricos, la unificación nacional se completa tarde y con muchas dificultades. El centro es el núcleo político que detenta el poder estatal; y la periferia, el conjunto de territorios malintegrados en el conjunto y con persistentes reivindicaciones regionalistas e, incluso, nacionalistas y separatistas, en su seno.⁹ Este *clivaje* subraya aquí la secular integración precaria de la sociedad española por lo que respecta a la identidad común; durante el periodo postransicional 1982-2003, ha generado una serie de movimientos nacionalistas, regionalistas, tendencias neocentralizadoras y el impulso principal del Estado autonómico que aparece como resultado de la transición. Otros casos históricos de *clivaje* identitario plenamente activado son las comunidades checa y eslovaca antes de su separación en 1993; la Escocia actual en el seno del Reino Unido (en agosto de 2007 su Gobierno propuso un referéndum para la independencia); el caso de Quebec dentro de Canadá (cuyo Parlamento federal reconoció a Quebec como «nación en un Canadá unido», en noviembre de 2006); y los conflictos culturales y lingüísticos en Bélgica (entre valones y flamencos), plenamente activos de nuevo en tiempos recientes.

(II) El *clivaje* religioso

El conflicto se organiza aquí entre el Estado moderno en formación, «centralizador, estandarizador y resuelto a movilizar recursos, y los privilegios corporativos de la Iglesia establecidos históricamente». Estos conflictos, como advierten los autores, «son mucho más que una cuestión de recursos económicos» y se focalizan en el control de la educación (15); en realidad, son también una cuestión de autoridad donde una de las partes persigue alcanzar para sí, utilizando la conceptualización de Weber, la condición de «autoridad racional-legal» frente a un poder que representa la «autoridad tradicional» y que se resiste a ello.

La España posterior a la constitución de 1978 es una sociedad oficialmente laica y en la que la ciudadanía puede adoptar libremente creencias religiosas variadas. La realidad, como sabemos hoy por diferentes estudios, pero también por la experiencia cotidiana, está muy alejada de este objetivo constitucional. El caso español postransicional ha visto además cómo los conflictos de este capítulo, lejos de pacificarse, alcanzaban nuevas cotas de tensión (después del apoyo básico de la cúspide de la jerarquía

9. Lipset y Rokkan no parecen tener dudas al respecto y citan entre los casos típicos de este *clivaje* «las oposiciones catalana-vasca-castellana en España» (1967: 14).

católica al proceso de transición entre 1976 y 1982 y la relativa pacificación que esto supuso) debido en lo fundamental a tres acontecimientos. Uno, la regresión observable en la Iglesia católica de la transición conforme pasaban las décadas; desde una actitud de cooperación en el proyecto democratizador en los tiempos de Tarancón hasta la línea dura, «nacional-catolicista» de los últimos tiempos. Dos, la proliferación de otros credos e iglesias institucionales a resultas de la oleada inmigrante de los últimos diez o quince años. Y tres, como consecuencia de las movilizaciones de la derecha radical de 2005-2007 (a las que contribuyó generosamente una militante Conferencia Episcopal) y de los nuevos aires vaticanos, la creciente demanda de que la religión intervenga en la esfera pública. Todo ello ha hecho retroceder el *clivaje* religioso español hasta el sentido original que Lipset-Rokkan asignaron a esta divisoria de, fundamentalmente, confrontación entre un Estado laico y una Iglesia que no quiere perder sus ventajas económicas¹⁰ y su poder social.

Este *clivaje* afecta a la mayoría de los países de la primera ola de la modernización, todavía hoy. Por ejemplo, a la muy sólidamente laicista Francia. Si bien en 1906 el Papa Pío X condenó la ley francesa que consumaba la separación Estado-Iglesia, hay allí un debate en los últimos años sobre la vigencia de esa separación; y hace muy poco el propio presidente Sarkozy se mostró receptivo a las sugerencias del actual Papa romano para un nuevo tipo de laicidad.

(III) El *clivaje* campo-ciudad o tierra-industria

En su origen, esta confrontación reúne los conflictos generados por la división de intereses entre la «élite terrateniente» y la burguesía industrial en ascenso. La línea divisoria separa, más ampliamente, los territorios y población de una comunidad alrededor de los recursos materiales y el acceso a ellos. Perceptivamente, los autores llegan a proyectar esa divisoria en el sistema mundial (20):

Los conflictos que actualmente están en marcha acerca de los precios de los productos básicos entre los países desarrollados y subdesarrollados se pueden contemplar como proyecciones de estos *clivajes* [campo-ciudad] en el nivel de la economía-mundo.

Por este motivo, ese *clivaje* podría denominarse hoy «jerárquico-territorial» para subrayar el papel central de las asimetrías de acceso a recursos materiales y económicos. El *clivaje* pone de relieve el conjunto de conflictos entre regiones o naciones ricas y pobres alrededor de la distribución de los recursos (naturales, como el agua, o no: los recursos financieros procedentes del Estado, etcétera).

Por lo que se refiere al caso español reciente, hay muchos datos que parecen indicar que el tradicional desequilibrio territorial, con unas pocas zonas de elevada renta y desarrollo, y otras pobres y atrasadas, se ha mitigado en gran parte durante el pe-

10. A pesar de las confrontaciones públicas, la Iglesia española sigue gozando del generoso apoyo económico del Estado, que se encuentra en el entorno de los 5.000 millones de euros anuales (entre otros muchos, véase el informe económico elaborado por *El País*, 30 de septiembre de 2006: 39).

riodo 1982-2003, al producirse una notable difusión de la prosperidad relativa, especialmente después de la entrada de España en la Comunidad Europea. Así y todo, esta divisoria ancestral, relativamente pacificada, se ha usado profusamente como instrumento para la competencia en el *clivaje* identitario descrito y, por tanto, para la distribución del poder político entre las comunidades autónomas. Con ello, a efectos prácticos, ambos *clivajes* y conflictos se entremezclan, son indisociables y están plenamente activados. Las tensiones recientes (abril de 2008) han permitido, por ejemplo, hablar de «la guerra de la financiación autonómica» y ver cómo se formaban frentes atípicos (por ejemplo, entre Cataluña y Valencia, gobiernos controlados por fuerzas políticas de signo opuesto). Varias comunidades autónomas, en otro caso, han pedido el control sobre los ríos (mayo de 2006), por ejemplo Castilla-La Mancha, un aspecto de la denominada «guerra del agua».

(IV) El *clivaje* de clase o trabajadores-empresarios

Esta divisoria es la central en el proceso de formación del capitalismo industrial, en el mismo sentido, recuerdan los autores, que indicó ya Marx. El conflicto industrial por el control del proceso de producción es la columna vertebral del conflicto social moderno y la clave principal de la estratificación por clases de una comunidad.

En la España reciente, esta divisoria ha sido fuente importante de conflictos durante la primera etapa del posfranquismo, durante la transición política (1976-1982) y los primeros tiempos de la etapa postransicional: hasta el momento en que se asienta el diseño institucional de la transición en forma de nuevo modelo de relaciones laborales, la mejora de los niveles de vida de una parte sustantiva de la fuerza de trabajo asalariada, y la pacificación del modelo sindical y las propias organizaciones de trabajadores. Podríamos decir que el *clivaje* de clase en España queda desactivado, al menos relativamente, a partir del momento en que el país queda instalado en un nivel precariamente suficiente de capitalismo del bienestar. En algún momento de la década de 1980, la sociedad española empieza a exhibir algunas de las características distintivas del posindustrialismo, con lo que el *clivaje* de clase deja de ser fuente central y prácticamente única del conflicto social. En el caso de la economía globalizada contemporánea, el *clivaje* se halla plenamente activado y tiene, además del sentido tradicional de confrontación intranacional (por ejemplo, la protesta del CPE de Francia en 2006), un alcance sistémico que supera el ámbito de un Estado-nación (por ejemplo, los conflictos laborales protagonizados por los trabajadores inmigrantes ilegales en Estados Unidos, también en 2006).

(V) El *clivaje* posindustrial

Se han señalado ya los perfiles de esta divisoria que numerosos estudiosos (Lipset, Inglehart, Kriesi) asocian a «1968» y a la oleada de movimientos sociales que surge en esa coyuntura histórica. Sus reivindicaciones dejan de ser puramente materiales y económicas para reclamar un nuevo empuje para la modernidad occidental en tér-

minos de mayor autonomía de los sujetos, emancipación respecto de los sistemas de explotación y opresión, y la mayor democratización de las sociedades. El «*clivaje* post-material», en palabras de Lipset (1996: 74), organiza la confrontación alrededor de demandas de «un medio ambiente limpio, el uso de la energía nuclear, una cultura mejor, la igualdad de estatus para las mujeres y las minorías, la calidad educativa, las relaciones internacionales, una mayor democratización y una moralidad más permisiva, en particular respecto de las cuestiones sexuales y familiares».

La introducción de este *clivaje* ha originado algunas críticas por el hecho de que, en lugar de encontrarnos ante el familiar *clivaje* «estructural» del modelo original (Susana Aguilar y Elisa Chuliá, 2007), nos hallaríamos aquí ante una divisoria «de opinión». Las reivindicaciones o nuevas demandas que recuerdan Lipset o Inglehart como típicas de esta divisoria, en realidad corresponden a la dimensión de conflicto político visible (en el sentido de Tilly, citado antes), pero se originan también en la estructura social. El trabajo de Kriesi (1999) explica bien los pormenores. Todos los actores individuales de una divisoria, en la medida que se movilizan para defender sus intereses, son portadores y expresan públicamente opiniones, pero esas no son el origen último de su movilización.

El acceso de la economía y la sociedad españolas al posindustrialismo se pueden medir mediante unos indicadores crudos: terciarización, peso creciente, de profesionales y técnicos asalariados; estancamiento o reducción concomitante de la fuerza de trabajo industrial clásica; pacificación de los sindicatos de clase (que se convierten en más institucionales y «profesionales», que se movilizan en pos de reformas incrementales, desideologizadas y que se desvinculan de los partidos políticos)... Todos estos desarrollos, quizá de manera solo incipiente y contradictoria, porque la transformación española ha sido muy rápida y repentina (en pocos años, la población pasa del atraso económico y el arcaísmo cultural al estatus de sociedad europea y próspera en régimen de democracia política y con ciertos derechos de ciudadanía), trastocan por completo las pautas heredadas de consenso y de conflicto social. Los nuevos valores como la preocupación por el medio ambiente, el pacifismo y los derechos humanos empiezan a ser una fuente importante de confrontación social, una transformación que ilustran perfectamente los activos nuevos movimientos sociales que irrumpen en España, y que son especialmente importantes en Cataluña, durante la década de 1980, coincidiendo con la oleada de movilizaciones en contra de la entrada de España en la OTAN.

(VI) El *clivaje* transicional

Es un tópico admitido que los procesos de transición tienen eventualmente un final feliz si los periodos postransicionales culminan en una «consolidación democrática», noción que permite al observador identificar ciertos «factores de consolidación» (como por ejemplo, la persistencia de elecciones competitivas y el recambio pacífico del Gobierno). Claus Offe (2004) ha argumentado convincentemente, en referencia a los países surgidos del antiguo bloque soviético, que en esos procesos, sin embargo, siempre operan a la vez ciertos *factores de desconsolidación*, es decir, factores que

presionan en dirección contraria a los propios o esperados de la consolidación y que representan el anclaje de una parte de la sociedad en los valores del antiguo régimen.

Algo parecido a estos factores de desconsolidación se ha hecho visible en la sociedad española postransicional (posterior a 1982). Tales factores introducen *clivajes* nuevos y específicos, a mi entender completamente estructurales (es decir, derivados del cambio socioestructural operado), en el seno de la sociedad, líneas de confrontación, con frecuencia profunda, que no hacen sino señalar el origen de la actual sociedad política en un poco definido pacto transicional forzosamente incompleto, precario y plagado de ambigüedades. Las poliarquías que emergen de pactos transicionales de este tenor, como resultado del *placet* que otorgan las fuerzas hegemónicas del antiguo régimen, como en los casos español y chileno, por señalar dos casos clásicos, son sistemas políticos en proceso de consolidación democrática, pero afectados directamente por múltiples anomalías estructurales que abren divisorias de confrontación ajenas a la racionalidad demoliberal y peculiares de esta situación. Mi propuesta aquí es que, contrariamente a lo que sostienen tanto académicos (como Juan J. Linz) como comentaristas mediáticos (como P. Utzueta),¹¹ por poner dos ejemplos, las poliarquías postransicionales son necesariamente regímenes afectados por la inestabilidad sistémica y receptores de unas anomalías estructurales que pueden abocar a la sociedad afectada, en algún momento futuro en el que se excluyen ya los retrocesos democráticos graves, a crisis políticas genuinamente «postransicionales» y, eventualmente, a una «segunda transición» que ponga punto final a problemas no resueltos o mal resueltos por la transición política original, y que se expresan entre tanto como factores de desconsolidación, o que la abocan, alternativamente, a un conflicto endémico y enquistado. Los tres *clivajes* que propongo, a continuación son, a mi entender, una manera de comprender mejor la alta inestabilidad de la sociedad española posterior a la transición,¹² fácilmente verificable en términos empíricos, y ello a pesar de la reiterada y tan publicitada *ejemplaridad* del proceso de tránsito democrático.

El primer factor de desconsolidación se expresa en un *clivaje transicional*, es decir, una divisoria de confrontación que, según mi argumento, afecta necesariamente a toda sociedad que haya experimentado una transición democrática, y también a la española. El equilibrio de fuerzas, pero con la hegemonía institucional en manos de los poderes del antiguo régimen, que se produce en el momento de la transición insti-

11. Juan Linz (1982). Patxo Unzueta: «La afrenta», *El País*, 6.03.03: 28. Dice este último autor: «Es evidente que la presencia del terrorismo contamina y envilece la vida política vasca, pero ¿tiene sentido seguir hablando de las taras de la transición como condicionante del presente? [...] No es seguro que el resultado de la transición hubiera sido diferente, en el sentido que plantean los nacionalistas, si en lugar de reforma hubiera habido ruptura. [...] En España, tan influyente como el miedo al golpe fue la mala conciencia de los gobernantes con pasado franquista que encabezaron la reforma y que en algunos terrenos *cedieron* más de lo que hubiera hecho cualquier democracia madura» (cursivas añadidas).

12. La inestabilidad aducida consiste en un ciclo de reiteradas movilizaciones de masas: una secuencia de grandes huelgas generales, manifestaciones masivas de orientación nacionalista-periférica, la movilización en contra de la entrada en la OTAN, las grandes manifestaciones contra las dos «guerras del Golfo», el ciclo de 22 movilizaciones de la derecha entre 2005 y 2007... A pesar de todo, estas grandes acciones colectivas, sin equivalente en nuestro entorno, se producen en un contexto general de estabilidad relativa. La combinación de ambos factores llama sin duda la atención.

tucional (la «fase resolutive» de Rustow, 1970), determina la estructura del despliegue posterior del proceso de transición: cuanto más hegemónicas las fuerzas vinculadas, directa o indirectamente, con el antiguo régimen en el momento de configurarse el pacto, más probable es la aparición de una estructura política —formal e informal— de baja calidad democrática (es decir, con un fuerte protagonismo de la estructura de autoridad implantada y una concomitante baja participación desde abajo), y a la inversa. En el caso español, durante el periodo que examinamos, una fuente de permanente conflicto social y político se ha ubicado en el forcejeo sobre dónde situar los límites de la extensión de la democratización al conjunto de la sociedad. Una de mis hipótesis es que el ciclo de protesta de masas se puede interpretar de diversas maneras, entre ellas ésta: como una forma de presionar desde abajo, periódicamente, al *establishment* político para extender los límites de la democratización de la sociedad hasta ciertos perfiles que el imaginario popular creía legítimo esperar del cambio político de la transición y que, por el momento, persistentemente no se conseguían alcanzar. De forma complementaria, las movilizaciones masivas de la derecha entre 2005 y 2007 se pueden interpretar como una forma de resistencia a esa extensión democrática.

A mi entender, éste es un *clivaje* necesariamente asociado a todo proceso de transición democrática, inevitable; precisamente porque estos procesos expresan un equilibrio precario entre dos bloques, pero uno de ellos mantiene la hegemonía sobre el *tempo* y la dirección del proceso (las fuerzas procedentes del antiguo régimen), directa o indirectamente la confrontación sobre la extensión o no de la democratización se encuentra de forma permanente en la agenda política. El *clivaje transicional* es el corazón mismo de los procesos de transición democrática y, amortiguado, de los periodos postransicionales que les suceden.

Podemos observar en acción las formas en que se expresa este *clivaje*, para el caso español, si recordamos algunos acontecimientos y episodios. Uno, la decisión sobre la entrada o no de España en la OTAN. En esta materia, el *establishment* político (derecha e izquierda), con pocas excepciones, contradujo continuamente las preferencias expresadas por una mayoría de la población. De hecho, la confrontación se produjo, no tanto alrededor de si España debía entrar en la OTAN, sino sobre el derecho de la población a intervenir y decidir en una «materia de Estado» (así lo encaró entonces el Gobierno de F. González, de manera similar a como J. M. Aznar lo encaró en relación con el envío de tropas a la guerra de Irak en 2003).¹³ En estos y otros muchos

13. Para este último caso, véase a título de ejemplo la reflexión que hacía un competente observador como Fernando Vallespín (*El País*, 27.02.03: 18): «Desde los inicios de la transición no se recuerda, en efecto, un divorcio tan extremo entre opinión pública y liderazgo político sobre una cuestión de tanta trascendencia». El comentarista se equivocaba, ya que crisis de opinión tanto o más importantes se produjeron coincidiendo con la huelga general de 1988 y con las movilizaciones contra la guerra del Golfo de 1990-1991. Vallespín continúa diciendo, refiriéndose a la toma de decisiones en las democracias liberales: «Desde luego, el ejercicio de eso que llamamos la “función de liderazgo” autoriza a quien lo ostenta a separarse del sentir mayoritario cuando sus convicciones o su análisis de un determinado problema político así se lo impongan. Pero, en todo caso, estará obligado después a sujetarse al juicio y dictado definitivos de la ciudadanía». Esta afirmación, más que discutible, da una idea de hasta dónde llega en el periodo postransicional (de la mano, en este caso, de un comentarista liberal y, digamos, progresista) la pugna por extender o no la democratización de la sociedad. El *clivaje* transicional en acto.

ejemplos e *issues*, un problema particular que afecta de lleno a este *clivaje* es la evolución democrática seguida por las derechas que emergen de la transición institucional (1976-1982 para el caso español), una variable esperada y obviamente de gran relieve para una «consolidación democrática» duradera. En el caso español hay algunos, quizá bastantes, indicios a favor de la democratización de la derecha, pero también muchos en contra.¹⁴ El diagnóstico de síntesis más adecuado, basado en los abundantes datos disponibles, es que en España está emergiendo un bloque de derechas, internamente complejo y plural, que en parte está aprendiendo a vivir en democracia (las reglas de juego de las poliarquías), en parte es neofranquista, y en parte engloba a la derecha fascista y neofascista.¹⁵

Complementariamente, los datos disponibles que permiten pensar en una resistencia a la extensión de la democratización desde la derecha heredera del antiguo régimen, permiten también pensar en la existencia, a lo largo de todo el periodo postransicional español, de una *presión democratizadora* desde abajo por parte de las clases populares y el bloque antifranquista. La presión desde abajo en las calles, síntoma de una revigorización de la sociedad civil, sirvió ya durante el periodo 1976-1982, según argumentan perceptivamente McAdam, Tarrow y Tilly (2005: 190-205), para desencallar el tortuoso camino a una democracia minimalista alcanzada entre 1978 y 1982. Para el periodo posterior citaré, a título de ejemplo, la gran movilización de febrero de 2003 contra la guerra de Irak. Este episodio respondió a diversas claves; pero una de ellas, importante, fue su rechazo de una clase política autocentrada y su presión en contra del gobierno de Aznar en clave de política interna. La movilización fue también una contribución más desde abajo para democratizar un sistema político que la transición dejó, en parte al menos, «atado y bien atado», contribuyendo así a deshacerse de —o al menos, mitigar— los elementos autoritarios y autocráticos heredados del tránsito. En este punto es significativa, y toda una declaración de intenciones, la alusión por la derecha del PP, reiterada, a una supuesta violación del «pacto de la transición» durante la primera legislatura de Zapatero (2004-2008).

14. A favor, por citar algunos, el surgimiento de toda una generación de líderes políticos de la derecha que, a la vez: están desvinculados directamente del franquismo; exhiben un discurso demoliberal bien interiorizado y comparable con otros sistemas; y son relativamente homologables a los líderes de las derechas de los países de la OCDE. En contra, una catarata de acciones. Primero, algunas de las que emprendió el PP durante el periodo 2000-2004, que entran con frecuencia en una dudosa no ya legitimidad sino simplemente legalidad. El caso más claro, la guerra no declarada en Irak, la estrategia de acoso y derribo del nacionalismo vasco democrático (en realidad, del nacionalismo periférico en general), el acoso al grupo empresarial PRISA y muchos otros. Se ha de recordar también que el acceso legítimo de la derecha española al poder político bajo Aznar ha coincidido en el tiempo con momentos de seria crisis de la democracia liberal en la zona OCDE (donde los comportamientos autoritarios de los gobiernos campan por sus respetos en varios países, como hacía mucho tiempo que no se veía).

15. Para un diagnóstico que confluye con este, véase *El País*, 21 de julio de 2003, «Demo-franquismo», de Enrique Gil Calvo.

(VII) El *clivaje* plurinacional

Uno de los problemas ancestrales de la sociedad española a los que el «pacto de la transición» quiso poner remedio es el *clivaje identitario* que hemos descrito anteriormente. Es también, probablemente, su fracaso más sonado y el problema peor resuelto de la generosa nómina de conflictos heredados del franquismo. Los artífices de la transición trataron de hacerlo mediante una referencia ambigua en la Constitución sobre nacionalidades y regiones, y un intento —el Estado de las autonomías— improvisado sobre la marcha y que concluyó en una descentralización administrativa generalizada que, crecientemente, activa el *clivaje* identitario (o centro-periferia) y el *clivaje* territorial (o campo-ciudad), y parece deslizarse hacia una descentralización también política. Si visto desde arriba el intento de pacificar esta divisoria ha sido errático y poco afortunado, visto desde las redes por abajo que un problema como este parecía demandar (en forma de, entre otras, una política educativa dirigida a potenciar el conocimiento mutuo, la comprensión y la convivencia transversal entre las lenguas y culturas del país, o programas de intercambio civil que estimularan la voluntad política de integrar las periferias en un proyecto compartido) el esfuerzo de pacificación ha brillado por su ausencia. Una buena parte de la confrontación política del periodo examinado ha girado alrededor de este *clivaje* que, mirando al futuro, repito, va encaminado decididamente, o bien a una «segunda transición» (una renegociación de los acuerdos originales y el oportuno cambio de las leyes afectadas, incluida la Constitución), o bien a un enquistamiento crónico.¹⁶

Podemos ilustrar esta reflexión con una breve selección de episodios significativos que inciden de lleno en esta base de conflicto: la propuesta de Ibarretxe, en 2002, de una asociación del País Vasco a España, el Pacto de Lizarra, la reclamación de un nuevo y más claro Estatuto de autonomía por parte de la abrumadora mayoría del Parlament de Catalunya y el conflicto sobre el archivo de Salamanca. Estas «anomalías» periféricas, a su vez, han realimentado la tradición nacionalista central estimulando ciertas convergencias entre los dos grandes partidos «de ámbito nacional».¹⁷

Conceptualmente, el conflicto descrito es un subcaso dentro del *clivaje* identitario característico de la historia española, de dificultad de integración interna. Lo es porque, contemporáneamente y hasta ahora mismo, lo que ha provocado la mayoría de los conflictos no es simplemente esa malintegración sino el surgimiento de propuestas concretas que tienen como horizonte un aspecto particular de la misma que

16. Para una evaluación concisa pero sustantiva del trayecto y el significado del Estado de las Autonomías, véase Carles Viver, «Finalmente, una amplia autonomía de baja calidad», en *El País*, 6 de septiembre de 2003: 11.

17. Son incontables los episodios en esta dirección. Citaré por prototípico únicamente uno, que parece resumir bien el consenso neocentralista de las fuerzas que dominan el Parlamento; así, el valenciano Jordi Sevilla, en ese momento ministro de Administraciones Públicas del gobierno del PSOE, opina sobre el dictamen del TC sobre el Estatuto catalán: «Espero una sentencia favorable, pero si no es así habrá que ajustar el Estatut, no la Constitución» (*La Vanguardia*, 15 de abril de 2007: 18). Por supuesto, las leyes están para ser cumplidas; pero al parecer su función principal debe ser, en un Estado democrático, mediar entre los intereses de las minorías y las mayorías, no blindar los privilegios de éstas.

podríamos denominar el «modelo de nación de naciones». Los diversos separatismos y neocentralismos pertenecen conceptualmente al *clivaje* identitario; el malestar y los conflictos específicos de muchos ciudadanos de la periferia, que piden otro estatus dentro de España pero prefieren, de momento, descartar la presión por la independencia, pertenecen conceptualmente al *clivaje* plurinacional (o de «nación de naciones»). Y lo característico es que este subcaso es una derivación del llamado «pacto de la transición».

(VIII) El clivaje original

Toda transición política es un intento de negociar alguna forma de democracia política que permita superar, de manera relativamente pacífica, un proceso traumático previo que ha dividido afiladamente a toda una población en el pasado reciente. Acostumbra a desencadenarse cuando los dos bandos llegan a la conclusión, como consecuencia de su interacción, el impacto de acontecimientos externos y la persistencia de la confrontación, de que se encuentran en un juego sin ganador posible y en el que, con su reiteración, pierden todos. Ese acontecimiento traumático, el *clivaje original*, es claramente en el caso español la guerra civil de 1936-1939 y la sublevación militar de las derechas contra la República.¹⁸ Las élites que sellan el «pacto de la transición» son tan conscientes de la potencia de este *clivaje original* que la única forma para tratarlo que parecen encontrar consiste en congelarlo mediante un pacto tácito (es de suponer) de silencio; este pacto se observó escrupulosamente durante la primera parte del periodo postransicional (para captar sus contornos puede consultarse la obra de E. Tierno Galván, *Cabos sueltos*).

Está en la naturaleza de las transiciones que las fuerzas del antiguo régimen controlen el *tempo* y las características de su despliegue. Los argumentos de queja por el desproporcionado peso de las fuerzas conservadoras en el caso español carecen de sentido. Las transiciones *son eso*; de no ser así, el complejo y tedioso proceso transicional habría sobrado. Son, por tanto, más que pactos, acuerdos asimétricos en cuyo desarrollo las fuerzas de la derecha no pueden ni deben perder de manera visiblemente sustancial. Esto es tan cierto que en el conocido, y excelente, estudio de las transiciones de P. Schmitter y G. O'Donnell (O'Donnell, 1986), los autores llegan a aconsejar que, para la buena marcha del proceso de transición, es conveniente que los resultados de las primeras elecciones competitivas no signifiquen una debacle para las fuerzas de la derecha. Los pactos de silencio, desde esta perspectiva, tienen su razón de ser aunque, como es lógico, dejan una profunda huella de miseria moral y cultura

18. Esa conciencia de que se había alcanzado una situación sin ganador posible probablemente se alcanzó a mediados-finales de la década de 1960, cuando el Régimen percibió que una nueva generación de activistas (una parte, hijos de los ganadores de la guerra civil) entraba en escena en una multitud de conflictos y redes de la sociedad civil; que el movimiento obrero se había reorganizado y empezaba a presentar batalla; y sobre todo, que el mundo occidental, accesible a través del turismo de masas, el creciente intercambio comercial y la presión de instituciones foráneas diversas, transitaba en una dirección incompatible indefinidamente con el programa y la práctica fundamentalista del fascismo residual español.

política deficiente. Esto no es óbice, más bien al contrario, para que el proceso transicional (y el postransicional), estén surcados de numerosos conflictos y episodios de confrontación vinculados con este *clivaje* original. Que se multipliquen y eternicen o, por el contrario, se abrevien y pacifiquen, va a depender de los acontecimientos e interacción que acompañan al proceso: de que las derechas políticas se democratizen o no; que se produzca o no un encaje institucional izquierda-derecha; que se produzca o no una persecución judicial a los responsables de la represión del antiguo régimen; que haya o no una cierta discreción pública sobre el pasado de algunos —o muchos, en el caso español— personajes de la nueva institucionalidad democrática; que se pacifique y democratice o no al estamento militar (como mínimo, impidiendo que sea un poder autónomo), etcétera.

Todos los factores considerados van a confluír en el *clivaje* que estamos examinando y han tenido una extrema importancia tanto en el caso español como, por poner otro ejemplo, en el chileno. Sus hitos más evidentes en ambos casos se han materializado, respectivamente, en la ley de Memoria Histórica y en el encausamiento de Augusto Pinochet. En el caso español, ésta ha sido también una fuente de conflicto permanente una vez pasada la etapa de amnesia política (el pacto de silencio) con la aparición de reivindicaciones relativas a los soldados del Ejército republicano, la negativa del Supremo a revisar la ejecución de un capitán que no apoyó el golpe de 1936, la búsqueda y exhumación de desaparecidos bajo el franquismo, la negativa inicial de las fuerzas políticas de Salamanca (incluido el PSOE) a devolver los documentos de la Generalitat republicana expropiados por las tropas de Franco, la petición de grupos católicos de base para que su jerarquía reconozca públicamente sus culpas en la guerra civil (octubre de 2007), etcétera. Este *clivaje* afecta también a los países implicados en transiciones sistémicas. Por ejemplo, los que surgen del colapso del imperio soviético en 1989-1991; un buen análisis reciente de Pilar Bonet al respecto nos informa de que países como la Federación Rusa y Ucrania, entre otros, «hacen interpretaciones cada vez más alejadas de su historia común».¹⁹ En general, los países que han sufrido dictaduras se ven abocados a reconstruir su pasado y a poner en marcha políticas y leyes para eliminar las huellas más intratables; además de España, están en esta situación Chile, Guatemala, Argentina (que en julio de 2007 vio cómo el Supremo anulaba los indultos a las juntas militares), Portugal (que cerró muy rápida y decididamente sus problemas de memoria histórica al poco de la revolución de los claveles en 1974), Italia (cuyo gobierno reconoció en noviembre de 2003 la cooperación del país en el Holocausto), Alemania, etcétera.

COMPLEMENTOS AL MODELO ORIGINAL

En el intento de acomodar al presente histórico la teoría de Lipset-Rokkan, este trabajo ha identificado algunos fenómenos novedosos de confrontación sustantiva ausentes en esa teoría, a cuyo efecto diversos analistas han desarrollado nociones originales, o que demandan su inclusión en ella (de manera similar a

19. «La guerra de la memoria», *El País*, 27.12.2007: 8.

la inclusión propuesta aquí relativa a los fenómenos de transición política). Los complementos más notorios de este tenor, que examino, son los *clivajes colonial e interétnico*.

Comenzando por el último, y como hemos sugerido anteriormente, la globalización mantiene alguna relación con la erupción contemporánea de las derechas radicales, en España y fuera de ella. Algunos investigadores, como Pippa Norris y Hanspeter Kriesi, le han aplicado la teoría de Lipset-Rokkan. Norris (2005) cuantifica los avances electorales de los partidos de la «derecha radical»²⁰ y busca evidencias para comprobar la hipótesis de los analistas del «nuevo *clivaje* social» (como H. G. Betz o P. Ignazi) que proponen que el equivalente de las derechas fascistas del siglo pasado son hoy partidos y movimientos que se sienten amenazados, no por los grandes poderes económicos y el movimiento obrero organizado, sino por «el temor “al otro”»: es decir, el temor al flujo migratorio desencadenado por la globalización. La tesis del nuevo *clivaje*, en palabras de Norris (134) propone que «las tendencias seculares características de las sociedades prósperas del posindustrialismo, en particular el crecimiento de poblaciones desaventajadas sujetas a los riesgos sociales contemporáneos, han creado una bolsa de ciudadanos descontentos que son receptivos a las apelaciones de la derecha radical». Después de manejar los oportunos datos electorales, Norris concluye que tenemos que contemplar con escepticismo la idea de que el ascenso de la derecha radical es puramente un fenómeno debido a la política del resentimiento entre la infraclase de trabajadores de baja cualificación en áreas urbanas interiores, o de que se pueda atribuir de una manera mecánica a los niveles crecientes de paro y precariedad laboral en Europa (257).

La oleada movimentista de las derechas (en Estados Unidos desde antes de Reagan, en España, en Italia) sucede y en parte coincide cronológicamente con la oleada movimentista de la izquierda. Hanspeter Kriesi (1999), por lo que sé, es el único observador que analiza al unísono las dos oleadas de movilización, de la izquierda y de la derecha, y sobre esa base propone modificaciones, un añadido, en la teoría de los *clivajes*. En su opinión, en los últimos aproximadamente cincuenta años, la estructura del conflicto social se ha visto modificada por el ingreso de dos *clivajes* emparentados respectivamente con la oleada movimentista de la izquierda y, posteriormente, de la derecha. En el primer caso, la raíz del nuevo conflicto se vincula con el surgimiento de nuevos estratos de profesionales en el terreno social y cultural resultado de la «revolución educacional» (educación superior) precipitada por «1968»:

20. El fenómeno, por ser novedoso y en parte desconcertante, todavía no cuenta con una conceptualización satisfactoria y unívoca. El adjetivo «radical» lo aplica Norris a movimientos políticos, como el de Le Pen en Francia, que para otros investigadores son de naturaleza neofascista. Otros observadores, como yo mismo (Aguilar, 2007), han utilizado el término para referirse a esa derecha «sin complejos» que aparece en Estados Unidos (Bush), Italia (Berlusconi) y España (Aznar) y que, pese a su brutalidad discursiva y escasa cultura democrática, se ha abstenido de vulnerar completa e irreversiblemente los principios básicos demoliberales. Al menos por ahora. Prefiero referirme a ella, comparada con otras expresiones históricas de esta corriente, como un caso de extremismo de derechas «parlamentarista» (en lugar de buscar la destrucción del Parlamento y despreciarlo, esa derecha emergente lo usa, aunque sea instrumentalmente, para la lucha política).

La expansión de la educación superior tiene un efecto «liberalizador». Induce una transformación general de las orientaciones de los valores políticos hacia reivindicaciones antiautoritarias y emancipatorias. [...] Esto introduce un antagonismo fundamental dentro de la nueva clase media entre los que controlan los activos organizacionales y aquellos cuyos recursos se limitan a la cualificación y capacidad experta individuales no vinculadas a la organización (401).

Esta propuesta, expuesta en términos característicos del análisis de clase, es una variación más refinada del «*clivaje* posindustrial» o «posmaterialista» de Lipset e Inglehart, ya examinado, que da lugar a la conocida oleada de NMS y a los «movimientos ciudadanos» en ascenso durante la última generación. Tiene su correlato en el segundo *clivaje* que separa a los «vencedores» y los «perdedores» del «proceso de modernización», entendido como el avance de los Años Dorados y el impulso que dio a la difusión social de la educación superior. Se produce entre dos grupos sociales: la nueva clase media y el amplio sector social excluido del acceso a ella. Este grupo comprende a: los trabajadores sin cualificación («las personas descalificadas y escasamente educadas»), los residuos de la vieja clase media en declive (agricultores, artesanos y pequeños tenderos), trabajadores en sectores económicos en declive y los que viven en regiones o barrios urbanos periféricos y, finalmente, aquellos cuyo único recurso activo es la dependencia del Estado del bienestar (pensionistas, discapacitados y desempleados crónicos). Kriesi propone que estos sectores excluidos de la clase media forman la base para la movilización política del nuevo extremismo de derechas, fundamentalmente de carácter reactivo, alrededor, sobre todo, del miedo ante el inmigrante extranjero: «Sus temores, justificados o no, determinan su orientación política que, con mucha probabilidad, es a la vez conservadora socialmente y socialdemócrata económicamente» (403).

Kriesi propone por tanto un nuevo *clivaje* asentado entre los estratos bajos de la estructura social de la OCDE proclives a sentirse amenazados por la globalización y la inmigración masiva que ha conllevado: un *clivaje* que denominaré *interétnico*. Estas consideraciones de Norris y Kriesi y el *clivaje* que propone este último se hacen eco, con acierto, de las tensiones provocadas por la globalización neoliberal al señalar a las relaciones interétnicas como factor decisivo que alimenta el populismo de los movimientos extremistas de la derecha de la última generación. A pesar de ello, el fenómeno todavía se está desplegando en la actualidad y conviene ser cautos en la utilización de esta divisoria con fines investigadores. Además, el fenómeno globalizador ha generado una cantidad importante de episodios de conflicto diferentes al subrayado, pero relacionados, que esperan su tratamiento y su correcta comprensión. Finalmente, propongo que esta caracterización teórica es satisfactoria y operacional a condición de incluir en el tratamiento de este *clivaje* interétnico, no solo el ascenso y la actividad del nuevo extremismo de derechas contemporáneo, sino también los conflictos, muy variados, que tienen su raíz en los flujos migratorios y en las relaciones interétnicas propias del desarrollo del capitalismo (sean los desencadenados por la nueva economía global reciente o los producidos con anterioridad, pero que son datos fijos que acompañan al desarrollo económico).²¹

21. No puedo elaborar ulteriormente aquí los límites precisos de este *clivaje*. Me parece obvio que algunos de los aspectos de la propuesta de Kriesi (la extensión de la precarización y la forma-

Si en la actualidad podemos ubicar una parte de los fenómenos conflictivos desencadenados por la globalización en el *clivaje* interétnico aludido, ¿qué decir de los numerosos fenómenos del conflicto social moderno a los que acabo de aludir, anteriores a la globalización, que tienen que ver con la mezcla étnica? Una parte, como acabo de sugerir, representa la fricción «normal» producida por las migraciones laborales y el acomodo de las nuevas minorías en las sociedades en desarrollo. Pero otra parte, la «anormal», no cumple estos requisitos. Me permito señalar que si abandonamos el punto de vista exclusivo del conflicto social visto desde los países de las primeras oleadas modernizadoras, lo que denominamos hoy «países centrales» o «sociedades avanzadas», por puro sentido común tenemos que contemplar la existencia de un *clivaje* colonial, plenamente estructural (pero invisible para modelos de análisis poco sensibles a las presiones e intereses de las clases populares).²² La conquista y el pillaje imperialista y los episodios coloniales forman parte de pleno derecho, pese a su evidente «anormalidad», de la historia completa de la «ruta primera» de la modernización (B. Moore). Y hay pocas dudas sobre la porción notable del «conflicto social moderno» que hunde sus raíces en esos hechos, incluso hoy mismo (repárese por ejemplo en el auge contemporáneo de los movimientos indigenistas en Latinoamérica).²³

El conflicto étnico tiene sin embargo un grado de variación interna importante que obliga al observador a refinar sus conceptos. Esto es lo que han hecho Gurr y Harff (1994) en una distinción conceptual a la que nos sumamos; según estos autores, podemos distinguir entre cuatro conjuntos de grupos reivindicadores con raíz en las relaciones étnicas en condiciones modernas. El primero, los *etnonacionalistas*, o «grupos étnicos relativamente grandes y regionalmente concentrados que viven dentro de las fronteras de un Estado o de varios estados adyacentes; sus movimientos políticos modernos se dirigen a la consecución de mayor autonomía o de un Estado independiente» (Ibíd.: 18). Este tipo de grupos, que los autores ilustran con los vascos o los escoceses, y sus reivindicaciones y luchas se ubican de lleno en el *clivaje* identi-

ción de una infraclase, según explica Dahrendorf, por ejemplo, 1990) se vinculan con una divisoria estructural que tiene que ver con el «modo de desarrollo» (Castells) o cambio socioestructural que sucede a los Años Dorados, desde mediados de 1970 en adelante. Visto desde esa perspectiva, bien podría denominarse a la nueva divisoria *clivaje de la infraclase*.

22. En términos generales, esta divisoria no ha generado partidos políticos especializados en las regiones metropolitanas. Dado que el modelo de Lipset-Rokkan se centra en —y adopta la perspectiva principal de— esos países centrales y sus sistemas de partidos (uno de los epígrafes de su introducción se titula «Un modelo para la generación del sistema de partidos en Europa»), esto explicaría en parte su ausencia en el modelo original. Vicky Randall (2001: 254) ha examinado algunos de los problemas del modelo en relación con su aplicación a oleadas posteriores de desarrollo y democratización, y sostiene, críticamente, que sus autores «hacen suya una determinada secuencia de desarrollo histórico» (la perspectiva parsoniana de la modernización), lo que motivaría esa carencia.

23. Véase cómo lo formula una especialista como Vicky Randall: «No es necesario compartir por completo las versiones más extremas de la teoría de la dependencia o de la teoría de la globalización para reconocer que los sistemas políticos del Tercer Mundo, en el pasado y, de maneras nuevas, en el presente, se han visto enormemente constreñidos y modelados por fuerzas externas de tipo político, económico y cultural. Para empezar, la política partidaria ha sido delineada por el legado de la dominación colonial» (Randall, 2001: 256).

tario ya examinado. En segundo lugar, los movimientos *indigenistas*, que aglutinan «a los descendientes de los habitantes originales de las regiones objeto de conquista o colonización» (Ibíd.: 20), que los autores ilustran con el caso de los pueblos indígenas latinoamericanos y de los que afirman: «La discriminación y la explotación por parte de gentes más avanzadas tecnológicamente y que les controlan han constituido causas importantes de su creciente sentido de identidad y propósito comunes». Este tipo de grupo y reivindicación es el principal al que se refiere mi propuesta de una nueva categoría, el *clivaje colonial*. En tercer lugar, los «*contendientes comunales*», que son «grupos étnicos cuyo principal objetivo político no es conseguir la autonomía sino compartir el poder en los gobiernos centrales de los estados modernos» (Ibíd.: 21). Estos grupos proliferan en «sociedades plurales», hechas de una combinación de «grupos etnopolíticos en competencia», como es el caso del Líbano. A mi entender, la dimensión conflictiva de esta situación se acomoda también al *clivaje* identitario descrito o es un subcaso del mismo. Finalmente, las *etnoclases* o «minorías diferenciadas étnica o culturalmente que ocupan estratos sociales diferenciados y desempeñan papeles económicos especializados [...] son grupos étnicos que se parecen a las clases. La mayoría de las etnoclases en las sociedades industriales avanzadas se componen de descendientes de esclavos o de inmigrantes que fueron traídos para llevar a cabo trabajos duros y serviles que los grupos dominantes no estaban dispuestos a llevar a cabo» (Ibíd.: 23). Se trata de poblaciones dispersas en el interior de grupos más amplios que, a pesar de buscar la mejora de su posición de estatus, no desarrollan demandas nacionalistas y lo que buscan es un trato social más equitativo. Ejemplos de etnoclase son la minoría turca en Alemania o las minorías chinas en un conjunto de países del Sudeste de Asia. A mi entender, el aspecto relacionado con el conflicto social de esta categoría de etnoclase conecta a la vez con los *clivajes* de clase e interétnico descritos. Mi conclusión es que, si bien el modelo de Lipset-Rokkan es un instrumento razonablemente satisfactorio para encauzar el análisis de los casos primero (etnonacionalismo), tercero («contendientes comunales») y cuarto (etnoclases), tiene que completarse con una nueva divisoria, el *clivaje* colonial, para dar cuenta del caso segundo (el indigenismo), un añadido que no puedo elaborar aquí y me limito a dejar apuntado.

LA APLICACIÓN DE LA TEORÍA AL CONFLICTO SOCIAL EN EL MUNDO DE HOY

La ciencia social sabe más de la influencia de los cambios sociales sobre la estructura de los conflictos que, a la inversa, del impacto del conflicto social sobre el cambio. El conflicto social en el mundo de hoy, en muy buena parte configurado como consecuencia de ese proceso de cambio social de gran amplitud y dinamismo que se produce durante la última generación (aproximadamente entre 1980 y la actualidad) y que por comodidad denominamos *globalización*, es un buen ejemplo. He examinado en otro trabajo (Aguilar, 2009) los perfiles y lógica básica del conflicto social en la era de la globalización, a mi entender, según se argumenta allí, un modelo característico y bien diferenciado respecto del conflicto social propio del capitalismo industrial

y posindustrial. En este epígrafe final, resumiré los argumentos básicos allí expuestos y, sobre esa base, trataré de establecer la aplicabilidad de la teoría de los *clivajes* que he expuesto y tratado de actualizar en el presente trabajo.

El primer dato, de gran visibilidad, es que la globalización ha creado nuevos grupos de «ganadores» y de «perdedores» y que, de buena lógica, el segundo grupo ha expresado su descontento y reivindicaciones: a) de maneras nuevas; y b) en parte entremezclando sus formas de protesta social y de presión con las propias de los «viejos» actores ya establecidos (como es el caso, por ejemplo, del movimiento obrero organizado). La teoría de los *clivajes* se afirma como un buen instrumento para calibrar las significativas novedades producidas. Se puede expresar sintéticamente examinando de forma sucesiva tres aspectos del modelo de conflicto propio de la globalización: I) identificando una selección significativa de movimientos y episodios de conflicto de la nueva era; II) examinando las líneas maestras, más abstractas, del conflicto social en la era de la globalización que esos episodios expresan; y III) sopesando la reconfiguración de los *clivajes* propios de esta nueva era según su grado de actividad o pacificación relativas.

I

El análisis sintético con que se cierra este artículo empieza tomando prestado un buen consejo de Ralf Dahrendorf (1990: 189): «Los conflictos han de verse para que sean reales. Tiene poco sentido hablar de grietas en las estructuras sociales si no sale ruido alguno de ellas». ²⁴ Actuando en consecuencia, mi primera preocupación ha sido hacer un balance empírico del «ruido». El trabajo de campo desarrollado en el artículo conexo ha consistido en identificar un grupo reducido y de gran significación, el núcleo duro, de los conflictos sociales en ascenso para el periodo aproximado que va de 1980 a la actualidad, y analizarlos con algún detalle (Aguilar, 2009). Para ello, me he servido de tres variables principales: su eficacia mediática (el impacto medible en la opinión pública, una manera de evocar la dicotomía tradicional «orden» contra «desorden»); su innovación (es decir, el carácter novedoso del episodio que permite inferir que apunta al futuro y, de manera concomitante, que se separa de la lógica del «viejo» conflicto social); y la influencia, marcada, que ha tenido sobre la cultura política, particularmente su impacto sobre los movimientos sociales y las sociedades civiles (una manera de evocar la noción de Tilly de «repertorio de acción colectiva»).

Aplicando estos criterios de selección, el universo seleccionado incluye los siguientes catorce movimientos y episodios de acción colectiva:

24. Repárese en la coincidencia de esta aseveración con las palabras de Kriesi (1998: 167) citadas en la p. XXX156.

1. Chiapas, México, 1 de enero de 1994 y el movimiento zapatista.
2. Francia, diciembre de 1995.
3. Movimiento de los Sin Tierra, Brasil.
4. Seattle, diciembre de 1999, y el movimiento altermundista.
5. 15 de febrero de 2003, manifestación global.
6. Bolivia, mayo-junio de 2005, la segunda guerra del gas.
7. Francia, noviembre de 2005, revuelta de las banlieues.
8. Francia, marzo-abril de 2006, la protesta contra el CPE.

Conflictos y protestas laborales de la fuerza de trabajo (directa o indirectamente) globalizada:

9. Manifestaciones de inmigrantes (principalmente mexicanos y filipinos) en las principales ciudades estadounidenses, abril-mayo de 2006.

10. Descontento social y protestas en China por parte de la fuerza de trabajo orientada a la economía global e indicios de refundación del movimiento obrero.

11. Revuelta popular de diciembre de 2001 en Argentina y surgimiento de los piqueteros.

12. Acciones de los verdaderos «perdedores» en los países centrales: el paro estructural y la formación de asociaciones de parados.

13. Acciones de los verdaderos «perdedores» en los países de la periferia: regresan los ancestrales «motines de subsistencia» como respuesta a los incrementos de los precios de los alimentos básicos (trigo, soja, arroz, maíz) en el mercado global, 2008.

14. Movilizaciones del extremismo de derechas: contramovimientos en Estados Unidos e Italia, manifestaciones masivas en Italia y en España (2005-2007).

II

Los datos primordiales del conflicto social en la era de la globalización pueden inferirse de los catorce casos que acabamos de señalar. Las novedades básicas, sus líneas maestras, están ya ahí y, a mi entender, son las siguientes. Primera, la globalización ha producido, además de una fuerte aceleración del comercio mundial, una marcada *polarización* de las posiciones reivindicativas de los distintos grupos sociales. La polarización reciente está en la base del fenómeno de las «sociedades divididas en dos», afiladamente, alrededor de *issues* y valores (de las cuales España constituye un buen ejemplo, pero también Venezuela e Italia). Ha inducido también el paso del conservadurismo global desde posiciones de control social institucional al control social reforzado por la movilización masiva y la contienda política correosa y omniabarcadora. Este último fenómeno es una segunda línea maestra: el ascenso de un nuevo extremismo de derechas que, a diferencia de sus precedentes históricos, refuerza su hegemonía inercial (institucional) con una activa y militante penetración de la sociedad civil, del que son casos característicos el movimiento *neoon* estadounidense, la derecha italiana bajo Berlusconi y la española bajo el PP de Aznar.

La tercera gran línea maestra es que los familiares movimientos sociales característicos de mediados del siglo xx, que orbitaban en su dimensión política alrededor de la «Nueva Izquierda», han dado paso a una nueva oleada de movimientos que operan con coordenadas culturales y políticas novedosas: aunque mantienen una cierta continuidad con los movimientos precedentes, tienen un perfil propio y distintivo, y han creado una suerte de nuevo internacionalismo «por abajo», algo manifiesto en los Foros Sociales y lo que Wallerstein llama «el espíritu de Porto Alegre». Podemos denominarlos provisionalmente «novísimos» movimientos sociales. Son probablemente el activo principal para pensar en un tránsito futuro a formas organizadas de vida más igualitarias, y hacia ahí apuntan sus reivindicaciones principales.

La cuarta línea maestra es que si bien los actores clásicos del «conflicto social moderno» (Dahrendorf) perviven, como es el caso del movimiento obrero organizado y los partidos políticos, su protagonismo es decreciente. Los partidos son crecientemente un mero instrumento de selección legítima de gobiernos (lo que no es poco), pero han perdido su capacidad de representación, y su protagonismo y prestigio social es decreciente. El movimiento obrero, por su lado, sigue manteniendo una fuerte presencia global. Sin embargo, se ha escindido en una dualidad, el movimiento de los países del Norte (centrados en la defensa de la fuerza de trabajo «instalada» y el sector público, en la defensa del Estado del bienestar y con una clientela principal ubicada en las grandes empresas, mantiene su fijación con los acuerdos tripartitos y el neocorporativismo y sus organizaciones son consideradas, en general, instituciones «de orden») y el de los del Sur global (ocupados en reorganizar sus instituciones y el propio movimiento y centrados en la lucha por la democracia, confluyen en muchos casos, por la base, con las reivindicaciones de los movimientos de nueva generación aludidos). El movimiento obrero, por otro lado, especialmente en el Norte, se ha visto crecientemente desbordado en el propio terreno de la reivindicación laboral por la presencia de nuevos actores.

La quinta línea maestra es ésta: el ascenso de unos nutridos, aunque evanescentes, movimientos ciudadanos, como en Francia en 1995 y en 2006, que en confluencia con un disminuido movimiento obrero organizado o en oposición a él, presionan directamente a los poderes institucionales para mejorar la calidad de la democracia y la ciudadanía, pero también para reivindicaciones estrictamente laborales (Francia y el CPE en 2006, que en algunos sentidos recuerda la protesta española de diciembre de 1988). Proliferan también movimientos ciudadanos que son, paradójicamente, anticidadanos: lo que podríamos llamar «revueltas anómicas» (como el caso francés de 2005 con centro en las *banlieues*, o la protesta griega desde diciembre de 2008)²⁵ que expresan la desesperanza de colectivos sin horizonte enquistados en el mundo del capitalismo avanzado (las *infraclases* de Dahrendorf, 1990) y carentes de voz política. La crisis económica desatada en 2008 dará alas probablemente a movimientos de ambos tipos.

25. He incorporado en estos comentarios la protesta griega, producida después de noviembre de 2008, cuando se presenta la primera versión del presente artículo, por su evidente relevancia para el argumento del artículo. De hecho, debería «contabilizarla» como el caso número 15 de la selección del recuadro anterior.

III

El significado de las consideraciones anteriores cobra su sentido completo cuando examinamos los datos utilizando la teoría de los *clivajes*. Primera conclusión: el *clivaje* de clase sigue siendo el corazón del conflicto social contemporáneo. Mal le pese a un observador del conflicto tan perceptivo como es Ralf Dahrendorf, que llega a titular el capítulo 7 de su gran ensayo (1990) como «El conflicto después de las clases», una cosa es que el conflicto de clases haya dejado de ser prácticamente el único al incorporarse otras divisorias de jerarquía y estratificación (como la etnia, el género y otras), lo que convierten la estructura de clases en algo crecientemente complejo y segmentado, y otra muy diferente que haya desaparecido.²⁶ Al contrario, la era de la globalización ha mostrado ser una de las épocas históricas de mayor virulencia confrontacional y alta «conciencia de clase»: los conflictos quizá se han desideologizado, pero en cierto sentido no han perdido, sino que han ganado, en intensidad y amplitud. Una aseveración reforzada por el hecho de que, como no podía ser de otra manera en un contexto histórico que denominamos «globalización», al evaluar el conflicto tenemos que contar todas las cartas, no solo las que afectan a los países del centro, siendo entonces todavía más evidente que el *clivaje* de clase atraviesa como fundamento principal los conflictos que sacuden las sociedades mundiales de esa era.

El *clivaje* de clase continúa vertebrando, pues, el conflicto social en el mundo de hoy. Pero con importantes cambios internos. Una importante matización es que el movimiento obrero organizado no solo ha dejado de ser el protagonista principalísimo de ese *clivaje*, sino que en no pocos de los conflictos de la globalización se ha visto significativamente desbordado por nuevos actores, como los movimientos ciudadanos aludidos. La combinación de ambos factores nos dice que el factor organización (formal), que durante mucho tiempo se consideró la variable clave para la movilización eficiente de las clases populares en la era moderna (por ejemplo, Hobsbawm, 1968), es un instrumento en declive relativo en la era de la globalización; y a la inversa, que los nuevos actores en escena adoptan crecientemente los formatos característicos de la acción colectiva informal, como son los movimientos sociales y las redes y las acciones colectivas de masas (Aguilar, 2001a), y priorizan, en consecuencia, el carácter autónomo de su protesta. Ambas tendencias, la centralidad no exclusiva del *clivaje* de clase y la creciente autonomización de los nuevos actores, se verán reforzadas, en buena lógica, por la irrupción en 2008 de la nueva crisis económica y sistémica global (como ha podido apreciarse en Grecia en diciembre de 2008).

Por otro lado, como es típico, la era de la globalización ha sido la era de los conflictos identitarios, en el doble sentido de reivindicación de lo propio y lo local o regional (ante la mareante perspectiva de un mundo interrelacionado y, en realidad, único que la globalización hace visible), y reivindicación del sentido de pertenencia «nacional». Ambos factores han activado de manera profunda el *clivaje* identitario y

26. Vale la pena recordar aquí el erróneo argumento del admirado Dahrendorf en su libro citado (1990: 189): «Está claro [...] que en la sociedades contemporáneas de la OCDE no hay conflicto de clases en el sentido clásico del término. La mayoría de los observadores no pueden detectar batallas políticas entre grupos sociales que están divididos por barreras generalizadas de poder y titularidades»; y que llega a hablar en ese contexto de la «individualización del conflicto social».

otras divisorias menos aparentes pero relacionadas, como el *clivaje* religioso, el pos-material y el interétnico. Finalmente, en un mundo gobernado por la globalización económica impulsada por el neoliberalismo, los datos básicos del conflicto social han tendido a fundirse con los propios del conflicto geoestratégico, con lo cual algunos de los conflictos más significativos (por ejemplo, en Bolivia pero también en Francia en 2005) han incorporado esa combinación y deben interpretarse con esa clave (que se refiere al *clivaje* colonial propuesto).

Queda por evaluar la llamativa característica del conflicto social contemporáneo que he sintetizado con el término de *polarización*. Esa correosa lucha alrededor de valores antitéticos que se ha instalado en numerosas sociedades nacionales y el ascenso de la nueva derecha radical (los neofascismos y lo que he denominado extrema derecha parlamentarista, para diferenciarla de la clásica) se puede interpretar, en parte, como una derivación del *clivaje* de clase y es lo que confiere esa virulencia característica de numerosos conflictos recientes. Pero en parte, no: esa ofensiva sectaria y militante que ha permeado numerosos conflictos recientes supera con creces el ámbito de ese *clivaje*. Dejo abierta la cuestión (sobre la que expongo algunas reservas en Aguilar, 2009), pero si nos situamos en los términos de la teoría de Lipset-Rokkan, parece sugerente pensar en una especie de *metaclivaje*, todavía activo, que enmarcaría la tensión y la lucha entre dos concepciones de vida características de un momento de transición sistémica, desde que empieza a formarse el mundo moderno en Europa, entre los valores de la tradición y del grupo de pertenencia, y los valores modernos que se orientan hacia la autonomía individual y la individuación.

En conclusión, la perspectiva abierta por la teoría de Lipset-Rokkan continúa siendo insustituible para comprender los datos básicos del conflicto social,²⁷ aunque requiera modificaciones y añadidos como los propuestos en este y en otros trabajos. El breve apartado final trata de precisar los motivos.

EPÍLOGO METODOLÓGICO

¿Qué utilidad metodológica podemos atribuir al modelo de los *clivajes* expuesto?, ¿qué nos aclara? Desde la sociología crítica, además, ¿podemos encontrar en esta teoría un soporte significativo para eludir ciertos filtros ideológicos de la ciencia social convencional?²⁸

En primer lugar, la teoría de Lipset-Rokkan (y la ampliación de la misma que aquí he presentado) es una «teoría de tipo B» según la útil distinción de R. Boudon (1996): una generalización que permite explicar conjuntos de hechos heterogéneos y heteró-

27. Paradójicamente, es dudoso que siga prestando servicios para analizar lo que fue su objeto original, a saber, los partidos modernos, dado que éstos han adoptado casi universalmente, en el mundo de la OCDE, el formato «agárralo-todo» de Hirschheimer.

28. Me interesa responder a esas preguntas porque el uso de este modelo en la práctica académica e investigadora demanda claridad en cuestiones como las planteadas para hacer más fructífero el esfuerzo de los eventuales jóvenes sociólogos y sociólogas que se decidan a utilizarlo (como así ha ocurrido en seminarios de doctorado y máster que he impartido en los últimos años).

clitos propios de un área de la dinámica social (aquí, las divisorias de conflicto).²⁹ Pero ¿para qué sirve?, ¿solo para clasificar?³⁰ Cumple las finalidades propias del material teórico en la ciencia social. La principal función de éste es imponer un orden lógico en la maraña de acontecimientos y datos empíricos que tenemos a nuestro alcance, para seleccionar, omitir y organizar. El modelo es una estrategia tanto para organizar la información, mediante la elaboración de conceptos operacionales (una función imprescindible para investigar), como para encauzar (y *pensar* correctamente) los fenómenos emergentes.

En segundo lugar, tenemos que tener presente que el conflicto social es un fenómeno inherentemente característico de la dinámica social. Aunque no suficiente, es una condición necesaria para el cambio social (Aguilar, 2001b: 196-198). Al ser un componente central de la dinámica de las sociedades, la buena teoría social contemporánea sobre ese área (Tilly, Wallerstein y Nisbet, entre otros) nos empuja acertadamente a intentar abordarla como una combinación compleja de presiones estructurales y contingencia histórica (resultado, al menos contemporáneamente, de la interactividad entre los grupos, los actores, los intereses, la ciudadanía y los temas de debate público).³¹ La teoría de los *clivajes* nos ayuda así a comprender el despliegue de la contingencia histórica relativa al conflicto social.

En tercer lugar, la teoría nos permite *comparar* de manera más fructífera. La estrategia de la comparación es intrínseca al método científico: de la búsqueda de similitudes y diferencias, el investigador, primero, puede extraer el imprescindible marco conceptual y, asentado éste, acceder eventualmente a la inferencia causal (Vigour, 2005). La teoría de los *clivajes*, establecida y validada para numerosas sociedades, es un punto de partida privilegiado³² para, mediante la comparación, aproximarse a generalizaciones fundadas sobre aspectos importantes del conflicto social; e, incluso, cierta predicción de tendencias en relación con el mismo.³³

29. No es por tanto una teoría general (por ejemplo, la de Weber sobre la ética protestante), ni tampoco una metateoría (por ejemplo, la de Marx sobre los modos de producción), sino un modelo teórico para pensar un área acotada de la vida en sociedad: una «teoría de alcance medio» al estilo demandado por Merton.

30. Las teorías buscan explicar determinados comportamientos y fenómenos. Todos los teóricos saben que la capacidad de establecer una taxonomía acerca de un fenómeno dado y sus manifestaciones y aspectos es un indicio potente de que el observador empieza a disponer de capacidad de comprensión real del mismo.

31. Esta idea, familiar para los conocedores de la sociología de Charles Tilly, es y ha sido lugar común para la buena sociología del conflicto y del cambio, incluso la conservadora; la selección de catorce episodios de conflicto que hemos propuesto más arriba no es sino una aplicación de esta idea.

32. Al menos por oposición a otros sectores de estudio de la sociedad; para una sabia reflexión sobre una situación bien distinta y subprivilegiada, la sociología de los medios de comunicación, donde la teoría que habilita para aplicar el método comparativo es escasa, véase Hallin y Mancini (2008:2-5).

33. Por ejemplo, permite explicar más satisfactoriamente por qué los sistemas de partidos propios de la pauta europeo-occidental no han surgido en países del Tercer Mundo, en su caso; o puede iluminar las diferencias *entre países* de las últimas oleadas de desarrollo y democratización por lo que respecta a ciertas características de sus sistemas políticos (las sugerencias la propone Vicky Randall, 2001: 260).

Finalmente, si consideramos que las divisorias de conflicto (y de su elemento simbiótico, el consenso) son una dimensión central de la actividad de toda sociedad organizada, la preocupación del investigador ha de ser establecer las fuentes estructurales de las que deriva la parte sustantiva del conflicto *que afecta realmente a esa comunidad*. En ese punto, el investigador debe seguir el consejo de S. M. Lipset (2001: 6), citado, de buscar «las estructuras latentes para las relaciones conflictivas a largo plazo». En esa dirección, a mi entender, no hay más remedio que distinguir entre unos *clivajes* «estructural-genéricos» que, por el hecho de hundir sus raíces en los cambios de tipo característicos de una época histórica (por ejemplo, el advenimiento del capitalismo industrial democrático), afectan de manera similar a una mayoría de sociedades; y otros *clivajes* «estructural-específicos» que afectan de manera diversa a las distintas sociedades porque son el resultado de cambios dentro del tipo generales (como el posindustrialismo, por ejemplo) o regionales (los procesos de transición política que han afectado a numerosas sociedades desde 1974).³⁴

El modelo de Lipset-Rokkan es buena teoría. Con independencia de otros trabajos suyos (y posicionamientos, especialmente de S. M. Lipset), permite tanto entender que no todos los conflictos se reducen a los derivados de las clases como ser usado con finalidades críticas. En ese sentido, quizás inadvertidamente, satisface la exigencia que resume bien el punto y final del estudio clásico de Barrington Moore (2002: 740):

Todo estudioso de la sociedad humana puede hallar en la simpatía por las víctimas de los procesos históricos y el escepticismo respecto a las vanaglorias de los triunfadores las salvaguardias esenciales para no quedar prendido en la mitología dominante. El estudioso que quiera ser objetivo necesita esos sentimientos como parte de su equipo profesional ordinario.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar, Salvador (2001a): «Movimientos sociales y cambio social: ¿una lógica o varias lógicas de acción colectiva?», en *Revista Internacional de Sociología*, 30: 29-62.
- (2001b): *Ordre i desordre. Manual d'estructura i canvi de les societats*. Hacer, Barcelona.
- (2003) «Una nova societat civil: accions col·lectives de masses a l'Espanya posttransicional (ca. 1982-2002)», Informe final, mimeo, Fundació Jaume Bofill, julio de 2003. S. Aguilar fue el director de la investigación y editor del informe, así como autor de los capítulos 1-4 y 6.
- (2007) «La derecha radical toma la calle», en *El País*, La Cuarta Página, 29.12.2007: 39.
- (2009) «Después de la crisis del movimiento obrero: el conflicto social en la era de la globalización», disponible en el sitio: <http://diposit.ub.edu/dspace/handle/2445/10942>
- Aguilar, susana y Chuliá, Elisa (2007): *Identidad y opción. Dos formas de entender la política*. Alianza, Madrid.
- Bell, Daniel (1976): *El advenimiento de la sociedad posindustrial*. Alianza, Madrid.

34. Los primeros son necesariamente pocos en número y se concretarían en los cuatro aportados originalmente por Lipset y Rokkan más el *clivaje* colonial que he propuesto; los segundos pueden ser bastantes más y, para la presentación hecha en este artículo, los hago equivaler al menos al *clivaje* posindustrial introducido por S. M. Lipset y los tres relativos a la transición política española que he propuesto.

- Boudon, Raymond (1996): «Pourquoi devenir sociologue? Réflexions et évocations», en *Revue Française de Science Politique*, vol. 46, 1, febrero: 52-79.
- Dahrendorf, Ralf (1990): *El conflicto social moderno*. Mondadori, Madrid.
- Gurr, Ted Robert y Harff, Barbara (1994): *Ethnic conflict in world politics*. Westview Press, Boulder.
- Hallin, Daniel y Mancini, Paolo (2008): *Sistemas mediáticos comparados*. Hacer, Barcelona.
- Hobsbawm, Eric (1968): *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*. Ariel, Barcelona. (Original de 1959.)
- Inglehart, Ronald (1971): «The silent revolution in Europe», en *American Political Science Review*, 4: 991-1.017.
- Kriesi, Hanspeter, Koopmans, Ruud, Willem Duyvendak, Jan y Giugni, Marco G. (1995): *New social movements in Western Europe. A comparative analysis*. University of Minnesota Press, Minneapolis.
- (1998) «The transformation of cleavage politics. The 997 Stein Rokkan lecture», en *European Journal of Political Research*, 33: 165-185.
- (1999) «Movements of the left, movements of the right: putting the mobilization of two new types of social movements into political context», cap. 14 de Herbert Kitschelt y otros (eds.), *Continuity and change in contemporary capitalism*. Cambridge University Press, Cambridge: 398-425.
- Linz, Juan J. (1982): *Transitions to democracy: a comparative perspective*, IPSA, Tokio.
- Lipset, Seymour M. (2001): *Political man. The social bases of politics*. Doubleday, Anchor, Nueva York.
- (2001) «Cleavages, parties and democracy», capítulo 1 de Karvonen y Kuhnle (eds.): *Party systems and voter alignments revisited*. Routledge, Londres.
- (2006) «Repensando los requisitos sociales de la democracia», en *La Política. Revista de Estudios sobre el Estado y la Sociedad*, segundo semestre, nº 2, Paidós, Barcelona: 51-87.
- Lipset, Seymour M. y Rokkan, Stein (1967): «Cleavage structures, party systems and voter alignments: an introduction», en *Party systems and voter alignments*, S. M. Lipset y S. Rokkan (eds.), Free Press, Nueva York: 1-64.
- McAdam, Doug y Sidney Tarrow y Charles Tilly (2005): *Dinámica de la contienda política*. Hacer, Barcelona.
- Moore, Barrington (2002): *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia*. Península, Barcelona.
- Norris, Pippa (2005): *Radical right. Voters and parties in the electoral market*. Cambridge University Press, Nueva York.
- O'Donnell, Guillermo y Philippe Schmitter (1986): *Tentative conclusions about uncertain democracies*. The Johns Hopkins University Press, Baltimore.
- Offe, Claus (2004): *Las nuevas democracias. Transición política y renovación institucional en los países poscomunistas*. Hacer, Barcelona.
- Paramio, Ludolfo (1998): «Clase y voto: intereses, identidades y preferencias», Instituto de Estudios Sociales Avanzados (CSIC), Documento de trabajo 98-12.
- Randall, Vicky (2001) «Party systems and voter alignments in the new democracies of the Third World», cap. 12 de Karvonen y Kuhnle (eds.) (2001): *Party systems and voter alignments revisited*. Routledge, Londres.
- Rustow, Dankwart (1970): «Transitions to democracy: toward a dynamic model», en *Comparative politics*, 2, nº 3, abril: 337-363.
- Sztompka, Piotr (1995): *Sociología del cambio social*. Alianza, Madrid.
- Tilly, Charles (1998): «Conflicto político y cambio social», capítulo 1 de Ibarra, P. y B. Tejerina (eds.), *Los movimientos sociales: transformaciones políticas y cambio cultural*. Trotta, Madrid.
- Vigour, Cécile (2005): *La comparaison dans les sciences sociales*. La Decouverte, París.



El sujeto performativo. Una propuesta metodológica para el estudio del sujeto político

Ana Cristina Aguirre, María Angélica Benavides y Joan Pujol Tarrès

DESDE DÓNDE NOS PLANTEAMOS PARA DESARROLLARLO

PARA HABLAR DE SUBVERSIÓN EMPEZAREMOS RETOMANDO LAS PALABRAS DE Butler (1997): «*obstinarse con establecer el criterio de lo subversivo, siempre fracasa y debe hacerlo*». Compartimos esta premisa ya que, si lo normamos y normalizamos, corre el riesgo de convertirse en cliché. Lo subversivo cansa a base de ser repetido y, por tanto, pierde su potencial. Si intentáramos capturarlo para exponerlo aquí, terminaríamos encapsulándolo y enfrasándolo en teorías. Esta propuesta lo que pretende no es capturarlo y mostrarlo, sino abrirlo y participar de éste y mostrar sus posibilidades. Esto no es nuevo, sino que se enmarca en la continuación de un tipo de proyecto feminista que se reconoce a sí mismo como encarnado, y que retoma a Haraway (1999) al decir que es producido desde unas condiciones semióticas y materiales concretas, que no suponen un obstáculo, sino que constituyen las mismas condiciones de posibilidad de la investigación. Y que lo único que pretende es aportar una visión de las muchas a las que podría recurrirse para llegar a su análisis.

A partir de esta aclaración en la que se especifica que lo que nos interesa con esta exposición es abrir, llegar a formular más cuestionamientos, contribuir en la gestión de diferentes posibilidades y lugares de posibilidad, es allí a donde nos situamos y es desde aquí desde donde vamos a hablar.

EL SUJETO

Comenzamos planteando un breve recorrido sobre la cuestión del sujeto.

El sujeto, o la problemática del sujeto, surge a partir de la crítica a la que se somete la modernidad en los proyectos centrales que articulan su discurso emancipa-

torio. Actualmente, y tal y como plantea Moran (1998), es desde la modernidad que los discursos del «hombre y la razón» hablaban del progreso y de la soberanía de lo humano, irrumpiendo el sujeto en este contexto histórico, desde la premisa de que «solo a partir del hombre y para el hombre puede haber en el mundo sentido, valor y verdad», y situándonos desde un paradigma patriarcal en donde la palabra «hombre» no solo hace referencia a lo masculino, sino al mismo tiempo se presentaba como una negación de lo femenino. Esto nos posesiona cada vez más en una discusión un tanto álgida situándose dentro de la metafísica de la subjetividad y de la sustancia, que atañe, según Harr, a un cierto atrapamiento en las ilusiones de falsos conceptos, explicándolos como conceptos que convierten unidades subjetivas en sustancias cuyo origen es lingüístico. Y definen al sujeto, en este caso, como el «ser y la sustancia». Desde este atrapamiento ontológico que remite a su esencia última, se perfilan todas aquellas críticas a la existencia de una sustancia y un ser último, por tanto, motor y causante de todo.

En ese momento, la representación es preponderante, el mundo se convierte en imagen y el hombre en sujeto.¹ El lugar de Dios se convertía después de su muerte filosófica en el lugar del hombre, es decir, en el lugar central.

El sujeto era el que representaba el mundo y asimismo lo creaba. Esta idea cae por su propio peso, al saberse que este sujeto no es el centro ni el productor de todo. Es así como también adquiere un certificado de defunción, producto de filósofos como Derrida: es este sujeto el que muere, este sujeto con una esencia inmutable, que lo controla todo y que es el principio y el fin de todas las cosas.

Algunas de las críticas teóricas, como lo es la freudiana, que habla del inconsciente y de la inexistencia de un sujeto autónomo donde hay cosas que escapan a su control, a partir de ponerlo en la categoría de un sujeto deseante. La crítica de una esencia inmutable es refutada por Darwin y el evolucionismo; Nietzsche radicalizado por Adorno habla de una naturaleza interna reprimida y de una naturaleza externa que se contraponen, la crítica de que el lenguaje habla de la constitución de sentidos que escapan también del sujeto.² Aunque esta defunción del sujeto como tal no es un acuerdo universal, sí es lo que con la crítica a la razón totalizante posibilita el tránsito de la modernidad a la posmodernidad, término tan discutido actualmente.

Al agotarse el paradigma de este tipo de sujeto, surge una nueva orientación al énfasis en las prácticas, lo que posibilita las múltiples concepciones de individuo en donde Lipovetsky apunta al consumo de masas y a su existencia a la carta desde lo privado. Pero es también aquí donde se posibilita el retorno del sujeto que reaparece de nuevo, pero ahora en la subjetividad como un modo de experiencia,³ concepto que fragmenta y rompe con el universal y da al sujeto una dimensión situada, contextualizada e histórica, que sería analizada más tarde. A partir del cuestionamiento de una esencia única, se desarrollan tesis como las de Foucault en la que se afirma que los sistemas jurídicos de poder, por ejemplo, producen a los sujetos a los que más tarde representan.

1. Morán (1998): 18.

2. Wittgenstein, en Morán (1998): 21.

3. Touraine, A. (1994): *Crítica de la Modernidad*: 269.

Heller⁴ también habla de la posibilidad de un sujeto, pero, en esta ocasión, polisémico. De esta forma, pone como ejemplo un sujeto político, en el cual nos centraremos como el sujeto sujetado, en este caso particular, a la política.

Después de este recorrido por el sujeto, hablaremos un poco de la conceptualización de política que usamos para retomar después la cuestión del sujeto.

LA POLÍTICA Y LO POLÍTICO

Tomamos los conceptos de política de Mouffe, ya que éstos, según autores como Ibarra, permiten o impulsan una comunidad más plural dentro de la sociedad civil, ámbito en que nos centraremos más adelante. La autora distingue entre lo político como una dimensión antagonónica inherente a toda sociedad humana, antagonismo que puede adoptar múltiples formas y surgir en relaciones sociales muy diversas; y la política, que se refiere a un conjunto de prácticas, discursos e instituciones que intentan establecer un cierto orden, y organizar la coexistencia humana en condiciones que siempre son potencialmente conflictivas porque se ven afectadas por la dimensión de lo político.

Para poder unir ambos conceptos, tanto el sujeto como lo político, ahora que hemos establecido ambas dimensiones (la dimensión de la posibilidad que el concepto de «sujeto» brinda al haberse modificado históricamente, y la dimensión de lo político a partir de las prácticas de organización humana como potencialmente conflictivas afectadas por la dimensión de relaciones antagonónicas), nos dan la posibilidad de suscribir a un concepto de sujeto a partir de la repetición de sus acciones y la reproducción de las mismas, deslizándose en y por la norma. Es desde ahí donde planteamos la cuestión del sujeto performativo, aclarando esto como las posibilidades del sujeto de transitar en la norma.

EL SUJETO PERFORMATIVO

Desde la perspectiva performativa de Judith Butler, el sujeto se constituye en la acción a través de su acción performativa. Se trata de una concepción que traslada el énfasis del sujeto al devenir: las categorías que conforman el sujeto son posteriores a la acción y no causas de la misma, una perspectiva que se ha mostrado muy efectiva en la desnaturalización de las categorías de sexo-género que dibujan nuestro habitual paisaje heteropatriarcal. Tiene como antecedente la teoría de los actos de habla. John Austin considera que, en contra del sentido común, el lenguaje no está formado por un conjunto de sentencias de las que se debe aseverar su verdad o falsedad. Este tipo de sentencias conforman un pequeño conjunto de nuestros enunciados habituales. Nuestra actividad lingüística, por el contrario, se dirige a realizar acciones con el lenguaje: a performar una acción a través de un acto de habla, en el que los actos ilocucionarios cobran gran relevancia. Judith Butler complementa

4. Heller, A. (1991): 181.

la acción performativa del acto de nombrar con la interpelación sobre el sujeto que ésta representa.

Tomando a Althusser (1969: 144), la ideología nos interpela y nos constituye como sujetos a partir de *una llamada* a la que respondemos en tanto que receptores de la misma; una llamada que nos constituye en *sujetos y nos sujeta* a una territorialidad identitaria. Esta *llamada* es una alegoría no en tanto que acontecimiento, pero como forma de escenificar una anticipación hacia una identidad (Butler, 1997: 120). La interpelación genera una identidad en tanto que *voz autorizada*; una marca que forma al sujeto en su acción. El acto de nombrar es central en el proceso de sujeción y formación del sujeto (Butler, 1997), un acto de nombrar que se realiza en un espacio de discurso autoritario y de relaciones de poder.

A pesar de que la perspectiva performativa se desarrolla a partir de analizar los actos lingüísticos, se expande para incluir cualquier acto que transforma el sistema de significados en que se inserta. El lenguaje implica un soporte que lo contiene y un contexto en el que se realiza. Toda acción, usando palabras o gestos, implica la irrupción en un marco de significación semiótico-material, la irrupción en «un ensamblaje heterogéneo de cuerpos, vocabularios, juicios, técnicas, inscripciones y prácticas» (Rose, 1996: 182). Considerar el género como efecto performativo implica que, en lugar de un sujeto que expresa *su sexo/género*, nos encontramos con un proceso de sujeción que produce la ilusión retroactiva de un núcleo interno de género (Butler, 1997: 159). Responder frente a la interpelación nos encarna en un territorio estructurado en términos semiótico-materiales que definen una serie de posibles experiencias. A diferencia de la metáfora teatral, donde también tenemos un contexto y un público, el guión no está previamente escrito antes de la acción. Guión y actores son definidos por la acción que se está realizando, abriendo la posibilidad a actuaciones imperfectas e imprevistas. En pocas palabras, según este esquema conceptual, nos convertimos en sujeto «mujer» en la medida en que funcionamos como mujeres en la estructura heteropatriarcal dominante. Cuestionar la estructura que habitamos supone perder algo de nuestro lugar en la matriz de género.⁵ La perspectiva performativa apunta a un sujeto que hace, navega y transita en la norma, coherente con la perspectiva foucaultiana desde la que los sistemas jurídicos de poder producen a los sujetos a los que más tarde representan.

El sujeto que hay tras la teoría de los actos performativos es un sujeto que hace, se constituye como tal, posterior a sus prácticas, posterior a su circulación por la norma, la cual pareciera capturarlo. En ésta navega y transita, una y otra vez, y se ve constantemente interpelado por ella (Butler, 1997: 47).

Pero ¿qué es lo que conlleva esta norma? Butler dice que suele utilizar lo normativo de una forma que es sinónimo de «concerniente a las normas que utilizan el género»; sin embargo el término normativo también atañe a la justificación ética, cómo se establece, y qué consecuencias concretas se desprenden de ella.⁶ En este caso lo concerniente a la norma será el estado de derecho que le permitirá actuar al sujeto político performativo en calidad de sociedad civil. Como aquello que la enmarca y le

5. Butler, J. (1997): 14.

6. *Ibíd.*: 25.

da un camino, una forma de actuar, una forma en la cual ha de manejarse dentro del espacio en el cual es reconocido como sujeto político, o sujeto del malestar del conflicto que lo hace moverse.

El sujeto político, que a su vez está conformado de un sinfín de nodos, en una red, tanto materiales como inmateriales y semióticos, no es por tanto un sujeto en tanto que unidad, sino que es una red de subjetividades conectadas que se caracteriza por definirse a través de la norma en la que éste actúa. Esta definición es la que después se presentan diferentes subversiones, a base de recorrer una y otra vez la norma que lo define

Este sujeto performativo produce un sinfín de modos y formas hacia el exterior de la norma, que le permiten ir modificando su trayectoria por medio de la repetición y el desplazamiento. Gil (2002) explica el potencial de estos actos, que puede resultar paradójico, pero en el cual la repetición pura de categorías es imposible. Por lo tanto, siempre que repetimos producimos a la vez un desplazamiento de la misma categoría. Este desplazamiento inherente a la repetición nos ubica en la posibilidad de transgresión. Un ejemplo de esto se da cuando Foucault afirma que los sistemas jurídicos de poder producen a los sujetos a los que más tarde representan. El sistema jurídico y la ley como ficción, continuando con los planteamientos de Foucault,⁷ pueden hacer creer que las leyes están hechas para ser respetadas, y que la policía y los tribunales están destinados a hacerlas respetar. Pero explica que esto en realidad se construye como ficción teórica y que solo de esta forma se puede creer que nos adherimos de una vez por todas a las leyes de la sociedad a la que pertenecemos, al saber que todo el mundo sabe también que las leyes están hechas por unos e impuestas por otros.⁸

SOCIEDAD CIVIL

Por su larga historia, el concepto de «sociedad civil» ha tomado diferentes formas (Shils, 1991; Keane, 1988; Cohen y Arato, 1992; Tester, 1992; Gellner, 1994), y su resurgimiento en el campo del pensamiento político reciente se relaciona con su importancia en el colapso del bloque comunista y los procesos de democratización en países de África (Ndegwa, 1996) y América Latina (Pearce, 1997), entre otros (Fine y Rai, 1997). El fortalecimiento de la sociedad civil se ha convertido en una nueva agenda política (Robinson, 1995), que ha sido incluida por organizaciones internacionales como el Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas (informe UNDP, 1993) o el Banco Mundial (Informe de Desarrollo World Bank, 1997: 160). El fortalecimiento de la sociedad civil, junto con el debilitamiento de las estructuras estatales, se consideraron una línea de solución para países en vías de desarrollo. Esta concepción de la sociedad civil se vio cuestionada a finales de la década de 1990 con el surgimiento de los movimientos antiglobalización. Esta presentación recupera esa visión de la sociedad civil alejada de las propuestas democrático-liberales y que denuncia la falsa armonía entre los distintos actores en juego. En la situación de pluralismo exis-

7. *Ibíd.*: 17.

8. Droit, R. P. (2004): «Gestionar los ilegalismos», en *Entrevistas con Michel Foucault*: 54.

tente dice relación a cómo el Estado y el mercado dominan las prácticas de la sociedad organizada o no (Ibarra, 2005). Retomando a Mouffé, estas prácticas políticas de sociedad no consisten en defender los derechos de identidades preconstruidas, sino más bien en construir dichas identidades en un terreno precario y siempre vulnerable. Al hablar de identidades, queremos poner énfasis en que no lo hacemos como esencias inmutables, sino como conformaciones de prácticas sociales que cambian y se reconfiguran en sus antagonismos políticos.

Ibarra (2005) nos marca la conflictividad que existe en el término de sociedad civil, diciéndonos: «la sociedad civil o es plural o no es». Y ello hace imposible (si es que realmente se desea) que tal heterogéneo conjunto se presente como un sujeto social principal y único, protagonista de la transformación de la sociedad y la política. Es aquí donde nos encontramos, en donde algunas propuestas de sociedad civil marcan dos nostalgias: la mencionada anteriormente en la que se trata de recuperar ese perdido sujeto histórico, protagonista de la historia y transformador del mundo; y una nostalgia aún más profunda, que al hablar de sociedad civil pareciera pretender lograr lo imposible: la unidad de la sociedad. Para sortear estas nostalgias teóricas que marca Ibarra refiriéndose a la sociedad civil como concepto, trataremos de hablar de un ejemplo de la sociedad civil desde su definición en el espacio en el que actúa y que, a su vez, está acotada y delimitada por los espacios que esta misma va creando.

A partir de aquí, retomaremos el ejemplo de la Sexta Declaración de la Selva Lacandona propuesta por el zapatismo, y más concretamente por el EZLN (Ejército Zapatista de Liberación Nacional), para hablar de forma encarnada de un ejemplo de sociedad civil, y plantear en su actuar heterogéneo a este sujeto performativo que se materializa después en «La Otra Campaña».

EL SUJETO PERFORMATIVO, SITUADO Y ENCARNADO. SEXTA DECLARACIÓN DE LA SELVA LACANDONA

La propuesta de situarlo y encarnarlo es «hacer del sujeto político, no un abstracto epistemológico, universal y desencarnado, sino poder mirarlo como un sujeto situado en lo encarnado, por lo que tomaremos como ejemplo para esto a la *Sexta Declaración de la Selva Lacandona*⁹ que será lo que dé origen a «la Otra Campaña» como una organización de sociedad civil.

La iniciativa de constituir una «Otra Campaña», surge formalmente a partir de la *Sexta Declaración de la Selva Lacandona* (la Sexta); un acto ilocutivo en sí mismo que crea el frente Nacional de Lucha por medio una invitación a la sociedad civil a hacer una campaña de lucha nacional, la cual será nombrada después «la Otra Campaña».

9. La *Sexta Declaración de la Selva Lacandona* es un documento que se da a conocer como un comunicado del estado de la lucha del EZLN, el 13 de noviembre de 2005, geopolíticamente situado al suroeste de México, «desde las montañas del sureste mexicano», por parte de Comité Clandestino Revolucionario Indígena, Comandancia General del Ejército Zapatista de Liberación Nacional. México. Desde su particular temporalidad: en el mes sexto, es decir, en junio de 2005.

La Sexta comienza como un comunicado dentro de la norma, apelando al tipo y a la forma en que se da esta comunicación, pero también recorriéndola de forma diferente, tanto por el lenguaje en el que se plantea, como por ser convocada por un comité que tiene la particularidad de darse asimismo existencia como Comité Clandestino Revolucionario Indígena. Es éste uno de los primeros recorridos por la norma de lo escrito que modifican la regla en su andar. Como un comunicado oficial (de un comité clandestino) desde la clandestinidad.

Una de las peculiaridades de este escrito es la forma que utilizan para escribir: «Ésta es nuestra palabra sencilla que busca tocar el corazón de la gente humilde y simple como nosotros, pero también como nosotros: digna y rebelde».

Se sitúan, tal como Mouffé lo plantea, construyendo identidades en un terreno precario y vulnerable, pero que se desliza de la norma de la precariedad; repitiéndose en esta misma, pero obteniendo un resultado diferente; deslizándose de una condición de la imposibilidad de la precariedad hacia la posibilidad de la acción por medio de reconocerse dignos y de moverse del plano o condición pasivo de la vulnerabilidad a la acción de la rebeldía, pero sin romper la norma, sin dejar su lugar desde la precariedad. Esto les da la posibilidad de comunicarse con otros sujetos que se identifiquen así como precarios.

Ésta es nuestra palabra sencilla para contar de lo que ha sido nuestro paso y en donde estamos ahora, para explicar cómo vemos el mundo y nuestro país, para decir lo que pensamos hacer y cómo pensamos hacerlo, y para invitar a otras personas a que caminen con nosotros en algo muy grande que se llama México y algo más grande que se llama mundo.

Este texto cumple una doble función: la de informar del estado de las cosas desde el interior hacia el exterior y, a su vez, es una invitación. Al tener este formato no transgrede ninguna norma: es una invitación que tiene la función de convocar a otras personas a las que ellos llaman sociedad civil o sociedades civiles, por la siguiente definición:

Porque la mayoría era como nosotros, que no pertenecía a partidos políticos, sino que era gente común y corriente como nosotros. Las sociedades civiles, las personas y sus organizaciones.

Ésta es nuestra palabra sencilla, para dar cuenta, a todos los corazones que son honestos y nobles, de lo que queremos en México y en el mundo. Ésta es nuestra palabra sencilla, porque es nuestra idea el llamar a quienes son como nosotros y unirnos a ellos, en todas partes en donde viven y luchan.

Butler habla de entender lo que podría ser la acción política, dado que ésta es indisociable de la dinámica de poder de la que es consecuencia. He aquí que se conecta con nuestro ejemplo, en donde una condición desde la necesidad y la explotación que los hace partícipes de una dinámica de poder por parte de un sistema neoliberal, los envuelve en una relación de poder en la que deciden unirse y convocar a la lucha.

Lo iterable de la performatividad es una teoría de la capacidad de acción (o agencia), una teoría que no puede negar el poder como condición de su propia posibili-

dad; esta identificación con el otro y esta posibilidad desde lo precario¹⁰ que les da su agencia política de convocatoria, es la que les da la condición de posibilidad sobre hacer otra política.

Al ser un derecho constitucional en México, el de la libre asociación, y al declararse en el mismo comunicado manteniendo sus compromisos sobre el cese al fuego ofensivo y la no realización de ataque alguno contra fuerzas gubernamentales ni movimientos militares ofensivos, manteniendo su compromiso de insistir en la vía de la lucha política, se sitúa como una «acción sin armas de un movimiento civil y pacífico». Por lo que esta convocatoria está dentro del Estado de derecho al darse dentro de la norma, pero al mismo tiempo en las denuncias que se realizan se plantea una nueva forma de construir política, al hablar y escuchar a la gente.

Vamos a ir a escuchar y a hablar directamente, sin intermediarios ni mediaciones, con la gente sencilla y humilde del pueblo mexicano y, según lo que vamos escuchando y aprendiendo, vamos a ir construyendo, junto con esa gente que es como nosotros, humilde y sencilla, un programa nacional de lucha, pero un programa que sea claramente de izquierda o sea anticapitalista o sea antineoliberal, o sea por la justicia, la democracia y la libertad para el pueblo mexicano.

El objetivo no era recomendar una nueva forma de vida como sujeto político que más tarde sirviera de modelo (Butler, 1997),¹¹ sino más bien abrir las posibilidades para «Otra» forma sin precisar qué tipos de posibilidades debían realizarse.

Vamos a tratar de construir o reconstruir otra forma de hacer política con el respeto recíproco a la autonomía e independencia de organizaciones, a sus formas de lucha, a su modo de organizarse, a sus procesos internos de toma de decisiones, a sus representaciones legítimas, a sus aspiraciones y demandas; y sí a un compromiso claro de defensa conjunta y coordinada de la soberanía

La *performance* es siempre y en todo caso creación de un espacio político, señala Butler, más allá de la resignificación o de la resistencia a la normalización, que esta «la Sexta» plantea; las políticas performativas van a convertirse en un campo de experimentación, en el lugar de producción de nuevas subjetividades y, por lo tanto, en una verdadera alternativa a las formas tradicionales de hacer política.

El sujeto político performativo, en este caso, realiza acciones como movimiento zapatista o la sociedad civil, constituyéndose en un sujeto político distinto del tradicional sujeto del hacer, el sujeto que repite la norma y que, al repetirla y transitarla, la va desplazando, dando una posibilidad diferente de mirar los sujetos y realizar esta convocatoria. De este modo reconocen a otros a quienes también convocan. Así también, estos actos performativos irradian su accionar en la diáspora del mundo indígena latinoamericano: el pueblo mapuche, los indígenas bolivianos y ecuatorianos, entre otros.

10. Butler (1997): 29.

11. Butler (1997): 18-19.

CONCLUSIONES, APORTES, TENSIONES DE LO PLANTEADO Y POSIBILIDADES DEL SUJETO PERFORMATIVO COMO ACCIÓN POLÍTICA

Este texto se plantea una aproximación performativa en el análisis de la acción política, específicamente en relación con la temática de la sociedad civil. Se plantea una aproximación que cuestiona la comprensión de la sociedad civil en términos de armonía social, e introduce la noción de conflicto y de creación de hegemonía cultural como elemento necesario para su conceptualización. Es, en este sentido, que se apuesta por una perspectiva subversiva en términos de creación de significados y formas de comprensión difractarias (Haraway y Casado, 1999).

El análisis político de la sociedad civil supone elaborar una comprensión de lo que son el sujeto en general y el sujeto político en particular. La herencia cartesiana de sujeto racional y agente, un «yo» que reflexiona y guía la acción corporal, y que comprende al mundo de forma antropocéntrica (Moran, 1998), ha entrado en una profunda crisis. La crisis del sujeto supone también una crisis a la forma épica de comprender la acción política que divide el campo de batalla entre vencedores y vencidos, en luchas heroicas de agentes conscientes y en el control de sus acciones. La política se convierte entonces en un conjunto de relaciones agónicas y antagónicas donde el sujeto se convierte en un producto de relaciones en lugar de un agente de las mismas (Ibarra, 2005). Si bien la narrativa épica es ilusa al no tener en cuenta los aspectos estructuradores de la acción, sobredimensionar la estructura puede llevar a perder de vista las acciones que hacen que esa misma estructura esté presente.

En este trabajo hemos visto cómo la perspectiva performativa (Butler, 1997) toma en cuenta tanto los aspectos estructurales como la posibilidad de agencia, aunque esa agencia no tenga como punto de origen el sujeto cartesiano. Esta perspectiva reconoce la agencia al afirmar que la realidad social se construye a partir de actos performativos, actos que definen las formas de sujeción que sitúan a distintos agentes en un determinado plano de interacción institucional. Esta acción, a su vez, usa herramientas que tienen una densidad histórica, por lo que, si bien no predeterminan la acción, sí que definen las posibilidades que se abren a la misma. La presente configuración social define material y semióticamente las múltiples interpelaciones por las que transita el sujeto en su acción política. Se trata de una llamada que, al realizarse, está sujeta a la imposibilidad de una repetición exacta. Una *differance* que crea simultáneamente norma y resistencia.

En este trabajo se realiza un análisis de la sociedad civil que tiene en cuenta esta doble acción reproductora y transformadora de los agentes y sujetos que se generan en un determinado campo social. Reconocemos, por una parte, cómo la sociedad civil es fomentada, creada y utilizada como herramienta de mantenimiento del orden y el control social en el marco de las actuales democracias liberales (Robinson, 1995). La constitución de este agente, por otra parte, implica la emergencia de efectos que no quedan agotados por el momento mismo de su constitución (Ibarra, 2005). Este debate es de especial importancia para el caso de los nuevos movimientos sociales (Touraine, 1981) que se adaptan a las nuevas formas de constitución del sujeto y la subjetividad, añadiendo a la distribución de recursos, la lucha por el reconocimiento identitario.

La *Sexta Declaración de la Selva Lacandona* nos sirve para concretizar e ilustrar estos conceptos. Nos encontramos con un sujeto político corporeizado, producto de una red de interrelaciones, que, a su vez, está cuestionando. Se trata de una reconstrucción de agencia usando los elementos y estrategias que han sujetado a esta misma agencia a dinámicas de precariedad neoliberal. Se trata de una *performance* que genera un nuevo espacio político que, a su vez, consolida y transforma nuevas agencias de acción política.

Butler afirma que uno puede preguntarse de qué sirve finalmente «abrir las posibilidades», pero nadie que sepa lo que significa vivir en un mundo social y lo que es imposible, ilegible, irrealizable, irreal e ilegítimo planteará esa pregunta (Butler, 1997: 28). Acción política significa la transformación de nuestra propia concepción de lo posible y lo real y, en este sentido, de transformación de nuestra posición de sujeto en lugar de su simple afirmación. Un cambio que, en ocasiones, es producto prácticas que anteceden a su teorización explícita y que emergen como aparente novedad en el espacio de iteración normativo.

En la posmodernidad, en este mundo globalizado, las organizaciones constituyen entidades performativas, sujetos agentes, que se definen y definen a sus participantes. Como lo señalábamos, lo performativo es la capacidad de repetición de actos, normas y acciones de los sujetos. Hoy son ellos y ellas los que se constituyen y levantan voces desde sus prácticas concretas para cambiar no solo su entorno más inmediato, sino asimismo, o sea, desde cada uno de ellos, formas de pensamiento y de actuar en lo micro, para luego hacerlo en lo macro, en la sociedad en general.

BIBLIOGRAFÍA

- Althusser, Louis (1969): «Ideología y aparatos ideológicos del Estado», en Slavojieck, comp. (2003): *Ideología. Un mapa de la cuestión*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Bauman, Z. (2002): *La sociedad sitiada*. Fondo de cultura económica de Argentina, Buenos Aires.
- Butler, Judith (1993): *Bodies That Matters. On the discursive limited of «Sex»*. Routledge, Londres y Nueva York.
- (1997): *Excitable, Speech. A Politics of the Performative*. Routledge, Londres y Nueva York.
- (2001): *Mecanismos psíquicos del poder. Teorías sobre la sujeción*. Cátedra, Madrid.
- (2007): *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Paidós, Barcelona.
- Cohen, J. y Arato, A. (1992): *Civil society and political theory*. MIT Press, Cambridge, MA.
- Droit, R. P. (2004): *Entrevistas con Michel Foucault*. Paidós, Barcelona.
- Fine, R. y Rai, S. (1997): «Understanding civil society: a preface», en *Democratization* 4: 1-6.
- Foucault, M. (1979:2005): *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Siglo XXI, Madrid.
- Gellner, E. (1994): *Conditions of liberty: civil society and its rivals*. Hamish Hamilton, Londres.
- Haraway, D. y Casado, E. (1999) «Las promesas de los monstruos: Una política regeneradora para otros inapropiadosibles», en: *Política y Sociedad*. Vol. 30, 1999, pp. 121-63.
- Heller A. (1991): *Muerte del sujeto en la historia sin futuro. Sobrevivirá la modernidad*. Península, Barcelona.
- Ibarra, P. (2005): *Manual de sociedad civil y movimientos sociales*. Síntesis, Madrid.
- Keane, J. (1988): *Democracy and civil society*. Verso, Londres.
- Moran, P.J. (1998): *An Alternative Existence*, CIES News-letter 117.
- Ndegwa, S. N. (1996): *The two faces of civil society: NGOs and politics in Africa*. Kumarian Press, West Hartford, CT.

- Pearce, J. (1997): «Civil society, the market and democracy in Latin America», en *Democratization* 4: 57-83.
- Quesada, F. (1998): *La filosofía política en perspectiva*. Anthropos, Barcelona.
- Robinson, M. (1995): «Strengthening civil society in Africa: the role of foreign political aid», en *IDS Bulletin* 26: 70-80.
- Rose, Nikolas (1996): *Inventing ourselves. Psychology, power, and personhood*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Shils, E. (1991): «The virtue of civil society», en *Government and Opposition* 26: 3-20.
- Tester, K. (1992): *Civil society*. Routledge, Londres.
- Touraine, A. (1981): *The voice and the eye*. Cambridge University Press, Inglaterra
- UNDP (1993): *Human development report*. Oxford University Press, Nueva York.
- World Bank (1997): *World development report*. Oxford University Press, Nueva York.



15

Eventful Protests, Global Conflicts

Donatella della Porta

Prepared for presentation at the plenary session of the
Conference of the Nordic Sociological Association, Aarhus, August 2008

PROTEST AS ROUTINE VERSUS EVENTFUL PROTEST. AN INTRODUCTION

SOCIAL MOVEMENT STUDIES HAVE TRADITIONALLY STRESSED *CONFLICT* AS A DYNAMIC element in our societies. The «European tradition» has looked at new social movements as potential carriers of a new central conflict in post-industrial societies, or at least of an emerging constellation of conflicts. In the «American tradition», the resource mobilization approach reacted to a then dominant conception of conflicts as pathologies. In his influential book *Social Conflict and Social Movements*, Anthony Oberschall (1973) defined social movements as the main carriers of societal conflicts. In *Democracy and Disorder*, Sidney Tarrow (1989) forcefully pointed out the relevant and positive role of unconventional forms of political participations in democratic processes. Not by chance, *Social Movements, Conflicts and Change*, one of the first book series to put social movements at the center of attention, linked the two concepts of social movements and conflicts. From Michael Lipsky (1968) to Charles Tilly (1978), the first systematic works on social movements developed from within traditions of research that had stressed the importance of conflicts for power, both in the society and in politics. In fact a widely accepted definition of social movements mentions conflict as a central element in their conceptualization: «Social movement actors are engaged in political and/or cultural conflicts, meant to promote or oppose social change. By conflict we mean an oppositional relationship between actors who seek control of the same stake – be it political, economic, or cultural power – and in the process make negative claims on each other – i.e., demands which, if realized, would damage the interests of the other actors» (della Porta and Diani, 2006, 21).

Social movements are «conflictual» not only because of their stakes, but also because of their forms. Protest has been in fact considered as the main repertoire of action —or even the *modus operandi*— of social movements. It is defined in the

sociology of social movements as a «resource of the powerless... they depend for success not upon direct utilization of power, but upon activating other groups to enter the political arena» (Lipsky, 1970, 1). In order to obtain voice, social movements «employ methods of persuasion and coercion which are, more often than not, novel, unorthodox, dramatic and of questionable legitimacy» (Wilson, 1973, 227). Those who protest must understand the selective use of information in the mass-media, and forms of protest should be adapted to the characteristics of public institutions. The centralization of decision-making power during the formation of the nation-state led to a repertoire of centralized political activity and social movements organized at the national level (Tilly, 1978), while recent challenges to the state have led to the development of multi-level social movement organizations (della Porta and Tarrow, 2004). Not only do rational actors mobilize above all when and where they perceive the possibility of success (Tarrow, 1994), but their strategies are also influenced by the reaction of the authorities: The opening of channels of access moderates the forms of protest, while their closing down induces radicalization (della Porta, 1995).

In the 1990s, this instrumental view of protest has also been linked to the spread of an image of a «protest society», with a sort of «conventionalization» of once unconventional forms of action, by spreading to the most varied groups of the society, recognized as a routine occurrence by the authorities, and obtaining wide acceptance among the public (della Porta and Reiter, 1998; Meyer and Tarrow, 1998). Widespread images occur of «movements without protest» (della Porta and Diani, 2004), and, in parallel, of protest without movements. A sort of «normalization» —or routinization— of protest is certainly part of the picture of contemporary political conflicts in Western European societies.

There is however also another part of the picture, which started to become more focused in 1999, with the protest in Seattle against the WTO Millennium Round, and spread after the attack on the twin towers in 2001. This is an image of political conflicts expressed on the street through mass rallies or direct action in what can be considered as a new cycle of protest. A main actor in this has been the global justice movement, formed by networks of groups and individuals that mobilize at various geographical levels for global justice, having been identified, in different countries, as alter-global, no global, new global, global justice, *Globalisierungskritiker*, *altermondialists*, globalizers from below, and so on (della Porta, 2007).

Beyond describing some forms of action that (through counter-summits and social forums) emerged in this cycle of protest, I shall address the more general issue of conflict nowadays by considering the emergent character of protest itself. Notwithstanding the relevance of protest events for social movements, they have been mainly studied as aggregated collective action (e.g. in protest cycles). In social movement studies, protest has in fact been mainly considered as a «dependent variable», and explained on the basis of political opportunities and organizational resources. In this analysis I want instead to stress the effects of protest on the social movement itself, by focusing on what, inspired by the historical sociologist William H. Sewell (1996), I would call «eventful protest». This differs from «teleological temporality», that explain events on the basis of abstract trans-historical processes «from less to more» (urbanization, industrialization, etc.), and from «experimental temporality», comparing

different historical paths (revolution versus non-revolution, democracy versus non-democracy), «*eventful temporality* recognizes the power of events in history» (ibid., 262). Sewell defines events as a «relatively rare subclass of happenings that *significantly transform structure*», and an eventful conception of temporality as «one that takes into account the transformation of structures by events» (ibid., emphasis added). Especially during cycles of protest, some contingent events tend to affect the given structures by fuelling mechanisms of social change: organizational networks develop; frames are bridged; personal links foster reciprocal trust. In this sense, some protest events constitute processes during which collective experiences develop through the interactions of different individual and collective actors, which with different roles and aims take part in it. The event has a transformative effect, in that «events transform structures largely by constituting and empowering new groups of actors or by re-empowering existing groups in new ways» (ibid., 271). Some protest events put in motion social processes that «are inherently contingent, discontinuous and open ended» (ibid., 272).

With reference to «eventful temporality», the concept of «transformative events» has been developed. As McAdam and Sewell observed, «no narrative account of a social movement or revolution can leave out events... But the study of social movements or revolutions —at least as normally carried out by sociologists or political scientists— has rarely paid analytic attention to the contingent features and causal significance of particular contentious events such as these» (2001, 101). The two scholars therefore (with not much resonance) call for attention at the way in which events «become turning points in structural change, concentrated moments of political and cultural creativity when the logic of historical development is reconfigured by human action but by no means abolished» (ibid., 102). Moments of concentrated transformations have been singled out especially in those highly visible events that end up symbolizing entire social movements —such as the taking of the Bastille for the French revolution or the Montgomery Bus Boycott for the American Civil Rights movement. These represent important turning points —«A transformative event is a crucial turning point for a social movement that dramatically increases or decreases the level of mobilization» (Hess and Martin, 2006, 249).

In my conception of eventful protest, I share the focus on the internal dynamics and transformative capacity of protest, looking however at a broader range of events than those included under the label of transformative protest. My assumption is that protests have cognitive, affective and relational impacts on the very movements that carry them out. Some forms of action or specific campaigns have a particularly high degree of «eventfulness». Through these events, new tactics are experimented with, signals about the possibility of collective action are sent (Morris, 2000), feelings of solidarity are created, organizational networks are consolidated, and sometimes public outrage at repression is developed (Hess and Martin, 2006).

In this contribution I shall look at the transformative capacity of protest, more than at the characteristics of prominent events. Protest will be considered as the independent variable: I shall look not at what produces protest, but at the «byproduct» of protest itself. In more general terms, I would suggest that the contemporary sociological reflection on conflicts as producers of social capital, collective identity and

knowledge, could be useful to balance the negative vision of conflicts as being disruptive of social relations, an analysis that can emerge from an exclusive focus on the most extreme forms of political violence.

In what follows I will reflect in particular on what makes protest *eventful*. As mentioned previously, in most social movement literature protest events have been analysed as the «dependent variable», with an attempt to explain their size and form on the basis of macro, contextual characteristics. Recently two different theoretical developments have brought about a shift in perspective. On the one hand there has been a growing attention to the cultural and symbolic dimension of social movements (Jasper, Goodwin and Polletta, 2001; Flam and King, 2006). On the other hand a more dynamic vision of protest has been promoted, with attention paid to the social mechanisms that intervene between macro-causes and macro-effects (McAdam, Tarrow and Tilly, 2001).

If the protest is a resource which some groups utilize to put pressure upon decision-makers, it should not be viewed in purely instrumental terms (see for this Taylor and van Dyke 2004). During the course of a protest both time and money are invested in risky activities, yet often resources of solidarity can be created (or re-created). Many forms of protest «have profound effects on the group spirit of their participants», since «in the end there is nothing as productive of solidarity as the experience of merging group purposes with the activities of everyday life» (Rochon, 1998, 115). Protest promotes a sense of collective identity, which is a condition for collective action (Pizzorno 1993). For workers, strikes and occupations not only represent instruments for collective pressure but also arenas in which a sense of community is formed (Fantasia, 1988), and the same occurs during the occupation of schools and universities by students (Ortoleva, 1988), or in squatted youth centers. In social movements the means used are very closely tied to the desired ends: «Tactics represent important routines, emotionally and morally salient in these people's lives» (Jasper, 1997, 237). In what follows I shall look at the capacity of protest events to produce relations, by facilitating communication as well as affective ties.

Together with attention to contingency and emotional effects, there is a reflection on processes, which stresses the role of temporality in this analysis. In macro-analyses, causal mechanisms have been linked to systematic process analysis (Hall, 2003), and «causal reconstruction» that «seeks to explain a given social phenomenon—an event, structure or development—by identifying the process through which it is generated» (Mayntz, 2004, 238). Adapting Renate Mayntz's definition (*ibid.*, 241), we might consider mechanisms as concatenation of generative events linking macro causes (such as contextual transformation) to aggregated effects (cycle of protest) through transformation at the individual and organizational levels. Mechanisms refer therefore to intermediary steps between macro-conditions and macro-outcomes. With more or less awareness, some research on social movements has gone beyond causal macro-macro inferences, looking at the mechanisms that link the macro and the micro (Coleman, 1986), such as the construction of identity (Melucci, 1996), the processes of networking (Diani, 1995), framing (Snow et al., 1986) and the escalation of action-strategies (della Porta, 1995). My analysis will build upon this literature by distinguishing *cognitive* mechanisms, with protest as an arena of debate; *rela-*

tional mechanisms, that brings about protest networks; and *emotional* mechanisms, through the development of feelings of solidarity «in action».¹

By way of illustration I will refer to various pieces of research on contemporary protest events, especially those promoted on issues of global justice and democracy from below. In the next part (§ 2), devoted to counter-summits, I shall refer to interviews with representatives of social movement organizations conducted in Italy (della Porta and Mosca, 2007). In § 3, to illustrate the social forum process, I shall present some results of a study on the European Social Forums (ESFs), based upon an analysis of organizational documents as well as a survey of their activists (della Porta, 2007b). Finally (§ 4) will look at direct action, drawing upon a case study on the protest campaign against the construction of a high-speed railway in Northern Italian Val di Susa (della Porta and Piazza 2008). Although relational, cognitive, and emotional consequences of protest on protestors will be relevant in all three forms of protest, long-lasting transnational campaigns seem particularly apt to illustrate relational processes; open arenas for debates (such as social forums) to discuss the cognitive effects of protest; and direct action to analyze the role of emotions in mobilization. In the concluding remarks, I shall reflect on the conditions for the development of «eventful protests» in contemporary societies, linking them to a new cycle of protest, with strong transnational characteristics.

ACTION NETWORK: HOW PROTEST PRODUCES RELATIONS

European Marches targeted the EU summits in Amsterdam, Cologne and Nice, promoting a social dimension of Europe, protesting against the Lisbon employment strategies because of their emphasis on «flexible» (precarious) jobs, and developing an Alternative Charter of Fundamental Rights. These protests were initially launched by organizations of unemployed and critical unions, yet became increasingly multi-issue and succeeded in sensitizing the activists of the institutionalized trade union confederations. The European marches have been defined as very early example of the formation of a flexible network addressing social issues at European level (Mathers, 2007, 51). This long-lasting and intense form of protest (inspired among others by the Hunger Marches of the 1930s) provides a perfect illustration for the growth of formal and informal networks «in action». The European marches became visible in 1997 in Amsterdam, in 1999 in Cologne, in 2000 in Nice, in 2001 in Sweden and in 2002 in Barcelona, Seville and Copenhagen.

This brief chronicle of recent EU summits and counter-summits shades doubts on the image of a broad «permissive consensus» around the EU. If truly European protest events might be few, they seem however to be eventful protests in the history

1. In a similar vein, Melucci (1989: 35) argues that, considered as a process, «collective identity involves at least three fundamental dimensions, which are in reality closely interwoven: Formulating cognitive frameworks concerning the goals, means and environment of action; activating relationships among the actors, who communicate, negotiate, and make decisions; and making emotional investments which enable individuals to recognize themselves in each other».

of an emerging movement, protesting for global justice and «another Europe» (della Porta, 2007a). The counter-summits in particular involved a growing number of social movement organizations, networking networks of activists that had developed specific campaigns on EU issues —with the European Marchers mobilized environmentalists active on Genetically Modified Organisms, NGOs promoting a social vision of Europe, pacifist organizations protesting against the wars in ex-Yugoslavia and the Middle East. It was during the (often long-lasting) preparation of these events that interactions developed between different actors, mobilized on different issues and in different countries. In this sense, protests created social capital (in Bourdieu's understanding of it as relational capital) of a particular type.

During this long campaign, successful networking is testified for by the steady *growth* in the number of organizations involved in the protest, as well as their diversity by country of origins and main focus of concern. The first march was promoted by activists of two French organizations —Agire ensemble Contre le Chomage (AC!) and the rank-and-file union Solidaires, Unitaires, Démocratiques (SUD)—that, during the mobilization of the French unemployed in the mid-1990s (della Porta 2008), had started to reflect upon the European dimension of the problems of the unemployed. According to the «thick description» of the campaign provided by Andy Mathers (2007), the first meeting of 25 representatives of organizations promoting a European March was held in Florence, on the occasion of an EU summit in June 1996, after a proposal had emerged in Turin a few months earlier. In November 40 participants from eight countries met in Paris, in what an activist describes as «a climate of co-operation. ... There were people from different ideological position and they entered into a dialogue and found a form of working together» (ibid., 57). After the success of the rally in Amsterdam, about one hundred people from eleven countries met in Luxembourg, in October 1997, and formed a European Marches network, defined as a loose network of groups that had to decide by consensus.

With the organization of the counter-summits, the mobilization extended to involve different types of actors at different territorial levels. During the preparation of the first march, «the various committees that sprung up to support the marches at European, national and local levels were notable for the plurality of participating organizations and for generating a discernable spirit of goodwill for the project» (ibid., 56). While the European Trade Union Confederation (ETUC) was initially very critical, «the Amsterdam campaign had enabled cross-national links between unions such as Sud (France), COBAS (Italy), and CGT and CCOO (Spain)» (Mathers, 2007, 73). During the preparation for a next march to Cologne, leftwing factions of the Italian CGIL, the German IG Metall and IG-Medien, the French CFDT and CGT also joined the protest. Even the ETUC accepted to participate with the European Marchers in a rally organized for the «Jobs Summit» in Luxembourg. In Nice the ETUC mobilized together with associations of unemployed, immigrants and environmentalists, «alterglobalist» ones as ATTAC, progressive and left-wing parties, communists and anarchists, Kurdish and Turkish militants, women's collectives, Basque and Corsican autonomists. The march in Barcelona, with representatives from the 15 EU countries, initially called by the ETUC, was then joined by new

unions, «soft» and «hard» environmentalists, anarchists and independentists, anti-capitalists and different civil society organisations.

At the turn of the millennium, a similar convergence of different social and political actors developed at the local and national levels through processes of «contamination in action» (for the local level, della Porta and Mosca, 2005; for the national level, della Porta, 2007). Protest produced relations between once disconnected individuals and groups, and networking developed «in action».

Networking «in action» is first of all instrumentally important in increasing the influence of each organization and individual. Co-ordinations and umbrella organizations emerged with the pragmatic aim of facilitating mobilization, and then helped the development of inclusive norms (Andretta, 2007). The logic of the network as an instrument for the coordination of activity facilitates the involvement of different political actors. In the European Marches, coordinated action was promoted above all for being instrumentally useful. According to an activist, «the concept of the European Marches Network has always been to say that even if there are tensions, it is necessary to find the spaces where we can work together» (ibid., 56).

Beyond this instrumental aim the preparation of common protest campaigns is also seen as intensifying relations between participants. The European Marches «produced new personal and collective identities amongst the unemployed, as well as new representations of them as an international and internationalist social and political force» (ibid. 87).

The Marches developed social ties primarily by facilitating an exchange of knowledge, as relations with other activists induced cognitive changes. In fact «an important element of the marches was the opportunity they provided for sharing personal experiences of unemployment, for experiencing a sense of fellowship through sharing elements of everyday life such as food and entertainment, and for collectively tackling common practical and political problems. These sharing of common experiences and common problems helped to establish a sense of camaraderie amongst the marchers and in some cases friendships developed that were cemented through exchange visits and contact by mail between the continental events» (ibid., 90).

Action in transnational networks also enables the construction of transnational identities through the recognition of similarities across countries. In a scale shift process (Tarrow, 2005; Tarrow and McAdam, 2004), during transnational campaigns activists begin to identify as part of a European or even global subject. Italian activists involved in transnational protest campaigns stressed the growing dialogue between leaders (or spokespersons) of different organizations as an effect of better reciprocal understanding: «after several years of developing common actions, you meet in the same movement, talk, you start understanding each other, you find codes of communication, methods for resolving problems ... in the different mobilizations you meet different organized and non-organized actors with whom you had nothing to share before... there you start to enter into dialogue and to discover that you can do things together» (SF2, cit. in ibid.).

At the personal level participation in protest campaigns helps develop reciprocal knowledge, and thus trust «in action». From this point of view, during the European marches informal networks were created along with the more formalized ones. As an

activist stated, «In France in '97 I followed the activists for one week and we became friends...». The development of friendship ties is often facilitated by the playfulness of the protest. Although speaking a language of anger (*la colère* was mentioned in several, especially French, slogans), the activists of the Marches remember action as parties, festivals, Christmas events. «Collective action also enabled the unemployed to emerge out of the misery and solitude of everyday life and share in an episode of collective existence and solidarity that was on occasion a joyful experience» (ibid., 90). Solidarity ties can also be intensified by more negative, but still highly emotional, experiences, such as police repression (see also § 4): the counter-summits were also «eventful» because of the frequent encounters with the police.²

The creation of mutual knowledge, trust, and friendship through protest is, of course, nothing new. In his research on labour conflicts, Rick Fantasia (1988) challenged the widespread idea of a lack of class-consciousness among U.S. workers. By looking at intense moments of protest (such as strikes and occupations), he developed the concept of a «culture of solidarity», as a more dynamic substitute for «static» class consciousness. In the past preparation of some symbolically relevant protest events used to take long months. This was evident in the history of the First of May, which played a most important role in the labour movement. In countries such as Italy, France or Germany, it was during the preparation of the demonstrations for Labour day (that took often up to an entire year) that relations developed between the labour movements and other social movements. What makes networking particularly relevant in contemporary movements is, together with the already mentioned plural background of their activists, the transnational level of the action. Together with the European marches, the European Preparatory Assemblies for the European Social Forum, as well as the meetings to prepare the EuroMayday, represent moments of reciprocal knowledge among activists coming from different countries and backgrounds (Doerr and Mattoni, 2007).

ARENAS FOR CONVERSATION: HOW PROTEST PRODUCES COGNITIVE PROCESSES

The Social Forums have been an innovative experiment promoted by the global justice movement. Distinct from a counter-summit, which is mainly oriented towards public protest, the Social Forum is a space of debate among activists. Although the first large-scale social forum to be organised, the World Social Forum (WSF), was indirectly oriented to «counter» the World Economic Forum (WEF) held in Davos

2. In Amsterdam, the headquarters of the Central Bank, where Heads of State, Ministries and dignitaries met, was protected by 5,000 policemen. In Nice, on December 7th, attempts by a few thousands activists to block the avenue of the summit ended up in police baton-charges, with use of tear-gas. The following year, the protest escalated in Gothenburg. On June 14th 2001, some of the protesters clashed with the police, who had surrounded their sleeping and meeting spaces. On June 15, notwithstanding the arrests of bus-travellers at the borders and the strict controls on the 2025 protestors singled out as dangerous by the Swedish police, in the evening a Reclaim the City party escalated in street battles that ended up with 3 demonstrators heavily wounded by police bullets.

(Switzerland), it nevertheless presented itself as an independent space for encounters among civil society organisations and citizens. The WSF have taken place in Porto Alegre in 2001, in 2002 and 2003, then in Mumbai in 2004, and again in Porto Alegre in 2005. Since 2001, social forums have also developed at macro-regional, national and local levels. Among them, the European Social Forum (ESF) played an important role in the elaboration of activists' attitudes towards the European Union, as well as the formation of a European identity. The first ESF took place in Florence in 2002, the second, held in Paris in 2003, the third in London in 2004 and the fourth one in Athens in 2006.

The format of the social forum epitomizes the cognitive processes that develop within protest events as arenas for encounter. An element that was present also in many previous forms of protest (see below), the cognitive dimension of protest events as spaces for exchanges of knowledge and ideas is strongly emphasized in the social forum process. Not by chance, the ESF is represented in the press as «an exchange on concrete experiences» (*La Stampa*, 10/11/2003), «an agora» (*Liberazione*, 14/11/2003), a kermesse (*Europa*, 3/11/2003), a «tour-de-force of debates, seminars and demonstrations by the new global» (*L'Espresso*, 13/11/2003), «a sort of university, where you learn, discuss and exchange ideas» (*La Repubblica*, 17/10/2004), «a supranational public space, a real popular university, but especially the place where to build European nets» (in *Liberazione*, 12/10/2004). The spokesperson of the Genoa Social Forum (that organised the anti-G8 protest in 2001), Vittorio Agnoletto, describes the ESF as a «non-place»: «it is not an academic conference, even though there are professors. It is not a party international, even though there are party militants and party leaders among the delegates. It is not a federation of NGOs and unions, although they have been the main material organisers of the meetings. The utopian dimension of the forum is in the active and pragmatic testimony that another globalisation is possible» (*Il manifesto*, 12/11/2003).

The common basic feature of a social forum is the conception of an *open* and *inclusive* public space. The charter of the WSF defines it as an «open meeting place». Participation is open to all civil society groups, with the exception of those advocating racist ideas and those using terrorist means, as well as political parties that advocate these ideas. Its functioning involves hundreds of workshops and dozens of conferences (with invited experts), and testifies to the importance given (at least in principle) to the production and exchange of knowledge. In the words of one of the organisers, the WSFs promote exchanges in order «to think more broadly and to construct together a more ample perspective» (ibid., 141). References to «academic seminars» are also present in the activists' comments on the European forum published online (see e.g. http://www.lokabass.com/scrifa/eventi.php?id_eve=12, accessed 20/12/2006). Writing on the ESF in Paris, the sociologists Agrikoliansky and Cardon (2005, 47) stressed its pluralistic nature:

«Even if it re-articulates traditional formats of mobilisations, the form of the 'forum' has properties that are innovative enough to consider it as a new entry in the repertoire of collective action. ... An event like the ESF in Paris does not indeed resemble anything already clearly identified. It is not really a conference, even if we find a program, debates and paper-givers. It is not a congress, even if there are tribunes,

militants and mots d'ordre. It is not just a demonstration, even if there are marches, occupations and demonstrations in the street. It is neither a political festival, even if we find stands, leaflets and recreational activities».

What unifies these different activities is the aim of providing a meeting space for the loosely coupled, huge number of groups that form the archipelagos of the global justice movement. Its goals include enlarging the number of individuals and groups involved, but also laying the ground for a broader mutual understanding. Far from aiming at eliminating differences, the open debates should help to increase awareness of each others concerns and beliefs. The purpose of networking-through-debating was in fact openly stated already at the first ESF in Florence, where the Declaration of the European social movements reads:

«We have come together to strengthen and enlarge our alliances because the construction of another Europe and another world is now urgent. (...) We have come together to discuss alternatives, but we must continue to enlarge our networks and to plan the campaigns and struggles that together can make this different future possible. Great movements and struggles have begun across Europe: the European social movements are representing a new and concrete possibility to build up another Europe for another world».

The development of inclusive arenas for the creation of knowledge emerges as a main aspiration in the social forum process. I do not want here to assess if this aspiration is successful. The brief history of the social forums testifies to the difficulties that the implementation of those aspirations brought about. The World Social Forum process has been criticized «from within» because of the dominant role of few founding organizations, as well as the linkages with some parties and political institutions. The tensions between those who perceive the forum as mainly a space for exchanging ideas and networking, and those instead that privilege the constitution of a unitary actor, capable of political mobilization, has characterized not only the WSF, but also its European counterpart. The degree of inclusiveness of the European Preparatory Assembly, that organized the various ESF editions, is often discussed, and various groups have preferred to organize autonomous spaces outside of the official forums. The constant restructuring of the organizational format testifies to the perceived gap between norms and practices (on the ESF, della Porta, 2007b, on the WSF, Smith et al., 2007).

Yet the very continuity in time of both WSF and ESF, with declining media attention but sustained participation of individuals and groups, indicates the search for spaces where communication between groups with very different organizational forms, issue focus and national background can develop, free from the immediate concerns for decision of strategies and actions. Although this is not new, the internal heterogeneity and the transnational nature of these mobilizations give a special character to this search. Cognitive exchanges develop during various forms of protest, used by various movements. The assemblies have developed as (more or less) formalized and ritualized spaces of encounter and debate. Marches have been usually closed by speeches of a more or less ideological content. What seems to make cognitive exchanges especially relevant for the Global Justice Movement in general, and the social forums in particular, is the positive value given to the openness towards «the others»,

considered in some activists' comments as a most relevant attitude in order to «build nets from the local, to the national and the supranational» (see e.g. http://www.loka-bass.com/scriva/eventi.php?id_eve=62, accessed 20/12/2006).

In this sense, social forums belong to emerging forms of action that stress, by their very nature, plurality and inclusion.

The content of the exchanges that takes place during forums and the like is usually less ideological than informative. This reflects an attention to the construction of an alternative specialized knowledge, which seems nowadays to characterize many local as well as global protests. For instance in campaigns against high speed railways, airports, roads or bridges, a main activity of protesters is the collection, elaboration and diffusion of information on the projects, based on technical knowledge obtained through dialogue with experts, 'internalized' through the participation to the protest of 'experts' (economists, engineers, urban-planners, etc.) (della Porta and Piazza, 2008). If the use of technical information has a legitimizing effect on the elaboration and implementation of public policies (Lewanski, 2004), technical 'counter-knowledge' is in fact considered a fundamental resource for those who protest. Beyond this instrumental use, knowledge can also transform the form and content of the protest, as the various actors which participate in the protest tend to adopt a specialist language. Also in the course of the mobilization, technical knowledge becomes appropriated, transformed and transmitted by the activists.

SOLIDARITY IN ACTION: HOW PROTEST CREATES COMMUNITIES

The evolution of local conflicts around large infrastructures, as the campaign against the construction of a High-Speed railway on the territory of Val di Susa (Italian Alps), often sees an escalation towards more disruptive forms of protest, as more moderate actions have failed to break the perceived 'brick wall' of the authorities (della Porta, 2004). Mass demonstrations are also accompanied by direct actions such as blocking roads or railway lines that, although excluding violence, still represent a challenge to the state in terms of public order. A radicalization of conflict is particularly evident in Val di Susa, around a classic mechanism of interaction in the street with the enforcers of the law, which also attains a strong symbolic value. The escalation in the conflict with the police, centered around the occupation of the building site, which both sides were seeking to control, is a source for growing solidarity and increasing identification with the protest. The eventfulness of protest emerges especially through the development of strong emotional ties, and with them of a sense of belonging to a community.

The «battle of Seghino» on the 31th of October in 2006, the charges in Venaus on the 29th of November, the dispersal of the site occupation on the 6th of December and the re-occupation of the site on the 8th of December, represent the most acute moments of the conflict in Val di Susa, with the police around their presidiums in the valley, eventful protests which have accompanied this wave of mobilization. In similar ways, Seattle, Prague, Gothenburg, Genoa —with their images of street battles

with the police and wounded people— have generated emotional feelings of participants and by-standers.

As mentioned before, protest repertoires are often chosen, or at least justified ex-post, as instrumentally useful. Despite the risk of stigmatization, direct action is perceived by those who protest as an instrument that raises the visibility of a protest ignored by the mass-media. As the President of the Mountainous Community in Val di Susa recalls, «thanks to Minister Pisanu our visibility increased. I was hoping that this would happen, because from an electoral viewpoint 100,000 people count for nothing (given that they all vote differently)...» (IVS6). Even beyond the valley «the attacks by the police earned the sympathy of those who knew nothing of the Tav... for them it was counter-productive because it gave us added visibility and prompted a democratic spirit that went beyond the Tav conflict, because in a democratic country certain things should not be done» (IVS3).

Beyond the instrumental dimension linked to increased visibility, the important effect of direct action on the closer circles of protestors is the strengthening of motivations through the development of feelings of solidarity and belonging. If emotions had long been looked with suspicion (not only in social movement studies, but in political sociology and political science at large), attention to their role has recently (re)emerged. The emotional intensity of participation in protest events as passionate politics has been stressed (Goodwin, Jasper, and Polletta, 2001; Aminzade and McAdam, 2001) together with the role of subversive «counter-emotions» in cementing collective identities (Eyerman, 2005). Research has pointed the mobilizing capacity of «good» emotions (such as hope, pride, or indignation), and the movements' work on potentially dangerous emotions (such as fear or shame) (Flam, 2005). Reciprocal emotions (such as love and loyalty, but also jealousy, rivalry or resentment) have especially important effects on movement dynamics. The role of dramaturgy, narrative and rituals in intensifying commitment has been investigated for protest events in general (as effect of an «emotional liberation», see Flam, 2005) as well as for specific critical emotional events. All these elements emerge in our narratives.

In Val di Susa, the activists underline in fact the positive effects of direct action, as a moment of growth in solidarity with the local population. In particular direct actions tend to produce more intense emotional effects. Stressing the emotional effects of some moments of escalation around the site where the work for the high-speed trains had to begin, accounts by the protesters in Val di Susa help single out some emotional chains that are produced in action.

Firstly the interaction with the police around the occupied spaces produces the spread of *injustice* frames (Gamson, 1990), often mentioned by protesters as a source of consensus in the population, and a way to strengthen the collective identification with the community. In Val di Susa, the intervention of the police to clear the site occupation became the symbol of an unfair attitude towards those who were protesting peacefully. As local activists observe, «the explosion of the movement (and nobody expected a participation of this strength) occurred from the 31st of October onwards, the days in which the violence of the government sent the troops into the valley» (IVS2); «at the site occupation there were always 100-200 people during the

day. When it looked likely to be cleared out then 2000-3000 people arrived, staying throughout the night to defend our position» (IVS8). The same sense of injustice emerges in the narratives on the dispersal of the site occupation by the police forces. In the recollection of one activist,

«they destroyed the books of the university students who were studying throwing them in a bonfire. And when people were forced to leave the fields, the police went round with the No Tav banners as if they were a symbol of conquest... and they also had the cheek to destroy the food supplies that were needed to live in the camp... old people were beaten and they stopped the ambulances from coming.» (IVS7).

Going beyond the Val di Susa case, injustice frames produced «in action» have been central in the development of the global justice movement, particularly when linked to interventions by the police that are considered as all the more unjust, given the non-violent forms of action chosen by the activists. In the protest against the WTO in Seattle, as well as in those against the G8 in Genoa, the images of the police brutalities against peaceful demonstrators produced emotional shocks not only among those who had participated in the demonstrations, but also among those who later on identified with the protesters (della Porta, Andretta, Mosca and Reiter, 2006).

Together with injustice, *arrogance* is a main narrative frame that emerges with regard to the presence of the police in Val di Susa, described as the «militarization of the valley»: the «final drop that makes the glass spill over», while the successive mobilization is the «reaction against arrogance: the moment in which they made false moves with arrogance, and even trickery, there was a popular reaction, from everybody not just militants» (IVS4).

The arrogance of a power that violates the very principle of democracy is often stressed with regard to the transnational demonstrations, when demonstrators are rejected at the borders, kept at distance from international summits, preventively arrested, charged by the police. The images of the police forces, militarily equipped and aggressively deployed to protect few powerful leaders from the large number of citizens («You G8, we 8 billion» was the slogan of Genoa protest) is often communicated by the movement media as illustrating this arrogance.

The perceived arrogance of the enemy can, however, discourage from collective action if it is not accompanied by *anger*. If repression, increasing the costs of collective action, can discourage protest, it may also reinforce the processes of identification and solidarity (della Porta and Reiter, 2006). In the perception of the activists, the police brutality in Val di Susa produced indignation: «the people started to get angry; there was no way of stopping them: they occupied roads and highways (the people, not the associations), they would have stayed day and night until the government gave a signal... then on the 6th they used force, beating old people. Two days later people shouted 'let's take back the land' and 100,000 people descended and took it back» (IVS5). La *colère* is also mentioned by those marching against unemployment (see above).

What makes anger a mobilizing emotion is its connection with a feeling of *empowerment*, that comes from the experiences of successful moments of direct action. Remaining in Val di Susa, the re-conquest of Seghino (the place where the works

were due to begin) is narrated as an epic return. And a feeling of *belonging* therefore develops on the street (or in the case of Val di Susa, on the occupation sites). The activists in Val di Susa talked of a process of identification with the community, which stemmed from the experiences of conflict with the police forces coming from outside, but also from encounters with fellow citizens in the spaces that the protest had created. In the words of an interviewee, the community is built in action:

«Our identity began to strengthen itself from June, when the government tried to initiate the works. That summer people began to stay at the site from morning till night, people from the same town became friends although only acquaintances before. *The people became a community...* the site occupation became a social event and this cemented an identification between territory and citizen which is quite exceptional. Then the events obviously emphasized the solidarity in these difficult situations. People ended up in hospital from police beatings, and a sense of community had been created» (IVS6, our italics).

It is through long and intense actions, such as the site occupation, that in the activists' narrative, the «people» became a «community». The struggles around the No Tav site occupations of 2005 were seen as a moment of growth of the mobilization, not only in numerical terms but also in terms of identification with the protest. In the words of activists, the site occupation had «great emotional force», «a shared intimacy», «wonderful as well as striking for the behavior of the people; the diversity of those present; and the sense of serenity» (Sasso, 2005, 61).

More generally some forms of direct action (such as protest camps, occupations etc.) are eventful in so far as they affect the daily lives of the participants by creating free spaces. The site occupations in Val di Susa are described as places of strong socialization, «real homes built on this territory, which became focal points- a wonderful thing. In the summer there were scores of people that came to talk and socialize, allowing feelings of solidarity to grow with the awareness that this struggle was for everyone» (IVS8). Participation in the protest is seen as gratifying in itself, as it becomes part of everyday life.

Allowing for frequent and emotionally intense inter-actions, the site occupations were perceived as an opportunity for reciprocal identification, based on mutual recognition as members of a community. In the site occupations «you got to know people *through the struggle*, you recognized each other» (IVS7, our emphasis). In this sense the action itself constitutes a resource of mutual solidarity and reciprocal trust, which allows the capacity to withstand later moments of intense conflict.

These site occupations also represent arenas of discussion and deliberation, places to experiment a different form of democracy. They are described as participatory, allow for the development of individual creativity. In the words of one activist: «Everything began from these site occupations, a wonderful form of participatory democracy where people from below could have their say: They could coin a slogan, a new banner, invent a new march, a new message» (IVS5). The site occupations thus become 'political laboratories' that produced inter-action and communication:

«Here we threw ourselves into the game, we experimented on the things we said and we learnt a lot from these people, from their motivation, their capacities, and we had to confront the realities of our own words, which were far from the realities of

political action. We became concrete in a struggle of this type, and it was a moment of growth (both human and political) for all of us» (IVS1).

The experience of the site occupation transcends the opposition to high-speed trains. The occupied sites become places in which «all the small problems which must be confronted daily are resolved through discussion, with spontaneous assemblies, with mutual trust and a complicity which reinforces the sense of solidarity» (ibid.).

Again my aim here is not to judge far the protesters' aspirations proved successful. The Val di Susa protest, as with most others, is also characterized by internal tensions and moments of low ebbs. What I want to stress instead is how the intense emotionality of protest produces effects on protestors themselves, producing instead of just using resources for collective action. If protest tends to be always emotionally intense, it is especially so in direct action, with the risks that involves and the higher emotional attachments. If direct actions have been widespread in various waves of protest, testifying to the intensity of the activists' commitment, as well as challenging the State control of territory, the recent mobilizations on global justice have seen a return to direct action, after a period in which more moderate forms had been dominant. Characteristics of recent direct actions include a high ritualization and the risk of arrest testifies to the conviction that something had to be done about a decision considered profoundly unjust, even if this involved running very serious costs indeed. The accounts of the struggle in Val di Susa indicate that participation in direct action is often rewarded by the creation of strong feelings of solidarity and identification in a community. In the intense moments of protest, activists do not seem to be guided by instrumental reasoning, but instead by a normative imperative to act against what is perceived as an unbearable injustice. A second characteristic of recent uses of direct action is the attempt to create free zones in which alternative forms of life can be experimented with. The Zapatistas experience is a most influent example for the global justice activists (Olesen 2003), in particular (and not by chance) for the squatted centers, which also focus on the construction of alternative space.

EVENTFUL PROTEST IN CONTEXT

I have singled out relational, cognitive, and affective mechanisms that develop throughout protest events. I have suggested that although protest is used everyday by the most varied people, it is still a type of event that tends to produce effects, not only on the public authorities or public opinion, but also (possibly mainly) on the movement actors themselves. I have looked at protest as an «independent» variable, but the effects I was interested in were especially those on the actors who participated. I suggested these effects are all the more visible in some specific forms of protest that require long preparatory processes, in which different groups come together (e.g. transnational campaigns), stress the relevance of communication (e.g. social forums), and are particularly intense from the emotional point of view (e.g. symbolic and physical struggles around the occupied sites in Val di Susa). These kinds of protest are especially «eventful», i.e. they have a very relevant cognitive, relational and emotional impact on participants and beyond participants. Long-lasting events (or

chains of events, such as campaigns), inclusive communicative arenas, and free-spaces are forms of protest that seem particularly apt to create relational, cognitive and emotional effects on protestors.

I would not contend that these forms of protest are new, but I think it could be useful to reflect upon the specific contextual conditions in which *eventful protests* are more widespread. Above all protest seems more eventful during *cycles of protest*. Cycles of protest have been authoritatively defined as coinciding with «a phase of heightened conflict and contention across the social system that includes: a rapid diffusion of collective action from more mobilized to less mobilized sectors; a quickened pace of innovation in the forms of contention; new or transformed collective action frames; a combination of organized and unorganized participation; and sequences of intensified inter-actions between challengers and authorities which can end in reform, repression and sometimes revolution» (Tarrow, 1994, 153). It is particularly during protest cycles that some events remain impressed in the memory of the activists as emotionally charged events, but also represent important turning points for the organizational structures and strategies of the movements. The history of each movement and of contentious politics in each country always includes some particularly «eventful» protests. The transnational character of recent protest, as well as the internal heterogeneity of recent waves of mobilization (with «movement of movements» as its self-definition), have added values to the relevance of those relational, cognitive, and affective mechanisms that make protest eventful.

Reflecting upon what makes protest more eventful during protest cycles, a first general element that impacts upon cognitive and relational mechanisms is the *plurality* of participants. During cycles of protest different actors interact through processes of imitation, emulation or competition (Tarrow 1989): alliances are built and common campaigns staged. This brings about a particular need for communication that is expressed in assemblies, as well as coordinating committees. For contemporary movements such as the global justice movement or the peace movement, the necessity of organizing together actors involved on different specific issues, with different organizational traditions and particular repertoires of action, gives even more relevance to moments of exchange of ideas. The experience of the social forum reflects a conception of the movement as an arena where different groups and individuals communicate with each other. Relational mechanisms are particularly relevant given the transnational nature of protest events. Counter-summits, social forums, global days of action, all require long processes of preparation in which hundreds or thousands of organizations, as well as activists from dozens (or hundreds) of countries, become involved.

A second element which is particularly relevant during cycles of protest is *identity building*. It is especially during cycles of protest that new movement identities (e.g. the student movement identity, the women's movement identity) develop and are given content. Cycles are promoted in the beginning by actors that mobilize within existing institutions, but also challenge them from the cultural point of view. New codes and ideas develop from the interaction of different organizational traditions, political generations, and social actors (Melucci 1996; Rochon 1998). Relational mechanisms therefore interact with cognitive ones. In the global justice move-

ment, two specific cultural characteristics might increase their relevance. Firstly, the effect of internal diversity has meant the movement develops «tolerant» inclusive identities, stressing differences as a positive quality of the movement (della Porta, 2004a). The development of the «method of consensus» as a principle for decision making (even if difficult to implement in practice) testifies to the discursive element of democracy. Secondly, the movement is characterized by a certain pragmatism: the breakdown of the big ideologies is accompanied by the search for «concrete alternatives», or «possible utopias» (to quote concepts that are quite widespread in the movement's language), with an acknowledgment of the difficulties of finding solutions for the existing problems. The cosmopolitan nature of several protests also increases the importance of communication between different languages and national traditions.

A third element that makes protests more eventful during cycles of protest is related to the interaction between the State and social movements, especially between the *police* and demonstrators. Eventful protests are those in which emotional feelings are fuelled by violent interactions with the police. These events are likely to develop during cycles of protest, since it is in these moments that new repertoires of action emerge (Tarrow, 1994), and the meta-issue of right to demonstrate mobilizes alliances and opponents (della Porta, 1998). If de-escalation in police strategies reflects the routinization of some protest forms, as well as the legitimation of some protest actors, recent protests show some counter-tendencies, especially when new actors and forms of action enter the scene. The militarization of police training and equipment is having most visible effects in the policing of some protest events, especially since (post 9/11) issues of security are coupled with «zero tolerance» doctrines, even for petty crimes or disturbances of public order. The «war on terrorism» had a strong impact on the policing of protest, as well as individual freedom at the national and transnational levels. Political transformations in national party systems, with the weakening of Center-Left parties' willingness to act in defense of the rights of demonstrators, also play a key role in the stigmatization and (frequent) repression of protest in the street. Particularly delicate in this respect are transnational protest events, which have a high visibility and unite activists from different countries. These leads to interventions from different police bodies, and in the case of counter-summits security concerns are also added to public order ones, given the mass nature of these events (della Porta, Pedersen and Reiter, 2006).

INTERVIEWS

Interviews in Val di Susa (carried out by Massimiliano Andretta and Eugenio Pizzimenti) and with representatives of social movement organizations involved in the Social Forum process in Milan (interviews carried out by Lorenzo Mosca):

IVS1. Interview with Chiara, Centro Sociale Askatasuna, Val di Susa, 16/2/2006.

IVS2. Interview with Cosimo Scarinzi, secretary of Comitati Unitari di Base, Val di Susa, 18/2/2006.

IVS3. Interview with Gianni De Masi, councillor of Verdi, Val di Susa, 18/2/2006.

IVS4. Interview with Maurizio Piccione, Comitato Spinta dal Bass di Avigliana, Val di Susa, 18/2/2006.

IVS5. Interview with Pierpaolo Coterchio, Legambiente Piemonte, and with Gigi Richetto, university professor, Val di Susa, 17/2/06

IVS6. Interview with Antonio Ferrentino, president of the Comunità Montana Bassa Val Susa, Val di Susa, 17/2/2006

IVS7. Interview with Nicoletta Dosio, Secretary of the local Circe of Partito della Rifondazione Comunista of Bussoleno-Val di Susa, Val di Susa, 17/2/2006.

IVS8. Interview with Giovanni Vighetti, Comitato di Lotta Popolare contro l'alta velocità di Bussoleno, Val di Susa, 16/2/2006.

BIBLIOGRAPHY

- Agrikoliansky, Eric and Dominique Cardon (2005): «Un programme de débats: forum, forms et formats», en Eric Agrikoliansky and Isabelle Sommier (eds.), *Radiographie du mouvement altermondialiste*, La Dispute, Paris, pp. 45-74.
- Aminzade, Ronald and McAdam, Doug (2001): «Emotions and Contentious Politics», en Aminzade, Ronald, McAdam, Doug, Perry, Elizabeth, Jr., William H. Sewell, Tarrow, Sidney and Tilly, Charles (eds.), *Silence and Voice in the Study of Contentious Politics*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 14-50
- Andretta, Massimiliano (2007): «Democrazia in azione. Modelli decisionali e ideali democratici degli attivisti globali», en Fabio de Nardis (ed.), *La società in movimento*, Editori Riuniti, Roma.
- Coleman, James S. (1986): *Individual Interests and Collective Action. Selected Essays*, Cambridge University Press, Cambridge, Nueva York.
- Della Porta, Donatella (1995): *Social Movements, Political Violence and the State*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Della Porta, Donatella (2004): «Multiple Belongings, Flexible Identities and the Construction of Another Politics. Between the European Social Forum and the Local Social Fora», en della Porta, Donatella and Tarrow, Sidney (Eds.) *Transnational Protest and Global Activism. People, Passions, and Power*, Rowman and Littlefield, Nueva York, pp. 175-202.
- Della Porta, Donatella (2007a): *The Global Justice Movement in Crossnational and Transnational Perspective*, Paradigm, Nueva York.
- Della Porta, Donatella (2007b): «Global Activists: Conceptions and Practices of Democracy in the European Social Forums», paper presented at the Annual Joint Sessions of the European Consortium for Political Research, Helsinki, Mayo 2007.
- Della Porta, Donatella (2008): *The Protest on Unemployment: Forms and Opportunities, in Mobilization*.
- Della Porta, Donatella and Diani, Mario (2006): *Social Movements. An Introduction*, Blackwell Publishing, Malden, Mass., Oxford.
- Della Porta and Diani, Mario (2004b): *Movimenti senza protesta? L'ambientalismo in Italia*, Il Mulino, Bologna.
- Della Porta, Donatella and Mosca, Lorenzo (2007): «In Movimento: "Contamination" in Action and the Italian Global Justice Movement», *Global Networks*, 7, pp. 1-27.
- Della Porta, Donatella and Piazza, Gianni (2008): *Voices of the Valley. Voices of the Straits. How Protest Creates Community*, Bergham.
- Della Porta, Donatella and Reiter, Herbert (1998): «Introduction. The Policing of Protest in Western Democracies», en della Porta, Donatella and Reiter, Herbert (eds.), *Policing Protest. The Control of Mass Demonstrations in Western Democracies*, University of Minneapolis Press, Minneapolis, pp. 1-32.

- Della Porta, Donatella and Reiter, Herbert (2006): «Conclusions», en Donatella della Porta, Peterson, Abby and Reiter, Herbert (eds.), *The Policing of Transnational Protest*, Ashgate Publishing, Ltd., Aldershot.
- Della Porta, Donatella and Tarrow, Sidney (eds.) (2004): *Transnational Protest and Global Activism. People, Passions, and Power*, Rowman and Littlefield, Nueva York.
- Doerr, Nicole and Mattoni, Alice (2007): «The Euromayday Parade against Precarity. Cross National Diffusion and Transformation of the European Space “From Below”», *8th Annual Conference of the European Sociological Association*, 3rd - 6th September Caledonian University, Glasgow
- Eyerman, Ron (2005): «How Social Movements Move: Emotions and Social Movements» en Helena Flam and Debra King (eds.), *Emotions and Social Movements*, Routledge, Londres, pp. 41-57.
- Fantasia, Rick (1988): *Cultures of Solidarity. Consciousness, Action, and Contemporary American Workers*, University of California Press, Berkeley, Los Angeles.
- Flam, Helena (2005): «“Emotions” Map: A Research Agenda», en Helena Flam and Debra King (eds.), *Emotions and Social Movements*, Routledge, Londres, pp. 19-41.
- Flam Helena and Debra King (eds) (2005): *Emotions and Social Movements*, Routledge, Londres.
- Gamson, William A. (1990): *The Strategy of Social Protest*, Wadsworth, Belmont, CA.
- Goodwin, Jeff, Jasper, James M. and Polletta, Francesca (eds.) (2001): *Passionate Politics. Emotions and Social Movements*, University of Chicago Press, Chicago, Londres.
- Hall, Peter (2003): «Aligning Ontology and Methodology in Comparative Research», en J. Mahoney and D. Rueschemeyer (eds.), *Comparative Historical research in the Social Sciences*, Cambridge University Press, Cambridge-Nueva York.
- Hess, David and Martin, Brian (2006): «Repression, Backfire, and the Theory of Transformative Events», *Mobilization*, 11, pp. 249-267.
- Jasper, James M. (1997): *The Art of Moral Protest. Culture, Creativity and Biography in Social Movements*, Chicago University Press, Chicago.
- Lewanski, R. (2004): «Il discorso della protesta», en della Porta, Donatella (ed.), *Comitati di Cittadini e Democrazia Urbana*, Rubbettino, Soveria Mannelli, pp. 199-230.
- Lipsky, Michael (1968): «Protest as a Political Resource», *The American Political Science Review*, 62, pp. 1144-1158.
- Lipsky, Michael (1970) *Protest in City Politics. Rent Strikes, Housing and the Power of the Poor*, Rand MacNally, Chicago
- Mayntz, Renate (2004): «Mechanisms in the Analysis of Social Macro-Phenomena», en *Philosophy of the Social Sciences*, 34, pp. 237-259.
- Mathers, Andy (2007): *Struggling for Another Europe*, Ashgate, Aldershot.
- McAdam, Doug and Sewell, William H. (2001): «It's about Time. Temporality in the Study of Social Movements and Revolutions», en Aminzade, Ronald, McAdam, Doug, Perry, Elizabeth, Jr., William H. Sewell, Tarrow, Sidney and Tilly, Charles (eds.) *Silence and Voice in the Study of Contentious Politics*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 89-125.
- McAdam, Doug, Tarrow, Sidney and Tilly, Charles (eds.) (2001): *Dynamics of Contention*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Melucci, Alberto (1996): *Challenging Codes. Collective Action in the Information Age*, Cambridge University Press, Cambridge, Nueva York.
- Meyer, David S and Sidney Tarrow (eds.) (1998): *The Social Movement Society*, Rowman and Littlefield, Nueva York.
- Morris, Aldon (2000): «Charting Futures for Sociology. Social Organization. Reflections on Social Movement Theory. Criticisms and Proposals», *Contemporary Sociology*, 29, 445-54.
- Oberschall, Anthony (1973): *Social Conflict and Social Movements*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, N.J.
- Olesen, Thomas (2003): *International Zapatismos. The Construction of Solidarity in the Age of Globalization*, Zed Books, Londres.

- Ortoleva, Peppino (1988): *Saggio sui Movimenti del 68 in Europa e in America*, Editori Riuniti, Roma.
- Pizzorno, Alessandro (ed.) (1993): *Le Radici della Politica Assoluta e Altri Saggi*, Feltrinelli, Milán.
- Reiter, Herbert (2006): «Organizational Ideology and Vision of Democracy in Italy», en Donatella della Porta and Herbert Reiter (eds.), *Organizational Ideology and Vision of democracy in the Global Justice Movement, WP3 Report, Democracy in Movement and the Mobilization of the Society—DEMOS*, European Commission, 2006.
- Rochon, Thomas R. (1998): *Culture moves. Ideas, Activism, and Changing Values*, Princeton University Press, Princeton, N.J.
- Sasso, Chiara (2005): *No Tau. Cronache dalla Val di Susa*, Intra Moenia, Nápoles.
- Sewell, William H. (1996): «Three Temporalities: Toward an Eventful Sociology», en McDonald, Terence J. (eds.), *The Historic Turn in the Human Sciences*, University of Michigan Press, Ann Arbor, pp. 245-280.
- Smith, Jackie et al (2007): *Global democracy and the World Social Forum*, Paradigm, Boulder Co.
- Snow, David A., Rochford, E. Burke, Worden, Steven K. and Benford, Robert D. (1986): «Frame Alignment Processes, Micromobilization, and Movement Participation», *American Sociological Review*, 51, 464-481.
- Tarrow, Sidney (1989): *Democracy and Disorder. Protest and Politics in Italy, 1965-1975*, Oxford University Press, Oxford, N.Y.
- Tarrow, Sidney (1994): *Power in Movement. Social Movements, Collective Action and Politics*, Cambridge University Press, Nueva York, Cambridge.
- Tarrow, Sidney (2005): *The New Transnational Contention*, Cambridge University Press, Nueva York, Cambridge.
- Tarrow, Sidney and McAdam, Doug (2004): «Scale Shift in Transnational Contention», en della Porta, Donatella and Tarrow, Sidney (eds.), *Transnational Protest and Global Activism*, Rowman and Littlefield, Lanham, Md., pp. 121-49.
- Taylor, Verta and Dyke, Nella van (2004): «“Get Up, Stand Up”. Tactical Repertoires of Social Movements», en Snow, David A., Soule, Sarah H. and Kriesi, Hanspeter (eds.), *The Blackwell Companion to Social Movements*, Vol. Blackwell Malden, Ma., Oxford.
- Tilly, Charles (1978): *From Mobilization to Revolution*, Addison-Wesley, Reading, Mass.
- Wilson, John (1973): *Introduction to Social Movements*, Basic Books, Nueva York.

Resumen

Acontecimientos de protesta, conflictos globales¹

Donatella della Porta

LA APORTACIÓN DE DONATELLA DELLA PORTA A ESTA COMPILACIÓN SE BASA EN un análisis de tres experiencias de movilización recientes: las Marchas Europeas, los Foros Sociales Europeos y la lucha contra el Tren de Alta Velocidad que se está llevando a cabo en la localidad italiana de Val di Susa. Todas ellas, experiencias situadas dentro del ciclo de protesta que se define desde las movilizaciones contra la OMC en Seattle en 1999 y vinculadas directamente con cuestiones en torno a la justicia global y la democracia desde abajo.¹

Pero lo importante y lo que configura realmente su aportación es, más que el análisis de los propios casos, el enfoque que toma para dichos análisis. Un enfoque diferenciado que se basa principalmente en la importancia que se le brinda al hecho de la protesta en sí. Así, la protesta no se entiende únicamente como constitutivo del movimiento social, sino también como constituyente del mismo.

Para hacerlo, la autora parte de una concepción conflictual del movimiento social. La protesta, definida como una acción estratégica, supone, de este modo, su principal repertorio de acción. Desde ahí, se inspira en las aportaciones del sociólogo histórico William H. Sewell,² quien define el concepto de «temporalidad acontecimentiva»³ como una concepción de la temporalidad que reconoce, más allá de procesos abstractos transhistóricos, o de comparaciones entre diferentes recorridos, el poder de los acontecimientos en la historia. Es la asunción de que las estructuras pueden ser transformadas por acontecimientos. Por tanto, los acontecimientos tienen efectos

1. El término exacto que utiliza la autora es «eventful protest». Ante la gran dificultad para traducir dicho término al castellano, hemos optado por traducirlo como «acontecimiento de protesta». (N. de la T.)

2. Sewell, W. H. (1996): «Three Temporalities: Toward an Eventful Sociology», en McDonald, Terence, J. (ed.): *The Historic Turn in the Human Sciences*. University Michigan Press, Ann Arbor: 245-280.

3. Al igual que con el concepto de «eventful protest», aquí, el término en inglés es «eventful temporality». (N. de la T.)

transformativos. Si aplicamos este poder de los acontecimientos a la realidad que nos ocupa, los movimientos sociales, no es difícil argumentar que un acontecimiento transformativo supone un punto crucial en el desarrollo de un movimiento social; un punto desde el que se puede incrementar o reducir de una forma espectacular la movilización. Desde esta concepción de movimiento social y esta idea de acontecimiento, Donatella della Porta nos introduce lo que llama «acontecimientos de protesta», mirando, no obstante, a un mayor rango de acontecimientos que aquéllos incluidos bajo la etiqueta de protesta transformativa.

A partir de ahí, y apuntando a la propuesta, la autora hace una revisión del estudio de los movimientos sociales, desde el que observa que las protestas, a pesar de su importancia en los propios movimientos, han sido tratadas como una agregación de acciones colectivas, como una variable dependiente explicada a partir de la estructura de oportunidad política o la movilización de recursos. En su análisis, la protesta es, pues, la variable independiente, y su supuesto es que las protestas tienen impactos cognitivos, afectivos y relacionales sobre los movimientos que las llevan a cabo. La protesta no puede ser vista solo como un instrumento. En ella se pueden generar relaciones de solidaridad, de identidad colectiva, experiencias vitales y experiencias cotidianas.

Della Porta se basa, por tanto, en la literatura que mira a los mecanismos que vinculan «lo macro» con «lo micro», es decir, de causas macro como la transformación contextual, a efectos micro, como la construcción de la identidad, los procesos relacionales, los marcos de movilización y la escalada de acción a estrategia. Desde esta literatura y con los «acontecimientos de protesta» como variable independiente, distingue tres mecanismos: los mecanismos *cognitivos*, con la protesta como una arena de debate; los mecanismos *relacionales*, lo que da lugar a las redes de protesta; y los mecanismos *emocionales*, a través del desarrollo de sentimientos de solidaridad «en acción».

En la parte analítica del capítulo, Della Porta nos presenta las tres experiencias concretas, vinculando de forma especial cada una de ellas con un mecanismo concreto. Y es que, a pesar de que se pueden ver consecuencias relacionales, cognitivas y emocionales en todas ellas, es cierto que cada una está vinculada de una manera especial con uno de estos mecanismos. Así, resultan particularmente relevante las consecuencias relacionales de las campañas transnacionales, donde muchos grupos y colectivos distintos, de diferentes partes del mundo, se ponen de acuerdo para trabajar; las consecuencias cognitivas de las experiencias del FSE, donde la comunicación y el debate toman especial fuerza; y las consecuencias emocionales fruto de una lucha de resistencia, como la que se está llevando a cabo contra el TAV en Val di Susa.

Como conclusión, la autora nos presenta los ciclos de protesta como momentos en los que el carácter de acontecimiento transformativo de las protestas se hace más patente. Es particularmente durante estos ciclos que algunos acontecimientos, como acontecimientos que llevan consigo grandes cargas emocionales, se imprimen con mayor fuerza en la memoria de los activistas, pero que también representan momentos decisivos para las estructuras y las estrategias de los movimientos.

En cuanto a las experiencias analizadas en el contexto del ciclo de protestas reciente, tanto su transnacionalidad como su heterogeneidad interna permite que los mecanismos relacionales, cognitivos y emocionales que vuelven a la protesta más transformativa, se hagan más presentes. Y esto, en concreto, lo atribuye a tres elementos:

el primero, la pluralidad de los participantes, lo que lleva, por un lado, a una mayor necesidad de comunicación y, por tanto, a un mayor número de momentos de intercambio de ideas, pero también a largos procesos de preparación en los que se incluyen centenares de organizaciones diferentes, lo que supone un hecho relacional en sí. El segundo elemento es la construcción identitaria, donde los mecanismos relacionales interactúan con los cognitivos. En el ciclo de protestas que nos ocupa, se observan dos características culturales específicas que le dan relevancia a dichos mecanismos: la diversidad interna, la que se performa como una pluralidad de identidades inclusivas «tolerantes» asumiendo la diferencia como un valor mismo del movimiento; y el pragmatismo adoptado a través del que se busca «alternativas concretas» frente a las doctrinas de las grandes ideologías.

El tercer y último elemento tiene que ver con la interacción entre el Estado y los movimientos sociales, especialmente entre la policía y los manifestantes. La entrada en escena de nuevos actores y nuevas formas de acción en este ciclo de protestas, sumado al contexto de guerra contra el terrorismo, ha supuesto una mayor militarización de las estrategias policiales. Éstas, lejos de suponer una deslegitimación y un aminoramiento de las protestas y del propio movimiento en sí, muchas veces se han dirigido en dirección contraria afianzando, también, mayores lazos afectivos entre los participantes.



16

Estudiantes contra la globalización capitalista. El caso de Cataluña

Robert González García

INTRODUCCIÓN

UNO DE LOS MOVIMIENTOS MÁS IMPORTANTES DEL CICLO DE MOVILIZACIÓN 1968-1977 fue, sin duda alguna, el movimiento estudiantil. El mayo francés, el mexicano y el estadounidense, tuvieron a los estudiantes como los sujetos emancipatorios más destacados.

Por su parte, el alzamiento zapatista de enero de 1994 se ha considerado el inicio simbólico del ciclo del movimiento «antiglobalización» (o de los nuevos movimientos globales) a escala internacional. Este ciclo ha pasado ya por diversas etapas, y en cada una de ellas ha contado con singulares aportaciones del movimiento estudiantil. Pero ¿hasta qué punto este movimiento ha sido tan central como en el 68?, ¿ha significado o no la incorporación de nuevas subjetividades, discursos e identidades en el magma de la crítica al capitalismo realmente existente? o ¿cuántas generaciones de este movimiento han transcurrido en los últimos catorce años?, son algunas de las preguntas que se planteará el siguiente texto.

He decidido analizar el caso de Cataluña y hacerlo a través del prisma de la *teoría de los ciclos de movilización* (Tarrow, 1997; Tilly, 1991) y la de la *estructura de oportunidades políticas* (McAdam, 1999; Kitschelt, 1986). Concretamente, realizaré un análisis de los últimos catorce años de movimiento estudiantil, en el contexto más amplio de las diferentes etapas del ciclo de luchas contra la globalización en Cataluña. El texto empieza con una breve explicación del contexto que permitió la aparición de los movimientos estudiantiles contemporáneos, o sea, la universidad de masas dentro de los Estados del bienestar posteriores a la Segunda Guerra Mundial.¹

1. La universidad es el contexto del movimiento estudiantil y, evidentemente, los cambios que en ella se producen no son ajenos a los cambios de tipo sistémico, a ondas largas y cortas de la evo-

En segundo lugar se realizará un breve repaso del estallido del 68, ciclo de movilización en el que el movimiento estudiantil irrumpe en la escena política y social, a escala internacional, y también, evidentemente en Cataluña, dentro de un movimiento antifranquista más amplio.

El tercer apartado presenta los cambios que se producen después de la crisis económica internacional de los años 1973 y 1974, tales como el advenimiento del posfordismo, el inicio de las recetas neoliberales como respuesta a la «crisis financiera» de los Estados y su traducción, en el ámbito universitario, en un tránsito del modelo de universidad de masas al de universidad-empresa.

Los apartados centrales del texto pretenden explicar cómo el movimiento estudiantil catalán se desarrolla en los últimos años fuertemente imbricado en el nuevo ciclo de luchas, y se presenta una periodización, muy similar a la de los nuevos movimientos globales.

Finalmente, a modo de conclusión, vemos cómo cada etapa del ciclo de luchas contra la globalización se corresponde con una etapa del movimiento estudiantil, y probablemente con diferentes generaciones de activistas sociales que transitan por las redes de movimientos. Por último, a modo de corolario, y quizá con una pretensión más política que académica, se lanzan los retos y las perspectivas que afronta el movimiento estudiantil actual en Cataluña.

EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL COMO PRODUCTO DE LA UNIVERSIDAD DE MASAS

La universidad, en contra de lo que hemos creído varias generaciones de militantes estudiantiles, nunca ha sido la conciencia crítica de la sociedad. O al menos, ésta no ha sido la función principal para la que ha sido construida esta institución. Desde su creación, en la lejana Baja Edad Media, ha sido un instrumento en manos de la élite para reproducir la desigualdad social.

Eso no quiere decir que en el interior de la universidad no hayan aparecido, en todas las épocas, *minorías activas* dispuestas a cambiar el mundo, y que no hayan encontrado en la universidad un espacio perfecto para generar acción colectiva transformadora. Esta aseveración será más verdadera que nunca, a raíz de los cambios que se producen en el sistema capitalista después la Segunda Guerra Mundial y que, por lo que refiere a la universidad, se traducirán en el acceso por parte de las clases medias y de una parte de clase obrera a la misma.²

En general, estos cambios se deben a la acción combinada de dos procesos. Por una parte, la Segunda Guerra Mundial (incluyendo en ella la guerra civil española, como primera y larga batalla) puede interpretarse como una respuesta cruenta de la burguesía a la larga lucha del movimiento obrero en el primer ciclo de movilización de la historia contemporánea, aquel que empieza con la Primavera de los Pueblos en

lución del capitalismo y, por eso, los primeros apartados explicaran cómo cada ciclo de movilización da respuesta a cambios en la universidad, que a la vez responden a cambios estructurales.

2. En diferente proporción en función de los diversos modelos de Estados Benefactores que se producen a nivel internacional.

1848 y que finaliza abruptamente con el ascenso del fascismo y la propia guerra, y que tiene sus dos principales hitos en la Revolución Rusa de 1917 y la Revolución Española de 1936. Desde esta perspectiva, el advenimiento de los Estados del bienestar en los regímenes capitalistas y el igualitarismo de los regímenes burocráticos de inspiración estalinista, se pueden interpretar como «éxitos» de un largo ciclo del movimiento obrero, que se traducirán en la universalización de derechos sociales como la educación o la sanidad.

Por otro lado y en paralelo, un segundo proceso empuja a la masificación de la universidad. La misma expansión del Estado del bienestar y los cambios tecnológicos de la Segunda Revolución Industrial, generan una mayor demanda de titulados universitarios, tanto desde la empresa privada como desde los organismos estatales. Así, después de la Segunda Guerra Mundial, se produce un cambio significativo en la función de la universidad: no se trata de formar solamente a las élites, sino que también es necesario formar a los técnicos y a los burócratas. Así pues, la masificación de las carreras universitarias será desigual, y se expandirán sobre todo las técnicas y las destinadas a producir funcionarios públicos (ingenierías, derecho, económicas, etcétera).

Este cambio es de calado, ya que empiezan a aparecer conceptos como el de «empleabilidad», es decir la vinculación entre estudios universitarios y trabajo futuro en el mercado laboral. La masificación y la tecnificación de la universidad provocan una pérdida de privilegios de la élite universitaria tradicional y la desaparición definitiva del espíritu renacentista del «conocimiento por el conocimiento». En todo caso, esta masificación no se traducirá en democratización y la *universidad de masas* seguirá funcionando como la medieval: con estamentos, vasallajes y otras instituciones que pervivirán incluso en el modelo de *universidad-empresa* actual.

EL ESTALLIDO DEL 68

Para explicar el impresionante movimiento estudiantil internacional de las décadas de 1960 y 1970, cuyo momento álgido es el conocido 68, tomaré las *teorías de ciclos de movilización*, combinadas con la nueva situación de la *universidad de masas* y la emergencia del *sujeto juvenil* como emergente sector social específico.

Diversos autores consideran que el segundo ciclo de protesta contemporáneo transcurre entre los años 1968 y 1977 (Tarrow, 1997; Calle, 2004; Herreros, 2004). Se trata de una oleada revolucionaria que sacude ambos lados del telón de acero en demanda de democracia y libertad(es), y que no es ajena a la experimentación de nuevos estilos de vida, o de las identidades que no quedan subsumidas a la obrera (dominante en el ciclo anterior). De esta forma, en este ciclo —a pesar de la importancia del movimiento obrero, con huelgas generales y ocupaciones de fábricas en Francia, Italia o Checoslovaquia— irrumpen con fuerza los nuevos movimientos sociales (ecologismo, gay-lésbico, feminista) y, cómo no, el movimiento estudiantil.

Así, el 68 estudiantil incluye huelgas y movilizaciones en multitud de países de todo el mundo. Quizás el más conocido es el mayo francés, que respondía al autoritarismo del Estado francés y a la guerra imperialista de éste en Argelia. Asimismo,

en Berkeley, Estados Unidos, la radicalización del movimiento contra la invasión estadounidense en Vietnam genera la mayor huelga estudiantil hasta el momento en el país, y que es reprimida con dureza. Los movimientos contra la segregación racial y la música de los Beatles, acompañan un 68 *hippie*, a la vez que combativo. No muy lejos de allí, el 68 mexicano es quizás el más conocido de la extensa red de movimientos estudiantiles que ocupan las universidades en toda Latinoamérica. Tristemente, la matanza de la Plaza de las Tres Culturas, donde el ejército disparó contra la multitud matando a centenares de estudiantes, es el hecho más recordado de un 68 lleno de rebeldía e ilusión. Finalmente, la Primavera de Praga, el 68 por excelencia en el bloque del Este, fue aplastada por los tanques de Breznev, pero originó un potente movimiento cultural y político de crítica a la ausencia de libertad en el estalinismo.

En Cataluña, como en el resto del Estado, hay que entender el 68 en el contexto de las movilizaciones antifranquistas, de cariz obrero y vecinal, principalmente. La *Caputxinada*, en 1966, fue el primer precedente de la rebelión universitaria contra la dictadura, pero el punto álgido fue el estado de sitio de 1969, con aquellas imágenes de la policía a caballo reprimiendo a estudiantes con chaqueta de pana. A partir del curso 1970-1971, y ya durante toda esa década, serán los profesores no numerarios (PNN) los que protagonizarán la movilización en la universidad, con huelgas, sentadas y manifestaciones, hasta entrada la década de 1980.

DE LA UNIVERSIDAD DE MASAS A LA UNIVERSIDAD-EMPRESA

La crisis del petróleo de 1973-1974 supuso el inicio de una larga oleada de recesión de la acumulación capitalista y la excusa perfecta para el surgimiento de las teorías neoliberales. Si la tasa de beneficio del ciclo expansivo de posguerra se estaba reduciendo, la receta sería expandir la mercancía a aquellos ámbitos que habían sido ganados por el movimiento obrero en el pacto keynesiano. Para ello, las privatizaciones, la desregulación del mercado laboral y la reducción del gasto público, serán las medidas que empiezan a aplicar con mano de hierro los gobiernos Thatcher y Reagan, allá por la década de 1980, y los del resto del mundo con diferentes ritmos y formas. Por otra parte, y como consecuencia no querida del ciclo de luchas 1968-1977, en los países centrales del capitalismo, la fábrica empieza a difuminarse como lugar de producción por excelencia, para dar paso a un modelo posfordista de producción, donde flexibilidad, versatilidad y movilidad de la mano de obra, sirven al capital para disminuir la conflictividad obrera y continuar con la apropiación de la plusvalía.

Estos profundos cambios estructurales se traducen en la universidad con el tránsito del modelo de *universidad de masas* al de *universidad-empresa*. Las características de este nuevo modelo de universidad son muy relevantes para este texto, pues fundamentan las movilizaciones estudiantiles ya desde la década de 1980, y cada vez de forma más clara en la de 1990 y 2000 contra la mercantilización de la educación.

Carlos Sevilla (2006) resume así las características de la *universidad-empresa*:

Ajustes en el mercado de trabajo intelectual: se trata de acomodar la producción anual de titulados a las demandas de las clases dominantes.

Grandes proyectos de investigación y desarrollo (I+D) asociados a las necesidades de las transnacionales.

Reorganización del contenido de la educación universitaria en favor de las grandes empresas de Nuevas Tecnologías de la Información.

Fragmentación, parcialización e hiperespecialización del conocimiento.

Transformación de los órganos de gobierno de las universidades según el modelo de los consejos de administración de las empresas.

Precarización de las condiciones de vida y de trabajo de estudiantes, profesorado y personal de administración y servicios. La «externalización» o privatización de los servicios anexos (cafeterías, reprografías, mantenimiento, limpieza, seguridad, etcétera) acompaña este proceso de devenir precaria de la universidad.

El neoliberalismo se aplica de esta forma al sistema universitario, pero el movimiento estudiantil no estará solo en su lucha contra él, sino que lo hará en el contexto de un nuevo ciclo de luchas, el tercero de la historia contemporánea en el ámbito internacional: el ciclo contra la *globalización capitalista*.

EL CICLO CONTRA LA *GLOBALIZACIÓN CAPITALISTA* EN CATALUÑA

El alzamiento zapatista de enero de 1994 se ha considerado el inicio simbólico del ciclo del movimiento global a escala internacional. Después de los acontecimientos de Seattle³ y de Praga,⁴ las sucesivas contracumbres de Barcelona, Sevilla y Génova, entre otras, configuran la etapa de eclosión y salto a la arena política y mediática de estos movimientos que cuestionaran el pensamiento único neoliberal y señalan a las transnacionales, los organismos multilaterales y los gobiernos como los culpables de la crisis social, ecológica y humana en la que está instalado el planeta de forma permanente.

En Cataluña, diversos factores de oportunidad, dan lugar a cuatro etapas de este movimiento que coincidirán, como veremos, con cuatro etapas del movimiento estudiantil.

Primera Etapa. Gestación (1994-1999). Sin ánimo de ser exhaustivos, en el periodo que va desde el levantamiento zapatista en Seattle, deberemos destacar, la campaña «50 años bastan», con ocasión de la asamblea general del FMI y del BM en 1994; la celebración en los años 1996 y 1998 de los Encuentros Intercontinentales por la Humanidad y Contra el Neoliberalismo dentro del ámbito del zapatismo, y las protestas

3. Paralización de la cumbre de la OMC por las manifestaciones contrarias a los acuerdos que tomaba este organismo en 1999.

4. Con ocasión de una cumbre conjunta del FMI y del BM en septiembre de 2000, se desarrolló una movilización opositora (con una más que notable participación española), que implicó la puesta en escena mediática de los movimientos globales en Europa.

en Colonia en junio de 1999 contra la cumbre de Jefes de Estado de la UE en primer lugar, y contra el G-7, después. En este periodo de génesis, observamos dos expresiones organizativas que constituyen el embrión del movimiento global en Cataluña, pero que todavía no cuentan con una fuerte incorporación de jóvenes: las del *Movimiento AntiMaastrich* (MAM), de carácter más simbólico; y las *Euromarchas*, de carácter sociolaboral y más masivo. Las *Euromarchas* protagonizarán en buena medida las movilizaciones contra la Europa del capital en este periodo, hasta llegar a su punto culminante el 29 de mayo de 1999 en Colonia. En la misma ciudad, y contra el G-7, una gran manifestación contó con la presencia de jóvenes catalanes, pero no se puede hablar todavía de movilización juvenil (Antentas, 2001).

Segunda etapa. Eclósión (2000-2002). El año 2000 puede considerarse el momento de eclósión del movimiento y de la incorporación de una nueva generación militante. Tres movilizaciones de cariz diferente coincidirán en destacar, durante este año, algunos de los elementos más definidores del movimiento global en Cataluña: la Consulta por la Abolición de la Deuda Externa, la Campaña contra el Desfile Militar y la presencia catalana en las movilizaciones de Praga contra el BM y el FMI. En los años 2001 y 2002, se producen en Cataluña las dos campañas más importantes en las que el peso del tema «antiglobalización» es más notorio: la Campaña contra el Banco Mundial en junio del 2001 y la Campaña contra la Europa del capital y la Guerra en 2002, con motivo de la cumbre de Jefes de Estado de la Unión Europea en Barcelona. El hito fundamental de esta etapa es la manifestación del 16 de marzo de 2002, considerada la manifestación antineoliberal más grande de los últimos treinta años. El empuje del movimiento global condujo finalmente a los sindicatos mayoritarios a la convocatoria de una huelga general contra un decreto laboral del gobierno del PP. Durante la huelga del 20 de junio, a los piquetes de los sindicatos se les unieron grupos de jóvenes en barrios y pueblos de todo el territorio, pero en especial en aquéllos con más presencia de los movimientos sociales del nuevo ciclo.

Tercera etapa. Movimiento antiguerra y foros sociales (2003-2004). Durante esta etapa, las contracumbres dejan de ser la acción central del movimiento para dar paso al protagonismo de los Foros Sociales y a las movilizaciones contra la guerra de Irak. Cataluña ha participado con gran número de personas en tres de las cuatro ediciones del Foro Social Europeo, convirtiéndose en una de las más grandes delegaciones internacionales en Florencia, 2002 (1.000 personas); París, 2003 (2.300 personas), y Londres, 2004 (750 personas). En cuanto a la campaña contra la guerra de Irak, hay que destacar que el espectro político de la Plataforma *Aturem la Guerra* abrazaba todas las tendencias —excepto el Partido Popular— y en una asamblea se podían encontrar un *okupa* de Can Masdeu y un representante de la derecha catalana de Convergència i Unió (CIU).

Cuarta Etapa. Transformaciones, reflujo coyuntural y revitalización (2005-2009.) En los años 2005 y 2006, pese a que se tenía la sensación de una cierta bajada de la tensión movilizadora, como consecuencia de las expectativas de cambio que el gobierno de Zapatero (PSOE) pudo levantar en algunos sectores sociales, el movimiento global estuvo presente en muchos frentes, como la Campaña contra la Constitución Europea o las incipientes luchas contra la precariedad. Además, en el mes de junio de 2005 se celebró en Barcelona el Primer Foro Social de la Mediterránea (FSMed), y en

enero de 2007, el Primer Foro Social Catalán, ambos con bastante éxito de asistencia. A partir de 2008, con la entrada de pleno de la crisis económica internacional en nuestro país, se produce una radicalización y revitalización de algunos movimientos, como por ejemplo el de los trabajadores de los autobuses metropolitanos (TMB) por los dos días de descanso semanal, el de maestros y profesores contra la Ley de Educación de Cataluña (LEC) y, por supuesto, el movimiento estudiantil contra Bolonia, el cual comentaremos en el siguiente apartado.

LA EMERGENCIA DEL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL EN EL CICLO. DEL MOVIMIENTO ANTITASAS A LAS LUCHAS CONTRA EL EEES,⁵ CATALUÑA (1993-2009)

El movimiento estudiantil catalán, como muchos otros, se configura en respuesta a los cambios en la estructura de oportunidades políticas: cambios legislativos, cambios de gobierno, ciclos de movilización o emergencia de otros potentes movimientos, situación internacional y división entre las élites dirigentes (Mc Adam, 1999; Kitschelt, 1986).

Para este texto vamos a hipotetizar que el principal factor de oportunidad es la adscripción del movimiento estudiantil al nuevo ciclo de luchas anteriormente descrito. Obviamente, también tendrán importancia cambios legislativos (decretos de tasas, Ley Orgánica de Universidades —LOU—, proceso de Bolonia, etcétera) o de situación internacional (guerra de Irak), entre otros. Pero como la mejor manera de teorizar es en la práctica, procedamos a explicar esta breve y reciente historia del movimiento estudiantil, basada en estos análisis y en la observación participante del propio autor del texto, después de una dilatada carrera de militante estudiantil y magisterial.

1993-1999, movilizaciones antitasas: inicios del nuevo ciclo

El curso 93-94 supone el inicio de un nuevo ciclo en el movimiento estudiantil catalán, ya que en él confluyen diversos factores de oportunidad que permitirán la emergencia de una nueva generación militante.

El primero de ellos, y quizás el menos importante —ya que el movimiento estudiantil suele surgir de forma recurrente como reacción a cambios legislativos—, es un decreto de aumento de las tasas de matriculación cinco puntos por encima de la media estatal. La lucha contra ese aumento se convierte en el tema estrella de las movilizaciones por la universidad pública de ese curso, que se traducirán en huelgas y manifestaciones en otoño de 1993. En la UAB, la ocupación del rectorado y su posterior desalojo a cargo de un impresionante despliegue de los recién estrenados cuerpos represivos autóctonos, radicalizarán el movimiento y darán como resultado un nuevo escenario en la conformación política y organizativa del mismo, con la progresiva pérdida de peso de las asociaciones estudiantiles tradicionales y la revitalización

5. Espacio Europeo de Educación Superior.

del asamblearismo estudiantil y de los colectivos de izquierda radical, especialmente la independentista.

Pero, vamos por partes. He dicho que éste no fue el principal *factor de oportunidad*, sino que más bien, esta nueva oleada de movimientos estudiantiles hay que verla en los momentos precursores del ciclo de movilización global, aquellos que en Cataluña estarán protagonizados por el movimiento *okupa*, el movimiento antimilitarista y el movimiento de solidaridad internacional. Así, entre los estudiantes de la época que reactivaron las asambleas era fácil encontrar gente de los principales centros sociales *okupados* de Barcelona, de los colectivos por la insumisión al servicio militar y a la Prestación Social Substitutoria o brigadistas internacionales que veían en la Selva Lacandona mexicana la nueva esperanza de lucha.

Por tanto, las movilizaciones de todos los cursos siguientes tendrán a las progresivas subidas de tasas como enmarcamiento discursivo para la movilización de masas a favor de una universidad pública, pero también destacarán las luchas contra el inicio de la privatización, mediante la «externalización» de los servicios de transporte, la reprografía o la restauración. Asimismo se establecerán fuertes vínculos con los primeros eventos de la «antiglobalización», como la campaña «50 años Basta» contra el Banco Mundial y el FMI, las euomarchas contra el paro y la precariedad o las primeras expediciones a las contracumbres de la UE.

En este punto conviene hacer un pequeño paréntesis para explicar cómo era el panorama organizativo del movimiento estudiantil catalán, y cómo después de este primer ciclo dará un vuelco hacia la izquierda, incluso, en la representación formal de los estudiantes en los órganos de gobierno, al tiempo que tenderá a una estabilización de las estructuras de coordinación.

Las asociaciones estudiantiles en Cataluña se caracterizaban por sus fuertes vínculos con los partidos políticos institucionales. Así, la más histórica de ellas, la FNEC (Federació Nacional d'Estudiants de Catalunya), actuaba como escuela de cuadros de Convergència i Unió, partido hegemónico en esos momentos en Cataluña. Por su lado, la AJEC (Associació de Joves Estudiants de Catalunya), hacía sus veces con el PSC (referente catalán del PSOE). Ambas asociaciones conservaban una representación desproporcionada en los órganos —con respecto a su peso real en el movimiento— y ya desde finales de la década de 1980 se estaban viendo superadas por otras dos: la AEP (Associació d'Estudiants Progressistes), próxima a ICV (Iniciativa per Catalunya-Verds), pero sobre todo a las juventudes de los partidos comunistas tradicionales (PSUC y PCC), y, finalmente, el BEI (Bloc d'Estudiants Independentistes), donde convivían, no sin tensiones, militantes de las juventudes de ERC (Esquerra Republicana de Catalunya) con independentistas menos institucionales. Por último, en un plano más marginal, aunque con cierta implantación en las facultades de Derecho, las asociaciones próximas al Partido Popular y a la extrema derecha, OCEU (Organización Catalana de Estudiantes Universitarios) y AU (Alternativa Universitaria), completaban una mapa político frente al que emergió con fuerza un nuevo movimiento asambleario.

En la revitalización del asamblearismo desempeñan un papel central dos procesos de la intrahistoria del movimiento estudiantil de la Universitat Autònoma de Barcelona (UAB). Esta universidad es, sin duda, la que mayor tradición de movilización

tiene en Cataluña y, precisamente por eso, donde más jóvenes activistas se matriculan año tras año. En el curso 93-94, un grupo de estudiantes de diversa procedencia ideológica (independentistas revolucionarios, comunistas, autónomos y ácratas) retoman la asociación Alternativa Estel con el objetivo de radicalizar el movimiento y actuar de nexo entre los movimientos sociales de la época y la universidad. Esta asociación tendrá mucha influencia en la potenciación de las asambleas de facultad, que si bien existían desde la década de 1970, habían perdido fuerza.

El segundo proceso es el nacimiento de la Coordinadora de Asambleas de Facultad (CAF) ese mismo curso académico. La CAF surge después de la ocupación del rectorado en protesta por la subida de tasas, ante la necesidad de superar el marco de unos sindicatos estudiantiles pactistas y que no representan el sentir de la mayoría del estudiantado movilizado. Así, la misma ocupación del rectorado se realiza con la oposición, incluso física, de los líderes sindicales estudiantiles y, durante la misma, se debate la necesidad de autoorganizarse al margen de esas estructuras tan próximas a los partidos institucionales. Aun así, los sindicatos de izquierdas, AEP y BEI, demostrando buena cintura política, rectificarán sobre la marcha y se unirán, no sin problemas, a la dinámica asambleísta.

El funcionamiento de la CAF servirá de modelo para otras universidades, también fuera del territorio catalán, y por ello, merece un breve comentario. La horizontalidad en la toma de decisiones y la democracia directa será su característica fundamental. Así, las propuestas emanan de las asambleas de facultad, que se realizan semanalmente, entre lunes y miércoles, y los jueves se reúnen los portavoces de las asambleas para coordinar propuestas y racionalizar tareas. Otra característica importante de la CAF es que servirá de marca electoral del movimiento estudiantil real para las elecciones a los órganos de gobierno con representación estudiantil. A diferencia de otros movimientos asambleístas, el de la Universidad Autónoma de Barcelona decide que no tiene por qué ceder ese espacio a los sindicatos estudiantiles tradicionales, muchas veces desvinculados del movimiento y formados por futuros cuadros políticos de los partidos institucionales. Así, en pocos años, las asambleas y la CAF se convertirán en las listas más votadas en todo tipo de elecciones (de facultad, de claustro general, etcétera). Todavía en 2009 los portavoces de la CAF son mayoría en el claustro general de la UAB.

Finalmente, también en este primer periodo, se da en Cataluña una dinámica unitaria del movimiento estudiantil, que supone un paso adelante en la estructuración y la capacidad movilizadora del mismo. En 1995 se funda la PMDUP (Plataforma Mobilizadora en Defensa de la Universitat Pública). La plataforma se dio a conocer con la difusión del «Manifest de la Campanya en Defensa de la Universitat Pública». Este manifiesto fue elaborado durante el curso 95-96 por las asambleas de estudiantes y contó con el apoyo de los representantes del personal de administración y servicios y del profesorado, siendo aprobado, posteriormente, por los claustros de la Universitat Autònoma de Barcelona y de la Universitat Politècnica de Catalunya, entre otros organismos.⁶ La plataforma, a través de este manifiesto, hacía un análisis de la situación de la universidad en Cataluña, planteaba una serie de reivindicaciones y propuestas

6. El contenido del mismo fue tildado por el periódico *La Vanguardia* de «ultrarradical».

para subsanar las deficiencias detectadas y daba a conocer cuatro objetivos principales que, hasta su disolución en 2008, constituyeron su eje vertebrador: la reivindicación de la enseñanza pública; la defensa de la igualdad de oportunidades a la hora de acceder a la educación superior; un concepto de calidad universitaria que considera la dimensión humana y formativa del sistema universitario, y la necesidad de que toda la sociedad participe en la definición del papel de la universidad pública.

La estructura de la plataforma pretendía ser asamblearia de base y funcionar a partir de delegados rotativos. Los sindicatos estudiantiles que formaban parte de la plataforma no deberían, en principio, defender posicionamientos como organización, sino que sus miembros participaban en las asambleas al mismo nivel que el resto de los estudiantes no asociados. Eso no siempre era fácil y se convirtió, ya en 2008, en uno de los motivos de su desaparición. En teoría, las decisiones se tomaban por consenso o, en algunos casos, por amplia mayoría, hecho que en determinadas ocasiones dificultaba la agilidad del movimiento, pero reforzaba la unidad del mismo y multiplicaba su capacidad de movilización y de incidencia.

2000-2002, del Informe Bricall al movimiento contra la LOU: vínculos con las resistencias al neoliberalismo

De los periodos estudiados, éste es el que contará con una movilización más masiva y generalizada, que coincidirá también con la eclosión del movimiento altermundista en Cataluña, así como con el inicio de un ciclo de movilizaciones sociales de todo tipo contra las políticas del Partido Popular en la legislatura en la que gobernó con mayoría absoluta. Estos son también los años de aparición en escena de una nueva generación militante en las universidades y de un nuevo discurso antimercantilista, a la luz de las críticas y las movilizaciones que se sucedieron contra el informe «Universidad 2000», la Ley Orgánica de Universidades (LOU) y, posteriormente, el Espacio Europeo de Educación Superior (EEES) (Carreras, Sevilla y Urbán, 2006).

En este apartado pondré énfasis en tres aspectos: los vínculos del movimiento estudiantil con el ciclo de luchas contra la globalización neoliberal, una descripción somera de las movilizaciones estudiantiles propiamente dichas y, finalmente, algunos cambios organizativos que se producen en el seno del movimiento estudiantil catalán.

Por lo que se refiere a los vínculos del movimiento estudiantil con los nuevos movimientos globales, cabe destacar que serán más fuertes en la confluencia en las luchas que en el ámbito organizativo. Aun así, algunos nuevos colectivos como el MRG-UAB⁷ o la XUSI,⁸ sí vinculan de forma orgánica ambos movimientos, al tiempo que sirven de elemento de coordinación de los mismos y de transmisión de memoria histórica entre dos generaciones militantes. Efectivamente, en estos colectivos estudiantiles, así como en algunas asambleas de facultad, se producía el encuentro entre los militantes de la década de 1990 y la nueva generación surgida en 2000.

7. Moviment de Resistència Global de la Universitat Autònoma de Barcelona.

8. Xarxa Universitària de Suport als i les Immigrants. (Red universitaria de apoyo a los inmigrantes).

Por otro lado, fruto del trabajo de estos colectivos universitarios, la presencia de estudiantes universitarios en las principales citas altermundistas descritas en el anterior apartado fue fundamental. De los 300 catalanes que acudieron a Praga en septiembre de 2000, a la contracumbre contra el BM y el FMI, la mayoría fueron estudiantes. Por otro lado, el apoyo universitario a las sentadas de inmigrantes del curso 2001-2002 contra la Ley de Extranjería, se plasmó en la creación de la XUSI y en la ocupación, durante varias semanas, de instalaciones de la UAB por parte de inmigrantes sin papeles, así como en la participación de muchos estudiantes en las sentadas de las iglesias en Barcelona, que actuaban como redes de apoyo a los inmigrantes en lucha.

En segundo lugar, el periodo 2000-2002 es el de la gran movilización estudiantil contra la Ley Orgánica de Universidades (LOU) por su carácter mercantilista, situando ya a la universidad española en el tránsito, antes descrito, de la *universidad de masas* a la *universidad-empresa*. Los antecedentes de este potente movimiento hay que buscarlos en el segundo semestre del curso 99-2000, con las movilizaciones contra el Informe Universidad 2000 (conocido popularmente como Informe Bricall, por el apellido de su autor). Las mismas generaron paros estudiantiles en todo el Estado y también en Cataluña, donde el 23 de marzo de 2000, alrededor de unos 11.000 estudiantes⁹ protagonizaban la primera gran manifestación de este ciclo.

La asistencia a las manifestaciones no dejó de crecer desde entonces, y el movimiento se adaptó tácticamente a los cambios legislativos que se avecinaban. Así, de una posición contra el Informe Bricall se pasó a otra contra la LOU, ya que ésta recogía, paradójicamente, casi todas las propuestas mercantilizadoras de un informe hecho desde las simpatías del PSOE que ahora se oponía al borrador de la nueva ley.

La recta final de la lucha contra la LOU no puede entenderse sin el FUA (Foro Universitario Alternativo), que representa la sintonía del movimiento con el nuevo ciclo de luchas contra la globalización y la primera experiencia de coordinación estatal del movimiento estudiantil real, prescindiendo de las burocracias estudiantiles.¹⁰ El FUA se reunió en Valladolid en julio de 2001 y, además de suponer un encuentro de debate sobre la crítica a la universidad realmente existente y los proyectos de universidad crítica y popular, estableció un ambicioso calendario de movilizaciones contra la LOU, de ámbito estatal, partiendo de las bases del movimiento real: coordinación desde abajo, aunque sea más lenta, y diversidad de tácticas en todo el territorio. De hecho es significativo que por la parte catalana acudieron al encuentro los tres sectores más importantes del movimiento: la CAF, como representante del sector asambleísta, el AEP y la CEPC (Coordinadora d'Estudiants dels Països Catalans), nuevo sindicato fundado en 2000 de la fusión de sindicatos independentistas de Cataluña, País Valenciano y las Islas Baleares.

Las movilizaciones contra la LOU que se desarrollaron durante el primer semestre del curso 2001-2002 fueron las más masivas de todo el periodo estudiado en este texto. Tal y como se había acordado en la FUA de Valladolid, los días 13 de

9. Dato extraído del diario *El Mundo*, 24 de marzo de 2000, y que cita fuentes policiales.

10. Para un análisis más extenso del FUA, ver León y Sanlloriente, 2008: 128-130.

noviembre (en Cataluña) y 14 (en el resto del Estado), todas las universidades públicas españolas fueron a la huelga y más de 200.000 estudiantes se movilaron en las mayores manifestaciones estudiantiles desde mediados de la década de 1980 (*La Vanguardia*, 18/11/01). En Santiago de Compostela, la huelga duró casi seis meses. A ella se unió el profesorado en situación precaria, por lo que se convirtió en la punta de lanza de un movimiento estudiantil que también tuvo especial fuerza en Madrid y en Sevilla.

En Cataluña, además de la citada manifestación del 13 de noviembre, hubo huelgas desiguales en función de la universidad e incluso de las facultades. La UAB, que llegó a paralizarse durante dos semanas —una en noviembre y otra en diciembre—, y la Universitat de Girona, se declararon insumisas a la LOU en sendos claustros en noviembre de 2001. Posteriormente, las maniobras de los respectivos equipos de gobierno de ambas universidades dejaron sin efecto los acuerdos de claustro con reuniones semiclandestinas de las Juntas de gobierno.¹¹

El movimiento huelguista, que alcanzó altos grados de autoorganización y que desarrolló multitud de acciones originales y contundentes (*performances*, ocupaciones, huelgas de consumo, jornadas de lucha, docencia alternativa), así como decenas de medios de contrainformación (pasquines, boletines, carteles, incipientes páginas web y listas de correo electrónico), empezó, de forma inopinada, su declive en la *Marcha sobre Madrid* del 1 de diciembre. La convocatoria de una manifestación oficialista, encabezada por el entonces líder de la oposición, José Luis Rodríguez Zapatero, generó gran malestar en los activistas que, por su parte, convocaron una manifestación alternativa y ocuparon durante un fin de semana la Universidad Complutense de Madrid. Más de mil activistas estudiantiles catalanes acudieron a la manifestación alternativa, que fue invisibilizada y reprimida, mientras que la oficialista ponía punto y final al movimiento con la promesa de derogación de la LOU por parte de Zapatero, tan pronto como tomara el gobierno. Promesa que, como en 2009 recordarán los anti-Bolonia, incumplió.

Un análisis de las formas de organización, los discursos y el repertorio participativo de los estudiantes anti-LOU, demuestra su claro parentesco con el nuevo ciclo de luchas. El lema «Otra Universidad es posible» que encabezaba muchas manifestaciones y encuentros estudiantiles, la predilección por formas de organización horizontales y en red con formato de campañas amplias o la participación directa de los estudiantes en las movilizaciones antiglobalización de 2001 y 2002, son claras muestras de la mutua influencia que ejercen ambos movimientos. Es más, el discurso contra la LOU, que emana de los manifiestos y resoluciones de los encuentros estudiantiles de la época, está muy vinculado a la lucha contra los organismos internacionales que sirven de ariete a este tipo de reformas regresivas para con los servicios públicos, como la OMC o la propia UE (Camargo, 2001).

11. Las convocaron en vacaciones o sin citar a los representantes estudiantiles.

2003-2004, movimientos contra la guerra de Irak y expediciones a los FSE y las contracumbres

En 2002, una vez aprobadas la LOU y su referente catalán, la LLUC,¹² la ventana de oportunidad del cambio legislativo parece cerrarse momentáneamente, sobre todo por la sensación de derrota y de engaño que quedó a cierta generación de activistas. Durante unos años, el movimiento estudiantil catalán parecerá más interesado en lo que pasa «fuera» de la universidad, que en su interior, a pesar que unos cuantos activistas siguen denunciando, en decenas de charlas y talleres de formación, el proceso de mercantilización de la universidad, ahora asociado al nombre de una ciudad italiana: Bolonia.

En cualquier caso, movilizaciones estudiantiles más importantes de este periodo se producen en el contexto del gran movimiento social contra la intervención española en la Guerra de Irak.¹³ El 20 de marzo de 2003, día de inicio de los ataques aéreos de la coalición aliada sobre la población iraquí, todas las universidades catalanas fueron a la huelga, protagonizando manifestaciones espontáneas por todo el territorio. Quizá la más espectacular, por su recorrido, fue la de miles de estudiantes de la UAB, que caminaron 25 kilómetros por autopista hasta la ciudad de Barcelona. Esta misma universidad se proclamó en huelga indefinida, a través de un comunicado de la *asamblea de Campus*, en el que era visible un claro relevo generacional respecto al movimiento contra la LOU. Por otra parte, los estudiantes fueron los protagonistas de un espacio de desobediencia civil central en el movimiento antiguerra en Barcelona. Así, en las tres acampadas que durante dos meses protestaron de forma permanente ante las sedes del PP, el Gobierno Civil y la Plaça Sant Jaume de Barcelona, donde se hallan el Ayuntamiento y la Generalitat de Catalunya, destacó la presencia estudiantil.

Durante estos dos años, se celebraron dos Foros Sociales Europeos, en París y en Londres, a los que acudieron miles de universitarios organizados por el nodo universitario de la Xarxa de Mobilització Global (Red de Movilización Global). Entre los estudiantes asistentes, decenas de activistas estudiantiles pudieron compartir experiencias con activistas de los distintos países del viejo continente, tomando conciencia del carácter internacional de los procesos de mercantilización de la enseñanza y señalando, ya de forma definitiva, al proceso de Bolonia como blanco de las movilizaciones estudiantiles del próximo periodo.

2005-2009, movimientos contra la mercantilización de la educación

En el curso 2005-2006, aparecieron de nuevo en escena las movilizaciones estudiantiles de ámbito europeo. En otoño de 2005, en Italia hubo unas contra las reformas Moratti y Zecchino-Berlinguer (aplicación del plan Bolonia); entre noviembre

12. Llei d'Universitats de Catalunya.

13. Para un buen análisis de las movilizaciones análogas en Bizkaia véase García y Fernández, 2008.

de 2005 y mayo de 2006 en el Estado español, se produjeron diversas manifestaciones contra el proceso de Bolonia; en diciembre de 2005, en Dinamarca, las protestas fueron contra la reforma que prohíbe los exámenes universitarios colectivos; en mayo de 2006, en Francia, se desarrollaron decenas de ocupaciones, huelgas y manifestaciones contra el Contrato Primer Programa (CPE); y, también en mayo de 2006, en Grecia, se movilizaron contra la ley de educación universitaria. Finalmente, el ciclo de luchas estudiantiles que se enfrenta al tránsito de la *universidad de masas* a la *universidad-empresa*, y que tiene su punto de partida internacional en la huelga de la UNAM (Universidad Nacional Autónoma de México) que paralizó esta gran universidad durante diez meses en 1999-2000, se extendía por el viejo continente (Sevilla y Urbán, 2008).

A partir de ese curso académico, se inicia una dinámica de convergencia de las movilizaciones estudiantiles en Europa. El día 17 de noviembre de 2005, miles de estudiantes salen a la calle en Barcelona, Madrid, Roma y Hamburgo en exitosas manifestaciones contra el proceso de Bolonia. La de Barcelona se salda con decenas de heridos y 46 detenidos tras las cargas de los Mossos de Escuadra ante la sede de la delegación del Gobierno en Barcelona. La contundencia del operativo policial ya adelantaba los acontecimientos de 2009, y el hecho que esta protesta estudiantil tocaba elementos centrales del proyecto neoliberal de construcción europea. En los años sucesivos, el 17 de noviembre, día internacional del estudiante, se repetirán las manifestaciones y la convergencia del movimiento europeo se bastará en las reuniones internacionales de estudiantes de Bakaiku (marzo de 2006), París (octubre de 2006) y Atenas (octubre de 2007), estas dos últimas ya bajo el nombre de Foro Europeo de Estudiantes (Sevilla y Urbán, 2008).

Pero no será hasta el curso académico 2008-2009 cuando se producirá el mayor estallido del movimiento estudiantil contra el proceso de Bolonia. El cálido invierno estudiantil que transcurre en Cataluña entre noviembre de 2008 y marzo de 2009, merecería un artículo entero, pero solo le dedicaré unos párrafos a vuelapluma para destacar sus principales características.

En primer lugar, los antecedentes más inmediatos hay que buscarlos en las movilizaciones de marzo de 2008, que ya presentan un cambio de estrategia. No se habla de Bolonia en general, sino que se pide la derogación de la LOU y de los decretos que, como el del catálogo de nuevas titulaciones, están aplicando de forma concreta el proceso en el Estado español. Por otro lado, se intenta concretar la táctica: focalizarse en los planes de estudio de cada facultad y bloquear los órganos de gobierno de las mismas, para impedir realmente la aplicación de Bolonia. Además, en las jornadas de preparación de esa huelga, se produce en la UAB una fuerte carga policial contra la ocupación de la Facultad de Letras, que se saldará con decenas de heridos y, posteriormente, con la apertura de expedientes disciplinarios a 31 líderes estudiantiles, seis de los cuales serán expulsados meses después de la universidad. De nuevo, una represión desmesurada y desconocida hasta la fecha ataca las movilizaciones estudiantiles. Por tanto, otro elemento se suma a las tareas del movimiento: la lucha antirrepresiva.

En el plano organizativo, también se generan cambios muy importantes en el movimiento estudiantil catalán. En primer lugar, y por orden cronológico, en mayo de

2006, y fruto de la unificación de Alternativa Estel y CEPC, había surgido el SEPC (Sindicat d'Estudiants dels Països Catalans), consiguiendo al fin un sindicato unificado de todo el independentismo revolucionario del país. El otro sindicato relevante, el AEP, se halla en una crisis de identidad al tener su partido político de referencia responsabilidades en el Gobierno de Cataluña (nada menos que las de Interior) desde la constitución del segundo tripartito en 2006. La falta de entendimiento entre estos dos sindicatos y la desconexión de los mismos con buena parte del movimiento asambleísta, acabarán con la disolución de la PMDUP. Este hecho, que podría ser interpretado como negativo, será la oportunidad para crear una nueva coordinación que tendrá la virtud de incorporar a la nueva generación militante y abrirse realmente a la participación de las asambleas de facultades. Así, en el verano de 2008 nace la CAE (Coordinadora d'Assemblees d'Estudiants), actor fundamental en las movilizaciones siguientes.

En noviembre de 2008, las universidades públicas catalanas se lanzarán a una huelga indefinida y desigual (no todas las facultades paralizarán la actividad) con tres demandas claras en su pliego petitorio: moratoria al proceso de Bolonia, retirada de los expedientes disciplinarios y diálogo entre toda la comunidad universitaria sobre qué tipo de universidad queremos. El 13 de noviembre, los universitarios realizan el primer paro, y se manifiestan junto a los docentes de primaria y secundaria, también en huelga contra la nueva ley catalana de educación (LEC), ejemplo muy avanzado de la mercantilización de la educación preuniversitaria. El día 20 del mismo mes, en una nueva manifestación (esta vez solo de universitarios) los estudiantes ocupan por sorpresa el rectorado de la UB, situado en el centro de Barcelona, y que se convertirá en el centro neurálgico de un movimiento huelguista sin parangón en todo el Estado. Así, se generalizan las tomas de facultades, con paralización de la actividad académica, sobre todo en la UAB, y, normalmente, sin parar clases en la UB, la UPC y, en menor medida, en el resto de las universidades catalanas.

Durante esos meses, sobre todo antes del paréntesis navideño, se suceden acciones de todo tipo: ocupaciones de edificios públicos, *performances*, referendos y consultas populares, acciones directas espectaculares, manifestaciones... y, sobre todo, desde la ocupación del rectorado de la UB, una fuerte confluencia con el resto de las luchas sociales presentes en la ciudad, como la de los conductores de autobuses en huelga, las luchas contra la especulación inmobiliaria y la campaña contra la crisis, que agrupa a la izquierda sindical y a la izquierda radical. Quizá por ese motivo, el día después de una enorme manifestación de toda la comunidad educativa contra la LEC y contra Bolonia, se produce el desalojo policial del rectorado, que se salda con centenares de heridos, decenas de detenidos y todo un día de terror policial en Barcelona, con cargas indiscriminadas sobre estudiantes, gentes solidarias y personas que, simplemente, transitan por el centro de la ciudad. Los hechos del 18 de marzo de 2009 pondrán en jaque al propio consejero de Interior, Joan Saura, debido a la dureza y desproporción de la actuación policial. La posterior manifestación solidaria del 25 de marzo por la noche, bajo el lema «Bolonia s'aplica a cops de porra» («Bolonia se aplica con golpes de porra») sorprenderá a los propios convocantes por la gran afluencia a la misma. Las muestras de solidaridad de gran parte de la ciudadanía hacia el movimiento estudiantil, en un contexto de fuerte represión y criminalización por parte de los medios

de comunicación convencionales, demuestran la fuerza del mismo y su imbricación con el resto de los movimientos sociales del nuevo ciclo de luchas contra la globalización capitalista.

ALGUNAS CONCLUSIONES, INTERROGANTES Y MUCHOS RETOS POR DELANTE

En primer lugar, con este texto creo haber demostrado que el sujeto estudiantil es un componente esencial del ciclo de los nuevos movimientos globales. Así, los ciclos de movilización estudiantil coinciden, de forma casi exacta, con los de movilización del movimiento antiglobalización. Ello se debe a que ambos movimientos responden a condiciones de oportunidad política parecidas y a que forman parte de la misma familia de movimientos, al menos en el contexto local. Además, la función de la universidad como gestante de cuadros militantes es, en el caso de estos dos movimientos, más cierta que nunca. Muchos de los activistas del movimiento estudiantil pasan pronto a formar parte de las nuevas generaciones de militantes antiglobalización, o combinan la presencia en ambos movimientos. Finalmente, el discurso del movimiento estudiantil, desde la década de 1990 hasta la actualidad, es fuertemente permeable a los discursos contra la globalización capitalista, como se ha visto en la crítica a la LOU o al propio proceso de Bolonia. La dimensión internacional del movimiento estudiantil lo emparenta más, si cabe, con el nuevo internacionalismo del siglo XXI que representan los nuevos movimientos globales. En la siguiente tabla se resumen las cuatro etapas de los actuales ciclos de movilización de los nuevos movimientos globales y del movimiento estudiantil en Cataluña.

Tabla 16.1 Etapas de los ciclos actuales de movilización de los nuevos movimientos globales y del movimiento estudiantil en Cataluña

Nuevos movimientos globales	Movimiento estudiantil
Primera etapa. Gestación, 1994-1999	1993-1999: Movilizaciones antitasas
Segunda etapa. Eclósión, 2000-2002	2000-2002: Del Informe Bricall al movimiento contra la LOU
Tercera etapa. Movimiento antiguerra y foros sociales, 2003-2004	2003-2004: Movimientos contra la guerra de Irak y expediciones a los FSE y las contracumbres
Cuarta etapa. Transformaciones y reflujo coyuntural, 2005-2008	2005-2008: Movimientos contra el proceso de Bolonia (EEES)

Un segundo bloque de conclusiones hace referencia al movimiento estudiantil en sí mismo. En primer lugar quiero destacar su carácter internacional a lo largo de la historia. Aunque muchas veces, desde nuestras facultades nos parece que las tareas del movimiento son muy locales y específicas, ha quedado demostrado a lo largo del texto el carácter internacionalista del sujeto estudiantil, y la presencia de al menos tres grandes ciclos de movilización internacional: el 1968-1977, el 1985-1987 y, el actual, cuyo hitos fundacionales se hallan en México (el alzamiento zapatista de 1994 y la Huelga de la UNAM en 1999).

Una visión pesimista del movimiento nos diría que es repetitivo y reactivo, pero desde mi punto de vista, los últimos acontecimientos demuestran que cada vez responde mejor a sus retos. El primero de ellos es el de construir marcos de organización flexibles pero estables. El segundo, reforzar las redes internacionales de resistencia a los procesos de mercantilización de la enseñanza. Y, finalmente, pero no menos importante, tejer alianzas con otros colectivos en lucha vinculados a la enseñanza: profesores precarios, maestros de primaria y secundaria, personal de administración y servicios, etcétera. Porque, como dicen los zapatistas, los rebeldes se buscan, y cuando se encuentran, todo es posible.

REFERENCIAS

- Alfama, Eva; GONZÁLEZ, Robert; Pelàez, Lluç y Vargas, Guiomar (2004): «La red crítica global en Catalunya en los albores del siglo XXI», Ponencia en el VIII Congreso español de sociología. FES, Alicante.
- Antón, Josep Maria (2001): «Les resistències a l'Europa neoliberal», en *Emergències, quaderns de formació per a la transformació social*, nº 1, noviembre de 2001. Associació Observatori dels Moviments Socials, Terrassa-Barcelona.
- Asamblea de Ciencias Sociales por una Universidad Crítica (2008): *Moviminetos estudiantiles: resistir, imaginar, crear en la Universidad*. Gakoa Liburuak, Donostia.
- Calle, Ángel (2004): «Los nuevos movimientos globales», Resumen de tesis doctoral. Universidad Carlos III, Madrid.
- Camargo, Raúl (2001): «La LOU y nosotras(os), que la odiamos tanto», *Viento Sur*, nº 60, diciembre de 2001, Madrid.
- Carreras, Judith; Sevilla, Carlos y Urbán, Miguel (2006): *Euro-universidad. Mito y realidad del proceso de Bolonia*, Icaria Más Madera, Madrid.
- García, Rubén y Fernández, Joseba (2008): «Movimiento universitario en Bizkaia contra la invasión de Iraq», en Asamblea de Ciencias Sociales por una Universidad Crítica (2008): *Movimientos estudiantiles: resistir, imaginar, crear en la Universidad*. Gakoa Liburuak, Donostia.
- Herreros, Tomàs (2004): «Moviments socials i cicles de protesta: el cicle de protesta del capitalisme global, 1994-2003», Ponencia en el VIII Congreso español de sociología. FES, Alicante.
- Kitschelt, H. (1986): «Political opportunity structures and political protest: anti-nuclear movements in four democracies», en *British Journal of Political Science*, 16: 57-85.
- León, Iñigo y Sanllorente, Iván (2008): «II. Retrospectiva de las movilizaciones universitarias frente a la Ley Orgánica Universitaria (2000 a 2002)», en Asamblea de Ciencias Sociales por una Universidad Crítica (2008): *Movimientos estudiantiles: resistir, imaginar, crear en la Universidad*. Gakoa Liburuak, Donostia.
- McAdam, D. (1999): «Orígenes conceptuales, problemas actuales y direcciones futuras», en Ibarra y Tejerina (eds): *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Madrid: Editorial Trotta

- Pelàez, Lluc (2000): *Insubmissió. Moviment social i incidència política*. Col·lecció documents, Servei de publicacions UAB, Barcelona
- Sevilla, Carlos (2006): «Tesis sobre la Universidad y el movimiento estudiantil», *Viento Sur*, nº 87, julio de 2006, Madrid.
- Sevilla, Carlos y Urbán, Miguel (2008): «Tesis sobre la Universidad y el movimiento estudiantil», en Asamblea de Ciencias Sociales por una Universidad Crítica (2008): *Movimientos estudiantiles: resistir, imaginar, crear en la Universidad*. Gakoa Liburuak, Donostia.
- Tarrow, S. (1997): *El poder en movimiento: los movimientos sociales, la acción colectiva y política*. Alianza, Madrid.
- Tilly, C. (1991): *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*. Alianza, Madrid.

HEMEROGRAFIA

- La Vanguardia*, 18/11/ 01.
- El Mundo*, 24/03/00.
- UAB Informa't*, boletín informativo de las asambleas de estudiantes, diciembre de 2001.
- Okupem les Ones (2009): *El Pròleg, memòries d'un any de lluites contra el Pla Bolonya* (Documental sobre las movilizaciones de 2008-2009).

17

Las empresas transnacionales y el Tribunal Permanente de los Pueblos

Mikel de la Fuente Lavín y Juan Hernández Zubizarreta

INTRODUCCIÓN

LA CRISIS ECONÓMICO-FINANCIERA INICIADA EN 2008 ES UN EJEMPLO DE LOS desastres que para la mayoría de la población mundial supone el sistema social capitalista. Parece ser que no es una crisis capitalista que haya 950 millones de hambrientos en todo el mundo (la cifra se ha quedado pequeña: en noviembre de 2009 se habla ya en una Asamblea de la FAO de 1.020 millones), 4.750 millones de pobres, 1.000 millones de desempleados, que más del 50% de la población mundial activa esté subempleada, que el 45% de la población mundial no tenga acceso directo al agua potable, que 3.000 millones de personas carezcan de acceso a unos servicios sanitarios mínimos, que 113 millones de niños y niñas no tengan acceso a la educación y que 875 millones sean analfabetos y 12 millones mueran de enfermedades curables, que 13 millones de personas mueran cada año por el deterioro del medio ambiente y que 16.306 especies estén en peligro de extinción.¹ Empieza a existir una crisis capitalista cuando el sistema deja de ser rentable para mil empresas transnacionales y 2.500.000 millonarios.

Ante la profunda crisis económica los gobiernos de los países ricos han intervenido para amortiguar los efectos de la misma. No han tenido problema alguno para ponerse de acuerdo y actuar en favor de quienes manejan beneficios multimillonarios. Nada que ver con la beligerancia mostrada contra, por ejemplo, las nacionalizaciones emprendidas por el gobierno de Evo Morales en Bolivia.

El remedio ha consistido en apagar fuego con gasolina. Se inyecta dinero y se subvenciona a los defraudadores, confiando en su automática conversión a la hon-

1. Alba Rico, S. (2008): *La superioridad del capitalismo*, <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=75269>.

radez. Se sustituye la cárcel de los delincuentes financieros por el apoyo económico, y se mantiene el modelo de acumulación ilimitada de la riqueza y de los desequilibrios sociales y medioambientales. Así, entre otros muchos ejemplos, tenemos el de la empresa Lehman Brothers, que ha despedido sin indemnización alguna a la mayor parte de su plantilla, salvo a su presidente, a quien ha indemnizado con 480 millones de dólares. Para impedir la quiebra de AIG, Washington ha intervenido con 85.000 millones de dólares, lo que ha permitido que el director de la sección de productos derivados y su director general cobren bonificaciones de 3,4 y 5,4 millones de dólares respectivamente.²

Por otro lado, se ha demostrado que si hay voluntad política hay dinero para salir de la crisis financiera. Y se comprueba que la lucha contra el hambre, la pobreza, el desempleo, la cancelación de la deuda externa, la privatización de las pensiones y un largo etcétera no se solucionan porque, sencillamente, no se quiere.

Resulta evidente que la falta de reglas, entre otras cosas, es lo que ha llevado al mundo de las finanzas a extremos intolerables de codicia. De ahí que, ahora, oigamos insistentemente que hace falta aprobar un marco normativo de regulación. Pero ¿quién va a aprobar ese marco? Los mismos gobernantes que han permitido semejante fraude son los que ahora proponen controles a la actividad económica. La complicidad existente entre gobiernos ricos, empresas transnacionales y corporaciones financieras no garantizan más que pequeños ajustes en el modelo neoliberal. El presidente español Rodríguez Zapatero no ha tardado mucho en recibir a los presidentes de los bancos más importantes para pactar las nuevas reglas del juego. No podemos olvidar que la OMC, el Banco Mundial, el FMI, el G8, junto con los gobiernos ricos y las multinacionales, se están convirtiendo en las instituciones que determinan la vida cotidiana de la gente. Sus reglas escapan a todo control democrático. La ciudadanía se sustituye por los consumidores; la ley, por el contrato asimétrico; las normas públicas, por acuerdos privados; y las regulaciones de derechos laborales y sociales, por privatizaciones y desregulaciones. El binomio democracia-desarrollo humano está siendo sustituido por elecciones formales-mercado.

La otra cuestión se refiere a las medidas diseñadas. Todas ellas se han dirigido en favor del capital. Se han barajado, entre otras: la mayor transparencia en las operaciones financieras, más allá de que el problema resida en la complejidad de la ingeniería financiera más que en su transparencia; el mayor control de las agencias de riesgo; subir la garantía de los depósitos bancarios; comprar activos financieros; avalar la deuda a las entidades financieras; recapitalizarlas en caso de necesidad; reglamentar los incentivos millonarios que ganan los directivos; reanudar el préstamo interbancario; reformar el sistema hipotecario y que el FMI cree una red de seguridad financiera internacional. Además, el presidente Rodríguez Zapatero ha manejado «amnistiar» 54.207 millones de fondos irregulares para que afloren a la economía real. Medidas precisas que tutelan, básicamente, los intereses del capital. Todo ello avalado, además, por billones de euros que los Estados, es decir los hombres y mujeres del planeta, ponen a disposición de las corporaciones financieras privadas, es decir, de las clases

2. Vidal Beneyto, J. (2008): *Las desvergüenzas del capitalismo*, <http://reggio.wordpress.com/2008/11/22/las-desvergüenzas-del-capitalismo-de-jose-vidal-beneyto-en-el-pais/>

dominantes, para que el sistema vuelva a encauzarse. Se ha optado por estabilizar los mercados financieros en lugar de apoyar estrategias por la reconstrucción del Estado del bienestar. Por otro lado, las medidas a favor de la ciudadanía son escasas y de muy corto alcance.

Existen propuestas que ni se mencionan, como la creación de un servicio financiero público que sustituya a las nacionalizaciones parciales aprobadas, la anulación del secreto bancario y de los paraísos fiscales, la constitución de una institución pública encargada del control y la aprobación de las normas financieras internacionales en el ámbito de la ONU, la puesta en marcha de la tasa Tobin de un 0,5% que grave todas las transacciones financieras a favor del cumplimiento de los Objetivos de Milenio, la cancelación de la deuda externa y la erradicación del hambre; y medidas anticrisis como moratorias en el pago de las hipotecas, la puesta en práctica de un sistema fiscal que grave más fuertemente a las rentas más elevadas y las rentas de capital, el incremento de los salarios de forma que recuperen lo que han perdido en las últimas décadas en relación con el total de la producción, la garantía de un sistema público de pensiones que haga innecesario el ahorro forzoso destinado a las pensiones privadas, la nacionalización de la banca, la creación de un impuesto especial sobre las grandes fortunas, es decir, actuaciones a favor de las mayorías sociales.³ En el fondo se tiene muy claro que en el vértice de la jerarquía normativa se encuentran los derechos de las agencias financieras. La mercantilización de los derechos humanos prima sobre el derecho a una vida digna.

El uso continuado de la doble moral es el discurso que fundamenta el modelo neoliberal y sobre el que se asientan parte de los valores de la ética empresarial y de la expresión pseudonormativa de los códigos de conducta. Los fundadores del pensamiento neoliberal utilizaron los valores de la libertad y de la dignidad humana como ideas centrales del aparato conceptual dominante, tal y como recoge Harvey.⁴ Parte de dos tipos de libertades: por un lado, «la libertad para explotar a los iguales, la libertad para obtener ganancias desmesuradas sin prestar un servicio conmensurable a la comunidad, la libertad de impedir que las innovaciones tecnológicas sean utilizadas con una finalidad pública, o la libertad para beneficiarse de calamidades públicas tramadas secretamente para obtener una ventaja privada»; y, por otro, «las libertades de las que nos enorgullecemos ampliamente: la de conciencia, la de expresión, la libertad de reunión, la de asociación y la de elección del trabajo». Polanyi⁵ considera que la reinterpretación de las libertades sitúa en el centro de las mismas a la libre empresa y a la propiedad privada. Parece que sin ellas no existe una sociedad libre. Se mercantiliza la libertad, y se subordinan los principios de igualdad y de solidaridad a los intereses de las clases dominantes.

La idea de regular y de dirigir la economía al servicio de las mayorías sociales, de forma que la libertad no sea ejercida solo por los propietarios, es denunciada como una no libertad. La reglamentación del interés privado se asimila a la esclavitud. Así,

3. Estas medidas se relacionan, entre otras, en Antentas, J. P. y Vivas, E., «El Foro Social Mundial en perspectiva», *Viento Sur*, 2008, <http://www.vientosur.info/sumarios/index.php?x=97.internacional?>

4. Harvey, D., *Breve historia del neoliberalismo*, Akal, 2007: 43-45

5. Citado en *ibíd.*: 44.

la doble moral equipara fundamentalmente la defensa de la libertad con la defensa de la libertad de empresa. Los valores vinculados a la ética de la empresa se construyen en el marco del sistema económico capitalista y de forma manifiestamente contradictoria.⁶ Como ha señalado F. Chesnais,⁷ la ética es algo externo al capitalismo, que únicamente influye cuando exista una legislación y reglamentación que blinda las reglas y los intereses económicos. Esta práctica de doble moral se concreta en los comportamientos de las grandes empresas multinacionales, que actúan de manera similar, aunque con intensidades muy diferentes, según sean sus países matrices o los países pobres receptores de sus inversiones. Esta cuestión puede extenderse desde el punto de vista normativo a la rigurosidad con que se negocia la deuda externa o se defiende la seguridad jurídica de las inversiones, frente al tratamiento tan flexible de los paraísos fiscales o de las subvenciones comerciales a empresarios de los países dominantes.⁸

Una de las características más destacables de los sistemas jurídicos internacionales en la actual globalización neoliberal reside en la debilidad, cuando no ausencia, de normas universales entendidas como vehículo de los valores de la comunidad internacional. El marco legal mundial del sistema capitalista está formado por un conjunto de normas que organizan todo tipo de actividades económicas en el plano global, sin discriminaciones aparentes y sin tratos preferenciales. Sin embargo, las relaciones de fuerza, en su expresión más cruda, y las relaciones bilaterales asimétricas —es decir, desiguales—, en el ámbito del comercio internacional y financiero, son la «norma» del sistema capitalista. El derecho internacional no tiene articulados sistemas jurídicos capaces de someter las multinacionales a control alguno, ya que tanto los sistemas universales de protección de los derechos humanos y laborales fundamentales como los códigos externos ad hoc y los códigos internos no pueden neutralizar la fortaleza del Derecho Comercial Global.

La globalización genera una ruptura en la concepción monista del derecho. El Estado deja de ser el protagonista central de la producción legislativa, y el pluralismo jurídico global se consolida como expresión de una legalidad supraestatal, formal e informal, basada en las instituciones y en los agentes económicos dominantes.⁹ El Derecho Comercial Global, es decir la *Lex Mercatoria*, se encuentra condicionado por las relaciones de poder entre Estados y sectores dominantes que desplazan al derecho estatal construido en torno a la nación.

El Derecho Comercial Global, telón de fondo de la actividad económica de las empresas transnacionales, está atravesado por este conjunto de características. Las normas que emanan de la Organización Mundial del Comercio (OMC), los Tratados Regionales y Bilaterales de Libre Comercio e Inversiones junto con el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional (FMI) y los contratos de explotación e inversión de las empresas transnacionales, forman un ordenamiento jurídico creado

6. Koslowski, P. y Buchanan, J. M., *La ética del capitalismo*. Rialp, 1997.

7. Chesnais, F., «Une seule éthique: le profit», *Regards*. Avril, 2008.

8. Perdiguero, T. E., *La responsabilidad social de las empresas en un mundo global*, Anagrama, Barcelona, 2003: 118.

9. Julios-Campuzano, A., «Globalización, Pluralismo Jurídico y Ciencia del Derecho», en AA.VV. (Alfonso de Julios-Campuzano, Ed.), *Dimensiones Jurídicas de la Globalización*, Dykinson, Madrid, 2007:14-40.

sin controles democráticos y cuya legitimidad es desproporcionada en relación con la trascendencia de sus decisiones, ya que son instituciones formadas, en el mejor de los casos, por representantes legítimos para gobernar en el interior de sus Estados, pero no para gobernar las relaciones económicas y políticas del planeta.¹⁰

La cuantía de las normas comerciales, su especialización (en muchos casos se legisla sobre productos concretos),¹¹ oscuridad, celeridad en su elaboración y ausencia de sometimiento a los paralelismos formales, se acompaña, además, de una sustitución de la abstracción y la generalización características de las leyes por la contractualización asimétrica de las mismas. Las relaciones jurídicas que se forman en torno a la OMC, Tratados Regionales y Bilaterales de Comercio e Inversiones, actúan como vasos comunicantes, donde los paralelismos formales y la jerarquía normativa se difuminan en favor de los intereses de los grupos económicos, Estados imperiales y empresas transnacionales. Se trata de una feudalización del derecho, de un nuevo derecho corporativo opuesto al derecho público que actúa a favor de las empresas transnacionales sin contrapeso alguno.¹²

Las ideas descritas nos permiten contrastar dos ideas fuerza: la profunda asimetría existente entre las características de una nueva Lex Mercatoria que tutela los derechos de las transnacionales frente a los sistemas de control de las mismas y la necesidad de profundizar en la construcción de redes transnacionales contrahegemónicas.

LÍMITES NORMATIVOS DE LA INTERVENCIÓN SOCIAL Y SINDICAL

La delimitación de las potencialidades del uso alternativo del derecho como sistema de control de las empresas transnacionales requiere precisar, en primer lugar, qué entendemos por globalización contrahegemónica.¹³ «La globalización contrahegemónica es un vasto conjunto de redes, iniciativas, organizaciones y movimientos

10. Fariñas Dulce, M. J., *Mercado sin ciudadanía. Las falacias de la globalización neoliberal*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2005: 149.

11. En la OMC existen 400 páginas de textos legales y el acuerdo de constitución ocupa unas 30.000 páginas, siendo una legislación cuasi universal que afecta directa o indirectamente a la mayoría de los países del planeta. En sus primeros cinco años ha conocido por medio de su Sistema de Solución de Diferencias más asuntos que el Tribunal Internacional de Justicia. Véase Zapatero, P., *Derecho del Comercio Global*, Thomson Civitas, Madrid, 2003: 239.

En relación con los Tratados Bilaterales de Inversiones y Acuerdos Comerciales existen en vigor en torno a 2.500, junto con un número elevadísimo de Tratados Regionales y acuerdos económicos; piénsese en el acervo normativo de la Unión Europea. Se han contabilizado, a su vez, más de 50.000 tratados internacionales.

12. Teitelbaum, A.: «Responsabilidad de las organizaciones financieras internacionales», *CADTM* (Comité por la Anulación de la Deuda del Tercer Mundo). Quinto seminario internacional sobre Derecho y Deuda, Bruselas, 2005: 1-43.

13. Sousa Santos, B.: «Más allá de la gobernanza neoliberal: el Foro Social Mundial como legalidad y política cosmopolitas subalternas», en AA.VV. (B. de Sousa Santos y C. A. Rodríguez Garavito, eds.): *El derecho y la globalización desde abajo. Hacia una legalidad cosmopolita*. Anthropos, Barcelona, 2007: 31.

que luchan contra los resultados económicos, sociales y políticos de la globalización hegemónica. Desafía concepciones del desarrollo mundial que están detrás de la hegemonía y, a su vez, propone concepciones alternativas.» La primera cuestión exige articular las bases sobre las que construir la contrahegemonía.

La explotación y exclusión de las mayorías sociales constituyen los efectos negativos más reseñables de la globalización neoliberal, es decir, de las relaciones asimétricas de poder. Ambas son formas transcendentales de subordinación social. De ahí que la redistribución y el reconocimiento sean los ejes sobre los que edificar la contrahegemonía y los parámetros sobre los que construir un nuevo paradigma de justicia. Nancy Fraser entiende que «las luchas por la distribución tienen una lógica dirigida a abolir, o por lo menos a minimizar, las diferencias de grupo en tanto que clase».¹⁴ Es decir, son transformadoras en el sentido de que no se trata de reconocer la diferencia del proletariado, sino de superar, o por lo menos minimizar, la importancia de la clase. En las luchas por el reconocimiento, en cambio, el objetivo es acentuar esas diferencias (así, los derechos de gais y lesbianas son un ejemplo). Responden al lema de «deconstrucción en la cultura, redistribución en la economía».¹⁵ Fraser añade una tercera dimensión a la nueva reinterpretación de la justicia global, la representación como nuevo principio que implica «que todo el que está sujeto, en cualquier parte del mundo, a una estructura de gobernación (transnacional, nacional o subnacional), que genera normas que se aplican coercitivamente, tiene que poder tomar parte en la toma de decisiones». La OMC es un ejemplo muy preciso. La concurrencia internacional de jurisdicciones está provocando una manifiesta mercantilización de la justicia, de lo que se desprende la necesidad de incidir en su democratización.¹⁶

Las prácticas contrahegemónicas tienen por función actuar sobre la raíz de los problemas. Deben impregnar los posibles usos alternativos del derecho en cuanto expresión de una nueva forma de justicia global. Ahora bien, las relaciones de poder y los efectos de desigualdad y exclusión se formalizan en el derecho y la política. De ahí que el uso del mismo como instrumento contrahegemónico requiera desvelar la vinculación entre las concepciones dominantes sobre el derecho y la justicia. Cuestionar estas concepciones supone cuestionar también los procesos sociales a los que son inherentes.¹⁷

Esta última cuestión se refleja nítidamente en el derecho internacional. Algún autor señala que conceptos como la solidaridad y la cooperación actúan como un disfraz de la violencia, las injusticias y la explotación, que constituyen el eje vertebrador de las relaciones internacionales.¹⁸ Esta visión del derecho como una formalización de

14. Fraser, N.: «La justicia en tres dimensiones», Correspondencia de Prensa, 14 de Octubre de 2007. <http://listas.chasque.net/mailman/listinfo/boletin-prensa>: 1-7.

15. *Ibíd.*: 5.

16. Pradelle, G.: «Juridicisation de la société et globalisation», en AA.VV. (M. Chemiller-Gendreau e Y. Moulier-Boutang, eds.): *Le Droit dans la mondialisation*. Presses Universitaires de France, París, 2001.

17. Harvey, D.: *Breve historia del neoliberalismo*. Akal, Madrid, 2007: 198.

18. Pureza, J. M.: «Usos contrahegemónicos defensivos y de oposición del derecho internacional: de la Corte Penal Internacional a la herencia común de la humanidad», en AA.VV. (B. de Sousa Santos y C. A. Rodríguez Garavito, eds.), *El derecho y la globalización desde abajo*, *op.cit.*: 240.

las relaciones de poder entre fuertes y débiles sigue vigente en el actual derecho internacional. De ahí que el uso contrahegemónico de éste aparece muy mediatizado por las fuerzas hegemónicas, que erosionan todo tipo de resistencias y usos alternativos del mismo. Tal y como afirma Pureza, «cuando el fin sustantivo es la equidad intrageneracional e intergeneracional, esas fuerzas prefieren la naturaleza tradicionalmente blanda del derecho internacional sobre un orden legislativo que goce de mecanismos institucionales para el cumplimiento forzoso».¹⁹

Esta afirmación ha sido contrastada en todo lo relacionado con el control de las empresas transnacionales en el marco de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), la OCDE y Naciones Unidas. El esquema de derecho blando en que se basa debe ser reinterpretado hacia un derecho imperativo equivalente al del derecho global comercial, lo que encontrará todo tipo de resistencias hegemónicas vinculadas a la promoción de la Responsabilidad Social Corporativa (RSC) en el ámbito de la regulación.

Por tanto, el uso alternativo del derecho requiere precisar, en el contexto de dos modelos de globalización enfrentados, las siguientes tendencias políticas, sociales y jurídicas que afectan al control de las transnacionales:

a) Hay que tener en cuenta los espacios globales, nacionales y locales, tanto desde perspectivas normativas como desde los mecanismos sociales y sindicales de control de las empresas transnacionales.²⁰ Los pluralismos jurídicos supraestatales e infraestatales deberán explorarse como sistemas de cooperación jurídicos y sociales de control de las multinacionales.²¹

b) El uso alternativo del derecho implica el uso legal, alegal e ilegal del mismo. La reinterpretación conceptual de la legalidad frente a la legitimidad vuelve a reaparecer en el marco de los derechos humanos de primera, segunda y tercera generación. Resulta difícil limitarse al uso legal en, por ejemplo, el marco del derecho a la subsistencia frente a la ocupación (legal-nacional) de tierras por transnacionales, realizada al margen de la legitimidad internacional de los Derechos Humanos.

c) El manejo que del derecho duro (comercial global), blando (códigos de conducta y Responsabilidad Social Corporativa-RSC) y frágil (Derecho Internacional de los Derechos Humanos) realizan las empresas transnacionales debe incorporarse al

19. *Ibíd.*: 248.

20. Sousa Santos, B.: «Más allá de la gobernanza neoliberal...», *op. cit.*: 32-33.

21. Klug, H.: «Una campaña por la vida: la construcción de una nueva solidaridad transnacional frente al VIH/sida y al ADPIC», en AA.VV. (B. de Sousa Santos y C. A. Rodríguez Garavito, eds.): *El derecho y la globalización desde abajo*, *op. cit.*: 109-127. Son imprescindibles las reivindicaciones de mayor control democrático de las instituciones financieras y comerciales internacionales, de los tratados de comercio e inversiones regionales y bilaterales, de las legislaciones nacionales y de las legislaciones infraestatales. El uso alternativo implica la promoción y la defensa de legislaciones internacionales de derechos humanos, de legislaciones nacionales en clave de soberanía nacional y de regulaciones de ámbitos no estatales. Véase Rodríguez Garavito, C. y Arenas, C., «Derechos indígenas, activismo transnacional y movilización legal: la lucha del pueblo U'wa en Colombia», en AA.VV. (B. de Sousa Santos y C. A. Rodríguez Garavito, eds.): *El derecho y la globalización desde abajo*, *op. cit.*: 217-237.

uso contrahegemónico del mismo.²² La renegociación de los contratos de empresas multinacionales con gobiernos que se encuentran en proceso de reformulación de las reglas neoliberales en sus legislaciones deben bascular sobre la articulación de los tres espacios jurídicos mencionados. Deben disputar la jerarquía y la pirámide normativa a las transnacionales basándose en el derecho de las mayorías sociales.

d) El derecho oficial forma parte de la estructura hegemónica de dominación y solamente podrá convertirse en vehículo contrahegemónico desde su subordinación a la acción política. La confrontación democrática no debe someterse a los sistemas jurídicos y las diferentes luchas y movilizaciones no deben quedar condicionadas por la judicialización de las mismas, ya que sus fuentes de legitimidad, sus «maneras de hacer» e incluso los lenguajes son, en la mayoría de los casos, irreconciliables.²³

e) El debate entre lo técnico y lo político toma plena actualidad en la caracterización del control de las empresas transnacionales. El lenguaje hegemónico de los conocimientos especializados de los técnicos tiende a suplantar la participación ciudadana. La simplificación de la realidad basada en capacidades técnicas, competencias y procesos efectivos junto con el control del conocimiento, no debe marcar el devenir de los movimientos sociales. De ahí que las propuestas alternativas de control de las multinacionales no deban ser asunto de despachos de abogados ni de expertos en cuestiones internacionales, sino que deben ser, fundamentalmente, propuestas de la ciudadanía.

EL TRIBUNAL PERMANENTE DE LOS PUEBLOS

El Tribunal Permanente de los Pueblos (TPP) tuvo su origen en los llamados «Tribunales Russell» sobre Vietnam (1966-1967) y sobre las dictaduras en América Latina (1974-1976). Se constituyó formalmente en 1979. Está integrado por un amplio número de miembros nombrados por el Consejo de la Fundación Internacional Lelio Basso por el Derecho y la Liberación de los Pueblos.²⁴ Su función es calificar en términos de derecho y hacer visibles aquellas situaciones en que se planteen violaciones masivas de los derechos fundamentales de la humanidad que no encuentren reconocimiento ni respuesta en las instancias oficiales. De alguna manera se puede decir que representa la conciencia ética de los pueblos.

Hasta la fecha, el TPP se ha reunido en más de una treintena de ocasiones para juzgar hechos acaecidos en muchos países. A lo largo de todas estas sesiones, ha acompañado las luchas de los pueblos en la defensa de sus derechos fundamentales, juzgando simbólicamente desde situaciones de genocidio hasta cuestiones relacionadas con instituciones financieras internacionales como el Banco Mundial y el FMI, pasando por hechos ligados a la negación de la autodeterminación de los pueblos, las invasiones extranjeras y la destrucción del medio ambiente.

22. *Ibíd.*: 61-85.

23. Shamir, R.: «La responsabilidad social empresarial: un caso de hegemonía y contrahegemonía», en (Boaventura de Sousa Santos y César A. Rodríguez Garavito eds.): *El derecho y la globalización desde abajo*, *op. cit.*: 108.

24. Para más información, se puede consultar la página web de la Fundación Lelio Basso: www.internazionaleleliobasso.it

En la actualidad, hay que destacar las sesiones contra las empresas transnacionales por los efectos de sus actividades en América Latina. En este sentido, durante 2007 se han venido celebrando audiencias específicas sobre las multinacionales en Colombia y Nicaragua, y en 2008 ha tenido lugar en Perú una sesión más amplia y general.²⁵

Hace tres años, el Tribunal Permanente de los Pueblos se puso en marcha en Colombia con objeto de analizar y documentar los casos de violaciones de los derechos humanos relacionados, de manera directa o indirecta, con las operaciones de las corporaciones transnacionales en el país. Desde la primera sesión, que tuvo lugar en abril de 2006, hasta la sesión final, que se celebró en julio de 2008, se ha juzgado a las compañías multinacionales que están presentes en el país con el conflicto armado más antiguo de América Latina según sus sectores de actividad: alimentación, minería, biodiversidad, petróleo, servicios públicos, pueblos indígenas y audiencia deliberativa final.²⁶ Entre las decenas de empresas que han sido acusadas de tener graves impactos sociales, culturales y ambientales se encuentran, por ejemplo, Coca-Cola, AngloGold, Nestlé, Unión Fenosa, Drummond, Monsanto, Chiquita Brands y Aguas de Barcelona.

El mes de agosto de 2006 tuvo lugar una sesión del TPP-Capítulo Colombia dedicado a juzgar simbólicamente a tres multinacionales petroleras: la inglesa BP, la estadounidense OXY y la española Repsol YPF. En dicha audiencia tomaron la palabra miembros de diversas asociaciones, investigadores sociales, juristas, sindicalistas, ecologistas, documentalistas, defensores de los derechos humanos y personas afectadas por la presencia de los campos petroleros en su territorio. Y todas ellas coincidieron en acusar a las citadas corporaciones de contribuir a la destrucción ambiental, al desplazamiento de diferentes poblaciones indígenas y a la persecución y el hostigamiento a las organizaciones sociales que se oponen a las actividades petroleras.

En la audiencia de Bogotá se pudo recopilar mucha información sobre las actividades de la empresa española Repsol en Colombia. Sobre todo en lo que se refiere al departamento de Arauca, fronterizo con Venezuela, y lugar donde esta compañía ha centrado sus actividades, ya que está presente en casi todos los campos que cubren la región. Como, por ejemplo, en el Caño Limón, en el que, por su participación del 35%, Repsol ha adquirido una corresponsabilidad en crímenes de lesa humanidad al prestar apoyo al ejército estadounidense y financiado unidades militares que acumulan denuncias en materia de derechos humanos. O también en la zona del pozo Capachos, que, después de que Repsol anunciara la existencia de crudo en 2002, sufrió el auge del paramilitarismo en los dos años siguientes y vio cómo la región batía todos los registros de asesinatos y violaciones a los derechos humanos de toda Colombia. En 2005, tras el incremento de los crímenes contra la población civil y de los niveles de desplazamiento forzado, Repsol comenzó a producir petróleo. Por último, qué decir del campo Catleya, en el que Repsol está tratando de asegurarse nuevas reservas de

25. El Tribunal Permanente de los Pueblos desarrolló una sesión en Lima del 13 al 16 de mayo de 2008 para enjuiciar a las empresas transnacionales en América Latina en el marco, paralelo, de la IV Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno de América Latina y la Unión Europea.

26. Más información sobre las sesiones del TPP-Capítulo Colombia en la página www.tppcolombia.info. El dictamen final sobre empresas transnacionales y derecho de los pueblos en Colombia, 2006-2008, en <http://www.enlazandoalternativas.org/spip.php?article264>.

hidrocarburos sin tener en cuenta que esa área de exploración se superpone con resguardos indígenas u'was.

Como se encargaron de recordar varios testigos, la represión a las organizaciones sociales y a la población civil fue muy fuerte en Arauca, Casanare, Santander y, en resumen, en todas las áreas de interés para las compañías petroleras. Y en todo ello, como afirmó otra persona ante el tribunal, «la responsabilidad es compartida entre las multinacionales petroleras y el Estado colombiano». De lo que se trata es de que, como recoge la sentencia final, «el tribunal considera que hay fundamentos razonables para calificar una gran cantidad de los actos concretos de asesinato, masacre, tortura, desplazamiento forzoso de la población y persecución que le han sido presentados como crímenes de lesa humanidad, en la medida en que han sido cometidos de manera sistemática y generalizada contra una población civil».²⁷

En esta misma línea, siguiendo la idea de llevar ante los tribunales de los pueblos a las empresas transnacionales por los efectos de sus operaciones en países de América Latina, en octubre de 2008 se celebró en Managua una sesión del TPP dedicada a la compañía Unión Fenosa. Y es que, como se expone en la sentencia final del tribunal, «la transnacional ha violado el marco jurídico institucional, constitucional y la normativa internacional, auxiliándose con los coactores nacionales, quienes también son responsables. Ello deriva en la violación de los derechos humanos de la mayoría de los y las nicaragüenses».²⁸

Durante este juicio simbólico, se analizó cómo las operaciones de Unión Fenosa en Nicaragua comenzaron en el año 2000, cuando se le otorgó la concesión de la distribución y comercialización de energía eléctrica para un plazo de treinta años. Desde entonces, la población nicaragüense ha visto cómo, bajo el argumento de que la empresa tenía pérdidas, Unión Fenosa empezaba a cometer irregularidades y a no pagar a las generadoras, que, a su vez, han dejado de suministrar electricidad. Y, como sucede habitualmente, ha sido la mayoría de la población, que se ha quedado sin suministro eléctrico, la que ha sufrido los perjuicios de los permanentes racionamientos. Además, se pudo constatar la ausencia de inversión en el mantenimiento de la red de distribución eléctrica y del alumbrado público, la ausencia de atención a los pobladores de asentamientos que llevan años solicitando ser legalizados, la reducción de la presencia de la compañía en las zonas rurales como parte de su política de ahorro de costos, etcétera.

Los diferentes testigos expusieron de forma detallada sus casos ante el tribunal, que pudo tener constancia así de que Unión Fenosa ha cometido repetidos abusos sobre los usuarios del servicio eléctrico: desde el incremento injustificado de las facturas hasta los allanamientos de morada con cambio de medidor incluido sin autorización del usuario. Y eso por no hablar de la política laboral de la multinacional española, cuya estrategia de reducción de costos generó más de cuatrocientos despi-

27. La sentencia completa de la sesión del TPP-Capítulo Colombia sobre las empresas petroleras puede consultarse en: http://www.omal.info/www/article.php3?id_article=986. Véase el dictamen final sobre empresas transnacionales y derecho de los pueblos en Colombia, 2006-2008, en <http://www.enlazandoalternativas.org/spip.php?article264>.

28. El texto íntegro de la sentencia de la sesión del TPP sobre Unión Fenosa puede consultarse en: http://www.omal.info/www/article.php3?id_article=1099

dos a raíz de su llegada al país, además de recurrir a las subcontratas y hostigar a los sindicatos.

Y, por si todo esto fuera poco, en mayo de 2008 se celebró en Lima la Cumbre de los Pueblos, coincidiendo con la cumbre de Jefes de Estado de la Unión Europea, América Latina y el Caribe. Dentro de las actividades realizadas en la Cumbre de los Pueblos, se incluyó una sesión del TPP dedicada a las empresas multinacionales europeas presentes en aquella región, para juzgarlas por las consecuencias de sus operaciones sobre el medio ambiente, los pueblos indígenas y los derechos humanos. Este evento, organizado por la Red Birregional Europa-América Latina y el Caribe Enlazando Alternativas,²⁹ sirvió para seguir construyendo un puente de solidaridad entre las resistencias a uno y otro lado del océano.

Las sentencias y el proceder de los Tribunales Permanentes de los Pueblos favorecen la reflexión sobre los procesos de resistencia contra las grandes corporaciones, de las redes de solidaridad internacional y de los movimientos sociales. En primer lugar, la audiencia del TPP hace visible la hipocresía con que actúan gobiernos y empresas transnacionales, porque estas últimas defienden sus intereses con un derecho comercial global que se encuentra diseñado a su medida. Y actúan de acuerdo con unas reglas económicas que, bajo la máscara de la legalidad internacional, imponen beneficios para unos pocos, mientras ignoran y destruyen los convenios sobre los derechos humanos. Así, la RSC, los códigos de conducta, las buenas prácticas empresariales y el *marketing* solidario se desenmascaran, y la cosmética deja paso a lo realmente existente.

Los Tribunales de los Pueblos muestran cómo los gobiernos de los países periféricos se han sometido a las imposiciones neoliberales, para lo cual han aceptado los chantajes del FMI y del Banco Mundial. Desregularon los derechos sociales, privatizaron sus empresas estatales y los servicios públicos, y debilitaron la capacidad de intervención en materia económica y social de los Estados. En la década de 1990, los gobernantes ultraliberales y corruptos de muchos países de América Latina han sido alumnos aventajados a la hora de firmar cheques en blanco a favor de las multinacionales. Y, por su parte, los gobiernos de los países donde las corporaciones tienen su sede matriz han demostrado que se identifican al cien por cien con sus empresas multinacionales: las apoyan política y económicamente y defienden sus privilegios en las instituciones internacionales.

Con el Tribunal Permanente de los Pueblos se pretende contribuir a la construcción de una solidaridad de ida y vuelta entre los hombres y las mujeres del Norte y del Sur. Y es que las sesiones son rigurosas, estudian los hechos, analizan las declaraciones y los testimonios, etcétera, pero no son neutrales, ya que apuestan por el derecho internacional de los derechos humanos y por la defensa de los derechos de las mayorías. A través de la utilización de mecanismos jurídicos que cuestionan de raíz el modelo normativo neoliberal y que están al margen de las estructuras de poder, y empleando las convenciones internacionales sobre derechos humanos sin las ataduras que crean

29. Esta red, que surgió hace tres años y medio, se arma en torno a tres ejes de trabajo: acuerdos de libre comercio, integración regional y empresas transnacionales. Más información en la página www.enlazandoalternativas.org

los poderes mundiales, amparan a quienes son castigados y desahuciados por la impunidad con la que actúan las compañías multinacionales. En definitiva, son una forma de globalizar la solidaridad, pues sirven para coordinar acciones y denuncias. Las redes de solidaridad, los movimientos sociales y las organizaciones sindicales tienen así otra herramienta para globalizar diferentes redes transnacionales.

Por otro lado, el Tribunal Permanente de los Pueblos se articula en torno a la Alianza Social Continental y organizaciones de diversos países de Europa, ya que todos son miembros de la Red Birregional Unión Europea-América Latina. De ahí que la red transnacional pretenda crear espacios en los que los movimientos sociales den respuesta a las violaciones de los derechos humanos de las transnacionales y permitan coordinar las distintas formas de resistencias contrahegemónicas en gestación.³⁰ Es aquí donde las propuestas de control normativo de las empresas transnacionales adquieren máximo interés.

Recientemente, cuarenta organizaciones europeas y latinoamericanas pertenecientes a la Red Birregional Enlazando Alternativas han denunciado en Bruselas la complicidad de la Unión Europea en los crímenes de lesa humanidad de las empresas transnacionales, celebrando una audiencia en el Parlamento Europeo a tal efecto. Se presentaron casos afectados por compañías como Unión Fenosa, Syngenta, Thyssen-Krupo, Repsol YPF, BBVA, Banco Santander y diversas compañías mineras. En la citada audiencia se formularon propuestas para crear un nuevo marco normativo internacional de carácter vinculante con el objetivo de acabar con la impunidad con la que operan las empresas transnacionales.³¹

30. Son muchas las acciones puntuales que poco a poco van dando lugar a la construcción de lazos y redes. En Europa existen dos experiencias muy recientes, como la ocupación por movimientos sociales de la sede de Telecom en Roma por la demanda interpuesta contra el gobierno de Bolivia, pese a que éste rechazó su jurisdicción del CIADI en el mes de mayo de 2007 (OMAL, «Movimientos sociales ocuparon la sede central de Telecom. En Roma». Observatorio Multinacionales en América Latina, 20 de diciembre de 2007): http://www.omal.info/www/article.php?id_article=1122 o la protesta de organizaciones sociales por el papel de la Casa Real y el gobierno español en la defensa de las empresas transnacionales en América Latina (OMAL, Boletín de Información, «Organizaciones sociales cuestionan el papel de la Casa Real y el Gobierno español en la defensa de las empresas transnacionales en América Latina». Observatorio Multinacionales en América Latina, 12 de noviembre de 2007): <http://www.quiendebeaquien.org/spip.php?article660>. Existen, a su vez, redes y campañas como «¿Quién debe a Quién?», www.quiendebeaquien.org; «BBVA Sin Armas», www.bbvasinarmas.org; «Campaña Contra las Grandes Superficies», www.supermercadosnogracias.info; «Campaña de Afectados por Repsol», <http://repsolmata.ourproject.org>; Campañas contra Coca-Cola, www.cokewatch.org y www.killercoke.org; «La Irresponsabilidad social de Unión Penosa», www.unionpenosa.net; «No te comas el mundo», www.notecomaselmundo.org; «Plataforma de Seguimiento de las Industrias Extractivas», www.extractivas.org; y «Stop Epa», www.stopepa.org. Para una descripción detallada de Observatorios Internacionales, del Estado español y Organismos, redes y campañas, véase OMAL, «Boletín de información», *Observatorio Multinacionales en América Latina*, 2006 y 2007: www.omal.info.

31. Véase el artículo elaborado con motivo de esta audiencia, Carrión, J. y otros, «La Unión Europea y las Empresas Transnacionales. Beneficios a costa de los derechos de los pueblos en América Latina y el Caribe», http://www.omal.info/www/article.php?id_article=2519.

EXPERIENCIA SINDICAL ESPAÑOLA

Desde otra perspectiva, existen experiencias de la central sindical española CC.OO. que se encuadran en otras variables de intervención. Así, la Federación de Industrias Textil-Piel, Químicas y Afines (FITEQA-CC.OO.) ha desarrollado un trabajo importante en esta dirección,³² contextualizado en las respuestas que el sindicalismo debe dar a la globalización y en la globalización:³³

a) La Federación mencionada parte del rechazo a lógicas resistencialistas contra la globalización, considerando que lo importante es adecuar las reivindicaciones a los nuevos escenarios que van consolidándose, lo que implica asumir la realidad en la que se desarrollan. Se confronta con quienes «desde fuera» pretenden construir posiciones ideológicas al margen de la realidad. Premisa que colisiona con otras propuestas sindicales y sociales que debaten sobre la conveniencia y la posibilidad de articular propuestas anticapitalistas en la actual coyuntura. En cualquier caso, el encuadramiento jurídico de las transnacionales refleja también contradicciones, aunque más enmarcadas en claves de estricta concertación o de confrontación.

b) La globalización de los derechos humanos y laborales es la propuesta general que, aunque pueda generar contradicciones, debe canalizarse por la vía de cláusulas sociales, convenios de la OIT y Acuerdos Marco Globales. No aparecen como objetivos estratégicos la construcción de normas internacionales de control ni la creación de un Tribunal Internacional de empresas transnacionales.

c) Incide en el cumplimiento de los Códigos de Conducta y los Acuerdos Marco Globales. Considera imprescindible que se apruebe un sistema de auditoría solvente con discusión de sus métodos y de la participación sindical, con publicidad de sus resultados, con reuniones internacionales anuales de los representantes de empresas matrices, filiales y contratadas y subcontratadas, y con sistemas ágiles de intervención sindical para detectar y corregir los incumplimientos. Su intervención bascula sobre las relaciones empresarios-trabajadores en clave de RSC o Acuerdos Marco Globales.

d) Apoya campañas como la de la Confederación Sindical Internacional sobre la Jornada Mundial en defensa del trabajo decente de Juega Limpio 2008.

e) Respecto a experiencias concretas de FITEQA-CC.OO., la participación de la federación española en estructuras internacionales es una de las señas de identidad supranacional. Así, en comisiones ejecutivas de las estructuras federales internacionales y europeas, en sus comités de Diálogo Social, de Negociación Colectiva, de Política Industrial, de Salud, Seguridad y Medio Ambiente y en los comités de empresa europeos.

32. Es importante la labor desempeñada por el Observatorio del Trabajo en la Globalización y por la Fundación Paz y Solidaridad: www.observatoriodeltrabajo.org y www.pazysolidaridad.ccoo.es.

33. FITEQA-CC.OO., Industrias de la Moda y Químicas, «Guía sindical para la defensa del trabajo en la globalización», *Observatorio del Trabajo en la Globalización*, 2007: 10-13. www.observatoriodeltrabajo.org.

f) Participa en los Convenios Generales de la Industria Química,³⁴ del Textil-Confección³⁵ y en el Acuerdo Marco de Repsol,³⁶ que han incorporado obligaciones de las empresas con códigos de conducta y otros compromisos de RSC. Destaca la participación de las federaciones sindicales europeas e internacional en las reuniones de evaluación de las obligaciones de RSC.

g) Ha realizado visitas a empresas proveedoras de Inditex, Induyco y Mango en China, Marruecos, Turquía y Portugal para reunirse con representantes de los trabajadores y con las direcciones de las empresas. Las reuniones con sindicatos chinos han permitido recopilar informaciones muy interesantes al respecto.³⁷

i) Ha organizado seminarios sindicales coordinados con visitas a fábricas en Marruecos, Turquía, Bulgaria y Túnez, y dos reuniones de las Federaciones Sindicales de la industria de la Moda de todo el Mediterráneo.³⁸

j) Ha intervenido ante denuncias sindicales de incumplimientos de códigos de conducta en Camboya, Perú, Turquía y Marruecos,³⁹ lo que provocó readmisiones de dirigentes sindicales despedidos.

k) Ante el hundimiento de una fábrica de la empresa Spectrum Garments de Bangladesh (proveedora de Inditex), que provocó la muerte de 62 trabajadores, 52 heridos y la pérdida de empleo de aproximadamente 660 empleados, contribuyó a formar una delegación sindical-empresarial que, junto con la Federación Sindical Internacional, logró un importante sistema de indemnizaciones y compensaciones.⁴⁰

l) Ha organizado dos reuniones sindicales de Repsol de América Latina y España.

m) Mantiene reuniones estables con Intermón Oxfam y Setem-CRL, y con el sindicato UGT.

n) Ante el despido de tres responsables sindicales de la empresa Textil San Cristóbal de Perú (también proveedora de Inditex), firmó un acuerdo en agosto de 2009 con la Federación Nacional de Trabajadores Textiles del Perú, el sindicato de la empresa y el grupo Inditex, por el que, además de la readmisión de los responsables, la empresa se comprometía a reconocer al sindicato de la empresa.⁴¹

Las actividades descritas son interesantes, al menos desde dos perspectivas: por establecer relaciones con organizaciones sindicales del Sur y por conseguir pequeños triunfos en forma de readmisiones e indemnizaciones, en una larga y difícil carrera

34. XV Convenio general de la industria química 2007-2009.

35. Convenio Textil y Confección 2006-2007.

36. IV Acuerdo Marco del Grupo Repsol YPF.

37. Boix, I.: «China 2008. Una aproximación sindical III», *FITEQA-CC.OO.*, 2008. <http://www.fiteqa.ccoo.es/asinter/Paisesyregionesdelmundo/China/China2008Unaaproximaci%F3nsindicalIII.pdf>.

38. Conclusiones de TECOMED 2006: www.fiteqa.ccoo.es/asinter/Reunionessupranacionales/Tecomed2006/Conclusionessindicales.pdf.

39. Acuerdo en la fábrica River-rich Textile Ltd. en Camboya. Junio 2007: www.fiteqa.ccoo.es/asinter/Paisesyregionesdelmundo/Camboya/AcuerdoRIVERRICamboya.pdf y www.fiteqa.ccoo.es/Barnner/TopyTop/AcuerdohistoricoTOPYTOPÁG.pdf.

40. www.fiteqa.ccoo.es/asinter/Paisesyregionesdelmundo/Bangladesh/CatastrofeSpectrum.doc.

41. Véase el texto del acuerdo en <http://wilfredosanguineti.files.wordpress.com/2009/09/acuerdo-textil-san-cristobal.pdf>.

por el control normativo de las empresas transnacionales. Sin embargo, la construcción de redes transnacionales requiere incluir una estrategia clara en la búsqueda de sistemas de control más generales y en la confrontación democrática, más que en la concertación, en el camino hacia los mismos.

EPÍLOGO

De las propuestas descritas, el Tribunal Permanente y las experiencias sindicales, se detectan dos lógicas diferentes de acción social y sindical global. Creemos que las posibilidades de articular puentes entre ambas son mucho mayores que las dificultades.⁴² Sí parece necesario que el encuadramiento jurídico tenga como estrategia la aprobación de una norma internacional vinculante, de un Tribunal Internacional sobre empresas transnacionales y de un centro de empresas internacionales que investigue y articule las denuncias por prácticas ilegales de las multinacionales.

Junto a la estrategia descrita, la intervención social y sindical debe estar basada en cuatro ejes. Un primer eje de intervención reside en la denuncia política de aquellos gobiernos de las empresas matrices que, por acción u omisión, preparan las condiciones para que la labor de las empresas transnacionales transcurra con plenas garantías económicas y jurídicas. En este sentido, los sindicatos de las empresas transnacionales deberían, además de profundizar en la negociación colectiva y en la exigencia de responsabilidad jurídica de la empresa matriz, denunciar la connivencia, en nuestro caso, del gobierno español con sus empresas y exigir la rectificación de sus posiciones políticas en las instituciones multilaterales y en los tratados bilaterales de comercio.

El segundo eje de intervención debería sustentarse en el aval a los movimientos sociales y sindicales de los países de destino de las transnacionales,⁴³ y apoyar las denuncias de las políticas neoliberales de muchos de sus gobiernos. Éstos prepararon en la década de 1990 el aterrizaje de las transnacionales, tanto por las presiones de las instituciones multilaterales y sus planes de ajuste como por la debilidad y complicidad que crearon las condiciones jurídico-económicas para que el desembarco transcurriera sin ningún riesgo.

El tercer eje de actuación del movimiento sindical debería presionar a favor de normas internacionales específicas que incidan en la responsabilidad legal de las empresas transnacionales. Resulta imprescindible apoyar desde la acción sindical la consolidación del Derecho Internacional del Trabajo. La exigibilidad jurídica y la creación de un Tribunal Internacional que sienta en el banquillo de los acusados a las

42. Las alianzas entre ONG y sindicatos han tenido distintas expresiones en relación con la coordinación y las estrategias de RSC. Un ejemplo significativo se produjo en 2002, en Holanda (CIOSL-ORIT: «Coaliciones sindicatos-ONG en RSC: el antecedente holandés», *Sindicatos, RSE, Multinacionales, Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres y Organización Regional Internacional de Trabajadores*, 2002). http://www.cioslorit.net/archivo_up/MULTIORITEuropa4Coaliciones.pdf.

43. Desde otra perspectiva, la cooperación sindical es otra forma de apoyo al movimiento sindical (Riaza, A. e ISCOD, *Las transnacionales Españolas en América Latina y El Caribe: orientaciones para una estrategia de cooperación al desarrollo*. ISCOD, Madrid, 2001: 51-56).

empresas transnacionales es una reivindicación impostergable.⁴⁴ No puede aceptarse que el Derecho Internacional del Comercio contenga normas imperativas, coercitivas, sancionadoras y que disponga de tribunales económicos específicos en el marco del Banco Mundial, es decir, que las transnacionales dispongan de todo un entramado jurídico que defienda sus intereses a costa de las mayorías sociales pobres y de la soberanía de los pueblos.

El cuarto eje de actuación consiste en la puesta en contacto de los representantes de los trabajadores de las empresas transnacionales al margen de su ubicación geográfica. En esta dirección, los representantes de la empresa matriz deben impulsar acciones conjuntas en favor de negociaciones colectivas, de apoyo a la libertad sindical, a huelgas y a actividades que profundicen en la responsabilidad legal de sus empresas.⁴⁵ Los conflictos de Repsol en Bolivia no deben ser, en ningún caso, ajenos a los comités de empresa de Repsol del Estado español. Por otra parte, se deberán generalizar Acuerdos Marco Globales, en clave negociada e incidiendo en la exigibilidad jurídica en caso de incumplimiento.

En cuanto a los códigos de conducta y RSC, deberá mantenerse una actitud muy crítica si se basan en la unilateralidad y voluntariedad, ya que su razón de ser es la de evitar el surgimiento de normas obligatorias estatales o internacionales. La única utilidad posible es la puesta en contacto de trabajadores de la empresa matriz, filiales y empresas subcontratadas, ya que la cobertura jurídica que el Derecho Internacional del Comercio otorga a las empresas transnacionales no puede, en ningún caso, neutralizarse con un derecho blando basado en la buena voluntad y en la no exigibilidad. El paternalismo es un uso habitual que los empresarios ya desarrollaron en Europa entre 1850 y 1920 en la lucha contra el trabajo infantil, por medio de talleres y cursos que las mujeres de los patronos dirigían. Se opusieron, en nombre de la competitividad, a cualquier tipo de regulación. En definitiva, ya descubrieron en los siglos pasados el papel del derecho blando o *soft law*. Por tanto, la intervención sindical debe presionar en favor de una norma internacional de obligado cumplimiento y en el desarrollo de Acuerdos Marco Globales con exigibilidad jurídica y como puentes básicos de la acción sindical conjunta en el ámbito internacional.

Las potencialidades en la construcción de redes transnacionales, más allá de los objetivos de cada organización, son muy importantes. Redes que unan en torno a violaciones concretas de derechos humanos de transnacionales, con campañas de denuncia que combinen lo social, lo laboral y lo jurídico, de acciones en el Norte y en el Sur, y entre el movimiento sindical y los movimientos sociales de aquí y de allá, que permitan avanzar en estrategias de fondo y, a su vez, incorporen pequeñas victorias

44. En el camino por su consecución, el movimiento sindical debe estar presente en todas las iniciativas de tribunales populares.

45. El cierre de la fábrica Euskadi ubicada en El Salto, en México, es un ejemplo de lucha transnacional sindical, ya que el sindicato mexicano coordinó su acción con el sindicato alemán de la empresa Continental (Aguirre Reveles, R. y Pérez Rocha, L.: «Siete años del Tratado Unión Europea-México (TLCUEM): Una alerta para el Sur Global», *Transnational Institute, Red Mexicana de Acción frente al Libre Comercio e ICCO*, 2007: 23-24). Vía Campesina es un movimiento internacional que agrupa más de doscientos millones de campesinos, y que actúa contra las multinacionales y los distintos gobiernos del Norte y del Sur.

en la larga carrera por el cumplimiento normativo laboral, ambiental y social de las empresas transnacionales. Existen importantes experiencias de redes en Estados Unidos, con sindicatos y movimientos sociales en América Latina.⁴⁶ Europa y el Estado español están en condiciones de avanzar en la misma dirección.

46. Para un análisis detallado al respecto, véase Rodríguez Garavito, C.: «La ley de Nike: el movimiento antimáquina, las empresas transnacionales y la lucha por los derechos laborales en las Américas», en AA.VV. (Boaventura de Sousa Santos y César A. Rodríguez Garavito, eds.): *El derecho y la globalización desde abajo*, op. cit.: 61-81); Klug, H.: «Una campaña por la vida: la construcción de una nueva solidaridad transnacional frente al VIH/sida y al ADPIC», en AA.VV. (Boaventura de Sousa Santos y César A. Rodríguez Garavito, eds.): *El derecho y la globalización desde abajo*, op. cit.: 109-125); Ansley, F.: «Los puntos de contacto locales en las divisiones globales: los derechos laborales y los derechos de los inmigrantes como lugares de legalidad cosmopolita», en AA.VV. (B. de Sousa Santos y César A. Rodríguez Garavito, eds.): *El derecho y la globalización desde abajo*, op. cit.: 148-159.



18

Devenir mujer del trabajo y precarización de la existencia.

La centralidad de los componentes afectivos y relacionales al analizar las transformaciones del trabajo

Lucía del Moral Espín y Manu Fernández García

INTRODUCCIÓN

LAS TRANSFORMACIONES DEL TRABAJO EN LAS ÚLTIMAS DÉCADAS RESPONDEN a la transición del modelo de producción fordista al posfordista, caracterizado este último por la disgregación del vínculo capital/trabajo, la flexibilización y la desvertebración de la esfera productiva, y la expansión de nuevas formas de producción que integran la reproducción y el consumo. En este contexto, nuestra propuesta indaga, en primer lugar, en la noción de *devenir mujer del trabajo* entendida en una doble acepción: por una parte, como generalización a la mayoría de los ámbitos profesionales y sociales de las condiciones de trabajo que caracterizaban las actividades desarrolladas, de forma remunerada o no, por las mujeres: vulnerabilidad, invisibilidad, disponibilidad permanente y flexibilidad. Por otra, concebida como el posicionamiento central del componente afectivo —cualidades históricamente asociadas a los roles femeninos y a la vida privada— en la producción directa de beneficio. Entendemos que hoy en día las esferas de lo público/político y lo privado/personal se confunden; la proclama feminista de las décadas de 1960 y 1970 «lo personal es político» toma más cuerpo que nunca, pues en el posfordismo la vida privada y la profesional se deshacen la una en la otra.

En segundo lugar, partiendo del análisis de estos procesos, nuestro trabajo explora los efectos ambivalentes que esta entrada en el mercado laboral —y, por lo tanto, al servicio de los intereses del capital— de lo afectivo, lo relacional y del cuidado, tiene sobre la relación vida/trabajo. Para ello nos apoyaremos en la noción de *precarización*

de la existencia como medio para entender no solo las condiciones en/del trabajo, sino como noción útil para analizar la vida y la política contemporánea.

La idea de este documento surge del deseo y el esfuerzo constante por entender nuestras condiciones laborales, nuestras prácticas y, en definitiva, nuestro día a día. A lo largo de las siguientes páginas profundizamos en las conexiones entre distintas corrientes de pensamiento, como pueden ser el posoperaísmo y el feminismo, que nos acompañan, a veces con planteamientos convergentes y otras desde posturas enfrentadas, en esta práctica cotidiana.

MUTACIONES DEL TRABAJO Y DE LA PRODUCCIÓN EN EL POSFORDISMO

La transición del modelo de producción fordista al posfordista ha supuesto una profunda transformación en la sociedad, y ha dado lugar a un sistema en el que, como indica Manuel Castells: «la creación, el tratamiento y la transformación de la información se convierten en las principales fuentes de productividad y poder» (Castells, 1999: 51). Esta transición, iniciada en la década de 1960 con la crisis del modelo de desarrollo industrial e impulsada por el proceso de globalización de la economía mundial y el desarrollo de nuevas tecnologías —sobre todo las relacionadas con la comunicación y la información (TIC)—, tiene como principales características la informatización, la automatización en las fábricas y la hegemonía del trabajo inmaterial y terciarizado. Así, el trabajo remunerado en el sistema industrial avanzado es hoy un trabajo esencialmente cognitivo, en el sentido de que emplea la mente del trabajador para controlar máquinas y personas, resolver problemas, comunicarse y realizar otras actividades cognitivas (Corsani, 2008). Esto permite que, desde ciertas perspectivas, se venga hablando de capitalismo cognitivo en referencia a esta nueva organización del capital y la producción.

Pero la globalización económica o el desarrollo tecnológico no son factores capaces de explicar, por sí mismos, este profundo cambio social en el estatuto del trabajo. En este sentido, desde el posoperaísmo¹ italiano se señala la necesidad de analizar los efectos de la composición de clase sobre esta reorganización de la estructura del capital, y así se interpreta este proceso como un fenómeno abierto entre la reestructuración tecnológica de la gran industria y la difusión social de las luchas obreras (Cocco, 2003: 69) y se señala cómo la propia toma de conciencia de los trabajadores primero y la reacción capitalista más tarde han desempeñado un papel fundamental en él. Las perspectivas posoperaístas plantean la tesis de la influencia, en esta transición, de las posturas afines al llamado «rechazo del trabajo» subyacentes en parte de las movilizaciones obreras de las décadas de 1960 y 1970 y que se materializaban en procesos de lucha basados en la autovalorización. Según explican Cocco y Vercellone: «hay una continuidad que une la microconflictividad, el absentismo sistemático y el

1. Entendemos por posoperaísmo a la escuela marxista italiana derivada del obrerismo autónomo de las décadas de 1960 y 1970 y que plantea como axioma fundamental que las luchas de la clase obrera preceden y prefiguran las reestructuraciones sucesivas del capital. Entre sus componentes más destacados podemos citar a Antonio Negri, Paolo Virno o a Maurizio Lazaratto.

rechazo del trabajo en cadena,² al deseo general de promoción social —lucha por la escolarización de masa— y de valorización del trabajo obrero como medios de reappropriación de los mecanismos sociales de la producción y la reproducción» (2002). Desde esta óptica, el cambio de paradigma no es más que el intento capitalista de reducir, mediante la reestructuración, la cualidad del nuevo sujeto —el obrero social/cooperativo— a elemento objetivo de un nuevo ciclo de acumulación. Ya en 1979 Antonio Negri afirmaba que: «para el capital la solución de la crisis consiste en una reestructuración del sistema que diluya y reintegre a los componentes antagonistas del proletariado en el proyecto de estabilización política, ya que todos los elementos de desestabilización introducidos por la lucha obrera contra el Estado han sido paulatinamente asumidos por el capital y transformados en instrumentos de reestructuración» (1979: 25). Así, la tesis principal que plantea el operaísmo es que la tendencia histórica del rechazo del trabajo obligó al capital a perseguir —en lo social, en lo público, en la cultura, en la comunicación, en el tiempo libre y en la reproducción, y en los espacios transnacionales y transfronterizos— las trayectorias del trabajo vivo en su rechazo del régimen disciplinario del trabajo social abstracto y de su ley del valor (Sánchez Cedillo, 2003: 15).

El nuevo paradigma posfordista se define como un paradigma social en tanto que se da una integración productiva de los consumidores como productores en dos aspectos: por la integración en tiempo real de los comportamientos de consumo y por la proliferación dispersa de actos creativos, lingüísticos y comunicativos (Coco, 2003: 68). Así, la producción se traslada de las fábricas a la sociedad en su conjunto. Esto no quiere decir que la desaparición de la industria sea el rasgo definitorio en el posfordismo, sino que ésta se ha desterritorializado globalmente y se organiza de una forma nueva,³ incluyendo la deslocalización de la producción industrial, el auge de la empresa-red y la producción *Just in Time*. Lo importante ya no es lo que se produce, sino el cómo, el dónde y el cuándo. La fábrica está encuadrada en una estructura de mando comunicativa de la que es solo un eslabón. Así, una de las características fundamentales de este nuevo modelo de organización de la producción y el trabajo es la convivencia de distintos modos productivos imbricados; como indica Paolo Virno: «el posfordismo reedita todo el pasado de la historia del trabajo, desde islas de obrero masa a enclaves de obreros profesionales, desde un inflado trabajo autónomo a res-

2. La potencia de este rechazo obrero se manifiesta sobre todo en el sabotaje: dada «la fragilidad extrema de la cadena de montaje frente a la cualidad de la insubordinación obrera. La ruptura en un solo punto del ciclo podía descomponer el conjunto de los flujos productivos. La inteligencia colectiva obrera del proceso de producción era capaz, en lo sucesivo, de utilizar la forma del ciclo para conseguir la mayor eficacia desestructurante al menor coste (las huelgas gota a gota). La rigidez de la cadena de montaje era esencialmente, desde este punto de vista, una rigidez obrera. El caso Fiat es ejemplar: la anticipación en Fiat de las inversiones en automatización [...] fue la respuesta “técnica” que apuntaba a reducir el poder obrero mediante la fluidificación de las rigideces sociales. Era también una respuesta, aunque mistificada, a determinadas reivindicaciones obreras frente a las tareas más repetitivas, penosas y nocivas» (Cocco y Vercellone, 2002).

3. De hecho, la producción industrial se ha desplazado hacia zonas donde la mano de obra es en alto grado migrante, feminizada y carente de derechos, como las maquilas en la frontera norte mexicana o las zonas especiales en la República Popular China, en un régimen que algunos autores han denominado *neofordismo*.

tablecidas formas de dominio personal» (2003a: 111). Es más, la creciente desregulación y precarización de gran parte del trabajo asalariado convive y sustenta los empleos regulados, con salarios elevados y mayores derechos (Vega y Gil, 2003: 16). En el actual contexto, el trabajo informal, el trueque y los sistemas de ocupaciones múltiples cobran cada vez más importancia para garantizar la subsistencia. Para Cristina Vega y Sandra Gil (2003: 16) esto significa que la denominada economía sumergida o informal no es una desviación o anomalía del sistema, sino más bien un elemento estructural del mismo.

Por otro lado, tal y como mencionábamos anteriormente, el componente principal del posfordismo es el trabajo inmaterial: trabajo que deviene comunicación y cooperación, que se separa de la obra material, pues «ya la productividad no se puede medir basándose en la cantidad de producto por hora trabajada, ni se puede referir a una empresa o a un sector específico, sino a un conjunto de factores que trascienden al trabajador individual, permitiéndole ser creador de riqueza en tanto miembro de una colectividad» (Marazzi, 1994: en Iglesias, 2005). La conexión entre saber y producción no se agota en absoluto en el sistema de máquinas, sino que se articula en la cooperación lingüística de hombres y mujeres (Virno, 2003a: 112). En este sentido siguiendo a Maló de Molina, podemos afirmar que «el lenguaje y la comunicación no son elementos ajenos a las redes y los microdispositivos de saber y poder, ni independientes de los cuerpos y los afectos, sino que las palabras y los signos se encarnan en cuerpos concretos y tienen consecuencias absolutamente materiales» (2001). Si el fordismo representaba la era de la producción material de mercancías y a tal fin utilizaba la fuerza del cuerpo, el capitalismo cognitivo encarna la época de la producción de conocimiento, a través de la valorización de las facultades relacionales, comunicacionales y cognitivas (Morini, 2008). Pero, al mismo tiempo, el trabajo afectivo y de cuidados históricamente asociado a los roles femeninos y que hasta ahora se consideraba exclusivo de la vida privada, se convierte en un elemento central en la producción directa del beneficio; estas formas de trabajo, a pesar de su certeza y efectividad físico-corpórea, se nos presentan igualmente inmateriales en la medida en la que *crean productos intangibles* (Hardt y Negri, 2002: 272: en Iglesias, 2005; y Precarias a la Deriva, 2005).⁴

Como consecuencia de todo lo anterior, las redes de cooperación productiva en las que participa la fuerza de trabajo son cada vez más amplias y ricas, y comprenden también las experiencias y conocimientos madurados fuera del trabajo. La producción inunda la vida disolviendo las barreras entre tiempo de «trabajo» y de «no trabajo», lo que nos permite entonces hablar de vida retribuida y vida no retribuida (Virno, 2003a: 135). La fuerza de trabajo valoriza el capital solamente porque incorpora estas experiencias y conocimiento y las pone en juego durante el proceso productivo. Así, el trabajo posfordista contiene siempre un componente sumergido, invisible: «el punto decisivo es reconocer que en el trabajo tiene un peso preponderante la experiencia madurada fuera de él, sabiendo, sin embargo, que esta esfera de experiencia más general, una vez incluida en el proceso productivo, se somete a las reglas del modo de

4. Precisamente esta cualidad del trabajo de cuidados pasa con frecuencia desapercibida a los ojos de numerosos autores.

producción capitalista» (*op. cit.*: 109). De esta manera, el capital no solo se ha vuelto dependiente del saber de los trabajadores,⁵ sino que debe obtener una movilización y una implicación activa del conjunto de sus conocimientos, capacidades relacionales y de sus tiempos de vida (Negri y Vercellone, 2007). La naturaleza lingüística del régimen posfordista hace necesaria la redefinición de la productividad social en el sentido de que la producción abandona la esfera del trabajo para instalarse en lo social y en lo individual; es decir, el trabajo asume la nueva centralidad antropológica (Morini, 2008) a través de la explotación intensiva de cualidades, capacidades y saberes individuales. De este elemento particularmente paradigmático se deriva que hoy el trabajo termina por contaminar de forma mutilante otros planos de la existencia, y asume un papel central en la proyección e introyección del sujeto (*op. cit.*)

LA FEMINIZACIÓN DEL MERCADO DE TRABAJO Y EL DEVENIR MUJER DE TRABAJO

Al analizar estas mutaciones, Paolo Virno, en un planteamiento simétrico pero opuesto al que hace Hannah Arendt sobre la relación entre los tres componentes en los que la teoría clásica dividía la experiencia humana —trabajo, acción política e intelecto—, afirma que en el posfordismo el trabajo «ha absorbido los rasgos distintivos de la acción política» (Virno, 2003b: 90). Desde nuestra perspectiva consideramos que, si bien es cierto que el trabajo en el posfordismo en cuanto comunicativo y relacional adquiere características propias de la «acción política» y se ponen en juego habilidades pertenecientes al campo de dicha acción, también es cierto que lo comunicativo y lo relacional han sido también capacidades estrechamente vinculadas a lo doméstico, lo privado y, en definitiva, lo que se consideraba tradicionalmente femenino.⁶

En este sentido, desde las perspectivas feministas se utilizan conceptos como «feminización del mercado de trabajo», «domesticación del trabajo» o «devenir mujer del trabajo» para analizar transformaciones. Con frecuencia estos conceptos se utilizan como sinónimos, pero dada la complejidad de los procesos a los que hacen referencia resulta útil señalar algunas matizaciones entre ellos.

La idea de *feminización del trabajo* puede relacionarse con la «feminización de la supervivencia», concepto con el que Saskia Sassen (2003) describe el marco de las dinámicas históricas del género y la raza en el desarrollo capitalista y su concreción en el presente. Así, este concepto nombraría el aspecto más objetivo y cuantitativo del aumento de la participación femenina en el mercado laboral —feminización de la fuerza de trabajo— en las últimas tres décadas, tanto en los países del Norte como en los del Sur. En este periodo, se observa una dependencia creciente de las economías

5. Entendiendo trabajadores en un sentido amplio, pues los trabajadores autónomos, *free lance* o incluso los pequeños empresarios se podrían incluir en esta categoría.

6. Consideramos importante analizar en mayor profundidad las implicaciones que subyacen en esta crítica y que, por razones de tiempo y espacio, no hemos podido desarrollar, así como indagar en la noción de virtuosismo que introduce Virno al respecto. Por razones de tiempo y espacio no hemos podido desarrollar esta perspectiva, pero queda pendiente como futura línea de investigación.

domésticas y las comunidades, e incluso de los gobiernos, de los ingresos de las mujeres inscritas en los circuitos transfronterizos⁷ y, frecuentemente, en los márgenes de la economía lícita, pero también la importancia fundamental del trabajo cotidiano de las mujeres en la subsistencia y la calidad de vida. Un claro reflejo de esto se observa en la que se denomina «cadena global de cuidados» o transferencia del trabajo doméstico por los caminos de la economía globalizada.⁸

Por otro lado, y sin pretender negar la significación de estos procesos, el concepto deleuziano de *devenir mujer del trabajo*, en un sentido más concreto, nos va a permitir nombrar otras cuestiones. Tal y como señala Cristina Morini, se trata de una noción derivada del análisis de los aspectos más cualitativos y constitutivos del capitalismo cognitivo y de las características que éste pone en valor en el marco del nuevo contexto de producción; un concepto que, precisamente, sugiere la naturaleza biopolítica de las relaciones actuales del trabajo entendidas de forma compleja, su carácter performativo, en cuanto *modelante de la realidad* y su acentuada individuación y parcelización (Morini, 2008).

Hablamos de devenir mujer del trabajo, en un doble sentido. Por una parte en lo referente a la administración del trabajo, pues las condiciones de trabajo que caracterizaban las actividades —reconocidas como trabajo o no, remuneradas o no— desarrolladas tradicionalmente por las mujeres —vulnerabilidad, invisibilidad, disponibilidad permanente, flexibilidad, movilidad, fragmentación, bajos niveles de salarios, etcétera— se han extendido a la mayoría de los sectores profesionales y sociales, aunque, eso sí, continúan afectando a las mujeres de forma especialmente grave. Por otra, en tanto que, según se ha subrayado, el componente afectivo se ha convertido en un elemento central en la producción. El reconocimiento y la valorización de estas capacidades relacionales, adquiridas frecuentemente en los procesos de socialización familiar y no a través de los ámbitos educativos y profesionales y, por tanto, reflejadas generalmente en calificaciones no formales, ha determinado el giro de la organización científica del trabajo previo basado en la negación de la especificidad individual (*op. cit.*). La expansión de ciertas áreas sectoriales, como la asistencia telefónica, la salud, la cultura y las industrias del sexo y del entretenimiento, implica que el trabajo de los cuidados, lo afectivo y relacional, la familia, la ciudad y las relaciones entre seres humanos se transformen progresivamente en un espacio económico, y difuminen la división entre trabajo y vida privada con todos los efectos ambivalentes que esto conlleva.

7. Sassen habla de circuitos para subrayar la existencia de un cierto grado de institucionalización en estas dinámicas y de dinámicas para remarcar que no se trata de simples agregados de acciones individuales (Sassen, 2003: 44-45).

8. En la práctica, en los hogares occidentales de rentas medias y altas el trabajo familiar doméstico no ha sido renegociado sino que se ha mercantilizado es decir se resuelve mediante la contratación de otras mujeres —aunque también a hombres- inmigrantes de países más pobres (Carrasco, 2001; Mestre i Mestre, 2007; Morini, 2001; en Morini, 2008) que a su vez dejan a sus familias en manos de una tercera persona/mujer, con lo cual el problema adquiriere dimensiones más globales. Se perpetúa así «el mito del igualitarismo marital y de la emancipación femenina a través del empleo, mientras mantiene intactas las estructuras patriarcales del hogar y del trabajo» (Sassen, 2001: 18). Al final las mujeres de distintas regiones del mundo se encuentran atrapadas, si bien no de la misma manera, en un vasto juego económico del que no han escrito las reglas (Hochschild, 2004: 26, en Morini, 2008).

Es importante señalar que, en un sentido deleuziano, cuando hablamos de devenir mujer del trabajo, de nuevas dimensiones polivalentes y cualitativas del trabajo, no nos estamos refiriendo a una correspondencia de relaciones formales, ni una semejanza, imitación o identificación. El devenir no pretende producir otra cosa que sí mismo, «no es progresar ni regresar según una serie» (Deleuze y Guattari, 2004: 255). Así pues, no supone sencillamente generalizar las condiciones de trabajo tradicionalmente sufridas por las mujeres —como entidades molares—,⁹ sino que pretende abrir las puertas a nuevas formas de trabajo molecular.¹⁰ Sin embargo, nuestra propuesta de devenir mujer del trabajo se desvía un tanto del concepto deleuziano de devenir y de una visión del sujeto que, tratando de ir más allá del dualismo sexual o la dicotomía de género, plantea un horizonte de subjetividades múltiples, *polisexuadas*, interconectadas y no fijas.¹¹ En este sentido, consideramos interesantes el pensamiento de ciertas autoras feministas entre las que destaca Luce Irigaray —o Rosi Braidotti (1994, 2008), que desarrolla las ideas de ésta—, que, en mayor o menor medida, cuestionan esta noción del devenir mujer.

De hecho, el énfasis en la diferencia sexual —entendida como disimetría entre los sexos y oposición de posiciones masculina y femenina del sujeto— es la gran línea divisoria entre feministas y posestructuralistas (Braidotti, 1994: 118). Irigaray, en su defensa de la diferencia sexual, critica las figuraciones deleuzianas y las nociones como dispersión, pérdida de uno mismo y difuminación, señalando que resultan demasiado familiares para las mujeres, pues, de hecho, han sido su condición histórica. Braidotti va más allá¹² y cuestiona el llamamiento de Deleuze hacia «la disolución de las identidades sexuadas mediante la neutralización de las dicotomías de género», porque cree que puede ser teórica e históricamente peligroso para las mujeres, pues mina la exigencia feminista de la redefinición y el empoderamiento de la subjetividad femenina (Braidotti, 1994: 118). En este sentido, Braidotti plantea un devenir mujer que, lejos de marcar la disolución de todas las identidades, toma diferentes formas y sentidos del tiempo según las diferentes posiciones de género. Para ello, es prioritario elaborar un sistema de representación adecuado para un sujeto femenino alternativo, en un sentido conceptual y político. Puesto que no hay simetría de sexos, lo femenino, en cuanto experimentado y expresado por las mujeres, no está aún representado, aun habiendo sido colonizado por el imaginario masculino como «el

9. Entiende a la mujer como entidad molar en tanto que «está atrapada en una máquina dual que la apone al hombre, en tanto que está determinada por su forma, provista de órganos y de funciones asignadas como sujeto» (Deleuze y Guattari, 2004: 277).

10. En un lenguaje deleuziano muy simplificado, lo molecular y lo molar se distinguen no tanto por la escala o la dimensión, colectiva o individual, sino por la naturaleza del sistema al que hacen referencia. En este sentido, lo molar nombraría lo que organiza socialmente, y lo molecular, lo que libera y diversifica.

11. Partiendo de estas nociones Deleuze plantea figuraciones como *cuerpos sin órganos* y *mujer molecular*.

12. Aduce que Deleuze no atiende la distinción básica en la epistemología feminista entre la Mujer como representación y las mujeres como agentes concretos de experiencias y que por lo tanto «queda atrapado en la contradicción de postular un devenir mujer generalizado que no es capaz de tener en cuenta la histórica y epistemológica especificidad de la condición femenina» (Braidotti, 1994: 118).

otro» estructuralmente necesario, como doble espejo de un sujeto que ha colonizado la razón y sus poderes (Braidotti, 2008). Las mujeres deben, por lo tanto, hablar, pensar, escribir y representar lo femenino en sus propios términos, liberándolo del marco hegemónico de opuestos, del pensamiento binario en el que lo ha confinado la filosofía occidental. Precisamente, la práctica de la diferencia sexual identifica el sujeto mujer como parte de la lucha política en un momento de la historia en el que la noción de mujer ha sido desesencializada y criticada como constructo cultural que necesita ser deconstruido (Braidotti, 1994: 113). Esto es importante porque algunas autoras han detectado en la noción de *devenir mujer del trabajo* una cierta tendencia a caer en un binomio fijo heterosexual y eurocéntrico, y a «la tentativa (imposible) de una recomposición de la “multiplicidad” en un “sujeto” único, universal, de la resistencia y de la acción política» (Corsani, 2006: 38). Para evitarlo, es necesario tratar de articularse en los mundos parciales de los saberes situados (Spivak, 2004 en Morini 2008),¹³ partir de la «política del posicionamiento, [...] de la micropolítica de las relaciones de poder» (Braidotti, 2008). Esto supone asumir que no se puede hablar —ni las mujeres se reconocen ya en él— de un sujeto mujer unitario y universal, ni como esencia monolítica definida de una vez por todas, ni como un modelo cultural dominante y prescriptivo de la subjetividad femenina. En su lugar, se puede plantear la cuestión de la subjetividad en términos de la paradoja histórica y epistemológica de la identidad femenina feminista (Braidotti, 2008)¹⁴ como espacio de conjuntos de experiencias múltiples complejas y potencialmente contradictorias, definidos por las variables superpuestas de sexo, raza y clase. Un sujeto multitudinario no unitario, pero tampoco disperso, pues implica una pertenencia geopolítica y un espacio para relaciones múltiples, y hace visibles las diferencias estructurales entre los distintos posicionamientos.

Estas perspectivas están asimismo presentes en las propuestas feministas de repensar el trabajo rompiendo con una idea y un modelo de trabajo únicos, generalizables a toda la población. Las mujeres en el trabajo son explotadas económicamente, pero también psicológicamente: la ideología sexista y el consumismo devalúan su contribución a la fuerza de trabajo y les hacen creer que trabajan solo por necesidad material, que no contribuyen a la sociedad ni ejercitan la creatividad o experimentan satisfacción alguna al realizar actividades para beneficio propio o de los demás (Hooks, 2000: 103). Al repensar la naturaleza del trabajo, al atribuir valor a todo el trabajo que realizan las mujeres, ya sea pagado o no, se crean herramientas que posibilitan las autoconcepciones y autodefiniciones alternativas para las mujeres y, por lo tanto,

13. Los conocimientos situados (CS en adelante) a nivel metodológico supone una apuesta por la interdisciplinariedad y en una «elección contextualizada y estratégica de los métodos, sin establecer fronteras previas al análisis» (Pérez Orozco 2006:150). Los CS se presentan como «prácticas de la objetividad subalterna frente a las autoridades científicas universales y a los relativismos culturales», (Preciado 2005 en Corsani, 2006: 37). Desde esta perspectiva, la objetividad ya no depende de la estricta separación objeto/sujeto ni de la neutralidad valorativa. Al contrario, se encuentran en la renuncia a las metanarrativas y el diálogo entre verdades parciales; en «la habilidad de traducir parcialmente los conocimientos entre comunidades muy diferentes y diferenciadas en términos de poder» (Corsani, 2006: 37).

14. En este punto, Braidotti sigue a Laurentis a la luz de sus perspectivas posestructuralistas.

resultan útiles a la hora de hacer frente a la explotación psicológica (Hooks, 2000: 103).¹⁵

En este sentido resultan interesantes las críticas que el *Black Feminism* realiza a los planteamientos desde los que otras corrientes feministas analizan el trabajo, y a la idea básica del feminismo, en las décadas de 1960 y 1970, de que el empleo —siempre dentro de los límites impuestos por la organización jerárquica del trabajo— es un momento efectivo de emancipación de las mujeres ante la opresión masculina. Estas autoras comienzan a plantear las limitaciones de esta perspectiva a la hora de entender la situación de las mujeres que trabajan fuera del ámbito doméstico, tienen bajas remuneraciones y familias a las que mantener; subrayan cómo el reconocimiento de la raza cambia el modo en que podemos hablar del género, y sitúan en el centro el análisis de la organización del trabajo, remunerado o no, en el marco de opresiones interconectadas: raza, clase y género.¹⁶ El pensamiento del *Black Feminism* critica, asimismo, la definición del trabajo como parte constitutiva de la persona. Madison (Collins, 2000: 48) señala que el trabajo es una construcción contestada, que evaluar la valía personal según el tipo de trabajo que se realiza es una práctica cuestionable en sistemas basados en la desigualdad de raza y de género, en los que el trabajo, pagado o no, puede ser alienante, explotador económico y frustrante psicológica e intelectualmente, pero también puede ser empoderante y creativo incluso cuando parece duro físicamente o degradante.

Adaptando la exigencia del *Black Feminism* de construir un marco de análisis que permita analizar con más profundidad la experiencia afroamericana y femenina en sí mismas y que, por lo tanto, no se base en los sentimientos patriarcales que la ven como desviación u *outsiders* del marco general de análisis —varón, blanco, etcétera—, el concepto de devenir mujer del trabajo permite desarrollar un análisis de las condiciones actuales del trabajo que no tomen la experiencia masculina como norma, y analizar y revisar la situación actual e histórica del trabajo de las mujeres. En este sentido, en la actualidad cuando los roles familiares y femeninos de la cultura domi-

15. Este planteamiento se conecta tangencialmente con los de la autovalorización proletaria de la autonomía obrera italiana de la década de 1970.

16. El *Black Feminism* abre nuevas perspectivas sobre el trabajo remunerado o no. En cuanto al primero, señala, dadas las limitadas oportunidades laborales a las que tenían acceso los hombres afroamericanos, hacía prácticamente imposible que las familias pudieran sobrevivir con un solo salario (Collins, 2000: 54), y por lo tanto el trabajo extradomiciliario para las mujeres afroamericanas no suponía tanto adquirir paridad económica con sus compañeros como asegurar un ingreso general adecuado para la familia; con frecuencia, aspiraban a abandonar estas actividades y concentrarse en el trabajo doméstico, no por imitar la domesticidad de las mujeres blancas, sino para encontrar alivio de la explotación laboral y el acoso sexual, y para fortalecer la posición social política y económica de sus familias. En este sentido, Angela Davis (1981 en Collins, 2000: 46) y otras autoras han señalado que el trabajo doméstico no remunerado que permite el bienestar de la familia —aún sin pasar por alto lo referente a la explotación del trabajo de las mujeres negras por parte de las redes familiares y a veces se pasa por alto hasta qué punto es duro— con frecuencia ha sido visto por las mujeres afroamericanas más como una forma de resistencia a la opresión que como una forma de explotación por parte de los hombres. En este sentido, desde hace varias décadas se viene trabajando para superar ese legado de malentendidos y de líneas de investigación sesgadas que perciben a las mujeres de color bien como inadaptadas o como supermujeres (Higginbotham, 1984: 95).

nante han cambiado —y continúan haciéndolo— profundamente, la experiencia de las mujeres de culturas no dominantes puede tener un rol muy importante (*op. cit.*: 95) para la comprensión de nuestra realidad. La experiencia de vida de las mujeres está marcada por el entrar y salir de distintos espacios y ambientes físicos, y de diversas funciones y formas de relación con los otros. Evidentemente también los hombres desempeñan distintos roles y se mueven en ambientes diversos, pero para ellos el centro de la experiencia sigue anclado en el binomio trabajo/no trabajo. El modelo femenino tiene un carácter «más fragmentado y disperso, pero es a la vez fuente de continuidad y curiosidad, de sugerencias, enriquecimientos» (Cordoni, 1993: 222), ya sea por experiencias agradables y positivas o por pesadas, penosas o duras.

El que en el modo de producción posfordista el trabajo devenga mujer implica la generalización de un modelo dúctil, hiperflexible, que se beneficia del equipaje experiencial de las mujeres, pero, al mismo tiempo, nos muestra la crisis de las identidades falocéntricas fijas marcando la posibilidad de un devenir alternativo femenino. Esto, desde una perspectiva feminista, supone situar el cuerpo y sus limitaciones en el centro del análisis y, por lo tanto, entender el devenir como una propulsión limitada (Braidotti, 1994, 2008); los límites son aquellos que un cuerpo material, psíquica y afectivamente es capaz de sostener en un proceso de transformación; serán por tanto específicos y diferentes de un sujeto a otro y, en definitiva, marcarán el umbral, tanto espacial como temporal, más allá del cual las interacciones con los demás y con las otras fuerzas no es sostenible. Por lo tanto son estos límites los que garantizan la duración del proceso de devenir en tanto que proceso de transformación política. Esto no implica negar que el componente principal del posfordismo sea el trabajo inmaterial, sino subrayar que, en un momento en que la precariedad generalizada —pero experimentada cotidianamente en primera persona— se ha transformado en un elemento estructural de capitalismo contemporáneo, nuestros cuerpos son el primer campo de batalla.

PRECARIZACIÓN DE LA EXISTENCIA

El concepto de *precarización de la existencia* hace referencia al hecho de que en el posfordismo, por la configuración trabajo/vida que implica, la precariedad ya no es un estado que se encuentra exclusivamente en el ámbito laboral, sino que se ha extendido a toda la vida, y no como un estado pasajero o provisional, sino como una forma constante «de incertidumbre permanente que afecta a la inmensa mayoría de la población, ya sea de forma patente o latente (como una amenaza)» (Precarias a la Deriva, 2005). Sin embargo precariedad hoy en día significa escasez, debilidad e intermitencia de la renta, de los derechos, de los proyectos, de las expectativas de vida, etcétera, pero también: «acumulación de múltiples saberes, conocimientos y capacidades a través de unas experiencias laborales y vitales en construcción permanente» (*op. cit.*), y, sobre todo, aspectos ambivalentes como la movilidad y la flexibilidad que se derivan de la contratación individual.

Estas condiciones conforman y al mismo tiempo fomentan la propia unicidad, las diferentes esferas experienciales e individuales de hombres y mujeres de las que

se sirve el capital (Moroni, 2008). Por eso el capital ha encontrado en la precariedad una de sus principales vías para garantizar la movilización y la implicación activa de dicho conjunto de conocimientos y saberes, experiencias y capacidades de vida de las personas (Negri y Vercellone, 2007). Paralelamente, el proceso de precarización actúa como un mecanismo de control instalado en el campo social y ramificado en el cuerpo y en el cerebro de los sujetos, dando pie a formas de autoexplotación¹⁷ y dificultando la puesta en marcha de conexiones y relaciones conflictuales. Estas ideas concuerdan en cierto sentido, con el concepto de ciudadanía flexible de Aihwa Ong con el que esta autora se refiere a «la lógica cultural [...] que induce a los sujetos a responder de modo fluido y oportunista a las condiciones económicas y políticas cambiantes. En su aspiración de acumular capital y prestigio social [...], los sujetos enfatizan y son regulados por prácticas que favorecen la flexibilidad, la movilidad y el reposicionamiento en relación con los mercados, los gobiernos y los regímenes culturales. Estas lógicas y prácticas son producidas en el seno de estructuras particulares de significado sobre la familia, el género, la nacionalidad, la movilidad de clase y el poder social» (Sassen, 2003: 16).

En este sentido, Santiago López Petit (2006) señala que la precariedad «no es algo que nos pasa, y que puede dejar de pasarnos [...] no es algo accidental, sino un carácter verdaderamente esencial del ser que en esta sociedad podemos ser». Por lo tanto, aun siendo social, «la precariedad como tal se vive individualmente», provocando la fragilización, la congelación de «nuestro mismo querer vivir»,¹⁸ lo que «nos ataca en lo más hondo y nos convierte en carne de psiquiatra», transformando la propia vida y, como se ha dicho, nuestros propios cuerpos, en un campo de batalla. Esto no significa que el proceso de precarización de la existencia afecte a todo el mundo por igual; como hemos reiterado, en el posfordismo cobran vital importancia las «características cualitativas adaptativas» tradicionalmente asociadas a los roles femeninos. Esto sitúa a las mujeres en el centro del proceso de precarización, obligándolas a desarrollar estrategias de supervivencia que hacen visiblemente más compleja su existencia. Ante esto, el concepto devenir mujer del trabajo como propuesta epistemológica y política nos ayuda a visibilizar que existen diferentes grados de precariedad en función de factores como el sexo, la clase, la orientación sexual, la raza o la capacidad funcional. Partiendo de estas ideas no podemos sino poner en cuestión la perspectiva de Morini (2008) cuando plantea que la fragmentación y la complejidad del trabajo de las mujeres en el curso de diferentes épocas termina siendo un paradigma general independientemente del género y también nos plantea serias dudas que se puede sostener que «la figura del precario social hoy es mujer» (Morini, 2008).

Desde nuestras perspectivas, ni la noción de *devenir mujer del trabajo*, ni la de *precarización de la existencia* deben usarse para configurar una identidad colectiva es-

17. En este sentido, la novedad es que actualmente se hacen cada vez más frecuentes «formas de alienación autónomamente elegidas, que surgen, precisa e increíblemente, del deseo de creatividad de los propios sujetos» (Morini 2008).

18. El concepto de «querer vivir» como potencia liberadora para conquistar la propia vida es la clave del pensamiento de López Petit; para él es indispensable un pensamiento radical capaz de liberar este «querer vivir». Para profundizar en este concepto recomendamos su obra: *El Infinito y la Nada: el querer vivir como desafío* (2002).

table y unívoca. Esto no quita que, entendidas como procesos, sean nociones útiles para expresar las debilidades y potencialidades compartidas de la multiplicidad de experiencias vitales/vivenciales y profesionales, experimentadas especialmente por las mujeres: estrés, aislamiento, dificultades para desarrollar relaciones, control social, miedo a expresarse libremente, etcétera, pero también fomento de la creatividad y la afectividad, apertura de nuevos espacios de autonomía personal, revalorización de saberes, etcétera. Como consecuencia de todo esto, luchar contra la precariedad implica «atravesar todos los frentes de lucha sin cobijarse en identidad alguna que, por lo demás, siempre sería impuesta» (López Petit, 2006), poner en práctica una «política del querer vivir» o hacer de la vida y de nuestros cuerpos nuestro campo de experimentación manteniendo las dos dimensiones, personal y colectiva, permanentemente unidas.

CONCLUSIONES Y REFLEXIONES FINALES

En estas páginas hemos descrito el posfordismo como un proceso iniciado hace cuatro décadas con la crisis del modelo de desarrollo industrial; influenciado, según los planteamientos posoperaístas, por el llamado «rechazo del trabajo» y los procesos de lucha basados en la autovaloración subyacente aparte de las movilizaciones obreras de las décadas de 1960 y 1970; e impulsado finalmente por la globalización de la economía mundial y el desarrollo tecnológico. Hemos visto asimismo cómo este actual modo de producción se caracteriza por la informatización, la automatización en las fábricas y la hegemonía del trabajo inmaterial y terciarizado. Esto implica, por un lado, una serie de cualidades y características claramente presentes en el trabajo realizado tradicionalmente por las mujeres; aunque no solo eso: la comunicación, la cooperación, lo relacional y lo afectivo, son ahora características explotadas intensivamente por el capital y sometidas a las reglas del modo de producción capitalista. Por otro lado, implica que las condiciones que definían el trabajo femenino (invisibilidad, vulnerabilidad, flexibilidad, movilidad y fragmentación) se han generalizado al conjunto de la población, pero de forma especialmente grave para las mujeres. Para nombrar estos procesos hemos utilizado la noción deleuziana de *devenir mujer del trabajo*, precisamente porque sugiere la naturaleza biopolítica y modeladora de la realidad de las relaciones actuales del trabajo, entendida de forma compleja. Estas condiciones desembocan en lo que hemos denominado *precarización de la existencia*: precariedad generalizada, pero que no afecta a todo el mundo por igual; las mujeres, por la importancia actual de las «características cualitativas adaptativas», se encuentran situadas en el centro del proceso de precarización. Ante esto, planteamos un concepto *devenir mujer del trabajo* como propuesta epistemológica y política, que toma diferentes formas y sentidos del tiempo y del espacio según las diferentes posiciones género. Es decir, que nos ayuda a visibilizar que no hay simetrías de sexos y que existen diferentes grados de precariedad en función de factores como el sexo, la clase, la orientación sexual, la raza o la capacidad funcional, y que, por lo tanto, es prioritario elaborar un sistema de representación adecuado para un sujeto femenino. En este sentido hemos apuntado que la experiencia y la crítica de las mujeres de

culturas no dominantes, como las mujeres afroamericanas, pueden tener un rol muy importante en la comprensión de nuestra realidad y en el desarrollo de análisis de las condiciones actuales de producción de riqueza que no tomen la experiencia masculina como norma.

En este sentido, la idea de que los saberes y los conocimientos y elementos inmateriales (afectos, etcétera), se sitúan en el centro de la producción de riqueza, quedando el tiempo de trabajo en una posición secundaria, y la idea de que el capital inunda la vida cotidiana por la desvertebración de los tiempos y los lugares en los que se realiza la actividad productiva refleja, en cierto modo, unas experiencias y reivindicaciones históricas —distribución del día en 8 horas de trabajo, 8 horas de sueño y 8 horas de tiempo libre— que responden a un arquetipo masculino e industrial y, por lo tanto, no reflejan las experiencias temporales ni laborales de la mayoría de las mujeres. ¿Dónde se incluye el trabajo doméstico o el tiempo de cuidados? Los obvia y esta ocultación implica que las mujeres nunca dispongan de tiempo libre, pues dedican su «tiempo libre» a realizar estas tareas. Sin duda el hecho de que el tiempo siga siendo la unidad de medida de la riqueza es una contradicción formidable (Iglesias, 2005), «especialmente cuando el trabajo ya no puede medirse ni individualizarse, pues la fuerza laboral se vuelve cada vez más colectiva y social» (Hardt y Negri, 2002: 365) y nos impulsa a plantearnos cómo valorar esos tiempos de trabajo no remunerado.

Frente a esto, resulta necesario cambiar de perspectiva, introducir nuevos conceptos de relación, de valor y, en definitiva, nuevos mecanismos de valoración de la riqueza social. Algunos autores proponen una reactualización del sistema del bienestar a través de mecanismos como el ingreso de ciudadanía (*op. cit.*) o la renta de existencia (Morini, 2008) en la línea de la lucha por una renta básica que proponen diferentes movimientos sociales. Sin embargo más allá de esta valorización económica creemos importante subrayar la necesidad de desarrollar mecanismos que, frente a la disolución de la vida en el trabajo de externalización y privatización de los recursos sociales, fomenten la autovalorización fuera de la lógica monetaria —intercambio de saberes, conocimiento y tiempo—, la reducción, articulación y redistribución del tiempo mercantilizado y, en definitiva, un proceso de reelaboración de una *lógica del cuidado*¹⁹ basada en la *cooperación* y la *interdependencia*, y otros aspectos positivos del afecto en términos de ecología social, de sostenibilidad de la vida (Pérez Orozco, 2006).

Sin duda a lo largo de todo este texto, por motivos de espacio, hemos dejado algunas cuestiones abiertas; de cara al futuro quisiéramos profundizar en las tesis de Paolo Virno sobre la relación trabajo-acción política-intelecto, y su concepto de «trabajo virtuoso»; analizar si los hombres presentan realmente mayores dificultades para adaptarse a las nuevas condiciones de trabajo y, en su caso, qué efectos tiene esto;

19. Esta noción de *lógica del cuidado* es radicalmente diferente a la de *ética del cuidado* planteada por Carol Gilligan (1998) y defendida por algunas corrientes feministas en la década de 1980. La noción de *ética del cuidado* pone el énfasis en las actitudes individuales de quien cuida y se plantea como valor trascendente, más cercano a la moral que a la ética. Por el contrario, «la lógica del cuidado es aquella que sitúa la sostenibilidad de la vida, y no el beneficio o la seguridad, como eje articulador de la organización social; por lo tanto es transindividual e inmanente, y resulta inseparable de las formas de organización social, material y concreta de las tareas de cuidado» (Precarias a la Deriva, 2005).

indagar en las relaciones entre la autovaloración obrera y las claves feministas sobre la autoestima, etcétera, todas ellas cuestiones complejas y que plantean importantes retos y abren interesantes líneas de investigación.

BIBLIOGRAFÍA

- Braidotti. (2008): «Il Pensiero Feminista Nómade», en *Rivista Posse*. Disponible en: http://www.posseweb.net/spip.php?article168&var_recherche=Braidotti%20Irigaray
- Braidotti, R. (1994): «On Bugs and Women: Irigaray and Deleuze on the Becoming-Woman», En C. Burke, N. Shor y M. Whithford: *Enganying with Irigaray*. Columbia University Press, Nueva York.
- Castells, M. (1999): *La Sociedad Red*. Alianza, Madrid.
- Cocco, G. (2003): *Trabajo y Ciudadanía*. Valencia, Lullal Edicions.
- Cocco, G y Vercellone C. (2002): *Los paradigmas sociales del posfordismo*. Disponible en <http://www.rcci.net/globalizacion/2002/fg271.htm>
- Collins, P. H. (2000): *Black feminist thought: knowledge, consciousness, and the politics of empowerment*. Routledge, Nueva York.
- Cordoni, E. (1993): «Las mujeres cambian los tiempos». *Cuadernos de relaciones laborales*, nº 2. Universidad Complutense de Madrid, Madrid: 221-237.
- Corsani A. (2006): «Políticas de saberes situados. Emanciparse de la epistemología de la economía política y de su crítica», en D. Ávila Cantos, M. Lagarreta Iza y A. Pérez Orozco, eds.: *Transformaciones del trabajo desde una perspectiva feminista. Producción, Reproducción, Deseo, Consumo*. Entierrenadie, Madrid: 29-48.
- Corsani A. (2008): «Produzione di Conoscenza e Valore nel Posfordismo», *Rivista Posse*, abril. Disponible en <http://www.posseweb.net/spip.php?article31> y consultado el 15 de septiembre de 2008.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (2004): *Mil Mesetas: capitalismo y esquizofrenia*. Pre-Textos, Valencia.
- Gilligan, C. (1998): *In a different voice: psychological theory and women's development*. Harvard University Press, Cambridge, MA.
- Hardt, M. y Negri, T. (2002): *Imperio*. Barcelona, Paidós.
- Hooks, B. (2000): *Feminist Theory: From Margin to Center*. Pluto Press, Londres.
- Iglesias Turrión, P. (2005): «Posoperaismo, fin de la teoría laboral del valor y nueva dimensión conflictiva de la clase», en *Nómadas* (Revista Crítica de ciencias sociales y Jurídicas de la Universidad Complutense de Madrid) 11-2005/1 disponible en: <http://www.ucm.es/info/nomadas/11/pabloiglesias.htm> consultado el 15 de septiembre de 2008.
- López Petit S. (2002): *El Infinito y la Nada: el querer vivir como desafío*, Edicions Bellaterra, Barcelona.
- (2006): «Algunas reflexiones muy provisionales sobre la precariedad», *Libre Pensamiento*, n.º 51: 24-27. Disponible en: <http://nlxserver.ath.cx/desobedienciamutante/doku.php?id=algunas-reflexiones-muy-provisionales-sobre-la-precariedad> y consultado el 15 de septiembre de 2008.
- Maló De Molina, Marta (2001): «Sobre la feminización del trabajo», *Contrapoder*, n.º 4/5, Madrid.
- Morini C. (2008): «La femminilizzazione del lavoro nel capitalismo cognitivo», en *Rivista Posse*. Disponible en <http://www.posseweb.net/spip.php?article86> y consultado el 15 de septiembre de 2008.
- Negri, A. (1979): *Dominio y sabotaje*, El Viejo Topo, Barcelona.
- Negri, A. y Vercellone C. (2007): «Il Rapporto Capitale/Lavoro Nel Capitalismo Cognitivo», en *Rivista Posse*.
- Pérez Orozco, A. (2006): *Perspectivas feministas en torno a la economía: el caso de los cuidados*. CES, Madrid.

- Precarias a la Deriva (2005): *Una huelga de mucho cuidado (cuatro hipótesis)*. Disponible en http://republicart.net/disc/precariat/precarias02_es.htm y consultado el 7 de enero de 2008.
- (2004): *A la deriva por los circuitos de la precariedad femenina*. Traficantes de Sueños, Madrid.
- Sassen, S. (2003): *Contra geografías de la globalización*. Traficantes de Sueños, Madrid.
- Vega, C. V. y Gil, S. (2003): «Introducción», en S. Sassen, *Contra geografías de la globalización*. Traficantes de Sueños, Madrid.
- Sánchez Cedillo, R. (2003): «Introducción», en Cocco, G.: *Trabajo y Ciudadanía*. Lullal Edicions, Valencia.
- Virno, P. (2003a): *Gramática de la Multitud*. Traficantes de Sueños, Madrid.
- (2003b) *Virtuosismo y Revolución*. Traficantes de Sueños, Madrid.



19

Una aplicación de las enseñanzas del movimiento perestroika al análisis de las políticas urbanas

Jordi Bonet i Martí

A FINALES DEL AÑO 2000, LA CIENCIA POLÍTICA ESTADOUNIDENSE FUE SACUDIDA por un virulento debate que cuestionaba la marginación a la que se veían sometidas aquellas perspectivas que no encajaban en el canon hegemónico —constituido por la teoría de la elección racional y la metodología cuantitativa— en el seno de la APSA (American Political Science Association) y de la APSR (American Political Science Review). Su desencadenante fue un correo electrónico anónimo firmado por *Mr. Perestroika* que en pocas semanas alcanzó una amplia difusión en círculos docentes y de investigación, y que acabó cristalizando en el movimiento por la perestroika formado por académicos que criticaban la voluntad de convertir la ciencia política en una «ciencia normal» en el sentido acuñado por Thomas Kuhn apostando por una firme defensa del pluralismo metodológico.

El movimiento perestroika entroncaba así con un debate iniciado en otros campos de las ciencias humanas y sociales conocido como las «Science Wars», que enfrentó durante la década de 1990 a realistas y construccionistas, y con experiencias precedentes en el campo de la economía (los posautistas) y dentro de la misma ciencia política (el Caucus for a New Political Science). Sin embargo, a diferencia de las Science Wars, el movimiento perestroika no se alineaba con ninguna de las posiciones en liza, sino que apostaba por problematizar el cierre categorial resultante de las posiciones hegemónicas que articulaban el discurso de la ciencia política. En el presente texto partiré de los debates epistemológicos surgidos en el seno de la controversia perestroika, basándome en la orientación fronética expuesta por Bent Flyvbjerg (2001) en *Social Sciences that matter*, para identificar aquellas enseñanzas epistemológicas que

puedan resultarnos útiles para desarrollar un análisis de las políticas públicas urbanas desde una perspectiva crítica.

PALABRAS CLAVE: EPISTEMOLOGÍA, FRÓNESIS Y POLÍTICAS URBANAS

Todo empezó el 15 de octubre del año 2000 con el envío de un correo electrónico anónimo firmado por *Mr. Perestroika* a 17 direcciones de miembros de la APSA (American Political Science Association), en los que, bajo el formato de preguntas breves, se abordaban diferentes cuestiones relativas a la organización interna de la APSA, los criterios de arbitraje de la APSR (American Political Science Review) y la consecuente marginación a la que se veían sometidas aquellas áreas y perspectivas metodológicas que no formaban parte del canon hegemónico formado por la teoría de la elección racional, la epistemología positivista y la metodología cuantitativa basada en *N* grande.

Sorprendentemente, un correo que bien pudiera haberse perdido en el olvido del buzón de entrada o acabar engullido por la papelera de reciclaje, fue masivamente reenviado a otras direcciones, iniciándose así una cadena viral que empezó a diseminarse por los círculos docentes e investigadores de Estados Unidos. De forma pareja, empezaron a circular otros correos y opiniones que se hacían eco de un malestar latente en la ciencia política estadounidense y apostaban por su renovación.

Se inició así una revolución conocida como movimiento perestroika, cuyo objetivo inmediato era la exigencia de una reestructuración en el seno de la APSA y la voluntad de reconocimiento de aquellas perspectivas institucionalmente marginadas (Renwick, 2005: 1). La denominación no era baladí, pues retomaba el nombre del conjunto de reformas políticas y económicas iniciado por Mikhail Gorbachev en 1985 que precedieron el derrumbe de la URSS y que criticaban la rigidez burocrática de la administración soviética, y apostaban por un reconocimiento del pluralismo ideológico y una descentralización de los ámbitos de decisión político y económico. De la misma manera, el movimiento perestroika en ciencia política basaba su idea fuerza en el reconocimiento del pluralismo metodológico, de manera que aquellas metodologías que habían permanecido relegadas como «no suficientemente científicas» recuperaran su reconocimiento institucional: aproximaciones históricas y fenomenológicas, estudios de caso, metodologías cualitativas y participativas, etcétera.

Tal y como han puesto de relieve repetidamente los simpatizantes de este movimiento, no se trataba de sustituir la hegemonía cuantitativa por otra cualitativa o interpretativa, sino de abrir al reconocimiento institucional la pluralidad de aproximaciones y teorías que actualmente practican los politólogos. En este sentido se declaraban bienvenidos a formar parte académicos de todas las posiciones, ya fueran cuantitativistas o incluso defensores de la teoría de la elección racional, con tal que apostasen por el reconocimiento del pluralismo interno.

La efervescencia de los debates que se sucedieron durante los dos años siguientes podría hacernos creer que nos encontrábamos frente a una reactualización de la

Methodenstreiten que desde las publicaciones de Wilhelm Dilthey, en segunda mitad del siglo XIX, inflamó las ciencias sociales alemanas entre partidarios de los métodos de las Ciencias de la Naturaleza (*Naturwissenschaften*) frente a los de las Ciencias del Espíritu (*Geisteswissenschaften*). Sin embargo, sería un error reducir el desafío representado por el movimiento perestroika al debate metodológico, ya que su propósito se dirigía a cuestionarse acerca de cuál era el lugar que la ciencia política tenía que ocupar en el conjunto de las ciencias sociales, y como ésta definía y se relacionaba con su objeto de estudio.

¿Cuál era el oponente dialógico del movimiento perestroika? Para David Laitin (2003), quien mantuvo posiciones extremadamente críticas con el movimiento, su razón de ser respondía tanto al aborrecimiento respecto a los métodos cuantitativos como a la «voluntad expresa» de sus partidarios de abandonar el proyecto de convertir la ciencia política en una disciplina científica. En este sentido, el debate podría parecer una disputa entre científicos y humanistas. Sin embargo, tal y como denunció Flyvbjerg (2001), Laitin y otros defensores del canon hegemónico no respondían a las críticas, sino que construían un hombre de paja a fin de dirigir mejor sus golpes, y desviaban un debate eminentemente epistemológico al terreno metodológico. La revuelta no era contra un método u otro, sino frente a la institucionalización de un «deber ser» de la ciencia política que había acabado relegando la teoría política, los estudios de caso y las metodologías cualitativas a las facultades y las revistas de humanidades, al no ser considerados suficientemente científicos; y como correlato de esta operación, frente a la pretensión epistemológica de alcanzar una unificación paradigmática de la ciencia política bajo la égida del neopositivismo.

¿Cómo había llegado la ciencia política estadounidense a esta situación? Para responder a esta cuestión, cabe retroceder a su periodo de institucionalización, a caballo entre el siglo XIX y el XX, cuando, bajo la influencia del primer positivismo, las ciencias sociales pretendían homologarse a los estándares de las ciencias naturales. Sin embargo, aún entonces predominaban los métodos histórico-comprensivos en el seno de la tradición institucionalista. Fue solo a raíz de la revolución conductista tras la Segunda Guerra Mundial, cuando empezaron a institucionalizarse los modelos causales-predictivos basados en la generalización estadística que terminaron por colonizar el quehacer de la ciencia política estadounidense.

El conductismo pretendía una unificación paradigmática que convirtiera la ciencia política en una ciencia «normal» en el sentido khuniano del término. Trataba de trasladar a la ciencia política modelos que ya habían mostrado su «éxito» en el campo de la psicología a fin de predecir la conducta humana. Sin embargo, a pesar de que su reinado fue efímero, la crisis del conductismo no dio lugar a una multiparadigmaticidad, sino a un pluralismo constreñido (Scharm y Catherino, 2006: 4).

A pesar de que Gabriel Almond (1999) describiese la ciencia política como una sucesión de debates en mesas separadas que no llegaban a comunicarse entre sí, lo cierto es que fue generándose una creciente hegemonización de las perspectivas nomotéticas basadas en los análisis de *N* grande y una dependencia cada vez mayor de los paradigmas explicativos importados de la economía. Esta reducción paradigmática condujo a un cierre categorial en la disciplina que fue la clave de la acumulación de malestar que estallaría con el movimiento perestroika.

Sin embargo, sería reduccionista relegar el movimiento perestroika únicamente a la lucha por el reconocimiento de la pluralidad de paradigmas, a pesar que éste fuera su estandarte más visible. El movimiento perestroika partía también de la necesidad de superar la metodolatría imperante, abogando por una ciencia política que estuviera enraizada-comprometida con los problemas sociales, conectando así, con la propuesta lanzada por Ian Saphiro (2002) de reemplazar la investigación orientada al método (*method-driven research*) por la investigación orientada al problema (*problem-driven research*). A este respecto cabe señalar las críticas que Henry Brady y David Collier (2004) dirigieron a las propuestas de King, Keohane y Verba (2000) de trasladar los criterios de validez y fiabilidad positivistas a la metodología cualitativa, y el desdén mostrado por estos autores por los estudios de caso.

Para los adherentes al manifiesto, la metodolatría imperante en ciencias sociales condicionaba la manera de abordar el objeto de estudio, de manera que, tal y como expone Saphiro (2002), «si tú sólo dispones de un martillo, cualquier cosa a tu alrededor empezará a mirarla como un clavo», lo que conllevó una creciente artefactualidad de la ciencia política.

No se trataba de negar el efecto del conocimiento previo de teorías y métodos en pos de un inductivismo naíf, sino de ser conscientes de los sesgos teóricos y epistemológicos inherentes, y no tomarlos como apriorismos. Considerar, pues, que las perspectivas teóricas precedentes no tendrían que desviarnos respecto a la existencia previa e independiente del fenómeno objeto de estudio. Para ello, se proponía una estrategia que empezara por la definición del problema, y posteriormente se seleccionarían aquellas teorías que mejor se adaptaran para su abordaje, de manera que la ciencia política dejara de dialogar solo consigo misma, y tuviera en consideración la relevancia política de los procesos sociales.

ANTECEDENTES

El movimiento perestroika no nacía en terreno yermo. En el campo de las ciencias políticas ya existían precedentes, por ejemplo los trabajos de Robert y Helen Lynd que, inspirándose en C. Wright Mills y la Escuela de Frankfurt, sentaron las bases para la fundación del Caucus for a New Political Science en 1967, en Chicago, (posteriormente reconocida como sección de la APSA).

Sin embargo a diferencia del Caucus, que basó su crítica en los sesgos de representación demográfica (referidos especialmente a las dimensiones de raza y género) y de representación política (la oposición a la guerra de Vietnam) en consonancia con la eclosión del movimiento de derechos civiles estadounidense, el movimiento perestroika anclaba su crítica en la representación epistemológica (Hoeber, 2005: 14).

Otro predecesor, en este caso europeo, lo encontramos en el campo de la economía. En junio de 2000, en la Sorbona de París se había producido una rebelión de estudiantes de ciencias económicas que dio origen al Movimiento de los Economistas Posautistas, que se enfrentaban a la matematización de la economía como disciplina y expresaban el rechazo al paradigma neoclásico hegemónico, que había convertido

la economía en una «ciencia autista sin relación con la vida real». Esta rebelión alcanzaría su eco en Cambridge, con la publicación de una carta abierta firmada por 27 estudiantes de doctorado y a partir de la cuál nacería la *Post-Autistic Economic Review*; mientras, en 2003 nacía en Alemania el «Círculo de teoría económica posautista», agrupaciones todas ellas que saludaron y simpatizaron con el movimiento perestroika.

UN CONTRAPUNTO DESDE EL ESTADO ESPAÑOL

Si hasta ahora hemos hecho referencia a la ciencia política estadounidense, considero que las reflexiones epistemológicas del movimiento perestroika pueden extrapolarse al Estado español. Aún y aceptando que la ciencia política española admite un mayor pluralismo que la estadounidense, no podemos infravalorar el influjo que las teorías y métodos importados de Estados Unidos ejercen en los politólogos del Estado español. Entre ellos destacan tanto la transnacionalización de la disciplina en su vertiente académica (congresos y seminarios), como muy especialmente el sistema de acreditaciones de las agencias de calidad universitaria, autonómicas y estatales, y cuyos efectos empiezan a ser visibles en la definición de los planes docentes universitarios en el contexto de adaptación al Espacio Europeo de Educación Superior. A estos factores normativizadores cabe añadir el rol ejercido desde determinadas fundaciones con gran prestigio institucional y académico en pos de los modelos hegemónicos.

No se trata aquí de cuestionar los valores positivos que ha tenido esta transnacionalización, sino de problematizar el hecho que a partir de ésta se han priorizado las perspectivas hegemónicas, sin tomar en consideración aquellas perspectivas críticas presentes en el debate transnacional. En este sentido, cabe subrayar que el debate iniciado por el movimiento perestroika no ha tenido ningún eco en las revistas y libros publicados en el Estado español, de la misma manera que actuales enfoques críticos en el campo de análisis de políticas públicas y de metodología de la ciencia política no han sido incorporados al diseño curricular de los estudios universitarios.

Reconociendo así las distancias entre la situación que vive la ciencia política en Estados Unidos y el Estado español, considero que los ejes de debate apuntados por el movimiento perestroika, que se dirigen a la necesidad de un replanteo ontológico y epistemológico de la disciplina, nos deberían concernir como politólogos críticos, y, por tanto, trasladar el debate epistemológico a la arena científica de nuestras universidades e institutos de investigación.

LA ORIENTACIÓN FRONÉTICA

El movimiento perestroika inspiró sus argumentaciones en la orientación fronética defendida por Bernt Flyvbjerg. Ésta debe su popularización al libro *Making Social Science Matter: Why Social Inquiry Fails and How it Can Succeed Again (MSSM)* (Flyvbjerg, 2001), que tenía por objetivo replantear cuál era el mejor tipo de investigación que las ciencias sociales estaban preparadas para generar, inspirándose en aportaciones tan variadas como las de Foucault, Habermas, Nietzsche y Aristóteles.

La finalidad de *MSSM* era cuestionar la pretensión existente en las ciencias sociales de emular las ciencias naturales basándose en aplicar modelos causales y predictivos. Esta aproximación que Flyvbjerg denomina «enfoque naturalista» había llegado a ser hegemónica en las ciencias sociales estadounidenses, y especialmente en el campo de la ciencia política.

Frente al paradigma naturalista, Flyvbjerg apostaba por la orientación fronética, recuperando la distinción establecida por Aristóteles entre *episteme*, *techné* y *phronesis*. Mientras la *episteme* caracterizaría un conocimiento abstracto y universal válido independientemente del contexto y la *techné* estaría relacionada con el saber hacer artesanal propio de los estudios técnicos, la *phronesis* haría referencia a un saber práctico insertado en el contexto social que habita y en constante diálogo con el mismo.

Así, frente a un conocimiento universal, objetivo y científico (en el sentido duro del término), la orientación fronética apostaría por un conocimiento más local, situado, contextual e implicado en las contingencias de la vida política que asumiera el giro lingüístico e interpretativo operado en las ciencias sociales (Schram y Catherino, 2006), se trataba de un conocimiento que no desdénase los efectos que las relaciones del poder y sus manifestaciones discursivas ejercían, tanto dentro como fuera del conocimiento denominado científico.

Sin embargo, la perspectiva fronética ha sido confundida, especialmente por sus oponentes, con la metodología cualitativa. Flyvbjerg ha criticado estos intentos de reducción, encabezados por el artículo de David Laitin (2003), que arremetía no solo contra el movimiento perestroika, sino especialmente contra las propuestas contenidas en *MSSM*. Frente a estas acusaciones, tal y como puso de relieve la investigación desarrollada por Bent Flyvbjerg sobre planificación urbana desarrollada por en Aalborg (Flyvbjerg, 1998) la orientación fronética no excluía el uso de métodos cuantitativos (modelización estadística y regresión), sino que la selección del método era dependiente del problema de investigación.

REPENSAR FRONÉTICAMENTE LAS POLÍTICAS PÚBLICAS

Una vez expuesto el desafío epistemológico que ha supuesto el movimiento perestroika, así como la orientación fronética que ha inspirado su desarrollo, he querido trasladar esta línea argumental a mi área de trabajo: ¿Cómo podemos aplicar las enseñanzas del movimiento perestroika al análisis de políticas públicas urbanas?

En esa parte, no me propongo enunciar ningún plan para la acción, sino, atendiendo a la definición que Lévi Strauss da del investigador social como *bricoleur*, indicar algunas sugerencias que me han resultado útiles para abordar fronéticamente el análisis de políticas públicas urbanas.

A diferencia de otros campos de investigación politológica, el análisis de políticas públicas, por su vertiente aplicada conecta más con la *techné* (un saber hacer técnico) que con la *episteme*, a pesar de la creciente relevancia que la perspectiva de la elección pública (*public choice*) ejerce actualmente en la corriente estadounidense, ofreciendo una suerte de preunificación paradigmática con los planteamientos de la elección racional (*rational choice*) dominantes en el campo de comportamiento político. El desa-

rollo del análisis de políticas públicas ha ido unido al crecimiento de la exigencia de una mayor experticia en las cuestiones referidas al gobierno; así pues se trata de una demanda que surge normalmente mediatizada por las demandas de los *policy-makers*, es decir, que está orientada a aumentar la racionalidad de los actores gubernamentales y a la resolución de los problemas (*problem-solving*) frente a la creciente complejidad de lo social.

Esta orientación, que prioriza las cuestiones de coste-beneficio y de gestión de riesgos, acostumbra a dejar de lado aquellos enfoques que sitúan el foco en los desequilibrios de poder inherentes al proceso de formulación, implementación y evaluación de las políticas públicas, partiendo de las demandas y necesidades de aquellos colectivos sociales que disponen de menos recursos (políticos, simbólicos y económicos) para intervenir en la acción política, y que en muchos casos son los destinatarios o los principales afectados por la implementación de las políticas.

A mi entender, la adopción de una perspectiva fronética en el análisis de las políticas públicas debe considerar las necesidades y las articulaciones de aquellos colectivos sociales que a menudo son expulsados del sistema político, relegados a la categoría de entorno donde evaluar los impactos (*outcomes*) de la acción del gobierno, y apostar por un reconocimiento de su agencia y ofrecer mecanismos de empoderamiento, sin que estos supongan una suplantación de su voz o una simple traducción de sus exigencias al discurso académico.

Para ello, pueden sernos útiles recuperar las cuatro preguntas guías que, según Bent Flyvbjerg (2001), se encuentran en la base de una perspectiva fronética, y aplicarlas al diseño de investigación en políticas públicas:

1. ¿Hacia dónde nos dirigimos?
2. ¿Es este desarrollo deseable?
3. ¿Quién gana y quien pierde, y en función de qué mecanismos de poder esto es posible?
4. ¿Qué podemos hacer, si es que podemos hacer algo?

Partir de estas preguntas guía implica enraizar el diseño de la investigación en el contexto de estudio, introducir una dimensión valorativa-situada y reconsiderar la capacidad agéntica del investigador social en relación con los otros actores sociales. Viramos así de una investigación orientada al método, a una investigación orientada al problema, pero sin incurrir en un recetario de soluciones tecnocrático.

Las perspectivas teóricas y el método de recogida y análisis de datos dependerán de cómo definimos el problema de investigación en relación con su contexto y la valoración que hacemos del mismo. El diseño de investigación y las hipótesis no pueden plantearse como aprioris, sino que dependen y varían en función de las sucesivas cristalizaciones de resultados. En este sentido, en consonancia con lo expuesto antes, quiero señalar que la opción por un diseño emergente no implica necesariamente la selección de técnicas cualitativas, sino que es congruente con el uso de técnicas cuantitativas y de regresión.

A su vez, abordar un área de política pública, ya sea a escala europea, estatal, autonómica o local, debe partir de la identificación del problema sobre el que la política

interviene, las soluciones que propone, los actores que implica, no solo como hacedores sino como destinatarios, la movilización de recursos que genera, y los resultados obtenidos, sin dejar de considerar el marco simbólico en que la misma se inscribe y los procesos de alineamiento y contienda con otros marcos interpretativos.

La mayoría de los análisis de políticas públicas toman en consideración tanto el ciclo (formulación, implementación y evaluación) como las dimensiones (simbólico-conceptual, substantiva y operativa) de la política. Sin embargo, una lectura estrecha de estos modelos puede llevarnos a incurrir en procedimentalismos que no encaran la raíz política de las políticas públicas. Es decir, el hecho que las políticas públicas se inscriben en un marco colectivo de acción —y por tanto de conflicto—, así como un marco discursivo que las significa y dota de sentido, lo que nos obliga a sumar a la caracterización de Lowi de que «*policies determine politics*» el hecho que «*politics determine policies*».

Repolitizar el análisis de las políticas públicas implica partir del problema, y cuestionar como éste ha sido socialmente construido e intervenido, en tanto que la solución dada a un problema depende de cómo éste haya sido construido previamente (Fischer, 1993). Expondré así un primer abordaje, basándome en un diseño resonante con las teorías de análisis de marcos y su aplicación en el campo de las políticas públicas y, más en concreto, en el de las políticas urbanas:

¿Qué constituye un problema?

Las políticas públicas basan su existencia en la intervención promovida desde los poderes públicos sobre un área determinada de lo social. Para ello, lo social debe recortarse de manera que sea posible su intervención, deben identificarse aquellos factores que participan del problema y, al identificarlos, enmarcarlos en una esfera de sentido, atribuir responsabilidades a aquellos agentes y factores considerados causantes del problema, dotándolos de fidelidad narrativa, y señalar aquellas poblaciones que serán objetivo prioritario de intervención. La definición del problema no es pues únicamente denotativa, sino performativa: la política en su formulación no identifica únicamente un problema, sino que lo construye a partir del qué, el cómo y el por qué algo se define como problema. Por ejemplo, no es lo mismo definir la estructura social de un barrio desfavorecido en términos de marginalidad y desviación social, que hacerlo en términos de pobreza o exclusión.

Otro elemento que hay que considerar en la definición del problema es la distinción entre la fijación de agenda pública y la agenda encubierta de los *policy-makers*, en caso de que ésta exista. Por ello, el análisis de las políticas urbanas no puede atender únicamente a la literalidad de los programas, sino que se hace necesario identificar las lógicas discursivas subyacentes y analizar las estructuras de poder que la sostienen. Por ejemplo, bajo la denominación de políticas de regeneración y revitalización urbana de los centros históricos, pueden enmascarse estrategias de reemplazo poblacional y sustitución de usos, extremo que difícilmente se encontrará enunciado de forma explícita. Por ello, el análisis de políticas públicas debe tener en cuenta su función de dispositivo retórico-argumentativo y evitar su segmentación: no podemos analizar las

políticas sociales de un barrio sin considerar su congruencia con las políticas urbanísticas, las políticas de activación económica, etcétera.

¿Qué soluciones se dan a un problema?

Las políticas públicas, no suponen únicamente un diagnóstico del problema, sino que éste debe ser tratable a partir de la intervención pública (pudiendo implicar en ello otros agentes públicos o privados) y, en función de ello, deben poderse diseñar soluciones para su abordaje. A menudo estas soluciones son presentadas bajo un manto de racionalidad tecnocrática que encubre asépticamente los conflictos que subyacen. En este sentido, el análisis de soluciones no puede limitarse a un recuento de las acciones propuestas, sino a esclarecer cuál ha sido su lógica de selección (por qué unas soluciones han sido incorporadas y otras, desdeñadas), su jerarquización (tanto en relación con el monto presupuestado como los medios movilizados para su realización), el encadenamiento y el balance entre diagnóstico y soluciones (cómo se espera que las acciones propuestas incidan sobre el marco del problema). Se trata de dilucidar quién va a ganar o perder como resultado de la implementación de las políticas.

¿Quién participa en la definición e intervención sobre el problema?

Los actores implicados en una política movilizan sus recursos para afrontar la intervención, ya sea en el diagnóstico-pronóstico (fase de formulación), como en la fase de implementación. Estos recursos pueden ser materiales (por ejemplo los recursos humanos que intervienen, recursos monetarios, etcétera), legales (capacidad normativa-coercitiva de los poderes públicos) o simbólicos (la legitimación de una determinada intervención). Analizar la participación, la estructura de las relaciones de poder entre los distintos actores a lo largo del ciclo de las políticas públicas, nos permite evidenciar la orientación de las mismas: comunitarias, estatistas o privatizadoras. Por ejemplo, una planificación urbana puede ser participada por los distintos actores del territorio, centralizada en los servicios técnicos municipales, o externalizada en una sociedad empresarial, normalmente coparticipada por el sector público y privado. Asimismo, al atender a la movilización de recursos y las dinámicas de poder entre actores, hemos de considerar tanto aquellos actores que participan formalmente del ciclo de políticas públicas como aquellos que ejercen una presión sobre el ciclo sin desarrollar una participación formalizada, ya sea mediante prácticas de *lobbying* (los grupos de interés empresariales que pueden tener su agenda propia respecto a la planificación urbana) o mediante la acción de protesta (los movimientos sociales urbanos que se oponen o cuestionan determinados aspectos del plan). Por ejemplo, respecto a la participación formalizada en políticas urbanas, encontramos las fórmulas de concertación público-privada como estrategia de corresponsabilización del capital privado, o la participación ciudadana que tanto puede ejercer una función simplemente legitimadora o transformadora de la acción pública.

¿Qué efectos tiene esta intervención?

Debemos considerar tanto los efectos endógenos a la política, en función del diagnóstico previo, como aquellos efectos exógenos no buscados explícitamente por las políticas, pero que pueden ser el resultado de agendas ocultas o intervención/variación de factores alógenos no incluidos en el diagnóstico, o mal balanceados con las soluciones propuestas en el pronóstico. A este respecto, hay que tener en cuenta los efectos de tunelización que se producen en políticas públicas urbanas, cuando la fijación en alcanzar un objetivo determinado en la fase de pronóstico, sin acometer una visión integral del territorio, puede conllevar externalidades no deseadas, o no enunciadas, de la política. Por ejemplo, una política destinada a erradicar la existencia de comercio de droga en una zona de la ciudad puede conllevar la diseminación de este comercio por otros barrios, dificultando la labor asistencial de los servicios sociales. Tampoco hay que olvidar los efectos de *longue dureé*, cuyo impacto, sin ser significativo en primera instancia, marca una tendencia que se acrecentará en el futuro. En este sentido, nos encontramos con políticas urbanas que, si bien no tienen un efecto gentrificador en un territorio determinado (sustitución de los residentes con menor capacidad económica por otros de clase acomodada), pueden acabar propiciando en el futuro una paulatina sustitución de residentes y usos, debido a la transformación del régimen de tenencia, el encarecimiento del suelo o la instalación de equipamientos culturales que atraigan flujos turísticos y empresariales.

Considero que la adopción de una orientación fronética en el análisis de las políticas públicas, que he ejemplificado con distintas situaciones-tipo extraídas de investigaciones en políticas urbanas, puede sernos útil para superar la estrechez de miras de los enfoques empiricistas-positivistas. Sin embargo, hay que tener en cuenta también aquellos sesgos que, derivados de las posiciones hegemónicas, pero también de las críticas, pueden frenar el desarrollo de una orientación fronética.

SESGOS EN LA INVESTIGACIÓN

A este respecto, he identificado cuatro sesgos derivados de las posiciones hegemónicas en el análisis de las políticas públicas urbanas, y me limitaré a enunciarlos, sin abordarlos de forma detallada:

1. El sesgo **institucionalista**: que reduce la hechura de políticas públicas a los *policy-makers* tradicionales, desatendiendo el carácter relacional de las políticas públicas.
2. El sesgo **organicista**: para el que la ciudad o el barrio actúa como un sistema cerrado, y el conflicto urbano se sitúa como una variable alógena reconducible a la armonía mediante su expulsión o reconducción.
3. El sesgo **neutralista**: en que el investigador adopta una posición pretendidamente neutral frente al objeto de estudio, velando su responsabilidad como agente y limitándose a ejercer su saber hacer técnico.

4. El sesgo **tecnicista**: en que la evaluación de políticas públicas se reduce a los criterios de eficacia y eficiencia previamente estipulados por el *policy-maker*, lo que puede ser correcto en el caso de una evaluación técnica, pero no constituye en sí un análisis de políticas públicas.

A estos cuatro sesgos cabría añadir aquellos en los que pueden incurrir las aproximaciones críticas. A este respecto, tenemos que tener en cuenta la tendencia, por parte de las investigaciones críticas, a absolutizar teorías, métodos y apriorismos ideológicos, sin tomar en consideración el carácter parcial y situado de toda práctica científica, y el carácter agente del sujeto investigador. En este sentido, considero que la orientación fronética puede enriquecerse incorporando las propuestas de objetividad feminista que apelan al principio de responsabilidad de la práctica investigadora tal y como ha sido desarrollado por Biglia (2005).

Los cuatro sesgos que he identificado en parte de las aportaciones críticas corresponden a:

1. **La negación del rol agente del Estado**: sin negar el carácter relacional de las políticas públicas, no podemos obviar que las Administraciones públicas disponen de una serie de recursos (legales, disciplinarios, de legitimidad, etcétera) que las diferencian de los actores privados o sociocomunitarios, por lo que no podemos desatender su rol preeminente en el *policy-making* ya sea por acción o por omisión.
2. **El particularismo militante**: que considera de forma acrítica los efectos positivos de la aparición de un conflicto, sin valorar ni considerar sus efectos y los marcos discursivos movilizados en la protesta (encumbrando movilizaciones que responden a una lógica de acción eminentemente NIMBY).
3. **La romantización de la posición subalterna**: la asunción de los argumentos críticos por el único hecho de pertenecer a una posición subalterna (de manera que la función del investigador se convertiría en dotar de retórica científica los argumentos críticos de los movimientos sociales urbanos).
4. **Los reduccionismos unicausales (culturalista o economicista)**: normalmente opuestos entre sí, y que se caracterizan por reducir la explicación de las políticas a factores económicos (por ejemplo la voracidad especulativa del capital privado) o culturales (el choque producido por la diversidad cultural).

CONCLUSIONES

El propósito de este texto ha sido engarzar la problematización que el movimiento perestroika ha realizado respecto a la ciencia política *mainstream* con cuestiones críticas surgidas de mi experiencia en el campo del análisis de las políticas públicas urbanas. En este sentido, no he pretendido definir un modelo normativo de análisis fronético, lo que constituiría una *contradictio in terminis*, sino pensar líneas de problematización tanto de los modelos normativos como de los críticos, así como sugerencias de acción en el análisis de políticas públicas que considero congruentes con

la orientación fronética y con el aprendizaje de las críticas desarrolladas por el movimiento perestroika.

Así, el presente texto se corresponde más con una voluntad de enlazar reflexiones acerca de cuestiones epistemológicas y substantivas que atañen a nuestro quehacer como politólogos críticos, y especialmente de aquellos que nos dedicamos al análisis de políticas públicas, que a la presentación de un modelo analítico acabado. Seguramente, los sesgos identificados y la presentación de la estrategia de análisis serán objeto de crítica y debate, pero son precisamente estos espacios dialógicos los que pueden enriquecer el desarrollo de una crítica de la ciencia política, posición, a mi entender, más sugerente que la constitución de una ciencia política crítica.

BIBLIOGRAFÍA

- Bradier, Henry y Collier, David (2004): *Rethinking Social Inquiry: Diverse Tools, Shared standards*. Rowman & Littlefield, Lanham.
- Bigliá, Barbara (2005): *Narrativas de mujeres sobre las relaciones de género en los movimientos sociales*. Tesis Doctoral. Universitat de Barcelona, Barcelona.
- Fischer, Frank (2003): *Reframing public policy: discursive politics and deliberative practices*. Oxford University Press, Oxford.
- Fischer, Frank y Forester, John (eds.) (1993): *The argumentative turn in Policy Analysis and Planning*. Duke University Press, Durham y Londres.
- Flyvbjerg, Bent (1998): *Rationality and Power: Democracy in Practice*. University of Chicago Press, Chicago.
- (2001): *Making Social Science Matter: Why Social Inquiry Fails and How it Can Succeed Again*. UK Cambridge University Press, Cambridge.
- Hoerber, Rudolph (2005): «Perestroika and its other», en *Renwick Monroe*.
- King, G., Keohane, R. y Verba, S. (2000): *El diseño de la investigación social. La inferencia científica en los estudios cualitativos*. Alianza, Madrid.
- Laitin, David (2003): «The perestroika Challenge to Social Science», en *Politics and Society* 31 (1) (marzo): 163-184.
- Renwick Monroe, Kristen (ed.) (2005): *Perestroika! The raucous rebellion in political science*. Yale University Press, New Haven y Londres.
- Schram, Sanford F. y Catherino, Brian (2006): *Making Political Science Matter. Debating Knowledge, Research, and Method*. New York University Press, Nueva York.
- Shapiro, Ian (2002): «Problems, Methods, and Theories in the Study of Politics, or: What's Wrong with Political Science and What to Do About It», en *Political Theory*, 30 (4): 596-619.

Parte IV
GLOBALIZACIÓN
CONTRAHEGEMÓNICA



20

La globalización contrahegemónica:

del internacionalismo del Mayo del 68
hasta el altermundialismo del siglo XXI

Michael Löwy

MAYO DEL 68 FUE SIN DUDA UNO DE LOS MÁS IMPORTANTES MOVIMIENTOS sociopolíticos antisistémicos; según Immanuel Wallerstein, el más destacado del siglo XX después de la Revolución Rusa. En su libro sobre el nuevo espíritu del capitalismo, Luc Boltanski y Ève Chiapello distinguen entre dos tipos de crítica anticapitalista— en el sentido weberiano del término—, cada uno con su combinatoria compleja de emociones, sentimientos subjetivos, indignaciones y análisis teóricos, que de alguna manera convergieron en Mayo del 68. En primer lugar, la *crítica social*, desarrollada por el movimiento obrero tradicional, que denuncia la explotación de los trabajadores, la miseria de las clases dominadas y el egoísmo de la oligarquía burguesa que confisca los frutos del progreso. Y en segundo, la *crítica artista*, que cuestiona los valores y las opciones de base del capitalismo y que denuncia, en nombre de la libertad, un sistema que produce alienación y opresión.¹

Veamos más de cerca lo que Boltanski y Chiapello entienden, bajo el concepto de «crítica artista del capitalismo», una crítica del desencantamiento, de la inautenticidad y de la miseria de la vida cotidiana, de la deshumanización del mundo por la tecnocracia, de la pérdida de autonomía, en fin, del autoritarismo represivo de los poderes jerárquicos. En vez de liberar las potencialidades humanas para la autonomía, la autoorganización y la creatividad, el capitalismo somete a los individuos a la «jaula de hierro» de la racionalidad instrumental y de la mercantilización del mundo. Las formas de expresión de esta crítica son tomadas prestadas del repertorio de la fiesta,

1. Luc Boltanski y Ève Chiapello (1999): *Le nouvel esprit du capitalisme*. Gallimard, París: 244-245.

del juego, de la poesía, de la liberación de la palabra, en cuanto que su lenguaje es inspirado por Marx, Freud, Nietzsche y el Surrealismo. La crítica artista es antimoderna en la medida en que denuncia el desencantamiento, y modernista cuando insiste en la liberación. Se pueden encontrar sus ideas ya en la década de 1950 en los pequeños grupos de la «vanguardia» artística y política —como «Socialismo o Barbarie» (Castoriadis, Claude Lefort) o el Situacionismo (Guy Debord, Raul Vaneigem)— antes de que exploten en las calles durante la rebelión estudiantil de 1968.²

De hecho, lo que Boltanski y Chiapello llaman «crítica artista» en mayo del 68 yo lo llamaría «crítica romántica del capitalismo», es decir, una protesta cultural en contra de los fundamentos de la civilización industrial/capitalista moderna, su productivismo y su consumismo, así como una asociación singular, única en su género, entre subjetividad, deseo y utopía; el «triángulo conceptual» que define, según Luisa Passerini, 1968.³

El espíritu romántico de este mayo se define, en un primer momento, por la *negatividad*, la rebelión contra un sistema económico, social y político considerado inhumano, intolerable y filisteo, y por actos de protesta como los incendios de coches, esos símbolos despreciables de la mercantilización capitalista y del individualismo posesivo.⁴ Pero está al mismo tiempo cargado de esperanzas utópicas, de sueños libertarios y surrealistas, de «explosiones de subjetividad» (Luisa Passerini), en pocas palabras, de lo que Ernst Bloch llamaba *Wunschbilder*, «imágenes de deseo», que no solo son proyectadas en un futuro posible, una sociedad emancipada, sin alienación, reificación u opresión, sino también inmediatamente experimentadas en diferentes formas de práctica social: el movimiento revolucionario como una fiesta colectiva y como creación colectiva de nuevas formas de organización; la tentativa de inventar comunidades humanas libres e igualitarias, la afirmación compartida de su subjetividad (sobre todo entre las feministas); el descubrimiento de nuevas formas de creación artística, desde los pósteres subversivos e irreverentes, hasta las inscripciones poéticas e irónicas en los muros.

Mi principal desacuerdo con el ensayo de Boltanski y Chiapello, que, no obstante me parece muy importante por la riqueza de sus análisis, es su tentativa de demostrar que, en el curso de las últimas décadas, la *crítica artista*, separándose de la social, fue integrada y recuperada por el nuevo espíritu del capitalismo, por su nuevo estilo de *management*, basado en los principios de flexibilidad y libertad, que propone una mayor autonomía en el trabajo, más creatividad, menos disciplina y menos autoritarismo. Una nueva élite social, muchas veces activa en la década 1960 y seducida por la *crítica artista*, rompió con la crítica social del capitalismo —considerada «arcaica»

2. Ibid: 86, 245-246.

3. L. Passerini (2002): «“Utopia” and Desire», *Thesis Eleven*, nº 68, febrero: 12-22.

4. Voici ce qu'écrivait Henri Lefebvre dans un livre publié en 1967 : «Dans cette société où la chose a plus d'importance que l'homme, il y a un objet roi, un objet-pilote : l'automobile. Notre société, dite industrielle, ou technicienne, possède ce symbole, chose dotée de prestige et de pouvoir. (...) la bagnole est un instrument incomparable et peut-être irrémédiable, dans les pays néo-capitalistes, de déculturation, de destruction par le dedans du monde civilisé». (H. Lefebvre, *Contre les technocrates*, 1967, re-édité en 1971 sous le titre *Vers le cybernanthrope*, Paris, Denoel, p. 14).

y asociada a la vieja izquierda comunista— y se adhiere al sistema, ocupando puestos de dirección.⁵

Sin duda, hay mucho de verdad en esta imagen, pero en lugar de una continuidad sin brechas ni contradicciones entre los nuevos *managers* y los rebeldes de 1968, entre los deseos y las utopías de mayo y la última ideología capitalista, creo que hay una profunda ruptura ética y política, a veces en la vida del mismo individuo. Lo que se perdió en este proceso, en esta metamorfosis, no es un detalle, sino lo esencial: el *anticapitalismo*. Una vez despojada de su propio contenido anticapitalista —distinto del de la crítica social—, la *crítica artista* o romántica deja de existir en cuanto tal, pierde toda significación y deviene simple adorno. Por supuesto, la ideología capitalista puede integrar elementos de origen «artista» o «romántico» en su discurso, pero éstos han sido previamente vaciados de todo contenido social significativo, para devenir una forma de publicidad. Hay poco en común entre la nueva «flexibilidad» industrial y los sueños utópicos libertarios de 1968. Hablar, como lo hacen Boltanski y Chiapello, de un «capitalisme gauchiste»⁶ (capitalismo izquierdista), me parece un puro contrasentido, una *contradictio in adjecto*.

¿Cuál es entonces la herencia de 1968 en nuestros días? Podemos compartir la opinión de Perry Anderson: no solo el movimiento fue vencido, sino que varios de sus participantes y dirigentes se han vuelto conformistas; el capitalismo, en su forma neoliberal, en las décadas de 1980 y 1990 no solo se hizo triunfante, sino que logró presentarse como el único horizonte de lo posible.

Pero creo que asistimos, en el curso de los últimos años, al desarrollo, a escala planetaria, de un nuevo y vasto movimiento social, con un fuerte componente anticapitalista, y que seguramente se va a reforzar con la actual desastrosa crisis financiera del sistema. Por supuesto, la historia no se repite jamás, y sería tan vano como absurdo esperar un «nuevo Mayo del 68», en París o en otro sitio: cada generación rebelde inventa su propia y singular combinatoria de deseos, utopías y subjetividad.

Estamos hablando del movimiento altermundialista, una amplia nebulosa, una especie de «movimiento de movimientos» que se manifiesta de forma visible en los foros sociales —regionales o mundiales, con la participación de decenas de miles de delegados— y en las grandes protestas contra el G8 o la OMC. Se trata de una amplia red descentralizada, que no corresponde a las formas habituales de la acción social o política; múltiple, diversa y heterogénea, esta red incluye sindicatos obreros y movimientos campesinos, ONG y organizaciones indígenas, movimientos de mujeres y asociaciones ecologistas, viejos intelectuales y jóvenes activistas. Lejos de ser una debilidad, esta pluralidad es una de las fuentes de la fuerza, creciente y expansiva, del movimiento. América Latina y Europa son los principales centros del altermundialismo, con un principio de extensión a Asia (Foro Social Mundial de Mumbai, en 2005) así como —hasta ahora sin mucho éxito— a África.

Esta movilización internacional contra la globalización neoliberal, que ha tomado —con la consigna «el mundo no es una mercancía»— las calles de Seattle, Praga,

5. Ibid: 283-287.

6. Je me réfère aux interventions orales de P. Anderson lors de débats à l'occasion d'un séminaire sur Mai 68 à Florence, qui a donné lieu à la publication d'un numéro de la revue *Thesis Eleven*.

Porto Alegre y Génova, es, inevitablemente, muy diferente de los movimientos de la década de 1960. Está muy lejos de ser homogénea: en cuanto que sus participantes más moderados o pragmáticos creen aún en la posibilidad de regular el sistema, una amplia parte del «movimiento de movimientos» es abiertamente anticapitalista, y en sus protestas podemos encontrar, como en 1968, una fusión única entre las críticas marxista, libertaria y romántica del orden capitalista, de sus injusticias sociales y de su infamia mercantil. Se pueden sin duda percibir algunas analogías con la década de 1960 —la fuerte tendencia antiautoritaria—, pero también algunas diferencias importantes: la ecología y el feminismo, que eran aún incipientes en mayo de 1968, son ahora componentes centrales de la nueva cultura radical, mientras que las ilusiones acerca del «socialismo realmente existente» —ya sea el soviético o el chino— han desaparecido prácticamente con la caída del muro de Berlín.

Este movimiento está aún en sus inicios y es imposible prever cómo se va a desarrollar, pero ya ha cambiado el clima intelectual y político en varios países. Su carácter es realista, es decir, exige lo imposible.

Las solidaridades internacionales que nacen en el seno de esta amplia red son de un nuevo tipo, un poco diferente de las que caracterizaban a las movilizaciones internacionalistas de las décadas de 1960 y 1970.

En esa época, la solidaridad se desarrollaba *en apoyo* a los movimientos de liberación, ya fuera en los países del Sur —revoluciones argelina, cubana, vietnamita— o en la Europa del Este, con los disidentes polacos o con la Primavera de Praga. Un poco más tarde, en la década de 1980, tuvimos la solidaridad con los sandinistas en Nicaragua o con el sindicato Solidarnosc en Polonia.

Esta tradición, generosa y fraternal, de solidaridad *con* los oprimidos, no desapareció, por supuesto, en el nuevo movimiento por la Justicia Global que empezaba en la década de 1990. Un ejemplo evidente es la simpatía y el apoyo al neozapatismo, después del levantamiento de los indígenas de Chiapas, en enero de 1994. Pero vemos ya en este proceso algo nuevo, un cambio de perspectiva. En 1996, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional llamó, en las montañas de Chiapas, a un Encuentro Intercontinental —irónicamente designado como «Intergaláctico» por el subcomandante Marcos— contra el neoliberalismo y por la humanidad. Los miles de participantes que asistieron a este encuentro —que se puede considerar el primer antecedente de lo que se llamará más tarde el «altermundialismo»—, procedentes de cuarenta países, vinieron, sin duda, *también* por solidaridad con los zapatistas; pero el objetivo del encuentro, definido por el EZLN, era mucho más amplio: la búsqueda de convergencias en la *lucha común* en contra de un adversario común, el neoliberalismo, y el debate sobre las posibles alternativas para la humanidad.

Ésta es, por tanto, la nueva característica de las solidaridades que se tejen en el seno, o alrededor, del movimiento de resistencia global a la globalización capitalista: el combate por objetivos inmediatos comunes a todos —por ejemplo, la paralización de la Organización Mundial del Comercio (OMC)— y la búsqueda común de nuevos paradigmas de civilización. En otras palabras: en vez de una solidaridad *con*, se trata de una solidaridad *entre* organizaciones diversas, movimientos sociales o fuerzas políticas de diversos países o continentes, que se ayudan mutuamente y se asocian en el *mismo combate*, frente al mismo enemigo planetario.

Para dar un ejemplo: la red campesina internacional Vía Campesina reúne movimientos tan diversos como la Confederación Campesina francesa, el Movimiento de los Sin Tierra en Brasil o grandes movimientos campesinos en India. Estas organizaciones se apoyan mutuamente, intercambian sus experiencias y *actúan en común* en contra de las políticas neoliberales y se enfrentan juntos con sus adversarios comunes: las multinacionales del *agro-business*, los monopolios de semillas, los fabricantes de transgénicos, los grandes propietarios de tierras. *Su solidaridad es recíproca* y constituyen juntas uno de los más poderosos, activos y combativos componentes del movimiento mundial en contra la globalización capitalista. Se podrían mencionar otros ejemplos, en el terreno sindical, feminista —la Marcha Mundial de Mujeres— ecológico o político. Sin duda, este proceso de revitalización de las antiguas solidaridades y de invención de otras nuevas está aún en sus inicios. Es algo frágil, incierto e incapaz, por el momento, de poner en peligro —a pesar de la actual crisis capitalista— la dominación aplastante del capital global y la hegemonía planetaria del neoliberalismo. Aun así, es el lugar estratégico en el cual se está elaborando el internacionalismo del futuro.

¿Cuáles son las características del movimiento altermundialista como fuerza «contrahegemónica»? Se trata sin duda de uno de los fenómenos de resistencia antisistémica más importantes (para utilizar la terminología de I. Wallerstein) de principios del siglo XXI.

La dinámica del «movimiento de movimientos» incluye tres momentos distintos pero complementarios: *la negatividad de la resistencia, las propuestas concretas, y la utopía de otro mundo.*

El primer momento, que es el punto de partida del movimiento, es el *rechazo*, la protesta, el deseo de *resistir* al estado de cosas existente. El adversario no es la «mundialización» en sí, sino su forma neoliberal capitalista, la *corporate globalization* considerada responsable de una serie de injusticias y catástrofes: desigualdad creciente entre el Norte y el Sur del planeta, desempleo, exclusión social, destrucción de la naturaleza, guerras imperiales, etcétera. El movimiento nació con el grito de los zapatistas en 1994: ¡Ya basta! Sin ese sentimiento radical de protesta y rebelión, el movimiento altermundialista no existiría.

¿Contra quiénes se dirige esta protesta? En primer plano, las instituciones financieras o comerciales internacionales: OMC, FMI, Banco Mundial, y las grandes potencias del Norte, reunidas simbólicamente en el G-8. Pero para muchos de los participantes del movimiento, el rechazo incluye no solo el neoliberalismo y el belicismo (guerra de Irak), sino el mismo sistema capitalista mundial. Veamos, por ejemplo, la «Carta de principios del Foro Mundial», redactada por el Comité de Organización brasileño —en el cual participan no solo sindicatos obreros y movimientos campesinos, sino también ONG diversas y un representante de la Comisión Justicia y Paz de la Iglesia Católica— y aprobada después por el Consejo Internacional del FSM. Este documento, sin duda uno de los más representativos y «consensuales» del movimiento altermundialista, afirma: «El Foro Social Mundial es un espacio de encuentro abierto, que busca profundizar la reflexión, el debate democrático de ideas, la formulación de propuestas, el libre intercambio de experiencias y la articulación hacia acciones eficaces, de instancias y movimientos de la sociedad civil que se oponen al

neoliberalismo, a la dominación del mundo por el capital y a toda forma de imperialismo, y que se proponen construir una sociedad planetaria basada en el ser humano. [...] Las alternativas propuestas al FSM se oponen a un proceso de mundialización capitalista bajo el mando de las grandes empresas multinacionales». La radicalidad del rechazo altermundialista se vuelve en contra de la naturaleza capitalista de la dominación.

Dicho esto, el movimiento no es puramente *negativo*: no le faltan *propuestas alternativas* concretas, urgentes e inmediatamente realizables. De hecho, no hay ningún «programa común» del altermundialismo, y ninguna fuerza política logró imponer su «proyecto». Aun así, aparecen, en el curso de los foros y de las movilizaciones, un conjunto de reivindicaciones que son, si no unánimes, por lo menos ampliamente aceptadas y defendidas por el movimiento: por ejemplo, la retirada de Irak de las tropas extranjeras; la abolición de la deuda del Tercer Mundo; la imposición de impuestos sobre las transacciones financieras; la supresión de los paraísos fiscales; una moratoria sobre los transgénicos; el derecho de los pueblos a la soberanía alimentaria; la igualdad efectiva entre hombres y mujeres; la defensa y la extensión de los servicios públicos; la prioridad para la salud, la educación y la cultura; y la salvaguardia del medio ambiente. Estas reivindicaciones fueron elaboradas por las redes internacionales altermundialistas —la Marcha Mundial de Mujeres, Attac, Focus on Global South, Vía Campesina, Comité por la Abolición de la Deuda del Tercer Mundo— y por diferentes movimientos sociales, y son debatidas en los foros sociales.

Una de las grandes cualidades del FSM es permitir el encuentro y la escucha recíproca entre feministas y sindicalistas, creyentes y no creyentes, militantes del Norte y del Sur, ecologistas y campesinos. En este proceso de confrontación y enriquecimiento mutuo no desaparecen los desacuerdos, pero poco a poco se dibujan un conjunto de proposiciones comunes y una visión social alternativa.

Se trata aquí del tercer momento, tan importante como los anteriores: la *dimensión utópica* del movimiento; «otro mundo es posible». No se trata solo de corregir los excesos del capitalismo neoliberal, sino de soñar y de luchar por *otra civilización*, otra forma de vivir juntos en el planeta. Más allá de las múltiples propuestas concretas, el movimiento contiene una perspectiva transformadora más ambiciosa, más «global», más universal. No se trata de un programa consensual, reformador o revolucionario: la utopía altermundialista solo se manifiesta en el hecho de compartir ciertos *valores comunes*. Son éstos los que dibujan el contorno de ese «otro mundo posible».

Un valor fundamental de esa utopía es *la democracia*. La idea de *democracia participativa*, como forma superior de ejercicio de la ciudadanía, más allá de los límites de los sistemas representativos tradicionales —porque permite a la población ejercer directamente su poder de decisión y de control— es uno de los temas centrales del movimiento. El gran desafío, desde el punto de vista del proyecto de una sociedad alternativa, es la extensión de la democracia al terreno económico y social: ¿por qué permitir, en esa esfera, el poder exclusivo de una élite que se rechaza en el campo político?

El neoliberalismo reemplazó los grandes valores revolucionarios del pasado —*libertad, igualdad, fraternidad*—, por otros más «modernos»: libre cambio, equidad, caridad. La utopía altermundialista retoma por su cuenta los valores de 1789, pero

dándoles un nuevo significado: así, la libertad no es solo la libertad de expresión, de organización, de pensamiento, de crítica o de manifestación, duramente conquistadas por siglos de lucha en contra el absolutismo, el fascismo y las dictaduras. También es la libertad en relación con otra forma de absolutismo: la dictadura de los mercados financieros y de la élite de banqueros y empresarios multinacionales que impone sus intereses al conjunto del planeta. En cuanto a la igualdad, ésta se enfrenta no solo a la «fractura social» entre los grandes propietarios y la masa de los desposeídos, sino también a la desigualdad entre naciones, etnias y géneros. En fin, la fraternidad —que parece limitarse a los hermanos (*frates*)— gana siendo reemplazada por la *solidaridad*, es decir, por relaciones de cooperación y ayuda mutua. La expresión «civilización de la solidaridad» es un buen resumen del proyecto alternativo del movimiento. Esto significa no solo una estructura económica y política distinta sino, sobre todo, otra sociedad que celebra las ideas de bien común, interés general, derechos universales y gratuidad.

Otro valor importante del altermundialismo es la *diversidad*. El nuevo mundo con el cual sueña el movimiento es todo lo contrario de un universo homogéneo, en el cual todos deben imitar un modelo único. Nosotros deseamos, decían los zapatistas, «un mundo en cual quepan muchos mundos». La pluralidad de las lenguas, de las culturas, de las músicas, de las comidas, de las formas de vida es una riqueza inmensa que hay que saber cultivar.

Estos valores «antihegemónicos» no definen un paradigma de sociedad para el futuro. Nos proporcionan pistas, aperturas, ventanillas para lo posible. El recorrido hacia la utopía no está trazado: como decía el poeta, se hace camino al andar.



21

De la revuelta global del 68 al «fin de fiesta» neoliberal de 2008.

Apuntes sobre los principales
acontecimientos de alcance global vividos
durante los últimos cuarenta años
de movimientos sociales

Jaime Pastor

EL 68, UN «ACONTECIMIENTO GLOBAL»

LA REMEMORACIÓN DEL CUADRAGÉSIMO ANIVERSARIO DE LO QUE SE RECONOCE hoy como un «acontecimiento» en el sentido fuerte del término¹ ha generado nuevos debates sobre el lugar que el mismo ocupa en la historia. Un primer problema a la hora de abordarlo consiste en acotar tanto el espacio que abarca como el periodo temporal al que debemos referirnos. En cuanto a lo primero, depende sin duda de las interpretaciones que se hacen del 68: las hay que, queriendo reducirlo a una revuelta generacional o cultural, le dan un alcance global despolitizado que trata de relegar,

1. Sobre este concepto existen muchas definiciones, pero me parece oportuna en este caso la de Derrida (2003: 270): «Para que un acontecimiento tenga lugar, para que sea posible, es preciso que sea como acontecimiento, como invención, la venida de lo imposible»; de esta forma conecta con uno de los eslóganes del 68: «Sed realistas, pedid lo imposible». Gobbille (2005) aplica una interpretación similar al 68 desde el análisis de marcos, considerando que fue un «momento crítico» que imprimió una «ruptura de inteligibilidad» en las rutinas de vida y las representaciones ordinarias de los que fueron sus contemporáneos, haciendo que la doxa y la percepción del mundo convencionales fueran puestas en cuestión en proporciones inéditas.

ante todo, el «mayo francés» a un segundo plano, queriendo hacer olvidar la incuestionable confluencia que se dio entre el movimiento estudiantil y el movimiento obrero, aun no estando exenta de tensiones,² a través de una huelga general que supuso un verdadero desafío al régimen gaullista; otras se centran solo en Francia, subestimando la relevancia de lo que ocurrió en muchas partes del mundo en el mismo año 1968 (en Vietnam, Checoslovaquia y México, sobre todo), menospreciando así la crisis general que afectó a distintas formas de dominación política. Por mi parte, me inclino a considerar que el 68 tuvo su máxima expresión en Francia, pero afectó prácticamente al conjunto del planeta a través de una serie de protestas y de «formas de ver y de hacer» en las que se reconocieron tanto las minorías críticas que se habían ido formando en años anteriores como la nueva generación política y contracultural que emergió al calor de esas jornadas.

En lo que se refiere al periodo de tiempo por contabilizar, también aquí son muy divergentes las propuestas: unas tienden a reducir el «acontecimiento» al mes de mayo en Francia (olvidando su continuación durante casi todo el mes de junio), mientras que otras lo prolongan hasta la huelga autogestionaria de LIP en 1974 en ese mismo país; otras, en fin, tienden a hablar de «los años 68», situando su punto de partida en 1965 e incluso en 1954, y poniendo su punto final en 1975 (como sugieren los editores de la nueva revista *The Sixties* [Varon, Foley y McMillian, 2008]), analizándolos así como un largo e intenso ciclo de luchas hasta que se inicia una nueva etapa, presidida ya por el inicio de la onda larga neoliberal.

En este trabajo me centraré en considerar el 68 como un momento histórico de ruptura del consenso vigente en el mundo de la posguerra que tuvo su punto álgido en el «mayo-junio francés», pero que afectó a las tres áreas macrorregionales existentes entonces: la capitalista occidental, el «tercer mundo» y el bloque soviético. Pero, además, para comprender su alcance y extensión, también me parece inevitable referirme al contexto de «los años 68» o «los 60», adaptable a cada caso o país, siendo quizás el ejemplo más evidente de esto último el de Italia, ya que no por capricho se definió lo ocurrido allí como el «mayo rampante».

Desde estas premisas cabría, primero, resaltar la relevancia de la «crisis política» (en los términos que emplea Dobry [1988]) vivida en Francia, ya que ayuda a entender cómo se dio allí una «dinámica de movilización multisectorial» que llegó a generar, al menos durante unos días a finales de mayo, una verdadera prueba de fuerzas que provocó la paralización del Estado o, como mínimo, del régimen gaullista. Se planteó entonces abiertamente la cuestión del poder, aunque no llegaran a darse, como recuerda Bensaïd (2008: 24), las condiciones para resolverla a favor del movimiento que se había desencadenado: pese a ello, esa sensación de fuerza colectiva capaz de ejercer una soberanía alternativa es lo que vino a expresarse en eslóganes como «la imaginación al poder», «el poder está en la calle» o «gobierno popular», volviendo así a poner de actualidad el horizonte de la revolución en un país del centro de la economía-mundo. Todo ello fue reflejado por Edgar Morin cuando definió el acontecimiento «como una revolución» o, pese a su beligerante oposición, por el propio

2. Para un análisis de las distintas formas, particularmente la espacial, en las que se desarrolló esa coalición conflictiva, véase Mathieu, L. (2008).

Raymond Aron cuando mostró su inquietud por «la fragilidad del orden moderno» que había percibido como resultado de ese movimiento. Tenemos en este caso que la escala de la contienda política que se desarrolla está limitada principalmente al ámbito del Estado francés, pero no por ello deja de aparecer en la «toma de la palabra» que se desarrolla durante esos meses una dimensión transestatal mediante el desafío a poderes que van más allá de aquél, como se refleja en la condena del imperialismo estadounidense y su actuación en Vietnam como centro de atención (motivo que había servido de convocatoria precisamente de un congreso internacional de jóvenes en Berlín, en febrero de ese mismo año) pero también como metáfora («el Vietnam está en nuestras fábricas») aplicable al plano interno.

El «mayo-junio francés» se constituye así como acontecimiento simbólico principal de 1968, pero los discursos, eslóganes y repertorios de acciones (las barricadas —con todo el simbolismo histórico que representaban en la memoria colectiva—, las ocupaciones de facultades y fábricas, los secuestros de directivos, etcétera) se habían ido difundiendo ampliamente antes, y se intensifican después, a otras partes del mundo, conformándose así una nueva «*Weltanschauung*», una subjetividad rebelde compartida más allá de las fronteras y de las especificidades de cada país (Bertaux, 1990). Pero es evidente que ese «mayo-junio francés», al igual que lo ocurrido en otras partes, no surgió de la nada, sino que tuvo sus precedentes en conflictos y movimientos relevantes, como es el caso de la solidaridad con los pueblos argelino, cubano y, sobre todo, vietnamita o de las primeras huelgas obreras «salvajes».

Para lo que interesa resaltar aquí, lo importante es que el 68 expresa ese «gran rechazo» global al orden surgido de la posguerra, pero lo hace más en el plano de la crítica y de una serie de «anti» (antiimperialista, anticapitalista, antiautoritaria, etcétera), mientras que en el terreno estrictamente político se manifiesta mediante confrontaciones a escala estatal; eso es lo que ocurre en los hechos más destacados de ese año, ya se trate de Francia, Checoslovaquia o México: en todos ellos se provoca una crisis política de mayor o menor alcance frente a regímenes políticos muy distintos: el gaullista capitalista, el burocrático de Estado y el «revolucionario institucionalizado». Solo la guerra de Vietnam, percibida como una guerra justa antiimperialista de «David contra Goliath», es un elemento común de todas esas protestas y que va más allá de su escala nacional-estatal, si bien en el caso de los países del Este pesa menos esa solidaridad precisamente porque los PC de esa zona mostraban su apoyo, aunque fuera moderado, a su «partido hermano» como principal fuerza política detrás del FLN en su enfrentamiento con Estados Unidos.

Otra dimensión del 68 fue sin duda el cuestionamiento de los que Wallerstein (1993) define como «los movimientos antisistémicos de la vieja izquierda», al considerarlos «parte del problema» y no de la solución a los retos que entonces se plantearon. Pero esto no se debía porque se hubieran propuesto una estrategia de «toma del poder estatal», sino porque allí donde ésta se dio —aunque, en realidad, en Occidente, se trató, más bien, del acceso al gobierno—, no estuvo acompañada por una transformación social, o sea, por resultados efectivamente revolucionarios. Estos sí se habían dado en 1917, pero luego, debido sobre todo a la conjunción entre los efectos del fracaso de la revolución alemana y de la progresiva conformación de un nuevo grupo social dominante desde el seno del Estado, a lo que asistimos fue a una invo-

lución política, social y cultural que finalmente facilitarían, ya mucho después, la restauración del capitalismo en la URSS y el bloque soviético. Por eso el «modelo» de la revolución rusa sobrevivió como tal ante la generación del 68, oponiéndolo al proceso de identificación creciente que con sus Estados naciones respectivos —y la vía electoralista— se había dado en la socialdemocracia y, luego, en los partidos comunistas (como se pudo comprobar en el caso francés comportándose el PCF como «partido del orden» frente a la revuelta estudiantil, debido al temor de que su convergencia con un movimiento obrero que hasta entonces estuvo bajo su control fuera más allá de sus límites institucionales).

No se menospreciaba la centralidad del Estado como conjunto de instituciones y «condensación de las relaciones de fuerzas sociales», sino, más bien, la subsunción en el mismo —y en su defensa de los «intereses nacionales»— de las dos viejas corrientes del movimiento obrero. Por eso el 68 significó en ese sentido un retorno del debate estratégico y del problema del poder a escala estatal, pero situándolo en el marco tanto de la ampliación de «lo político» y de «la política» como, sobre todo, de un internacionalismo que rechazaba con mayores razones la idea de que fuera posible el «socialismo en un solo país». No por casualidad las distintas organizaciones de la «nueva izquierda» buscaban sus referentes en corrientes históricas o revoluciones triunfantes que apostaban por construir nuevas internacionales, ya fueran maoístas, trotskistas o libertarias; o, también, encontraban su referente en la figura del Che Guevara como símbolo de ese nuevo internacionalismo.

Una vez descrito de forma sumaria el 68 como «Acontecimiento global» que supone un «punto de inflexión», en tanto que cuestionamiento del «sentido común hegemónico» y que expande hasta límites imprevisibles el «campo de lo posible», cabría hacer analogías con otros grandes acontecimientos y ciclos cortos de discontinuidad o ruptura a lo largo de la historia contemporánea, ya sean 1848 (como propone, entre otros, Immanuel Wallerstein) o 1868-1873, con la Comuna de París de 1871 como máxima expresión, según sugiere Julio Pérez Serrano. Porque, en efecto, en ninguno de ellos se produjo un triunfo político de los movimientos sociales que los protagonizaron, pero no por ello dejaron de tener impactos duraderos en distintos planos y escalas, como ahora veremos.

CICLO POS-68 *VERSUS* «CONTRARREVOLUCIÓN PREVENTIVA»

Existe un amplio consenso incluso en el ámbito académico en que, pese a que el ciclo de luchas que gira alrededor del 68 se cierra a mediados de la década de 1970, sus muy diversos impactos en la sociedad y la política de muchos países contribuyen a abrir lo que con las metáforas de «brecha» y «subsuelo» interpretó y sintetizó Edgar Morin (1987).

Fue así como se fueron configurando los denominados «nuevos movimientos sociales», especialmente el feminista, el ecologista y el pacifista radical, al igual que otros dirigidos a cuestionar las distintas instituciones de control social, el espacio urbano o, simplemente, la vida cotidiana, pese a que el 68 apenas tuvo alguna de esas carac-

terísticas. ¿Por qué fue así? Porque, pese a sus limitaciones, sí se introdujo lo que Boltanski y Chiapello (2002) denominan «crítica artista», o sea, la crítica del capitalismo como fuente de desencanto y de inautenticidad y como fuente de opresión, lo cual permitiría trasladarla luego, en relación con las mujeres, a la naturaleza o a la creciente nuclearización y militarización del mundo. En ese sentido, hay que reconocer el papel pionero de movimientos como el surrealismo o la Internacional Situacionista, de pensadores marxistas como Henri Lefebvre y Herbert Marcuse o de otros como Michel Foucault.

Pero, además, esa «crítica artista» también iba unida a la búsqueda de la «autonomía» frente a la «heteronomía» en el trabajo y no fue casual que después del 68 resucitaran los debates sobre la autogestión que ya tenían su referente crítico (puesto que se enfrentaban con el despotismo burocrático) en las experiencias que se estaban viviendo en Yugoslavia. Esa vocación de «autonomía» estaba ligada, además, como también interpretan Boltanski y Chiapello, a la «crítica social», a la denuncia del capitalismo como fuente de miseria y de desigualdades, pero también de oportunismo y de egoísmo y, por tanto, a la exigencia de igualdad social. Fue esa asociación entre ambas críticas la que tuvo su reflejo simbólico en luchas como la de los trabajadores de LIP o en el movimiento de los consejos de trabajadores en Italia, expresando así una aspiración común a ir más allá del paradigma del Estado del bienestar e incluso a «hacer la revolución»; en cambio, el gran éxito del «nuevo espíritu del capitalismo» estaría en ir disociándolas desde mediados de la década de 1970 en el marco de la progresiva hegemonía de la «contrarrevolución preventiva» neoliberal (y no sin renunciar a experimentos dictatoriales para ello, como fue el caso de América Latina) que ya, con el colapso del bloque soviético, tendría un alcance global.

Esa creciente separación entre ambas críticas facilita la tarea de desestructuración del mundo del trabajo («la movilidad del explotador tiene como contrapartida la flexibilidad del explotado») y, a la vez, limita el potencial anticapitalista de esos «nuevos movimientos sociales» a lo largo de los decenios siguientes. Pero no por ello éstos dejan de introducir en la agenda política nuevos temas y nuevas líneas de fractura que atraviesan al conjunto de nuestras sociedades, emprendiendo ciclos de luchas que tienen su «cresta de la ola» y su relativa fusión en las movilizaciones de la primera mitad de la década de 1980 a escala eurooccidental contra los «euromisiles» y el «exterminismo» como tendencia que acompaña a la competencia intersistémica existente entonces. Sin embargo, los impactos de esos movimientos fueron notables en el plano político-cultural, pero no llegaron a satisfacer las expectativas de cambio de paradigma que generaron en torno a una «nueva política» y una «nueva forma de hacerla», como ha podido comprobarse con la evolución sufrida por la expresión política con mayor anclaje social dentro del ecopacifismo, el Partido Verde alemán, mediante el triunfo final de los «realistas» no solo frente a los «fundamentalistas» sino también frente a las corrientes alternativas que, partiendo de la centralidad de los movimientos sociales, no renunciaban por ello a intervenir políticamente en el terreno electoral e institucional (Wolf, 2007a, 2007b).

Esos movimientos se han convertido, no obstante, en actores políticos, sociales y culturales en muy diversas partes del mundo, adquiriendo rasgos a la vez comunes y distintos en función tanto de su propia diversidad como de su mayor o menor articu-

lación con otras líneas de fractura que atraviesan a nuestras sociedades, ya sea la clase, la etnia, la nación, el color de la piel o la religión. Sin embargo, una parte de ellos ha ido sufriendo un proceso de «oenegeización» (o de adaptación como meros grupos de presión a dinámicas de «contienda política contenida» [McAdam, Tarrow y Tilly, 2005: 8-10]) que ha ido debilitando su potencial de protesta antisistémica en favor de una mayor colaboración con las instituciones y de la cogestión de proyectos que, en la mayoría de los casos, se limitan a paliar los efectos más negativos del «modelo» neoliberal.

1986-1992: LAS «REFOLUCIONES» EN EL EXTINTO BLOQUE SOVIÉTICO

En el marco de la onda larga neoliberal y de «eclipse estratégico» que se fue instalando tanto en los movimientos sociales alternativos como en la «nueva izquierda» surgida tras el 68, el corto periodo de 1986-1992, con la «perestroika», la caída del muro de Berlín y, luego, de la URSS, constituye un nuevo «punto de inflexión» histórico sin precedentes que daría lugar al fin de la «segunda guerra fría» y a un nuevo salto adelante en la globalización neoliberal. De forma sumaria, podría afirmarse que ese proceso se produjo, con algunas excepciones, como resultado combinado, por un lado, de la mayor o menor autodeslegitimación-metamorfosis de las propias élites —o parte de ellas— del bloque soviético y, por otro, de la emergencia desigual de unos «movimientos-paraguas» (foros, partidos-conglomerado) cuya fuerza vino más de sus «formas de ver» que de sus «formas de hacer».

En cuanto a la caracterización de ese nuevo «acontecimiento», si recurrimos, por ejemplo, a los criterios empleados por el recientemente fallecido Charles Tilly (1995: 285-295), podría sostenerse que en la mayoría de esos países sí llegaron a producirse «situaciones revolucionarias», pero siendo más discutible que fueran «revoluciones» y que sus resultados fueran en todas ellas revolucionarios. Algunos de los rasgos característicos de las «revoluciones» —como la existencia de una soberanía múltiple o la transferencia de poder por la fuerza de un bloque a otro— no llegaron a darse precisamente porque las élites en el poder (o una fracción de las mismas) se anticiparon a su expulsión mediante una «conversión» rápida al paradigma neoliberal occidental.

Los movimientos sociales que se desarrollaron en esa región entraron en una dinámica de «contienda política transgresiva», pero no llegaron en la mayoría de los casos a ser centro de referencia alternativa en el momento del desenlace de esas situaciones de «crisis política». Por eso parece más acertado denominar esos procesos como «refoluciones» (como lo hizo un conocido analista político, aludiendo así a su carácter híbrido —mezcla de reforma y revolución— o «poco revolucionario»), ya que, si bien condujeron al inicio de transiciones sistémicas en el plano económico e incluso en el político y cultural, ni fueron promovidas desde fuera del viejo Estado ni se vieron acompañadas por un desplazamiento total de las élites anteriores en el poder.³ Ob-

3. Estas precisiones sobre los límites de las transiciones sistémicas en el extinto bloque soviético quedan más claramente de manifiesto todavía en el caso del proceso de formación de los nuevos

viamente, ese esquema no es aplicable, por ejemplo, a Polonia, en donde Solidarnosc hegemonizó un bloque antagonista que finalmente accedió al poder por la vía electoral, o a otros, como Alemania Oriental o Checoslovaquia, aunque con diferencias importantes respecto al primero, ya que en estos casos se produjo un verdadero «suicidio político» de las élites una vez tuvieron que descartar la opción «Tian-an-Men» frente a un posible estallido social.

No parece acertado tampoco definir esos procesos de transición vividos en el Este como «revoluciones restauradoras», no solo por las precisiones hechas antes respecto a su consideración como «revoluciones», sino, sobre todo, porque con la calificación de «restauradoras» se pretende reescribir la historia de esos países idealizando un pasado «demoliberal» que nunca llegó a existir como tal en ellos y que, además, en Occidente solo llegó a ser real durante los «treinta gloriosos» del Estado del bienestar. A esto hay que añadir que esos acontecimientos tampoco fueron «restauradores» de las aspiraciones que guiaban a movimientos que en el pasado se habían desarrollado en algunos de esos países, como fueron los casos de Hungría en 1956 (y que llevaron a alguien como Hannah Arendt a identificarse con «la revolución de los consejos obreros») o de Checoslovaquia en 1968, ya que éstos tuvieron un signo distinto de las del 89. Respecto a este último, me limito a citar el comentario de Catherine Samary (2008: 112) que comparto plenamente:

La reescritura de la Historia consiste en no recordar de la Primavera de Praga más que lo que un régimen capitalista puede sostener y que 1989 ha proclamado: el cese de la censura, las libertades individuales y colectivas permitiendo las elecciones. Pero se silencian las aspiraciones sociales y socialistas, el otoño de los consejos, y las relaciones complejas entre las instituciones del régimen y la sociedad en su conjunto; y se omiten los retratos del Che Guevara que se ven, sin embargo, aparecer en los archivos de las manifestaciones de la primavera.

En efecto, pese a que se trató de «enmarcar» el acontecimiento del 89 como una mera continuidad del 68, en realidad eran muy diferentes: el primero se orientaba hacia la utopía neoliberal, mientras que el segundo pugnaba por ir más allá de lo que luego se codificaría oficialmente como «socialismo real». De este modo, y salvando las diferencias, también allí con interpretaciones como la que critica Samary, se aspiraba a disociar la «crítica artista» de la «crítica social», la libertad de la solidaridad y de la apuesta por un socialismo distinto que sí estaban presentes en la experiencia del 68.

Pero hay que reconocer que lo que se fue asentando en el imaginario colectivo no solo de la mayoría de la población de esos países, sino también de la del resto del mundo, fue el discurso del TINA («There Is No Alternative») promovido por la primera ministra británica Margaret Thatcher, y acompañado por «el fin de la historia» como expresión del apogeo de la globalización neoliberal en tanto que «sentido común» hegemónico. El proyecto impulsado «desde arriba» de reducir las expectativas

Estados surgidos de la caída de la URSS en Eurasia, como se ha podido comprobar más tarde con las «revoluciones de colores» vividas recientemente en Georgia, Ucrania y Kirguizistán, aunque su definición como tales también sería discutible.

de cambio radical de «los y las abajo» se vio reforzado por la adaptación al «horizonte insuperable del capitalismo» por parte de la mayoría de la izquierda y de los sindicatos. Se fue produciendo así un desplazamiento de la agenda política hacia la derecha que se intensificaría en la década de 1990, una vez desaparecido el bloque soviético, dando un mayor sello «made in USA» a esa globalización mediante la instauración de un «derecho de injerencia de la comunidad internacional», tanto en el Golfo Pérsico como en los Balcanes o en África, que no por ello dejaba de ocultar los claros intereses geoestratégicos que presidían el eufemísticamente llamado «imperialismo humanitario» y que quedaron al descubierto a medida que el discurso del «choque de civilizaciones» fue ganando peso junto con el ascenso del neoconservadurismo y paralelamente a los movimientos reactivos que se habían ido desencadenando en el mundo árabe-islámico con la revolución iraní de 1979 como referente principal.

Pero la Historia no se detuvo y pudimos ver la irrupción a partir del levantamiento zapatista del 1 de enero de 1994 de un nuevo «movimiento de movimientos» que ha conocido distintos ciclos de luchas en muy diversas regiones (en el Norte, como se sabe, a partir de Seattle, en noviembre-diciembre de 1999, aunque en el contexto europeo tiene sus orígenes en las movilizaciones exitosas de 1995 contra la reforma de la seguridad social en Francia) y que ha ido impugnando el paradigma neoliberal hasta volver a poner en el horizonte la idea-fuerza de «un mundo en el que quepan todos los mundos» o de que «otro mundo es posible».

1994-...: EL MOVIMIENTO POR LA JUSTICIA GLOBAL Y EL «SOCIALISMO DEL SIGLO XXI»

El desarrollo de ese «movimiento de movimientos», que aquí proponemos llamar «movimiento por la justicia global» —entendiendo por tal, de acuerdo con Hadden y Tarrow (2006), «el conjunto de actividades de contienda contra el neoliberalismo global o transnacional de sus agentes, las políticas de las instituciones financieras internacionales y sus reuniones y los pactos y cumbres económicas regionales, así como los foros sociales globales o regionales contra el neoliberalismo global, como el Foro Social Mundial o el Foro Social Europeo»— y no «movimientos sociales globales»,⁴

4. Una caracterización semejante obedece más a los deseos que a la realidad: como sostiene Tarrow (2009), «la lucha contra la globalización no produce automáticamente “movimientos sociales globales” si nos atenemos a una definición rigurosa de qué entendemos por «movimientos sociales» y por «globales»; por eso, aun reconociendo que existen redes, campañas y acciones efectivamente globales, propone referirse a muchos de ellos como «transnacionales» (y que por mi parte propongo llamar «transfronterizos») o como expresión de un «nuevo activismo transnacional». Me parecen también más acertadas esas calificaciones que la de «posnacional» (en realidad, «posestatal»), ya que esta última tiende a subestimar la continuidad de una escala estatal de contienda política en muchas acciones colectivas de protesta, pese a que se revele mucho más limitada que en el pasado y a que sea, por tanto, mucho más interdependiente en relación con escalas superiores. La actual crisis global a la que estamos asistiendo está conduciendo, además, como vemos en la Unión Europea, a una reubicación de los Estados como actores políticos a los que se dirigen demandas e iniciativas tanto «desde arriba» como «desde abajo» en el contexto de crisis de la globalización neoliberal.

tiene ya una historia enormemente rica que no hace falta recordar en este trabajo. Su momento de prueba decisivo se encuentra, si nos referimos a la escala global, en el efecto de desconcierto que provoca en muchos de sus activistas el atentado del 11-S de 2001, mientras que la «cresta de la ola» se da en la jornada mundial del 15-F de 2003 contra la invasión estadounidense de Irak; si bien esto condujo a dejar en segundo plano la denuncia de la globalización neoliberal o de otras invasiones como la de Afganistán por parte de algunas de sus redes y, sobre todo, de las amplias coaliciones que se formaron en torno a la protesta contra una guerra considerada no solo injusta sino también ilegal desde el punto de vista del derecho internacional. Conviene recordar que fue con ocasión de esa jornada que se llegó a hablar desde algún gran medio de comunicación del movimiento «antiglobalización» como una «nueva superpotencia» e, incluso por parte de intelectuales orgánicos imperialistas como Brzezinski, de un nuevo «credo» que podía sustituir al comunismo como nuevo imaginario colectivo anticapitalista.

Después de aquella jornada mundial, la evolución de este movimiento ha sido muy desigual y, en líneas generales, ha tendido a pesar la dinámica de la contienda política a escala estatal, como se ha podido comprobar con relativo éxito en algunos países de América Latina-Abya Yala, bajo el protagonismo de los pueblos indígenas; o macrorregional-continental, en lo que se refiere a las campañas emprendidas, como las que se desarrollaron en la Unión Europea contra la directiva Bolkenstein y la de liberalización de los servicios portuarios o, parcialmente al menos, contra el proyecto de Tratado Constitucional Europeo. No obstante, la continuidad de las reuniones e iniciativas tanto del Foro Social Mundial (FSM) —culminando con el carácter descentralizado que ha tenido en 2008— como de los foros sociales continentales y otros encuentros de alcance similar (promovidos por otras redes como la pionera Acción Global de los Pueblos y, sobre todo, los zapatistas) ha permitido la regularización de «espacios de encuentro» y de Asambleas de Movimientos Sociales en las cuales, pese a sus diferencias y limitaciones, se ha podido avanzar en la articulación de las agendas y campañas, así como en las sinergias que se han ido estableciendo entre redes temáticas muy diversas, incluso de carácter transcontinental, como es el caso de «Seattle to Brussels Network», reunida recientemente en el marco del último Foro Social Europeo celebrado en Malmö.

Es obligado constatar no obstante que desde el primer FSM de 2001 hasta el último, descentralizado, de 2008 ha habido ya un largo recorrido en el que, si bien las potencialidades de ese «espacio abierto de encuentro» se han desarrollado en algunos aspectos, en otros ha conocido diferenciaciones e incluso conflictos entre sus principales redes y organizaciones participantes a medida que su «expansión por consenso» ha mostrado sus limitaciones ante los nuevos retos (Antentas, 2008). Esto se ha podido verificar tanto en lo acertado de la iniciativa de celebrar el FSM en Mumbai, superando así su principal componente euro-latinoamericana, como en los riesgos de mercantilización y «oenegeización» que se percibieron en la experiencia del FSM celebrado en Nairobi en 2007 (Bonfond, 2008). En cambio, la celebración del FSM descentralizado en 2008, pese a sus enormes diferencias entre unos lugares y otros, parece haber servido para dar pasos adelante en el anclaje social local de este movimiento, necesitado cada vez más de contar para su propia continuidad con redes de activistas

transnacionales que respondan a ese tipo de «cosmopolitismo arraigado» cuyos precedentes en la historia nos recuerda Sydney Tarrow (2009).

Pero lo que es evidente es que el FSM se encuentra en una encrucijada (Bello, 2008; Toussaint, 2008) y los interrogantes sobre si ello se debe a un agotamiento, a una reconfiguración del mismo o a una fase de sedimentación en la que se ha de repensar también el «modelo» de funcionamiento que afecta al actual Consejo Internacional —cuya crisis de representatividad es cada vez más evidente— siguen abiertos. Por eso tiene interés el debate estratégico que se ha iniciado hace ya tiempo y en el que algunas contribuciones apuntan a la necesidad de una mayor vinculación del FSM con las movilizaciones reales que se están dando en muchas partes contra el neoliberalismo, así como al necesario paso de las resistencias a las alternativas, superando así la conversión de las reuniones del FSM en fines en sí mismos, en lugar de medios para una mejor coordinación y articulación de las luchas.⁵

En ese marco general y bajo el impacto de los avances vividos por los movimientos sociales en regiones como la de América Latina, con experiencias muy diversas entre sí (son notables las diferencias entre el proceso venezolano, el boliviano y el ecuatoriano, por ejemplo, pese a que las tres pueden integrarse en el concepto de «populismo», en su sentido positivo, tal como propone Ernesto Laclau (2006), así como entre todas ellas y el zapatismo en México), se propone avanzar, mediante incursiones parciales en la propiedad privada y en la «descolonización» del Estado, hacia un «socialismo del siglo XXI» cuyo contenido es sin duda controvertido. Ha empezado a abrirse camino, así, antes incluso de la actual crisis global, el discurso del NINA («Neoliberalism Is Not an Alternative» [Evans, 2008: 281]). El caso de Bolivia es especialmente relevante porque no se puede entender el ascenso y posterior triunfo electoral final del MAS y de Evo Morales sin hacer referencia al «ciclo rebelde» protagonizado por los movimientos sociales en ese país, algunas de cuyas organizaciones han estado claramente vinculadas al «movimiento de movimientos» o al proceso de irrupción más general de los pueblos indígenas (Espasandín e Iglesias, 2007). En realidad, estos últimos han sido en Bolivia los protagonistas en la construcción de un bloque social contrahegemónico, abiertamente enfrentado a otro reaccionario y racista, llegando a lo que el mismo vicepresidente actual de ese país ha definido como un «empate catastrófico» que, pese al triunfo electoral de Evo Morales, sigue dirimiéndose tanto en el plano institucional como extrainstitucional por ambas partes. Procesos como éstos confirman, además, la permanencia de una escala estatal de contienda política, pero,

5. Se puede encontrar una amplia lista de contribuciones a ese debate en www.forumsocialmundial.org.br/dinamic.php?pagina=strategy_debate_PT. No obstante, conviene insistir en que sigue habiendo redes antiglobalización fuera del FSM, como es el caso del zapatismo, con su experiencia de las Juntas de Buen Gobierno y los encuentros, coloquios y festivales anuales que sigue convocando y a los que asisten organizaciones de muy diversas partes del mundo: se puede consultar, por ejemplo, <http://enlacezapatista.ezln.org>. No he incluido en este trabajo una referencia al caso específico de movimientos populares o partidos-movimiento tipo Hizbulá o Hamás, que pueden caracterizarse como «antioccidentales» y basados en una «economía moral» alternativa, pero que no comparten rasgos fundamentales del movimiento por la justicia global comunes al FSM o al zapatismo, como el rechazo del patriarcado e incluso la oposición a las políticas neoliberales; ello no implica negar la necesidad de tenerlos en cuenta y aprender también de ellos dentro de la tarea común de «traducción entre diferentes prácticas y conocimientos críticos» (Santos, 2008: 52).

a la vez, la estrecha relación de la misma con la transnacional-estatal y la global en la medida en que esos movimientos se ven confrontados no solo a fuerzas políticas y económicas en el propio país sino, también a grupos económicos y organizaciones de ámbito internacional que han determinado hasta ahora las políticas internas.

En ese contexto de procesos abiertos de ruptura, incluso de carácter constituyente, con el paradigma neoliberal y neocolonial, así como de inicios de reformulación del concepto de «socialismo», se está produciendo un notable esfuerzo de actualización de viejos análisis, interpretaciones y propuestas estratégicas en los que la recuperación de aportaciones «clásicas» como las de Marx, Polanyi, Gramsci, Mariátegui o Césaire es muy oportuna, ya que todas ellas ayudan a recordar y profundizar respectivamente sobre los límites estructurales del capitalismo, el fracaso del «mercado autorregulado», la relevancia estratégica de la lucha político-cultural o la necesaria crítica de la colonialidad del saber y del poder que acompañó al ascenso de la Modernidad occidental y a su imaginario geopolítico etnocéntrico.

Nos encontramos, por ejemplo, con las propuestas de Peter Evans, quien, apoyándose en el concepto polanyiano de «doble movimiento», resalta la creciente auto-protección que desde distintas sociedades está emergiendo frente a la dominación del «mercado autorregulado», yendo más allá de los límites nacional-estatales para desafiar a los poderes e instituciones responsables de esa vieja «utopía liberal» y sugiriendo, a partir de ello, la necesidad de que el movimiento por la justicia global dé un salto adelante asumiendo la búsqueda de una «globalización contrahegemónica». Evans entiende ésta como un «proyecto organizado globalmente de transformación dirigido a sustituir el régimen global dominante (hegemónico) por otro que maximice el control político democrático y convierta en prioritario el desarrollo equitativo de las capacidades humanas y la protección ambiental» (Evans, 2008: 271); esta propuesta sería, además, muy necesaria frente a la vía diferente que pudieran promover los «movimientos regresivos de protección social» que a escala nacional-estatal pudieran surgir —o, más bien, ya están surgiendo— bajo la hegemonía de fuerzas de derecha o xenóforas, especialmente en los países del ya viejo centro de la economía-mundo.

En realidad, lo que se sugiere es que el movimiento por la justicia global debería entrar a fondo en la puesta en primer plano del discurso del NINA, precisamente para cuestionar abiertamente el vigente sentido común hegemónico, ya que «lo que está en juego no es tanto un mundo utópico sino un mundo que permita la utopía» (Santos, 2008). Es ésa una condición imprescindible para romper con el marco de creencias colectivas dominantes y volver a ampliar el horizonte de expectativas de cambio hasta el punto de volver a hacer creíble, viable y factible un proyecto civilizatorio antineoliberal e incluso anticapitalista. Debería producirse, por tanto, no solo un «efecto mariposa» o «efecto dominó» de determinadas luchas o victorias parciales a escala local o estatal, sino, sobre todo, una serie de «cascadas normativas» (Evans, 2008) que socavaran el consenso y logran paralizar los medios de coerción como recurso alternativo de los bloques dominantes.

Peter Evans nos propone, además, algunos requisitos para tener una oportunidad de éxito en este camino: la necesidad de que los movimientos sociales trasciendan efectivamente no solo las fronteras nacionales-estatales, sino también la línea de fractura Norte-Sur; la disponibilidad de los movimientos a ir más allá de un único tema

y de sus bases particulares para articularse con otros sectores y temas y, sobre todo, la apuesta por un proyecto contrahegemónico que pueda ganar la imaginación colectiva. Se trataría así de que la eventual organización de una globalización contrahegemónica combinara redes «rizomáticas» con «árboles tradicionales» para ir generando una «contestación multinivel» en la que la escala estatal sigue siendo importante, pero a la vez es visiblemente insuficiente y cada vez más interdependiente con las otras escalas. Por eso este sociólogo crítico no comparte ni las tesis de Hardt y Negri (que subestiman la continuidad de la escala estatal como relevante) ni las que ha podido defender Walden Bello hasta ahora de una «desglobalización» desde abajo o las que se limitarían a lo «glocal». Los objetivos que irían ligados a una visión utópica del futuro serían aquéllos dirigidos a conseguir la socialización de los bienes comunes, al desarrollo de las capacidades humanas y a la consecución de una «gobernanza democrática» del planeta; irían asociados, por consiguiente, a la puesta en pie de una nueva «Economía Política democráticamente controlada en la que los mercados están incrustados en la sociedad, en lugar de dominar la sociedad» (2008).

La contribución de Boaventura de Sousa Santos tiene mayor interés tanto por su condición de investigador-activista transfronterizo entre el Norte y el Sur e implicado directamente en el FSM como porque sus reflexiones tratan de dirigirse no solo a los movimientos sociales sino también a la izquierda en general. Respecto a esta última su balance no puede ser más contundente cuando sostiene que «los últimos treinta o cuarenta años del pasado siglo pueden considerarse años de crisis degenerativa del pensamiento y de la práctica de la izquierda global» (2008: 40). Ese diagnóstico contrasta con el pronóstico que avanza mirando al futuro inmediato cuando afirma que «estamos asistiendo a la crisis final del paradigma sociocultural de la modernidad occidental» y que ante ella observa que «las nuevas prácticas de izquierda no solo se dan en lugares poco familiares y son llevadas a cabo por pueblos extraños sino que también hablan en unos idiomas no coloniales muy extraños o en idiomas coloniales menos hegemónicos, [...] introduciendo así, con viejas palabras «nuevos conceptos: tierra, agua, territorio, dignidad, respeto, control de los recursos» (2008: 50). De todo esto se desprende la necesidad, desde el «Norte», de «dirigirse al Sur y aprender del Sur antiimperialista» para buscar respuestas a un «tiempo de preguntas fuertes», frente a las cuales el FSM solamente puede aparecer como una respuesta débil-fuerte. Ese acento en el desplazamiento del epicentro de los movimientos sociales y de la izquierda que se ha ido dando, al menos en el periodo reciente, es sin duda muy acertado y tiene implicaciones en distintos planos, empezando por el epistemológico, como el mismo Santos recalca.

No obstante, cabe echar en falta en Evans y, aunque menos, en Santos, un mayor reconocimiento de las limitaciones y los problemas verificados ya en el marco del FSM y que son objeto de diferenciaciones notables, en particular en cuanto a las vías de articulación entre «lo social», «lo político» y «lo cultural» (para volver a fusionar la «crítica social» y la «crítica artista» en un contexto muy diferente del 68, como el mismo Boltanski reconoce en sus últimos trabajos [2008]) y, más concretamente, respecto a las relaciones que hay que mantener entre los movimientos «antiglobalización» y los partidos de izquierda, sobre todo cuando éstos han accedido al gobierno por la vía electoral. En esas condiciones, con mayor razón cuando no se ha cambiado

la naturaleza de los Estados o, en la mayoría de los casos, no se ha llegado a romper efectivamente con el paradigma neoliberal e incluso el neocolonial, la preservación de la autonomía política de los movimientos es fundamental. Se trata de un debate que debería conducir a una reafirmación de la necesidad de que estos movimientos «hagan política» (sin por ello confundir ésta con la electoral) y a la vez forjen una convergencia en la acción con aquellos partidos que compartan sus objetivos, preservando en cualquier caso su independencia política.

En el momento histórico actual, la crisis del neoliberalismo y del paradigma sociocultural de la modernidad occidental se está viendo agravada con el «fin de fiesta» al que estamos asistiendo como consecuencia de la crisis financiera y económica y sus múltiples efectos. Éstos vienen a sumarse, además, a los derivados del cambio climático, de la crisis energética y alimentaria o de los que tienen que ver con la creciente militarización del planeta, contribuyendo todo ello a una crisis de las instituciones de «gobernanza global» y de la hegemonía estadounidense, al menos en su versión neoconservadora.

Todavía es pronto para valorar los cambios que se van a producir en los próximos años, pero es evidente que el neoliberalismo está sufriendo una crisis de legitimidad y, sobre todo, de eficacia a los ojos de las mayorías sociales y está obligando a los máximos representantes de las viejas y nuevas grandes potencias a dedicar todos sus esfuerzos a buscar un nuevo «consenso» global que tome el relevo del ya fallecido «Consenso de Washington». Esto no es incompatible con su propósito también común de preservar sus respectivos intereses geopolíticos y geoeconómicos mediante un neointervencionismo estatal, basado en una privatización de fondos públicos que solo demagógicamente se puede definir como «socialismo financiero» y que en realidad podría conducir a una nueva versión, todavía peor, del neoliberalismo bajo el eufemismo de una «refundación del capitalismo». Nos encontramos, por tanto, en otro momento crítico de la historia (con analogías innegables con el periodo 1929-1932) en el que se plantean varias transiciones posibles dentro o fuera del sistema, bajo nuevas formas de reconstrucción de una «estabilidad hegemónica» o, simplemente, de caos sistémico, como ya hace tiempo pronosticaron entre otros Immanuel Wallerstein o Giovanni Arrighi.

En esas condiciones, por desgracia, el viejo movimiento obrero —desestructurado socialmente y debilitado sindical y políticamente— no aparece como un sujeto sociopolítico capaz de intervenir con la centralidad que pudo tener en la década de 1960, mientras que el movimiento por la justicia global no ha logrado sustituirle con la fuerza necesaria para incidir directamente en la crisis sistémica a la que estamos asistiendo en un sentido positivo. Hace unos años los colegas Pedro Ibarra y Salvador Martí (2003) se referían a «los indígenas, los indigentes y los indigestos» como los «sujetos/tipo históricos» de la ideología antiglobalista: en realidad, con el «*Katrina*» global que estamos viviendo ahora es muy probable que aumente el número de los segundos, los indigentes, no solo en el Sur sino también en el Norte, especialmente en sus grandes áreas urbanas, bajo la forma de la creciente precarización del trabajo y de sus vidas en general, sobre todo en las nuevas generaciones; mientras que el primer «sujeto/tipo» no va a renunciar a una «visibilidad» que tanto le ha costado conquistar tras una larga y paciente lucha, y el tercero (generalmente compuesto por sectores

de capas medias con capital cultural crítico) puede verse más polarizado entre la tendencia de unos a «blindar» sus privilegios y la mayor indignación de otros frente a la magnitud de unas injusticias cada vez más visibles.

Es ahora, por tanto, cuando tiene mayor actualidad el debate sobre la necesidad de que junto y dentro del «movimiento por la justicia global», y respetando plenamente su independencia política, se vaya conformando también una izquierda global (y no meramente transnacional o internacional) dispuesta a «identificar y reforzar lo que es común en la diversidad del impulso contrahegemónico» (Santos, 2008), pero, a la vez, decidida a cuestionar las creencias dominantes sobre la inexistencia de alternativas al capitalismo. Porque una «globalización contrahegemónica» que aspire a salir no solo del neoliberalismo, sino también del capitalismo, necesitará construir tanto espacios de contrapoder —social, político y cultural— que le sirvan de soporte como una estrategia capaz de preparar el salto de la «guerra de posiciones» a la «guerra de movimientos», ya que de lo contrario se vería más pronto o más tarde reconducida, cooptada o reprimida por los poderes dominantes, empeñados ahora en recomponer las bases de una nueva economía política capitalista en un sentido más autoritario, clasista, racista y patriarcal que el que ha caracterizado a la era neoliberal.

Concluyendo ya este trabajo, cabría sostener que a lo largo de estos cuarenta años el «Acontecimiento global» del 68 abrió un nuevo periodo histórico que, más allá de los itinerarios biográficos individuales de muchos de sus activistas de entonces y a pesar de las derrotas, reflujo y discontinuidades sufridas, no ha dejado de ir abriendo brechas y subsuelos a través de los cuales se han ido haciendo más visibles diferentes esferas de injusticia y, con ellas, las sucesivas acciones colectivas contenciosas promovidas por diferentes movimientos sociales destinadas a denunciarlas. Frente a ese ciclo sesentayochista vimos desarrollarse una «contrarrevolución preventiva» en cuyo marco se produjeron unas «refoluciones» en el extinto bloque soviético que, pese a lograr liberarse de los regímenes de despotismo burocrático, se limitaron luego a abrazar la «utopía liberal» y contribuyeron a reforzar el «sentido común» dominante del TINA. Sin embargo, pocos años después, el movimiento por la justicia global ha ido apareciendo como un nuevo actor colectivo que ha vuelto a poner de actualidad la ardua tarea de hacer posible en esta nueva etapa histórica aquella aspiración común de «transformar el mundo» y «cambiar la vida». Los procesos de ruptura con el neoliberalismo que, aun con todas sus contradicciones, se están desarrollando en América Latina-Abya Yala, y la reapertura del debate sobre el «socialismo del siglo XXI» que les acompaña, coinciden ahora con una crisis global y civilizatoria y una nueva «Gran Transformación» cuya naturaleza está todavía abierta y en la que incidirá sin duda el nuevo ciclo de movilizaciones sociales de diversos signos que parece anunciarse.

REFERENCIAS

- Antentas, J. (2008): «FSM (2001-2007): Un balance general», en AA.VV.: *El futuro del FSM. Retos y perspectivas después de Nairobi*. Icaria, Barcelona.
- Bello, W. (2008): «El FSM en la encrucijada», en AA.VV.: *El futuro del FSM. Retos y perspectivas después de Nairobi*. Icaria, Barcelona.
- Bensaïd, D. (2008): «1968: Finales y consecuencias», en M. Garí, J. Pastor y M. Romero, eds.,

1968. *El mundo pudo cambiar de base*. Los libros de la catarata-Viento Sur, Madrid.
- Bertaux, D. (1990): «Oral history Approaches to an International Social Movement», en Else Oyen (ed.): *Comparative Methodology: Theory and Practice in International Social Research*. SAGE, Londres: 151-171.
- Boltanski, L. (2008): *Rendre la réalité inacceptable*. Demopolis, París.
- Boltanski, L. y Chiapello, E. (2002): *El nuevo espíritu del capitalismo*. Akal, Madrid.
- Bonfond, O. (2008): «FSM de Nairobi: primer balance», en AA.VV.: *El futuro del FSM. Retos y perspectivas después de Nairobi*. Icaria, Barcelona.
- Derrida, J. (2003): *Papel máquina. La cinta de máquina de escribir y otras respuestas*. Trotta, Madrid.
- Dobry, M. (1988): *Sociología de las crisis políticas*. CIS, Madrid.
- Espasandín, J. e Iglesias, P. (coords.) (2007): *Bolivia en movimiento. Acción colectiva y poder político*. El viejo topo, Barcelona.
- Evans, P. (2008): «Is an Alternative Globalization Possible?», en *Politics & Society*, 36, 2: 271-305.
- Gobille, B. (2005): «Le travail de la signification en conjoncture de crise politique. À partir du cas des mobilisations d'écrivains en Mai 68» (disponible en http://sites.univ-lyon2.fr/congres-afsp/imprimersans.php?id_article=141).
- Hadden y Tarrow, S. (2006): «When Barking Dogs Whimper. What Happened to the American Global Justice Movement After Seattle?» (disponible en <http://falcon.arts.cornell.edu/Govt/faculty/Tarrow%20docs/dogs.pdf>).
- Ibarra, P. y Martí, S. (2003): «Los movimientos sociales contra la globalización. La Consulta Social para la Abolición de la Deuda externa», en M. J. Funes y R. Adell, eds.: *Movimientos sociales: Cambio social y participación política*. UNED, Madrid: 285-318.
- Laclau, E. (2006): *La razón populista*. FCE, Buenos Aires.
- Mathieu, L. (2008): «The spatial dynamics of the May 1968 french demonstrations», *Mobilization: An International Quarterly*, 13 (1): 83-87.
- McAdam, D., Tarrow, S. y Tilly, C. (2005): *Dinámica de la contienda política*. Hacer, Barcelona.
- Morin, E. (1987): «Complejidad y ambigüedad», *Debats*, 21: 100-104.
- Samary, C. (2008): «1989-1968 en Praga: ¿anticipación o antípoda?», *Viento Sur*, 99: 109-113.
- Santos, B. de S. (2008): «El Foro Social Mundial y la izquierda global», *El viejo topo*, 240: 39-62.
- Tarrow, S. (2009): *El nuevo activismo transnacional*. Hacer, Barcelona.
- Tilly, C. (1995): *Las revoluciones europeas, 1492-1992*. Crítica, Barcelona.
- Toussaint, E. (2008): «El FSM en la encrucijada», en AA.VV.: *El futuro del FSM. Retos y perspectivas después de Nairobi*. Icaria, Barcelona.
- Varon, J., Foley, M.S. y McMillian, J. (2008): «Time is an ocean: the past and future of the Sixties», *The Sixties*, 1 (1): 1-7.
- Wallerstein, I. (1993): «1968: revolución en el sistema-mundo», *Viento Sur*, 9: 97-110.
- Wolf, F.O. (2007a): «Cayendo por la pendiente deslizante de la democracia parlamentaria, I», *Viento Sur*, 90: 9-23.
- (2007 b): «Cayendo por la pendiente deslizante de la democracia parlamentaria, II», *Viento Sur*, 91: 5-18.



22

Repeat Lenin: del 68 a los movimientos globales

Pablo Iglesias

EN EL PRESENTE TRABAJO NOS REFERIREMOS AL SURGIMIENTO DE LOS MOVIMIENTOS sociales y el nuevo repertorio de acción colectiva como productos de la consolidación del Estado y el capitalismo industrial. A continuación señalaremos la configuración del Estado como clave fundamental para entender la actividad política de los movimientos antisistémicos, al menos desde la segunda mitad del siglo XIX hasta el fin del breve siglo XX. Después describiremos las protestas del 68 como un desafío al orden político de Yalta y a las estrategias de transformación social dirigidas al Estado que, hasta entonces, determinaron la praxis de los movimientos clásicos. Por último, defenderemos que la irrupción de los movimientos globales anticapitalistas permite hablar de un repertorio posnacional de acción colectiva en el que el Estado ha dejado de ser la institución fundamental para entender las estrategias de estos nuevos movimientos antisistémicos

TEMAS ABIERTOS (A MODO DE INTRODUCCIÓN)

Se atribuye a los bolcheviques la afirmación según la cual, en la Rusia de 1917, el poder estaba tirado en las calles. Sea como fuere, lo que recogieron del suelo Lenin y los suyos no terminó de transferirse a esas estructuras de contrapoder que eran los sóviets, sino que más bien daría vida un poderosísimo leviatán capaz de desafiar nada menos que los fundamentos del sistema mundial en sus componentes económico y político. La clase que había llevado a los reyes y nobles a la guillotina veía ahora amenazado su gacinate merced a una inesperada revolución dirigida por un minúsculo partido de marxistas heterodoxos que habían logrado el apoyo de los obreros industriales rusos y de algunos sectores del campesinado y los soldados de ese país.

En su *Repeating Lenin*, Slavoj Žižek (2001) reivindica la reflexión leninista como el momento clave de lectura de las transformaciones del Capitalismo en su fase imperialista. Lenin no solo adapta el marxismo a su tiempo (el análisis concreto de la situación concreta), sino que llama a la acción revolucionaria a pesar de la ausencia de

condiciones históricas. Mientras que los marxistas ortodoxos defendían la necesidad de una fase de parlamentarismo burgués que abriera las puertas al desarrollo económico de Rusia y al crecimiento y la consolidación política de su clase obrera, el jefe de los bolcheviques dijo «aquí y ahora» y apostó por recoger aquello que andaba tirado por las calles.

De alguna forma, la acción de los bolcheviques dirigida a conquistar el poder no fue sino llevar a sus últimas consecuencias la que Wallerstein (1990) ha definido como la estrategia fundamental de los movimientos socialistas desde el fracaso de la revolución de 1848, a saber, utilizar los instrumentos del poder estatal para transformar la sociedad.

El Estado como sujeto desafiado o principal interlocutor de la actividad política no fundamentó solamente, como dice Wallerstein, la política de los movimientos socialistas y nacionalistas hasta la revolución del 68 (2002: 29), sino la del conjunto de los actores políticos.

En el presente trabajo defendemos que el elemento fundamental de la revolución del 68 y su principal legado en los movimientos globales anticapitalistas es, precisamente, haber puesto en cuestión las estrategias históricas de los movimientos antisistémicos centradas en el Estado en tanto que instrumento para la transformación social, depositario del poder soberano.

En la defensa de nuestra tesis doctoral, que llevamos a cabo en mayo de 2008, buena parte de las objeciones que recibimos ponían en cuestión el carácter posnacional de la acción colectiva que atribuimos a los movimientos globales.

A continuación, explicaremos el surgimiento de los movimientos sociales y el repertorio nuevo de acción colectiva como consecuencias de la consolidación del Estado y el capitalismo industrial. Después nos referiremos a la configuración del Estado como clave fundamental para entender la actividad política de los movimientos antisistémicos (sociales y nacionalistas), al menos desde la segunda mitad del siglo XIX hasta el fin del que Hobsbawm llamara «breve siglo XX». Describiremos, a continuación, las protestas del 68 como un desafío al orden político de Yalta y a las estrategias de transformación social dirigidas al Estado que, hasta entonces, determinaron la praxis de los movimientos clásicos. Por último, defenderemos que la irrupción de los movimientos globales anticapitalistas permite hablar de un repertorio posnacional de acción colectiva en el que el Estado ha dejado de ser la institución fundamental para entender las estrategias de estos nuevos movimientos antisistémicos.

EL ESTADO COMO CLAVE PARA ENTENDER EL REPERTORIO NUEVO DE ACCIÓN COLECTIVA Y EL SURGIMIENTO DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

La intervención de Pedro Ibarra en nuestra defensa de tesis comenzó con una reivindicación del pensamiento de Charles Tilly.¹ Una de las mayores aportaciones

1. La intervención está disponible también en Youtube, véase <http://www.youtube.com/watch?v=BFVw56GhQK8>

del Tilly a la investigación sobre los movimientos sociales fue desarrollar un modelo histórico-estructural de análisis de la acción colectiva. Según este enfoque, conocido como el «proceso político», las formas de acción colectiva dependen del tipo de autoridades que enfrentan los desafiantes y del tipo de estructuras a través de las cuales se configura el poder político. En función de una serie de elementos del desarrollo histórico del capitalismo (en particular el reforzamiento de los llamados Estados nacionales y la extensión del industrialismo) los caracteres de las diferentes expresiones de la acción colectiva se modifican, pudiéndose agrupar en dos grandes grupos: acciones propias de un repertorio tradicional (previo a la industrialización y a la consolidación de los Estados como maquinarias burocráticas incontestadas en su ámbito territorial) y acciones propias de un repertorio nuevo, nacional y moderno (Tilly, 1984).²

Las formas de acción colectiva del repertorio tradicional se caracterizan por ser localistas, poco flexibles, violentas y directas (suelen ponerse como ejemplos de este repertorio los motines de subsistencia o la destrucción de maquinaria). Por el contrario, con la llegada de la modernidad industrial, las formas de acción colectiva se harán modulares,³ algo menos violentas (debido fundamentalmente a que el poder de las armas comienza, efectivamente, a ser un monopolio del Estado en su ámbito territorial) y, en general, indirectas a la hora de reconfigurar las relaciones de poder (quiere esto decir que la puesta en práctica de la acción colectiva rara vez tiene un carácter definitivo respecto al elemento de conflicto sobre el que actúa). Suelen ponerse como ejemplos de este repertorio la manifestación, la recogida de firmas o las peticiones colectivas.

La forma más desarrollada de este repertorio nuevo de acción colectiva es el propio movimiento social, en cuanto que conjunto complejo de dispositivos de acción que se sostienen el tiempo. El movimiento social es, en sí mismo, un fenómeno de la modernidad (Román, 2002: 14) y un producto de la organización de la clase obrera. De hecho, como señalan varios autores (Pastor, 1991; Mess, 1998; Laiz, 2002, entre otros) la historia de los movimientos sociales nace como historia del movimiento obrero.

La propia noción de movimiento social tiene su origen, de hecho, en un estudio sobre el movimiento obrero francés publicado en Prusia por Lorenz von Steirn, a mediados del siglo XIX. Para evitar una censura que difícilmente hubiera tolerado el vocablo «socialista» (Pérez Ledesma, 1994: 59), en el título del trabajo, Steirn llamó a su obra *Historia del movimiento social en Francia (1789-1850)* (Mess, 1998: 299).

Si pensamos en una noción ulterior, la de nuevos movimientos sociales o NMS, que resultó determinante para los estudios sobre la acción colectiva a partir de la década de 1970 configurando varios paradigmas de análisis, vemos que el elemen-

2. Tarrow se refiere también a una dimensión cultural de los repertorios de acción colectiva en cuanto que contenedores de una cultura política de la protesta que define lo que los desafiantes saben hacer y lo que se espera que hagan (Tarrow, 2004: 59).

3. La modularidad de una forma de acción colectiva alude a la facilidad de la misma para ser llevada a la práctica en diferentes contextos y espacios y con finalidades distintas. Respecto a la modularidad de la construcción de barricadas en el París del siglo XIX, Tarrow señala: «los franceses sabían dónde hacerlas y habían aprendido a usarlas» (2004: 58).

to determinante del término es el hecho de diferenciar las estructuras de los movimientos pacifistas, feministas, ecologistas y estudiantiles del carácter burocrático⁴ de las organizaciones del movimiento obrero tradicional. No hace falta afinar mucho el análisis para darnos cuenta de que si hay un elemento que diferencia la estructura de los NMS respecto a las organizaciones de los movimientos antisistémicos clásicos (partido y sindicato) es el papel que se atribuye al Estado como objeto de la acción política. Mientras las organizaciones socialistas clásicas, tanto en su versión leninista como en su versión socialdemócrata, estaban concebidas para el asalto del poder político del Estado aunque fuera por diferentes medios, las estructuras de los NMS (al menos hasta el cisma de los verdes alemanes) se orientaban hacia una actuación en los ámbitos sociales. Si algo puede querer decir la consigna «lo personal es político» es, precisamente, que hay política más allá del Estado.

Pues bien, como vamos a tratar de argumentar, el punto de partida de este cuestionamiento de las estrategias hacia el Estado de los movimientos clásicos está en el 68.

Como vemos, el Estado no solo está en el origen de los movimientos sociales como dispositivos complejos de acción colectiva del repertorio nuevo, sino que el surgimiento de una noción (los NMS) que pretende describir un conjunto de movimientos nuevos basándose en sus diferencias con los clásicos, descansa asimismo en el análisis de la relación «Estado-Política-Movimiento».

LAS ESTRATEGIAS HACIA EL ESTADO DE LOS MOVIMIENTOS ANTISISTÉMICOS CLÁSICOS

El Estado, como depositario de un poder insuperable, representa la institución fundamental para entender eso que se conoce por modernidad. Sin embargo, no hay que olvidar que ello, a diferencia de lo que pueda parecer, representó una novedad histórica.

Si Maquiavelo admiraba a Fernando el Católico era porque éste empezaba a poseer lo que a los italianos les faltaba. Algo que, como no se le escapaba al florentino, representaba la clave de la política, esto es, el mejor dispositivo imaginable para acumular poder. Las tareas del gobernante que se describen en *El príncipe* son, al fin y al cabo, las necesarias para desarrollar y gestionar un aparato de poder estatal.

El Estado, en calidad de espacio fundamental de la acción política de diferentes actores, contenedor de regímenes normativos particulares, fuentes de producción y administración jurídica, una historia y una serie de características culturales más o menos específicas, etcétera, se convirtió en el terreno de estudio fundamental de la Ciencia que nace con Maquiavelo.⁵

4. No damos aquí a la noción burocracia una connotación negativa. Entendemos que, al menos desde Michels, las dinámicas organizacionales tienen una serie de tendencias inevitables.

5. Hasta tal punto que, como sabemos, para los aspectos referidos al sistema político internacional (o interestatal) se crearon disciplinas o subdisciplinas como las relaciones internacionales, en una posición subalterna (al menos en la Europa continental) respecto al Derecho, la Historia o la propia Ciencia Política.

En el siglo XIX, cuando los fenómenos de protesta social se articulan en movimientos sociales tras el desarrollo del capitalismo industrial⁶ (lo que explicábamos anteriormente al referirnos a los repertorios de acción colectiva), la principal característica que terminará definiendo la praxis política de esos movimientos será su intento de conquista del poder político del Estado como elemento fundamental para la consecución de sus objetivos.

En diferentes trabajos, Wallerstein se ha referido a este aspecto en el desarrollo de los movimientos antisistémicos (socialistas y nacionalistas) a partir del siglo XIX. Este autor establece ocho características comunes del desarrollo histórico de estos dos tipos de movimientos entre la segunda mitad del siglo XIX, cuando los movimientos empiezan a contar con estructuras sólidas —partidos, sindicatos y eventualmente milicias armadas— para hacer política, y 1970 (2002: 29-33).

De esas ocho características comunes vamos a destacar tres.

En primer lugar, tanto los movimientos nacionalistas como el movimiento obrero experimentaron un debate en torno a si debían orientar o no su estrategia política hacia la conquista del Estado como mecanismo fundamental para lograr los objetivos políticos. En el caso del movimiento obrero ésta fue la línea de fractura fundamental entre marxistas y anarquistas en la Primera Internacional. En el caso de los nacionalistas, el debate marcaba la diferencia entre el nacionalismo cultural y el político (nótese que el adjetivo político es una referencia directa al Estado). En ambos casos, los ganadores del debate fueron los que apostaban por ocupar el Estado.

En segundo lugar, una vez establecido el Estado como objetivo fundamental de la acción política, en ambos movimientos se abrió un debate táctico sobre los medios para conquistarlo: la famosa tensión «Reforma-Revolución». En el caso de las organizaciones socialistas europeas, los partidarios de la reforma lograron, en general, imponer sus posiciones en los principales países europeos. Pero hubo una importante excepción, Rusia, donde el ala insurreccionalista (los bolcheviques) del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso lograron ser mayoritarios desde principios de siglo y, en octubre-noviembre de 1917, obtuvieron importantísimos apoyos entre las masas rusas (algo que, en general, no ocurrió en otros países, como en Alemania, donde los spartakistas fueron derrotados por la Socialdemocracia).

La tercera característica común de los movimientos socialistas y de liberación nacional fue su incapacidad para desarrollar la estrategia de dos pasos (conquista del Estado-transformación social) que se habían planteado. Éste es uno de los elementos históricos más destacables del siglo XX.

En la década de 1960, el éxito mundial de los comunistas, de los socialdemócratas y de los movimientos de liberación nacional era una realidad incuestionable. Los partidos comunistas gobernaban en Europa del Este y en buena parte de Asia Oriental;

6. Tales fenómenos de protesta social representan un área de estudio distinta de la que se encarga de los movimientos sociales. Entre los estudios más famosos referidos a las formas de protesta previas al movimiento obrero, destacan trabajos como los de Rudé (1978), Edward Thompson (1989) o Eric Hobsbawm (1974). En lo que se refiere a las rebeliones con perfiles étnicos en áreas periféricas, puede destacarse el clásico de C. L. R. James *Los jacobinos negros* sobre una revolución dentro de una revolución, Haití, en la que los esclavos llevaron más lejos que nadie muchas de las claves de la revolución francesa.

los socialdemócratas habían alcanzado el poder en algunos de los países más importantes del mundo rico (el SDP en Alemania, los laboristas en Reino Unido, etcétera) y los movimientos de liberación nacional lograban la independencia de sus países en un fenómeno de descolonización política sin precedentes. Sin embargo, los movimientos antisistémicos no estaban alcanzando, desde el poder del Estado, las transformaciones sociales a las que aspiraban.

En buena parte de los casos, los regímenes comunistas (a pesar de su papel internacional como sostenedores de movimientos progresistas en todo el mundo) se convirtieron en maquinarias autoritarias que no terminaron de poner en cuestión ni la explotación económica ni un sistema económico mundial fundamentado en la acumulación de capital y la competición en el mercado global.

Si los socialdemócratas europeos lograron hacer reformas que llevaron a la construcción del que sería conocido como Estado del bienestar, fue en gran medida por una alianza con las clases dominantes para ahuyentar el peligro comunista (como se ha comprobado tras el desmantelamiento de muchos de los elementos del *welfare* en la década de 1990), pero no pasaron de ser, en el mejor de los casos, gestores del capitalismo con cierta conciencia redistributiva.

Los movimientos de liberación nacional (marxistas o no), por su parte, no fueron capaces de alterar las estructuras económicas de explotación y dependencia que les ataban a los poderes del centro en una posición de subalternidad. La independencia política abrió paso a lo que se conoce como «neocolonialismo» o «colonialismo económico». Si pensamos en Cuba, donde se combinaron la lucha de liberación nacional, el antiimperialismo y el marxismo, vemos que, a pesar de las profundas reformas llevadas a cabo por los revolucionarios cubanos, el país no dejó de ser una economía periférica, sin soberanía energética ni militar (en especial tras la crisis de los misiles) basada en la exportación de azúcar y en los subsidios soviéticos. Los dramáticos cambios en la estructura económica de la isla (tendientes hacia la liberalización del mercado para poder ser competitivos en el mercado mundial) que tuvieron que llevar a cabo sus gobernantes tras la desaparición de la URSS son un buen ejemplo de lo que decimos.

De alguna manera, los movimientos antisistémicos clásicos tuvieron éxito en el primer paso de su estrategia (la conquista del poder del Estado), pero fracasaron en el segundo (cambiar el mundo, como dice Wallerstein).

A nuestro juicio, lo más importante del 68, como proceso revolucionario mundial, es la reacción ante este fracaso.

EL FRACASO DE LENIN Y EL 68

Cuando el jefe de los bolcheviques rusos logró imponer su heterodoxia entre los cuadros de su organización, no pensaba que fuera posible la construcción de algo que pudiera parecerse al socialismo, en los límites geográficos de Rusia. Si para algo podía servir aprovechar la situación excepcional generada por la guerra en Europa, era para desencadenar un proceso revolucionario general en el viejo continente. La insurrección rusa debía ser la chispa que encendiera las maquinarias políticas de los movimientos socialistas realmente importantes y con capacidad para dirigir un proceso

de transformación de escala internacional: el movimiento obrero alemán en primer lugar, y el francés y el inglés, en segundo.

Sin embargo, ese acontecimiento que, en palabras de Eric Hobsbawm (1995), inició el «breve siglo xx», quedó finalmente limitado en las fronteras rusas y sirvió para establecer unas reglas de la política mundial que, tras la Segunda Guerra Mundial, quedaron inalteradas en lo esencial hasta la caída del muro de Berlín. El breve siglo xx fue el siglo de la política de los Estados.

Por lo tanto, a pesar de la lucidez leninista que trató de entrever una política más allá del Estado, el desarrollo de los acontecimientos circunscribió las posibilidades políticas de los movimientos antisistémicos al ámbito estatal. La política de construcción del socialismo en un solo país y defensa de la Unión Soviética fue la clave que articuló al movimiento comunista internacional tras la derrota de los spartakistas y el fracaso de los intentos trotskistas de construir un movimiento paralelo al comunismo «oficial». Con el movimiento comunista —al que Tarrow definió como el más importante del siglo xx (2004: 274)— convertido en un instrumento de la política exterior (pragmática por definición) del la URSS, el leninismo dejó de ser la clave heurística de la transformación revolucionaria para convertirse en un conjunto de recetas para la actividad política estatal de los partidos comunistas, en el marco de los intereses de la URSS. Esta pérdida de la heurística revolucionaria es la clave del fracaso de Lenin.

La derrota de los revolucionarios y los republicanos en España, y la división geopolítica del mundo en áreas de influencia entre la URSS y Estados Unidos, tras la Segunda Guerra Mundial, no hicieron sino consolidar esa realidad. Es cierto, como señalaremos a continuación, que el maoísmo chino y su noción de la lucha de clases como proceso permanente e inherente a la propia construcción del socialismo abrió algunas esperanzas entre los izquierdistas de todo el mundo (ésta es la clave principal para entender a la extrema izquierda sesentayochista) pero Liu Shao-Chi venció a Mao en su polémica sobre si China era o no socialista.

Mientras el PCUS defendía la posibilidad de construir el socialismo de manera particular en diferentes estados, el PCCh de Mao consideraba que ese proceso sólo se podía dar de manera simultánea. Mientras Mao defendía que la lucha de clases continuaba y se agudizaba después de la toma del poder por parte de los comunistas, Liu Shao-Chi, en la línea de los soviéticos, defendía que en China (como en la URSS) no había ya lucha de clases.⁷ Finalmente el pragmatismo se impondría en China, que quedaría convertida para siempre en un proceso político nacional que, desde Deng Xiaoping, se ha demostrado como el gestor estatal del capitalismo más eficiente en el ámbito mundial, siendo el más serio aspirante a poner en cuestión la hegemonía de los EEUU.⁸

7. Al respecto de la polémica, Wallerstein señala: «Mao Tse-Tung propone entender la sociedad socialista como un proceso más que una estructura. Como Frank y Sweez considera el sistema-mundo y no el Estado-nación como unidad de análisis. El análisis de los académicos soviéticos, por el contrario, plantea la existencia de dos sistemas-mundo con dos divisiones del trabajo distintas, que coexisten uno junto a otro, aunque el sistema socialista aparezca dividido» (Wallerstein, 2002 [1974]: 96). Precisamente aquí, en la crítica al doctrinarismo y al pragmatismo estatista soviético, está una de las claves para entender el interés por el maoísmo de la izquierda radical en el 68.

8. Véase, al respecto, Arrighi (2007).

El breve siglo xx empezó a agotarse con la intensificación de los procesos de integración económica y el fin del fordismo. En algunos de los países centrales se habló de sociedades de la abundancia y de frustración de las aspiraciones generacionales. El proceso político global más relevante que acompañó a ese conjunto de transformaciones que empezaban a erosionar el orden de Yalta fue la revolución del 68.

En la defensa de nuestra tesis, expusimos de manera más sintética este planteamiento. La respuesta de Jaime Pastor⁹ (quien además fue protagonista en primera persona de los acontecimientos del 68 en Francia y España) fue más que clara: en el 68 no se puso en cuestión la estrategia de conquista del poder estatal por parte de la izquierda radical. Ello no se producirá hasta la década de 1980. En el 68 lo que se produce más bien es una proliferación de pequeños partidos con aspiraciones revolucionarias desde visiones hiperleninistas. Para Jaime Pastor, Wallerstein tan solo sugiere que el 68 deja una serie de preguntas abiertas sobre la posibilidad de que existan formas de poder social más importantes que el poder político.

En lo que al análisis de Wallerstein se refiere, basta acudir a sus textos; en especial su artículo «1968, Revolution in the World-System» (2002 [1989]) para darnos cuenta de la claridad de su planteamiento. La tesis segunda del citado artículo declara que la protesta del 68 se produjo también contra los movimientos antisistémicos de la vieja izquierda y en el desarrollo de la misma se alude específicamente al fracaso de la estrategia de transformación social desde el Estado (2002 [1989]: 348).

En lo que se refiere a la proliferación de grupos de extrema izquierda desde posiciones hiperleninistas, entendemos que la clave para comprenderlos es la crítica radical que plantearon a las organizaciones y a las estrategias políticas de la izquierda clásica. El 68 no solo fue una revolución contra la hegemonía de Estados Unidos y las formas de organización social del capitalismo, sino también contra el socialismo real de influencia soviética y, sobre todo, contra las organizaciones y las estrategias de la izquierda clásica en los países occidentales.

Si por algo puede definirse a los grupos de izquierdistas que abrazaron el trotskismo y el maoísmo es por un intento de volver al punto de partida de la reflexión leninista de 1917; la posibilidad de una revolución mundial. El hiperleninismo de los revolucionarios del 68 tiene poco de clásico si por ello se entiende ese marxismo-leninismo (con guión) que fue la doctrina pragmática del comunismo oficial soviético y sus organizaciones políticas dependientes en otros países. Si muchos izquierdistas miraron a China, fue porque la revolución cultural parecía representar un desafío revolucionario a la *Realpolitik* soviética.

Es precisamente en esa dinámica de recuperación de una perspectiva global de la lucha revolucionaria donde se entienden los intentos revolucionarios periféricos como la Tricontinental del Che Guevara y su táctica foquista o el panafricanismo revolucionario de Frantz Fanon.

La terrible consecuencia¹⁰ de los jóvenes guerrilleros urbanos europeos de la Fracción del Ejército Rojo en la República Federal de Alemania, o de los *weathermen* es-

9. La intervención está disponible en You Tube. Véase: <http://www.youtube.com/watch?v=BFVw56GhQK8>

10. La expresión la hemos tomado del título de una entrevista al militante de la RAF Stefan Wiesneski (2000).

tadounidenses tratando de llevar la guerra imperialista al corazón de la metrópoli, hijos del 68 donde los haya, camina en la misma dirección: un alejamiento de la izquierda clásica y una apuesta por la globalización de la lucha política en clave militar-revolucionaria.

Cuando a día de hoy nadie cuestiona el globalismo de Al-Qaeda en su forma de concebir su práctica religiosa-política-militar (ese terrorismo global usado por Estados Unidos y sus aliados para justificar su política exterior) es importante recordar que del 68 nacieron proyectos revolucionarios armados en todo el mundo que trataron de desafiar al mundo bipolar.

Los jóvenes europeos y estadounidenses que decidieron practicar la lucha armada en el corazón del capitalismo nunca tuvieron ninguna posibilidad de vencer (aunque en el caso de los alemanes, mientras recibieron la protección y cierto apoyo logístico de la RDA fueron un factor de desestabilización nada despreciable); el Che fue asesinado víctima quizá de sus propios errores tácticos y Frantz Fanon, después de tratarse sin éxito su leucemia en la URSS y en Estados Unidos, moría en un hospital de Nueva York siendo testigo de la derrota del panafricanismo. En China, el fracaso de Mao limitó las ilusiones en un proyecto del que la izquierda occidental nunca llegó a conocer mucho más que los mitos de la literatura de Malraux.

Sin embargo, los revolucionarios del 68 cambiaron la forma en que habría de desarrollarse la acción colectiva para siempre. Desde entonces, la acción colectiva recorrió caminos distintos a la estrategia en dos pasos y a la centralidad de la clase obrera fordista en la transformación social.

En las décadas de 1970 y 1980, tras los movimientos estudiantiles, llegarían los NMS (ecologistas, verdes y feministas) y las campañas por los derechos de las minorías. Estos movimientos rechazaban la conquista del poder del Estado y las formas organizativas jerárquicas concebidas para ocupar y gestionar organizaciones administrativas estatales. Rechazaron que los problemas de las mujeres y las minorías étnicas fueran a solucionarse en una etapa posterior a la liberación material, y pusieron el acento en la politicidad de ciertos aspectos de la vida personal y de la forma de existencia social, yendo más allá de la noción de alienación en los procesos productivos. Hasta la victoria de los *realos* en Alemania, los NMS fueron un punto de referencia para el radicalismo de izquierda, al menos en Europa y en Estados Unidos.

Ya en la década de 1990, la izquierda radical sufría en sus carnes la crisis de identidad derivada de la caída del muro de Berlín y de la derrota definitiva del proyecto soviético.

Como corolario a la ideología fukuyamista se pensó incluso en un crepúsculo definitivo del antagonismo político en los países del centro y en su sustitución progresiva por formas más o menos institucionalizadas de solidaridad asistencial a través de ONG o asociaciones humanitarias. Pedro Ibarra y Benjamín Tejerina escribían en 1998 sobre «la emergencia de nuevos actores que operan en el ámbito de la solidaridad con los sectores menos favorecidos o marginados de las sociedades occidentales. [...] Este grupo de movimientos por la solidaridad ha conseguido tal grado de expansión y tal reconocimiento social que la opinión pública tiende a confundirlos con la totalidad de los movimientos sociales. [...] Desde la perspectiva del discurso social dominante [...] de los marcos centrales de interpretación y otorgamiento de sentido

[...] estos movimientos solidarios son los verdaderos movimientos sociales» (Ibarra y Tejerina, 1998: 10).

Sin embargo, el primero de enero de 1994, coincidiendo con la entrada en vigor del tratado de libre comercio entre Estados Unidos, Canadá y México, un ejército guerrillero indígena se levantaba en México definiendo en su discurso el neoliberalismo como enemigo de la humanidad. Poco después, de las redes internacionales de solidaridad con el neozapatismo mexicano surgieron los colectivos que llevaron a cabo los llamamientos a la acción en Seattle (1999) y Praga (2000) de los que nacería, al menos mediáticamente, el movimiento global.

LA PROTESTA GLOBAL MÁS ALLÁ DEL ESTADO: *REPEATING LENIN?*

Una de las críticas planteadas por Paloma Román en el acto de defensa de nuestra tesis fue que, a duras penas, quedaba clara en nuestro texto la distinción entre Estado y Nación y que había una contradicción inherente en defender la decadencia tendencial de las atribuciones soberanas del Estado y referirnos continuamente al Estado español.

Respecto a esta segunda crítica debemos reconocer que es absolutamente justa y así lo aceptamos en el acto. Aún cuando en el prefacio de la tesis dedicamos unos párrafos a explicar por qué hay momentos en los que hablamos de España y momentos en los que hablamos de Estado español a lo largo del texto, la contradicción no deja de ser evidente. Como señalaba Román: «¿Qué sentido tiene hablar de Francia, Alemania, Italia y del Estado español? Si, por otro lado, hemos defendido hasta la saciedad que el Estado no es lo que era ¿Acaso estamos otorgando al Estado cuyo nombre oficial es España una relevancia particular?»

En la réplica señalamos que el término que realmente nos hubiera gustado usar es el de «Provincia España», acuñado por Carlos Prieto en un artículo en la *New Left Review* (2005), pero que ello probablemente hubiera despertado reacciones difíciles de prever entre los miembros del tribunal. Había también una razón ulterior para no utilizar la denominación «Provincia España» que no señalamos en el acto de defensa, pero que vamos a reconocer ahora. La noción de Carlos Prieto, que nos parece virtuosa, desencadenó una dura reacción¹¹ por parte del profesor y activista gallego, afincado en Cataluña, Raimundo Viejo Viñas. Para Raimundo, la propia noción revela en sí misma una suerte de españolismo (al reconocer implícitamente, al nombrarla, la existencia de una realidad nacional y desconocer otras). Por españolistas no estábamos dispuestos a pasar y por eso reservamos para mejor ocasión un ajuste de cuentas con Raimundo a propósito de este tema.

Respecto a la primera crítica planteada por Román queremos señalar lo que sigue. La propia noción de Nación resulta extremadamente conflictiva, pero precisamente en la medida en que es perfectamente dissociable del concepto de Estado (de otro

11. Y en lo que a nosotros respecta, una larguísima discusión que se prolongó hasta altas horas de una madrugada del verano de 2007.

modo, no habría movimientos nacionalistas cuya aspiración es un Estado). Asimismo, la noción entra de lleno en cuestiones referidas a la cultura y a las identidades. Es evidente que en nuestra tesis no tenemos demasiado interés por la noción de Nación y sí por la de Estado, en tanto que depositario de poder, pero, desde el momento en que identificamos el poder estatal con la soberanía, ésta no puede residir en el Estado sin más, sino en la Nación, como históricamente se han encargado de normativizar los ordenamientos constitucionales. Por eso, cuando hablamos de poder posnacional queremos decir que se ha producido un trasvase de las atribuciones soberanas desde el Estado hacia agencias globales de gestión. Ese tipo de soberanía, que será sobre la que dirijan su acción los movimientos globales es, por lo tanto, posnacional.

El desarrollo del Capitalismo global que acabó con una URSS, incapaz de competir en el mercado mundial (Boswell y Chase-Dunn, 2000: 133-157), provocó también una tendencia a la transferencia del poder soberano desde las agencias administrativas estatales hacia agencias supranacionales de gestión y de producción económica, jurídica, militar y política de tipo regional (como la Unión Europea a pesar de sus fracasos a la hora de seguir aglutinando poderes políticos) o de tipo global (como las organizaciones que heredaron el orden económico de Bretton Woods; la OMC, el FMI y el BM, y, en el plano militar, la últimamente tan globalizada OTAN). Al mismo tiempo, la influencia política a través de *lobbies* globales de las corporaciones multinacionales no ha dejado de crecer.

Aunque, históricamente, ningún Estado ha podido sustraerse completamente a las dinámicas político-económicas sistémicas, en la actualidad, las limitaciones a la hora de tomar decisiones que afecten de manera seria a la economía, que pongan en cuestión el papel militar que desempeña ese Estado en el área geopolítica en la que se adscribe o que planteen reformas políticas que no sintonicen con su área regional de referencia, tienen una dimensión inédita.

Este conjunto de limitaciones a la soberanía ha provocado que el Estado, como interlocutor o sencillamente sujeto desafiado o a cuyo poder aspiran los diferentes actores políticos (partidos o movimientos) sea cada vez menos poderoso, aun cuando su papel siga resultando fundamental. Como venimos diciendo, ahora más que nunca, son las organizaciones de gestión global las que ven aumentar su poder soberano (sin legitimación en nación o mecanismo procedimental alguno), siendo los verdaderos productores de las decisiones económicas de alcance global.

Durante el acto de defensa de nuestra tesis, Ariel Jerez llamó la atención sobre la importancia del Estado en los procesos de transformación en curso en América Latina. Es cierto que el proceso liderado por Venezuela (y al que, con diferentes ritmos, se han incorporado Ecuador y Bolivia) en un contexto de fracaso y retroceso de las políticas neoliberales en el conjunto de la región, ha abierto muchas esperanzas y ha generado cambios importantes. Sin embargo, nos parece un error pensar que la clave del proceso está en el potencial transformador de las estructuras estatales. Si Venezuela está desempeñando un papel tan importante no es ni por las virtudes políticas de su presidente (muchas de ellas discutibles) ni por la eficacia de su administración (muy discutible también), sino por la posición de privilegio del Estado venezolano como gestor de un recurso determinante (el petróleo) en el mercado mundial. Ello es lo que permite a Venezuela destinar recursos a políticas sociales e incluso llevar a cabo una

política exterior comprometida y beligerante contra Estados Unidos. Si pensamos en Paraguay, por ejemplo, donde el izquierdista Fernando Lugo acaba de alcanzar la presidencia, es difícil ser muy optimista a la hora de imaginar las posibilidades de transformación política de un gobierno dependiente de la exportación de soja transgénica y del contrabando, cuya soberanía energética está en manos de Brasil. De muy poco le va a servir a Lugo su «estadito» para mejorar la vida de la gente; su única opción, como la del Gobierno boliviano amenazado desde dentro y desde fuera y la de tantos otros, es apostar por un proyecto de integración con otros países latinoamericanos. El Estado, en el siglo XXI, se queda más que corto para la transformación social.

La gran lección del 68 fue precisamente poner al descubierto el fracaso de las estrategias de transformación social desde el Estado de los movimientos antisistémicos clásicos. Si la extrema izquierda miró a China y a los movimientos guerrilleros periféricos, fue porque parecían representar una posibilidad revolucionaria en un mundo pactado. Si los NMS y los movimientos de solidaridad se ocuparon de aspectos de la forma de existencia social descuidados por la izquierda clásica (el género, el medio ambiente, la sexualidad, la protección de las minorías, etcétera) fue porque descubrieron que el poder de regular la vida no solo se hallaba en las estructuras administrativas del Estado.

La gran aportación de los movimientos globales ha sido dirigir su mirada allí donde está el poder: las instituciones de gestión del capitalismo global. De alguna forma, ello les ha situado en el punto de la reflexión leninista previo a la insurrección, a saber, la actualización del marxismo ante el desarrollo del capitalismo imperialista de la época.

Estamos seguros de que los movimientos globales tienen pocas posibilidades de desencadenar, a corto plazo, un proceso revolucionario global, pero se han situado exactamente en el lugar donde la reflexión y la heurística revolucionaria son posibles: el espacio posnacional. Ello les ha dado cierta ventaja sobre otras agencias políticas tales como los partidos, cuyas estructuras siguen centradas en unidades administrativas menores. No debe olvidarse que ésa es una de las claves que explica las dificultades de éstos a la hora de influir en organizaciones regionales o globales. Si pensamos en Europa, es cierto que los partidos representados en su parlamento se organizan por tendencias, pero a nadie se le escapa la escasa relevancia de este parlamento en relación con las competencias de la Unión.

En ese sentido, los movimientos globales han puesto sobre la mesa el problema de las inercias, tanto de los partidos y los sindicatos tradicionales que siguen privilegiando el escenario estatal en su actividad, como de los movimientos nacionalistas que siguen pretendiendo aspirar a la formación de un Estado como instrumento de transformación.

Recientemente, el profesor Cotarelo polemizaba desde su blog con la profesora Consuelo Laiz a propósito de un libro que esta politóloga comparte con Patxi Zabaleta y Juan José Laborda, en el que el dirigente *abertzale* y el de la federación vasca del PSOE discuten sobre la compatibilidad entre izquierda y nacionalismo. Si efectivamente la clave del debate es ésa (solo conocemos el libro por la reseña de Cotarelo) no entendemos la importancia de darle vueltas a una discusión iusfilosófica acerca de la preeminencia de los derechos individuales sobre los colectivos o viceversa. Si el pro-

blema es si nacionalismo e izquierda son compatibles, la clave habrá de estar en si el Estado es un instrumento de transformación social efectivo o no.

Si la izquierda cometió un error en el siglo xx, fue el desprecio la fuerza de los elementos étnicos y nacional-populares a la hora de articular políticamente a las clases subalternas. Nadie puede negar la importancia de esos elementos a la hora legitimar un Estado. Pues bien, si de lo que se trata es de conquistar el Estado, nacionalismo e izquierda serán perfectamente compatibles y altamente recomendables, como siempre tuvieron claro los revolucionarios periféricos. Sin embargo, a día de hoy, quizá la cuestión que debieran plantearse los patriotas vascos de izquierda (a los socialistas vascos entiendo que difícilmente se les puede aplicar este calificativo) es si un Estado propio iba a representar un avance en clave socialista.

Hemos explicado ya la distinción entre las formas tradicionales y modernas de los repertorios tradicional y nuevo de acción colectiva, para comprender lo que llamamos «repertorio posnacional». En el periodo actual, las transformaciones del capitalismo hacia modalidades productivas flexibles y la tendencia decadente del Estado como agencia detentadora de la soberanía en favor de instituciones de gestión global han posibilitado formas de acción colectiva que no se dirigen al poder del Estado como principal adversario, interlocutor o instrumento para la transformación. Éste es el principal desafío que han lanzado los movimientos globales al replantear algo que fue fundamental en la genealogía de los movimientos socialistas y que estaba vivo en la reflexión de Lenin en 1917, a saber, la movilización política más allá de los límites del Estado. Quizás esto es algo que los nacionalistas de izquierda no han terminado de entender todavía.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Arrighi, G. (2007): *Adam Smith in Beijing: Lineages of the Twenty-First Century*. Verso, Londres.
- Boswell, T. y Chase-Dunn, C. (2000): *The Spiral of Capitalism and Socialism. Toward Global Democracy*. Lynne Rienner Publishers, Colorado.
- Cotarelo, R (2008): «Nacionalismo e izquierdismo». En <http://cotarelo.blogspot.com/2008/06/consuelo-laiz-buena-amiga-y.html>.
- Hobsbawm, E. (1995): *Age of extremes. The short twenty century 1914-1991*. Abacus, Londres.
- (1974): *Rebeldes primitivos*. Ariel, Barcelona.
- Ibarra, P. y Tejerina, B. (eds.) (1998): *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Trotta, Madrid: 291-320.
- James, C. L. R. (2003): *Los jacobinos negros: Toussaint L'Overture y la revolución de Haití*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Laiz, C. (2002): «Los movimientos reivindicativos clásicos: El movimiento obrero», en Ferri Durá, J. y Román Marugán P. (eds.): *Los movimientos sociales: conciencia y acción de una sociedad politizada*. Consejo de la Juventud de España, Madrid: 45-66. Disponible en <http://www.vecinos-valladolid.org/spip.php?article866> (Consultado el 5 de octubre de 2005).
- Mess, L. (1998): «¿Vino viejo en odres nuevos? Continuidades y discontinuidades en la historia de los movimientos sociales», en Ibarra, P. y Tejerina, B. (eds.): *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Trotta, Madrid: 291-320.
- Pastor, J. (1991): «Los nuevos movimientos sociales y la política», en AA.VV.: *Nuevos sujetos y nuevas demandas sociales: alianzas políticas y estrategia socialista*. Fundación de Investigaciones Marxistas, Madrid.

- Pérez Ledesma, M. (1994): «Cuando lleguen los días de la cólera (Movimientos sociales, teoría e historia)», en Revilla Blanco, M. (ed.): *Movimientos sociales, acción e identidad*. Zona Abierta 69, CIUDAD: 51-120.
- Prieto del Campo, C. (2005): «¿Primavera en España?», *New Left Review* (edición española) 31: 39-65.
- Román, P. (2002): «El descubrimiento de la sociedad y su politización: El nacimiento de los movimientos sociales», En Ferri Durá, J. y Román Marugán, P. (eds.): *Los movimientos sociales: conciencia y acción de una sociedad politizada*. Consejo de la Juventud de España, Madrid: 9-22. Disponible en <http://www.vecinosvalladolid.org/spip.php?article866> (Consultado el 2 de septiembre de 2005).
- Rudé, G. (1978): *Protesta popular y revolución en el siglo XVIII*. Ariel, Barcelona.
- Tarrow, S. (1998): *Power in Movement: Social Movements and Contentious Politics*. Cambridge University Press, Nueva York-Cambridge. Segunda edición (2004): *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Alianza Ensayo, Madrid.
- Thompson, E. P. (1989): *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. (Dos volúmenes). Crítica, Barcelona.
- Tilly, C. (1984): «Social Movements and National Politics», en Bright, C. y Harding, S. (eds.): *Statemaking and Social Movements: Essays in History and Theory*. University of Michigan Press, Ann Arbor: 297-371.
- Wallerstein, I. (2002): «New Revolts Against the System», *New Left Review* 18: 29-39.
- (1990): «Antisystemic Movements: History And Dilemas», en Amin, S., Arrighi, G. Frank, A.G. y Wallerstein, I (eds.): *Transforming The Revolution. Social Movements and the World-System*. Monthly Review Press, Nueva York: 13-53.
- (1989): «1968, Revolution in the World-System», *Theory and Society XVIII*, 4:431-449. [(2004): «1968, una revolución en el sistema-mundo: tesis e interrogantes», en Wallerstein, I.: *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos. Un análisis de sistemas-mundo*. Akal, Cuestiones de antagonismo, Madrid: 345-360].
- (1974): «The Rise and Future Demise of the World Capitalist System», *Comparative Studies*, en *Society & History XVI*, 4: 387-415 [(2004): «El ascenso y futuro decadencia del sistema-mundo capitalista: conceptos para un análisis comparativo», en Wallerstein, I.: *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos. Un análisis de sistemas-mundo*. Akal, Cuestiones de antagonismo, Madrid: 85-114].
- Wiesneski, S. (2002): «Fuimos tan terriblemente consecuentes... Una conversación acerca de la historia de la RAF con Stefan Wiesneski», Virus Editorial, Barcelona.
- Zizek, S. (2001): «Repeating Lenin», en <http://www.marxists.org/reference/subject/philosophy/works/ot/zizek1.htm> (Consultado el 2 de junio de 2008).

Parte V
LATINOAMÉRICA



23

Movimientos sociales, matrices sociopolíticas y nuevos escenarios en América Latina

Maristella Svampa

EN EL PRESENTE TEXTO NOS PROPONEMOS INDAGAR EN ALGUNAS DE LAS TENDENCIAS que marcan el actual paisaje sociopolítico latinoamericano, sobre todo en lo que compete a la relación entre movimientos sociales, matrices político-ideológicas y gobiernos. Para ello, en primer lugar, presentaremos un examen del cambio de época que caracteriza la región, en un análisis que apunta a subrayar el carácter ambivalente de la actual transición latinoamericana. En segundo lugar, proponemos una aproximación analítica a las diferentes tradiciones o matrices político-ideológicas que atraviesan el espacio militante contestatario. Por último, haremos un recorrido por algunos de los datos más relevantes que presenta la región, a través del análisis de cuatro tendencias: en primer lugar, el avance de las luchas indígenas; en segundo lugar, la consolidación de nuevas figuras de la militancia; en tercer lugar, la reactivación de la tradición nacional-popular; y por último, el retorno de una fuerte narrativa desarrollista, asociada tanto a gobiernos progresistas como aquellos de carácter más conservador y neoliberal.

EL CAMBIO DE ÉPOCA

Desde hace algunos años, América Latina viene experimentando un cambio de época. Diversos procesos sociales y políticos han ido configurando nuevos escenarios:

1. Investigadora independiente del Conicet (Centro Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas), con sede de trabajo en la Universidad Nacional de General Sarmiento, provincia de Buenos Aires, Argentina. Este texto forma parte del proyecto «Subjetividades Políticas, matrices político-ideológicas y procesos de movilización en América Latina», realizado en el marco de una beca otorgada por la Fundación Guggenheim.

la crisis del consenso neoliberal, la relegitimación de los discursos críticos, la potenciación de diferentes movimientos sociales, en fin, la emergencia de gobiernos auto-denominados «progresistas» y de centroizquierda, que valorizan la construcción de un espacio latinoamericano, son algunas de las notas distintivas de una etapa de transición que parece contraponerse a todas luces con el periodo anterior, la década de 1990, marcada por la sumisión de la política al Consenso de Washington, en nombre de una globalización unívoca e irresistible.

En principio, este cambio de época habilita el retorno de ciertos términos que habían sido expulsados del lenguaje político y de las academias, tales como «antiimperialismo», «descolonización» o «emancipación», vocablo este último que en gran medida aparece como el sucesor de la idea de «revolución». Asimismo, este cambio de época permite pensar desde otro lugar la relación entre modelos académicos y compromiso político, algo que también parecía definitivamente clausurado en pos de la profesionalización del saber académico, del repliegue del intelectual-intérprete o de la apología del modelo del experto. Nuevos desafíos aguardan, en especial, a las jóvenes generaciones de investigadores que hoy comienzan a cuestionar los modelos académicos dominantes, y advierten cómo es posible una articulación diferente entre saber académico y compromiso con las nuevas realidades. Por último, este cambio de época estimula la posibilidad de pensar creativamente las articulaciones entre Estado y sociedad, entre democracia representativa y democracia directa y participativa, entre lo institucional y lo no institucional, entre el espacio público estatal y el espacio público no estatal, entre otros.

No constituye un dato menor recordar que la apertura del ciclo de luchas contra la globalización neoliberal y asimétrica no provino de las fuerzas de la política institucional. Éste se abrió en 1994 con la irrupción del zapatismo, en Chiapas. El zapatismo, como es reconocido, no solo fue el primer movimiento de estas características en América Latina, sino también el primer movimiento contra la globalización neoliberal, que influyó fuertemente en los grupos y colectivos alterglobalización que se estaban gestando tanto en Europa como en Estados Unidos. Pero en rigor, en América Latina, el nuevo ciclo de acción colectiva, que señala una progresiva acumulación de las luchas contra las reformas neoliberales, arranca en el año 2000, con la guerra del agua, en Cochabamba, y tuvo sus momentos de inflexión tanto en Argentina, en diciembre de 2001, como en Ecuador, en 2005, y nuevamente en Bolivia, en 2003 y 2006, entre otros. Fueron entonces las organizaciones y los movimientos sociales los grandes protagonistas de este nuevo ciclo, los que a través de sus luchas y reivindicaciones, aun de la práctica insurreccional, lograron abrir la agenda pública y colocar en ella nuevas problemáticas: el reclamo frente a la conculcación de los derechos más elementales, la cuestión de los recursos naturales y de las autonomías indígenas, la crisis de representación de los sistemas vigentes, contribuyendo con ello a legitimar otras formas de pensar la política y las relaciones sociales.

Así, en las últimas décadas, los movimientos sociales en América Latina se han multiplicado y han extendido su capacidad de representación, esto es, han ampliado enormemente su plataforma discursiva y representativa en relación con la sociedad: movimientos indígenas y campesinos, movimientos urbanos territoriales, movimientos socioambientales, y movimientos y colectivos GLTTB; en fin, colectivos

culturales, dan cuenta de la presencia de un conjunto de reivindicaciones diferentes, con sus respectivos *clivajes* identitarios, configurando un campo multiorganizacional extremadamente complejo en sus posibilidades de articulación. Heterogéneos en sus demandas, al igual que en otras latitudes, los movimientos sociales nos transmiten una tendencia a la reafirmación de la diferencia y el llamado reconocimiento. Sin embargo, si la tendencia a reafirmar la primacía de la diferencia aparece como un rasgo global de los movimientos sociales, no es menos cierto que en América Latina, en los últimos tiempos, una de las problemáticas centrales y potencialmente unificadora es aquella de la tierra y del territorio.

Asimismo, es importante destacar la configuración de un «nuevo internacionalismo»,² que ha venido asomando en la arena mundial, de la mano de los movimientos sociales. Ciertamente, desde 1999, se han multiplicado los espacios de coordinación y los foros sociales, que apuntan a la potenciación y a la convergencia de diferentes luchas contra la globalización neoliberal. Más allá de las diferencias ideológicas y sociales que caracterizan al heteróclito «movimientos de movimientos», desde Seattle hasta Génova, Porto Alegre y Nairobi, y hasta las jornadas globales contra la guerra en Irak, ha venido conformándose un discurso crítico —y, en algunos casos, antisistémico—, respecto de la globalización neoliberal, que reconoce por lo menos tres elementos comunes: un cuestionamiento a las nuevas estructuras de dominación surgidas de la transnacionalización de los capitales, que se expresa en la superación de las fronteras políticas, económicas y jurídicas; el rechazo de la mercantilización creciente de las relaciones sociales, producto de la globalización neoliberal; y la revalorización y defensa de los derechos culturales y territoriales.

En América Latina, estos nuevos espacios de coordinación han estado signados particularmente por la evolución de los llamados acuerdos sobre liberalización comercial y especialmente frente a la iniciativa estadounidense de subsumir a los países de la región bajo un Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA). De manera más reciente, las resistencias locales y regionales contra el IIRSA (Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Regional Suramericana),³ contra los avances del modelo extractivo exportador y la extensión del modelo de agronegocios, han desembocado en la constitución de espacios de coordinación regional, centrada en la defensa de la tierra y el territorio.

Recordemos que el impulso del capitalismo neoliberal posdictaduras ha tenido diferentes fases en América Latina: un primer momento, desde finales de la década de 1980, estuvo marcado por la desregulación económica, el ajuste fiscal, la política de privatizaciones (de los servicios públicos y de los hidrocarburos), así como por la introducción del modelo de agronegocios. Esta primera fase, en la cual se sentaron las bases del Estado metarregulador (Sousa Santos, 2007a), conllevó la generación de nuevas normas jurídicas que garantizaron la institucionalización de los derechos de las grandes corporaciones, así como la aceptación de la normativa creada en los espa-

2. La expresión proviene del título del libro de D. Bensaid (*Le nouvel internationalisme*, 2003) y fue retomada por Seoane, Taddei y Algranati (2006).

3. Cartera de proyectos de infraestructura de transporte, energía y comunicaciones consensuada por varios gobiernos latinoamericanos en el marco de la Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Regional Suramericana (IIRSA). Para el tema, véase Ceceña, Aguilar y Motto (2007).

cios transnacionales. Al mismo tiempo, dichas orientaciones contribuyeron a consolidar un modelo económico basado en la reprimarización de la economía, altamente dependiente de los mercados externos, al tiempo que profundizaron las bases del Estado patrimonialista, de cara a la fuerte imbricación entre los gobiernos, en sus diferentes niveles, con los grupos económicos privados.

En continuidad con el momento anterior, pero en un escenario político diferente al de la década de 1990, en la actualidad asistimos a una segunda fase, caracterizada por la generalización del modelo extractivo-exportador, basado en la extracción de recursos naturales no renovables, y la expansión de los agronegocios, necesarios para alimentar el nivel de consumo sostenido y el modelo de acumulación vigente. En otros términos, la actual etapa expresa una demanda cada vez mayor de los países desarrollados hacia los países dependientes, en términos de materias primas o de bienes de consumo, lo cual aparece reflejado en la expansión de las fronteras hacia territorios antes considerados «improductivos»: la frontera agrícola, petrolera, minera, energética y forestal. Dicha expansión genera transformaciones mayores, en la medida en que reorienta completamente la economía de pueblos enteros y sus estilos de vida, y amenaza en el plazo medio la sustentabilidad ecológica. La minería a cielo abierto, la construcción de grandes megarrepresas, los proyectos previstos por el IIRSA y prontamente los llamados agrocombustibles (etanol), ilustran de forma cabal esta nueva división territorial y global del trabajo en el contexto del capitalismo actual.

Esta desigual división del trabajo, que repercute en la distribución de los conflictos territoriales, perjudica sobre todo a aquellos sectores sociales que presentan una mayor vulnerabilidad. Un ejemplo de ello es la situación de los pueblos indígenas y campesinos, que pujan por la defensa de sus derechos culturales y territoriales, reconocidos formalmente por gran parte de las constituciones latinoamericanas, ante el avance de la frontera forestal, las grandes represas, la privatización de las tierras o el *boom* de la soja transgénica. En términos de D. Harvey (2004), la actual etapa de expansión del capital puede ser caracterizada como de «acumulación por desposesión»,⁴ proceso que ha producido nuevos giros y desplazamientos, colocando en el centro de la disputa la cuestión del territorio y el medio ambiente. Asimismo, la nueva etapa también aparece asociada a nuevos mecanismos de desposesión, como la biopiratería o la apropiación de formas culturales y cultivos tradicionales pertenecientes a los pueblos indígenas y campesinos.

No es casualidad, entonces, que en este escenario de reprimarización de la economía, caracterizado por la presencia desmesurada de grandes empresas transnacionales, se hayan potenciado las luchas ancestrales por la tierra, de la mano de los movimientos indígenas y campesinos, al tiempo que han surgido nuevas formas de movilización y participación ciudadana, centradas en la defensa de los recursos naturales (definidos como «bienes comunes»), la biodiversidad y el medio ambiente; todo lo cual va diseñando una nueva cartografía de las resistencias, al tiempo que coloca en el centro de la agenda política la disputa por lo que se entiende como «desarrollo sostenible».

4. Para Harvey (2004) el actual modelo de acumulación implica cada vez más la mercantilización y la depredación, entre otras cosas, de los bienes ambientales. La acumulación por desposesión o despojo (lo que Marx denominaba la «acumulación originaria») ha desplazado en centralidad la dinámica ligada a la «reproducción ampliada del capital».

Tengamos en cuenta que, desde finales de la década de 1980, *el territorio* se fue erigiendo en el lugar privilegiado de la disputa, a partir de la implementación de las nuevas políticas sociales, de carácter focalizado, diseñadas desde el poder con vistas al control y la contención de la pobreza. Esta dimensión material y simbólica, muchas veces comprendida como *autoorganización comunitaria*, aparece como uno de los rasgos constitutivos de los movimientos sociales en América Latina, tanto de los movimientos campesinos, muchos de ellos de corte étnico, como de los movimientos urbanos, que asocian su lucha a la defensa de la tierra o a la satisfacción de las necesidades básicas.

Sin embargo, de manera más reciente, a partir de las nuevas modalidades que ha adoptado la lógica de acumulación del capital, asistimos a una nueva inflexión a partir de la cual el territorio, en un sentido más amplio, esto es, concebido doblemente como hábitat y comunidad de vida, aparece en el centro de los reclamos de las movilizaciones y los movimientos campesinos, indígenas y socioambientales. Las acciones de dichos movimientos, orientadas tanto contra el Estado como contra sectores privados (grandes empresas transnacionales), generalmente se inician con reclamos puntuales, aunque en la misma dinámica de lucha tienden a ampliar y radicalizar su plataforma representativa y discursiva, incorporando otros temas, tales como el cuestionamiento a un modelo de desarrollo monocultural y destructivo, y la exigencia de desmercantilización de los llamados «bienes comunes». En dicho proceso, la construcción de la *territorialidad* se va cargando de nuevas (re)significaciones y diferentes valoraciones, en contraste con las concepciones generalmente excluyentes, de corte desarrollista o ecoeficientistas, que motorizan tanto los gobiernos como las empresas transnacionales.⁵

En suma, lejos de la pura linealidad, este cambio de época que señala la desnaturalización de la asociación entre globalización y neoliberalismo establecida durante la década de 1990 instala a los países latinoamericanos en un espacio de geometría variable, donde se entrecruzan diferentes tendencias: por un lado, aquellas que muestran una ruptura con el modelo excluyente instalado en la década de 1990 (con todas sus complejidades y matices nacionales); por otro lado, aquellas que señalan la tentativa de reconstrucción de una gobernabilidad neoliberal, a través de la continuidad y la profundización de esquemas de disciplina económica, social y política.

En este marco transicional, con todas sus complejidades y matices nacionales, los movimientos sociales latinoamericanos han venido desarrollando una dinámica abierta de lucha que se instala entre lo destituyente y lo instituyente, una dialéctica que es necesario explorar en toda sus posibilidades y limitaciones, y nos obliga a reflexionar, como afirma Modonesi (2007), en la manera en cómo se articulan y son repensados conceptos tales como el de autonomía, el antagonismo y la subalternidad.

5. En la medida en que la construcción de la territorialidad aparece como una dimensión constitutiva de los diferentes movimientos sociales latinoamericanos, éstos pueden denominarse *movimientos socioterritoriales*. Esta caracterización de los actuales movimientos sociales latinoamericanos como movimientos socioterritoriales, coincide con la visión de otros colegas del espacio crítico latinoamericano; como por ejemplo, C. Porto González y Bernardo Mancano, en Brasil; Raúl Zibechi y Norma Giarracca, en el Cono Sur, por nombrar solo algunos de ellos. Para el tema, véase Svampa, 2008a.

MATRICES POLÍTICO-IDEOLÓGICAS: UNA APROXIMACIÓN A LAS TIPOLOGÍAS Y MODELOS DE MILITANCIA

Si partimos del hecho de que los movimientos sociales son heterogéneos en sus demandas y, al mismo tiempo, poseen una potencialidad antagónica, una de las preguntas y debates centrales se vincula con la posibilidad de articulación de las luchas, lo cual no depende solamente de la potencialidad unificadora de ciertos temas y marcos de acción, sino también de los vínculos que se entretajan entre las diversas tradiciones político-ideológicas presentes en el campo militante contestatario. Es por ello que, en el presente apartado, proponemos llevar a cabo una presentación que pone el acento en las diferentes matrices sociopolíticas que recorren los movimientos socio-territoriales en América Latina, y que facilitarán la reflexión acerca de los rasgos tendenciales centrales que advertimos en el actual escenario.

Desde nuestra perspectiva, el campo contestatario se despliega en cuatro matrices político-ideológicas diferentes: la indígena comunitaria, la nacional-popular, la izquierda clásica o tradicional y, de manera más reciente, la «nueva» narrativa autonomista. Por matrices político-ideológicas entendemos aquellas líneas directrices que organizan el modo de pensar la política y el poder, así como la concepción del cambio social. Si bien cada matriz político-ideológica posee una configuración determinada, los diferentes contextos nacionales, así como las tensiones internas, las van dotando, para cada caso, de un dinamismo y de una historicidad particular. En otras palabras, las matrices político-ideológicas no se encuentran en estado puro, pues las diferentes dinámicas políticas han dado paso a diversos entrecruzamientos y conjunciones (entre indianismo y marxismo, entre indianismo y matriz nacional-popular, entre indianismo y narrativa autonómica, o entre marxismo y autonomismo, por dar algunos ejemplos), como también a un proceso de conflicto y colisión, que puede llevar a acentuar las diferencias en términos de concepciones, modos de pensar y hacer la política. Esta propuesta, de orden analítico, tiene por objeto dar cuenta de aquellos elementos más dinámicos y organizadores presentes en las diferentes configuraciones político-ideológicas que hoy recorren los movimientos sociales latinoamericanos.

De modo esquemático y provisorio, procederemos a definir los elementos centrales que configuran cada matriz. Así, podemos afirmar que la matriz indígena se inserta en el marco de la «memoria larga» de los pueblos indígenas; coloca en el centro la idea de resistencia, derechos colectivos y poder comunal; y su dinámica política se inscribe permanentemente en la tensión entre un proyecto de recreación de las autonomías indígenas y el proyecto identitario de refundación o vuelta a las comunidades prehispánicas. Por su parte, la matriz nacional-popular se inserta en la «memoria mediana» (las experiencias populistas de las décadas de 1930, 1940 y 1950), y tiende a sostenerse sobre el triple eje de la afirmación de la nación, Estado redistributivo y conciliador, liderazgo carismático y masas organizadas: el pueblo. Su dinámica se instala en la tensión entre un proyecto nacionalista revolucionario, conducido por el pueblo junto a su líder, y el proyecto de la participación controlada, bajo la dirección del líder y el tutelaje estatal.

De igual modo, la matriz propia de la izquierda tradicional partidaria se instala en el marco de la memoria mediana, y se nutre de las diferentes variantes del marxismo partidario, entre las cuales destaca la superioridad de la forma partido, y una determinada concepción del poder (y, por ende del cambio social) ligada a la idea antagonismo de clases y la construcción del socialismo. Su dinámica suele instalarse en la tensión/articulación entre la vía revolucionaria (la lógica de la toma del poder) y la vía reformista institucional (la lógica electoral).

Respecto de la nueva narrativa autonomista, más bien instalada en el marco de la «memoria corta», los elementos centrales que configuran su matriz son la afirmación de la autonomía, la horizontalidad y la democracia por consenso. En este caso particular, hablamos de una «narrativa» autonomista porque ésta se construye como un relato identitario,⁶ de producción del sujeto, en el cual cuenta la experiencia personal de los actores (antes que una inscripción en la comunidad, el pueblo o la clase social). Por otro lado, históricamente es una narrativa que se nutre del fracaso general de las izquierdas tradicionales (por ello cobra relevancia la definición por oposición respecto de otras tradiciones de izquierda, principalmente la izquierda partidaria), así como de los procesos de desinstitucionalización de las sociedades contemporáneas.

Esta nueva narrativa ha ido configurando un etos común que afirma como imperativo la desburocratización y democratización de las organizaciones, y que se alimenta, por ende, de una gran desconfianza respecto de las estructuras partidarias y sindicales, así como de toda instancia articuladora superior. En términos generales, la autonomía aparece no solo como un eje organizativo, sino también como un planteo estratégico, que remite a la «autodeterminación» (en el sentido de Castoriadis, de «dotarse de su propia ley»). Por ello, su dinámica tiende a desplegarse en la tensión inscrita entre la afirmación de un etos colectivo libertario (la autonomía como horizonte utópico) y el repliegue diferencialista-identitario (la autonomía como valor refugio).

Este etos común ha dado lugar a nuevos modelos de militancia, entre los cuales destacan, en primer lugar, la figura «local» del *militante territorial*, verdadera columna vertebral de los grandes movimientos sociales de América Latina; en segundo lugar, la figura «global» del *activista cultural*, que se halla difundida en distintas latitudes, tanto en los países del centro como de la periferia. En efecto, como hemos señalado anteriormente, la implementación de un nuevo modelo de gestión, asociado al discurso neoliberal y al mandato de los organismos multilaterales, produjo en toda la región la acentuación del proceso de empobrecimiento y territorialización de los sectores populares. Este proceso fue colocando en el centro de la nueva política local la figura del mediador, a través del «militante social» o «territorial», heredero de los movimientos sociales urbanos de otras épocas.

En cuanto al activista cultural, su modalidad de construcción organizativa son los grupos de afinidad, a través de colectivos que suelen adoptar una dimensión a la vez política y cultural. En este sentido, como «movimientos de experiencia» (Mac Do-

6. La categoría de narrativa ha sido definida por Koselleck (1993) como la dimensión específicamente temporal mediante la cual los actores asignan sentidos a la vida, individual y colectiva, eslabonando el tiempo como hilo articulador de la narración.

nald, 2003), donde la acción directa y lo público aparecen como un lugar de construcción de la identidad, no resulta extraño que gran parte de estos grupos se agoten en la dimensión cultural-expresiva y no alcancen una dimensión política. Sin embargo, en otros casos, sobre todo allí donde la acción de los movimientos sociales es relevante en términos políticos, los colectivos culturales buscan deliberadamente una mayor articulación con aquéllos, constituyéndose en creadores de nuevos sentidos políticos y culturales, o bien, asumiendo el rol de reproductores de los acontecimientos en un contexto de intensificación de las luchas sociales. Esta forma de militancia expresa así una vocación nómada por el cruce social y la multipertenencia, en el marco del desarrollo de relaciones de afinidad y redes de solidaridad con otras organizaciones. Su expansión, tanto en el ámbito de la comunicación alternativa, la intervención artística y la educación popular, constituye una de las características más emblemáticas de las nuevas movilizaciones sociales. En este sentido y contrariamente a lo que se piensa, el activista cultural está lejos de ser un actor de reparto, erigiéndose más bien en uno de los protagonistas centrales de las luchas antineoliberales actuales. En fin, en un campo en el que la volatilidad y la tendencia al repliegue son la regla, el nuevo activismo cultural, ya cuenta en América Latina con una rica historia de la región.

En lo que sigue, procederemos a preguntarnos cuáles son los datos más novedosos que marcan el actual paisaje latinoamericano y en qué medida estas tendencias ponen de manifiesto el modo en cómo dichas matrices convergen, se entrelazan o articulan, cooperan o colisionan, en el marco de diferentes dinámicas políticas nacionales. Nuestro análisis se detendrá principalmente en Argentina, Bolivia y México, aunque en ciertos casos haremos referencia a otros países.

EL AVANCE DE LAS LUCHAS INDÍGENAS Y LOS PROYECTOS EN CURSO

Así, en primer lugar, uno de los mayores datos es el avance de las luchas y conquistas de las autonomías indígenas, lo cual incluye escenarios políticamente tan contrastantes como Bolivia, México y Perú. En este sentido, el nuevo despertar político de los pueblos indígenas se instala tanto en el terreno de la memoria larga, como en el de la memoria corta de las luchas: en efecto, la relegitimación de la matriz comunitaria ha tenido como telón de fondo el avance de la globalización neoliberal, expresado en la actualidad a través de la expansión de las fronteras del capital hacia los territorios antes considerados improductivos. Estas nuevas modalidades de dominación colisionan de lleno con los modos de vida de las poblaciones originarias y campesinas, y amenazan en su conjunto la preservación de los recursos básicos para la vida (tierra y territorio). Dichos antagonismos han ido configurando respuestas diferentes que, por encima de las tensiones existentes, colocan en el centro la autonomía de los pueblos indígenas, la refundación de la nación a través de la creación de Estados plurinacionales y el reconocimiento de una «legalidad originaria»,⁷ por la vía de Asambleas Constituyentes y reformas constitucionales.

7. Retomamos la expresión de Fuentes Morúa (2006).

En Bolivia, la expresión más acabada del proyecto político indigenista ha sido sin duda el Pacto de Unidad, que integraron diversas organizaciones indígenas y campesinas vinculadas al MAS, un documento preparado especialmente para la Asamblea Constituyente que propone la creación de un Estado comunitario y plurinacional. Elaborado y publicado en septiembre de 2006, es una prueba elocuente de la apuesta realizada por importantes organizaciones sociales, de carácter indígena y rural, respecto de los objetivos refundacionales que originariamente planteaba la Asamblea Constituyente.⁸

Sin embargo, en Bolivia el desafío por crear un Estado plurinacional se entrecruzó con la necesidad, de parte del nuevo gobierno, de reconstruir el Estado nacional, a través del desarrollo de mecanismos reguladores que apuntan a desarticular el Estado metarregulador y patrimonialista heredado, asegurando con ello el control nacional de la economía y los recursos naturales. Por otro lado, la demanda de autonomía indígena se insertó en una dinámica de polarización social y regional, y encontró su contracara en las demandas autonómicas del Oriente, ese «otro país», el de la media luna boliviana, que incluye Santa Cruz, además de Tarija, Beni y Pando. Esta reapropiación que hicieron las élites regionales de la demanda de autonomía, desembocaron en un proceso tensión y de negociación que atravesó la Asamblea Constituyente.

La nueva Constitución Política, sancionada en un marco de conflictos en Oruro, en diciembre de 2007, había recogido gran parte de lo expresado en el Pacto de Unidad, aunque varias definiciones quedaron en la nebulosa, como la elección de una Asamblea Legislativa Plurinacional, que tendría a su cargo la discusión sobre las autonomías, y la cuestión de cómo se saldarían los conflictos entre la justicia comunitaria y la justicia ordinaria.⁹ Sin embargo, las «correcciones» aportadas en octubre de 2008, en el marco de una negociación parlamentaria con la oposición, introdujeron varias modificaciones (un centenar), que afectaron el alcance de la reforma agraria, de la justicia comunitaria y el llamado control social, entre otros.

Sin duda, esta salida «pactada», que redujo el alcance de las demandas de autonomía del proyecto indígena expresado a través de la Asamblea Constituyente, debe ser entendida en el escenario de polarización que recorre el país en los últimos años, agudizado desde el ascenso de Evo Morales. Pese a las concesiones, según P. Stefanoni y R. Bajo: «la nueva Carta Magna tiene todo lo que Evo Morales necesita para construir su proyecto de poder: reelección, mayores espacios para la intervención del Estado en la economía y ciertos insumos para una descolonización entendida como igualdad» (*Le Monde Diplomatique*, Bolivia, noviembre de 2008).

En realidad, aun reconociendo tanto la fuerza como las debilidades del proyecto autonómico de las organizaciones indigenistas y rurales, es necesario decir que éste

8. Las organizaciones eran las siguientes: Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia, CSUTCB; Confederación de Pueblos Indígenas de Bolivia, CIDOB; Confederación Sindical de Colonizadores de Bolivia, CSCB; Federación Nacional de Mujeres Campesinas de Bolivia, «Bartolina Sisa», FNMCB-BS; Consejo Nacional de Ayllus y Markas del Qullasuyu, CONAMAQ; Coordinadora de Pueblos Étnicos de Santa Cruz, CPESC; Movimiento Sin Tierra de Bolivia, MST; Asamblea del Pueblo Guaraní, APG; y Confederación de Pueblos Étnicos Moxeños de Beni, CPEMB.

9. Para un análisis, véase Ochoa Urioste, 2008.

está lejos de presentarse en estado puro. Antes bien, aunque diferenciada, la matriz comunitarista aparece articulada y combinada con la matriz nacional popular, de la cual Evo Morales aparece como su encarnación más clara. Además, existe la tensión —corrientemente subestimada e incluso invisibilizada— con las identidades campesinistas construidas bajo el nacionalismo revolucionario de las décadas de 1940 y 1950.¹⁰ El hecho de que en la nueva Constitución se hable de la «cosmovisión» *indígena-campesina*, busca resolver esta tensión entre una identidad clasista y otra que se postula —al menos en su forma indigenista— como visión del mundo alternativa al «modelo de civilización occidental» heredero de la conquista española. Los sindicatos cocaleros de donde surge a la política Evo Morales son en gran medida herederos de estas tradiciones, junto con ciertas inercias y reinenciones de lógicas protocomunitarias que perviven bajo la forma *sindicato*.

Por su parte, en México, la autonomía fue desde el comienzo un núcleo central del proyecto zapatista, que sería ilustrado primero por los municipios autónomos y luego por las Juntas del Buen Gobierno, creadas en 2003, en una dinámica que suele ser leída como el proceso de fundación de instituciones propias. Estas nuevas instituciones, que se encuentran por fuera de la estatalidad, son una expresión de la consolidación del avance de las comunidades autónomas y autogestionadas en lo político y económico, encargadas de proveer educación, salud, vivienda y alimentación, entre otros. Cuán desarrolladas están estas comunidades, cuán autónomas son (en lo económico, educativo y social, por ejemplo), cuántos avances han realizado en términos de pasaje de una «comunidad de resistencia» a una «comunidad proyecto», es algo difícil de dirimir. Especialistas como G. López y Rivas (2004) en la cuestión de las autonomías indígenas sostienen que los zapatistas han profundizado «las formas de una democracia basada en organizaciones abiertas, horizontales e incluyentes: gobernar como servicio, mandar obedeciendo, revocación del mandato, autogestión y autoorganización del poder social, representar y no suplantar, proponer y no imponer, convencer y no vencer, construir y no destruir». Otros ensayos que exploran el tema reconocen la dificultad que hoy atraviesa el EZLN, debido al endurecimiento del escenario represivo en México, y la instalación, desde la llegada de Calderón, de un cerco militar que ha golpeado a las bases zapatistas (Modonesi, 2008). Asimismo, aun los más críticos destacan que la mayor participación de los jóvenes y de las mujeres en la educación de los niños y el cuidado de los ancianos implica avances tanto en el campo de las relaciones de género como en las relaciones intergeneracionales, pero niegan que «las regiones zapatistas sean realmente autónomas» y que exista un proyecto político de construcción de la autonomía. Ésta sería más bien de carácter «empírico» (Almeyra, 2008). Por último, no son pocos los que subrayan el fracaso de «La Otra Campaña», lanzada por el zapatismo en 2005, con la idea de unir la lucha indígena con otros sectores, y que instaló al zapatismo en un campo multiorganizacional complejo, de abierta confrontación con la «democracia dirigista» (ilustrada por un liderazgo nacional-popular como el de López Obrador), y con la izquierda clasista más tradicional.

Sin embargo, la construcción de una autonomía de hecho no es un tema menor, muy especialmente si hacemos referencia a otras experiencias mexicanas, por fuera

10. Gordillo, 2000.

del zapatismo. Recordemos que la autonomía remite tanto a la autodeterminación, como al reconocimiento de los derechos colectivos, a la vez culturales y territoriales. El zapatismo, principalmente a través de los acuerdos de San Andrés (1995-1996), abrió una gran oportunidad política para la discusión de las autonomías y el reconocimiento de los derechos culturales, en la cual participaron numerosas organizaciones indígenas. La disputa por el sentido de la autonomía indígena, entendida como «el núcleo sociopolítico del proyecto indígena» (López y Rivas, 2004), se insertó, pues, en un campo pluriorganizacional, en el cual confluían organizaciones y pueblos indígenas. Los acuerdos de San Andrés reconocían el derecho de los pueblos a su autonomía en el marco del Estado mexicano; sin embargo, los mismos fueron traicionados, al distorsionarse la iniciativa de reforma constitucional impulsada por la Cocopa (Comisión de Concordia y Pacificación), votada posteriormente por el Parlamento, con la complicidad de los partidos mayoritarios.

En 2001, se abrió la oportunidad de retomar los acuerdos de San Andrés —ya no bajo el gobierno del PRI sino del PAN—, a través de la propuesta de reforma de la constitución, pero nuevamente esta posibilidad se vería frustrada. Pero lo notorio es, como afirma López Bárcenas (2006), que «los pueblos indígenas fueron más allá»: primero, interpusieron 330 controversias constitucionales, demandando la nulidad del proceso legislativo, lo cual fue rechazado por la Corte Suprema de Justicia. En segundo lugar, dado el fracaso de la vía institucional, éstos llamaron «a construir las autonomías de hecho». Así, en la medida en que el Estado cerró la puerta al reconocimiento de las autonomías indígenas, la respuesta, lejos de ser la resignación o la violencia, fue la de buscar concretar aquello que el gobierno les negaba. «En esa situación, más que ponerse a discutir sobre el problema, las comunidades indígenas, avanzaron y en el camino resolvieron alguno de los problemas que aparentemente no tenían solución, con lo cual nos aportaron una experiencia cuyos impactos todavía no es posible evaluar en su totalidad» (López Bárcenas, 2006: 106-107). Así en varios Estados (entre ellos en Guerrero y Oaxaca) se inició un proceso de autonomización de los municipios. En un marco en el cual «los sujetos titulares de los derechos indígenas son los pueblos indígenas y no los movimientos o las comunidades», éstos han emprendido la defensa de los derechos comunitarios y el establecimiento de relaciones con otras comunidades y pueblos, apoyándose en el Congreso Nacional Indígena, como ámbito de discusión.

A diferencia de Bolivia, donde los sentidos de la autonomía entraron en un campo de disputa, a partir de la reapropiación que realizó la derecha de la llamada media luna, en México ésta aparece como una prerrogativa absoluta de los pueblos indígenas, en su resistencia a las políticas de expropiación neoliberal llevadas a cabo por el gobierno. Asimismo, contrariamente a lo sucedido en Bolivia, donde la fragilidad del Estado nacional es una cuestión de origen y trayectoria histórica, en México, el proceso de construcción del Estado nacional, conducido por el PRI (Partido Revolucionario Institucional) a lo largo del siglo xx, ha sido considerado como «exitoso». Sin embargo, la apertura a la globalización asimétrica y los acuerdos comerciales celebrados con Estados Unidos, implicaron un trastocamiento de las relaciones sociales y una reorientación de la estructura estatal priista (Gilly, 1997). Así, no es casual que uno de los aspectos más notorios que sobresale en el discurso de los diferentes acto-

res es, como ya lo subrayaba el zapatismo, la crítica a la clase política, «incapaz de reconstruir el Estado nacional». En ese marco, como afirma Gutiérrez Aguilar (2006), los reclamos de los pueblos indígenas se harán bajo la consigna de la dignidad y la autonomía.

En suma, en México, el avance de las autonomías locales va revelando progresivamente un modelo de construcción del poder, en contraposición a la estatalidad representada por el PRI y el PAN. Así López Bárcenas destaca que «con la decisión de construir autonomía los pueblos indígenas buscan *dispersar el poder*, para posibilitar el ejercicio directo de las comunidades indígenas»; una descentralización diferente a la propuesta por los expertos del Banco Mundial. Elección y rotación de autoridades según los usos y costumbres, gestión comunitaria de la educación, en algunos casos, como en Guerrero, y policía comunitaria, son aspectos que cubren el proceso de construcción cotidiana de la autonomía. Luchas locales que progresivamente enfrentan problemas nacionales en el marco de la globalización: la lucha por la tierra y el territorio (soberanía alimentaria, lucha contra la privatización de la energía eléctrica, el petróleo y los recursos naturales). Así, la autonomía es un proceso en construcción, cuyo alcance todavía no puede ser evaluado en su impacto y magnitud, pero, como sostienen varios autores, señala un proceso de lucha que parece no tener retorno.

Otro de los ejemplos de reemergencia de la matriz comunitaria, en el marco de un gobierno neoliberal y fuertemente represivo, es el caso de Perú, país en el cual, en 1999, surgió la Coordinadora Nacional de las Comunidades del Perú Afectadas por la Minería (Conacami), que articula comunidades y organizaciones de nueve regiones del país. Resulta emblemático que, en los últimos años, en un contexto de creciente judicialización del conflicto, la Conacami ha ido realizando el pasaje de un lenguaje «ambientalista», crítico del modelo productivista de desarrollo, a la reafirmación de una identidad indígena y la defensa de los derechos culturales y territoriales. Por último, es bueno recordar que el avance de los pueblos indígenas en su lucha por la autonomía incluye otros movimientos y organizaciones que se desarrollan actualmente en Colombia, Ecuador y Chile, entre otros países.

LAS NUEVAS FORMAS DE MILITANCIA Y LA DEMANDA DE AUTONOMÍA

En segundo lugar, aunque en otro registro, la demanda de autonomía recorre también otras formas de resistencia. Ya hemos adelantado que la demanda de autonomía da cuenta de una transformación importante en el proceso global de construcción de las subjetividades políticas, como resultado de los cambios que ha habido en la sociedad contemporánea. Más aún, para el caso latinoamericano, la conjunción entre anclaje territorial, acción directa, difusión de modelos asamblearios y demanda de autonomía, han ido configurando un nuevo *etos militante*, esto es, un conjunto de orientaciones políticas e ideológicas que configuran la acción colectiva y se expresan a través de modelos de militancia, tales como el militante territorial y el activista cultural.

El nuevo *etos militante* genera en la praxis cruces y yuxtaposiciones, pero también nuevas fronteras entre los modelos de acción y sus expresiones organizativas. En

realidad, diferentes, pero también complementarios, el militante social territorial y el activista cultural no siempre se encuentran en el largo camino de las luchas. Así, a diferencia de otras décadas, el activista cultural es particularmente celoso de su autonomía, y aún no está claro si la mayor distancia o la articulación con los movimientos sociales es solo un problema de dinamismo sociopolítico, de potencialidad intrínseca o de particulares diferencias en términos de horizonte de expectativas.

Un caso de articulación ha sido sin duda ilustrado por el zapatismo. En efecto, en un contexto de globalización asimétrica que colocó a los pueblos indígenas en la vanguardia de la lucha por la tierra y el territorio, el zapatismo inauguró una «modernidad no excluyente» (Ceceña, 2003). Ciertamente, su irrupción no solo fue importante en el marco del ascenso de los movimientos indígenas latinoamericanos, sino también en el proceso de renovación de las izquierdas. Más allá de las valoraciones que hagamos, el zapatismo conllevó una reformulación del horizonte de las izquierdas latinoamericanas, en un movimiento que lo colocó claramente, a través del discurso de Marcos, a contracorriente de las visiones vanguardistas del poder; en un movimiento que, al tiempo que lo separaba de las izquierdas vernáculas, lo conectaba directamente con el nuevo etos de la época, ilustrado emblemáticamente por la narrativa autonomista. Esto fue lo que dotó al zapatismo de una gran capacidad de atracción e irradiación: por un lado, su poderosa interpelación específica (hacia los pueblos indígenas), que sin embargo estaba lejos de declinarse en términos de un neofundamentalismo étnico o de un repliegue identitario; por otro lado, su interpelación global a una forma de concebir la política desde abajo, que reclama la autonomía, la horizontalidad de los lazos y la democracia por consenso como valores estructurantes, valores compartidos con los nuevos movimientos sociales surgidos en la década de 1960. La noción de autodeterminación fue la llave que unió estas dos dimensiones de la autonomía, provenientes de experiencias tan diversas. El zapatismo tuvo así dimensiones que lo han hecho único, tanto por su capacidad para tender puentes interclasistas, intergeneracionales e internacionales, como por su persistencia y dinamismo a lo largo de un proceso conflictivo en el cual se han ido alternando de manera singular, el silencio y la palabra. Asimismo, en México, el rol de los colectivos culturales (por ejemplo, como potenciales articuladores de la fallida «La Otra Campaña») ha sido también destacable.

En Argentina, hay que reconocer que en los últimos años ha habido un amplio desarrollo de diferentes corrientes que dan cuenta de la presencia de la narrativa autonomista que incluyen desde las organizaciones de desocupados independientes, asambleas barriales, organizaciones de derechos humanos (como HIJOS), fábricas recuperadas, asambleas ambientalistas, numerosos colectivos culturales hasta experiencias centradas en la denuncia de la precarización laboral (Coordinadora de Trabajadores Precarizados) y nuevos activistas sindicales. Pese a su escasa proyección política en la escena pública, la defensa de la autonomía recorre una parte no menor de las experiencias sociales y políticas contemporáneas. Por otro lado, recordemos que, en Argentina, la presencia de la matriz comunitaria, a través de las organizaciones indígenas, es marginal. Por ende, la autonomía es un reclamo disociado de esta poderosa corriente (y su expresión en términos de proyecto político) que aparece en otras regiones de América Latina. En este sentido, pese a que, en el campo de los movimientos

sociales la narrativa autonomista se nutre de un discurso práctico,¹¹ antes que teórico, cabe señalar la fuerte resonancia que en el campo cultural han tenido Deleuze, la filosofía política italiana (Toni Negri y Paolo Virno), así como algunos textos de Holloway. En el ámbito continental, el modelo de referencia es sin duda la experiencia y el discurso zapatista, más allá de las entusiastas adhesiones que ha producido la experiencia boliviana en los últimos años. En breve, mientras que en el caso de México este nuevo talante de la época presenta diversas modalidades de conjunción con la matriz indigenista, en Argentina ésta se nutre del rechazo a la izquierda tradicional, e instala una tensión entre la afirmación de la autonomía como horizonte político emancipatorio y la autonomía como valor refugio.

Asimismo, tanto el militante social como el activista cultural se enfrentan hoy a obstáculos diferentes. En cuanto al militante social, una de sus mayores dificultades es la de politizar lo social en el marco de un «cierre» del peronismo desde abajo y ante las limitaciones que presupone una tarea asociada a la urgencia, esto es, a la gestión de las necesidades básicas. La actual crisis de las organizaciones de desocupados no es ajena al estallido de esta tensión, por encima de la posterior mejora de la situación económica, a partir de 2004 (Svampa, 2008a). En cuanto a los militantes o activistas culturales, éstos han contribuido de manera decisiva a recrear los sentidos de las movilizaciones, sobre todo a partir del año 2002, aun si en el presente no tienen la visibilidad de los años anteriores. En efecto, en la actualidad el lazo con los movimientos sociales aparece debilitado o, por el contrario, cuando éste existe, el activista cultural tiende a encapsularse en el espacio militante.¹²

Época entonces de convergencias difíciles: en Bolivia, por ejemplo, la potenciación entre militantes sociales y activistas culturales creció enormemente entre 2000 y 2003, año de la caída de Sánchez de Lozada, pero no parece ser el caso en la actualidad, bajo el gobierno de Evo Morales. Amén de ello, resulta curioso que un gobierno que define la revolución en curso en un doble plano, a la vez político y cultural, y desarrolla una retórica fuerte en torno a la descolonización, otorgue una escasa importancia al rol creativo de la cultura y, más específicamente, a la tarea de recreación que de la historia boliviana diversos colectivos culturales vienen realizando, sobre todo en El Alto, por fuera del gobierno y, en algunos casos, con apoyo de ciertas ONG.

LA REACTIVACIÓN DE LA TRADICIÓN NACIONAL-POPULAR

En tercer lugar, la desnaturalización de la relación entre globalización y neoliberalismo, nos inserta en un escenario transicional en el cual una de las mayores notas es la reactivación de la matriz nacional-popular, ligada a la reivindicación del Estado

11. Como afirma M. Bergel (2008), «un rasgo que configura una de las especificidades de los autónomos argentinos: el reconocimiento de la superioridad epistemológica y política del momento práctico, y el celo por la irreductible singularidad de cada experiencia».

12. Una situación opuesta es la de Brasil, donde el Movimiento de los Trabajadores sin Techo trabajaba hasta hace poco tiempo codo a codo con activistas culturales (la llamada *guerrilla cultural*), durante las ocupaciones de tierras urbanas.

(como constructor de la nación) y a un ejercicio de la política que instala una permanente tensión o conjunción entre, por un lado, las demandas de democracia directa y participativa y, por el otro, la democracia representativa y decisionista.

En este registro se instala Bolivia, que señala a la vez la tensión y la conjunción de la doble exigencia de creación de un Estado plurinacional y de un Estado nacional, en el marco de un proceso de polarización social y regional. En efecto, en Bolivia, la actual polarización social y regional va reconfigurando el horizonte de las tradiciones políticas y sus respectivos proyectos; polarización que debe ser entendida en dos niveles diferentes: por un lado, como hemos dicho, la posibilidad de constitucionalizar un Estado plurinacional, conformado por diversas autonomías (administrativas y territoriales), debe armonizar con el avance y la consolidación de un Estado regulador, no solo de las relaciones económicas, sino también de las relaciones entre gobierno y movimientos sociales, lo cual puede conllevar una transferencia progresiva a los grupos/pueblos y organizaciones, en la medida —y con el ritmo— que éstas vayan forjando poder instituyente. En segundo lugar, la dinámica de polarización nos confronta a otros escenarios políticos, en los que las relaciones de fuerza profundizan la división entre dos bloques: de un lado, entre movimientos/organizaciones abroquelados en torno de la figura del líder (en su versión nacional-popular), y, del otro, las oligarquías regionales —hoy políticamente debilitadas— atrincheradas en la media luna, con sus prefectos y estamentos institucionales. Pero lo que resulta claro es que, en octubre de 2008 y en un proceso todavía abierto, la crisis boliviana se resolvió en favor del fortalecimiento del Estado nacional, antes que del Estado plurinacional.

Asimismo, a partir del ascenso de N. Kirchner (2003-2007), sucedido por su esposa, Cristina Fernández de Kirchner (2007-), Argentina da cuenta del retorno en fuerza de la matriz nacional-popular, bajo el modelo de la participación controlada, en un marco de fragmentación organizacional, tanto de las agrupaciones de la izquierda tradicional como de la izquierda autónoma. En este sentido, hay que señalar que la tradición populista argentina retoma elementos diferentes respecto de aquellas otras experiencias que recorren el continente, como es el caso de Bolivia, donde lo nacional-popular reaparece ligado a las demandas de nacionalización de los hidrocarburos, que proclaman el conjunto de los actores movilizados, actualizada ahora por el liderazgo de Evo Morales. Asimismo, pese a todas las afinidades —más deseadas que efectivamente existentes—, el modelo kirchnerista poco tiene que ver con el proyecto propugnado por Chávez en Venezuela, cuyo carácter controvertido y ambivalente nos advierte ya acerca del carácter multidimensional de esa experiencia populista.¹³ A diferencias de las experiencias citadas, en Argentina la tradición populista tiende a desembocar en el reconocimiento de la primacía del sistema institucional, a través del protagonismo del Partido Peronista, por encima del de los movimientos sociales.

Esta inflexión no es solo el resultado de una relación histórica o de un vínculo perdurable entre el Partido Peronista y las organizaciones sociales, sino que responde

13. En países como Bolivia, Ecuador y Venezuela, (este último con todas sus controversias), la actual polarización está ligada a políticas de gobierno que apuntan a un cambio en el equilibrio de las fuerzas sociales. No es el caso de Argentina, país en el que las continuidades —en términos de políticas redistributivas, elección de socios económicos, modo de pensar la política institucional— y sus «aparatos», entre otros temas, parecen tener mayor peso que las rupturas efectivamente logradas.

a una cierta concepción del cambio social: aquella que deposita la perspectiva de una transformación en el cambio en la orientación política del gobierno, antes que en la posibilidad de un reequilibrio de fuerzas a través de las luchas sociales. Esta primacía del sistema político-partidario tiende a expresarse en una fuerte voluntad de subordinación de las masas organizadas en la autoridad del líder (como lo ilustran de manera evidente tanto los sindicatos de la otrora poderosa Confederación General del Trabajo, y actualmente las organizaciones de desocupados oficialistas), a través del modelo de «participación social controlada». Al mismo tiempo, esto se expresa a través de la desconfianza hacia las nuevas formas de autoorganización de lo social y sus demandas de empoderamiento y autonomía. En realidad, tanto para la izquierda partidaria como para la tradición populista argentina y sus herederos actuales, la cuestión de la autonomía de los actores constituye un punto ciego, impensado, cuando no una suerte de paradigma incomprensible y hasta «artificial» en función de la actual geografía de la pobreza.

Por último, el surgimiento en México de un movimiento cívico contra el fraude, como la Convención Nacional Democrática, nucleado alrededor de la figura de López Obrador, hoy movilizado junto con otros sectores en contra de la privatización de PEMEX (Petróleos Mexicanos), plantea varios interrogantes acerca de la persistencia de lo nacional-popular: elementos como el verticalismo, la falta de autonomía de las bases y la centralidad de la lucha electoralista,¹⁴ lo colocan en diálogo con otras experiencias latinoamericanas (como es el caso argentino).

En suma, si la dinámica de la movilización social en México se inscribe en un doble fondo (luchas contra las políticas neoliberales y demandas de apertura y democratización del poder político), hay que decir que ésta presenta una alta fragmentación político-organizacional, en el marco de un agravamiento del contexto represivo así como de una mayor profundización de las políticas neoliberales, como lo muestra emblemáticamente la propuesta de privatización de PEMEX.

LA ILUSIÓN DESARROLLISTA¹⁵

La expansión vertiginosa del modelo extractivo-exportador y los grandes proyectos de infraestructura de la cartera del IIRSA, han traído consigo una cierta «ilusión desarrollista», habida cuenta que, a diferencia de la década de 1990 (al menos hasta antes de la actual crisis financiera mundial), las economías latinoamericanas se vie-

14. Según Almeyra (2008): «El problema principal que enfrenta el movimiento social que apoya al «gobierno legítimo» es la falta de independencia frente al mismo, de organización autónoma y de objetivos claros, ya que la dirección autoritaria y verticalista de López Obrador, que tiene su justificación en la falta de un partido que lo respalde y, mucho más aún, en las tradiciones políticas verticalistas y las exigencias de sus bases, que buscan un líder, convoca y desmoviliza según la visión y las conveniencias momentáneas del mismo, y dirige toda la lucha hacia la perspectiva de las futuras elecciones presidenciales de 2012 y las legislativas de 2009, como si los fraudes de 1988 y 2006 no demostrasen que la derecha jamás cederá el gobierno a una mayoría electoral».

15. Retomamos aquí ciertos desarrollos ya propuestos en «La disputa por el desarrollo», en M. Svampa, 2008a.

ron enormemente favorecidas por los altos precios internacionales de los productos primarios (*commodities*), tal como se refleja en las balanzas comerciales y el superávit fiscal. El hecho no puede ser desestimado, muy especialmente tras el largo periodo de estancamiento y regresión económica de las últimas décadas. En esta coyuntura favorable, no son pocos los gobiernos latinoamericanos que han relegado en un segundo plano o sencillamente escamoteado las discusiones acerca de los modelos de desarrollo posible, habilitando así el retorno en fuerza de una visión productivista del mismo.

Convengamos que se ha escrito mucho acerca de las dificultades que una gran parte de los movimientos sociales actuales tiene para comprender e involucrarse en la compleja dinámica de reconstrucción del Estado, en el marco de procesos nacionales caracterizados como «gobiernos en disputa». Incluso se ha criticado la visión simplificada y, por momentos dogmáticamente autonómica, de movimientos y organizaciones sociales, proclives a ignorar las ambivalencias y los dilemas que afrontan aquellos gobiernos que hoy se proponen como objetivo un cambio en las relaciones de fuerza. Sin embargo, se ha hablado muy poco acerca de la *ilusión desarrollista* que hoy parece caracterizar a varios gobiernos de la región, y de las consecuencias que ello podría aparejar en términos de reconfiguración social.

Por otro lado, recordemos que hasta bien entrado el siglo xx no existía lugar político e ideológico desde el cual oponerse al irresistible credo del progreso, ya que se desconocían —o bien, se desestimaban— las consecuencias destructivas que podía generar una modernización sin freno. En rigor, había un único paradigma de la modernización, al cual se adherían incluso las diferentes corrientes del marxismo, cuya visión productivista y homogeneizante del progreso fue puesta a prueba en varias ocasiones y contextos históricos. En este sentido, América Latina no fue una excepción, pues la modernización y el credo productivista supieron ser la bandera que enarbolaron tanto los Estados desarrollistas como las diferentes experiencias nacional-popular. Antes bien, quizá mucho más que en otras latitudes, las izquierdas —tanto en su matriz anticapitalista como nacional-popular— se mostraron sumamente refractarias a las corrientes críticas (ambientalistas y ecologistas) que se iban pergeñando a la luz de las diferentes críticas del paradigma productivista.

Cierto es que en las últimas décadas el escenario cambió ostensiblemente. Por un lado, la crisis de la idea de modernización (y por ende, del desarrollo), en su versión hegemónica y monocultural, abrió un nuevo espacio en el cual se fue cristalizando el rechazo y la revisión del paradigma del progreso. A esto se sumó, en América Latina, la crítica de los pueblos originarios y movimientos campesinos a las tentativas asimilacionistas o étnicidas que reflejaban los diferentes modelos de desarrollo instalados por los Estados nacionales en sus diferentes fases (Estado conservador, Estado nacional-desarrollista, Estado neoliberal). Estos dos hechos abrieron el espacio a la revalorización acelerada de las cosmovisiones y culturas indígenas, lo cual se vio potenciado por el ascenso de los movimientos y organizaciones indígenas en diferentes países, como en Ecuador, México y Bolivia, entre otros.

Uno de los pocos países en los cuales se ha intentado llevar a cabo una discusión sobre el modelo extractivista exportador (respecto del petróleo y de la minería a gran escala) es Ecuador, lo cual se vio reflejado inicialmente a través de la composición del

gabinete, dividido entre «extractivistas» y «ecologistas».¹⁶ Sin embargo, el resultado no ha sido muy alentador. Ciertamente, luego de su asunción, el Gobierno de Correa elaboró y difundió un Plan Nacional de Desarrollo, que involucraba una concepción integral del mismo, esto es, no solo en términos de lógica productiva y social, sino también el desarrollo entendido como «la consecución del buen vivir en armonía con la naturaleza y la prolongación indefinida de las culturas humanas» (Plan Nacional de Desarrollo, 2007-2010: 55). La elaboración del Plan incluyó mesas de discusión en las que participaron diferentes sectores de la sociedad ecuatoriana, así como un proceso arduo de sistematización y consensos sobre sus componentes.

Dentro del Gobierno de Correa, las posiciones ecologistas eran reflejadas por el influyente Alberto Acosta, quien fuera primero ministro de Energía y luego presidente de la Asamblea Constituyente.¹⁷ La propia Asamblea planteó, en un momento determinado, declarar Ecuador «libre de minería contaminante». Los resultados, sin embargo, fueron otros: efectivamente la Asamblea Constituyente declaró en abril de 2008 la caducidad de miles de concesiones mineras presuntamente ilegales y puso en vilo millonarios proyectos extractivos, mientras se aprobaba un nuevo marco legal para ampliar el control estatal en la industria. En este sentido, como plantea Mario Unda «la reversión de las concesiones mineras debe entenderse como un mecanismo para obligar a las empresas mineras a renegociar bajo nuevas condiciones, dejando más recursos en el país, acogiendo reglamentaciones más claras y posiblemente una asociación con el Estado (para lo cual se plantea la creación de la Empresa Nacional de Minería)». Finalmente, la nueva ley minera, aprobada en enero de 2009, perpetúa el modelo extractivista, desconociendo el derecho a la oposición y consulta de las poblaciones afectadas por la extracción de recursos naturales. Así, contrariando la expectativa de numerosas organizaciones sociales, el gobierno de Correa optó por un modelo neodesarrollista, minimizando el debate acerca de los gravosos efectos sociales y ambientales de las actividades extractivas.

Para el caso de Bolivia, la cuestión involucra explícitamente otros registros políticos y sociales. A su llegada, en 2006, el MAS (Movimiento al Socialismo) presentó un Proyecto Nacional de Desarrollo (aunque nunca fue publicado), que incluye una crítica del concepto clásico o tradicional. Así, se afirma la visión monocultural del Estado, en sus diferentes momentos (sea que hablemos de la etapa oligárquica, desarrollista o neoliberal), al tiempo que se apunta a incorporar una visión multidimensional del desarrollo, que involucra directamente la temática de los recursos naturales, la biodiversidad y el medio ambiente. Sin embargo, las tensiones y ambivalencias son muy visibles, pues si bien resulta claro que la política de Evo Morales apunta al quiebre de una visión monocultural del Estado, por otro lado no es menos cierto que se ha reactivado un imaginario desarrollista, en clave nacionalista, alentado por la apertura de nuevas oportunidades económicas (en un país en el que la contracara es precisamente un imaginario del despojo reiterado: de tierras y riquezas). Como afirma Stefanoni (2007), el Gobierno «promueve la utilización de las reservas de hidrocarburos

16. Ramírez, F. y Minteguiaga, A. (2007): «El nuevo tiempo del Estado. La política posneoliberal del correísmo», en *OSAL* 22. Clacso, Buenos Aires.

17. Acosta presentó su renuncia a mediados de 2008, a causa de sus desacuerdos con el presidente Correa.

y minerales para «industrializar el país» y emanciparlo de la condena histórica del capitalismo mundial a ser un mero exportador de materias primas, y, al mismo tiempo, deja entrever cierta nostalgia hacia un Estado del bienestar que para el caso boliviano fue extremadamente limitado».¹⁸

Finalmente, para el caso argentino, las propuestas del matrimonio presidencial, los Kirchner, han sido de corte claramente continuista. En realidad, el Gobierno argentino ha reactivado tardíamente la retórica nacional-popular (sobre todo tras el conflicto con los productores agrarios), al tiempo que promueve la continuidad del paradigma de los agronegocios y el modelo extractivista, en todas sus modalidades.

Recordemos que, en un contexto de rentabilidad extraordinaria para el sector agrario y con un objetivo recaudatorio y fiscalista, la nueva presidenta Cristina Fernández de Kirchner (2007-) aumentó las retenciones de las exportaciones de mineras, hidrocarburos y productos agrícolas. En marzo de 2008, anunció un nuevo aumento de las retenciones al agro, elevándolas al 44%. Estas medidas generaron un enfrentamiento entre el Gobierno y los diferentes sectores organizados del campo, que agrupó de manera inédita tanto a las grandes organizaciones rurales como a aquellas representantes de los pequeños productores. Dicho conflicto, que reactualizó peligrosamente los viejos antagonismos binarios de orden clasista y racista, implicó el bloqueo de numerosas rutas del país que lo paralizaron durante casi cuatro meses, dejando a las grandes ciudades al borde del desabastecimiento. Esta disputa abrió por primera vez la posibilidad de una discusión parcial acerca de las consecuencias de la expansión del modelo de agronegocios, cuestión hasta ese momento reservada a unos pocos especialistas, ecologistas marginales y movimientos campesinos.¹⁹

En este sentido, tal vez la mentada puja entre el «campo» y el «Gobierno» contribuya a generar un verdadero debate social sobre las implicaciones de un paradigma productivo y sus puntos ciegos (tendencia al monocultivo, a la concentración económica, desplazamiento de poblaciones campesinas, contaminación por el uso de agrotóxicos, riesgo de pérdida de soberanía alimentaria, entre otros), problemas que engloban mucho más que los productores agrícolas, superan la discusión acerca del tamaño de la unidad productiva o el porcentaje de retenciones que debe cobrar el Estado, y ponen en tela de juicio la actual visión productivista del desarrollo, que predomina tanto en el Gobierno como en el conjunto de los actores involucrados en el modelo de agronegocios.

En fin, en este escenario, y por encima de las diferencias nacionales, movimientos campesinos e indígenas, movimientos socioambientales urbanos, son arrojados a un campo de doble *clivaje* y asimetría. Por un lado, deben afrontar directamente la ac-

18. Stefanoni, P. y Svampa, M. (comps). (2007): «Las tres fronteras del gobierno de Evo Morales», en *Bolivia: Memoria, Insurgencia y Movimientos Sociales*. El Colectivo-Osal (Clacso).

19. Para comprender el carácter de este largo y desgastante conflicto, es necesario tener en cuenta que la introducción del nuevo paradigma agrario, a mediados de la década de 1990, no solo benefició a los grandes propietarios y fue generando una poderosa cadena de actores intermediarios, sino también a los pequeños y medianos productores, quienes en medio de la aguda crisis del agro se aferraron a éste como a una tabla de salvación en medio del naufragio. Así, los pequeños productores, muchos de ellos minirrentistas, están lejos de cuestionar el paradigma productivo; antes bien, sus demandas se vinculan con una mejor inclusión dentro del mismo.

ción global de las grandes empresas transnacionales, quienes en esta nueva etapa de acumulación del capital se han constituido en los actores claramente hegemónicos del modelo extractivo-exportador; por otro, en el plano local, deben confrontar con las políticas y orientaciones generales de los gobiernos, quienes consideran que en la actual coyuntura internacional las actividades extractivas y los agronegocios constituyen la vía más rápida —sino la única en esas regiones— hacia un progreso y desarrollo, siempre trunco y tantas veces postergado en estas latitudes. Asimismo, la disputa no solo da cuenta de un continuado acoplamiento entre neodesarrollismo y neoliberalismo, sino también, una vez más, de la asociación entre neodesarrollismo y tradición nacional-popular.

* * *

El llamamiento a la diversidad o el reconocimiento de la diferencia como eje de las luchas sociales encuentra dos declinaciones fundamentales en América Latina: por un lado, el proyecto de autonomía de los pueblos indígenas, expresado en un colosal desafío, el de crear un Estado plurinacional. Por otro lado, en diversos países ha habido un desarrollo importante de la narrativa autonómica vinculada al nuevo etos militante, que bien vale la pena explorar en el proceso de consolidación de una subjetividad política disruptiva. Claro está que el avance de las luchas indígenas da cuenta de una reivindicación específica ligada a la historia latinoamericana, mientras la narrativa autonómica forma más bien parte del nuevo talante de la época, presente en gran parte de las sociedades contemporáneas, heredero de los llamados nuevos movimientos sociales (y, por ende, de los sucesos políticos del 68).

Por último, el cambio de época registrado en los últimos años en la región, a partir de la desnaturalización de la relación entre la globalización y el neoliberalismo, ha configurado un escenario transicional en el cual otras de las notas mayores parecer ser la (re)articulación que presenta la tradición nacional-popular con el modelo neodesarrollista, asentado en la reprimarización de la economía. Curiosa paradoja, entonces, la que atraviesa gran parte de la región latinoamericana: la crisis del consenso neoliberal, la relegitimación de los discursos críticos, la emergencia y la potenciación de diferentes movimientos sociales, en fin, la reactivación de la tradición nacional-popular, se insertan en una nueva fase de acumulación del capital, en la cual uno de sus núcleos centrales es la expropiación de los recursos naturales, cada vez más escasos, en el marco de una lógica de depredación ambiental. Sin embargo, en este contexto se opera la reasociación entre la tradición nacional-popular y una visión productivista del desarrollo.

En suma, si bien es cierto que en la actualidad asistimos al retorno de dos «conceptos límite» del pensamiento social latinoamericano, *emancipación* y *desarrollo*, tal y como están planteadas, o su debate en cierto modo escamoteado, lo que resulta claro en el proceso de las luchas políticas y sociales es que las vías del desarrollo y las vías de la emancipación amenazan con ser claramente antagónicas

BIBLIOGRAFÍA

- Almeyra, G. (2008): «Los vaivenes de los movimientos sociales en México», *OSAL*, nº 24, octubre.
- Bergel, M. (2008): «En torno al autonomismo argentino», en www.dariovive.org.
- Ceceña, E., Bartra, A. y García Linera, A. (2003): «A diez años del levantamiento zapatista», dossier especial de *OSAL, Observatorio Social de América Latina*, año IV, nº 12, octubre-diciembre.
- Ceceña, E., Aguilar, P. y Motto, C. (2007): *Territorialidad de la dominación*. IIRSA, Observatorio de Geopolítica: 62 p.
- Fuentes Morúa, J. (2006): «La Asamblea Constituyente, paso ineludible. México, 1995-2006», en Gutiérrez, R. y Escárzaga, F.: *Movimiento indígena en América Latina: resistencia y proyecto alternativo*, vol. II, Universidad Autónoma de Puebla, México.
- Gordillo, M. J. (2000): *Campesinos revolucionarios en Bolivia. Identidad, territorio y sexualidad en el Valle Alto de Cochabamba, 1952-1964*. Edición PROMEC/Universidad de la Cordillera/plural editores/CEP, La Paz.
- Gilly, A. (1997): *Chiapas, la razón ardiente*. Era (selección de capítulos), México.
- Gutiérrez Aguilar, R. (2006): «Dignidad como despliegue de soberanía social. Autonomía como fundamento de transformación», en Gutiérrez, R. y Escárzaga, F.: *Movimiento indígena en América Latina: resistencia y proyecto alternativo*, vol. II, Universidad Autónoma de Puebla, México.
- Harvey, D. (2004): «El nuevo imperialismo: Acumulación por desposesión», *Socialist Register*, <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/social/harvey.pdf>.
- Koselleck, R. (1993): *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*. Paidós, Barcelona.
- López y Rivas, G. (2004): «La autonomía de los pueblos indios», ponencia para el encuentro «Autonomía Multicultural en América Latina». Lateinamerika-Institut, Viena, Austria, 21 de octubre.
- López Bárcenas, F. (2006): «Las autonomías en México. De las demandas a la constitución», en Gutiérrez, R. y Escárzaga, F., *Movimiento indígena en América Latina: resistencia y proyecto alternativo*, vol. II, Universidad Autónoma de Puebla, México.
- Martuccelli, D. y Svampa, M. (1997): *La plaza vacía. Las transformaciones del peronismo*. Losada, Buenos Aires.
- Mac Donald, K. (2003): «De la solidarit e a la fluidarit e», en Wieworka, M.: *Un autre monde... Contestations, d erives et surprises dans l'antimondialisation*. Balland, Paris: 77-92.
- Mazzeo, M. (2008): «Izquierda "vieja" e izquierda "posmoderna". Cuando el muerto se r e del degollado», en www.dariovive.org (portal latinoamericano de crítica y pensamiento plebeyo).
- Modonesi, M. (2007): *Reflexiones sobre el cambio de época en América Latina. Movimientos antag onistas y crisis hegemónica*, XXVI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS), Guadalajara, agosto.
- (2008): «Derechas e izquierdas en México. La disputa por las calles», en *Le monde diplomatique*, Bolivia, octubre.
- Ochoa Urioste, M. (2008): «La nueva Constitución y los estatutos autonómicos en Bolivia», de OCHOA, en www.bolipress.info
- Pacto De Unidad (2006): «Propuesta de las Organizaciones indígenas, Originarias, Campesinas, y de Colonizadores hacia la Asamblea Constituyente», recogido en Svampa, M. y Stefanoni, P. (comps.) (2007): *Bolivia: Memoria, Insurgencia y Movimientos Sociales*. El Colectivo-Osal, Clacso, CIUDAD.
- Palacios Paez, M., Pinto, V. y Hoetmer (2008): *Minería Transnacional, Comunidades y las Luchas por el Territorio en el Perú: El caso de Conacami*. Mimeo, Lima.
- Seoane, J., Taddei, E. y Algranati, C. (2006): «Movimientos sociales y neoliberalismo en América Latina», en Sader, E., Jinkings, I., Martins, C. E. y Nobile, R. (comps.): *Enciclop dia Contemporánea da América Latina*, Compiladores. Boitempo, Brasil.
- Sousa Santos, B., (2007a): «Más allá de la gobernanza neoliberal: El Foro Social Mundial como le-

- galidad y política cosmopolitas subalternas», en Santos y Garavito (eds.): *El derecho y la globalización desde abajo. Hacia una legalidad cosmopolita*. Anthropos, México.
- (2007b): «La reinvención del Estado y el Estado plurinacional», *Osal*, n° 22, Buenos Aires.
- Svampa, M. y Pereyra, S. (2003): *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*. Biblos, Buenos Aires.
- Svampa, M. (2005), *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Taurus, Buenos Aires.
- (2008a) *Cambio de Época. Movimientos sociales y poder político*. Siglo XXI-Clacso, Buenos Aires.
- (2008b): «The end of Kirchnerism», en *New Left Review* 53, septiembre-octubre: 79-95.
- Svampa, M. Y Antonelli, M. (2009): *Minería transnacional, narrativas del desarrollo y resistencias sociales*. Biblos, Buenos Aires.
- Stefanoni, P. y Do Alto, H. (2006): *La revolución de Evo Morales*. Clave para todos, Buenos Aires.
- Stefanoni, P. (2007): «Las tres fronteras del gobierno de Evo Morales», en Svampa, M. y Stefanoni, P. (comps.): *Bolivia: Memoria, Insurgencia y Movimientos Sociales*, El Colectivo-Osal, Clacso.

La izquierda nacional: izquierda y gobierno en América Latina.

Entre la revolución y el reino
de la necesidad

*Carlos Figueroa Ibarra*¹

INTRODUCCIÓN

EN LOS PRIMEROS AÑOS DEL SIGLO XXI HEMOS OBSERVADO PROCESOS POLÍTICOS que resultan notables en tres de los países andinos: Venezuela, Bolivia y Ecuador. Al menos cuatro rasgos los diferenciarían del que se manifiesta en Chile, país que también es andino y en el que una coalición de partidos en el gobierno se presenta a sí misma como de centro izquierda. El primero de estos rasgos es que se observa una crisis profunda de la hegemonía neoliberal en el seno de la sociedad; el segundo radica en que, como consecuencia de lo anterior, se percibe una notable movilización social y protesta popular; el tercero consiste en que estos movimientos sociales se han convertido en movimientos políticos y han logrado triunfar en procesos electorales que los han llevado a los gobiernos de sus países. Finalmente, el cuarto rasgo se encuentra en que paulatinamente transitan de una práctica antineoliberal a un objetivo estratégico de carácter anticapitalista. He aquí la explicación del título de este trabajo y el porqué en éste no se incluye a Chile. A diferencia de los tres países mencionados, en Chile se observa una sólida hegemonía neoliberal al extremo de que los partidos de centro izquierda que gobiernan en dicho país, han sido calificados de «izquierda neoliberal» (Gómez Leyton, 2006-2007: 9).

1. Sociólogo, profesor investigador del posgrado de sociología del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades «Alfonso Vález Pliego» de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. La versión inicial de este trabajo fue presentada en las *I Jornadas de Análisis Político Críticas. Repensando cuarenta años desde mayo del 68*. Departamento de Ciencias Políticas y de la Administración de la Facultad de Ciencias Sociales y de la Comunicación de la Universidad del País Vasco. Bilbao, 14 y 15 de noviembre de 2008.

Resulta notable que los gobiernos y los procesos políticos observados en Venezuela, Bolivia y Ecuador sean calificados casi sin discusión alguna como «populistas»; que este adjetivo que puede tener una versión culta desde la corriente predominante de la ciencia política (por ejemplo en Cansino y Covarrubias, 2006; Freidenberg, 2007), también tenga una acepción vulgar en la ensayada desde la derecha más enjundiosa (Mendoza, Montaner y Vargas Llosa, 2007). La calificación se complementa con resaltar el carácter autoritario de ese populismo (especialmente en el caso de la Venezuela de Chávez) y, por supuesto, con el señalamiento de un dispendio irresponsable del gasto público. En este trabajo ensayaremos otra perspectiva, a contrapunto de la ya mencionada. En estos tres países se está observando una transformación social que es resultado del agotamiento neoliberal en América Latina, transformación que está siendo empujada por una movilización social muy importante, que pone en cuestión la democracia liberal y representativa, y que se plantea la superación del neoliberalismo y el resurgimiento de un horizonte anticapitalista. En un contexto de la posguerra fría, en el cual las utopías parecían haber sido desterradas, una de las novedades de los procesos en estos tres países es que ponen en el imaginario de grandes sectores la idea de revolución.

LAS DOS IZQUIERDAS. LAS DIFERENCIAS Y LA UNIDAD

En un artículo difundido en mayo de 2008, Immanuel Wallerstein expresó que la cuestión real en América Latina no era si se había movido hacia la izquierda, sino que tan a la izquierda se había movido (Wallerstein, 2008). Y, en efecto, tal como se empezó a hacer desde el principio de este trabajo al diferenciar a Chile de los tres casos que nos ocupan, en términos más generales se pueden agrupar las experiencias de la izquierda en el gobierno en América Latina en dos bloques. El primero estaría integrado por Venezuela, Bolivia y Ecuador, y el segundo, por Brasil, Paraguay, Uruguay, Argentina y Nicaragua. Si hacemos más flexible aún el concepto de izquierda podríamos incluir a Chile y hasta Guatemala, ahora gobernada por un partido que se concibe como socialdemócrata. Si bien desde la derecha más recalcitrante todos estos casos pueden ser metidos en un mismo saco, analistas más reflexivos han hecho diferenciaciones desde una óptica de centro izquierda (Petkoff, 2005) o francamente de izquierda (Borón, 2008). Desde esta última perspectiva, la distinción se hace dilucidando cuán decididamente los distintos gobiernos de izquierda en la región muestran su vocación antineoliberal. Y, en efecto, en donde aparece una clara vocación de ruptura con el neoliberalismo es en los tres países andinos que ya se han mencionado. En el resto de los países, los gobiernos de izquierda no han roto con el modelo neoliberal (Sader, 2008c; 2008d). Varias son las políticas en torno a las cuales podría avizorarse una ruptura con dicho modelo: la ruptura con la hegemonía del capital financiero, la supresión de la autonomía del Banco Central con respecto al Estado, el mantenimiento de altas tasas de interés para atraer al «peor tipo de capital», el retorno a la inversión productiva, las políticas sociales y la creación de empleo y la caracterización del papel hegemónico de Estados Unidos en la política mundial (Sader, 2008b).

¿Entre la izquierda borbónica y el reformismo avanzado?

Inmerso en la lucha opositora contra Hugo Chávez, Teodoro Petkoff hace la misma distinción, pero con otros criterios. Los suyos no tienen que ver con el distanciamiento y la ruptura con el neoliberalismo, sino en la diferenciación entre una izquierda reformista avanzada (Lula, Tabaré, Lagos o Kirchner) y una izquierda estri-dentista, arcaica, falsamente radical y «borbónica» (que como la casa real no olvida, pero tampoco aprende), la cual tendría en Fidel Castro y en Hugo Chávez a sus figuras más representativas. Petkoff no usa los calificativos de buena y mala izquierda, pero sus caracterizaciones conducen inevitablemente a hacer esa distinción (Petkoff, 2005).

Alejándonos de la clasificación que ensaya Petkoff y asumiendo que existe una distinción con relación a la ruptura con el modelo neoliberal, cabe pensar que acaso exista un elemento común en casi todos los gobiernos anteriormente mencionados. Éste es que todos ellos han buscado establecer una distancia con respecto a Estados Unidos, y el imperio solamente los tolera por su decadencia o porque tiene prioridades urgentes en Oriente Medio (Wallerstein, 2008). Si esto fuera cierto, la distinción entre los gobiernos de izquierdas y los de derechas en América Latina radicaría entre los que apoyan una integración latinoamericana y los que se inclinan por los tratados de libre comercio con la gran potencia estadounidense (Sader, 2008c). En términos más específicos, la distinción entre la derecha y la izquierda estaría dada entre los que privilegian la relación con dicha potencia, asumiendo como inevitable un rol subordinado y dependiente, y los que le apuestan por iniciativas como el Banco del Sur (BANSUR), el mercado común suramericano (MERCOSUR) la Alternativa Bolivariana de las Américas (ALBA), la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR), el gasoducto continental (Sader, 2008d) una emisora televisiva regional (TELESUR) (Sader, 2007) y aún un eventual Consejo de Defensa Suramericano (Zibechi, 2008).

Izquierda y derecha, la nueva frontera entre ambas

El solo hecho de que en Latinoamérica se plantee ahora un propósito de independencia frente a Estados Unidos, implica un cambio sustancial en lo que ha sido la política exterior de los países de la región. No en balde Washington ha clasificado los países latinoamericanos entre aquellos que están dispuestos a seguir una «agenda positiva» y aquellos que se inclinan de manera moderada o radical por una integración regional que menoscabe la influencia del primero en la región (Del Río, 2008). La diferenciación entre gobiernos de derecha e izquierda radicaría precisamente entre los que están por la «agenda positiva» y los que no lo están. Nuevamente es necesario distinguir entre estos últimos en relación con los énfasis que ponen. Los tres países andinos que nos ocupan no disimulan un discurso antiimperialista y sus propósitos de rescate, expropiación y usufructo de recursos estratégicos (Del Río, 2008), y Evo Morales hace una enumeración de los puntos que la izquierda latinoamericana debe debatir, entre los cuales está la lucha por lograr un mundo sin imperialismo ni colonialismo (Morales, 2008).

La política exterior regional que se observa hoy en América Latina no habría sido posible si Chávez se hubiera quedado aislado, como en efecto lo estaba en 1999, cuando asumió la presidencia de Venezuela. Desde ese momento hasta la actualidad, Lula ganó la presidencia de Brasil en 2002; Kirchner lo hizo en 2003; Tabaré Vázquez triunfó en 2004; Evo Morales, en 2005; Rafael Correa y Daniel Ortega, en 2006; Cristina Fernández, en 2007; y finalmente Lugo, en 2008. Un nuevo escenario regional está instalado y pesa tanto que hasta países centroamericanos se han vinculado a la iniciativa de PETROCARIBE (Guatemala) e incluso al ALBA (Honduras). Llama la atención que el presidente Colom de Guatemala haya dicho que ha llegado el momento de «mirar al Sur» y que su gobierno se adherirá al MERCOSUR (CEG, 28/10-3/11/2008). El propósito de Venezuela de romper la unipolaridad y sustituirla por una multipolaridad ha tenido éxitos importantes: en 2003 logró frenar el ritmo de Estados Unidos en sus propósitos de impulsar el Acuerdo de Libre Comercio de las Américas (ALCA), y en noviembre de 2005, cuando supuestamente dicho acuerdo debería haber estado ya funcionando, en el contexto de la IV Cumbre de las Américas pareció haber sido sepultado definitivamente (Lander y Navarrete, 2007: 30). En 2006, Venezuela se integra al MERCOSUR como miembro de pleno derecho junto a Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay, y firma acuerdos energéticos en el marco del proyecto PETROCARIBE con países del Caribe, América del Sur, China y Rusia (Lander y Navarrete, 2007: 31). La Alternativa Bolivariana de las Américas (ALBA), que nació en diciembre de 2004 como un acuerdo bilateral entre Venezuela y Cuba, se ha ido engrosando con la integración de Bolivia (2006), Nicaragua (2007), el acercamiento de Haití y Ecuador (2007) (Sader, 2007), y la incorporación de Honduras (2008). Además de ser un acuerdo alternativo de integración al que representó el ALCA, el ALBA contó entre sus iniciativas con la creación de la prensa alternativa (TELESUR) en julio de 2005 por Argentina, Cuba, Uruguay y Venezuela (Sader, 2007; Lander y Navarrete, 2007: 30). Hay que agregar también la fundación de un Banco del ALBA que se creó ante la demora de la instalación del BANSUR y que cuenta con un capital suscrito de 2 mil millones de dólares. En agosto de 2008, también como consecuencia de la demora del BANSUR, los presidentes de Venezuela y Ecuador anunciaron la puesta en marcha de un banco de desarrollo para Bolivia, Ecuador y Venezuela (Ortiz y Ugarteche, 2008).

En mayo de 2008, los doce países de América del Sur firmaron el Tratado Constitutivo de la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR), otro de los organismos a partir de los cuales la región piensa ganar autonomía frente a Estados Unidos. UNASUR se complementaría así con el Consejo de Defensa Sudamericano, un eventual banco central y la moneda única. Resulta particularmente importante que en UNASUR la seguridad regional sea la opción preferente frente a la anterior concepción de seguridad panamericana. Brasil y Argentina ya realizaron maniobras militares conjuntas teniendo como hipótesis de guerra la defensa de los recursos naturales frente a una potencia extrarregional (Zibechi, 2008). La hipótesis referida no pone a Estados Unidos como posible agresor. La pregunta entonces es ¿por qué no participó en las maniobras referidas?

EL AGOTAMIENTO DEL NEOLIBERALISMO Y LA CRISIS DE LA DEMOCRACIA LIBERAL Y REPRESENTATIVA

Lejos estamos ya de aquel invierno de 1989, cuando Francis Fukuyama dictó, en la Universidad de Chicago, la famosa conferencia en la cual postuló el fin de la historia (Fukuyama 1989; 1992). Cuando se evoca tal acontecimiento, no se puede sino pensar que en los últimos treinta años hemos vivido una época de vertiginosas catástrofes de paradigmas que en algún momento se postularon como destinos de la humanidad. En efecto, resulta arcaico y remoto el modelo del socialismo estatalista que en un momento se denominó «socialismo real». Pero de manera asombrosa también resulta remoto el optimismo neoliberal de Fukuyama, que no fue sino la expresión del sentir de los grandes poderes triunfantes después del fin de la guerra fría.

La gran promesa neoliberal fue que si nos deshacíamos de la constricción estatal, el mercado elevaría la productividad a tales niveles, que la derrama de riqueza inundaría a la sociedad. Un examen somero de las cifras del Producto Interno Bruto per cápita en América Latina nos evidencia que tal promesa no se ha cumplido, y que allí radica el agotamiento neoliberal en la región, ahora probablemente consolidado por la actual crisis financiera mundial. Entre 1960 y 1980, la época del modelo desarrollista en la región, el promedio de años con crecimiento negativo del PIB per cápita fue de 3,8. En ese periodo el país más afectado por tal crecimiento negativo fue Argentina con 6 años, seguido por República Dominicana con 4 años. Si comparamos estas cifras con lo acontecido entre 1981 y 2003, época todavía inconclusa del modelo neoliberal, observaremos que el promedio de años de crecimiento negativo fue de 8,5, siendo los países más afectados Venezuela con 13 de los 22 años comprendidos entre ambas fechas, Argentina con 11 años, seguida de Bolivia, Perú y Brasil con 10 años, además de México y Uruguay con 9 años (Long, 2008: 161). Los magros resultados neoliberales se ven confirmados cuando se examinan los promedios de crecimiento del PIB en los países latinoamericanos entre 1997 y 2005. Venezuela, Paraguay y los países del Caribe con menos del 2%, a lo sumo el 2%. Uruguay, Brasil, Colombia, Ecuador, México y Argentina con menos del 3%. Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua lograron sobrepasar el 3%, mientras que Costa Rica y República Dominicana sobrepasaron el 4%. El país que se ha convertido en el paradigma latinoamericano del neoliberalismo, Chile, llegó a sobrepasar el 5,5% de promedio de crecimiento del PIB en esos 9 años (Long, 2008: 162), cifra que parece impresionante si se la compara con el resto de los países de América Latina y del Caribe, pero que empalidece si se le contrasta con el 6% de crecimiento promedio del PIB que tuvo México durante el periodo del desarrollismo (Babb, 2001). A fines del siglo xx y principios del xxi, México presentaba una tasa promedio de crecimiento del 2%, cifra que evidenciaba la mediocridad económica que caracterizó a los gigantes económicos de la región (Brasil, Argentina y Brasil).

Puede aventurarse la hipótesis que son estas cifras magras y su repercusión en las condiciones de vida de millones de latinoamericanos, los que provocaron la crisis hegemónica del neoliberalismo en la región, y, con dicha crisis hegemónica, la crisis de la democracia liberal y representativa en no pocos de los países de dicha región: la debacle del sistema de partidos políticos que emergió en Venezuela con el *Pacto de*

Punto Fijo (Lander y Navarrete, 2007: 9), el repudio a la clase política que surgió en la Argentina de la sublevación de diciembre de 2001 («¡Que se vayan todos!»), el similar repudio que se observó en Ecuador con motivo de la crisis que precedió a la caída de Lucio Gutiérrez: «¡Que se vayan todos, primero el dictador!» (Paz y Miño, 2007; Tamayo, 2005b), con la emergencia popular observada en Bolivia desde el año 2000.

Podrían extenderse estas constataciones a países como México, en donde la transición democrática quedó trunca, a Guatemala, con un volátil sistema de partidos políticos y a la inestabilidad política que se ha observado en Venezuela, Ecuador, Bolivia, Perú y Argentina. El *caracazo* en la Venezuela de 1989, la rebelión zapatista de 1994, los eventuales fraudes electorales de 1988 y 2006 en México, la sublevación en Buenos Aires de 2001, las *guerras del agua y del gas* en Bolivia en el primer lustro de este siglo, las sucesivas crisis políticas observadas en Ecuador desde 1997 hasta 2005, y la caída de aproximadamente dieciséis presidentes por sublevaciones populares en diversos países del área forman parte del saldo negativo del neoliberalismo en materia de estabilidad política.

Si examinamos las repercusiones sociales del neoliberalismo en los países que nos ocupan en este trabajo, veremos que aun cuando la pobreza no necesariamente genera rebeliones, el empobrecimiento acelerado sí puede generarlas. En Venezuela, entre 1970 y 1997, el ingreso de los trabajadores se redujo a la mitad, y el país se convirtió en uno de los más desiguales del mundo (un índice de Gini de 0,62); la declinación del ingreso per cápita entre 1970 y 1998 fue del 34%, una de las más brutales de todo el mundo, superior incluso a la de muchos países africanos. No resulta sorprendente cuando se advierten estos datos, que Carlos Andrés Pérez haya llegado a la presidencia por segunda vez enarbolando la nostalgia desarrollista, y que la promesa no cumplida haya desatado la explosión social de febrero de 1989, que fue sofocada con la muerte de entre 276 y 366 personas, aun cuando se hable de que en realidad fueron entre dos y tres mil (Lander y Navarrete, 2007: 9,10). Es posible expresar brevemente los saldos del neoliberalismo en Ecuador: el país se colocó entre los más desiguales del mundo en tanto que Ecuador estaba en la tercera posición más desventajosa en la región (0,57% en el índice de Gini), una pobreza que alcanzaba al 56% de la población con índices de hasta el 76% en las áreas rurales, el 26% de los niños menores de 5 años sufrían desnutrición crónica, el desempleo y el subempleo creció (el 57% de la población urbana tenía empleos de baja productividad), se observó el colapso de la seguridad social, creció la inseguridad ciudadana, el trabajo se precarizó, y creció notablemente la emigración hacia otros países, particularmente a España (Larrea, Freire y Lutter, 2001; Paz y Miño, 2007). Resulta explicable la pérdida de gobernabilidad. Entre 1979 y 1996, es decir en diecisiete años, se habían sucedido cinco gobiernos, lo que contrasta significativamente con los siete observados entre 1996 y 2006. En siete años hubo siete gobiernos y los tres presidentes electos en dicho lapso fueron derrocados por amplias movilizaciones populares (Paz y Miño, 2007).

Venezuela y Ecuador comparten que el descontento popular ante el neoliberalismo se incrementó cuando opciones elegidas, y que supuestamente eran alternativas, resultaron un fiasco. Esto sucedió en Venezuela con Carlos Andrés Pérez, y también en Ecuador con el gobierno de Lucio Gutiérrez. Este último traicionó abiertamente los compromisos de campaña, y en el primer mes de su gobierno viajó a Washington

y firmó una carta de intención con el FMI sin objetar ni una de las 22 condiciones que este organismo financiero le impuso (Salgado, 2003; Acosta, 2003). Las políticas públicas neoliberales implantadas por el gobierno de Gutiérrez y un creciente autoritarismo para hacer frente a la protesta social, lo llevaron a romper con sus aliados (por ejemplo Pachakutik) (Ferrari, 2004). Gutiérrez se aisló y finalmente hizo frente a la rebelión «forajida» que en abril de 2005 lo derrocó (León, 2004; Tamayo, 2005a). En agosto de 2005, Alfredo Palacio, el interino sucesor de Gutiérrez, volvió a traicionar los compromisos adquiridos con el ya notable movimiento social que había derrocado a este último, y empezó a negociar un tratado de libre comercio con Estados Unidos. La remoción del ministro de Economía, Rafael Correa, adversario de la firma de dicho tratado y de la renovación de la concesión a la Occidental Oil and Gas Corporation (OXY) (Báez, 2005a; 2005b), habría de colocar a éste en el favor popular y a la larga lo llevaría a la presidencia de la república.

LA REBELIÓN DE LAS MASAS, EL SUSTRATO DE LA RADICALIDAD

Un amplio abanico de sujetos sociales (trabajadores, estudiantes, campesinos e indígenas) participó en el ascenso popular que culminó con la caída de Fujimori en Perú en el año 2000. Trabajadores urbanos y rurales, y pobladores de los barrios se han hecho presentes en movilizaciones decisivas en Venezuela desde 1989; obreros sindicalizados, trabajadores del Estado y desempleados protagonizaron el ciclo de protestas que comenzó en Santiago del Estero en 1993 y culminó con el *argentino* de diciembre de 2001; comunidades indígenas, cocaleros, pobladores urbanos indígenas, campesinos, mineros, estudiantes y trabajadores, forman parte del mosaico de la rebelión en Bolivia durante el primer lustro del siglo XXI. Los ejemplos podrían multiplicarse.

Puede aventurarse la hipótesis de que en los países en los que la movilización social y la protesta popular han sido más vigorosas se han generado los gobiernos de izquierda que mayor energía y decisión han mostrado en romper con el neoliberalismo. Esta ruptura ha tenido una manifestación institucional claramente radical en los movimientos que se han observado por instaurar una asamblea constituyente, aprobar una nueva constitución y, por tanto, por plantearse la refundación del Estado. La posibilidad de hacer todo esto radica en una correlación de fuerzas políticas que está determinada por la amplitud del movimiento social y político que soporta a la voluntad de ruptura con el neoliberalismo.

Es esto lo que observamos en Venezuela, Bolivia y el Ecuador aun cuando haya diferencias en cada uno de esos casos. En Venezuela la protesta desde abajo tuvo un momento fundacional con la sublevación en febrero de 1989, continuó a la par de las dos rebeliones militares de 1992 y finalmente se encauzó en la lucha política de carácter electoral a través del partido *chavista*, el Movimiento Quinta República (MVR). Un recuento hemerográfico de las marchas, cierres de vías, disturbios, quemas y saqueos observados entre 1985 y 1999 nos evidencia una significativa convulsión social: más de 1.500 de estas formas de protesta popular se observaron en esos años (López Maya

y Lander, 2008). El *caracazo* de 1989 se había visto precedido de aproximadamente 190 de estas protestas, y se vería sucedido de más de 1.200 en los años que le siguieron (López Maya y Lander, 2008). En este contexto, el MRV logró aglutinar a amplios sectores, y apoyado por otras fuerzas de izquierda se convirtió en el Polo Patriótico. En 1998 el arrastre electoral del MVR y el Polo Patriótico era tan grande que los partidos tradicionales Acción Democrática y COPEI decidieron presentar a un único candidato para derrotar a Chávez. No pudieron contener el arrastre de una fuerza que para ese entonces se había convertido en mayoritaria y que ganó las elecciones presidenciales en diciembre de 1998 con el 56% de los votos (Lander y Navarrete, 2007: 20). Desde entonces, el movimiento *chavista* o *bolivariano* ha logrado convertir al partido encabezado por Chávez en la fuerza mayoritaria del país: el referendo sobre la Convocatoria a Asamblea Constituyente en 1999; elecciones para la Asamblea Constituyente (1999), referendo aprobatorio para la nueva constitución; elecciones presidenciales y de gobernadores; elecciones de alcaldes (2000); el referendo revocatorio de 2004; las elecciones presidenciales de 2006, y referendos sobre modificaciones a la constitución en 2007 y en 2009. En todos estos procesos electorales el movimiento encabezado por Chávez ha logrado un voto duro que oscila entre el 55 y poco más del 60% de los votos emitidos, con la excepción del referendo de 2007, cuando descendió a poco más del 49% (Lander y Navarrete, 2007: 20, 51; Woods, 2008). Pero existen otros momentos climáticos de la participación popular en todos estos años de hegemonía *chavista*: en ocasión del golpe de Estado que depuso a Chávez por 48 horas cuando una amplia movilización popular proveniente de los *barrios* se alió a los sectores constitucionalistas de las fuerzas armadas y lo reinstaló en la presidencia. Y en ocasión del paro petrolero promovido en diciembre de 2002 por la organización empresarial FEDECAMARAS, la televisora RCTV y la capa de altos ejecutivos de la empresa petrolera de PDVSA: la organización popular de resistencia al paro, la inmensa mayoría de los trabajadores petroleros y los sectores civiles y militares, lograron derrotar el paro petrolero en febrero de 2003 (Lander y Navarrete, 2007: 22).

En Bolivia, al igual que en Venezuela, se observa un movimiento social que se convierte en movimiento político. En lo que se refiere a la etapa inmediatamente anterior al triunfo electoral de Evo Morales en diciembre de 2005, podemos distinguir tres momentos climáticos. El primero de ellos es el de la guerra del agua, que comienza en abril de 2000 y que culmina con un triunfo: la anulación del proyecto de privatización del agua. Un segundo momento es la guerra del gas, en octubre de 2003, que culmina con otro triunfo: la renuncia del símbolo del gobierno neoliberal, Gonzalo Sánchez de Lozada, y la derogación de la ley de hidrocarburos. Un tercer momento, en junio de 2005, también culmina de forma triunfal: la renuncia del presidente sustituto, Carlos Mesa. Finalmente, en diciembre de 2005, Evo Morales, al frente del Movimiento Al Socialismo (MAS), derrota a Jorge Quiroga, el candidato de la derecha, obteniendo casi el 54% de los votos.² Al igual que en Venezuela, la izquierda boliviana enfrenta un adversario formidable con un vasto apoyo social. Si en Venezuela ese apoyo social radica sobre todo en las clases medias y en los sectores altos de la población, en Bolivia la derecha también se expresa territorialmente. El auto-

2. *La Jornada*, México, D. F., 19 de diciembre de 2005.

nomismo de los departamentos de la llamada media luna, se asienta en una suerte de racismo (Sader, 2008a) que en el fondo no es más que una de las manifestaciones de un conflicto de clases. Perdida al menos por el momento la batalla por la mayoría en Bolivia, la derecha busca asentar su legitimidad en la indudable hegemonía que mantiene en los referidos departamentos: en Pando y en Beni, el referendo autonómico en junio de 2008 la hizo triunfar con poco más del 80% de los votos (Baspineiro, 2008a; 2008b). Tal cual lo dijo Rubén Costas, el gobernador de Santa Cruz: «como el señor Evo Morales será revocado en Santa Cruz, no vamos a decir que no venga nunca más, que venga, pero de paseo porque aquí no va a gobernar» (CEDIB, 2008). El triunfo en el referendo revocatorio tuvo varias lecturas. La primera es la de Evo Morales, que insiste en el discurso conciliador y llamado de unidad incluso a los prefectos de la media luna. Una segunda lectura es el pronunciamiento del movimiento que lo apoya, de aprovechar el triunfo para insistir en el nuevo referendo, el que finalmente aprobó la nueva constitución en enero de 2009 (Baspineiro, 2008c; Rojas, 2009). La segunda lectura es la de los prefectos y el movimiento que los apoya, que insisten en que el presidente fue revocado en cinco departamentos (Beni, Pando, Santa Cruz, Tarija y Chuquisaca) (Baspineiro, 2008b).

Cabe resaltar que los cambios que se buscan en Bolivia no solamente se impulsan con la fuerza que da estar en el gobierno. La movilización social cumple un papel decisivo: la marcha desde Caracollo hasta la ciudad de La Paz, que tuvo lugar en la tercera semana de octubre de 2008, formó parte de la correlación de fuerzas implantada para llegar finalmente a un acuerdo negociado sobre la convocatoria a un referendo para aprobar una nueva constitución (Baspineiro, 2008d; 2008e; Rojas, 2008). La «salida pactada» que produjo la convocatoria al referendo constitucional revela que en Bolivia se combina una elevada movilización social con soluciones negociadas que realizan las dirigencias.

Al igual que en Venezuela y en Bolivia, en Ecuador observamos una notable emergencia social que refleja la exasperación provocada por el neoliberalismo, el repudio a los partidos políticos y la aspiración de trascender los límites de la democracia liberal y representativa. Y al igual que en los otros dos países, la política no se agota en los momentos electorales, sino que éstos son la continuidad de un vigoroso movimiento social que también se transforma en político. Y esta afirmación no se desvirtúa por el hecho de que no hubo continuidad entre los actores que fueron decisivos entre 2000 y 2005, los que después protagonizaron la «revolución forajida» y finalmente el movimiento político que llevó a Correa a la presidencia en 2007. A semejanza de Bolivia, en Ecuador el movimiento indígena ha sido eje de la resistencia social al neoliberalismo. En Bolivia, la emergencia de lo indígena ha ocupado el lugar que en el pasado ocupó la clase obrera, en especial los mineros del estaño, desaparecidos por la globalización en la década de 1980. En Ecuador, la emergencia étnica ocupó el vacío dejado por la clase obrera ecuatoriana, que se concentró en defender las conquistas laborales que estaban siendo barridas por la ofensiva neoliberal (Dávalos, 2007).

En 1990 el movimiento indígena encabezó el primer levantamiento nacional que paralizó el país, mientras que en 2005 y 2006 fue también determinante para frenar la suscripción del Tratado de Libre Comercio (Paz y Miño, 2007). Es este ascenso popular el que explica que entre 1996 y 2006 se hayan sucedido siete gobiernos y que

tres presidentes hayan sido derrocados por levantamientos populares: Abdalá Bucarán (1997), Jamil Mahuad (2000) y Lucio Gutiérrez (2005) (Paz y Miño, 2007). En Ecuador ha sido esta resistencia popular la que ha frenado el autoritarismo por medio del cual se quería aplastar la oposición al neoliberalismo, tal como se demostró con la desarticulación, en abril de 2005, del «Estado de emergencia» y de una Corte Suprema de Justicia nombrada a gusto del partido de Gutiérrez (Tamayo, 2005c). La expansión de la protesta popular de Quito a Cuenca, Ibarra, Otavalo y Riobamba, y la profundización de la crisis después de la represión de la manifestación del 19 de abril culminaron con la destitución de Gutiérrez al día siguiente y su salida del país (Tamayo, 2005a; 2005b; 2005c; 2005d).

Pero en Ecuador aparece de manera muy clara la vinculación del rechazo al neoliberalismo con el desprestigio de los partidos. En el momento del derrocamiento de Gutiérrez vuelve a aparecer el grito que se observó en Argentina durante la sublevación de 2001 (Tamayo, 2005b; Paz y Miño, 2007). El «¡Que se vayan todos!» se expresó en el hecho de que en el nuevo gobierno presidido por Alfredo Palacio no incluía a integrantes de ningún partido político y en cambio se incorporaba a Rafael Correa, un economista explícitamente crítico de la dolarización y del TLC (Burch, 2005). El amplio abanico de grupos sociales que deploran a la clase política tradicional ecuatoriana no solamente comprende lo indígena y popular propiamente dicho. También se han incorporado las clases medias urbanas que han enarbolado la bandera del «movimiento ciudadano» que esgrime moralización del sistema político liberal, la despartidización de los organismos electorales y de justicia, la revocatoria del mandato, los mecanismos anticorrupción y la fiscalización del sistema político (Dávalos, 2007). En Ecuador convive entonces una corriente social expresada en lo indígena popular, pero que también comprende a las clases medias urbanas. En la confluencia —que no necesariamente alianza— de lo indígena popular y las clases medias, se articula la crisis hegemónica neoliberal y el cuestionamiento a los límites de la democracia liberal y representativa. No en balde se ha planteado que la convulsión política en ese país en los albores del siglo XXI, se debe al entrelazamiento del agotamiento de dos ciclos: el del modelo económico neoliberal y el del Estado de partidos (Paz y Miño, 2007).

Por ello, la agitación social se volvió a manifestar cuando Palacio, el sustituto de Gutiérrez, decidió darle continuidad a las medidas neoliberales: en agosto de 2005 las poblaciones de las provincias amazónicas de Sucumbíos y Orellana paralizaron la producción de petróleo en demanda de renegociación de los contratos petroleros y el cese del contrato para la Occidental Oil and Gas Corporation (OXY) (Tamayo, 2005e); en marzo de 2006 se observaron cortes de carretera, movilizaciones, tomas de instalaciones y paros en las provincias de Carchi, Imbabura, Pichincha, Cotopaxi, Tungurahua, Chimborazo, Bolívar, Cañar Azuay, Loja, Zamora, Oriente, Esmeralda y en la propia ciudad de Quito en el marco de la Movilización Nacional por la Defensa de la Vida y contra el TLC convocada por las organizaciones indígenas ECUARUNARI y CONAIE.³ Además de las demandas en contra del TLC, se agregaron

3. ECUARUNARI (Ecuador Runacunapac Riccharimuri), Confederación de los Pueblos Kichwa del Ecuador. CONAIE, Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador.

las del repudio del Plan Colombia y la instauración de una Asamblea Constituyente, y nuevamente la renegociación de los contratos petroleros y el cese del contrato para la Occidental Oil and Gas Corporation (OXY) (Tamayo, 2006a; Minga informativa 2006a; 2006b).

¿POPULISMO O REVOLUCIÓN?

La corriente dominante de interpretación desde la ciencia política y la sociología no tiene duda en la caracterización de lo que acontece en los tres países que nos ocupan: asistimos a un renacimiento del populismo en América Latina que pone en peligro las transiciones democráticas en la región. En la versión más extrema de dicha caracterización, la misma comprendería el amplio arco que va de Lula da Silva hasta Chávez, pasando por Morales y Correa. La interpretación más restringida comprendería solamente a los regímenes encabezados por estos tres últimos. Desde el ámbito de la ciencia política o de la sociología política, el populismo ha sido definido como un estilo de liderazgo, como una estrategia discursiva (Freidenberg, 2007; Cansino y Covarrubias, 2006).⁴ Esta interpretación tiene la desventaja de convertir el concepto en una suerte de cajón de sastre en el que entrarían los más distintos gobiernos: desde Cárdenas hasta Fox pasando por Salinas de Gortari en México (Cansino y Covarrubias, 2006: 29-42), y desde Vargas en Brasil hasta Chávez en Venezuela pasando por Menen en Argentina (Freidenberg, 2007). En la versión reaccionaria vulgar, el populismo es retratado de manera resumida como demagogia, liderazgo autoritario de carácter mesiánico y gasto irresponsable del erario público en políticas asistencialistas (Krauze, 2005). En la versión más dura de esta acepción vulgar, el populismo no sería sino una versión atemperada del «cavernario estatismo y colectivismo comunista» (Mendoza, Montaner y Vargas Llosa, 2007:13). Desde la perspectiva de la sociología y la ciencia política dominante, la categoría de populismo pierde todo su valor heurístico porque caracteriza a procesos políticos y regímenes bastante diversos entre sí. En la perspectiva reaccionaria vulgar, la categoría de populismo se convierte solamente en arma de ataque político e ideológico.

Otros autores eluden calificar como populismo o populismo radical al inacabado cambio social que se está observando en América Latina. Más bien buscan sus raíces «en las tradiciones del jacobinismo, del sindicalismo revolucionario, de los levantamientos populares urbanos y las revoluciones agrarias» (Gilly, 2007). ¿Cómo caracterizar a los procesos que hemos estado examinando? Acaso sea cierta la afirmación de Adolfo Gilly de que, como procesos inacabados, apresurarse a clasificarlos es «embrollar las pistas» (Gilly, 2008a). También Wallerstein se abstiene de calificativos,

4. Aunque comparte la visión que incluye como populismos a fenómenos políticos muy diversos, justo es decir que Laclau en *La razón populista* (2005), se deslinda de la visión conservadora y demofóbica de la interpretación dominante del populismo en la ciencia política. Para Laclau, el populismo es una recuperación para la política de la dimensión popular lo cual es posible por la articulación de heterogéneos agentes sociales a través de una cadena de «significantes vacíos». Estos últimos son cadenas de demandas particulares que deben despojarse de contenidos particulares para abarcar demandas sociales heterogéneas entre sí (Laclau, 2005: 125)

pero asevera que lo que se observa en la región no se trata de una «revolución» en el sentido tradicional del término (Wallerstein, 2008). No obstante, tanto las dirigencias como los movimientos políticos y sociales que se observan en Venezuela, Bolivia y Ecuador, imaginan los cambios por los cuales están luchando como revoluciones: la «revolución bolivariana» en Venezuela, la «revolución ciudadana» en Ecuador o el movimiento hacia el socialismo en Bolivia. El vicepresidente boliviano Álvaro García Linera ha dicho que lo que está en curso es «una ampliación de élites, una ampliación de derechos y una redistribución de la riqueza. Esto, en Bolivia, es una revolución» (Gilly, 2008b).

La verdad probablemente esté más cerca de la indefinición que de la certeza en la revolución permanente. El propio Chávez, no solo oscila entre los puentes que tiende hacia las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y el declarar el fin de la lucha armada (Vargas, 2008). También entre el impacto que le ocasiona la idea de la «revolución permanente» y el convencimiento declarado de que el marxismo-leninismo es un dogma caduco, y que la globalización y la informática han terminado con la lucha de clases (Berrios, 2007). Entre su adhesión durante 1998 y 1999 a la «tercera vía» para salir del neoliberalismo salvaje construyendo un «capitalismo humano», y su adhesión en enero de 2005 a la idea del «socialismo del siglo XXI» (Lander y Navarrete, 2007: 7). Acaso la razón de fondo de estas oscilaciones no solamente radique en el proceso ideológico del propio Chávez, sino en el abismo que existe entre el agotamiento del neoliberalismo y la aparición de un modelo social alternativo que no ha sido elaborado (Sader, 2008d). ¿Es ese modelo social alternativo un ejercicio dispendioso de la renta proveniente de los hidrocarburos? He aquí el señalamiento más severo en materia de política económica que se ha hecho a los gobiernos llamados populistas, y en particular al encabezado por Chávez: creciente gasto fiscal, escasos logros en la producción agrícola, incapacidad de las unidades productivas llamadas socialistas para sostenerse sin apoyo financiero del Estado, e ineficiencia de las viejas y nuevas empresas públicas incluida la petrolera (López Maya, 2008).

No cabe duda que Bolivia, durante Evo Morales, también ha presenciado un auge productivo que lo distingue de los gobiernos anteriores. El promedio de crecimiento del PIB durante el gobierno de Hugo Bánzer (2000) fue de 2,5%; durante el gobierno de Jorge Quiroga (2001), del 1,6; y en los años de Gonzalo Sánchez de Lozada (2002-2003), del 2,6. El crecimiento del PIB comenzó ascender con Carlos Mesa y Eduardo Rodríguez (2004-2005), pues llegó a poco más del 4%. Con Evo Morales tal crecimiento llegó al 4,8% en 2006, al 4,6% en 2007 y, hasta junio de 2008, ascendía al 6,1%, un promedio del 5,2%. El gobierno de Evo Morales se ha beneficiado con los altos precios de los hidrocarburos, lo cual se ha reflejado en un aumento de las exportaciones, entre 2006 y 2007, de 713 millones de dólares (15% en relación con el año anterior); un aumento de la inversión pública, entre 2005 y 2007, de 376 millones de dólares (38% en relación con 2005), lo que implicó un aumento sustancial de la inversión pública en industria y turismo (de 57 millones de bolivianos en 2005, a 495 en 2007). Se observó también un aumento de un 36% en las recaudaciones fiscales entre 2005 y 2007. El que la empresa de hidrocarburos boliviana (YPBF) sea dueña del 50,1% de la producción, y del 100% del transporte, la comercialización y la refinación, ha redundado en un aumento notable de la recaudación por hidro-

carburos: entre 2001 y 2005 el Estado boliviano recibió 1.016 millones de dólares, mientras que entre 2006 y junio de 2008 recibió 2.627 millones de dólares (Presidencia de Bolivia, 2008).

Contando con los recursos que ha generado la bonanza, producto del alza de los precios de los hidrocarburos en Venezuela, se ha observado una importante alza en el gasto social. En 1998 el gasto social era el 34,4% del gasto público, mientras que en 2005 el mismo ascendía al 40,7%. Durante ese periodo, el gasto social como porcentaje del PIB pasó del 8,2% al 12%, un aumento del 46,3%, ocupando un lugar notable la inversión en educación que se incrementó en un 80% y ocupa ahora un gasto público de 5,4% del PIB (Lander y Navarrete, 2007: 52; Coordinadora Mexicana, 2007). La inversión social en salud como porcentaje del PIB en 1998 era del 1,36%, y en 2007 es del 2,25% (Coordinadora Mexicana, 2007). Algo importante es que la concepción de la política social no es la de atención a los grupos más vulnerables, si no se concibe como una política universal que construye inclusión y ciudadanía (Lander y Navarrete, 2007: 52). La Ley Habilitante aprobada en 2001 facultó al presidente Chávez para emitir leyes entre las que destacan las destinadas a democratizar la propiedad y la producción (Lander y Navarrete, 2007: 17). La política social del gobierno se ha organizado desde 2004 en las ahora muy conocidas «misiones»: la Misión Vuelvan Caras (combate la pobreza y el desempleo), la Misión Barrio Adentro (atención médica), la Misión Mercal (comercialización de productos alimenticios), la Misión Robinson I (alfabetización), la Misión Robinson II (educación primaria para recién alfabetizados), la Misión Ribas (educación secundaria para gente de cualquier edad) y la Misión Sucre (estudios universitarios para sectores pobres y medios bajos) (Lander y Navarrete, 2007: 24, 25, 31). En 2007 se calculaba que estas misiones habían beneficiado al 48,3% de los hogares en Venezuela (Sutherland, 2007). Los efectos de estas políticas han sido notables: la pobreza extrema se redujo del 17,1% en 1998 al 7,9% en 2007, alcanzando en ese año una meta que estaba prevista para 2015. En 2005 la UNESCO constató el éxito de la Misión Robinson I al declarar Venezuela un territorio libre de analfabetismo. Todos estos hechos y otros más ocasionaron una elevación del Índice de Desarrollo Humano del 0,691% en 1998 al 0,878% en 2007 (Coordinadora Mexicana, 2007).

En lo que se refiere a Bolivia, acaso el logro más importante sea que en dos años el gobierno de Evo Morales tituló cerca de 15 millones de hectáreas con un costo de 15 millones de dólares, mientras que los gobiernos anteriores titularon solamente 9 millones de hectáreas en diez años con un costo de 85 millones de dólares. En ese periodo de tiempo se han invertido 133 millones de dólares en el impulso de la producción de alimentos para el mercado interno. El analfabetismo se redujo al 1,7% de los habitantes, y en dos años y medio se alfabetizó al 88% de los 823.000 analfabetos que había en enero de 2006. Se realizaron casi 263.000 operaciones quirúrgicas gratuitas y se construyeron 966 hospitales. Además se distribuyeron más de 270 millones de bolivianos a través de la renta dignidad (Presidencia de Bolivia, 2008).

En abono a la idea de que los procesos en los tres países están más cerca de la revolución que del populismo es que en ellos se observa un cuestionamiento profundo de la dominación de las élites (Cardozo, 2008). No es solamente una ampliación democrática, sino una disputa por subvertir la relación entre dominantes y subalternos.

Esto que ha sido observado para Bolivia (Gilly, 2008b) resulta ser cierto también para Venezuela y Ecuador. En Venezuela se ha recuperado la ciudadanía para los sectores populares y el pueblo como sujeto político ocupa centralidad en el discurso oficial (López Maya, 2008). No se trata solamente de derechos económicos y sociales, sino de derechos políticos que van más allá de lo electoral. Hay en ese sentido una subversión de las viejas relaciones sociales y la constitución de una nueva correlación de fuerzas. Acaso esto resulte más importante en términos de transformación revolucionaria, que los datos sobre el gasto social que hemos mencionado anteriormente. El horizonte de visibilidad en el imaginario dirigente, y en el de los movimientos políticos y sociales que impulsan la transformación, ha dejado de ser meramente posneoliberal y se ha convertido en poscapitalista.

La resignificación de las relaciones sociales y el avizorar un horizonte poscapitalista es lo que está en el sustento de la lucha por la instauración de las Asambleas Constituyentes en los tres países. En esto, la voluntad revolucionaria de las dirigencias y de un sector esencial del movimiento que las respalda se ha encontrado con los valedores de la correlación de fuerzas en la sociedad. En la Venezuela de 1999, el movimiento *chavista* fue exitoso en impulsar la Asamblea Constituyente y ganó en abril con un 71% de los votos el referendo para que se constituyera. En diciembre, el 88% de los venezolanos votó a favor de la nueva constitución la cual no es un documento socialista (Lander y Navarrete, 2007: 12). Pero el proceso iniciado en enero de 2007 cuando se anunció la creación del Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV), y luego la reforma constitucional que profundizaría la revolución bolivariana (Lander, y Navarrete, 2007: 54), terminó con la derrota en el referendo de diciembre de 2007 (Trafilaf, 2007). En lo que se refiere a Bolivia, el gobierno de Evo Morales logró un nuevo triunfo enero de 2009, cuando el 60% de la población aprobó la nueva constitución (Rojas, 2009).

Como ya se mencionó, en Ecuador el apetito por la Asamblea Constituyente fue mucho más fuerte que en los otros dos países. El mismo día de su toma de posesión, Rafael Correa convocó a un referendo para decidir si se instalaba dicha Asamblea (Tamayo, 2007a; 2007d). Tres meses después, en abril de 2007, el 81% de los consultados se pronunciaron por la instalación de la misma. El 30 de septiembre de ese año, el partido de Correa, que había renunciado a postular candidatos a diputados en las elecciones de 2006, ganó 80 de las 130 diputaciones de la Asamblea Constituyente (Paz y Miño, 2007; Congreso Bolivariano, 2007). En julio de 2008, la Asamblea Constituyente había concluido sus trabajos y tenía listo un proyecto de constitución el cual fue sometido a referendo el 28 de septiembre de 2008 y aprobado con un 64% de los votos (Tamayo 2008a, 2008b; Vargas Velásquez, 2008a).

CONCLUSIONES

La calificación de los gobiernos de izquierda de Venezuela, Ecuador y Bolivia, como «regímenes populistas» hechos desde el pensamiento conservador, se fundamentan en una concepción laxa del populismo. La crítica de Vilas a un primer trabajo de Laclau sobre el populismo (Laclau, 1978) se puede hacer también a la inmensa

mayoría de los textos que desde la ciencia política han analizado el fenómeno: extiende «el concepto de populismo hasta tal punto, que le quita total relevancia: lejos de contribuir a precisar el concepto, agrava la imprecisión ya suficientemente abundante» (Vilas 1995a: 114). A lo cual habría que agregar algo de lo que no peca Laclau: el vacío conceptual resultante se llena con una carga negativa que descalifica a todos los movimientos políticos que, haciendo uso de los procedimientos democráticos, se enfrentan al statu quo (Sáenz de Tejada, 2007: 290). Por lo demás, al despojar de su referente estructural al populismo se olvida que éste fue en América Latina un fenómeno político con una temporalidad y con una economía política muy específica, propia de una fase de acumulación capitalista que en la actualidad ha sido dejada atrás (Vilas, 1995b).

Varios son los hechos que permiten otear la posibilidad de una revolución en marcha en Venezuela, Bolivia y Ecuador: el que los procesos allí observados sean continuidad de un largo proceso de protestas y movilizaciones sociales, el que estas protestas y movilizaciones hayan creado una nueva correlación de fuerzas en el seno de la sociedad, el que estas correlaciones de fuerzas incluso se manifiesten en el establecimiento de mayorías electorales, el que el conjunto de fuerzas sociales y políticas que se han pronunciado por una transformación de la sociedad hayan ganado la presidencia de la república, el que las mismas se constituyan en una fuerza significativa en el poder legislativo, el que por esto mismo hayan convertido al Estado en una zona de disputa por el poder político ante los poderes tradicionales, el que en todo este proceso haya una subversión de las relaciones sociales entre dominantes y subalternos, el que se observe una reorientación del gasto social que proporciona dignidad y una nueva ciudadanía a los pobres de la ciudad y del campo, el que se conciba a la democracia como participativa, el que busque deslindarse de la hegemonía imperial de Estados Unidos, y el que en un sector importante de los que impulsan la transformación se avizore un horizonte poscapitalista. Todos estos hechos articulados permiten pensar que se observa algo más que populismo, un régimen que cuando aconteció se vinculaba más a una lucha por la modernización capitalista.

No estamos tampoco ante movimientos políticos y sociales que se fundan en el desprecio a la democracia. A mediados de 2006, una encuesta hecha por Latinbarómetro en 18 países revelaba que Bolivia y Ecuador eran los países en los cuales había la mayor proporción de ciudadanos que pensaban que podía haber democracia sin partidos y sin Congreso. El 89% de los ecuatorianos creía que se gobernaba a favor de los ricos y los poderosos. A pesar de ello, el 54% de los ecuatorianos consideraba que la democracia era el mejor gobierno posible, cifra superior a la de Colombia (53%) y a la de Brasil (46%) (Borón, 2007). Y encuestas aparte, la experiencia que ha tratado de consignar este trabajo revela que han sido los procesos electorales herramientas fundamentales para construir las condiciones políticas para una transformación social.

No faltan voces críticas que destacan tendencias autoritarias en Bolivia (Stefanoni y Bajo, 2008) y en Venezuela (López Maya, 2008). En el caso venezolano se ha señalado la excesiva dependencia a un líder carismático y la falta de liderazgo colectivo creíble a distintos niveles, y concentración de poder en el presidente, incorporación más activa de militares al bloque en el poder (López Maya, 2008). Los 50.000 consejos comunales que son concebidos como órganos de poder popular (Azzelini, 2008;

Congreso Bolivariano, 2008b) también son cuestionados porque no están concebidos para tomar decisiones realmente importantes, sino solamente en el ámbito local (López Maya, 2008). No cabe duda que los tres procesos consignados son abigarrados y contradictorios. Que coexisten apetitos democráticos con atavismos autoritarios, aspiraciones autonomistas con vocaciones estadólatras, aspiraciones poscapitalistas con enriquecimientos capitalistas, austeridades republicanas con insultantes corrupciones. Sin embargo, nuevamente según dos encuestas de Latinbarómetro realizadas en septiembre y octubre de 2007, la gran mayoría de los venezolanos parecería estar satisfecha con la democracia tal cual la están viviendo en Venezuela. En 1998 el nivel de satisfacción con la democracia en Latinoamérica era del 37%, y en Venezuela estaba por debajo de la media, con un 35%. En 2007, el índice promedio de la región seguía en el 37%, mientras en Venezuela ascendía al 59%; el nivel de confianza en el presidente era en Latinoamérica del 43%, mientras en Venezuela llegaba al 60%; el nivel de confianza en los partidos políticos en la región era del 20% y en Venezuela ascendía al 36% (Serrano, 2008).

La crisis de la hegemonía neoliberal dio a las fuerzas de izquierda en estos tres países, y en otros más, la ventana de oportunidad para convertirse en fuerzas hegemónicas o predominantes en esos lugares haciendo uso de los procedimientos de la democracia liberal y representativa. Y será este escenario procedimental el que las mantenga en ese lugar o las coloque en el lugar donde han estado mucho tiempo.

BIBLIOGRAFÍA

- Acosta, Alberto (2003): «Ecuador, un país exportador de dólares». Envío de Serpal 218-03, marzo. Enviado por SERPAL, Servicio de Prensa Alternativa; e-mail: serpal@wanadoo.es. 6 de marzo de 2003.
- Babb, Sara (2001): *Managing México. Economists from nationalism to neoliberalism*. Princeton University Press, New Jersey.
- Azzelini, Darío (2008): «La revolución bolivariana: “O inventamos o erramos”. Llaves para entender el proceso de transformación social venezolano», *Bajo el Volcán*. Año 7, nº 12. Posgrado de Sociología. Instituto de Ciencias sociales y Humanidades de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Puebla.
- Báez, René (2005a): «Ecuador: El TLC y la tierra prometida». *ALAI-AMLATINA*, 16 de junio, Quito. <http://alainet.org>.
- (2005b): «Ecuador: Refundación “al revés”», *ALAI-AMLATINA*, 17 de agosto, Quito. <http://alainet.org>.
- Baspineiro, Álex Contreras (2008a): «El mismo libreto y ninguna solución. Bolivia: “Referenditis aguda”», *ALAI-AMLATINA*, 2 de junio, Cochabamba. <http://alainet.org>.
- (2008b): «El pueblo boliviano gana una vez más. Presidente y prefectos opositores son ratificados por el soberano», *ALAI AMLATINA*, 11 de agosto, Cochabamba. <http://alainet.org>.
- (2008c): «El “fenómeno Evo” aplasta a los divisionistas. Bolivia: Dos tercios de la población rumbo a la refundación», *ALAI AMLATINA*, 26 de agosto, Cochabamba. <http://alainet.org>.
- (2008d): «Por las buenas o por las malas. Bolivia: sin acuerdo final marcha hacia el referéndum constitucional», *ALAI-AMLATINA*, 7 octubre, Cochabamba. <http://alainet.org>.
- (2008e): «Pasos firmes que avanzan hacia la refundación. Bolivia: Miles marchan por la nueva constitución». *ALAI-AMLATINA*, 13 de octubre, Cochabamba. <http://alainet.org>.
- Berrios, Matías (2007): «El posmodernismo en pleno: la lucha de clases terminó, ya no existen

- explotadores y explotados. Hugo Chávez sobre la creación del partido único: “el marxismo-leninismo es un dogma que ya pasó y el que no esté de acuerdo que se vaya al PC”. El PSUV se aproxima al PSOE español y la laborismo de Toni Blair», *Tribuna Popular*, órgano del Partido Comunista de Venezuela, 25 de julio, Caracas.
- Borón, Atilio (2007): «Ecuador: cita con la historia», *ALAI-AMLATINA*, 16 de abril, Buenos Aires. <http://alainet.org>
- (2008): «Nestor Kirchner y las desventuras del “centro-izquierda” en Argentina», *Bajo el Volcán*. Año 7, nº 12. Posgrado de Sociología. Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Puebla.
- Burch, Rally (2005): «Ecuador. ¿Cambio de rumbo?», *ALAI-AMLATINA*, 22 de abril, Quito. <http://alainet.org>
- Cansino, César y Covarrubias, Israel (2006): *En el nombre del pueblo. Muerte y resurrección del populismo*. Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, México.
- Cardozo Alcalá, Grover (2008): «Ignacio Ramonet: “El parto que está teniendo Bolivia no es posible sin dolor”», *ALAI-AMLATINA*, 19 de septiembre, Malmo. <http://alainet.org>.
- CEDIB (2008): «La Bolivia del revocatorio», *ALAI-AMLATINA*, 7 de agosto, Cochabamba. <http://alainet.org>
- Centro de Estudios de Guatemala (CEG). Resumen de noticias, del 28 de octubre al 3 de noviembre de 2008. Boletín Semanal de noticias *La Semana en Guatemala*. <http://ceg.org.gt>.
- Comité Político del Movimiento Indio Pachakuti (MIP) (2008): «Traición al movimiento indígena y popular», 21 de octubre, Chukiyawu Marka.
- Congreso Bolivariano de los Pueblos (2007): «Ecuador: Victoria absoluta del 78% del Sí en consulta». *Boletín del Congreso Bolivariano de los Pueblos*, nº 185, órgano del Movimiento de los pueblos Unidos por nuestra América, 16 de abril. <http://www.congresobolivariano.org>.
- (2008a): «Asamblea constituyente es un instrumento contra el neoliberalismo. Declaraciones de Rafael Correa». *Boletín del Congreso Bolivariano de los Pueblos*, órgano del Movimiento de los pueblos Unidos por nuestra América, 23 de julio. <http://www.congresobolivariano.org>.
- (2008b): «En las manos del pueblo está la solución Declaraciones de Diosdado Cabello», *Boletín del Congreso Bolivariano de los Pueblos*, órgano del Movimiento de los pueblos Unidos por nuestra América. 23 de julio. <http://www.congresobolivariano.org>
- Congreso Bolivariano de los Pueblos (2008c). Bolivia. Boletín informativo No. 232 del Congreso Bolivariano de los Pueblos, órgano del Movimiento de los pueblos Unidos por nuestra América, 16 de agosto. <http://www.congresobolivariano.org>
- Coordinadora Mexicana de Organizaciones solidarias con la República Bolivariana de Venezuela (2007): *Verdades venezolanas*. México.
- Dávalos, Pablo (2007): «Ecuador: Movimientos ciudadanos, Asamblea constituyente y neoliberalismo», *ALAI-AMLATINA*, 12 de enero, Quito. <http://alainet.org>.
- Del Río, Salvador (2008): «Bolivia y Venezuela, en la mira de Washington. La “agenda positiva”, nueva arma de injerencia de Estados Unidos», *ALAI-AMLATINA*, 12 de septiembre, México, D. F. <http://alainet.org>.
- Ferrari, Sergio (2004): «Nos equivocamos con Lucio Gutiérrez. Nota con Luis Macas, dirigente de Pachacutik y exministro ecuatoriano de agricultura», 17 de febrero. Enviado por SERPAL, Servicio de Prensa Alternativa: www.serp.al.
- Freidenberg, Flavia (2007): *La tentación populista: una vía al poder en América Latina*. Síntesis, Madrid.
- Fukuyama, Francis (1989): «The end of the History», *The National Interest*.
- (1992): *El fin de la historia y el último hombre*. Planeta, Barcelona.
- Gilly, Adolfo (2007): «Planeta sin ley», *La Jornada*, 19 de marzo, México, D. F.
- (2008): «Racismo, dominación y revolución en Bolivia», *Sinpermiso*, 29 de septiembre. <http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=2077>.
- Gómez Leyton, Juan Carlos (2008): «Gobernabilidad social en los tiempos de Michelle Bachelet.

- Política, sociedad civil y ciudadanía», en Moreira, Carlos, Raus, Diego y Gómez Leyton, Juan Carlos (cords.) (2008): *La nueva política en América Latina. Rupturas y continuidades*. FLAC-SO-Uruguay, Universidad de Lanús, Universidad ARCIS y Ediciones Trilce, Montevideo.
- (2006-2007). «Presentación», en *América Latina*, Revista del Doctorado en Procesos Sociales y Políticos en América Latina. 2º semestre de 2006/1er semestre de 2007. Universidad ARCIS, Santiago de Chile.
- Herrera F, Ricardo (2008): «Quiénes creen que Bolivia es inviable ofician inconscientemente de abogados de su desaparición, entrevista a Mario Miranda P.», México, D. F.
- Krauze, Enrique (2005): «El decálogo del populismo iberoamericano», en http://www.elpais.com/solotexto/articulo.html?xref=20051014elpepiopi_7&type=Tes, 14 de octubre de 2005.
- Laclau, Ernesto (1978): *Política e ideología en la teoría marxista*. Siglo XXI, México, D. F.
- (2005): *La razón populista*. Fondo de Cultura Económica, México, D. F.
- Lander, Edgardo y Navarrete, Pablo (2007): *La política económica de la izquierda latinoamericana en el gobierno de Venezuela*. Havens Center, Rosa Luxemburg Stiftung, Transnational Institute. Ámsterdam, noviembre.
- Larrea, Carlos, Freire, Wilma y Lutter, Chessa (2001): *Equidad desde el principio: la situación nutricional de los niños ecuatorianos*. PAHO-MBS, Washington.
- León, Osvaldo (2004): «Ecuador: Renuncia o destitución», *ALAI-AMLATINA*, 26 de abril, Quito. <http://alainet.org>.
- Long, Guillaume (2008): «El mito de la inestabilidad: estabilidad política y crecimiento económico en Ecuador», *Ecuador Debate* n° 74, Revista especializada en Ciencias Sociales. Quito, agosto.
- López Maya, Margarita (2008): ¿Hacia dónde va Venezuela? Elementos para evaluar la coyuntura electoral actual. No publicado.
- López Maya, Margarita y Lander, Luis E. (2008): «Contrapunteo de acciones colectivas beligerantes y cívicas en la democracia venezolana reciente». Manuscrito inédito que se publicará en el libro actualmente en preparación por el Grupo de Trabajo sobre Historia Reciente del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso).
- Minga Informativa de Movimientos Sociales (2006a): «Ecuador: movilización en defensa de la vida y contra TLC. Movilización nacional en defensa del agua, páramos, agricultura, tierras y semillas. Sí a la vida... No al TLC... Fuera OXY... No al Plan Colombia... Sí a la Asamblea Constituyente», 13 de marzo, Quito. pasalavoz@movimientos.org.
- (2006b): «Movilización Nacional en defensa de la vida con fuerza ECUARUNARI-CONAIE», 14 de marzo, Quito. pasalavoz@movimientos.org.
- (2008a): «La CONAIE frente al Referéndum y la nueva Constitución», 4 de septiembre, Quito. pasalavoz@movimientos.org.
- (2008b): «La CONAIE frente al referendo y la nueva Constitución», 4 de septiembre, Quito. pasalavoz@movimientos.org.
- Morales, Evo (2008): «Mensaje de Evo Morales al Foro Social de las Américas». Minga Informativa de Movimientos Sociales (2008b) Pasalavoz pasalavoz, 9 de octubre. pasalavoz@movimientos.org.
- Ortiz, Isabel y Oscar Ugarteche (2008): «El Banco del Sur: Avances y desafíos», *ALAI-AMLATINA*, 3 de octubre, Nueva York y México, D. F. <http://alainet.org>.
- Paz y Miño Cepeda, Juan J. (2007): «La Asamblea Constituyente de 2007: un nuevo ciclo histórico en Ecuador», *BOLETÍN DEL THE* (Taller de Historia Económica). Año VIII, n° 8, noviembre-diciembre. Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Facultad de Economía, Quito. <http://puce.the.pazymino.com>.
- Petkoff, Teodoro (2005): «Las dos izquierdas», *Nueva Sociedad* n° 1987, mayo-junio.
- Presidencia de la República de Bolivia (2008): «Evo Morales Ayma. Logros Gestión de Gobierno», enero-junio de 2006, La Paz.
- Rauber, Isabel (2008): En Bolivia se define el continente. Pasado, presente y futuro de las democracias latinoamericanas. 14 de septiembre.

- Rojas, Rosa (2008): «Acuerdan gobierno y oposición referendo constitucional para enero», *La Jornada*, 21 de octubre, México, D. F.
- (2009): «Gana el sí a la Constitución; Proclama Evo Morales la refundación de Bolivia», *La Jornada*, 26 de enero, México, D. F. <http://www.jornada.unam.mx/2009/01/26/index.php?seccion=mundo&article=023n1mun>.
- Romero, María José (2008): «Etapas de definiciones en torno al Banco del Sur», *ALAI-AMLATINA*, 24 de julio, Montevideo.
- Sáenz de Tejada, Ricardo (2007): «Populismo y crítica a la democracia», En Julio Aibar Gaete (coord.): *Vox Populi. Populismo y democracia en Latinoamérica*. FLACSO, México, D. F.
- Sader, Emir (2007): «ALBA: Del sueño a la realidad», *ALAI-AMLATINA*, 7 de mayo. Buenos Aires. <http://alainet.org>
- Sader, Emir (2008a): «Bolivia: el racismo separatista», *Sinpermiso*, 4 de abril. <http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=1833>
- (2008b): «Críticas de derecha e izquierda al gobierno de Lula», *Sinpermiso*, 11 de abril. <http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=1851>
- (2008c): «Fases de la lucha antineoliberal», *Sinpermiso*, 8 de junio. <http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=1906>
- (2008d): «Construir una nueva hegemonía. Entrevista a Emir Sader», *Página 12*, 17 de agosto, Buenos Aires.
- Salgado Tamayo, Manuel (2003): «Ecuador: el rápido naufragio de una esperanza. El primer mes del gobierno de Lucio Gutiérrez. Ecuador: Entre la esperanza y el desencanto (1)», envío de Serpal 218-03. 6 de marzo. Enviado por SERPAL, Servicio de Prensa Alternativa. e-mail: serpal@wanadoo.es.
- Serrano, Pascual (2008): «Venezuela es el país de América Latina donde más ciudadanos califican de positiva su situación económica y el segundo donde más satisfechos están con la democracia», *Rebelión*, 16 de enero. <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=61875>.
- Stefanoni, Pablo y Ricardo Bajo (2008): «Consecuencias de la salida pactada: la crisis global, única "oposición" a Evo», 9 de octubre, La Paz. <http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=2158>.
- Sutherland, Manuel (2007): «¿Qué hay detrás de la economía venezolana y su fantástico crecimiento, para quién son los beneficios en la transición al socialismo bolivariano?», Asociación Bolivariana de Economistas Socialistas (ABES), 4 de junio. msutherland12@gmail.com
- Tamayo G., Eduardo (2005a): «Ecuador: Multitudinaria marcha contra Gutiérrez», *ALAI-AMLATINA*, 16 de febrero, Quito. <http://alainet.org>
- (2005b): «Ecuador: Que se vayan todos», *ALAI-AMLATINA*, 13 de abril, Quito. <http://alainet.org>.
- (2005c): «Ecuador: Resistencia a medidas dictatoriales», *ALAI-AMLATINA*, 18 de abril, Quito. <http://alainet.org>.
- (2005d): «Cayó Gutiérrez», *ALAI-AMLATINA*, 20 de abril, Quito. <http://alainet.org>.
- (2005e): «Ecuador: Se reactualiza lucha por defensa de petróleo», *ALAI AMLATINA*, 25 de agosto, Quito. <http://alainet.org>.
- (2007a): «Ecuador: Rafael Correa asumió el poder», *ALAI-AMLATINA*, 15 de enero, Quito. <http://alainet.org>.
- (2007d): «Consulta popular en Ecuador: momento crucial», *ALAI-AMLATINA*, 12 de abril, Quito. <http://alainet.org>.
- (2008a): «Ecuador: Asamblea Constituyente entrega nueva Constitución», *ALAI-AMLATINA*, 25 de julio, Quito. <http://alainet.org>.
- (2008b): «Referéndum en Ecuador: Categórico triunfo de la aspiración de cambio», *ALAI AMLATINA*, 29 de septiembre, Quito <http://alainet.org>.
- Trafilaf, Sandra (2007): «Venezuela: Este proyecto sigue vivo», *ALAI-AMLATINA*, 03 de diciembre, Caracas. <http://alainet.org>.

- Vargas Llosa, Mario (2007): «Piedra de Toque. El Regreso del Idiota», en Apuleyo, Plinio, Montaner, Carlos Alberto y Vargas Llosa, Álvaro: *El regreso del idiota*, Random House Mondadori, México, D. F.
- Vargas Velásquez, Alejo (2008a): «Viraje de Chávez sobre el conflicto colombiano», *El Colombiano*, 1 de junio, Bogotá.
- (2008b): «Seguridad, defensa y nueva Constitución ecuatoriana», *El Colombiano*, 30 de julio, Bogotá.
- Varlese, Dilecta y Colleoni, Paola (2007): «Lucha a cara de perro en Ecuador», *Il Manifesto*, 13 de marzo, Roma.
- Vilas, Carlos (1995a): «Estudio preliminar: el populismo o la democratización fundamental en América Latina» en Vilas, Carlos (comp.): *La democratización fundamental. El populismo en América Latina*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CONACULTA), México, D. F.
- (1995b): «El populismo latinoamericano: un enfoque estructural», en Vilas, Carlos (comp.): *La democratización fundamental. El populismo en América Latina*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CONACULTA), México, D. F.
- Wallerstein, Immanuel (2008): «La cuestión real no es si América Latina se ha movido hacia la izquierda sino qué tan a la izquierda se ha movido», *La Jornada*, 19 de mayo, México, D. F.
- Woods, Alan (2007): «¿Qué significa la derrota en el referéndum?», *El Militante*, diciembre. www.elmilitante.org.
- (2008). *Reformismo o revolución. Marxismo y socialismo del siglo XXI. Respuesta a Heinz Dieterich*. Fundación Federico Engels, Madrid.
- Zibechi, Raúl (2008): «UNASUR: La integración posible», *ALAI-AMLATINA*, 30 de mayo, Montevideo.

25

Una aproximación empírica a la construcción de la identidad indígena:

los marcos interpretativos y los conflictos sociales en Cusco

Claire Wright

INTRODUCCIÓN

SIN DUDA ALGUNA, LO «ÉTNICO» HA LLEGADO CON FUERZA A LA ARENA POLÍTICA en gran parte de América Latina. Con la formación de importantes movimientos en la década de 1980 y con la ayuda de redes de apoyo transnacionales en la de 1990, los pueblos indígenas de América Latina se han convertido en un importante sujeto social y actor político (Radcliffe, 2007: 32; Brysk, 2000; Keck y Sikkink, 1998; Martí i Puig, 2007: 149).

Según el Foro Permanente para las Cuestiones Indígenas, existen 5.000 pueblos indígenas en 70 países, incluyendo unos 370 millones de personas. En la década de 1980, el criterio para la definición de un pueblo indígena radicaba en su existencia anterior a la llegada de otros pueblos colonizadores y que tenía estructuras sociales contrapuestas a sistemas occidentales (Kempf, 2007: 161). Más recientemente, se ha puesto énfasis en el criterio de la *autoidentificación* (Kempf, 2007: 163). Este cambio ofrece una herramienta de empoderamiento a aquellos grupos que se consideran indígenas: en vez de serlo solo a raíz de una definición «por arriba» o «desde fuera», ellos mismos pueden afirmar su propia identidad indígena y participar en procesos de (re) construcción de la misma, «por abajo».

Es importante resaltar, sin embargo, que los movimientos indígenas se han presentado con diferentes niveles de éxito en las arenas políticas de América Latina. Por un lado, hay casos como Ecuador, Nicaragua y Bolivia, en los que unos fuertes mo-

vimientos indígenas han llegado al poder, y, por otro, aquellos casos como México, Guatemala y Perú, en los que los movimientos indígenas han sido más dispersos y menos poderosos (Pajuelo, 2006: 19; Martí i Puig, 2008).

Frente a esta situación, es inevitable preguntarse: ¿es que no se han logrado activar elementos étnicos en la política de estos países? O acaso, ¿es que sí se han logrado activar estos elementos, pero de forma distinta que en países como Bolivia y Ecuador? Sigue siendo imperativo realizar un diagnóstico sobre la política étnica en estos «casos negativos» para establecer si de todas formas se desarrolla política indígena, según el término empleado por Martí, «por abajo» (2007: 132).¹

El objetivo general de este estudio es ofrecer una respuesta empírica a la siguiente pregunta: ¿cómo pueden los marcos cognitivos empleados en episodios de acción colectiva participar en los procesos de (re)construcción de identidad indígena? La zona de estudio es Cusco, Perú, ya que cuenta con una importante concentración de comunidades con raíces indígenas y con un alto nivel de conflictividad social, dos elementos que son de interés en nuestro estudio. Para guiar la investigación, a continuación consideramos lo que dice la teoría de la acción colectiva sobre la (re)construcción de las identidades políticas.

TEORÍA

Los estudios sobre la identidad han cobrado una creciente importancia en la teoría sobre la acción colectiva, sobre todo a partir de la década de 1980 (Tarrow, 2004: 48). Es importante resaltar que en este estudio nos referimos a una identidad *política* y no a una identidad simplemente *cultural* o *social*, ya que se trata de una identidad pública y enunciada que surge a raíz de un conflicto, lo cual es la base de toda actividad política (véase Vallès, 2007: 18). A continuación, se consideran los diferentes enfoques en cuanto a la identidad en el contexto de la acción colectiva, que dividimos en tres categorías: la identidad como agravio, como estrategia y como consecuencia de la acción colectiva.

Entre aquellos autores que consideran la identidad como una *causa*, algunos afirman que, cuando un grupo siente que su identidad corre riesgo, se mueve (Marx Ferree, 1994: 175; Chihu Amparán, 2007: 72). Otros, como Imanol Zubero y los teóricos de los nuevos movimientos sociales, afirman que la identidad ha cobrado una nueva importancia entre las generaciones posmaterialistas, que se mueven para articular la existencia de nuevos grupos sociales (véase Zubero, *s/f*; Hunt, Benford y Snow, 1994; Klandermans, 1994).

Otros autores consideran que la identidad es un *recurso* de la acción colectiva, algo construido por los dirigentes sociales a base de cálculos políticos. La mayoría postula que las identidades políticas se eligen a raíz de un *stock* cultural *ya existente*, y que la decisión de activar ciertos rasgos y no otros tendrá que ver con simpatías y potenciales aliados (véanse Della Porta y Diani, 2004: 89-93; Tarrow, 2004: 176; Gómez Suárez,

1. Como afirma James Scott, la desventaja de fijar la mirada únicamente en la política oficial e institucional es que no explica de dónde vienen los «discursos repentinos» (2003).

2005: 17; Máiz, 2004: 349; y Trejo, 2000: 209). Sin embargo, Della Porta y Diani también reconocen que, en principio, existe la posibilidad de construir la identidad desde cero, lo cual sería por ejemplo el caso de un grupo de personas que se presentan como *rastafaris*, pero que no tienen raíces históricas como tales (2004: 109).

Finalmente, la identidad también puede ser considerada como una consecuencia secundaria de la acción colectiva. Por ejemplo, McAdam establece que, en el caso de los movimientos sociales, una vez que se expanden, luego desarrollan su propia cultura y se convierten en crisoles de innovación cultural (McAdam, 1994: 43). En este sentido, Tarrow afirma que el potencial de encontrar una nueva identidad a través de la acción colectiva —siguiendo la teoría de la anomía de Durkheim— es en sí un atractivo para participar en la protesta (2004: 38).

Es importante subrayar que los tres enfoques no son mutuamente exclusivos. En realidad la identidad puede ser *la causa de, un recurso para y el resultado del* mismo episodio de acción colectiva; pero tendrá diferentes valores en las distintas etapas. De ser así, se podría hablar de un proceso completo e interactivo de (re)construcción de la identidad política a través de la acción colectiva. Esta relación dinámica es posible si partimos de un enfoque constructivista, según el cual las identidades son construcciones sociales que cambian durante los procesos políticos. Un enfoque primordialista, en cambio, descartaría esta posibilidad argumentando que la identidad es algo esencial y no político.

Teniendo en cuenta el objetivo principal de este estudio, se van a considerar las tres posibilidades identificadas en la teoría: que la identidad étnica puede funcionar como *causa, estrategia o consecuencia* de la acción colectiva, o incluso las tres cosas a la vez. Además, se considerará la teoría de Máiz (2004: 336), según la cual, para que se produzca un marco étnico hace falta que los dirigentes identifiquen la identidad indígena como la más adecuada y, por lo tanto, se trata de una *estrategia*.

¿Cómo se pueden medir estos procesos de (re)construcción de la identidad étnica en la realidad? La respuesta viene dada a través de los marcos cognitivos.

Según la teoría de Goffman, los marcos ofrecen una manera de organizar el significado y la participación en la actividad social (2006: 358). Son lentes discursivas que sirven para motivar a los activistas y hacer distinciones con sus adversarios (Tarrow, 2004: 25). Según la teoría de Snow y Benford, para entender una situación social y motivar a los demás, cabe realizar un *diagnóstico* y un *pronóstico*, que son los campos *sustantivos* de los marcos. También es necesario identificar a los *protagonistas*, a los *antagonistas* y a una *audiencia*, los campos *identitarios* de los marcos (Della Porta y Diani 2004: 74). En el caso de la (re)construcción de la identidad, el marco relevante es el de los protagonistas, es decir, la cuestión de *quiénes son los que llevan a cabo la acción colectiva*.²

No obstante, es necesario diferenciar entre el sentido que se le quiere dar a una actividad y el sentido que al final cobra. En esta lucha, el rol de los medios de comunicación es clave, ya que constituyen el lugar en el que se desarrollan los debates

2. Es importante reconocer la importancia del enfoque según el cual la misma acción que se lleva a cabo contiene su propio mensaje, como si se tratara de dramaturgia (véase McAdam [1994]). Aquí consideramos solo los discursos escritos o enunciados.

acerca de los conflictos sociales (Gamson y Meyer, 1999).³ Entonces, en este estudio se considerarán tanto los marcos en las manifestaciones de base (el sentido que se le quiera otorgar) además de la manera en que éstos son incorporados por los medios de comunicación (el sentido que al final se les otorga).⁴

Al ofrecer un diagnóstico de los marcos étnicos producidos en los episodios de acción colectiva en Cusco, este estudio también considerará cómo los episodios de acción colectiva participan en procesos de (re)construcción de la identidad indígena. Se ha elegido estudiar solo el año 2008 para mantener constante la Estructura de Oportunidades Políticas, una importante variable explicativa.⁵ La decisión de elegir Cusco como departamento de análisis radica en su potencial *stock* indígena, que teóricos tales como Máiz (2004), Gómez Suárez (2005) y Trejo (2000) identifican como básico para dar lugar a una reivindicación étnica.

Como se trata de una investigación empírica, es importante establecer una estrategia de investigación, detallada a continuación:

Primero, se consultan los boletines de la Defensoría del Pueblo para identificar todos los conflictos activos en Cusco en algún momento durante 2008.⁶ Luego, se realiza un análisis de los memoriales producidos por los actores involucrados para establecer si ha habido un intento de producir un marco de *protagonistas* fundado en la etnia. Cuando se articula una identidad usando cualquiera de los siguientes términos —«aborigen», «nativo», «étnico», «indígena», «indio» o «inca»—⁷ decimos que existe un marco fundado en la etnia en su fase más elemental. Es más, si se refieren a varios elementos del discurso «panindígena»⁸ también se podrá considerar un caso positivo del desarrollo de un marco étnico.

Segundo, se realiza un análisis de contenido de la prensa local durante el año 2008 para establecer, primero, qué casos han llegado a la agenda mediática local y, segundo, hasta qué punto los marcos originales han sido reproducidos. Entonces, un intento de crear un marco fundado en la etnia seguido por un marco étnico usado por la prensa constituirá un primer indicador de la etnogénesis política, ya que se podrá hablar, entonces, de una suerte de activación interna y reconocimiento externo de la etnia que se ha producido durante y a raíz de episodios de acción colectiva.

Tercero, se considerará el rol de los dirigentes sociales a la hora de «activar» la identidad indígena. Además de los discursos oficiales, se buscan explicaciones de

3. Es más, el acceso a ellos es un claro determinante para el éxito o el fracaso de un mensaje, y de ahí un grupo político (McQuail, 1994; Nash, 2005).

4. Yenny Ccolque, experta en conflictos sociales de la Defensoría del Pueblo en Cusco, explicó que a menudo los actores involucrados en conflictos de contextos locales prefieren llegar a la radio y a la televisión directamente. Entrevista personal realizada el 23 de febrero de 2009.

5. La Estructura de Oportunidades Políticas se refiere a cambios en el sistema político que pueden facilitar la acción colectiva (véase Tarrow, 2004).

6. La Defensoría del Pueblo lleva desde 2004 publicando reportes mensuales con análisis pormenorizados de los conflictos sociales producidos en cada departamento. www.defensoria.gob.pe.

7. Estos términos son relevantes justamente porque evitan la palabra «campesino».

8. A saber: a) una postura antineoliberal; b) los conocimientos y valores andinos; c) la importancia de la tierra y los recursos medioambientales; d) la naturaleza plurinacional del Estado; e) los derechos colectivos y autodeterminación, f) la reconstitución del pueblo Tawantinsuyo; y g) la participación política indígena (Huanacu Tito, 2006).

los actores involucrados en los episodios de acción colectiva a través de entrevistas en profundidad en Cusco,⁹ para entender el sentido que dan a sus propias acciones.

EL CONTEXTO: LA ACCIÓN COLECTIVA Y LA IDENTIDAD ÉTNICA EN PERÚ Y EN CUSCO

Antes de estudiar el caso concreto de Cusco durante 2008, es necesario realizar unas observaciones sobre la etnia en términos culturales y políticos en los ámbitos nacional y departamental para contextualizar el estudio y formar una idea sobre la Estructura de Oportunidades Políticas.

Resulta muy difícil establecer el peso de los pueblos indígenas en Perú en términos cuantitativos por dos razones: a) la falta de censos e información y b) el estigma que conlleva el término «indígena» en Perú, que muchas veces queda latente en términos más heterogéneos como «campesinos» o «cholos» (véase Pajuelo, 2006). Según cifras oficiales, el 39% de la población nacional es indígena (Pajuelo, 2006: 18), pero es posible que estos datos oficiales subestimen la población indígena, calculando que el 45% de los hogares del país se clasificarían como «indígena» si se emplearan términos de autoidentificación.¹⁰

Entonces, queda claro que Perú sí cuenta con un amplio «*stock* cultural» indígena. Cabe preguntarse entonces: ¿es que no se ha logrado activar estos elementos en la política del país? O más bien, ¿es que sí se han logrado activar estos elementos, pero de forma distinta que en países como Bolivia y Ecuador?

Varios autores sostienen que la dimensión étnica no está presente en la política nacional de Perú. Rénique, por ejemplo, se pregunta si en Perú surgirá una reivindicación política indígena (2004: 389), afirmando que, tras siglos de racismo y dominación, nadie quiere identificarse como indígena. De la misma manera, el Informe de la Comisión de la Verdad y Reconciliación argumenta que la reivindicación explícita de las identidades originarias en el país sigue siendo muy débil y que la identidad «cholo», una identidad más heterogénea y menos despectiva que «indio», sigue siendo estándar (CVR, 2003: 101-102).

Por otra parte, según Carlos Iván Degregori, la dimensión étnica sí es importante, pero se expresa de manera diferente en Perú, constituyendo solo uno de los múltiples niveles de identidad (1993). Nelson Manrique también argumenta que, a través de la historia, la gran mayoría de los conflictos han sido de índole étnico-racial, debido en gran parte a las estructuras de dominación que se dieron en términos raciales (2006: 27). La Coordinadora Permanente de los Pueblos Indígenas del Perú en una declaración de 2003 se queja de la falta de visibilidad de los movimientos indígenas existentes¹¹ (COPPIP, 2003).

9. Entrevistas realizadas en febrero y marzo de 2009.

10. Según el Estudio ENAHO 2001-IV Trimestre, citado en Pajuelo (2006: 46).

11. Tales como la AIDSESEP (Asociación Interétnica de Desarrollo de la Selva Peruana), la COPPIP misma y CONACAMI (la Coordinadora Nacional de Comunidades del Perú Afectadas por la Minería).

Entonces, parece haber algo de desacuerdo respecto al grado de «etnificación» de la política en Perú. El estudio reciente *Participación política indígena en la sierra peruana* (2006), de Ramón Pajuelo, responde a este debate y nos ofrece un panorama de la política «étnica» institucional en Perú. Encuentra datos acerca del voto indígena, organizaciones indigenistas estatales y congresistas indígenas, argumentando que actualmente hay indicios de prácticas políticas étnicas en el país (Pajuelo, 2006: 81). Además, afirma que «se registra el surgimiento de experiencias de participación local, que ponen en juego un nuevo ingrediente: la formación de discursos de reivindicación étnica por parte de nuevos líderes sociales, o por nuevas organizaciones locales» (Pajuelo, 2006: 98). Es este nivel el que nos interesa en el estudio: el surgimiento de discursos indígenas «por abajo».

Cusco es un caso interesante para un estudio sobre la política étnica ya que cuenta con dos grupos con stock cultural indígena: poblaciones selváticas ubicadas en el Amazonas y poblaciones campesinas ubicadas en la sierra. De acuerdo con los datos de la Defensoría del Pueblo, existen 62 comunidades nativas y 928 comunidades campesinas (entendidas como selváticas y serranas, respectivamente) en el departamento (Defensoría del Pueblo, julio de 2008: 38).

Es posible encontrar expresiones políticas de lo étnico en el Cusco en tres ámbitos: a) un discurso histórico sobre Cusco como el centro del Imperio incaico; b) en políticas de integración de los pueblos nativos; y c) en recientes encuentros de pueblos indígenas que han tenido lugar en el departamento. A continuación se describen estos discursos para tenerlos en cuenta en nuestro análisis de los marcos étnicos producidos en 2008.

La naturaleza especial de Cusco como centro histórico del imperio inca queda reflejada en el discurso para marcar el inicio del Año Académico de 1947 con el título *Las Insurgencias del Cusco a través de la Historia* (Velasco, 1947). Se trata de un homenaje al pasado glorioso de la ciudad, refiriéndose al «pueblo rebelde, [...] pueblo insurrecto, [...] pueblo belicoso» como algo contrapuesto a los conquistadores. Incluso se dirige al Inca Huayna Capac simplemente como «tú» (Velasco, 1947: 9). Este discurso es atípico por tres razones: a) reivindica una identidad fundada en las raíces precoloniales; b) esta identidad se limita solo a Cusco y no se extiende a Perú; y c) se articula desde la élite académica local y no desde los grupos campesinos.

Segundo, en el proyecto de 1959 denominado «Programa Cuzco de Integración de las Poblaciones Aborígenes», el mismo término «aborígenes» resulta clave, ya que activa la identidad étnica de los campesinos. El plan, elaborado por el Instituto Indigenista Peruano y la Universidad Nacional del Cusco, tiene dos ejes: uno de trabajo social e investigaciones antropológicas (Programa Cuzco, 1959: 210). Aunque se ubica claramente en la línea indigenista presente en la década de 1950 en toda América Latina, el mismo afán por descubrir las «creencias», las «supersticiones» y los «nombres *nativos* de enfermedades» constituye un reconocimiento institucional de lo étnico (1959: 212).

La tercera esfera la constituyen unas reuniones recientes que conllevan expresiones étnicas en sus declaraciones públicas. Ha habido tres ejemplos bastante excepcionales en este sentido. Uno fue el I Tantachawi/Congreso Fundacional de la Coordinadora Andina de Organizaciones Indígenas, celebrado en Cusco en 2006 y en el que parti-

ciparon organizaciones indígenas/campesinas de Ecuador, Chile, Argentina, Bolivia y Perú.¹² Luego, en enero 2008 se llevó a cabo una reunión de pueblos indígenas de Cusco en Ocongate. Es más, en enero 2009 se celebró la Segunda Cumbre de los Pueblos Indígenas Kheswa y Aymará, reflejando una sensibilidad hacia lo étnico en el departamento.¹³

En resumidas cuentas, Cusco cuenta con un importante *stock* cultural étnico, que ha llegado a plasmarse en expresiones políticas, lo cual sugiere un ambiente favorable para la producción de discursos fundados en la etnia durante episodios de acción colectiva. Algo emblemático de esta situación es que, en las elecciones generales de 2006, se eligieron dos congresistas que reivindicaron sus raíces étnicas, algo inédito en Perú. Ellas son María Sumire e Hilaria Supa, dos representantes precisamente de Cusco.

LOS EPISODIOS DE ACCIÓN COLECTIVA Y MARCOS ÉTNICOS EN CUSCO EN 2008

Nuestra principal pregunta de investigación es: ¿cómo pueden los marcos cognitivos empleados en episodios de acción colectiva participar en los procesos de construcción de identidad indígena? Como ya se ha destacado, el estudio se centra en el caso de Cusco en 2008 por dos razones principales: primera, porque cuenta con un *stock* indígena; y segunda porque ha padecido altos niveles de conflictividad social.

Según los datos de la Defensoría del Pueblo, 2008 vio un aumento en el número de conflictos sociales activos en el departamento de Cusco, desde 3 en enero hasta 11 en diciembre.¹⁴ Según la clasificación usada por la Defensoría, Cusco pasó de ser un departamento con medianos niveles de conflictividad social a ser un departamento con altos niveles. En ese momento, solo seis de los 25 departamentos se clasificaban así (Defensoría del Pueblo, 2008: 3). Durante 2008, hubo diez episodios de acción colectiva y, al recopilar información de los reportes, es posible construir una visión panorámica sobre los agravios, los actores y la duración de los mismos.

Con relación a agravios, la mayoría tienen que ver con preocupaciones acerca del uso de la tierra (oficialmente siete), tanto en términos de recursos como del medio ambiente. Aunque la Defensoría no las clasifica así, unas protestas en contra de las leyes de desarrollo turístico se desencadenaron debido a un desacuerdo sobre la pro-

12. La «Declaración de Cusco» incluye: a) una postura antineoliberal; b) los conocimientos y los valores andinos; c) la importancia de la tierra y los recursos medioambientales; d) la naturaleza plurinacional del Estado; e) los derechos colectivos y la autodeterminación; f) la reconstitución del pueblo Tawantinsuyo; y g) la participación política indígena (Huanacu Tito, 2006). Estos siete elementos serán útiles en nuestro estudio, ya que nos pueden servir como indicadores para el marco de *protagonistas* fundado en la etnia.

13. El único departamento comparable en este sentido es Puno, que en mayo de 2009 fue sede de la IV Cumbre Continental de Pueblos Indígenas y Primera Cumbre Continental de Mujeres Indígenas.

14. Esto corresponde a una tendencia nacional; ya que en todo Perú hubo 83 conflictos sociales en enero de 2008, y 197 conflictos sociales en diciembre de 2008. La Defensoría usa el término «conflicto» para referirse a episodios de acción colectiva.

tección de zonas arqueológicas. Solo unas protestas por estudiantes sobre el alza del precio del transporte en la ciudad y de los cultivadores de la coca pueden considerarse totalmente ajenas a esta problemática.

Luego, es llamativa la variedad de actores involucrados en cada conflicto, desde comunidades campesinas a sindicatos consolidados, y de instituciones oficiales a representantes del gobierno nacional. Solo en el caso de unas protestas acerca del incremento del precio del transporte público se reduce a dos grupos de actores principales: estudiantes y conductores.

Finalmente, la duración de los episodios de acción colectiva es notable. Varios casos tienen raíces históricas en antiguos conflictos y algunos llevan décadas sin solucionarse.¹⁵ Además, a fecha de enero de 2009, ocho de los diez casos seguían activos en el departamento, lo cual refleja su larga duración y las dificultades a la hora de buscar soluciones (Defensoría del Pueblo, 2008).

Como ya se ha destacado, el objetivo de este proyecto es trazar el proceso de (re) construcción indígena a través de episodios de acción colectiva. El primer paso de la investigación es establecer en qué casos se ha producido un marco fundado en la etnia, antes de pasar a considerar su capacidad de llegar a la agenda mediática «intacta». En esta primera fase de la investigación solo se consideran las manifestaciones y memoriales producidos y oficialmente circulados como indicador del intento de producir un marco fundado en la etnia.

La tabla 25.1 recopila datos acerca del intento de producir marcos étnicos en el caso de los actores sociales involucrados en cada uno de los diez conflictos producidos. En los casos en que sí ha habido un intento de formar un marco, también se incluye si los protagonistas se expresan en términos étnicos.

Según este análisis, destacan dos conclusiones cuantitativas. Primero, en cinco de los casos, los actores sociales involucrados redactaron un manifiesto o declaración oficial. La segunda conclusión cuantitativa es que de los cinco conflictos en que se produjo un discurso oficial, cuatro dieron lugar a un marco de *protagonistas* fundado en la etnia. Es una proporción alta, y refleja una tendencia de usar marcos étnicos en episodios de acción colectiva en Cusco. A continuación se describen con más detalle los diferentes elementos de estos cuatro marcos fundados en la etnia.

El caso de las leyes de desarrollo turístico en Cusco

El primer caso se produjo a raíz de una serie de protestas (en la ciudad de Cusco) contra dos polémicas leyes nacionales para regular el desarrollo turístico (29164 y 29167). Como se evidencia en la tabla 25.2, una gran variedad de actores de tres esferas muy diferentes participaron en este conflicto: el gobierno nacional, el gobierno local y la sociedad civil.¹⁶ De unos 14 comunicados emitidos en la prensa local por organizaciones sociales, gremiales o municipales, siete incluyeron elementos funda-

15. Un claro ejemplo de esto es el caso de Echarate, que se vincula con los conflictos sobre la exploración petrolífera en el valle del Bajo Urubamba, y que llevan produciéndose desde 1983 con la llegada de la Shell (CONAR, 1988).

16. Ver Javier Auyero en el caso de Argentina (2002).

Tabla 25.1 Marcos étnicos producidos en conflictos en Cusco en 2008

Caso	Manifiesto, plataforma o memorial oficial emitido	Protagonistas expresados en términos étnicos
1. Leyes de desarrollo turístico en Cusco	Sí	Sí
2. Actividad Minera en Lutto Kututo	No	-
3. Minería de Espinar	Sí	No
4. Minería en Acomayo	No	-
5. Botadero de Haquira	No	-
6. Protesta de estudiantes en contra del precio del transporte	No	-
7. Rotura del conducto del gas en Echarate	Sí	Sí
8. Hidroeléctrica y minería en Canchis	Sí	Sí
9. Poblaciones de Ocongate	Sí	Sí
10. Precio de la coca en la Convención	No	-

Fuente: elaboración propia a partir de memoriales pasados a la Defensoría del Pueblo o publicados en *Diario El Sol de Cusco*.

dos en la identidad o *marcos de protagonismo*. Estos siete comunicados establecieron dos principales campos de identidad: el pueblo unido de Cusco y los herederos de la cultura incaica:

En la tabla se han separado los dos ejes de «Cusco» y «etnia», pero en realidad hay un fuerte puente entre ellos, ya que la ciudad parece reivindicar una identidad propia como resultado de su pasado incaico. Se considera el patrimonio en términos de edificios y la historia misma, y no lo indígena en términos de prácticas culturales, lenguas o de comunidades en peligro, menos en el caso del comunicado producido por la Universidad Andina. Entonces, el caso de las leyes de desarrollo turístico se denominará un «marco étnico distorsionado», ya que en realidad no se trata de la etnogénesis de un pueblo, sino de un complejo discurso político con raíces históricas y regionalistas.¹⁷

17. En la entrevista realizada con Marta Quispe, dirigente sindicalista de Cusco, cuando se le preguntó para quiénes se había estado luchando, contestó que era para los pueblos campesinos que vivían cerca de los sitios históricos que posiblemente iban a ser afectados por las dos leyes de desarrollo turístico. Sin embargo, en ningún comunicado emitido se ha encontrado una preocupación por los grupos de la sierra o de la selva, sus costumbres o sus usos. Entrevista personal realizada el 23 de febrero de 2009.

Tabla 25.2 Marcos de protagonistas en los comunicados producidos por actores involucrados en protestas en contra las leyes de desarrollo turístico

Actor Social	Identidad Eje Cusco	Identidad Eje Etnia: guardianes y herederos de la cultura incaica
Empresa Regional CONSETTUR MACHUPICCHU S.A.C.	«nuestra tierra», «nuestro pueblo», «centralismo político limeño», «población cusqueña»	
Municipalidad Provincial del Cusco	«pueblo frente al centralismo»	«nuestra civilización andino-amazónica»
La Universidad Andina del Cusco		«Se identifica plenamente con la cultura ancestral andina y su valioso patrimonio material e inmaterial, promoviendo los valores fundamentales de su filosofía»
El Consejo Municipal de la Capital Histórica del Perú. Cusco	«pueblo cusqueño»	«Cusco Capital Histórica del Perú, representa la síntesis del desarrollo cultural Andino-Amazónico y litoral de este país»
Red de Municipalidades Rurales del Cusco (REMUR Cusco)	«pueblo cusqueño»	
La Alcaldesa de la Honorable Municipalidad Provincial del Cusco	el pueblo del Cusco»	«Los sagrados intereses de nuestra tierra, depositaria de la magnífica herencia cultural de nuestros ancestros»
Consejo Regional de Colegios Profesionales del Cusco		«Cuna del imperio incásico, defensora del legado histórico monumental»

Fuente: elaboración propia a partir de pronunciamientos publicados en *Diario El Sol de Cusco*.

El caso de la rotura del conducto del gas en Echarate

El segundo caso surgió en el contexto de la rotura del ducto del gas de Camisea (en la selva), con varias protestas y luego un paro provincial realizado en diciembre. El pronunciamiento oficial elaborado por los actores sociales fue publicado directamente en la página web de Amazon Watch, una ONG dedicada a la protección de los pueblos amazónicos y dirigido a «la opinión pública local, regional, nacional e internacional».¹⁸ Este hecho en sí nos da una idea de la proyección de este actor social y su nivel de organización. Además, COMARU —una de las dos organizaciones responsables del comunicado y que incluye FECONAVY, otro actor importante en el conflicto— se fundó ya en 1974, como «una propuesta indígena propia» (CONAP, 1988: 2).

El contenido del comunicado es netamente étnico. Usa términos tales como «derechos ancestrales», «pueblo indígena» o «pueblos indígenas amazónicos del Perú». Es más, se refiere a la importancia de sus «territorios», un elemento clave del discurso indígena en América Latina. Se basa en los derechos humanos colectivos, otro elemento básico del discurso empleado por grupos indígenas en América Latina. Finalmente, vincula su lucha con la de otros grupos indígenas con un paro contra las «actividades extractivistas» el día Internacional de las Poblaciones Indígenas (9 de agosto) y refiriéndose al quinto centenario de la «invasión española».

El caso de la hidroeléctrica en Canchis

El tercer caso fue producido en el contexto de unas protestas en contra de la construcción de una hidroeléctrica en Canchis, una provincia serrana. Se emitieron dos pronunciamientos en septiembre de 2007, que sirvieron como plataforma oficial de lucha en 2008. Lo interesante es que uno de ellos se funde en una identidad claramente étnica mientras que otro no hace referencia a ello.

El primero es un memorial emitido por el Frente Único de Defensa de los Intereses de Canchis (2007). En él, se refiere al «pueblo de Canchis» y a «las comunidades campesinas», pero en ningún momento hace referencia a una identidad étnica. Por otra parte, el Comunicado emitido por el Comité de Lucha Contra Salcca Pukara (2007) se expresa en términos indígenas. Precisa que las comunidades campesinas son «pueblos originarios-nativos», subraya su «preexistencia [...] en este suelo» y se refiere a sus «propios modos culturales». (Ibíd.: 2) De esta manera, extrae el elemento «étnico» que queda subyacente, pero desactivado en la identidad campesina.¹⁹

¿Cómo es posible explicar la diferencia entre el discurso más sencillo y campesino de la FUDIC y el discurso más elaborado netamente étnico del Comité de Lucha?

18. (<http://www.amazonwatch.org/>)

19. Además de esta referencia a protagonistas «indígenas», el comunicado hace referencia al Convenio 169 de la OIT, la territorialidad, los derechos de los «pueblos originarios», la cultura, el derecho consuetudinario, la importancia de recursos naturales, los tratados internacionales y el desarrollo sostenible.

Sin duda, el hecho de que una abogada experta en temas medioambientales haya redactado el comunicado del Comité ha influido en su naturaleza más «étnica». A diferencia del caso de Echarate, no se trata de un grupo experto en el uso de un discurso étnico, lo cual nos hace pensar que estamos en la presencia de un primer momento de «etnogénesis» política que dependerá de cómo los demás actores sociales y la prensa asumen este discurso: si el marco campesino o el marco étnico será el que prevalezca.

El caso de las poblaciones de Ocongate

El cuarto marco indígena se produjo en el caso de unas protestas para pedir la protección del santuario de Qoyllurrit'y ante la posible concesión minera en esa zona de la sierra. Es necesario resaltar que el conflicto también tiene raíces en el año 2007, cuando se produjo la primera movilización para delimitar el área geográfica del santuario y así protegerlo de concesiones mineras. Entonces, los dos comunicados oficiales producidos en el contexto de este conflicto remontan a ese año.

El primer documento aparece en la página web de la Hermandad del Señor de Qoyllurrit'y.²⁰ En cuanto a su contenido, hace referencia a la Hermandad y al «Consejo de Naciones Peregrinas junto a miles de danzantes, músicos, fieles acompañados [...]». Se declaran «católicos», pero también «naciones», lo cual tiene matices étnicos. Buscando el significado de este término, realicé una entrevista con el sacerdote responsable de la Hermandad del Qoyllurrit'y en Cusco.²¹ Me explicó que las naciones son simplemente hermandades católicas involucradas en las celebraciones, y que no son ni grupos étnicos ni pueblos. Sin embargo, el comunicado emitido por la Hermandad sigue: «Las naciones sabemos que la peregrinación al TAYTACHA está garantizada por siempre, en tanto continuemos vivos los pueblos originarios, pues la festividad viene estructurada a través del tiempo, bajo el sistema ancestral».

El segundo documento fue elaborado por el Instituto Nacional de Cultura-Cusco, la Hermandad, el Consejo de Naciones y la Municipalidad de Ocongate, y aprobado por representantes de la Comunidad Campesina Mahayani el 7 de julio de 2007. Este documento está lleno de referencias a la legislación nacional y a los tratados internacionales, y refleja la influencia del INC y de los abogados encargados de elaborarlo. En cuanto al campo de los *protagonistas* se refiere directamente a los derechos de «los pueblos indígenas» y convierte «la identidad natural y cultural» en un agravio en sí, pidiendo respeto por «el uso de las lenguas nativas». Además, incorpora elementos del discurso «panindígena» que ya se han mencionado, tales como la «biodiversidad», «los usos ancestrales» y los «derechos colectivos».

Sin embargo, el comunicado incluye dos elementos que matizan ligeramente este discurso étnico. El primero es la misma preocupación por el Patrimonio Cultural que fue demostrada en los pronunciamientos emitidos en las protestas sobre las leyes de desarrollo turístico. El segundo es el reconocimiento del sincretismo religioso con referencias tales como «la religiosidad andina» y «los espíritus tutelares andinos en las

20. (<http://santuariqoyllurrity.org/>)

21. Entrevista personal realizada en Cusco, 3 de marzo, 2009.

Tabla 25.3 Los marcos desarrollados en episodios de acción colectiva en Cusco, 2008

Caso	Marco étnico	Marco no étnico
1. Leyes de Desarrollo Turístico	Herederos de los incas	Cusco frente a Lima Patrimonio histórico
2. Rotura del conducto del gas en Echarate	Pueblos nativos amazónicos Derechos culturales, territorio y medio ambiente	
3. Hidroeléctrica en Canchis	Pueblos indígenas Derechos territoriales, OIT 169	Pueblo de Canchis Comunidades Campesinas
4. Poblaciones de Ocongate	Pueblos indígenas. Derechos territoriales y medio ambiente	Sincretismo católico andino Patrimonio histórico
5. Mineros informales en Espinar		Pueblo de Espinar Campesinos y trabajadores

Source: elaboración propia a partir de memoriales y pronunciamientos recopilados en Cusco durante los meses de febrero y marzo de 2009.

formas de culto cristiano [...]». Entonces, cabe resaltar que en el caso de las Poblaciones de Ocongate, los actores sociales produjeron un marco con tres ejes: indigenismo/patrimonio/sincretismo.

La tabla 25.3 resume los principales rasgos de los marcos étnicos producidos a través de los comunicados emitidos, incluyendo tanto los étnicos como los no étnicos.

Destacan dos conclusiones principales: en 2008, en Cusco sí se produjeron marcos étnicos en los episodios de acción colectiva; pero en la mayoría de estos casos los marcos étnicos convivieron con otros marcos identitarios. Esto sugiere que se ha llegado a jugar con el menú de identidades en la acción colectiva, pero solo en un caso (Echarate) se ha formado un discurso exclusivamente étnico. Los casos de las Leyes de Desarrollo Turístico y —en menor medida— las Poblaciones de Ocongate tienen más que ver con el patrimonio cultural, el sincretismo andino y la historia que sobre la condición actual de los pueblos indígenas. El caso de Canchis es el más interesante, ya que una organización social se presenta como indígena y la otra simplemente como campesina, lo cual refleja un primer intento de afirmar una identidad indígena a través de la acción colectiva, dependiendo de las decisiones de los dirigentes sociales (véase Máiz, 2004).

En cuanto a la naturaleza de los actores presentes en los casos en los que se ha formado un marco étnico, éstos son muy diferentes: desde las autoridades locales hasta

poblaciones campesinas. Sin embargo, los cuatro casos tienen un agravio en común: un conflicto sobre el uso de la tierra.

LOS EPISODIOS DE ACCIÓN COLECTIVA Y LA PRENSA EN CUSCO, 2008

El siguiente paso es considerar cómo los marcos producidos han sido incorporados o adaptados por los medios de comunicación. En principio sería necesario considerar todos los tipos de prensa (internet, radio, televisión o prensa escrita local, nacional e internacional). Por razones prácticas, en esta investigación se optó por hacer una revisión exhaustiva de todos los diarios producidos en 2008 por el periódico departamental de mayor tirada: *Diario El Sol de Cusco*.²² Se eligió este periódico por su fuerte capacidad de influir en la opinión pública en el departamento y de ahí actuar como un indicador del discurso social más emblemático en el ámbito de Cusco.²³

Al realizar un análisis de contenido de los artículos sobre cada caso, lo que nos interesa es el marco producido, y evaluar hasta qué punto refleja el discurso inicial, formulado por los grupos involucrados. Se estudian todos los casos para ver si la prensa llega a enmarcar algún conflicto como «étnico» sin que los actores sociales emitan un comunicado oficial para definirse así. Si no encontramos casos en que se produzca esto, argumentaremos que emitir un marco étnico oficial ha sido una condición necesaria para que la prensa presente al protagonista en términos étnicos.

El caso de las leyes de desarrollo turístico en Cusco

En el caso de las leyes de desarrollo turístico, *El Sol* tuvo un importante papel a la hora de movilizar a las bases y casi se convirtió en un protagonista de la lucha. En un artículo publicado el 7 de enero se afirma: «El Sol, que siempre está vigilante en defensa de los intereses del Cusco, ha sido el primero en dar voz de alerta» (07/01: 1) Con respecto a la identificación de protagonistas, el diario resalta que es «todo el pueblo», incluyendo estudiantes, alcaldes (19/01: 2), transportistas, jubilados, vendedores de mercados (30/01: 5), trabajadores, amas de casa (08/02: 2) y partidos políticos (18/02: 5). De ahí que, a la pregunta, «¿quiénes fueron los *protagonistas* del conflicto sobre las leyes de desarrollo turístico?», *El Sol* ofrezca la respuesta: «El pueblo de Cusco».

Por otra parte, también refleja una afirmación de una identidad heredera de los incas en los artículos relevantes para el conflicto. Por ejemplo, afirma: «*El Sol* ha estado y estará siempre al lado de los altos intereses de la cuna de Tawantinsuyo» (07/02) y se refiere al «legado de los inkas» (23/01: Portada). Incluso, en el caso de los portadores

22. Según un estudio realizado por el Grupo Carranza, en Cusco el 22% de los periódicos comprados son diarios locales. De éstos, más de la mitad son ediciones de *Diario El Sol*.

23. Entrevista con el jefe de redacción, Washington Ramos Carpio, 4 de marzo de 2009.

de Machu Picchu, *El Sol* asume su discurso afirmando: «como los inkas, defenderán su posición y a la ciudad inka» (24/01). De la misma manera, el profesor Flavio Us-camayta, en su artículo de opinión, exclama con retórica: «¡Oh Cusco Inmortal! Des-pertó tu puma invencible» y «pueblo del Cusco, bien identificado con los sagrados intereses del pueblo INKA [...]!», (06/02: 6).

El caso de la rotura del conducto del gas en Echarate

En el caso de la rotura del conducto del gas en Echarate, el diario emplea un marco constante de «comunidades nativas» (12/08: Portada). También se refiere a los protagonistas como «grupos étnicos» (12/08: 2), algo que va más allá de la clasificación campesinos-indígenas-nativos empleada normalmente en Perú. Resaltan los vínculos de los actores con la Asociación Interétnica de Desarrollo de la Selva Peruana (12/08: 3), el apoyo de la congresista María Sumire (14/08: 4) y el hecho de que la primera protesta se diera el mismo Día Internacional de los Pueblos Indígenas, el 9 de agosto (14/08: 4). De nuevo, el discurso empleado tiene mucho que ver con el caso de las leyes de desarrollo turístico, ya que se refiere a sus «territorios ancestrales y el futuro de sus hijos» (16/08: 3), algo que nos recuerda inmediatamente el primer caso en este estudio.

El caso de la hidroeléctrica y minería en Canchis

En el caso del conflicto que se reactivó en Canchis a partir de octubre de 2008, el principal marco elaborado es de «pobladores» (18/10: 6), «campesinos» (18/10: 6) y «población» (24/10: 3). Sin embargo, la clasificación se vuelve algo más compleja cuando se cometen actos de violencia, ya que el diario adopta una línea crítica en cuanto a los manifestantes, refiriéndose a ellos como «salvajes que buscan el caos» y «delincuentes» (14/11: 6). Esta línea resulta curiosa, ya que es el único caso estudiado en que el periódico adopta una posición claramente en contra de actores sociales del departamento de Cusco.

El caso resulta más interesante cuando se tiene en cuenta que el artículo incluye afirmaciones por parte del Ejecutivo de la existencia de vínculos con Bolivia y Puno (26/10: 2) y sobre el «levantamiento de los pueblos quechuas y aymarás» (28/10: 5). El periódico al final vincula la protesta con el «Levantamiento de los Pueblos» (18/12: 2), otorgando un matiz netamente étnico al conflicto. Sin embargo, como ya se ha destacado, entre los manifestantes había un claro desacuerdo. Mientras que el alcalde de Combapáia afirmó que no se trataba de un pueblo indígena, «sino del pueblo organizado», la posición de los dirigentes Mario Tapia (FUDIC) y Valeriano Cama (SUTEP) no queda tan clara en el periódico. En entrevistas personales con los dos dirigentes se nota esta división: Mario Tapia²⁴ afirmó libremente que sí, que la intención era vincular las protestas con el Levantamiento de los Pueblos, pero se quedó decepcionado cuando los demás actores del sur de Perú no se juntaron. Valeriano

24. Que fue también el presidente del Encuentro Indígena de Ocongate.

Cama, por otra parte, resaltó repetidamente la naturaleza «campesina» de los actores sociales y no hizo referencia a elementos étnicos ni al supuesto Levantamiento.²⁵ Hasta cierto punto, esta división se refleja en el doble marco «campesinos-indígenas» en la prensa, aunque el segundo término lleva una carga negativa en este contexto, justo por vincularse con un movimiento político supuestamente venido desde Bolivia y Venezuela.

El caso de las poblaciones de Ocongate

La escasez de artículos sobre este conflicto llama la atención. Un arqueólogo del INC de Cusco, afirmó que la protesta duró solo un día, pero sin duda alguna se inserta en el contexto de un conflicto mucho más amplio.²⁶ En *El Sol*, la única referencia a un actor social involucrado en el conflicto es que son «Pobladores de la comunidad campesina de Mahuayani» (01/12: 3). Con lo cual, el marco simplemente es —de nuevo— como pobladores. No obstante, es importante resaltar que sí hubo varios artículos sobre las peregrinaciones al Qoylluriti que tienen lugar cada año en mayo, incluyendo el llamativo anuncio publicado por Telefónica Perú para celebrar «esta fiesta ancestral» (17/05). Entonces, se puede afirmar que el discurso sí es reflejado por la prensa local, pero no desarrollado del todo, debido a un menor número de artículos.

Otros casos

En los demás casos, *El Sol* no llegó a presentar a los actores involucrados en los episodios de acción colectiva en un marco étnico.²⁷ En el de la minería en Espinar, los *protagonistas* son «Espinar» (14/04: 3), la población (20/05: 3) y «los espinareneses» (11/12: 6). En los casos de protestas sobre la minería en Acomayo y en contra del botadero de Haqaira, el periódico usa el marco «pobladores» (22/04: 5; 11/07: 5). Luego, a los protagonistas de las protestas contra el precio del transporte público *El Sol* los denomina «jóvenes» (25/08: 2), aunque también se nota un intento de vincular su lucha con la de las protestas sobre las leyes de desarrollo turístico al incluirlos en una portada: «¡Es el pueblo!» (29/08). Finalmente, en el caso de las protestas llevadas a cabo en contra del precio de la coca, *El Sol* afirma que el actor social involucrado son los «cocaleros» (26/01: Portada) y los «campesinos productores de la coca» (12/11: 3).

La tabla 25.4 recopila información sobre el proceso de construcción de marcos de los protagonistas en los diez conflictos producidos en el Cusco.

25. Entrevistas realizadas con Mario Tapia de la FUDIC y Valeriano Cama de la Federación Provincial Campesina en Sicuani, el 5 de marzo de 2009.

26. Entrevista personal, 3 de marzo de 2009.

27. De hecho, en un caso —el de la actividad minera en Lutto Kututo— ningún artículo se publicó al respecto en *El Sol*.

Tabla 25.4 El proceso de construcción de marcos durante los conflictos producidos en Cusco en 2008

Caso	Marco Oficial	Marco en la prensa	Marco étnico político
Leyes de desarrollo turístico	Marco Oficial Cusco como pueblo rebelde, herederos de los inkas	Cusco como pueblo rebelde, herederos de los inkas	Sí
Echarate	Pueblos indígenas	Pueblos indígenas	Sí
Hidroeléctrica en Canchis	Campesinos, pueblos indígenas.	Campesinos, pueblos indígenas, delincuentes	Sí
Cocaleros de la Convención	-	Cocaleros, campesinos	No
Transporte	-	Jóvenes, hijos de Cusco	No
Haquira	-	Pobladores de Haquira	No
Espinar	Pobladores de Espinar	Población de Espinar, jóvenes	No
Acomayo	-	Pobladores de Acomayo	No
Qoyllorití	Campesinos, pueblos indígenas	Campesinos y, en menor medida, pueblos indígenas	Sí
Lutto Kututo	-	-	No

Source: elaboración propia a partir de memoriales y pronunciamientos recopilados en Cusco durante los meses de febrero y marzo de 2009.

Queda claro que en los cuatro casos en que se formó un discurso oficial fundado en la etnia, los discursos ofrecidos por los protagonistas han sido reproducidos por el diario con mucha precisión. De hecho, los datos sugieren que producir un marco fundado en la etnia es una condición *necesaria* para que el discurso mediático también se funde en la etnia ya que en ningún caso en que no se produjo un marco oficial, la prensa luego empleó un marco fundado en la etnia. De la misma manera, en el caso de Espinar, cuyo discurso oficial no hacía referencia a la identidad étnica, el diario tampoco presentó a los actores sociales involucrados como personas nativas/ indígenas/étnicas.

CONCLUSIONES

El objetivo principal de este estudio era el de considerar cómo los marcos cognitivos empleados en episodios de acción colectiva pueden participar en los procesos de construcción de identidad indígena. Para lograr este objetivo, se han estudiado todos los episodios de acción colectiva llevados a cabo en Cusco durante 2008, a través de los memoriales oficiales producidos, la prensa local y entrevistas en profundidad.

Se vio que en cuatro conflictos hubo un intento deliberado de formar un marco fundado en la etnia. Es un número bastante alto, teniendo en cuenta que se produjeron un total de diez conflictos sociales, de los cuales solo cinco emitieron pronunciamientos o memoriales oficiales. Sin embargo, es importante resaltar las importantes diferencias y grados de «lo étnico» entre los cuatro discursos identificados. En este sentido, se puede hablar de una escala de discursos étnicos desde lo sincrético (leyes de desarrollo) pasando por lo sincrético/indígena (Qoyllurrit'y) y lo campesino/indígena (Canchis) hasta completamente indígena (Echarate).

También vimos que los marcos han sido fielmente reproducidos por la prensa local, y han reflejado tanto los cuatro marcos étnicos como el caso no étnico. Es más, según el análisis realizado, formamos una hipótesis para siguientes trabajos de investigación: que producir un pronunciamiento oficial fundado en la etnia es una *condición necesaria* para que la prensa también se refiera a los protagonistas de los conflictos sociales en términos étnicos.

Finalmente, encontramos datos que apoyan la conclusión de Máiz (2004), que la activación de la identidad étnica tiene que ver con cálculos estratégicos por parte de dirigentes sociales. El caso de las protestas en contra de la hidroeléctrica de Canchis, que claramente evidencia la decisión por algunos dirigentes de activar la identidad indígena (en vez de campesina), pero no por otros, apoya esta conclusión y refleja el poder del enfoque que clasifica a la identidad como *estrategia* más que como *causa* o *consecuencia* de la acción colectiva.

En resumidas cuentas, los datos de la investigación revelan que en cuatro casos ha habido una activación interna de la identidad indígena y un reconocimiento exterior por parte de la prensa local. Este hallazgo puede considerarse un primer paso en una etnogénesis política, que luego se consolida o no. Tendríamos que ver si estos discursos se repiten por otros actores sociales y se reconocen por otros actores mediáticos, institucionales y sociales, en los ámbitos regional y nacional, para confirmar que este proceso en realidad se ha producido.

UNA NOTA FINAL

Dado el hecho de que se ha empleado un discurso indígena en varios episodios de acción colectiva en Cusco, cabe preguntarse: ¿qué consecuencias tiene para la política peruana? ¿Estamos frente al despertar de una política indígena en el país? o ¿son discursos étnicos fragmentados que no llegarán a constituir un eje político indígena, en contraste con los casos de Bolivia y Ecuador?

Como ya se ha destacado, en Perú, los pueblos del Amazonas han activado una identidad indígena política mientras que los grupos campesinos indígenas no lo han hecho. En este sentido, resulta llamativo el paro llevado a cabo por los pueblos indígenas de Amazonas en mayo y junio de 2009, contra varios decretos legislativos relativos a sus tierras. El saldo de 34 muertos ha producido importantes críticas internacionales en cuanto a represión por parte del gobierno, incluyendo ONG europeas y estadounidenses que trabajan en la defensa de los derechos humanos y del medio ambiente.²⁸ Este hecho refleja la activación de la red internacional en defensa de los indígenas y puso a Perú en el punto de mira de la agenda mediática de todo el mundo, durante unas semanas. Por otra parte, los pueblos campesinos de momento no han logrado este nivel de atención internacional ni una clasificación universal como indígenas.

Sin embargo, es notable la reactivación de las medidas de huelga en Canchis a raíz del conflicto en el Amazonas. Los dirigentes de la FUDIC y la Federación de Campesinos (Tapia y Cama) habían planificado un paro para el 24 de junio, pero adelantaron el llamado «Segundo Levantamiento de los Pueblos» para el 11 del mismo mes en solidaridad con los pueblos amazónicos. Este hecho refleja un mayor esfuerzo de presentarse como indígenas y sugiere un fortalecimiento de la etnogénesis serrana que ya se veía en 2008. Sin embargo, es importante entender que los medios han visto la activación de un discurso indígena como un acto de cinismo por los dirigentes que no dejan de ser simplemente «campesinos». Es más, la prensa ha sugerido que otros sectores están detrás de la acción colectiva en Canchis, tales como el MRTA o Sendero Luminoso.²⁹ No obstante, se ha observado que los actores mismos han vuelto a enmarcar su conflicto serrano en términos indígenas, lo cual sin duda tendrá un impacto en futuros episodios de acción colectiva en el Sur andino.

A raíz de los acontecimientos de junio de 2009, en una entrevista con la organización Ser (Servicios Educativos Rurales), Carlos Iván Degregori observa: «Lo interesante es que tanto en la Amazonía como en los Andes, la vinculación en las demandas es muy grande en relación con la defensa del medio ambiente, ecología, presencia de grandes empresas mineras, aunque en la amazonía siga habiendo una lucha por el territorio y la tierra» (24/06/2009). Como queda demostrado con este estudio, estamos frente a una convergencia de discursos entre los pueblos amazónicos y los pueblos serranos, tipificados por el caso de Canchis. El grado de etnogénesis política —sobre todo en la sierra— dependerá de hasta qué punto los diferentes actores sociales son capaces de tender puentes entre ellos y con otros sectores de la sociedad peruana que tradicionalmente han rechazado la identidad indígena. El tiempo que transcurra entre 2009 y las elecciones de 2011 será crítico para el movimiento indígena que recién se está formulando en Perú.

28. Véase por ejemplo el artículo publicado por Amnistía Internacional (2009): «Peru: Situation in Amazon conflict “critical” says Amnesty», 9 de junio; <http://www.amnesty.org.uk>; y el artículo de Climate Science Watch (2009): «A deadly conflict in Peru over a rush to drill for oil in Amazon rainforest: how culpable is the US?», 8 de junio; <http://www.climatewatch.org>.

29. Véase el artículo «Canchis: 14 días de paralización en medio de la incertidumbre» de Jaime Borda Pari, publicado el 24 de junio de 2009; www.ser.org.pe.

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes primarias

- Achahui Tapia, Felipe (05/03/2007): «Sólo la historia juzgará esta gran movilización», memorial publicado el 5 de marzo en <http://santuarioqoyllurri.org/>.
- COMARU y CECONAMA (2008): «Pronunciamiento de COMARU y CECONAMA a la Opinión Pública Local, Regional, Nacional e Internacional.»
- Comisión Integrada por la Hermandad, el Consejo de Naciones, La Municipalidad de Ocongate y el Instituto Nacional de Cultura-Cusco (07/07/2007): «Propuesta de reglamentación de la festividad del señor de Qoyllori» documento entregado a la Defensoría del Pueblo de Cusco, 7 de julio.
- Comité de Lucha Contra Salcca Pukara (23/08/2007): «Oficio N° 00011-CL-CT2007/SG», documento dirigido al Poder Legislativo y entregado a la Defensoría del Pueblo de Cusco, 23 de agosto.
- Defensoría del Pueblo (2008): Reportes Especiales de Conflictos Sociales entre enero y diciembre. Boletines mensuales disponibles en www.defensoria.org.pe.
- Diario El Sol de Cusco*: archivos del diario entre enero y diciembre 2008, consultados en Cusco durante febrero y marzo de 2009.
- Federación Unificada de Campesinos de Espinar (19/02/2007): «Pronunciamiento», entregado a la Defensoría del Pueblo de Cusco, 19 de febrero.
- Federación Unificada de Campesinos de Espinar (s/f): «Pronunciamiento», entregado a la Defensoría del Pueblo de Cusco.
- Frente Único de Defensa de los Intereses de Canchis (05/09/07): «Memorial: Año del Deber Ciudadano», entregado a la Defensoría del Pueblo de Cusco el 5 de septiembre.
- Frente Único de Defensa de los Intereses de la Provincia de Espinar (12/05/2007): «Pronunciamiento», entregado a la Defensoría del Pueblo de Cusco el 12 de mayo.
- Municipalidad Provincial Espinar (21/05/2007): «Resolución de Alcaldía N° 278-2007-MPE-C», documento entregado a la Defensoría del Pueblo de Cusco el 21 de mayo.
- VV.AA. (10/01/2009): «Acta de Ocongate del Encuentro de Comunidades Originarias. Jatun Tinkuy», 10 de enero.

FUENTES SECUNDARIAS

- Auyero, Javier (2002): «Los cambios en el repertorio de la protesta social en Argentina», *Desarrollo Económico*, vol. 42 n° 168.
- Brysk, Alison (2000): *From Tribal Village to Global Village: Indian rights and international relations in Latin America*. Stanford University Press, Stanford.
- Chihu Amparán, Aquiles (2007): «Marcos interpretativos, identidad e imaginario en el Mexica movement», *Región y Sociedad*, IX: 51-76.
- Comisión de la Verdad y Reconciliación (2003): «Informe Final», www.cverdad.org.pe.
- COPPIP (2003): «¿Quién dice que no hay movimiento indígena en el Perú?», www.quechuanetwork.org.
- Degregori, Carlos Iván (1993): «Identidad étnica, movimientos sociales y participación política en el Perú», en Adrianzén, Alberto y otros: *Democracia, etnicidad y violencia política en los países andinos*, IFEA/IEP, Lima.
- Della Porta, Donatella y Diani Mario (2004): *Social movements: an introduction*. Malden, Blackwell.
- Gamson y Meyer (1999): «Marcos interpretativos de la oportunidad política» en McAdam, D., McCarthy, J. y Zald, M.: *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*. Istmo, Madrid.

- Goffman, Erving (2006): *Frame Analysis: los marcos de la experiencia*. CIS, Madrid.
- Gómez Suárez, Águeda (2005): «Identidades colectivas y discursos sobre el sujeto indígena», en *Revista de Antropología Iberoamericana*, nº 41.
- Huanacu Titu, Tomás (2006): «Declaración del Cusco», www.nativeweb.org.
- Hunt, Scott, Benford, Robert y Snow, David (1994): «Marcos de acción colectiva y campos de identidad en la construcción social de los movimientos», en Laraña, Enrique y Gusfield, Joseph (eds.): *Los nuevos movimientos sociales: de la ideología a la identidad*. CIS, Madrid: 221-245.
- Keck, Margaret y Sikkink, Kathryn (1998): *Activists beyond borders: advocacy networks in international politics*. Cornell University Press, Londres.
- Kempf, Isabell (2007): «Resistiendo al viento: avances y retrocesos en el desarrollo reciente de los derechos de los pueblos indígenas en las Naciones Unidas», en Martí i Puig, Salvador (ed.): *Pueblos Indígenas y Política en América Latina: el reconocimiento de sus derechos y el impacto de sus demandas a inicios del siglo XXI*. Fundació CIDOB, Barcelona: 161-180.
- Klandermans, Bert (1994): «La construcción social de la protesta y los campos pluriorganizados» en Laraña, Enrique y Gusfield, Joseph (eds.): *Los nuevos movimientos sociales: de la ideología a la identidad*. CIS, Madrid: 183-215.
- Máiz, Ramón (2004): «Yawar Mayu: la construcción política de identidades indígenas en América Latina», en Martí, Salvador y Sanahuja, Josep M.: *Etnicidad, descentralización y gobernabilidad en América Latina*. Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca.
- Manrique, Nelson (2006): «*Democracia y nación. La promesa pendiente*», en *La democracia en el Perú. Proceso histórico y agenda pendiente*. PNUD, Lima.
- Martí i Puig, Salvador (2007): «Emergencia de lo indígena en la arena política: ¿un efecto no deseado de la gobernanza?», en Martí i Puig, Salvador (ed.): *Pueblos Indígenas y Política en América Latina: el reconocimiento de sus derechos y el impacto de sus demandas a inicios del siglo XXI*. Fundació CIDOB, Barcelona: 127-148.
- (2008): «Las razones de presencia y éxito de los partidos étnicos en América Latina. Los casos de Bolivia, Ecuador, Guatemala, México, Nicaragua y Perú (1990-2005)», en *Revista Mexicana de Sociología*, año 70, nº 4: 675-724.
- Marx Ferree, Myra (1994): «El contexto político de la racionalidad: las teorías de la elección racional y la movilización de recursos», en Laraña, Enrique y Gusfield, Joseph (eds.): *Los nuevos movimientos sociales: de la ideología a la identidad*. CIS, Madrid: 151-176.
- McAdam, Doug (1994): «Cultura y movimientos sociales», en Laraña, Enrique y Gusfield, Joseph (eds.): *Los nuevos movimientos sociales: de la ideología a la identidad*. CIS, Madrid: 43-64.
- McQuail, Dennis (1994): *Mass Communication Theory*. Sage Publications Ltd, Londres.
- Montoya, Rodrigo y López, Luis Enrique, eds. (1988): *¿Quiénes somos?: el tema de la identidad en el Altiplano*. Mosca Azul Editores, Lima.
- Nash, Mary (2005): «La doble alteridad en la comunidad imaginada de las mujeres inmigrantes», en Nash, Mary, Tello, Rosa, Benach, Núria, eds.: *Inmigración, Género y Espacios Urbanos*. Bellaterra, Barcelona.
- Pajuelo, Ramón (2006): *Participación política indígena en la sierra peruana: una aproximación desde las dinámicas nacionales y locales*. IEP/Fundación Konrad Adenauer, Lima.
- Programa Cuzco (1959): «Programa Cuzco de Integración de las Poblaciones Aborígenes», en *Perú Indígena*, vol 8, nº 18-1: 209-217.
- Radcliffe, Sarah (2007): «Tejiendo redes: organizaciones y capital social en los pueblos indígenas», en Martí i Puig, Salvador (ed.): *Pueblos Indígenas y Política en América Latina: el reconocimiento de sus derechos y el impacto de sus demandas a inicios del siglo XXI*. Fundació CIDOB, Barcelona: 31-56.
- Rénique, José Luis (2004): *La batalla por Puno: conflicto agrario y nación en los Andes peruanos*. IEP, Lima.
- Scott, James C. (2003): *Los dominados y el arte de la resistencia*. Era/Lom/Trilce/Txalaparta, Nafarroa.

- Tarrow, Sidney (2004): *El poder en movimiento: los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Alianza, Madrid.
- Trejo, Guillermo (2000): «Etnicidad y movilización social. Una revisión teórica con aplicaciones a la “cuarta ola” de movilizaciones indígenas en América Latina», en *Política y Gobierno*, vol 7 (1): 205-250.
- Vallès, Josep M. (2007): *Ciencia Política: una introducción*. Ariel, Barcelona.
- Velasco Aragón, Luis (1947): «Las Insurgencias del Cusco a través de la Historia», en *Revista Universitaria*, vol 36, nº 92.
- Zald, Mayer (1999): «Cultura, ideología y creación de marcos estratégicos», en McAdam, D., McCarthy, J. y Zald, M. *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*. Istmo, Madrid.
- Zubero, Imanol (s/f): «Movimientos sociales y alternativas de sociedad: el componente cultural de los movimientos sociales», http://www.foroellacuria.org/publicaciones/Zubero_movimientos.htm

Sobre los autores

Salvador Aguilar Solé es profesor de estructura y cambio social en la Universitat de Barcelona y miembro del grupo de investigación sobre el Conflicto y el Cambio Social ICCS. Ha desarrollado su tarea docente e investigadora entorno a la teoría sociológica y los movimientos sociales.

Ana Cristina Aguirre Calleja es psicóloga social e investigadora del grupo de investigación Fractalidades en Investigación Crítica (FIC) del Departamento de Psicología Social de la Universitat Autònoma de Barcelona. Master en Investigación en Psicología Social por la UAB y becaria del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología de México. Actualmente está finalizando su tesis de Doctorado en Estudios en Psicología Social.

Luis Enrique Alonso es catedrático de Sociología en la Universidad Autónoma de Madrid. Especializado en sociología económica y en el análisis e intervención sociológica de los fenómenos de acción colectiva y movimientos sociales. Ha efectuado numerosas investigaciones en estos campos y publicado múltiples artículos en revistas científicas y volúmenes compilatorios, así como una decena de libros que abordan temáticas relacionadas con la sociología del consumo, del trabajo y del ocio. Su último libro publicado se titula *Prácticas Económicas y Economía de las Prácticas: Crítica del Postmodernismo Liberal* (2009, La Catarata, Madrid).

Joseba Azkarraga Etxagibel es licenciado en Sociología y Ciencias Políticas, y doctor en Sociología por la Universidad del País Vasco (con una tesis sobre las cooperativas de Mondragón). Es profesor de *Cambio Social Contemporáneo* y *Sociología de la Educación* en Mondragon Unibertsitatea. En dicha universidad, también ejerce como investigador del grupo de investigación LANKI, dedicado al estudio e implementación de procesos de autogestión y desarrollo comunitario. Sus actuales investigaciones están relacionadas con la transición a la sostenibilidad, especialmente desde un prisma sociocultural y psicosocial.

Iñaki Bárcena Hinojal es licenciado en Derecho y doctor en Ciencias Sociales y Políticas. Profesor e investigador en la Universidad del País Vasco desde 1984, primero en el Dpto. de Derecho Público y posteriormente en Ciencia Política, donde actualmente es Director. Forma parte del equipo de investigación Parte Hartuz y del Consejo Editorial de la revistas Viento Sur y ZER. En 1995 y 1996 representó a los grupos ecologistas del Estado Español en la Oficina Europea de Medio Ambiente en Bruselas. Entre sus escritos se encuentran *Nacionalismo y ecología. Conflicto e institucionalización del movimiento ecologista vasco* (1996), *Desarrollo sostenible: Un concepto polémico* (1998) y *Bilbo nora zozaz? ¿Es sostenible nuestro modelo de ciudad? Reflexiones para un Atlas medioambiental del Bilbao metropolitano* (2002). *Democracia Ecológica* (2006) y más recientemente *Energía y Deuda Ecológica* (2009) y *TAV: Las Razones del No* (2009).

Maria Angelica Benavides Andrade es doctoranda en el Departamento Psicología Social- Universidad Autónoma de Barcelona. Becada por la Fundación Ford donde realizó el Máster de investigación de Psicología Social, actualmente se encuentra becada por CONICYT - Chile y es miembro del equipo VIPAT (investigación sobre violencia en relaciones afectivas y el trabajo). Su tarea investigadora se centra en la violencia política.

Jordi Bonet i Martí es licenciado en filosofía y máster en investigación en psicología social. Investigador en las áreas de exclusión social y participación en el Instituto de Gobierno y Políticas Públicas (IGOP), ha colaborado en diferentes publicaciones sobre ciudad, exclusión social, feminismo y análisis de redes sociales. Entre estas, Barcelona marca registrada: un modelo para desarmar, Products 50, Fragilidades vecinas, Estado de Wonderbra. Entretejiendo narraciones feministas sobre las violencias de género.

Mercè Cortina i Oriol es licenciada en Ciencias Políticas y de la Administración por la Universitat Autònoma de Barcelona, profesora del Departamento de Economía Aplicada I de la Universidad del País Vasco e investigadora de Parte Hartuz, grupo de investigación del Departamento de Ciencia Política de la misma universidad dedicado a la participación y el desarrollo comunitario. En estos momentos está finalizando su tesis doctoral sobre movimientos sociales urbanos.

Marcos Engelken-Jorge es doctor por la Universidad del País Vasco (UPV/EHU), licenciado en Ciencia Política y de la Administración por esta misma universidad y experto universitario en Métodos Avanzados de Estadística Aplicada por la UNED. Actualmente trabaja como investigador posdoctoral en el Departamento de Ciencia Política y de la Administración de la UPV/EHU y en el grupo de investigación Parte Hartuz. Sus áreas de investigación son la teoría política contemporánea, el análisis de discurso y las experiencias de innovación democrática.

Manuel Fernández García es licenciado en Ciencias Políticas y de la Administración por la Universidad de Granada, entre 2008 y 2010 ha sido becario de investigación en la Fundación Centro de Estudios Andaluces. En la actualidad disfruta de

una Beca JAE-Predoc en el Instituto de Estudios Sociales Avanzados (IESA-CSIC) donde prepara su tesis en cuestiones relacionadas con las distintas dimensiones de la democracia participativa. Otros de sus intereses de investigación son las políticas urbanas y la acción de los movimientos sociales.

Carlos Figueroa es doctor en Sociología por la UNAM y actualmente es profesor e investigador del Instituto de Investigaciones Sociológicas de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Ha investigado y publicado extensamente sobre política y violencia en Guatemala y también sobre Movimientos Sociales e Izquierda. Es uno de los editores de la Revista Bajo el Volcán.

Mikel de la Fuente Lavín es profesor titular de la Universidad del País Vasco y miembro del Consejo Económico y Social de la Comunidad Autónoma Vasca. Dirige la revista Lan Harremanak (Relaciones Laborales). Sus temas de investigación son los sistemas de pensiones, el tiempo de trabajo y las relaciones laborales en el marco de la globalización económica. Entre sus obras se encuentran *El régimen jurídico de las horas extraordinarias* (2003), *El sistema de pensiones en España. Evolución y perspectivas de futuro* (2006) y *Reparto y capitalización en los sistemas de pensiones. Un estudio de derecho comparado* (2007), además de 20 artículos en revistas especializadas y 13 capítulos de libro (entre ellos, «El movimiento sindical ante la globalización neoliberal»). Es el Investigador Principal del Proyecto en curso (2010-2011) «El marco jurídico y la acción transnacional del sindicalismo vasco en la globalización».

Robert González García es sociólogo y doctor en Ciencias Políticas. Colabora en dos centros de investigación: el IGOP (Instituto de Gobierno y Políticas Públicas de la UAB) y el CEMS (Centro de Estudios de los Movimientos Sociales de la Universitat Pompeu Fabra). Además, es profesor de enseñanza secundaria en el Instituto Ramon Casas i Carbó y profesor asociado del Departamento de Sociología de la UAB. Es autor de diversas publicaciones sobre participación ciudadana, políticas públicas, juventud y movimientos sociales.

Juan Hernández Zubizarreta es doctor en Derecho y profesor titular de Derecho del Trabajo y de la Seguridad Social de la Universidad del País Vasco y miembro del consejo de dirección e investigador de Hegoa, Instituto de Estudios sobre Desarrollo y Cooperación Internacional de la Universidad del País Vasco. Autor, entre otras publicaciones, de *Las empresas transnacionales frente a los derechos humanos y de El negocio de la responsabilidad. Crítica de la Responsabilidad Social Corporativa de las empresas transnacionales* y miembro del Consejo Económico y Social del País Vasco (2004-2009) y Director de la Escuela de Relaciones Laborales de la Universidad del País Vasco. También es colaborador del Tribunal Permanente de los Pueblos y miembro de Enlazando Alternativas.

John Holloway es abogado, doctor en ciencias políticas por la Universidad de Edimburgo y diplomado en altos estudios europeos en el College d'Euorope. Desde 1972 es profesor en el Departamento de Política de la Universidad de Edimburgo y, actual-

mente, profesor del Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales en la Universidad Autónoma de Puebla, México. Su trabajo se ha centrado en contribuir a la «teoría del cambio social» desde el zapatismo en México destacando publicaciones como *Cambiar el mundo sin tomar el poder* (2002) y *Contra y más allá del capital* (2006).

Rafael Ibáñez Rojo es profesor ayudante doctor en el Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma de Madrid (UAM). Colabora desde hace varios años con los Observatorios Industriales del Ministerio de Industria, Turismo y Comercio y es autor de varios informes sobre la situación sociolaboral de la industria en España.

Pedro Ibarra i Güell es catedrático (jubilado) de Ciencia Política de la Universidad del País Vasco. Sus líneas de investigación se han desarrollado en movimientos sociales y teoría política. Entre sus publicaciones más recientes se destaca *Manual de sociedad Civil y Movimientos Sociales* y *Relational Democracy*.

Pablo Iglesias Turrión es doctor en Ciencia Política y profesor en la Universidad Complutense de Madrid. Tras licenciarse en Derecho y Ciencia Política fue investigador visitante en varias universidades de América Latina, Europa y Estados Unidos. Es, así mismo, master en humanidades en la especialidad de estudios culturales por la Universidad Carlos III de Madrid. Forma parte del programa de postgrado en filosofía de los media en el European Graduate School (Suiza) y ha colaborado con medios de comunicación como *Público*, *Rebelión* o *Kaos en la red*. Es miembro del Consejo Ejecutivo de la Fundación Centro de Estudios Políticos y Sociales (CEPS) y de la red de profesores e investigadores *La Promotora*.

Iker Iraola Arretxe es licenciado en Sociología. Actualmente es profesor del Departamento de Sociología de la Universidad del País Vasco y está escribiendo su tesis doctoral sobre el nacionalismo vasco y la nueva inmigración.

Bob Jessop es doctor en Sociología y profesor en la Universidad de Lancaster y miembro de los grupos de investigación Cultural Political Economy, Centre for Law and Society y fundador del Institute for Advanced Studies. Conocido por sus trabajos sobre teoría del estado y economía política destacan entre los últimos trabajos *The future of the Capitalist State* (2002) y *State Power: A Strategic-Relational Approach* (2007).

Arkaitz Letamendia Onzain es actualmente becario de investigación adscrito al Departamento de Sociología 2 de la Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea. Se encuentra realizando su tesis doctoral sobre formas novedosas de movilización social en Euskal Herria y en otros lugares de Europa Occidental. El artículo que aquí presenta es un resumen del trabajo ganador del «Premio al mejor trabajo de investigación» del máster de Recerca en Sociologia (curso 2007/2008) de la Universitat de Barcelona.

Michael Lowy es sociólogo y filósofo profesor de l'Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales de París y director emérito de Investigación del Centre National de la Recherche Scientifique. En 1984 le fue otorgada la medalla de plata del CNRS al mejor investigador social perfilándose así como uno de los principales investigadores sobre marxismo. Entre sus obras destacan *La Pensée de «Che» Guevara* (1970); *Les marxistes et la question nationale, 1848-1914: études et textes* (1974), *La Guerre des Dieux. Religion et politique en Amérique latine* (1998) y junto a Joel Kovel redacta el 2001 el «Manifiesto ecosocialista», origen del «Manifiesto ecosocialista internacional». Además, forma parte del consejo de redacción de revistas como *Actuel Marx*, *ContreTemps* y *Écologie et Politique*.

Jone Martínez Palacios es investigadora del Gobierno Vasco en el departamento de Ciencia Política y de la Administración de la UPV/EHU y miembro del equipo de investigación sobre procesos y democracia participativa Parte Hartuz, de la misma Universidad. Actualmente está terminando su Tesis Doctoral sobre conflictos socio-ambientales y participación ciudadana en Catalunya y País Vasco.

Juan Carlos Monedero es profesor titular de Ciencia Política en la Universidad Complutense de Madrid y Director del Departamento de Sociedad Civil Global (Instituto Complutense de Estudios Internacionales). Entre sus publicaciones recientes están *Disfraces del Leviatán: el papel del Estado en la globalización neoliberal*, Madrid, Akal, 2009; *El gobierno de las palabras: política para tiempos de confusión*, México, Fondo de Cultura Económica, 2009.

Lucía del Moral es politóloga e investigadora del Grupo Interdisciplinario de Estudios en Comunicación, Política y Cambio Social (COMPOLITICAS). Becaria FPU en el departamento de Economía de la Universidad Pablo de Olavide, sus áreas prioritarias de estudio son los espacios económicos alternativos y la crisis y sostenibilidad de la vida desde una perspectiva feminista.

Efraim Nimni es profesor titular del Departamento de Ciencias Políticas y Estudios Internacionales de la Queen's University Belfast. Sus áreas de interés científico son los conflictos étnicos, las teorías de la etnicidad y el nacionalismo, la autonomía cultural nacional y los derechos de las minorías, la autodeterminación, el multiculturalismo y el conflicto palestino israelí. Entre sus obras se encuentran *Political Participation of Minorities: A Commentary on International Standards and Practice* (2010) y *After the Nation? Critical Reflections on Post-Nationalism* (2010).

Jaime Pastor Verdú es profesor titular de Ciencia Política en la UNED y miembro de la Redacción de *Viento Sur*. Es autor de publicaciones relacionadas con el Estado: «Guerra, paz y sistema de Estados», los movimientos sociales: «Qué son los movimientos antiglobalización» y federalismo y plurinacionalidad: «Pluralidad, federalismo y derecho de autodeterminación». Es coeditor de otras como «Guerra global permanente», «Geopolítica, guerras y resistencias» y «1968. El mundo pudo cambiar de base».

Donatella della Porta es doctora en Ciencias Políticas y Sociales por el Instituto Europeo Universitario en Florencia donde es profesora de sociología desde 2003. Directora del proyecto DEMOS (Democracy in Europe and the Mobilisation of the Society) financiado por la Comisión Europea y coordinadora del Gruppo di Ricerca sull'azione collettiva in Europa (GRACE) ha centrado su trabajo entorno a los movimientos sociales, la violencia política, el terrorismo, la corrupción y el orden público. Entre sus últimos trabajos destacan *Democracy in Social Movements* (2009); junto a Hanspeter Kriesi y Dieter Rucht *Social Movements in a Globalizing World* (2009); junto a Manuel Caiani *Social Movements and Europeanization* (2009) y *Another Europe* (2009).

Joan Pujol Tarrès es profesor titular en la Universitat Autònoma de Barcelona. Ha trabajado como profesor en la Universidad de Huddersfield (Reino Unido) y realizado estancias de investigación en la Universidad de Reading. Su principal línea de investigación ha sido el análisis del discurso tecnocientífico y su área presente de trabajo combina perspectivas discursivas y materiales en el análisis de temas sociables.

Joan Subirats Humet es doctor en Ciencias Económicas y Catedrático de Ciencia Política de la Universitat Autònoma de Barcelona. Fue director del Instituto de Gobierno y Políticas Públicas desde su creación hasta 2009 donde en la actualidad es responsable de su Programa de Doctorado. Especialista en políticas públicas y gestión e innovación democrática colabora habitualmente en diversos medios de comunicación.

Maristella Svampa es licenciada en Filosofía por la Universidad Nacional de Córdoba y Doctora en Sociología por la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (EHESS) de París. Es investigadora independiente del Conicet (Centro Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas), en Argentina, y desde 2010, Profesora Titular de la Universidad Nacional de La Plata. En 2006 recibió la Guggenheim Fellowship y el premio Kónex al mérito en sociología (Argentina). Entre sus libros se encuentran *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras* (2003, en coautoría), *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo* (2005), y *Cambio de época. Movimientos sociales y poder político* (2008). Es coeditora del libro *Bolivia, Memoria, Insurgencias y Movimientos sociales* (2007). Autora de *Debatir Bolivia. Perspectivas de un proyecto de descolonización*, junto con Pablo Stefanoni y Bruno Fornillo, en Argentina y Bolivia, (2010) y de *Certezas, Incertezas y Desmesuras de un pensamiento político. Conversaciones con Floreal Ferrara* (2010).

Claire Wrigth es doctoranda y miembro del área de Ciencia Política de la Universidad de Salamanca. Participa en el proyecto de investigación: «Derechos Culturales y Políticos de los Pueblos Indígenas y su Impacto en el Desarrollo» del ICIP/CIDOB. Actualmente está escribiendo su tesis sobre movilizaciones indígenas y estados de emergencia en Bolivia, Ecuador y Perú.